OTOÑO AZTECA



GARY JENNINGS

Esta es una continuación de la obra Azteca. El protagonista narra los sucesos que le llevaron hasta Tenochtitlán y luego continúa la historia con una sorprendente revelación: Tenamaxtli es hijo de Mixtlin. Es el producto del viaje de Mixtli a Aztlán. Y la verdadera trama del libro arranca en ese punto. La cruel muerte de su padre a manos de los españoles hace que Tenamaxtli decida vengarse de los españoles y llevar a cabo una reconquista del Único Mundo y expulsar a todos los invasores. Para ello emprenderá una colosal empresa desde sus cimientos e irá conociendo a muchos personajes, amigos sorprendentes, numerosas mujeres y enemigos peligrosos que marcarán su vida.

Lectulandia

Gary Jennings

Otoño azteca

Azteca - 2

ePub r1.0
Etsai 28.08.13

Título original: *Aztec Autumn*
Gary Jennings, 1998
Traducción: Sofía Coca

Editor digital: Etsai
ePub base r1.0

1

Todavía puedo verlo arder.

Aquel lejano día en que contemplé como prendían fuego a un hombre yo tenía dieciocho años, de manera que ya había visto morir a otras personas, ya fuera ofrecidas a los dioses en sacrificio, ejecutadas por algún crimen atroz o, simplemente, muertos de forma accidental. Pero los sacrificios siempre se habían llevado a cabo por medio del cuchillo de obsidiana que arranca el corazón. Las ejecuciones siempre se habían realizado con la espada maquáhuitl, con flechas o con la «guirnalda de flores» que estrangula. Los muertos de forma accidental eran en su mayoría pescadores de nuestra ciudad, una ciudad situada al lado del océano, que de algún modo habían caído en desgracia de la diosa del agua y se habían ahogado. En los años transcurridos desde aquel día he visto también morir a gente en la guerra y de otras muchas y variadas maneras, pero nunca antes había visto dar muerte a un hombre prendiéndole fuego deliberadamente, ni he vuelto a verlo desde entonces.

Mi madre y mi tío estaban entre la inmensa multitud a la que los soldados españoles de la ciudad habían ordenado asistir a la ceremonia, de manera que supuse que aquel acontecimiento iba encaminado a ser una especie de lección para todos los que no éramos españoles. En realidad los soldados agruparon, empujaron y llevaron en manada a tantos de los nuestros hasta la plaza central de la ciudad, que en ella estábamos apretujados unos contra otros. Dentro de un espacio delimitado por un cordón de soldados se alzaba un poste de metal que estaba clavado a las losas de la plaza. Aun lado del mismo se había construido para la ocasión una plataforma y sobre ella se encontraban sentados o de pie varios sacerdotes cristianos españoles, todos ellos, igual que nuestros sacerdotes, ataviados con túnicas negras que ondeaban al viento.

Dos fornidos soldados españoles condujeron al condenado hasta la plaza y lo empujaron con rudeza dentro de aquel espacio despejado. Cuando vimos que no se trataba de un español pálido y barbudo, sino de un miembro de nuestro propio pueblo, oí que mi madre exclamaba con un suspiro:

—Ayya ouíya…

Y lo mismo hicieron muchos otros entre la multitud.

El hombre vestía una prenda suelta, informe y descolorida, y en la cabeza llevaba una escuálida corona de hierba. Que yo alcanzaba a ver, su único adorno era cierta clase de colgante que llevaba atado con un cordel de cuero alrededor del cuello y que brillaba cuando le daba el sol.

El hombre era bastante viejo, incluso mayor que mi tío, y no ofreció resistencia ante los guardias. En efecto, aquel hombre parecía estar o bien resignado a su destino o bien indiferente a él, así que no sé por qué decidieron sujetarlo fuertemente con

ligaduras. Un tremendo pedazo de cadena de metal se descolgó sobre él, una cadena de tales dimensiones que un solo eslabón de la misma bastó para que le introdujeran la cabeza a la fuerza y le aprisionaran el cuello. Luego fijaron la cadena al poste vertical y los guardias empezaron a apilarle alrededor de los pies un montón de leña. Mientras hacían aquello, el más viejo de los sacerdotes de la plataforma —el jefe de todos ellos, supuse— empezó a hablarle al prisionero, dirigiéndose a él por un nombre español, Juan Damasceno. Luego comenzó a hacer una larga arenga, en español, naturalmente, lengua que en aquella época yo aún no había aprendido. Pero un sacerdote más joven que iba ataviado con unas vestimentas ligeramente distintas a las de los demás fue traduciendo las palabras de su jefe en fluido náhuatl, lo que para mí supuso una considerable sorpresa.

Eso me permitió comprender que el sacerdote más viejo estaba enumerando las acusaciones contra el condenado, y también que intentaba, con voz alternativamente zalamera o enojada, convencer a aquel hombre de que se enmendase, mostrase contrición o algo por el estilo. Pero incluso traducidos a mi idioma nativo, los términos y expresiones empleados por el sacerdote me resultaban desconcertantes. Después de un rato largo y prolijo, al prisionero se le concedió permiso para hablar. Lo hizo en español, y cuando lo que decía se tradujo al náhuatl, lo entendí con claridad.

—Excelencia, una vez, cuando todavía era un niño pequeño, me prometí a mi mismo que si alguna vez me elegían para la Muerte Floral, aunque fuese en un altar extranjero, no degradaría la dignidad de mi partida.

Juan Damasceno no dijo nada más, pero entre los sacerdotes, guardias y otros funcionarios presentes se produjo un gran revuelo; se pusieron a conferenciar y a gesticular antes de que finalmente se diera una orden muy firme y uno de los soldados aplicase una antorcha a la pila de leña que había a los pies del prisionero.

Como es bien sabido, los dioses y diosas obtienen un malévolo placer cuando dejan perplejos a los mortales. Con frecuencia confunden nuestras mejores intenciones, complican nuestros planes más sencillos y frustran hasta la más pequeña de nuestras ambiciones. Y a menudo hacen esas cosas con facilidad, simplemente organizando lo que parece ser una mera cuestión de coincidencia. Y si yo no supiera que no es así, habría asegurado que no había sido más que una mera coincidencia lo que nos llevó a los tres, a Mixtzin —mi tío—, a su hermana Cuicani y al hijo de ésta —yo mismo, Tenamaxtli—, a la Ciudad de México en aquel día concreto. Doce años antes bien cumplidos, en nuestra propia ciudad de Aztlán, el Lugar de las Garcetas Nevadas, lejos hacia el noroeste, en la costa del mar Occidental, nos había llegado la primera noticia asombrosa: que el Único Mundo había sido invadido por forasteros de piel pálida y tupida barba. Se decía que habían venido de más allá del mar Oriental en casas enormes que flotaban sobre el agua y estaban impulsadas por enormes alas

como las de las aves. Yo sólo tenía seis años por entonces, y todavía tendría que esperar otros siete para poder vestir, debajo del manto, el taparrabos máxtiatl que significa haber alcanzado la virilidad. Yo era, por lo tanto, una persona insignificante, sin importancia alguna. Pero tenía una curiosidad precoz y era muy agudo de oído. Además mi madre, Cuicáni, y yo residíamos en el palacio de Aztlán con mi tío Mixtzin, su hijo Yeyac y su hija Améyatl, así que me podía enterar de cualquier noticia que llegase y de cualquier comentario que esa noticia provocase entre el Consejo de Portavoces de mi tío.

Como indica el sufijo «tzin» del nombre de mi tío, éste era un noble, el más alto noble entre nosotros los aztecas, y era el Uey-Tecutli, —el Gobernador Reverenciado, de Aztlán. Algún tiempo antes, cuando yo era sólo un bebé que apenas daba sus primeros pasos, el difunto Uey-Tlatoani Moctezuma, Portavoz Venerado de los mexicas, la nación más poderosa de todo el Único Mundo, había concedido a nuestra entonces pequeña aldea el estatus de «colonia autónoma de los mexicas». Ennobleció a mi tío Mixtli como el señor Mixtzin, lo puso a gobernar Aztlán y le ordenó construir aquel lugar y convertirlo en una colonia próspera, populosa y civilizada de la cual los mexicas pudieran enorgullecerse. Así que, aunque estábamos muy distantes de la ciudad capital, Tenochtitlan, el corazón del Único Mundo, los veloces mensajeros de Moctezuma llevaban rutinariamente a nuestro palacio de Aztlán, igual que a las demás colonias, cualquier noticia que se estimase de interés para sus subgobernadores. Desde luego la noticia de aquellos intrusos del otro lado del mar era cualquier cosa menos rutinaria. Causó no poca consternación y especulaciones entre el Consejo de Portavoces de Aztlán.

—En los antiguos archivos de diversas naciones de nuestro Único Mundo —dijo el anciano Canaútli, nuestro Evocador de la Historia, que casualmente también era el abuelo de mi tío y de mi madre— esta escrito que a la Serpiente Emplumada, el en otro tiempo más grande de todos los monarcas, el Quetzalcóatl de los toltecas (que con el tiempo fue venerado como el mayor de los dioses), se le describía con la piel muy blanca y la cara barbuda.

—¿Acaso estás sugiriendo…? —intervino otro de los miembros del Consejo, un sacerdote de Huitzilopochtli, nuestro dios de la guerra.

Pero Canaútli le hizo callar, como yo habría podido advertirle al sacerdote que ocurriría, pues sabía bien cómo le gustaba hablar a mi bisabuelo.

—También está escrito que Quetzalcóatl abdicó de su gobierno de los toltecas a consecuencia de haber hecho algo vergonzoso. Puede que su pueblo nunca lo hubiera sabido, pero él lo confesó todo. En estado de embriaguez, después de haber abusado del octli, la bebida embriagadora, cometió el acto de ahuilnema con su propia hermana. O, según dicen algunos, con su propia hija. Los toltecas adoraban tanto a la Serpiente Emplumada que sin duda le hubieran perdonado su mala conducta, pero él

no pudo perdonarse a si mismo.

Varios de los consejeros asintieron solemnemente. Canaútli continuó hablando:

—Por eso construyó una balsa a la orilla del mar (unos dicen que la construyó con plumas entretejidas, otros que la hizo con serpientes entrelazadas) y se fue flotando hacia el otro lado del mar Oriental. Sus súbditos se postraron en la playa y comenzaron a lamentarse a voz en grito de su partida. Así que él les habló y les aseguró que algún día, cuando hubiera hecho suficiente penitencia en el exilio, regresaría. Pero con el paso de los años los toltecas se fueron extinguiendo poco a poco hasta desaparecer. Y a Quetzalcóatl no se le ha vuelto a ver.

—¿Hasta ahora? —rugió el tío Mixtzin. Casi nunca demostraba un temperamento muy acalorado ni alegre, y la noticia que había llevado el mensajero no era como para llenarlo de regocijo—. ¿Es eso lo que quieres decir, Canaútli?

El anciano se encogió de hombros y dijo:

—¿Aquin ixnentla?

—¿Quién sabe? —le hizo eco otro de los ancianos del Consejo—. Yo sé de eso, pues he sido pescador durante mi vida de trabajo. Sería casi imposible hacer que una balsa se fuera flotando hasta el otro lado del mar. Imposible hacerla pasar más allá de las olas grandes, de las olas largas y rizadas y del flujo hacia tierra que forman las olas.

—Quizá no sea imposible para un dios —sugirió otro—. De todos modos, si la Serpiente Emplumada tuvo grandes dificultades para hacerlo, parece que ha aprendido de la experiencia, si ahora ha viajado desde allí con casas haladas.

—¿Y para qué habría de necesitar la Serpiente Emplumada más de uno de esos buques? —preguntó otro—. Se marchó solo. Pero parece que regresa con una tripulación numerosa. O con pasajeros.

—Han transcurrido haces y haces de años desde que se marchó —dijo Canaútli —. Dondequiera que haya ido, bien podría haberse casado con una esposa tras otra y haber así engendrado naciones enteras de progenie.

—Si éste es realmente Quetzalcóatl que vuelve —intervino el sacerdote del dios de la guerra con una voz que le temblaba ligeramente— ¿alguno de vosotros es consciente de los efectos que puede tener este hecho?

—Espero que haya muchos cambios, y para mejor —respondió mi tío, que encontraba cierto placer en desconcertar a los sacerdotes—. La Serpiente Emplumada fue un dios apacible y beneficioso. Todas las historias concuerdan: nunca antes de su época, ni después de la misma, el Único Mundo ha disfrutado de tanta paz, felicidad y buena fortuna como entonces.

—Pero nuestros demás dioses quedarán relegados a una posición inferior, incluso sumidos en la oscuridad —dijo el sacerdote de Huitzilopochtli al tiempo que se retorcía las manos—. Y eso es lo que nos ocurrira a todos nosotros, los sacerdotes de

los demás dioses. Se nos rebajara, caeremos más bajo que los más bajos de los esclavos. Seremos depuestos… despedidos… desechados para que mendiguemos y muramos de hambre.

—Tal como he dicho —gruñó mi irreverente tío—. Cambios para mejor.

Bien, el Uey-Tecutli Mixtzin y su Consejo de Portavoces pronto quedaron desengañados de cualquier idea acerca de que los recién llegados trajeran consigo al dios Quetzalcóatl o fueran sus representantes. Durante el año y medio siguiente más o menos, apenas pasó un mes sin que un mensajero veloz procedente de Tenochtitlan trajera noticias cada vez más asombrosas y desconcertantes. Por uno de ellos supimos que los forasteros no eran más que hombres, no dioses ni de la progenie de los dioses, y que se hacían llamar españoles o castellanos. Los dos nombres parecían ser intercambiables, pero el segundo era para nosotros más fácil de transmutar al náhuatl, así que durante mucho tiempo todos nosotros nos referíamos a los extranjeros como los caxtiltecas. Luego, el siguiente mensajero que llegó hasta nosotros nos informaría de que los caxtiltecas se parecían a los dioses, por lo menos a los dioses de la guerra, en que eran rapaces, feroces, despiadados y ávidos de conquista, porque ahora se estaban abriendo camino a la fuerza hacia tierra adentro desde el mar Oriental.

Más tarde el siguiente mensajero nos informaría de que los caxtiltecas exhibían ciertamente atributos divinos, o al menos mágicos, tanto en sus métodos como en sus armas de guerra, porque muchos de ellos cabalgaban montados en gigantescos ciervos machos sin cuernos, algunos blandían temibles tubos que descargaban truenos y relámpagos y otros tenían flechas y lanzas cuyo extremo era de un metal que nunca se doblaba ni se rompía, y todos ellos llevaban armadura del mismo metal, armadura que resultaba impenetrable para los proyectiles ordinarios.

Luego llegó un mensajero que llevaba puesto el manto blanco de luto y el pelo trenzado del modo que era indicativo de malas noticias. La información que nos dio fue que los invasores habían ido derrotando tribu tras tribu y nación tras nación en su avance hacia el oeste: los totonacas, los tepeyahuacas, los texcaltecas; y luego habían engrosado sus propias filas con los guerreros nativos supervivientes. De modo que el número de combatientes de que disponían no disminuía, sino que aumentaba continuamente a medida que avanzaban. (Yo podría mencionar, desde mi ventajosa percepción retrospectiva, que muchos de aquellos guerreros nativos no eran demasiado reacios a unirse a las fuerzas de los extranjeros, porque su propia gente había estado pagando de mala gana y durante mucho tiempo tributos a Tenochtitlan, y ahora tenían esperanzas de resarcirse contra los dominadores mexicas.

Por último llegó a Aztlán un mensajero veloz, con manto blanco y peinado que significaba malas noticias, para decirnos que los hombres blancos caxtiltecas y sus aliados nativos ya se habían adentrado en el propio Tenochtitlan, el corazón del Único Mundo, e, inconcebiblemente, por invitación personal del en otro tiempo

poderoso y ahora irresoluto Portavoz Venerado Moctezuma. Además, aquellos intrusos no sólo habían seguido avanzando y continuaban hacia el oeste, sino que habían ocupado la ciudad y parecían inclinados a establecerse y quedarse allí.

El único miembro de nuestro Consejo de Portavoces que había temido en gran medida la llegada de aquellos extranjeros, me refiero al sacerdote del dios Huitzilopochtli, últimamente se había sentido muy animado al saber que no estaba a punto de ser depuesto al regreso de Quetzalcóatl. Pero quedó consternado de nuevo cuando este último mensajero veloz también informó de otras cosas:

—En cada ciudad, en cada pueblo y en cada aldea a lo largo del camino hacia Tenochtitlan, los bárbaros caxtiltecas han destruido todos los templos teocali, han derribado las pirámides tlamanacali y han volcado y destruido las estatuas de todos y cada uno de nuestros dioses y diosas. Y en su lugar los extranjeros han erigido toscas efigies de madera de una mujer blanca sosamente remilgada que sostiene en los brazos a un bebé blanco. Estas imágenes, dicen los bárbaros, representan a la madre mortal que dio a luz a un niño dios, y son los cimientos de su religión, llamada Crixtanóyotl.

Así que nuestro sacerdote se retorció un poco más las manos. Por lo visto estaba fatalmente condenado a que se le desplazara de todos modos… y ni siquiera por uno de los antiguos dioses de nuestra propia tierra, uno que tenía grandeza y estatura, sino por una nueva religión incomprensible que, evidentemente, rendía culto a una mujer corriente y a un niño carente de ingenio.

Aquel mensajero fue el último que llegó hasta nosotros desde Tenochtitlan o desde cualquier otro lugar de las tierras de los mexicas que trajera lo que podíamos asumir como noticias dignas de crédito y autorizadas. Después sólo oímos rumores que se propagaban de una comunidad a otra y que acababan por llegar hasta nosotros por medio de algún viajero que recorría la región o que remaba en una canoa acali costa arriba. De todos esos rumores había que cribar lo imposible y lo ilógico, milagros y presagios supuestamente vistos por sacerdotes y clarividentes, exageraciones atribuibles a las supersticiones de la gente común, esa clase de cosas, porque, de todos modos, lo que quedaba después de la criba que podía reconocerse por lo menos como posible, ya resultaba de por sí bastante espantoso.

En el transcurso del tiempo oímos decir, y no teníamos motivos para no creerlas, las siguientes cosas: que Moctezuma había muerto a manos de los caxtiltecas; que los dos Portavoces Venerados que le habían sucedido, aunque por poco tiempo, también habían perecido; que la ciudad de Tenochtitlan, —casas, palacios, templos, mercados, incluso la imponente icpac tlamanacali, la Gran Pirámide— había sido derribada y reducida a escombros; que las tierras de los mexicas y de sus naciones tributarias ya eran propiedad de los caxtiltecas; que cada vez venían más casas flotantes del otro lado del mar Oriental y vomitaban un número mayor de aquellos hombres blancos, y

que aquellos guerreros extranjeros se extendían en abanico hacia el norte, el oeste y el sur para seguir conquistando y sometiendo a otros pueblos y tierras más lejanos. Y según estos rumores, dondequiera que fueran los caxtiltecas apenas necesitaban hacer uso de sus letales armas.

—Deben de ser sus dioses, esa mujer blanca con el niño, que Mictlan maldiga, quienes hacen la carnicería —nos dijo un informador—. Infligen a poblaciones enteras enfermedades que matan a todos excepto a los hombres blancos.

—Y son enfermedades horribles —nos informó otro transeúnte—. He oído decir que la piel de las personas se llena de forúnculos y pústulas espantosas, y que sufren agonías indecibles durante mucho tiempo antes de que la muerte los libere piadosamente.

—Hordas enteras de nuestra gente se mueren de esa plaga —nos explicó otro—. Pero los hombres blancos parecen inmunes. Tiene que ser un encantamiento maligno realizado por la diosa y el diosecito.

También oímos decir que a los supervivientes útiles, ya fueran hombres, mujeres o niños, dentro de Tenochtitlan y en sus alrededores, se los obligaba a realizar trabajos de esclavo, y que se utilizaba cualquier material que pudiera rescatarse de entre las ruinas para reconstruir la ciudad. Pero ahora ésta iba a ser conocida, por orden de los conquistadores, como la Ciudad de México. Seguía siendo la capital de lo que había sido el Unico Mundo, pero éste, por orden de los conquistadores, de allí en adelante se llamaría Nueva España. Y según decían los rumores, la nueva ciudad no se parecía en nada a la vieja; los edificios eran de diseño muy complejo y tenían una ornamentación que los caxtiltecas debían de hacer para recordar a su Vieja España, dondequiera que estuviese.

Cuando finalmente llegó hasta nosotros, los de Aztlán, la voz de que los hombres blancos estaban luchando para subyugar los territorios de los pueblos otoml y purepecha, esperábamos que aquellos intrusos llegaran pronto hasta el umbral, por así decirlo, de nuestras tierras, porque el límite norte de la tierra de los purepechas, llamada Michoacán, no está a más de noventa y una carreras largas de Aztlán. Sin embargo los purepechas opusieron una fiera e incansable resistencia que mantuvo a los invasores atascados allí, en Michoacán, durante varios años. Mientras tanto el pueblo otoml simplemente se derritió ante los atacantes y les permitió tomar aquel país con todo lo que tuviera de valor. Y no tenía mucho para nadie, ni siquiera para los rapaces caxtiltecas, porque no era ni es mas que lo que llamamos la Tierra de los Huesos Muertos: Árida, inhóspita y desierta, como lo es también toda la región situada al norte de Michoacán.

Así que finalmente los hombres blancos se dieron por satisfechos y detuvieron su avance en el límite meridional de aquel nada hermoso desierto (lo que ellos llaman el Gran Lugar Yermo). En otras palabras, establecieron la frontera septentrional de su

Nueva España a lo largo de una línea que se extendía por el oeste desde el lago Chapalan hasta la costa del mar Oriental aproximadamente, y así ha permanecido hasta el día de hoy. Dónde quedó por fin establecida la frontera meridional de Nueva España, no tengo ni idea. Sí sé que algunos destacamentos de los caxtiltecas conquistaron y se asentaron en los territorios, que en otro tiempo fueron de los mayas, de Uluúmil Kutz y Quautemalan, y todavía más al sur en las ardientes y humeantes Tierras Calientes. En otro tiempo, los mexicas habían comerciado con esas tierras, pero a pesar de su enorme poder no habían tenido deseos de quedárselas o habitarlas.

Durante los azarosos años cuya crónica he esbozado aquí, también tuvieron lugar otros acontecimientos concernientes a mi propia juventud, que eran más de esperar y menos de hacer época. El día en que cumplí siete años me llevaron ante el viejo y apergaminado tonalpoqui de Aztlán, el que pone los nombres, para que pudiera consultar el libro tonálmatl de nombres (y sopesar todos los augurios, buenos y malos, que concurrieron a la hora de mi nacimiento) y así fijar en mí el apelativo que llevaría para siempre desde entonces. Mi primer nombre, naturalmente, había de ser simplemente el del día en que vine al mundo: Chicuace-Xóchitl, Seis-Flor. De segundo nombre, el viejo vidente eligió para mi, por tener «buenos portentos», según él, Téotl-Tenamaxtli, Aguerrido y Fuerte como la Piedra.

Al mismo tiempo que me convertí en Tenamaxtli comencé mi escolarización en las dos telpochcaltin de Aztlán, la Casa de Acumular Fuerza y la Casa de Aprender Modales. Cuando cumplí los trece años y vestí el taparrabos de la virilidad, me gradué en esas dos escuelas inferiores y asistí sólo a la szalmécac de la ciudad, donde sacerdotes importados de Tenochtitlan, que eran a la vez profesores, enseñaban el arte de conocer las palabras y muchas otras materias: historia, medicina, geografía, poesía… casi cualquier clase de conocimiento que un discípulo deseara poseer.

—También es hora —me dijo mi tío Mixtzin el día en que cumplí trece años— de que celebres otro tipo de graduación. Ven conmigo, Tenamaxtli.

Me acompañó por las calles hasta el mejor anyanicati de Aztlán y, de las numerosas hembras que residían allí, eligió la más atractiva, una chica casi tan joven y casi tan bella como la propia Améyatl, la hija de mi tío, y le recomendó:

—Este joven se hace hombre hoy. Querría que le enseñases todo lo que un hombre debe saber acerca del acto de ahuilnema. Dedica la noche entera a su educación.

La muchacha sonrió y respondió que así lo haría. Y lo hizo. Debo decir que disfruté completamente con sus atenciones y con las actividades de la noche, y por ello le quedé poderosamente agradecido a mi generoso tío. Pero también debo confesar que, sin que él lo supiera, yo ya había estado saboreando de antemano aquellos placeres durante algunos meses antes de merecer el taparrabos viril.

Así las cosas, durante aquellos años y los que siguieron, Aztlán nunca fue visitada ni siquiera por una patrulla perdida de las fuerzas caxtiltecas, ni lo fueron ninguna de las comunidades con las cuales nosotros, los aztecas, nos comunicábamos. Desde luego, las tierras al norte de Nueva España habían estado siempre escasamente pobladas en comparación con las tierras del centro. No me habría sorprendido si, al norte de nuestras tierras, existieran tribus ermitañas que aún no hubieran ni oído ni siquiera que el Unico Mundo había sido invadido o que existía algo como hombres de piel blanca.

Aztlán y esas otras comunidades se sintieron, naturalmente, aliviadas al comprobar que los conquistadores no las molestaban, pero también hallamos que aquella seguridad nuestra basada en el aislamiento llevaba consigo algunas desventajas. Puesto que nosotros y nuestros vecinos no queríamos atraer la atención de los caxtiltecas, no enviamos a ninguno de nuestros mercaderes viajeros pochtecas, ni siquiera a algún mensajero veloz, para que se aventurasen a cruzar la frontera de Nueva España. Aquello significó que nosotros nos quedamos voluntariamente apartados de cualquier comercio con las comunidades situadas al sur de aquella línea. Y aquellos habían sido antes los mejores mercados para vender nuestros productos cultivados y fabricados en casa: leche de coco, dulces, licor, jabón, perlas y esponjas; y de esas comunidades nos habíamos procurado artículos que no se encontraban en nuestras tierras: toda clase de comodidades, desde granos de cacao hasta algodón, incluso la obsidiana que necesitábamos para nuestras herramientas y armas. Así que los jefes de diversos pueblos de nuestro alrededor, Yakóreke, Tépiz, Tecuexe y otros, empezaron a enviar discretos grupos de exploradores en dirección sur. Iban en grupos de tres; uno de ellos siempre era una mujer, iban desarmados y sin armadura y llevaban ropa sencilla de campesinos para así aparentar ser sencilla gente de campo que caminaban denodadamente para dirigirse a alguna inocua reunión familiar en alguna parte. No llevaban consigo nada que pudiera levantar las sospechas o la rapacidad de ningún soldado fronterizo caxtilteca; normalmente no llevaban más que una bolsa de cuero que contenía agua y otra de pinoli para llevar las provisiones del viaje.

Los exploradores avanzaban con aprensión comprensible sin saber qué peligros podrían encontrar en el camino. Pero también iban llenos de curiosidad, y su misión consistía en informar al regreso a sus jefes de lo que hubieran visto acerca de la vida en las tierras centrales, en los pueblos y ciudades y, en especial, en la Ciudad de México, ahora que todo estaba gobernado por los hombres blancos. De aquellos informes dependería la decisión de nuestros pueblos: bien iniciar una aproximación y aliarnos con los conquistadores, con la esperanza de reanudar el comercio normal y el intercambio social; bien permanecer apartados, inadvertidos e independientes, aunque por ello más pobres; o bien concentrarnos en reunir fuerzas poderosas, defensas

inexpugnables y un arsenal de armas para luchar por nuestras tierras cuando los caxtiltecas llegaran a venir, si es que venían.

Bien, con el tiempo casi todos los exploradores fueron regresando a intervalos, ilesos y a salvo de cualquier infortunio, ya fuera a la ida o a la vuelta. Sólo uno o dos grupos habían llegado a ver un centinela fronterizo, pero excepto que los exploradores habían quedado sobrecogidos de pavoroso respeto al ver por primera vez a un hombre blanco de carne y hueso, no tenían nada que informar acerca del hecho de cruzar la frontera. Aquellos guardias los habían ignorado como si no fueran más que lagartos del desierto que iban en busca de un nuevo terreno donde buscar comida. Y por toda Nueva España, en el campo, en las aldeas, en los pueblos y ciudades, incluida la Ciudad de México, no habían visto —ni habían oído de boca de ninguno de los habitantes de aquellos parajes— evidencia alguna de que los señores dominadores fueran, en nada, más estrictos o severos de lo que habían sido los gobernantes mexicas.

—Mis exploradores —dijo Kévari, tlatocapili de la aldea de Yakóreke— me informan de que a todos los pipiltin supervivientes de la corte de Tenochtitlan, y a los herederos de aquellos señores que no llegaron a sobrevivir, se les ha permitido conservar las tierras y demás propiedades de sus familias, así como sus privilegios de nobles. Se les ha tratado con gran indulgencia por parte de los conquistadores.

—Sin embargo, excepto esos pocos que se siguen considerando señores o nobles —intervino Teciuapil, jefe de Tecuexe—, ya no quedan pipiltin. Ni macehualtin de la clase obrera ni siquiera tíacotin esclavos. Nuestra gente es considerada igual, y todos trabajan en lo que aquellos hombres blancos les ordenan hacer. Eso me han dicho mis exploradores.

—Sólo uno de mis exploradores ha regresado —dijo Tototl, jefe de Tépiz—. Y me informa de que la Ciudad de México está casi terminada, excepto algunos edificios grandiosos que siguen en construcción. Desde luego, ya no son templos de los antiguos dioses. Pero los mercados, me ha dicho, son como hormigueros florecientes. Por eso mis otros dos exploradores, un matrimonio, Netzlin y Citlali, prefirieron quedarse allí a probar fortuna.

—No me sorprende —gruñó mi tío Mixtzin, a quien los demás jefes habían venido a informar—. Semejantes patanes campesinos nunca, en su vida, habrían visto una ciudad. No es de extrañar que den informes favorables de los nuevos gobernantes. Son demasiado ignorantes para hacer comparaciones.

—¡Ayya! —bufó Kévari—. Por lo menos nosotros y nuestro pueblo hicimos un esfuerzo por investigar, mientras tus aztecas y tú os quedasteis sentados aquí, muy complacidos.

—Kévari tiene razón —opinó Teciuapil—. Acordamos que todos nosotros, los jefes, nos reuniríamos, hablaríamos de lo que nos hubiéramos enterado y luego

decidiríamos nuestra línea de actuación con respecto a los invasores caxtiltecas. Pero tú, Mixtzin, lo único que haces es hablar con desprecio.

—Sí —dijo Tototl—. Si tanto menosprecias los honrados esfuerzos de nuestros patanes campesinos, Mixtzin, envía a alguno de tus educados y refinados aztecas. O a alguno de tus domesticados inmigrantes mexicas. Pospondremos nuestras decisiones hasta que ellos regresen.

—No —respondió mi tío tras unos instantes de profunda reflexión—. Como esos mexicas que ahora viven entre nosotros, yo también vi una vez la ciudad de Tenochtitlan cuando estaba en el cenit de su poder y de su gloria. Iré en persona. —Se dio la vuelta hacia mi—. Tenamaxtli, prepárate y dile a tu madre que se prepare. Ella y tú me acompañaréis.

De manera que ése fue el orden de los acontecimientos que nos llevaron a los tres de viaje a la Ciudad de México, donde yo obtendría el reacio permiso de mi tío para quedarme y residir durante algún tiempo y donde yo aprendería muchas cosas, incluida vuestra lengua española. Sin embargo nunca me tomé el tiempo necesario para aprender a leer y a escribir vuestra lengua, que es por lo que en este momento te estoy relatando mis recuerdos, mi querida muchacha, mi inteligente, bellísima y adorada Verónica, para que tú puedas escribir mis palabras a fin de que todos mis hijos y todos los hijos de nuestros hijos las lean algún día.

Y la culminación de aquella sucesión de acontecimientos fue que mi tío, mi madre y yo llegamos a la Ciudad de México en el mes de Panquétzalíztli, en el año Trece-Junco, que vosotros llamaríais octubre, del año de Cristo 1531, en el preciso día —cualquiera, menos los dioses caprichosos y traviesos lo habría considerado una coincidencia— en que el viejo Juan Damasceno fue quemado hasta morir.

Todavía puedo verlo arder.

2

Para gobernar Aztlán durante su ausencia, Mixtzin nombró corregentes a su hija Améyatl y a Kauri, consorte de ésta, junto con mi bisabuelo Canaútli (que ya debía de tener casi dos haces de años por entonces, pero era evidente que iba a vivir eternamente), que debía ejercer de sabio consejero. Luego, sin nada más que hacer y sin ceremonias de partida, Mixtzin, Cuikani y yo salimos de la ciudad en dirección al sudeste. Era la primera vez que me alejaba considerablemente del lugar donde había nacido. Así que, aunque era realmente consciente de la seria intención de nuestra aventura, para mí el horizonte era una sonrisa amplia y acogedora. Me llamaba toda clase de experiencias y cosas nuevas que ver. Por ejemplo, en Aztlán el alba siempre llegaba tarde y con luminosidad plena, porque primero tenía que saltar por encima de las montañas que había tierra adentro. Ahora, una vez que hubimos cruzado esas montañas y nos encontramos ya en un terreno más llano, realmente vi romper el alba, o más bien lo vi desplegarse como una cinta de color tras otra: violeta, azul, rosa, perla, dorado. Luego los pájaros empezaron a dejarse oír para saludar el nuevo día; cantaban una música toda ella de notas verdes. Era otoño, así que no se esperaban lluvias, pero el hielo era del color del viento y por él se mecían las nubes, llevadas por el aire, que eran siempre las mismas pero nunca eran las mismas. Los árboles que soplaban y danzaban eran música visible, y las flores que inclinaban la cabeza y asentían las plegarias que ellas mismas decían. Cuando el crepúsculo oscureció la tierra las flores se cerraron, pero las estrellas se abrieron en el cielo. Siempre me he alegrado de que esas flores de las estrellas estén fuera del alcance de los hombres, pues de otro modo las habrían robado hace mucho tiempo. Por fin, al caer la noche, se alzaron las suaves brumas de color paloma, que yo creo son agradecidos suspiros de la tierra que se va a acostar cansada.

El viaje era largo, más de doscientas carreras largas, porque no podía hacerse en línea recta. También era a menudo arduo y con frecuencia cansado, pero nunca resultó realmente peligroso, porque Mixtzin ya había recorrido antes aquella ruta. Lo había hecho unos quince años atrás, pero todavía recordaba el camino más corto para atravesar abrasadoras zonas de desierto, la manera más fácil de rodear las bases de las montañas en lugar de tener que trepar por ellas y los lugares menos profundos por donde podíamos vadear los ríos sin tener que esperar, confiando en que pasara alguien en un acali. Sin embargo, a menudo tuvimos que desviarnos para alejarnos de los senderos que él recordaba a fin de dar un prudente rodeo en aquellas partes de Michoacán donde, según nos dijeron los lugareños, todavía se libraban batallas entre los implacables caxtiltecas y los orgullosos y testarudos purepechas.

Cuando en algún lugar de las tierras de los tepanecas por fin empezamos a encontrarnos de vez en cuando con algún hombre blanco, con aquellos animales

llamados caballos, con los otros animales llamados vacas y con los otros animales llamados perros, hicimos cuanto pudimos por asumir un aire de indiferencia, como si lleváramos toda la vida acostumbrados a verlos. Los hombres blancos parecían igualmente indiferentes a nuestro paso, como si nosotros también fuéramos animales corrientes y molientes.

Durante todo el camino, el tío Mixtzin no dejó de señalarnos a mi madre y a mi los lugares de interés que recordaba de su anterior viaje: montañas de forma curiosa; estanques de agua demasiado amarga para ser potable, pero tan caliente que echaba vapor al sol; árboles y cactus de especies que no crecían donde nosotros vivíamos, algunos de los cuales tenían frutos deliciosos. También hizo algún comentario (aunque nosotros ya habíamos oído todo eso antes, y más de una vez) acerca de las dificultades de aquella excursión anterior a Tenochtitlan.

—Como sabéis, mis hombres y yo llevábamos rodando el gigantesco disco de piedra tallada que representa a Coyolxauqui, la diosa de la luna; lo llevábamos para ofrecérselo como regalo al Portavoz Venerado Moctezuma. Un disco es redondo, cierto, y se podría suponer que rodaría fácilmente por el camino. Pero un disco también es plano por ambas caras. Así que un bache inesperado en el suelo o una súbita desigualdad hacia que se ladease. Y aunque mis hombres eran fornidos y estaban atentos a lo que hacían, no siempre conseguían evitar que la piedra cayera por completo de lado; incluso a veces, y me duele decirlo, la querida diosa caía plana de cara. ¿Y lo que pesaba? Levantar aquella cosa y ponerla de pie de nuevo requería que cada vez, lo juro por Mictían, tuviésemos que suplicar la ayuda de cualquier hombre que se encontrase en los alrededores… —Y Mixtzin seguía evocando, como había hecho más de una vez anteriormente—: Incluso estuve a punto de no conocer al Uey-Tlatoani Moctezuma, porque me prendieron los guardias del palacio y por muy poco me meten en prisión por saquear la ciudad. Como podéis imaginar, todos íbamos sucios y fatigados cuando llegamos, y nuestra ropa estaba rota y maltrecha, de manera que sin duda parecíamos salvajes que hubieran llegado allí a la deriva desde algún lugar remoto. Además, Tenochtitlan era la primera y única ciudad de todas las que habíamos atravesado que tenía calles y unas calzadas estupendas pavimentadas con piedras. No se nos ocurrió que al hacer rodar nuestra maciza Piedra de la Luna por aquellas calles aplastaría y rompería el elegante pavimento. Y entonces los guardias, muy enojados, se echaron sobre nosotros…

Y Mixtzin se echó a reír al recordarlo. A medida que nos acercábamos a Tenochtitlan nos enterábamos, por medio de la gente por cuyas comunidades pasábamos, de unas cuantas cosas que nos prepararon para que al llegar a nuestro destino no pareciésemos unos absolutos patanes de campo. En primer lugar nos enteramos de que a los hombres blancos no les gustaba que los llamasen caxtiltecas. Nos habíamos equivocado al suponer que los dos nombres, castellanos y españoles,

eran intercambiables. Desde luego, más tarde llegué a comprender que todos los castellanos eran españoles, pero que no todos los españoles eran castellanos; que estos últimos procedían de una provincia en particular de Vieja España llamada Castilla. De cualquier manera, de allí en adelante los tres tuvimos buen cuidado de referirnos a los hombres blancos como españoles y a su lengua como el español. También nos aconsejaron que tuviéramos cuidado en cuanto a llamar la atención de los españoles hacia nosotros.

—No paseéis por la ciudad boquiabiertos —nos recomendó un individuo del campo que había estado allí hacía poco—. Caminad siempre a paso vivo, como si tuvierais un objetivo preciso hacia el que os dirigís. Y al hacerlo es prudente también llevar siempre algo a cuestas. Me refiero a ladrillos para la construcción, bloques de madera o rollos de cuerda, como si fuerais de camino a alguna tarea que se os hubiera asignado. De otro modo, si andáis por ahí con las manos vacías, cualquier español que se encargue de supervisar algún proyecto de obra, con toda seguridad os dar un trabajo que hacer. Y es mejor que lo hagáis.

Así, advertidos de antemano, los tres continuamos camino. E incluso desde el primer momento en que la vimos, desde lejos, la Ciudad de México, que se alza desde el fondo de aquel valle en forma de tazón, nos resultó impresionante con aquel volumen enorme. Sin embargo nuestra entrada fue un poco decepcionante. Mientras caminábamos por una calzada de piedra larga, amplia y con barandilla, que nos llevó desde el pueblo de Tepeyaca, en tierra firme, hasta las islas de la ciudad, mi tío murmuró:

—Es extraño. Esta calzada pasaba por encima de una extensión de agua que se hallaba casi siempre como un hormiguero lleno de acaltin de todos los tamaños. Pero ahora mirad cómo está.

Así lo hicimos, y no vimos otra cosa debajo de nosotros que una inmensa extensión de tierra mojada más bien maloliente y llena de fango, malas hierbas y ranas junto con unas cuantas garzas; muy parecido a los pantanos que rodeaban Aztlán antes de que fueran drenados.

Pero más allá de la calzada estaba la ciudad. Y yo, aunque estaba advertido de antemano, sentí de inmediato, lo que me sucedió en varias ocasiones a lo largo de aquel día, la tentación de hacer precisamente lo que nos habían dicho que no hiciéramos; porque la grandeza y magnificencia de la Ciudad de México eran tales que me quedé pasmado y sumido en una inmóvil actitud de admiración y de comérmelo todo con los ojos. Afortunadamente en estas ocasiones mi tío me daba un empujón para que avanzase, porque él, por su parte, no estaba muy impresionado por las hermosas vistas de aquel lugar, pues había tenido ocasión de ver la panorámica de la desaparecida Tenochtitlan. Y de nuevo nos hizo un comentario a mi madre y a mi.

—Ahora nos encontramos en el barrio de Ixacualco, sin duda el mejor distrito

residencial de la ciudad, donde vivía aquel amigo mio llamado también Mixtli, el que me había convencido para que me trajese la Piedra de la Luna; lo visité en su casa mientras estuve aquí. Su casa y las que la rodeaban eran entonces mucho más variadas y hermosas. Estas nuevas se parecen unas a otras. Amigo —le preguntó a un transeúnte que llevaba una carga de leña sujeta con una correa alrededor de la frente al tiempo que lo tomaba de la mano—, amigo, ¿este barrio de la ciudad todavía se conoce con el nombre de Iixacualco?

—Ayya —masculló el hombre mientras le dirigía a Mixtzin una mirada recelosa —. ¿Cómo es que no lo sabes? Este barrio ahora se llama San Sebastián Ixacualco.

—¿Y qué significa «San Sebastián»? —quiso saber mi tío.

El hombre puso en el suelo la carga de leña.

—Santo es una clase de dios menor de los cristianos españoles. Sebastián es el nombre de uno de esos santos, pero de qué es dios, eso nunca me lo han dicho.

Así que seguimos adelante y el tío Mixtzin continuó con su narración:

—Fijaos. Aquí había un canal ancho, siempre concurrido y lleno de tráfico de inmensos acaltin de carga. No tengo idea de por qué lo habrán rellenado y pavimentado hasta convertirlo en una calle. Y allí… ayyo, ahí, delante de vosotros, hermana, sobrino —hizo un gesto impresionante y amplio con ambos brazos—, ahí, cercado por la ondulante Muralla Serpiente pintada de muchos y vivos colores, eso era un extenso espacio abierto, una plaza de mármol reluciente que era el centro del Corazón del Unico Mundo. Y en ella, allá a lo lejos, estaba el suntuoso palacio de Moctezuma. Y allí estaba la pista para los juegos de pelota tiachúl ceremoniales. Y allí la Piedra de Tizoc, donde los guerreros se batían en duelo a muerte. Y allá… —Se interrumpió para coger por el brazo a un transeúnte que llevaba un cesto de mortero de cal—. Dime, amigo, ¿qué es ese edificio gigantesco y tan feo que todavía se encuentra en construcción allí?

—¿Eso? ¿No lo sabes? Pues ése ser el templo central de los sacerdotes cristianos. Quiero decir la catedral. La iglesia catedral de San Francisco.

—Otro de sus santos, ¿eh? —dijo Mixtzin—. ¿Y de qué aspecto del mundo es responsable ese dios menor?

El hombre respondió con desasosiego:

—Por lo que yo sé, forastero, da la casualidad de que sólo es el dios favorito y personal del obispo Zumárraga, el jefe de todos los sacerdotes cristianos.

Y luego el hombre se alejó muy ligero.

—Yya ayya —se lamentó el tío Mixtzin—. Ninotlancuicui en Teo Francisco. Me importa un bledo el pequeño dios Francisco. Si ése es su templo, resulta pobre sustituto de su predecesor. Porque allí, hermana, sobrino, allí se alzaba el más sobrecogedor edificio que se erigió nunca en el Unico Mundo. Era la Gran Pirámide, una construcción maciza pero grácil, y tan elevada hacia el cielo que había que

escalar ciento cincuenta y seis peldaños de mármol para alcanzar la cima; y allí uno se sobrecogía de nuevo al contemplar los templos de brillantes colores y los tejados peinados de los dioses Tláloc y Huitzilopochtli. ¡Ayyo, pero esta ciudad tenía dioses dignos de celebrarse en aquellos días! Y…

Se interrumpió bruscamente cuando a los tres nos empujaron de pronto hacia adelante. Hubiéramos podido estar de pie en una playa de espaldas al mar, sin contar las olas, y así haber recibido la avalancha inesperada de la siempre grande séptima ola. Lo que nos empujó por detrás fue una multitud de gente a la que los soldados estaban conduciendo en manada al interior de la plaza abierta que nosotros habíamos estado contemplando. Nos encontrábamos en la parte delantera de la multitud y logramos permanecer los tres juntos. Así, cuando la plaza estuvo llena a rebosar, hubo cesado el trasiego y todo estuvo tranquilo, nos dimos cuenta de que teníamos una vista sin obstáculos de la plataforma a la cual estaban subiendo los sacerdotes y del poste de metal hasta el cual se condujo y se ató al acusado. Teníamos una vista bastante mejor de lo que, mirando hacia el pasado en retrospectiva, hubiera deseado tener. Porque todavía puedo verlo arder.

Como he dicho, el anciano Juan Damasceno sólo habló brevemente antes de que se aplicara la antorcha a la leña que había amontonada alrededor de él. Y luego no profirió queja ni gemido alguno, ni siquiera suspiró a medida que el fuego le consumía el cuerpo. Y ninguno de los que presenciamos aquello emitimos sonido alguno tampoco, excepto mi madre, que exhaló un único sollozo. Pero no obstante había sonidos. Todavía puedo oírlo arder.

Entre aquellos sonidos estaban el crepitar de la madera al cumplir su función de combustible, los ávidos lengüetazos y lametazos de las llamas, los sonidos cercanos producidos por la piel del hombre al abultarse hasta formar ampollas que reventaban al instante, el chisporroteo y el siseo de la carne, el silbido de la sangre al evaporarse, los chasquidos y crujidos que se producían al contraérsele tensamente los músculos por el calor hasta romperle los huesos de su interior y, hacia el final, el indescriptible y horrendo sonido del cráneo al estallar en fragmentos a causa de la presión del cerebro que hervía dentro de él.

Todos pudimos también olerlo mientras ardía. El aroma de la carne humana al cocerse es, al principio, tan deliciosamente apetitoso como el de cualquier otra clase de carne que se esté asando como es debido. Pero luego aquella carne asada en particular empezó a quemarse y se percibió el olor a chamuscado y a humo, el olor rancio de la grasa de debajo de la piel al burbujear y derretirse, el duradero olor a quemado de su única prenda al desintegrarse, el tufo más breve, aunque más agudo, que se produjo cuando el pelo de la cabeza desapareció en una llamarada, el hedor de los órganos, las membranas y las vísceras al asarse, el empalagoso, dulce y nauseabundo olor de la sangre al convertirse en vapor, y al cabo de un rato el olor

caliente y metálico que se levantó cuando la cadena que lo sujetaba parecía intentar arder ella también, y el polvoriento olor de los huesos al convertirse en cenizas, y la peste repulsiva cuando el intestino de aquel hombre y sus contenidos fecales fueron incinerados.

Puesto que el hombre que estaba atado al poste también podía ver, oír y oler todas aquellas cosas variadas que le sucedían a él mismo, empecé a preguntarme qué le estaría pasando por la cabeza durante aquel tiempo. No emitió ni un sonido, pero seguramente tenía que estar pensando en algo. ¿En qué? ¿Lamentaría las cosas que había hecho o dejado de hacer y que le habían conducido a aquel espantoso final? ¿Se recrearía y saborearía los pequeños placeres, incluso las aventuras que hubiera disfrutado en algún momento de su vida? ¿Pensaría en los seres queridos que dejaba atrás? No, con la edad que tenía lo más probable era que hubiese sobrevivido a todos ellos, excepto quizá a sus hijos y a sus nietos, si es que los había tenido, pero por fuerza tenía que haber habido mujeres en su vida; aunque viejo, todavía era un hombre de buen aspecto cuando subió al poste. Además había llegado a aquel indecible destino sin miedo y sin rebajarse; en sus buenos tiempos seguro que había sido un hombre importante. ¿Quizá estuviera ahora, a pesar del dolor atroz que padecía, riéndose por dentro de la ironía de haber sido en otro tiempo alto y poderoso y de haber caído tan bajo al final?

¿Y cuál de sus sentidos, me preguntaba yo, sería el primero en extinguirse? ¿Le duraría la visión lo suficiente para poder ver cómo lo miraban sus ejecutores y cómo sus paisanos se apiñaban alrededor? ¿Se estaría preguntando en qué pensaban los vivos al verle morir? ¿Podía ver cómo sus propias piernas se encogían, retorciéndose, ennegreciéndose, mientras él colgaba suspendido de la cadena que se rizaba contra su vientre? ¿Y luego cómo los brazos hacían lo mismo, encogiéndose, tostándose y enroscándosele en el pecho como si sus miembros estuvieran tratando de proteger el torso para el que habían trabajado fielmente durante su vida? ¿O le habría quemado ya el calor los globos oculares cuando todo eso ocurrió, de manera que no le quedase más luz ni vista para verlo?

Luego, ciego, ¿seguiría por el oído y el olfato el progreso de su corrupción? Los sonidos de las burbujas que formaban las ampollas de la piel al aumentar, hacer erupción y estallar viscosamente… ¿podría oírlos? ¿Podría oler su propia carne humana mientras se convertía en aquella nauseabunda carroña que ni siquiera los buitres tzopilotin querrían comerse? ¿O simplemente sentiría todo eso? Si era así, ¿lo sentiría por separado, como pinchazos identificables, o como una agonía que lo engullía todo?

Pero aunque hubiera sido privado de la vista, del oído, del olfato —y espero que de las sensaciones—, todavía durante un rato le quedó el cerebro. ¿Seguiría pensando hasta el último instante? ¿Temería la noche interminable y la nada del infierno

Mictían? ¿O soñaría con una vida nueva y eterna en la tierra feliz, exuberante y brillante de Tonatiuh, el dios del sol? ¿O simplemente el cerebro trataría de aferrarse desesperadamente, aunque sólo fuese por un poco más de tiempo, a los recuerdos de este mundo y de la vida que fueran los más queridos para él? ¿Recuerdos de juventud, de cielo y luz de sol, de amorosas caricias, de hazañas y proezas, de lugares que visitara en otro tiempo y que nunca volvería a visitar? ¿Habría logrado conservar esos pensamientos y recuerdos para su último y patético solaz hasta el instante en que su propia cabeza se resquebrajó y todo acabó?

Si aquel espectáculo realmente tenía la intención de dar alguna clase de lección edificante para nosotros, a quienes se nos había ordenado mirar, me parece que habíamos tenido más que suficiente desde hacía ya mucho rato. Para empezar, vimos que aquel hombre, Juan Damasceno, moría sin ningún propósito útil: ni su corazón, ni siquiera su sangre fueron a nutrir a ningún dios, a ninguno de nuestros dioses ni tampoco a los de los cristianos. Pero los soldados no nos dejaron marchar antes de que lo hicieran los sacerdotes que presidían el acto, y éstos permanecieron en aquella plataforma hasta que de su víctima no quedó nada que no fuera hedor y humo. Estuvieron observando aquel proceso con esa expresión seria de quien cumple con un deber desagradable, esa expresión que cualquier sacerdote de cualquier religión sabe asumir tan virtuosamente. Pero sus ojos contradecían la expresión que tenían en el rostro. Los ojos de los sacerdotes brillaban llenos de ávido regocijo y de aprobación ante lo que estaban contemplando. Todos los sacerdotes menos uno, debo expresarlo así: aquel más joven que había hecho la traducción al náhuatl.

El rostro de este hombre no estaba serio sino triste, sus ojos no se regodeaban sino que sufrían. Y cuando finalmente los demás sacerdotes bajaron de la plataforma y se marcharon, y los soldados nos ordenaron a nosotros que nos dispersásemos, aquel joven sacerdote se quedó allí un poco más. Se detuvo delante de la cadena que colgaba y se balanceaba de un lado a otro, con los eslabones al rojo vivo, y miró lleno de pena hacia abajo, hacia los insignificantes restos de lo que aquella cadena había sujetado.

Los demás, incluidos mi madre y mi tío, se apresuraron a marcharse de la plaza. Pero yo también me quedé, junto con el sacerdote; me puse a su lado y me dirigí a él en el idioma que ambos hablábamos.

—Tlamacazqui —le dije con el debido respeto.

El levantó una mano en señal de protesta.

—¿Sacerdote? No soy sacerdote —me explicó—. Pero puedo llamar a uno si me dices por qué deseas hablar con un sacerdote.

—Yo quiero hablar contigo —le indiqué—. No hablo el español de los demás sacerdotes.

—Y yo te repito que no soy sacerdote. Y a veces me alegro de ello. Yo sólo soy

Alonso de Molina, notario de mi señor el obispo de Zumárraga. Y como me tomé la molestia de aprender vuestro idioma, hago también de intérprete de su excelencia entre tu pueblo y el nuestro.

Yo no tenía ni idea de lo que pudiera ser un notario, pero aquel hombre parecía amistoso y había demostrado cierta compasión humana durante la ejecución, cosa que los demás oficiantes no habían hecho.

De modo que ahora me dirigí a él con el tratamiento honorífico que significa más que «amigo»; de hecho, «hermano», o incluso «hermano gemelo».

—Cuatl Alonso —le dije—. Me llamo Tenamaxtli. Unos parientes míos y yo acabamos de llegar de muy lejos para admirar por primera vez vuestra Ciudad de México. No esperábamos que a los visitantes se les proporcionase un… espectáculo público. Sólo quiero preguntarte esto: a pesar de tu excelente traducción no he podido, en mi ignorancia provinciana, comprender esos términos de aspecto legal que has pronunciado. ¿Tendrías la bondad de explicarme, en palabras sencillas, de qué se acusaba a ese hombre y por qué se le ha ejecutado?

El notario me estuvo contemplando durante unos instantes. Luego me preguntó:

—¿No eres cristiano?

—No, cuatl Alonso. He oído hablar de Crixtanóyotl, pero no sé nada de esa religión.

—Bien. En palabras sencillas, como pides, te diré que a don Juan Damasceno se le encontró culpable de haber fingido abrazar nuestra fe cristiana, cuando en realidad había permanecido todo el tiempo sin creer en ella. Se negó a confesar esto, se negó a renunciar a su antigua religión, y por eso se le sentenció a muerte.

—Empiezo a comprender. Gracias, cuatl. Los hombres pueden elegir entre hacerse cristianos o que los ejecuten.

—Espera, espera. No es eso exactamente, Tenamaxtli. Pero una vez que alguien se hace cristiano, ha de seguir siéndolo.

—O vuestros tribunales de justicia ordenan que a esa persona se la queme viva.

—Tampoco es eso exactamente —repuso el notario frunciendo el entrecejo—. Los tribunales seglares pueden adjudicar diversos castigos para los distintos tipos de delito. Y si votan por la pena capital, hay varias maneras de llevarla a cabo: se le puede fusilar, se le puede matar con la espada, con el hacha de verdugo o…

—O del modo más cruel de todos —terminé yo por él—. En la hoguera.

—No. —El notario movió la cabeza de un lado a otro; ahora daba la impresión de estar un poco incómodo—. Sólo los tribunales eclesiásticos de la Inquisición pueden pronunciar esa sentencia. Desde luego, ése es el único medio de ejecución que la Iglesia puede especificar. Verás, la Iglesia tiene poder para castigar a brujos, brujas y herejes como este difunto Juan Damasceno, pero le está prohibido derramar sangre. Y está claro que si se quema a alguien no hay derramamiento de sangre. De ese modo

está establecido en la ley canónica, dice cómo debe la Iglesia ejecutar a esas personas. Por las llamas… y sólo por las llamas.

—Comprendo —dije—. Si, hay que obedecer la ley.

—Me complace decir que esas ejecuciones se llevan a cabo con escasa frecuencia —me explicó el notario—. Han pasado tres años enteros desde que un marrano fue ejecutado en este mismo lugar por haberse mofado de la fe de un modo parecido.

—Perdóname, cuatl Alonso —le interrumpí—. Pero ¿qué es un marrano?

—Un judío. Es decir, una persona que habiendo sido anteriormente judía se convierte al cristianismo. Y Hernando Halevi de León parecía un converso sincero. Incluso comía cerdo. Así que se le otorgó una rentable concesión real de encomienda propia en Actopan, al norte de aquí. Y se le permitió casarse con la hermosa Isabel de Aguilar, la hija cristiana de una de las mejores familias españolas. Pero luego se descubrió que el marrano le prohibía a doña Isabel que asistiera a misa en los días del mes en que tenía la hemorragia femenina. Obviamente, De León era un falso converso que seguía observando en secreto las perniciosas reglas del judaísmo.

Para mí aquello no tenía ningún sentido, así que volví al asunto que más me importaba y le dije:

—Este hombre de hoy, cuatl… no parecías muy feliz de verlo arder.

—Ayya, no te confundas —se apresuró a responder—. Según las creencias, leyes y normas de nuestra Iglesia, este Damasceno con toda certeza merecía ese destino. Yo no discutiría eso en absoluto. Es sólo que… bueno, con los años le había tomado cariño al viejo. —Echó una última mirada a las cenizas—. Y ahora, cuatl Tenamaxtli, debes excusarme. Tengo obligaciones. Sin embargo, me sentiré muy complacido de volver a conversar contigo en otra ocasión, siempre que estés en la ciudad.

Yo había seguido con los ojos aquella mirada suya a las cenizas, y me había percatado al instante de que, aparte de la cadena de metal y el poste vertical de metal, sólo una cosa había sobrevivido a las llamas. Era el colgante que yo había visto fugazmente antes, aquel objeto que reflejaba la luz, que el hombre muerto había llevado colgado alrededor del cuello.

Cuando el notario Alonso se dio la vuelta, me apresuré a agacharme y cogí el objeto; tuve que pasármelo de una mano a otra durante un buen rato porque todavía abrasaba. Se trataba de un pequeño disco de alguna clase de cristal amarillo, y estaba pulido de un modo curioso aunque suave, plano por un lado, curvado hacia adentro por el otro. El objeto había colgado de un cordel de cuero, que naturalmente había desaparecido, y era evidente que había estado montado en un anillo de cobre porque aún quedaban restos del mismo, aunque la mayor parte se había fundido.

Ninguno de los soldados que patrullaban por la zona ni cualquier otra persona española de las que circulaban, despacio o de prisa, por allí haciendo recados y que cruzaban la extensa plaza abierta, prestó atención a aquella acción mía de coger el

talismán amarillo o lo que fuese. Así que me lo metí debajo del manto y me marché en busca de mi madre y de mi tío.

Los encontré de pie en un puente que salvaba uno de los pocos canales que quedaban en la ciudad. Mi madre había estado llorando, pues todavía tenía el rostro mojado por las lágrimas, y su hermano había tratado de consolarla rodeándole los hombros con un brazo. Además mi tío estaba gruñendo, más para si mismo que dirigiéndose a mi madre:

—Esos exploradores nos dieron buenas informaciones acerca del gobierno de los hombres blancos. Pero no es posible que presenciasen nada como esto. Desde luego, cuando regresemos insistiré todo lo que pueda para que nosotros los aztecas nos mantengamos alejados de estos aborrecibles… —Se interrumpió para exigirme con enojo—: ¿En qué te has entretenido, sobrino? Bien hubiéramos podido decidir emprender el camino de regreso a casa sin ti.

—Me he quedado para intercambiar unas palabras con ese español que habla nuestra lengua. Me ha dicho que él le tenía cariño a Juan Damasceno.

—Ése no era el nombre verdadero de aquel hombre —me corrigió mi tío con voz hosca.

Mi madre volvió a emitir un pequeño sollozo. La miré con cierto recelo y dije titubeante:

—Tene, tú has suspirado y has llorado en la plaza. ¿Qué preocupación terrena ha podido ser ese hombre para ti?

—Lo conocía —dijo mi madre.

—¿Cómo es posible, querida Lene? Tú nunca habías puesto los pies antes en esta ciudad.

—No —reconoció ella—. Pero él vino una vez, hace mucho tiempo, a Aztlán.

—Aunque tan sólo hubiera sido por el ojo amarillo —me explicó mi tío—, Cuicani y yo lo habríamos reconocido.

—¿El ojo amarillo? —repetí—. ¿Os referís a esto?

Y saqué el cristal que había cogido de entre las cenizas.

—¡Ayyo! —gritó mi madre con júbilo—. Un recuerdo del ser querido que se ha marchado.

—¿Por qué has llamado ojo a esto? —le pregunté al tío Mixtzin—. Y si ese hombre no era quien decían, Juan Damasceno… entonces, ¿quién era?

—Te he hablado de ese hombre muchas veces, sobrino, pero supongo que no me acordé de decirte lo del ojo amarillo. El era ese forastero mexicatl que vino a Aztlán y resultó que tenía el mismo nombre que yo, Tliléctic-Mixtli. Él fue quien me inspiró el deseo de empezar a aprender el arte de conocer las palabras. Y fue la causa de que yo más tarde trajera a esta ciudad la Piedra de la Luna, y de que me diera la bienvenida el difunto Moctezuma, y de que el mismo Moctezuma me regalase todos esos

guerreros, artistas, maestros y artesanos que regresaron conmigo a Aztlán.

—Desde luego, recuerdo que me has contado lo que has dicho, tío. No obstante, ¿qué tiene que ver el ojo amarillo con todo eso?

—Ayya, ese pobre cuatl Mixtli tenía un defecto físico, cierta debilidad de la visión. Ese objeto que tienes en la mano es un disco de topacio amarillo, muy especial y quizá molido y pulido de forma mágica. Ese otro Mixtli solía ponérselo delante de los ojos siempre que deseaba ver algo con claridad. Pero esa discapacidad nunca le impidió llevar a cabo sus aventuras y exploraciones. Y si se me permite decirlo, en el caso de nuestro Aztlán por lo menos, no le impidió realizar buenas y grandes acciones.

—Bien puedes decirlo —murmuré, impresionado—. Y desde luego deberíamos llorarlo. Ese otro Mixtli nos ha dado mucho.

—Y a ti, Tenamaxtli, mucho más aún —dijo en voz baja mi madre—. Ese otro Mixtli era tu padre.

Me quedé atónito y sin habla, incapaz durante largo rato de hacer otra cosa que mirar hacia abajo, al topacio que tenía en la mano, el único recuerdo del hombre que me había engendrado. Por fin, aunque sintiendo que me ahogaba, logré barbotear:

—Entonces, ¿por qué nos quedamos aquí parados? ¿No vamos a hacer nada? ¿Es que yo, su hijo, no voy a hacer nada para vengarme de esos asesinos por la espantosa muerte de mi padre?

3

En aquella época todavía había mucha gente viva en Aztlán que recordaba la visita de aquel mexicatl llamado Tliléctic Mixtli, Nube Oscura. El tío Mixtzin la recordaba, desde luego, y también su hijo Yeyac y su hija Améyatl, aunque por entonces no eran más que niños pequeños. (Su madre, esposa de mi tío, que fue la primera de todos los aztecas que había hablado con aquel visitante, murió de fiebre de los pantanos poco después). Otro que la recordaba era el anciano Canaútli, porque había mantenido muchas y largas conversaciones con aquel Mixtli en las que le había contado la historia de nuestra Aztlán. Y la nieta de Canaútli también lo recordaba, naturalmente, porque ella, Cuicani, había sido la más hospitalaria y acogedora de todos los aztecas, pues había compartido su jergón con el visitante, había quedado encinta de él y con el tiempo había dado a luz al hijo de aquel hombre, es decir, a mí.

Estos y otros muchos aztecas recordaban también cuando, más tarde, mi tío había emprendido viaje a Tenochtitlan acompañado de un grupo numeroso de hombres que le ayudaron a llevar rodando la Piedra de la Luna. Y el triunfal regreso de mi tío de aquel viaje lo recuerdan vívidamente todos los habitantes de Aztlán que vivían en aquella época, incluido yo mismo, que por entonces tenía tres o cuatro años. Cuando se marchó sólo era Tliléctic-Mixtli, tlatocapili de Aztlán. El título de tlatocapili no era gran cosa, sólo significaba «jefe de tribu», y su dominio se limitaba a una aldea insignificante rodeada de pantanos. Mi tío mismo había descrito Aztlán en varias ocasiones como «este agujero en el culo del mundo». Pero regresó allí con muchas joyas en los dedos, engalanado con un tocado de plumas y acompañado de muchos sirvientes. Y ahora se le conocería por el nuevo y noble nombre de Tliléctic-Mixtzin, señor Nube Oscura, y llevaría el titulo de Uey-Tecutli, Gobernador Reverenciado.

Nada más llegar, puesto que la población adulta se había reunido para ver y admirar su nuevo esplendor, le habló a su pueblo. Puedo repetir sus palabras con bastante exactitud, porque Canaútli se las aprendió de memoria y me las repitió cuando fui lo bastante mayor para comprender.

—Amigos aztecas —comenzó a hablar el Uey-Tecutli Mixtzin en voz alta y con determinación—. En este día reanudamos nuestra conexión familiar, largamente olvidada, con nuestros primos los mexicas, el pueblo más poderoso del Unico Mundo. De ahora en adelante somos una colonia, y una colonia importante, de esos mexicas, porque ellos no han tenido con anterioridad un puesto avanzado ni un baluarte cercano al mar Occidental al norte de Tenochtitlan que esté tan lejos como éste. ¡Y nosotros seremos un baluarte! —Hizo un gesto hacia el considerable séquito de personas que lo habían acompañado—. Los hombres que han venido hasta aquí conmigo no lo han hecho sólo para hacer de mi regreso un espectáculo impresionante. Ellos y sus familias se van a asentar entre nosotros, van a crear aquí

sus hogares como en otro tiempo lo hicieron sus antepasados. A cada uno de estos valientes, desde guerreros hasta conocedores de las palabras, se le eligió por su destreza y experiencia en diversos oficios y artes. Ellos os mostrarán lo que puede ser este remoto bastión de Tenochtitlan, otra Tenochtitlan en miniatura, fuerte, civilizada, culta, próspera y orgullosa. —La voz se le hizo aún más fuerte, exigente—. Y vosotros escucharéis, haréis caso y obedeceréis a estos maestros. Y ya nunca más nosotros, los de Aztlán, seremos torpes, incultos ni ignorantes, ni estaremos descontentos de serlo. Desde hoy en adelante todo hombre, mujer y niño aprenderá, trabajará y luchará hasta que seamos, en todos los aspectos, equiparables a nuestros admirables primos mexicas.

Recuerdo sólo vagamente cómo era Aztlán en aquellos días. Tened en cuenta que yo entonces no era más que un niño. Y un niño ni estima ni desprecia el pueblo donde vive, no lo percibe ni como grandioso ni como miserable; es lo que siempre ha conocido y a lo que se ha acostumbrado. Pero bien sea por retazos de recuerdos, bien por lo que me contaron en años posteriores, estoy en condiciones de describir bastante bien el Lugar de las Garcetas Nevadas tal como era cuando aquel otro Tliléctic-Mixtli, el explorador, llegó a él.

En primer lugar el «palacio» en el cual vivían mi tío el tíatocapili y sus dos hijos —igual que mi madre y yo, porque ella se convirtió en el ama de llaves de su hermano después de que muriera la esposa de éste— tenía numerosas habitaciones, pero era de una sola planta. Estaba hecho de madera, juncos y hojas de palmera y, hasta cierto punto, lo habían fortificado y «ornamentado», pues lo habían cubierto con una especie de cemento hecho de conchas machacadas. El resto de los edificios de Aztlán dedicados a viviendas y al comercio eran, si es que puede creerse, aún más endebles y de construcción menos hermosa.

La ciudad estaba asentada sobre una isla de forma ovalada que se encontraba en medio de un lago de tamaño considerable. Los lados más lejanos del lago no tenían bordes ni orillas. Sus aguas, salobres y no potables, simplemente se iban haciendo cada vez menos profundas con la distancia, todo alrededor, mezclándose con la rezumante tierra pantanosa que, al oeste, se fundía con el mar. Aquellos pantanos exudaban brumas nocturnas húmedas y malsanas, insectos infecciosos y quizá malos espíritus. Mi tía sólo fue una de las muchas personas que morían cada año a causa de una fiebre que las consumía, y nuestros médicos afirmaban que la fiebre la infligían los pantanos de algún modo sobre nosotros.

A pesar de que Aztlán era un pueblo atrasado en muchos aspectos, nosotros los aztecas por lo menos comíamos bien. Más allá de las tierras pantanosas estaba el mar Occidental, y del fondo del mismo nuestros pescadores sacaban, bien fuera con redes, con anzuelo o con arpones, no sólo los peces comunes y abundantes: rayas, peces espada, platijas, cangrejos y calamares, sino también sabrosas delicadezas: ostras,

berberechos, orejas de mar, tortugas y huevos de tortuga, camarones y cigalas. A veces, después de una lucha violenta y prolongada que solía hacer que uno o más de nuestros pescadores se ahogase o quedase inválido, conseguían llevar a la orilla un yeyemichi. Es un gigantesco pez gris —algunos llegan a ser tan grandes como un palacio— cuya captura bien vale la pena. Nosotros, los del pueblo, nos dábamos un atracón con los innumerables y deliciosos filetes que se cortaban de tan sólo uno de aquellos inmensos peces. En aquel mar también se encontraban ostras con perlas, pero nos conteníamos de cosecharlas por los motivos que explicaré más adelante.

En cuanto a las verduras, además de las numerosas algas comestibles, también teníamos una variedad de ellas que crecían en los pantanos. Y las setas se encontraban por doquier; a menudo, sin que nadie las invitase, en el suelo de tierra siempre húmedo de nuestras casas. La única verdura que en realidad cultivábamos era picíetl, que se secaba para fumarla. Con la carne de los cocos se confeccionaban nuestros dulces, y la leche de coco se convertía en una bebida mucho más embriagadora que el octli, tan popular en todos los demás lugares del Unico Mundo. Otra clase de palmera nos daba los frutos coyacapuli, y la pulpa interior de otra palmera se secaba y se molía hasta convertirla en sabrosa harina. Incluso otra palmera nos proporcionaba fibra para tejer y hacer tela. Y la piel de tiburón constituye el mejor y más duradero cuero que se pueda desear. Las pieles de las nutrias marinas cubrían nuestros suaves jergones de dormir y servían para hacer capas de pieles para aquellos viajeros que se adentraban en las frías y altas montañas de tierra adentro. Tanto de los cocos como de los peces extraíamos el aceite que utilizábamos en nuestras lámparas. (Concederé que, para cualquier recién llegado no habituado, el olor que producía aquel aceite al arder debía de resultar abrumadoramente rancio).

Mientras los maestros mexicas de diversas artes paseaban por Aztlán en un primer recorrido de inspección para ver en qué podían contribuir a la mejora de la ciudad, debieron de tener dificultad para contener las risas y las mofas. Seguramente encontraron nuestro concepto de «palacio» bastante ridículo. Y el único templo de nuestra isla, dedicado a Coyolxauqui, la diosa de la luna, la deidad que en aquellos días nosotros adorábamos casi en exclusiva, no estaba construido de forma más elegante de lo que lo estaba el palacio, aunque tenía algunas caracolas, buccinos, Strombus y otras conchas incrustadas en el cemento alrededor de la puerta.

Sea como fuere, los artesanos no se desanimaron por lo que vieron. Inmediatamente se pusieron a trabajar y encontraron un sitio a cierta distancia de Aztlán, en otra zona del lago, un montículo que en comparación no estaba tan empapado como el resto, en el cual levantar temporalmente las casas para ellos y sus familias. Las mujeres hacían la mayor parte del trabajo de construcción de las casas, utilizando para ello todo lo que hubiera a mano: juncos, hojas de palmera y barro. Mientras tanto los hombres se fueron tierra adentro, hacia el este, y no tuvieron que

recorrer una gran distancia antes de encontrarse en las montañas. Talaron robles y pinos, movieron a brazo los troncos para allanar el terreno del lado del río y los partieron, los quemaron, los azolaron y los convirtieron en acaltin mucho más grandes que cualquiera de nuestras naves de pescadores, lo bastante grandes como para transportar cargas pesadas. Aquellas cargas también procedían de las montañas, porque algunos de los hombres eran canteros expertos que estuvieron buscando hasta encontrar depósitos de tierra caliza que excavaron profundamente, y luego rompieron la piedra para formar grandes bloques y losas. Y en aquel mismo lugar de la cantera los cuadraban, los nivelaban toscamente y luego los cargaban en los acaltin, que los transportaban por un río hasta el mar, y de allí continuaban bordeando la costa hasta un entrante que había en el mar y que conducía hasta nuestro lago.

Los albañiles mexicas empezaron por alisar y pulir las primeras piedras que se trajeron y luego las utilizaron para erigir un palacio nuevo como es debido para mi tío Mixtzin. Cuando estuvo terminado se vio que quizá no hubiera podido rivalizar con ninguno de los palacios de Tenochtitlan, pero para nuestra ciudad, sin embargo, era un edificio ante el cual nos quedábamos maravillados. Tenía una altura de dos plantas y un tejado curvo que lo hacía el doble de alto; contenía tantas habitaciones —incluido un imponente salón del trono para el Uey-Tecutli— que incluso Yeyac, Améyatl y yo teníamos cada uno un dormitorio individual. Eso era algo que por entonces desconocían casi todas las personas de Aztlán, no digamos ya tres niños de doce, nueve y cinco años de edad respectivamente. Antes de que ninguno de nosotros se fuera a vivir allí, un enjambre de obreros —carpinteros, escultores, pintores, tejedoras— se dedicó a decorar las habitaciones con estatuillas, murales y colgaduras en las paredes y otras cosas por el estilo.

Al mismo tiempo otros mexicas iban limpiando y recanalizando las aguas de Aztlán y sus alrededores. Dragaron la vieja inmundicia y la basura de los canales que siempre habían cruzado por varias partes la isla y recubrieron el cauce con piedra. Drenaron los pantanos que había alrededor del lago y excavaron nuevos canales que se llevaron el agua vieja y dejaron entrar agua nueva procedente de ríos de tierra adentro. El lago siguió siendo salobre, pues era de agua de mar mezclada con agua dulce, pero ya no permanecía estancada, y los pantanos empezaron a secarse y a convertirse en tierra firme. El resultado fue una inmediata disminución de las nocivas brumas nocturnas y de aquellas molestas multitudes de insectos que había antes, y desde entonces —lo que demostró que nuestros médicos estaban en lo cierto— los espíritus de los pantanos sólo afligieron a un par de personas cada año con aquellas fiebres malignas.

Mientras tanto los albañiles pasaron directamente de construir el palacio a hacer un templo de piedra para la diosa patrona de nuestra ciudad, Coyolxauqui, un templo que puso en evidencia el antiguo. Estaba tan bien diseñado y era tan grácil que hizo

que Mixtzin refunfuñase:

—Ahora me arrepiento de haber llevado a Tenochtitlan la piedra que representaba a la diosa… ahora que tiene un templo que está a la altura de su belleza serena y su bondad.

—Estás comportándote como un tonto —le dijo mi madre—. Si no lo hubieras hecho, ahora no tendríamos el templo. Ni ninguno de los otros beneficios que nos ha traído ese regalo que le hicimos a Moctezuma.

Mi tío refunfuñó un poco más: no le gustaba que le discutieran sus opiniones; pero no le quedó más remedio que reconocer que su hermana tenía razón.

A continuación los albañiles erigieron un tlamanacali de un modo que todos consideramos ingeniosísimo, práctico e interesante de ver. Mientras los que trabajaban la piedra colocaban losas inclinadas hacia adentro formando el simple caparazón de una pirámide, obreros comunes traían, sirviéndose para ello de unas tiras que se pasaban alrededor de la frente o del pecho, cargas de tierra, piedras, cantos rodados, madera a la deriva venida del mar… es decir, toda clase de escombros imaginables; los descargaban para rellenar el caparazón de piedra y los apisonaban firmemente. Así que al final se alzó una pirámide perfecta rematada en punta que parecía de reluciente piedra caliza maciza.

Y desde luego tenía la consistencia suficiente para sostener en lo alto los dos pequeños templos que la coronaban: uno dedicado a Huitzilopochtli y el otro a Tláloc, el dios de la lluvia; y también lo suficientemente robusta como para soportar la escalera que conducía a lo alto de su parte frontal y a los innumerables sacerdotes, adoradores, dignatarios y víctimas de los sacrificios que habrían de pisar aquellas escaleras en los años siguientes. No afirmo que nuestra tlamanacali fuera tan impresionante como la famosa Gran Pirámide de Tenochtitlan —porque ésa, desde luego, nunca la vi—, pero la nuestra era seguramente el edificio más magnífico que se alzaba en cualquier parte al norte de las tierras de los mexicas.

A continuación los albañiles erigieron templos de piedra dedicados a otros dioses y diosas de los mexicas, a todos ellos, supongo, aunque algunas de las deidades menores tuvieron que agruparse de tres en tres o de cuatro en cuatro para compartir un templo. Entre los muchos, muchísimos mexicas que habían venido al norte con mi tío, había sacerdotes de todos esos dioses. Durante los primeros años trabajaron al lado de los constructores, y trabajaron mucho, exactamente igual que los otros. Luego, cuando aquellos templos estuvieron terminados, los sacerdotes también dedicaron tiempo, además de atender a sus deberes espirituales, a enseñar en nuestras escuelas, que fueron los edificios que se construyeron a continuación. Y cuando los terminaron, los mexicas se dedicaron a la construcción de edificios menos importantes: un granero, talleres, almacenes, un arsenal y otras necesidades semejantes de la civilización. Y por fin se pusieron a transportar la madera de los

bosques de las montañas y a edificar casas sólidas de madera para ellos así como para aquellas familias aztecas que quisieran una, cosa que incluyó a todos excepto a unos cuantos descontentos y misántropos eremitas que prefirieron el antiguo estilo de vida.

Cuando digo que «los mexicas» hicieron esto o aquello, debes comprender que no me refiero a que lo hiciesen sin ayuda. Cada grupo de picapedreros, albañiles, carpinteros, lo que fueran, reclutaba a todo un equipo de nuestros hombres (y para los trabajos ligeros, a mujeres e incluso a niños) para que los ayudasen en esos proyectos. Los mexicas enseñaron a los aztecas a llevar a cabo cualquier cosa que hiciera falta, supervisaron su realización y continuaron enseñando, reprendiendo, corrigiendo errores, reprobando y aprobando hasta que, al cabo de un tiempo, los aztecas sabían hacer una buena cantidad de cosas nuevas ellos solos. Yo, por mi parte, bien consciente del día por el que llevaba el nombre, transportaba cargas ligeras, iba a buscar herramientas y repartía agua y comida a los trabajadores. Las mujeres y las muchachas estaban aprendiendo a coser y a tejer con materiales nuevos: algodón, paño metl e hilo y plumas de garceta, que eran mucho más finos que las palmas que habían utilizado hasta entonces.

Cuando nuestros hombres llegaban al final de una jornada de trabajo, los supervisores mexicas no se limitaban a dejarlos irse a sus casas a tumbarse y a emborracharse con su pócima de coco fermentado. No, los capataces entregaban nuestros hombres a los guerreros mexicas. Éstos también podían haber realizado ya una jornada de duro trabajo, pero eran infatigables. Ponían a nuestros hombres a aprender ejercicios, a desfilar y a hacer otros elementos básicos militares; luego los iniciaron en el uso —y con el tiempo en la maestría— de la espada de obsidiana maquáhuitl, el arco y las flechas, la lanza, y después a aprender diversas tácticas y maniobras del campo de batalla. Las mujeres y las chicas jóvenes estaban exentas de aquel entrenamiento; de todos modos no muchas de ellas se sentían inclinadas, como lo estaban sus hombres, a malgastar el tiempo libre en beber y dejarse llevar por la indolencia. Los muchachos, incluido yo, nos habríamos sentido colmados de júbilo de tomar parte en entrenamiento militar, pero no se nos permitía hacerlo hasta tener la edad de vestir el taparrabos.

Fíjate, nada de esta total remodelación de Aztlán y de su gente tuvo lugar de manera brusca, como puede que haya dado a entender mi relato. Repito, yo era sólo un niño cuando todo empezó. Así que el proceso de despejar la vieja Aztlán y construir la nueva pareció —me lo pareció a mi— ir al paso de mi propio crecimiento, de mi fortalecimiento, de mi crecimiento, en definitiva, en madurez y sapiencia. De ahí que, para mí, lo que sucedió en mi ciudad fue igualmente imperceptible y poco notable. Sólo ahora, viendo las cosas en retrospectiva, puedo recordar las muy numerosas pruebas, errores, trabajos, sudores y años que transcurrieron para llevar a cabo el proceso de civilización de Aztlán. Y no me he

molestado en dar cuenta de los casi igualmente numerosos reveses, frustraciones e intentos fallidos que también llevó consigo el proceso. Pero los esfuerzos triunfaron, como había ordenado el tío Mixtzin, y el día en que recibí mi nombre, sólo unos pocos años después de la llegada de los mexicas, ya estaban construidas y esperándome las escuelas telpochealtin para que yo empezase a asistir a ellas.

Por las mañanas los demás muchachos de mi edad y yo, además de un buen número de chicos mayores que nosotros que nunca habían podido asistir a la escuela en su infancia, íbamos a la Casa de Acumular Fuerza. Allí, bajo la tutela de un guerrero mexica nombrado maestro de atletismo, realizábamos ejercicios físicos y aprendíamos a representar un extraordinariamente complicado ritual, mitad juego mitad baile, llamado tlachtli, y con el tiempo nos enseñaron algunas nociones de combate cuerpo a cuerpo. Sin embargo, nuestras espadas, flechas y lanzas no llevaban hojas o puntas de obsidiana, sino simples penachos de plumas humedecidos con tinte rojo para que simularan manchas de sangre en los lugares donde golpeábamos a nuestros oponentes.

Por las tardes esos mismos muchachos y muchachas de la misma edad y yo asistíamos a la Casa de Aprender Modales. Allí el sacerdote maestro asignado nos enseñaba higiene y limpieza (de lo cual la mayor parte de los niños de las clases bajas no sabían nada en absoluto), a cantar canciones rituales, a bailar danzas ceremoniales y a tocar algunos instrumentos musicales: tambores de diversos tamaños y tonos, la flauta de cuatro agujeros y la jarra para producir gorjeos.

Para representar las ceremonias y rituales debidamente, teníamos que ser capaces de seguir las melodías, los ritmos, los movimientos y los gestos exactamente igual que se había hecho desde los tiempos de antaño. Para asegurarse de eso, el sacerdote pasaba entre nosotros una página de instrucciones con imágenes toscas. De esta manera llegamos a entender por lo menos los rudimentos del conocimiento de las palabras. Y cuando los niños volvían a casa de la escuela, ellos enseñaban a sus mayores lo que habían aprendido; porque Mixtzin y los sacerdotes animaban aquel trasiego de conocimientos, por lo menos hacia los varones adultos. De las hembras, como de los esclavos, no se esperaba que hubieran de tener nunca necesidad del conocimiento de las palabras. Mi propia madre, aunque tenía el rango más alto de nobleza que se podía alcanzar en Aztlán, no aprendió nunca a leer ni a escribir.

El tío Mixtzin había aprendido, empezando en la época en que sólo era el tlatocapili de la aldea, y continuó aprendiendo durante toda su vida. Su educación en las letras empezó mucho tiempo atrás, bajo la instrucción de aquel visitante mexícatl, el otro Mixtli. Luego, durante el viaje de regreso de mi tío de Tenochtitlan con todos aquellos otros mexicas en su séquito, en todos los campamentos que se instalaban para pasar la noche se sentaba con un sacerdote maestro para recibir más instrucción. Y desde que llegaron a Aztlán había mantenido a su lado a aquel mismo sacerdote

para que fuera su tutor particular. Así que cuando yo empecé mi escolarización, él ya era capaz de enviar informes con representación de palabras a Moctezuma referentes al progreso de Aztlán. Y más aún, incluso se entretenía en escribir poemas, la clase de poemas que quienes lo conocían habrían esperado que escribiera meditaciones cínicas acerca de la imperfección de los seres humanos, el mundo y la vida en general. Solía leérnoslos, y yo recuerdo uno en particular:

¿Perdonar? Nunca perdonéis, pero fingid que perdonáis. Decid amistosamente que perdonáis. Convenced de que habéis perdonado. Así devastador es el efecto cuando al final os lanzáis y buscáis la garganta.

Incluso en las escuelas inferiores a los estudiantes se nos enseñaba un poco de historia del Unico Mundo y, aunque yo era muy joven, no pude evitar fijarme en que algunas de las cosas que se nos decían eran considerablemente diferentes a algunos cuentos que mi bisabuelo, el Evocador de Historia de Aztlán, nos había confiado alguna vez en el círculo de la familia. Por ejemplo, por lo que nos enseñaba el sacerdote maestro mexica, uno podía suponer que la nación del pueblo mexica sencillamente había brotado un día de la tierra en la isla de Tenochtitlan, todos los habitantes completamente adultos, vigorosos, educados, civilizados y cultos. Eso no concordaba con lo que mis primos y yo le habíamos oído contar al viejo Canaútli, así que Yeyac, Améyatl y yo acudimos a él y le pedimos que nos lo aclarase.

Canaútli se echó a reír y nos dijo con tolerancia:

—Ayya, los mexicas son personas un poco fanfarronas. Y algunos de ellos no dudan en retorcer cualquier verdad que les resulte incómoda para hacer que encaje con la altiva imagen que tienen de si mismos.

—Cuando el tío Mixtzin los trajo aquí, habló de ellos como de «nuestros primos» —apunté yo—, y se refirió a alguna clase de «relación familiar largo tiempo olvidada».

—Imagino —repuso el Evocador— que la mayoría de los mexicas habrían preferido no oír hablar de esa relación. Pero fue un hecho que no pudo evitarse ni ocultarse, sobre todo después de que tu… sobre todo después de que aquel otro Mixtli tropezase con este lugar y le llevase a Moctezuma la noticia de nuestra existencia. Veréis, el otro Mixtli me preguntó, como vosotros tres habéis hecho, acerca de la verdadera historia de los aztecas y su relación con los mexicas, y creyó lo que le dije.

—Nosotros también te creeremos —le aseguró Yeyac—. Venga, cuéntanoslo.

—Con una condición —nos dijo Canaútli—. Que no utilicéis lo que aprendáis de mí para corregir o contradecir a vuestro sacerdote maestro. Hoy día los mexicas están siendo muy buenos con nosotros. Sería malvado por vuestra parte que impugnaseis cualquier tonta aunque inofensiva ilusión que ellos se complazcan en albergar.

—Yo no lo haré. Lo prometo —le dijimos nosotros uno detrás de otro.

—Pues sabed, joven Yeyac-Chichiquili, joven Patzcatl Améyatl, joven Téotl-Tenamaxtli, que en una época muy lejana, largos haces de años atrás, pero una época que es conocida y que desde entonces cada Evocador le relata a su sucesor, Aztlán no era sólo una pequeña ciudad al lado del mar. Era la capital de un territorio que se extendía hacia bien arriba de las montañas. Vivíamos de un modo sencillo (la gente de hoy diría que vivíamos de forma primitiva), pero nos las apañábamos bastante bien, y rara vez sufríamos contratiempos. Eso era gracias a Coyolxauqui, nuestra diosa de la luna, quien se ocupaba de que las mareas del oscuro mar y las tenebrosas espesuras de las montañas nos surtiesen con abundancia.

—Y una vez nos contaste que nosotros los aztecas no adorábamos a ningún otro dios —le recordó Améyatl.

—Ni siquiera a otros tan benefactores como Coyolxauqui. A Tláloc, por nombrar uno, el dios de la lluvia. Porque mira a tu alrededor, niña. —Se echó a reír otra vez—. ¿Qué necesidad teníamos de rezarle a Tláloc para que nos diera agua? No, estábamos contentos con las cosas tal como eran. Eso no significa que fuéramos unos cobardes desventurados. Ayyo, defendíamos fieramente nuestras fronteras cuando alguna otra nación envidiosa intentaba invadirnos. Pero por lo demás éramos un pueblo pacífico. Incluso cuando ofrecíamos sacrificios a Coyolxauqui nunca elegíamos a una doncella para matarla, ni siquiera a un enemigo capturado. En su altar inmolábamos sólo animales pequeños del mar y de la noche. Quizá un Strombus de concha perfecta y sin tacha… o una de esas grandes polillas de la luna que son suaves y verdes y tienen grandes alas…

Dejó de hablar durante unos instantes, al parecer al evocar aquellos buenos y dorados tiempos, mucho antes incluso de que naciera su bisabuelo. Así que yo suavemente le apunté:

—Hasta que llegó la mujer…

—Si. Una mujer tenía que ser. Y fue una mujer de los yaquis, el más salvaje y malvado de todos los pueblos. Uno de nuestros grupos de cazadores se topó en lo alto de nuestras montañas con ella, que vagaba sin rumbo, sola, infinitamente lejos de las tierras desiertas de los yaquis. Y aquellos hombres le dieron de comer, la vistieron y la trajeron aquí, a Aztlán. Pero era una mujer rencorosa, ayya ouiya. Cuando nuestros antepasados la trataron amistosamente, ella les pagó haciendo que los aztecas se volvieran amigos contra amigos, familias contra familias, hermanos contra hermanos.

—¿Tenía nombre? —quiso saber Yeyac.

—Sí, un nombre yaqui malsonante: Gónda Ke. Y lo que hizo esa mujer fue empezar por ridiculizar nuestras sencillas costumbres y nuestra reverencia por la bondadosa diosa Coyolxauqui. ¿Por qué, preguntó, no reverenciábamos a Huitzilopochtli, el dios de la guerra, en vez de a nuestra diosa? El, nos dijo Gónda Ke, nos llevaría a la victoria en la guerra, a conquistar otras naciones, a tomar

prisioneros para sacrificarlos al dios, el cual así se convencería y nos iría conduciendo a otras conquistas hasta que gobernásemos todo el Unico Mundo.

—Pero ¿por qué buscaría aquella mujer fomentar pasiones tan ajenas a nosotros y esas ambiciones guerreras entre nuestro pacífico pueblo? —le preguntó Améyatl—. ¿En qué la beneficiaría?

—No te halagará oír esto, bisnieta. La mayoría de los antiguos Evocadores lo atribuyeron simplemente a la natural terquedad de las mujeres.

Améyatl se limitó a arrugar su linda nariz ante él, así que Canaútli sonrió, mostrando las encías desdentadas, y continuó hablando:

—Deberías alegrarte, pues, de saber que yo sostengo una teoría ligeramente diferente. Es algo sabido que los hombres yaquis son tan inhumanamente crueles con sus mujeres como lo son con los demás seres vivientes humanos que no son yaquis. Tengo la creencia de que aquella mujer estaba obsesionada con hacer que a todo hombre se le tratase como debieron de tratarla a ella los de su propio pueblo. Estaba obsesionada con incitar a los hombres del Unico Mundo a que se masacrasen unos a otros en la guerra y se inmolasen unos a otros en cruentos sacrificios dedicados a este o aquel dios, y chascaría los labios de satisfacción.

—Pues como casi todas las comunidades del Unico Mundo hacen ahora —observó Yeyac—. Y como los mexicas sacerdotes y guerreros nos enseñarán a hacer a nosotros. Pero nosotros estamos en buenas relaciones con nuestros vecinos. Tendremos que marchar mucho más allá de las montañas para librar una batalla o capturar a un prisionero al que sacrificar. No obstante, la despreciable Gónda Ke tuvo éxito, desde luego.

—Pues bien, estuvo muy cerca de no tenerlo —dijo Canaútli—. Convenció a cientos de personas de Aztlán para que la imitasen al adorar al dios de manos ensangrentadas Huitzilopochtli. Pero otros cientos se negaron, sensatamente, a convertirse. Con el tiempo ella dividió a los aztecas en dos facciones tan enemistadas (como he dicho incluso llegó a enfrentar hermano contra hermano), que ella y sus adeptos se marcharon sigilosamente y se fueron a residir en siete cavernas que hay en las montañas. Allí se armaron, se entrenaron en las artes de la guerra y aguardaron la orden de la mujer yaqui para ponerse en marcha y comenzar a conquistar otros pueblos.

—Y seguramente —comentó Améyatl, que era un poco blanda de corazón— los primeros en sufrir las consecuencias serían los disidentes pacíficos de Aztlán.

—Con toda certeza. Sin embargo… sin embargo, por suerte, el tlatocapili de Aztlán de aquella época era casi tan irascible, malhumorado e intolerante con los tontos como lo es vuestro propio padre Mixtzin. Él y su leal guardia de la ciudad salieron hacia las montañas, rodearon a los herejes y mataron a muchos de ellos. Y a los supervivientes les dijeron: «Coged a vuestro despreciable nuevo dios y a vuestras

familias y marchaos de aquí. De lo contrario seréis masacrados hasta el último hombre, hasta la última mujer, hasta el último niño, hasta el último infante que esté aún en el vientre materno».

—Y se marcharon —dije yo.

—Así es. Al cabo de varios haces de años de vida errante, en los que nacieron nuevas generaciones de herejes, llegaron por fin a una isla en medio de otro lago, donde divisaron el símbolo de su dios de la guerra: una águila encaramada en un cactus nopali; de manera que se asentaron allí. Llamaron a la isla Tenochtitlan, el Lugar del Tenoch, que era, en algún dialecto local olvidado, la palabra con que se designaba al cactus nopali. Y por alguna razón que nunca me he tomado la molestia de investigar, se rebautizaron con el nombre de mexicas. Y con el transcurso de los años prosperaron, lucharon y sometieron a sus vecinos, y luego a otras naciones más alejadas. —Canaútli encogió con resignación sus viejos hombros huesudos—. Y ahora, para bien o para mal, Tenamaxtli, debido a los esfuerzos de tu tío y de ese otro mexicatl también llamado Mixtli, todos estamos reconciliados de nuevo. Veremos qué resulta de todo ello. Y ahora ya me he cansado de recordar. Marchaos, niños, dejadme.

Echamos a andar, pero yo me volví y le pregunté:

—Y esa mujer yaqui, Gónda Ke, ¿qué fue de ella?

—Cuando el tlatocapili arrasó las siete cuevas, la mujer se contó entre los primeros masacrados. Pero se sabe que copuló con varios de sus seguidores varones. Así que no hay duda de que su sangre aún corre por las venas de muchas familias mexicas. Quizá de todas ellas. Eso explicaría que sigan siendo tan beligerantes y sanguinarias como era ella.

Nunca sabré por qué Canaútli se contuvo de decírmelo en aquel momento: que lo más probable era que yo mismo llevase por lo menos una gota de la sangre de aquella mujer yaqui, que yo ciertamente podía afirmar ser el principal ejemplo de Aztlán de la «relación familiar» entre aztecas y mexicas, puesto que yo había nacido de madre aztécatl y había sido engendrado por aquel mexicatl Mixtli. Puede que el anciano titubease porque estimase que le correspondía a su nieta revelar u ocultar aquel secreto de familia.

Y realmente yo tampoco sé por qué ella me lo ocultó. Cuando yo era niño, la población de Aztlán era tan pequeña y los lazos familiares eran tan estrechos que todo el mundo debía de estar al corriente de mi ilegitimidad. Una mujer corriente de la clase macehuali habría sido severamente censurada y a lo mejor castigada por dar a luz a un bastardo. Pero Cuicani, al ser hermana del entonces tlatocapili, que más tarde sería Uey-Tecutli, difícilmente podía temer las habladurías y el escándalo. Aun así, me mantuvo en la ignorancia de mi paternidad hasta aquel horroroso día en la Ciudad de México. Sólo puedo sospechar que quizá ella tuviera la esperanza, durante los

años que transcurrieron hasta entonces, de que aquel otro Mixtli regresase algún día a Aztlán, se arrojase en sus brazos y se regocijase al saber que los dos tenían un hijo.

Para ser sincero, ni siquiera sé por qué yo, en ningún momento, ni en la infancia ni después, evidencié curiosidad alguna acerca de quién era mi padre. Bien, Yeyac y Améyatl tenían padre, pero no madre; yo tenía madre, pero no tenía padre. Debí de hacerme el razonamiento de que una situación de por si tan evidente sólo podía ser normal y corriente. ¿Para qué hacerse preguntas al respecto?

De vez en cuando, mi madre hacía algún comentario propio del orgullo de madre:

—Veo, Tenamaxtli, que estás creciendo, y a este paso te convertirás en un hombre guapo y fuerte de rasgos, exactamente igual que tu padre.

O bien:

—Te estás haciendo muy alto para tu edad, hijo mio. Bueno, también tu padre era bastante más alto que la mayor parte de los hombres.

Pero yo hacía poco caso de aquellos comentarios; a causa del cariño, las madres creen que sus polluelos llegarán a ser águilas.

Desde luego, si alguien alguna vez hubiera hecho la menor insinuación, yo habría empezado a preguntar acerca de ese padre ausente. Pero yo era el sobrino del señor y el hijo de la señora que ocupaban el palacio de Aztlán; nadie en su sano juicio se habría arriesgado a desagradar a Mixtzin. Y nunca mis compañeros de juegos ni los niños vecinos me dijeron nada cruel al respecto. Y en casa, Yeyac, Améyatl y yo vivíamos juntos en amistad y armonía, más como hermanastros que como primos. O así fue, debería decir, hasta cierto día.

4

Yeyac tenía entonces catorce años y yo siete, acababan de ponerme el nombre y justo empezaba a asistir a la escuela. Ya estábamos viviendo en el espléndido palacio nuevo, y todos nosotros, los jóvenes, nos sentíamos en la gloria por tener cada uno nuestro propio dormitorio, porque así guardábamos separadas celosa e infantilmente nuestras intimidades. De manera que me sorprendí muchísimo cuando un día, aproximadamente a la hora del crepúsculo, Yeyac entró en mi habitación sin que nadie le invitase y sin pedir permiso. Casualmente nos encontrábamos los dos solos en el edificio, excepto los sirvientes que pudieran estar trabajando en la cocina o en algún otro lugar de la planta baja, porque nuestros mayores, Mixtzin y Cuicani, habían ido a la plaza central de la ciudad para ver a Améyatl, que participaba en una danza pública en la que actuaban todas las muchachas de la Casa de Aprender Modales.

De hecho, lo que me sorprendió fue que Yeyac entró sin hacer ruido mientras yo estaba de espaldas a la puerta de la habitación, así que ni siquiera me enteré de que estuviera allí hasta que me metió la mano por debajo del manto, entre las piernas, y, como si estuviera sopesándolos, hizo botar con mucha suavidad mi tepuli y mi ololtin. Tan sobresaltado como si un cangrejo se me hubiera metido por debajo del manto batiendo las pinzas, di un prodigioso salto en el aire. Luego me di la vuelta con gran rapidez y me quedé, desconcertado e incrédulo, mirando a Yeyac. Mi primo no sólo había quebrantado mi intimidad, sino que además me había manoseado mis partes íntimas.

—¡Ayya, quisquilloso, quisquilloso! —me dijo en tono medio de burla—. Todavía sigues siendo un niño pequeño, ¿eh?

—No me había dado cuenta… no había oído… —farfullé.

—No te indignes tanto, primo. Sólo estaba comparando.

—¿Haciendo qué? —le pregunté completamente perplejo.

—Yo diría que el mío era igual de canijo que el tuyo cuando yo tenía tu misma edad. ¿Te gustaría, primito, tener lo que yo tengo ahora?

Se levantó el manto, se aflojó el taparrabos máxtíatl y de allí emergió —saltó hacia adelante, mejor dicho— un tepuli como ningún otro que yo hubiera podido ver hasta entonces. No es que hubiera visto muchos, sólo aquellos que se ponían a la vista cuando mis compañeros de juegos y yo correteábamos desnudos por el lago. El de Yeyac era mucho más largo, más grueso, estaba erecto y congestionado y tenía un color casi rojo brillante en la bulbosa punta. Bueno, su nombre completo era Yeyac-Chichiquili, Flecha Larga, me recordé a mi mismo, así que quizá el viejo vidente que otorgaba los nombres realmente había sido un adivino en este caso. Pero el tepuli de Yeyac parecía tan abultado y enojado que le pregunté, comprensivamente: —¿Te

duele?

Se echó a reír muy fuerte.

—Sólo tiene hambre —me contestó—. Así es como se supone que debe estar un hombre, Tenamaxtli. Cuanto más grande, mejor. ¿No te gustaría tener uno igual?

—Bueno… —dije titubeante—. Espero tenerlo. Cuando llegue a tu edad. Cuando sea como tú.

—Ah, ya; pero deberías empezar a ejercitarlo ahora, primo, porque mejora y se agranda cuanto más se utiliza. Y de ese modo puedes estar seguro de que tendrás un órgano impresionante cuando seas un hombre adulto.

—¿Utilizarlo cómo?

—Yo te enseñaré —me indicó—. Empuña el mío.

Y me cogió la mano y me la puso allí, pero yo la retiré bruscamente y le dije en tono severo:

—Ya le has oído decir al sacerdote que no debemos jugar con esas partes de nuestro cuerpo. Tú asistes a la misma clase de limpieza que yo en la Casa de Aprender Modales. (Yeyac era uno de aquellos muchachos mayores que habían tenido que empezar su educación junto con nosotros, los que éramos pequeños de verdad, en el nivel más elemental. Y ahora, aunque hacia ya un año que llevaba el máxtíatl, todavía no estaba cualificado para ir a un calmécac).

—¡Modales! —bufó con desprecio—. Realmente eres un inocente. El sacerdote nos advierte en contra de darnos placer a nosotros mismos sólo porque espera que alguna vez le demos placer a él.

—¿Placer? —repetí más confundido que nunca.

¡Pues claro que el tepuli es para el placer, imbécil! ¿Te pensabas que sólo es para hacer aguas?

—Eso es lo único que ha hecho el mío desde siempre —le dije.

—Ya te lo he dicho —me explicó Yeyac con impaciencia—. Yo te enseñaré a obtener placer con él. Observa. Coge el mío con tu mano y hazle esto.

Estaba frotándose vivamente el suyo; lo apretaba y movía la mano arriba y abajo a todo lo largo de su tepuli. Luego lo soltó, me abrazó contra si y cerró mi mano alrededor de aquello, aunque mi mano apenas si podía abarcárselo en todo su perímetro.

Me puse a imitar lo mejor que pude lo que él había estado haciendo. Yeyac cerró los ojos, la cara se le puso casi tan colorada como el bulbo de su tepuli y la respiración se le hizo rápida y superficial. Transcurrido un rato sin que ocurriera nada más, le indiqué:

—Esto es muy aburrido.

—Y tú eres muy torpe —me dijo mi primo con voz temblorosa—. ¡Más fuerte, muchacho! ¡Y más de prisa! Y no vuelvas a interrumpir mi concentración.

—Esto resulta extremadamente aburrido —le repetí al cabo de otro buen rato—. ¿Y cómo se supone que haciendo esto conseguiré un beneficio para el mío?

—¡Pochéoa! —gruñó, lo cual es una palabra medianamente sucia—. Muy bien. Los ejercitaremos a ambos a la vez. —Me dejó retirar la mano, pero con la suya reanudó el frotamiento de su tepuli—. Túmbate aquí, en tu jergón. Levántate el manto.

Obedecí y él se tumbó a mi lado, pero en sentido opuesto; es decir, con la cabeza cerca de mi entrepierna y mi cabeza cerca de la suya.

—Ahora —me explicó sin dejar de frotarse vigorosamente— coge el mío con la boca… así.

Ante mi asombro e incredulidad, hizo exactamente eso con mi pequeña cosa. Pero yo le dije con vehemencia:

—Puedes estar seguro de que no lo haré. Conozco tus bromas, Yeyac. Te harás aguas en mi boca.

Hizo un ruido parecido a un rugido en un ataque de frustración, aunque sin soltarme el tepuli, que Yeyac tenía en la boca, ni romper el ritmo de la mano con la que se frotaba el suyo, muy cerca de mi cara. Durante un momento temí que estuviera tan enfadado como para morderme la cosa y arrancármela. Pero lo único que hizo fue mantener los labios apretados alrededor de mi tepuli, chupar y menear la lengua por todas partes. Confieso que noté sensaciones que no fueron del todo desagradables. Incluso daba la impresión de que Yeyac tuviera razón, que mi pequeño órgano realmente se estuviera alargando a causa de aquellas atenciones. Sin embargo, no se puso tieso como el suyo, sólo se dejaba manipular, y no duró lo bastante como para que yo no me aburriera de nuevo. Porque de repente todo el cuerpo de Yeyac se convulsionó, abrió la boca para meterse en ella todo mi saco de ololtin y sorbió con fuerza aquellas partes mías. Luego, de su tepuli salió un torrente de materia blanca, líquida pero espesa, como jarabe de leche de coco, que me salpicó la cabeza.

Ahora fui yo quien lanzó un rugido, pero de asco, y comencé a limpiarme frenéticamente aquella sustancia pegajosa que me manchaba el pelo, las cejas, las pestañas y las mejillas. Yeyac rodó sobre sí mismo para apartarse mí y, cuando pudo dejar de jadear y recobró el aliento, dijo:

—Ayya, deja de comportarte como un niño tímido. Eso es sólo omicetl. Es el chorro de omicetl lo que te da tan sublime placer. Además, el omícetl es lo que crea los bebés.

—¡Yo no quiero bebés! —grité mientras me limpiaba aún con más desesperación.

—¡Primo tonto! El omicetl sólo les hace eso a las mujeres. Cuando se intercambia entre hombres es una expresión de afecto profundo y pasión mutua.

—Yo no te tengo afecto, Yeyac, ya no.

—Venga —dijo con voz mimosa—. Con el tiempo aprenderás a que te gusten

nuestros juegos juntos. Los anhelarás.

—No. Los sacerdotes tienen razón al prohibir ese juego. Y tío Mixtzin rara vez está de acuerdo con ningún sacerdote, pero apuesto a que lo estaría si yo le contase esto.

—Ayya… quisquilloso, quisquilloso —repitió Yeyac, aunque esta vez sin jovialidad.

—No temas. No se lo diré. Eres mi primo y no me gustaría ver cómo te azotan. Pero no vuelvas nunca más a tocarme las partes ni a enseñarme las tuyas. Haz tus ejercicios en otra parte. Y ahora besa la tierra por ello.

Con aire decepcionado y malhumorado, se agachó lentamente para tocar con un dedo el suelo de piedra y llevárselo luego a los labios, el gesto formal que significaba que lo juraba.

Y mantuvo aquella promesa. Nunca más intentó acariciarme, ni siquiera permitió que yo lo viera, excepto cuando estaba completamente vestido. Era evidente que había encontrado a otros muchachos que no eran, como yo, remisos a aprender lo que les enseñaba, porque cuando el guerrero mexícati que estaba a cargo de nuestra Casa de Acumular Fuerza asignó estudiantes para el tedioso deber de montar guardia en lugares remotos, me fijé en que Yeyac y tres o cuatro muchachos de distintas edades siempre estaban ansiosos por dar un paso adelante. Y puede que Yeyac tuviera razón en lo que dijo acerca de los sacerdotes. Había uno que, cada vez que quería que le llevasen algo a su habitación, siempre pedía que lo hiciera precisamente Yeyac, y a continuación no se los volvía a ver a ninguno de los dos durante un buen rato.

Pero yo no utilicé aquello contra Yeyac, ni guardé ningún resentimiento contra él a causa de la conducta que había tenido conmigo. Es cierto que las relaciones entre los dos estuvieron contenidas durante algún tiempo, pero luego, poco a poco, se fueron relajando hasta quedar en mera frialdad y quizá en una cortesía excesiva. Con el tiempo, yo por lo menos me olvidé casi por completo de aquel episodio… hasta que mucho, mucho más tarde, ocurrió algo que me hizo recordarlo. Y mientras tanto mi tepuli creció por su cuenta, sin requerir ayuda exterior, a medida que fueron pasando los años.

Durante aquellos años nosotros los aztecas nos fuimos acostumbrando al concurrido panteón de dioses que los mexícas habían traído consigo y a los que habían levantado templos. Nuestra gente empezó a participar en los ritos de este o aquel dios; al principio creo que sólo para mostrar cortesía y respeto hacia los mexicas que ahora residían entre nosotros. Pero con el tiempo dio la impresión de que nuestros aztecas hallaron que algo… no sé, ¿seguridad, inspiración, solaz?, derivaba del hecho de compartir el culto de aquellos dioses, incluso de alguno de los que de otro modo habríamos encontrado repulsivos, como de Huitzilopochtli, el dios de la guerra, y de Chalchihuitlicué, la diosa del agua, que tenía cara de rana. Las

muchachas núbiles le rezaban a Xochiquetzal, la diosa del amor y de las flores de los mexicas, a fin de encontrar un joven que fuera un buen partido para casarse con él. Nuestros pescadores, antes de hacerse a la mar, además de pronunciar sus oraciones acostumbradas a Coyolxauqui para conseguir una pesca abundante, también le rezaban a Ehécatl, el dios del viento de los mexicas, para que no se levantara contra ellos una galerna.

No se esperaba de ninguna persona, como se espera de los cristianos, que limitase su devoción a ningún dios en particular. Ni se castigaba a la gente, como la castigan los cristianos, si transfería su fidelidad a capricho de una deidad a otra, o si la repartía imparcialmente entre varias de ellas. La mayor parte de nuestra gente todavía reservaba su más sincera adoración por la que durante mucho tiempo había sido nuestra diosa patrona. Pero no veían daño alguno en dedicar parte de esa adoración, además, a las deidades mexicas, en parte porque aquellos dioses y diosas nuevos les proporcionaban muchas festividades, ceremonias impresionantes y motivos para danzas y canciones. La gente no se arredraba demasiado por el hecho de que muchas de aquellas deidades exigieran compensación en forma de corazones y sangre humanos.

Nosotros nunca, durante aquellos años, entablamos guerras para proveernos de prisioneros que inmolar en sacrificio. Pero, cosa sorprendente, nunca faltaron personas, tanto aztecas como mexicas, que se ofrecieran voluntarias para morir y así nutrir y complacer a los dioses. Aquéllas eran las personas a las que sus sacerdotes convencían de que, si se limitaban a repantigarse y se esperaban a morir de viejos de cualquier manera común y corriente, se arriesgaban a sumergirse al instante en las profundidades de Mictían, el Lugar Oscuro, para sufrir allí después de la muerte una vida eterna privada de deleite, diversión, sensaciones, incluso hasta de la tristeza; una vida después de la muerte de absoluta nada. Por el contrarío, afirmaban los sacerdotes, cualquiera que se sometiese a lo que llamaban la Muerte Floral, al instante sería llevado por el aire a los elevados dominios de Tonatiuh, el dios del sol, para gozar allí de una dichosa vida eterna.

Por eso numerosos esclavos se ofrecían a los sacerdotes para que los sacrificaran a cualquier dios (a los esclavos les daba lo mismo) creyendo que así mejoraría su suerte. Pero tan flagrante credulidad no se limitaba a los esclavos. Algunos jóvenes libres se ofrecían para ser ejecutados, después de lo cual les desollarían el cuerpo hasta despojarlo de toda la piel, y esa piel la vestiría un sacerdote para imitar y honrar a Xipe Totec, el dios de la siembra. Algunas jóvenes doncellas libres se ofrecían para que les arrancasen el corazón y representar así la agonía de Tetoinan, la diosa madre, al dar a luz a Centéotl, el dios del maíz. Algunos padres incluso ofrecían a sus niños de corta edad para que los asfixiasen como sacrificio a Tláloc, el dios de la lluvia.

Yo, por mi parte, nunca me sentí inclinado lo más mínimo a la autoinmolación.

Sin duda influido por mi irreverente tío Mixtzin, nunca me importó demasiado ningún dios, y mucho menos los sacerdotes. A los sacerdotes dedicados a las deidades mexicas de importación los encontraba especialmente detestables, porque, como señal de su alta categoría, se practicaban diversas mutilaciones en el cuerpo y, lo que es peor, nunca se lavaban y ni tampoco lavaban sus prendas de vestir. Durante algún tiempo después de llegar a Aztlán habían vestido ropa tosca de trabajo y, como todos los demás trabajadores, se lavaban después de cada jornada de trabajo duro. Pero después, cuando se les excusó de formar parte de los equipos de trabajo y se vistieron con sus túnicas sacerdotales, nunca se dieron ni siquiera un remojón en el lago, no digamos ya hacerse una buena purificación en una cabaña de vapor, por lo que muy pronto se hicieron repulsivamente asquerosos y el aire que había a su alrededor se volvió casi visiblemente fétido. Si yo alguna vez me hubiera tomado la molestia de meditar acerca de los curiosos gustos sexuales de mi primo Yeyac, probablemente no habría hecho más que extrañarme y sentir un estremecimiento al pensar en cómo podría abrazar algo tan abominable como un sacerdote.

Sin embargo, como ya he dicho, pasó mucho tiempo —cinco años enteros— antes de que yo tuviera de nuevo ocasión de pensar, aunque sólo fuera brevemente, en las proposiciones que me había hecho Yeyac. Yo tenía ya doce años, la voz me estaba empezando a cambiar, unas veces era ronca y otras chillona, alternativamente, y ya estaba impaciente por vestir el taparrabos viril para el que no me faltaba mucho. Y lo que ocurrió, ocurrió exactamente igual que la vez anterior.

Como no hago más que comentar, los dioses sacan el mayor regocijo en ponernos a los mortales en situaciones que podrían dar la impresión de no ser más que meras coincidencias. Me encontraba en mi habitación del palacio, de espaldas a la puerta, cuando de nuevo una mano se deslizó por debajo de mi manto, le dio a mis genitales un afectuoso apretón… y me impulsó a dar a mi otro prodigioso salto.

—¡Yya ouíya, otra vez no! —exclamé a gritos mientras me levantaba en el aire, volvía a bajar y me daba la vuelta bruscamente para ponerme de cara a mi violador.

—¿Otra vez? —repitió ella sorprendida.

Era mi otra prima, Améyatl. Por si no he dicho antes que era hermosa lo digo ahora: lo era. A los dieciséis años era más hermosa de cara y de formas que ninguna otra muchacha o mujer que yo hubiera visto en Aztlán, y a esa edad lo más probable es que estuviera en el punto álgido de su belleza.

—Eso ha sido de lo más impropio —la reprendí con una voz que se me iba convirtiendo en un gruñido—. ¿Por qué has tenido que hacer una cosa así?

—Esperaba tentarte —respondió mi prima sin rodeos.

—¿Tentarme? —gruñí—. ¿Para hacer qué?

—A hacer el acto íntimo que una mujer y un hombre hacen juntos. Lo confieso, me gustaría muchísimo aprender. Pensé que podríamos enseñarnos el uno al otro.

—Pero… ¿por qué yo? —le pregunté con un pitido agudo. Améyatl sonrió traviesamente.

—Porque, igual que yo, tú todavía no has aprendido. Pero por ese único toque que te he dado ahora mismo, me doy cuenta de que estás completamente crecido y capacitado. Y yo también. Me desnudaré y lo verás.

—Ya te he visto desnuda. Nos hemos bañado juntos. Nos hemos sentado juntos en la cabaña de vapor.

Hizo un gesto con la mano de menosprecio hacia aquello.

—Cuando éramos niños sin sexo. Desde que yo llevo mi prenda interior de feminidad tú no me has visto desnuda. Ahora me encontrarás muy diferente, tanto aquí… como aquí. Me puedes tocar, y yo a ti también, y después seguiremos haciendo todo lo que nos sintamos inclinados a hacer.

Para aquel entonces mis compañeros de la infancia y yo a menudo habíamos hablado con solemnidad, como imagino que incluso los jóvenes cristianos hacen, de las diferencias que existen entre el cuerpo femenino y el masculino, y también habíamos hablado de lo que creíamos hacían los hombres y las mujeres en la intimidad, y de cómo se hacía, y de cuál de los dos se ponía encima, y de las variaciones que había, y de cuánto duraba el acto y cuántas veces seguidas podía hacerse. Cada uno de nosotros, primero en secreto y luego en reuniones competitivas, averiguamos cómo verificar que nuestros tepultin eran eréctiles de forma fidedigna, que nuestros huevos ololtin contenían omícetl viril en cantidad y capacidad de proyección no inferior a la de nuestros amigos.

Además, siempre que nos ponían a ayudar en una de las nunca terminadas obras de mejora de la ciudad, escuchábamos con avidez las bromas subidas de tono de los trabajadores adultos y los recuerdos de sus aventuras con mujeres, con toda seguridad exageradas al contarlas. De manera que los muchachos a los que conocía, y yo mismo, poseíamos sólo una información vaga y de segunda mano, junto con una buena cantidad de desinformación, que iba desde lo que no era factible hasta lo anatómicamente imposible. Si nosotros, los muchachos, llegamos a algún consenso en nuestras conversaciones, ello fue debido sencillamente a que estábamos más que ansiosos por ahondar en aquellos misterios por nosotros mismos.

Y heme a mi allí mientras la más encantadora doncella de Aztlán, no una maátitl barata y corriente, ni siquiera una auyanimi cara, sino una verdadera princesa, me ofrecía su cuerpo. (Como hija del Uey-Tecutli tenía derecho a que se dirigieran a ella —y así lo hacía la gente común— como Améyatzin). Cualquiera de mis compañeros habituales se habría apresurado a coger aquel ofrecimiento sin oponer el menor reparo, con júbilo, gratitud y servil agradecimiento a todos los dioses que hubiera. Pero hay que recordar que, aunque ella fuera cuatro años mayor que yo, habíamos crecido los dos juntos. La había conocido cuando sólo era una niña mugrienta que a

menudo llevaba los mocos colgando y solía tener despellejadas las huesudas rodillas, pues con frecuencia se hurgaba las costras; había presenciado sus llantinas y sus rabietas temperamentales, la había visto convertirse en un verdadero fastidio y más tarde había conocido las bromas pesadas, llenas de ese desprecio propio de una hermana mayor, con las que me atormentaba. Así que, en la misma medida que ella no tenía misterio para mi, tampoco tenía atracción. No podía mirarla, como me pasaba con cualquier otra muchacha bonita que me encontrase, y pensar: «Oye… ¿y si nosotros dos…?».

No obstante, aquélla era una oportunidad ante la que yo difícilmente podía quedarme cruzado de brazos, como suele decirse. Aunque copular con aquella prima mía me resultase tan aburrido, incluso tan desagradable como en la ocasión que tuvo lugar mucho tiempo atrás con su hermano, se me estaba ofreciendo la oportunidad de explorar un cuerpo femenino adulto y todos los lugares secretos que éste tiene y de averiguar lo que todavía nadie me había explicado: cómo se hacía realmente el acto de copular. Aun así, lo que fue un mérito para mi, expuse, aunque débilmente, un argumento en contra:

—¿Por qué yo? ¿Por qué no Yeyac? Es mayor que nosotros dos. Tiene que ser capaz de enseñarte más que…

—¡Ayya! —exclamó Améyatl al tiempo que hacía una mueca—. Seguro que te habrás dado cuenta de que mi hermano es un cuilontli. Que él y sus amantes sólo se complacen en cuilónyoti.

Sí, yo sabia eso, y para entonces ya había aprendido las palabras que designan esa clase de hombres y esa clase de complacencia, pero estaba realmente atónito de que una doncella enclaustrada como aquélla conociera tales palabras. Y me quedé aún más atónito si cabe de que una doncella enclaustrada pudiera, como Améyatl estaba haciendo en aquel momento, quitarse con tanta soltura la blusa para quedar desnuda hasta la cintura. Pero de pronto su expresión de complacida expectación se convirtió en otra de consternación, y entonces me preguntó a gritos:

—¿A eso te referías cuando has dicho «otra vez»? ¿Es que Yeyac y tú…? Ayya, primo, ¿tú también eres un cuilontli?

No pude replicar al instante porque me había quedado idiotizado al mirar boquiabierto aquellos pechos divinamente redondos, suaves, sugerentes, con un capullo rojizo en la punta que yo estaba seguro de que sabría a néctar de flores. Améyatl tenía razón; ahora era diferente. Antes era tan lisa en aquel lugar como yo, y sus pezones se notaban tan poco como los míos. Pero tras superar aquel momento de hechizo, me apresuré a responder:

—No. Yo no lo soy. Yeyac vino una vez y me agarró. Como has hecho tú. Pero lo rechacé. No tengo el menor interés en la manera de hacer el amor cuilonyoti.

A mi prima se le iluminó la cara, sonrió y dijo:

—Pues entonces vamos a practicar la manera correcta de hacer el amor.

Y dejó que la falda cayera al suelo.

—¿La manera correcta? —repetí como un loro—. Pero de esa manera es como se hacen los niños.

—Sólo si se quiere —me corrigió Améyatl—. ¿Crees que soy una niña? Soy una mujer crecida y he aprendido de otras mujeres adultas cómo evitar el embarazo. A diario tomo una dosis de raíz de tlatlaohuéhuetl en polvo.

Yo no tenía ni idea de qué pudiera ser aquello, pero creí en su palabra. Sin embargo —lo que también fue un mérito por mi parte, creo yo— probé un nuevo argumento:

—Tú querrás casarte algún día, Améyatl. Y querrás desposar a un pili de tu propio rango. Y él esperar que seas virgen. —Mi voz fue subiendo de tono hasta convertirse de nuevo en un graznido, mientras mi prima empezaba lentamente, de forma casi atormentadora, a quitarse la prenda tochómitl de fieltro que le envolvía los lomos—. Me han dicho que una hembra, después de una sola vez de haber hecho el amor, ya no es virgen, y que ese hecho se pone de manifiesto la noche de bodas. Y en ese caso podrías considerarte muy afortunada si te aceptase como esposa aunque fuera un…

Améyatl suspiró como si la exasperase mucho aquellas nerviosas divagaciones mías.

—Ya te he dicho, Tenamaxtli, que me han enseñado otras mujeres. Si es que alguna vez llego a tener una noche de bodas, estaré preparada para ello. Hay un unguento astringente que me puede poner el himen más tirante que a una virgen de ocho años. Y hay cierta clase de huevo de paloma que puedo insertar dentro de mí sin que mi marido se percate de ello, y que se romper en el momento oportuno.

Mi voz volvió a ponerse ronca cuando dije:

—Ciertamente parece que lo has considerado mucho antes de invitarme a…

—Ayya, ¿quieres callarte? ¿Es que me tienes miedo? ¡Deja ya de decir imbecilidades, primo idiota, y ven aquí!

Y se acostó de espaldas en mi jergón y tiró de mí hacia abajo para atraerme a su lado. Me rendí por completo.

Me percaté de que había hablado de veras al decir que aquella parte de su cuerpo también era diferente. En las ocasiones anteriores en que yo la había visto desnuda, allí, en la entrepierna, sólo había una pequeña y apenas definida grieta. El tipili ahora era bastante más que una grieta, y en su interior había maravillas. Maravillas.

Estoy seguro de que cualquiera que observase nuestros torpes e inexpertos manejos, incluso un cuilontli desprovisto de todo interés, habría acabado vencido por la risa. Con voz insegura, que iba temblando de tono en tono, desde el de la flauta de junco hasta el de la trompa de caracola o el tambor de tortuga, no dejé de tartamudear

necedades como: «¿Es ésta la manera correcta? ¿Preferirías que hiciera esto… o esto? ¿Qué hago con esto?». Améyatl, con más calma, decía cosas como: «Si lo abres suavemente con los dedos, como si fuera la concha de una ostra, te encontraras con una perla muy pequeña, mi xacapilé…». Y ya sin calma alguna: «¡Si! ¡Ahí! ¡Ayyo, sí!». Y desde luego, al cabo de un rato abandonó toda calma, yo ya no me sentí nervioso y los dos comenzamos a emitir ruidos inarticulados de éxtasis y deleite.

Lo que mejor recuerdo acerca de aquella copulación y de las que siguieron a aquélla, es lo bien que Patzcatl-Améyatl encarnaba su nombre. Significa Fuente de Jugo, y cuando nos acostábamos juntos eso es lo que era. He conocido a muchas mujeres desde entonces, pero no he encontrado ninguna que fuera tan copiosa en jugos. Aquella primera vez, con sólo tocarla ya empezó su tipili a exudar ese transparente pero lubricante fluido. Pronto los dos estuvimos, y también el jergón, resbaladizos y relucientes a causa de los jugos. Cuando finalmente llegamos al acto de la penetración, la membrana chitoli que protegía la virginidad de Améyatl cedió sin resistencia. Estaba virginalmente tensa, pero no hubo fuerza ni frustración en absoluto. A mi tepuli lo acogieron aquellos jugos y se deslizó con facilidad hasta el interior. En posteriores ocasiones Améyatl empezaba con su manantial nada más quitarse el tochómitl, y luego, más tarde, en cuanto entraba en mi habitación. Y tiempo después había ocasiones en que, a pesar de estar los dos completamente vestidos y en compañía de otros comportándonos con impecable propiedad, ella me lanzaba una mirada que decía: «Te veo, Tenamaxtli… y estoy húmeda debajo de la ropa».

Por eso el día en que cumplí trece años me reí para mis adentros cuando el padre de Améyatl, mi tío, sin elegancia pero con buenas intenciones, me ordenó que lo acompañase a la principal casa de auyanime de Aztlán y eligió para mí a una auyanimi de primera calidad. Como yo era una espiga joven y presumida, creía que ya sabia todo lo que un hombre podía saber acerca del acto de ahuilnema con una hembra. Bien, pronto descubrí, con deleite, con varios momentos de auténtica sorpresa, e incluso de vez en cuando con un ligero susto, que había muchísimas cosas que no sabía, cosas que a mi prima y a mí ni siquiera se nos había ocurrido probar ni una vez.

Por ejemplo, me quedé brevemente desconcertado cuando la muchacha me hizo con la boca lo que yo creía que sólo los varones cuilontli hacían entre ellos, porque eso fue lo que intentó hacerme aquella vez Yeyac. Pero mi tepuli estaba más maduro ahora, y la muchacha me lo excitó con tanta destreza que estallé con gloriosa gratificación. Luego me mostró cómo hacer lo mismo con su xacapili. Aprendí que aquella perla apenas visible, aunque es mucho más pequeña que el órgano de un hombre, puede igualmente introducirse en la boca, acariciarse con la lengua y chuparse hasta que, ella sola, impele a la hembra a auténticas convulsiones de gozo.

Al aprender esto empecé a sospechar que ninguna mujer necesita en realidad a un hombre, es decir, al tepuli de éste, puesto que otra mujer, o incluso un niño, podría proporcionarle esa clase de gozo. Cuando se lo comenté, la muchacha se echó a reír, pero se mostró de acuerdo y me dijo que hacer el amor entre mujeres se llama patlachuia. Cuando a la mañana siguiente dejé a la muchacha y regresé al palacio, Améyatl me estaba esperando con impaciencia; tiró de mí con urgencia y me llevó a un lugar donde pudiéramos conversar en privado. Aunque ella sabia dónde había pasado yo la noche, y lo que había estado haciendo, no estaba ni celosa ni disgustada. Justo lo contrario. Estaba casi temblando por averiguar si yo había aprendido alguna travesura nueva, exótica o voluptuosa que pudiera enseñarle a ella. Cuando sonreí y le dije que así era, ciertamente, Améyatl me hubiera arrastrado en aquel mismo instante a su habitación o a la mía. Pero le rogué que me diera tiempo para recuperarme y revitalizar mis propios jugos y energías. Mi prima se sintió bastante molesta por tener que esperar, pero le aseguré que ella podría disfrutar mucho más de todas las nuevas cosas que aprendería cuando yo hubiera recuperado el vigor necesario para enseñárselas.

Y así lo hizo, y lo mismo yo, y durante los cinco años siguientes más o menos continuamos disfrutando el uno del otro en cualquier momento en que disponíamos de la suficiente intimidad. Nunca nos sorprendió nadie durante el acto, ni siquiera sospecharon de nosotros, que yo sepa, ni su padre, ni su hermano, ni mi madre. Pero de hecho no estábamos realmente enamorados. Resultaba que, simplemente, cada uno era el utensilio más conveniente y dispuesto para el otro. Igual que el día en que cumplí trece años, Améyatl nunca dio muestras de disgusto o indignación las pocas veces en que seguramente se dio cuenta de que yo había catado los encantos de alguna moza sirvienta o de alguna esclava. (Muy pocas veces, beso la tierra por ello. Ninguna comparable a mi querida prima). Y yo no me habría sentido traicionado si alguna vez Améyatl hubiera hecho lo mismo. Pero sé que no lo hizo. Ella, al fin y al cabo, era noble y no se hubiera arriesgado a poner en peligro su reputación con nadie en quien no confiara como confiaba en mí.

Y tampoco se le rompió el corazón cuando, al cumplir veintiún años, Améyatl tuvo que abandonarme y tomar marido. Como ocurre en la mayoría de los matrimonios entre jóvenes pípiltin, aquél fue concertado por los padres, Mixtzin y Kévari, tíatocapill de Yakóreke, la comunidad más cercana a la nuestra hacia el sur. Améyatl fue formalmente prometida para convertirse en la esposa de Kauri, el hijo de Kévari, que tenía aproximadamente su misma edad. Resultó obvio para mi (y para Canaútli, nuestro Evocador de la Historia) que mi tío estaba así haciendo una alianza entre nuestro pueblo y el de Yakóreke como un sutil paso hacia la meta de convertir de nuevo a Aztlán, como lo había sido hacía mucho tiempo, en la capital de todos los territorios y pueblos circundantes.

No sé si Améyatl y Kauri habían llegado a conocerse bien, por no decir a amarse, pero, en cualquier caso, estaban obligados a obedecer los deseos de sus padres. Además Kauri era, en mi opinión, un compañero pasablemente bien parecido y aceptable para mi prima, así que mi única emoción el día de la ceremonia fue una ligera aprensión. Sin embargo, después de que el sacerdote de Xochiquetzal hubiera atado las esquinas de sus respectivos mantos con el nudo nupcial, de que terminaran las festividades tradicionales y de que la pareja se hubiera retirado a sus habitaciones, bellamente amuebladas, del palacio, ninguno de los invitados a la boda oímos alboroto escandalizado que procediera de allí. Supuse, con alivio, que el ungüento y el huevo de paloma introducido dentro de Améyatl, tal como prescribieran las alcahuetas consejeras de mi prima años atrás, habían bastado para dejar a Kauri satisfecho y con el convencimiento de que se había casado con una virgen sin mácula. Y sin duda ella le habría convencido del todo al mostrar una virginal ineptitud en el acto que tan mañosamente había estado practicando durante aquellos años.

Améyatl y Kauri se casaron muy poco tiempo antes del día en que mi madre, Cuicani, mi tío Mixtzin y yo partiéramos hacia la Ciudad de México. Y estimo que mi tío demostró perspicacia al nombrar para que gobernasen en su lugar no a su hijo y presunto heredero, Yeyac, sino a su inteligente hija y al marido de ésta. Pasaría mucho, mucho tiempo antes de que yo volviera a ver de nuevo a Améyatl, y fue en circunstancias que ninguno de los dos hubiera ni remotamente imaginado cuando ella, aquel día, nos dijo adiós con la mano a los viajeros.

5

Así que yo estaba de pie en lo que había sido el Corazón del Unico Mundo con los nudillos blancos a fuerza de apretar el topacio que había pertenecido a mi difunto padre, con ojos fieros les exigí a mi tío y a mi madre que hiciéramos algo para vengar la muerte de Mixtli. Mi madre, que estaba muy triste, se limitó a hacer de nuevo ruido con la nariz. Pero Mixtzin me miró con comprensión mitigada por el escepticismo y me preguntó con sarcasmo:

—¿Y qué podemos hacer nosotros, Tenamaxtli? ¿Incendiar la ciudad? Las piedras no prenden fácilmente. Y sólo somos tres. La todopoderosa nación de los mexicas no fue capaz de resistir ante estos hombres blancos. Bueno, ¿qué te gustaría que hiciéramos?

Me puse a tartamudear como tonto.

—Yo… yo… —Luego hice una pausa para poner en orden mis ideas y al cabo de un momento añadí—: Los mexicas se vieron cogidos por sorpresa porque los invadió una gente de cuya existencia nunca antes se había tenido noticia. Fue esa sorpresa y la confusión que siguió a ella lo que provocó la caída de los mexicas. Simplemente no supieron ver la capacidad, la astucia y la avidez de conquista de los hombres blancos. Pero ahora todo el Unico Mundo los conoce. Lo que todavía no sabemos es en qué aspecto los españoles son más vulnerables. Deben de tener un punto débil en alguna parte, algún sitio donde se les pueda dar un golpe bajo, donde se les pueda atacar y destripar.

Mixtzin hizo un gesto que abarcaba toda la ciudad a nuestro alrededor al tiempo que decía:

—¿Dónde está? Muéstramelo. Con alegría me uniré a ti en ese destripamiento. Tú y yo contra toda Nueva España.

—Por favor, no te burles de mí, tío. Te cito un fragmento de uno de tus propios poemas. «Nunca perdones… y al final tírate a la garganta». Los españoles seguramente tendrán un punto débil en alguna parte. Sólo hay que averiguar cuál es.

—¿Y eso vas a hacerlo tú, sobrino? En estos últimos diez años ningún otro hombre de ninguna de las naciones denotadas ha hallado una sola grieta que penetrase en el blindaje español. ¿Cómo vas a hacerlo tú?

—Pues por lo menos he hecho un amigo entre los enemigos. Ese que llaman notario y que habla nuestra lengua me ha invitado a ir a hablar con él siempre que quiera. Quizá pueda sacarle alguna información de…

—Pues venga. Ve a hablar con él. Te esperaremos aquí.

—No, no —le dije yo—. Me costará mucho tiempo ganarme su confianza por completo, albergar esperanzas de hacer algún descubrimiento útil. Te pido permiso, como tío y como Uey-Tecutli, para quedarme aquí, en esta ciudad, durante todo el

tiempo que necesite para conseguirlo.

—Ayya ouíya… —murmuró mi madre con aflicción.

Y Mixtzin se puso a frotarse de manera pensativa la barba. Finalmente me preguntó:

—¿Y dónde vivirás? ¿Y cómo lo harás? Los granos de cacao que tenemos en las bolsas sólo son negociables en los mercados nativos. Para cualquier otra adquisición o pago, ya me han dicho que se necesitan unas cosas llamadas monedas. Piezas de oro, plata y cobre. Tú no tienes y yo tampoco tengo ninguna que dejarte.

—Buscaré algún trabajo que hacer, y me pagarán por ello. Quizá ese notario pueda ayudarme. Y además recuerda que el tlatocapili Tototl dijo que dos de sus exploradores de Tépiz están todavía aquí, en alguna parte. Ya deben de tener un techo sobre sus cabezas, y a lo mejor están dispuestos a compartirlo con un antiguo vecino.

—Sí —asintió Mixtzin—. Si que me acuerdo de eso. Tototl me dijo cómo se llaman. Netzlin y su esposa Citlali. Sí, si pudieras encontrarlos…

—Entonces, ¿puedo quedarme?

—Pero bueno, Tenamaxtli —gimoteó mi madre—, supón que tengas incluso que llegar a aceptar y adoptar las costumbres de los hombres blancos…

Solté un bufido y dije:

—No es probable, tene. Aquí seré como el gusano en un fruto de coyacapuli. Haré que me alimente hasta que él esté muerto.

Le preguntamos a unos transeúntes si había algún lugar donde pudiéramos pasar la noche, y uno de ellos nos envió hacia la Casa de los Pochtecas, algo así como una sala de reuniones y almacén para los mercaderes que habían llevado sus mercancías a la ciudad y estaban de paso en ella. Pero había un portero a la entrada, y con disculpas pero con firmeza se negó a dejarnos entrar.

—Este edificio está reservado para uso exclusivo de los pochtecas —nos dijo—, y es obvio que vosotros no lo sois, puesto que no lleváis bultos ni traéis séquito de tamémimes como portadores.

—Lo único que buscamos es un sitio para dormir —le indicó el tío Mixtzin con un gruñido.

—La cosa es —explicó el portero— que la Casa de los Pochtecas original tenía casi el tamaño y grandeza de un palacio, pero la demolieron, igual que hicieron con el resto de la ciudad. Esta que la sustituye es demasiado pobre y pequeña comparada con aquélla. Y lo que sucede es, sencillamente, que no hay sitio para nadie que no sea socio.

—Entonces, ¿dónde, en esta acogedora y hospitalaria ciudad, encuentran alojamiento los visitantes?

—Hay un establecimiento que los hombres blancos llaman mesón. Lo utiliza la Iglesia cristiana para albergar y dar de comer a las personas indigentes o que están de

paso. Se llama Mesón de San José.

Y nos explicó cómo llegar hasta allí.

—¡Por Huitzli, otro de esos insignificantes santos suyos! —dijo entre dientes mi tío, pero nos dirigimos allí.

El mesón era un edificio grande de adobe que funcionaba como anexo de un edificio mucho más grande y consistente llamado Colegio de San José. Más tarde me enteré de que la palabra colegio significa algo muy parecido a nuestra calmécac, una escuela para estudiantes avanzados donde los que enseñan son sacerdotes, aunque en este caso sacerdotes cristianos, naturalmente.

El mesón, como el colegio, estaba dirigido por unas personas que nosotros tomamos por sacerdotes, hasta que algunos de los que llegaron al edificio nos dijeron que aquellos sólo eran frailes, un grado más humilde del clero cristiano. Llegamos casi a la puesta del sol, justo cuando algunos de aquellos frailes estaban sirviendo cucharones de comida que sacaban de cacerolas enormes y los ponían en cuencos que las personas que hacían cola llevaban en la mano. La mayor parte de aquellas personas no estaban manchados del viaje como nosotros, sino que eran habitantes de la propia ciudad que se veían harapientos y tenían aspecto derrotado. Era evidente que eran tan pobres que dependían de los frailes para subsistir así como para cobijarse, porque ninguno de ellos hizo ademán ni ofrecimiento de pagar cuando le llenaron el cuenco, y los frailes tampoco daban muestras de esperar que les pagasen.

Bajo tales circunstancias yo me esperaba que aquella comida de caridad fuera algún tipo de gachas baratas y que saciaran, como atoli. Pero, sorprendentemente, lo que nos echaron en nuestro cuenco era sopa de pato caliente, muy sabrosa y espesa a causa de la carne. A cada uno de nosotros se nos entregó una cosa con corteza marrón, caliente y en forma de globo. Miramos lo que los demás hacían con las suyas, y vimos que se las comían a bocados y las usaban para mojar en la sopa, igual que nosotros habíamos hecho siempre con nuestro tláxcaltin plano, delgado y circular.

—A nuestro tláxcaltin de harina de maíz los españoles lo llaman tortillas —nos explicó un hombre muy delgado que había estado haciendo cola con nosotros—. Y a este pan suyo lo llaman bolillo. Se hace de harina, de una que se saca de una especie de hierba que llaman trigo; lo consideran superior a nuestro maíz y crece en lugares donde el maíz no puede hacerlo.

—Sea lo que sea —comentó mi madre con timidez—, está bastante bueno.

Con razón lo había dicho con tanta timidez, porque tío Mixtzin le contestó al instante con brusquedad:

—¡Hermana Cuicani, no deseo oír ninguna palabra de aprobación sobre nada que tenga que ver con esta gente blanca!

El hombre flaco nos dijo que se llamaba Pochotl y se sentó con nosotros mientras

cenábamos; a lo largo de la cena continuó informándonos amablemente.

—Debe de ser que los españoles tienen sólo unos cuantos patos canijos en su tierra, porque aquí devoran patos con preferencia a cualquier otra carne. Desde luego, en nuestros lagos hay verdaderas multitudes de estas aves, y los españoles poseen unos métodos extraños, aunque eficaces, de matarlos… —Hizo una pausa, se quedó escuchando y levantó una mano—. Ahí lo tenéis. ¿Habéis oído eso? Es a la hora del crepúsculo cuando las bandadas vienen a refugiarse en el agua, y los cazadores de aves españoles las matan a cientos cada noche.

Habíamos oído varios estallidos de lo que hubieran podido ser truenos lejanos; sonaron hacia el este y continuaron resonando durante un rato.

—Por eso —continuó diciendo Pochotí— la carne de pato es tan abundante que incluso se puede utilizar para dar de comer a los pobres. Yo, por mi parte, prefiero la carne de pitzome, pero no me puedo permitir el lujo de comprarla.

—¡Nosotros tres no somos pobres! —dijo el tío Mixtzin con desprecio.

—Supongo que sois recién llegados. Pues quedaos un tiempo aquí.

—¿Qué es un pitzome? —le pregunté—. Nunca he oído esa palabra antes.

—Es un animal. Lo han traído los españoles, y los crían en gran número. Es muy parecido a nuestro jabalí, pero es doméstico y mucho más gordo. Su carne, que ellos llaman puerco, es tan tierna y sabrosa como el anca humana bien cocinada. —Mi madre y yo hicimos una mueca de repulsión al oír aquello, pero Pochotl no se dio por enterado—. Verdaderamente es tan grande el parecido entre el pitzome y la carne humana que muchos de nosotros somos de la opinión de que los españoles y esos animales deben de tener algún parentesco de sangre, que los hombres blancos y sus pitzome propagan sus especies copulando entre ellos.

Ahora los frailes nos hacían señas para que desalojáramos la gran habitación, prácticamente sin muebles, donde habíamos estado comiendo y nos hicieron subir por las escaleras que conducían a los dormitorios. Que yo recuerde, era la primera vez que me iba a la cama sin bañarme, tomar vapor o, por lo menos, nadar en el agua más cercana que tuviera a mi alcance. Arriba había dos grandes habitaciones separadas, una para hombres y otra para mujeres, así que mi tío y yo fuimos en una dirección y mi madre en otra, ella con cara triste porque la habían separado de nosotros.

—Espero verla sana y salva por la mañana —refunfuñó Mixtzin—. Y ya, espero verla como sea. Bien puede ser que estos sacerdotes blancos tengan una regla según la cual dar de comer a una mujer les concede derecho a usarla.

—Ahí abajo están dando de comer a mujeres bastante más jóvenes y más tentadoras que tene —le dije para tranquilizarlo.

—Quién sabe los gustos que puedan tener esos extranjeros si, como ha dicho ese hombre, se piensa que copulan incluso con cerdas. No me extrañaría nada en ellos.

Aquel hombre, Pochotl, tan descarnado que contradecía su nombre, que significa

cierto árbol muy voluminoso, de nuevo se estaba reuniendo con nosotros; puso su jergón junto al mío y acto seguido continuó obsequiándonos con más información sobre la Ciudad de México y sus amos españoles.

—Ésta —nos dijo— fue en otro tiempo una isla completamente rodeada por las aguas del lago Texcoco. Pero ahora ese lago ha mermado tanto que la orilla más cercana se encuentra a toda una larga carrera al este desde la ciudad, excepto por los canales que continuamente han de dragarse para proporcionar acceso a los acaltin de carga. Las calzadas que enlazan la ciudad con tierra firme antes cruzaban grandes extensiones de aguas transparentes, las del lago, pero ahora, como podéis ver con vuestros propios ojos, esas extensiones son de cualquier cosa menos de agua. Por entonces también los otros lagos estaban comunicados con el lago Texcoco y entre sí. Y el efecto era que parecían un único y grandioso lago. Un hombre podía ir remando en acali desde la isla de Zumpanco, situada al norte, hasta los jardines de flores de Xochimilco, al sur, a unas veinte carreras largas, o a veinte leguas, como dirían los españoles. Ahora ese mismo hombre tendría que avanzar penosamente por entre las amplias ciénagas que han separado a todos esos lagos, que han encogido, entre sí. Algunos dicen que la culpa la tienen los árboles.

—¡Los árboles! —exclamó mi tío.

—Este valle está circundado por montañas que se ven en el horizonte. Todas esas montañas contenían espesos bosques; casi se podría decir que estaban forradas de árboles antes de que llegasen los hombres blancos.

Mixtzin pareció ir recordando lentamente.

—Sí… sí, tienes razón —dijo—. Me ha sorprendido mucho en esta visita observar que las montañas se ven más marrones que verdes.

—Porque las han despojado de la mayor parte de los árboles —nos explicó Pochotí—. Los españoles los cortaron para obtener madera, troncos y leña. Ciertamente, eso bien podría haber enojado a Chicomecóatl, la diosa de las cosas verdes que crecen. Y quizá se haya vengado convenciendo al dios Tláloc para que envíe su lluvia sólo de forma escasa y esporádica, como ha sucedido, y convenciendo también a Tonatiuh para que abrase con más calor, como igualmente ha sucedido. Sea cual sea la razón, nuestros dioses del clima se han estado comportando de un modo muy peculiar desde la llegada de las deidades crixtanóyotl.

—Perdóname, amigo Pochotl —le interrumpí intentando cambiar de tema—. Confío en encontrar empleo aquí, no para hacer fortuna. Sólo busco un trabajo en el que me paguen lo suficiente para vivir. ¿Crees posible que lo consiga?

Aquel hombre tan flaco me miró de arriba abajo.

—¿Tienes alguna habilidad especial, joven? ¿Sabes escribir el idioma de los hombres blancos? ¿Tienes algún talento o arte? ¿Posees alguna habilidad artística?

—Nada de eso. No.

—Bien —concluyó Pochotl tristemente—. Entonces no estás en situación de rechazar los trabajos penosos: como levantar bloques de piedra y cestos de mortero para los nuevos edificios; o trabajar como un esclavo como porteador de tamemi o limpiar los canales sacando sedimentos, basura y excrementos. Si puedes o no vivir de alguno de esos trabajos, depende, desde luego, de hasta qué punto seas capaz de vivir en la escasez.

—Bueno —le dije yo tragando saliva—, en realidad me esperaba algo mas…

El tío Mixtzin me interrumpió.

—Amigo Pochotl, tú eres un hombre bien hablado. Asumo que tienes cierto grado de inteligencia, incluso educación. Y está claro que no amas a los hombres blancos. ¿Por qué, entonces, subsistes de su caridad?

—Porque yo sí tengo habilidades —repuso Pochotl al tiempo que dejaba escapar un suspiro—. Yo era maestro artesano del oro y la plata. Joyería delicada: collares, brazaletes, aros para los labios, diademas, pulseras para los tobillos… cosas que los españoles no consideran de utilidad. Quieren el oro y la plata fundidos en lingotes sin forma para enviárselos a su rey o para acuñar monedas toscas. ¡Bárbaros! Los otros metales que manejan, los que ellos denominan hierro, acero, cobre y bronce, se los confían a herreros musculosos para que los forjen haciendo herraduras para caballos, placas de armadura, espadas y cosas parecidas.

—¿Y tú no sabrías hacer eso? —quiso saber Mixtzin.

—Cualquier patán musculoso puede hacer eso. Pero considero que ese trabajo, propio de brazos fuertes, es poco para mí. Y además no me gusta llenarme las manos de callos y deformarme los dedos de artista. Quizá algún día haya para ellos algún trabajo decente que hacer.

Yo los escuchaba sólo a medias. Estaba sentado con las piernas cruzadas en mi jergón rancio, pues olía a innumerables ocupantes anteriores que, sin duda alguna, no se lavaban, y meditaba sobre las nada atrayentes carreras que aquel hombre tan delgado me había sugerido. Me había jurado a mí mismo que haría cualquier cosa que los dioses requiriesen con tal de llevar adelante la venganza contra los hombres blancos, y estaba dispuesto a mantener aquel juramento. La perspectiva de trabajo duro y mal pagado no me asustaba. Pero el único propósito que me empujaba a quedarme en aquella ciudad era buscar cualquier punto débil que hubiera pasado inadvertido desde que los españoles dominaban el Unico Mundo, cualquier grieta en el sistema de gobierno y control de Nueva España, cualquier inconsistencia en la supuestamente infalible preparación contra toda clase de derrocamiento. Y parecía bastante improbable que yo pudiera espiar con éxito si me pasaba la mayor parte del tiempo metido entre otros obreros en el fondo de un canal o doblado bajo la cinta de transportar de un porteador tamemi. Bueno, quizá el notario Alonso de Molina pudiera proporcionarme otro tipo de trabajo mejor donde yo tuviera más oportunidad

de emplear los ojos, los oídos y el instinto. Ahora Pochotl le estaba diciendo a mi tío:

—Los hombres blancos nos han traído varios alimentos nuevos y muy sabrosos. Su pollo, por ejemplo, da una carne mucho más tierna y jugosa que nuestra ave huaxolomi, que es más grande y que ellos llaman gallipavo. Y cultivan una caña de la que extraen un polvo llamado azúcar, mucho más dulce que la miel o que el jarabe de coco. Y trajeron una clase de judía llamada haba, y otras hortalizas llamadas col, alcachofa, lechuga y rábano. Buenos de comer para aquellos que pueden permitirse comprarlos o sigan teniendo una parcela de tierra donde plantarlos. Pero yo creo que los españoles encontraron aquí muchas más cosas nuevas para ellos. Están extasiados con nuestros xitómatl, Chile, chocólatl y ahuácatl, que ellos dicen no existen en su Vieja España. Oh, y además están aprendiendo a obtener placer al fumar nuestro picíetl.

Poco a poco me fui percatando de que se oían otras voces a mi alrededor en aquella oscura habitación, pues otras personas permanecían despiertas para conversar, como estaban haciendo Mixtzin y el hombre delgado. La mayoría de las voces se oían en náhuatl, y no decían nada que me pareciera digno de escucharse. Pero otras conversaciones tenían lugar en idiomas incomprensibles; quizá transmitieran toda la sabiduría del mundo o los más profundos secretos de los dioses, pues yo no entendía nada. En aquella época yo no sabía diferenciar las nacionalidades de aquellos diversos hablantes. Pero después de pasar unas cuantas noches más en la casa de huéspedes aprendería algo interesante: que casi todos los hombres que había allí, excepto los nativos de la propia Ciudad de México, habían acudido a aquel Mesón de San José desde algún lugar situado al norte de la ciudad, y a menudo de muy al norte.

Ello obedecía a un motivo. Como he dicho, las naciones al sur, y también al este, de la Ciudad de México habían sucumbido pronto a la conquista española, de modo que por aquel entonces ya se habían adaptado bien a la presencia y al poder de los españoles en sus tratos sociales y comerciales con ellos. Así que cualquier visitante procedente del sur o del este sería un enviado, un mensajero veloz o un pochteca que llevaba a la ciudad mercancías para vender o intercambiar o que iba allí a comprar mercancías importadas de Vieja España. Esos visitantes, pues, se alojarían en la Casa de los Pochtecas, donde a nosotros tres se nos había rechazado, o incluso serían huéspedes, cosa bastante probable, en alguna mansión o palacio de algún español de alto rango.

Mientras tanto, los huéspedes menos favorecidos que había en aquel mesón procedían, excepto la gente sin hogar de la ciudad, de las tierras del norte del Unico Mundo, todavía sin conquistar. Habían venido bien como exploradores, como el tío Mixtzin, para tomarles las medidas a los hombres blancos y decidir cuál podía ser el futuro de sus pueblos, o bien como aquellos otros exploradores, Netzlin y Citlali, con intención de buscar un medio de vida entre los lujos de la ciudad de los hombres

blancos. O quizá algunos, pensé yo, hubieran venido a hacer ambas cosas, como el gusano del fruto de coyacapuli y yo, con la esperanza de ahondar, horadar y ahuecar aquella Nueva España desde dentro. Si había otros con intenciones igualmente subversivas, tenía que encontrarlos y unirme a ellos.

Los frailes nos despertaron a la salida del sol y nos enviaron de nuevo al piso de abajo. A mi tío y a mí nos complació ver que mi madre había pasado la noche sin problema alguno, y a los tres nos satisfizo el que los frailes llenaran nuestros cuencos de gachas de atoli para desayunar, e incluso nos dieron una taza de chocólatl espumoso para cada persona. Evidentemente mi madre, como el tío Mixtzin, había pasado la mayor parte de la noche despierta hablando con otras huéspedes, porque nos contó cosas con más vivacidad de la que había mostrado durante el viaje:

Hay mujeres aquí que han servido a algunas de las mejores familias españolas, en algunas de las mejores casas, y tienen cosas maravillosas que contar, especialmente de algunos tejidos nuevos que nunca se habían conocido antes en el Unico Mundo. Hay un material que denominan lana y que se obtiene esquilando a unos animales de piel rizada llamados ovejas, los cuales ahora se crían en grandes rebaños en toda Nueva España. No tienen la piel como el fieltro, sino que se transforma en hilo, algo parecido a lo que se hace con el algodón, y eso se teje hasta convertirlo en paño. Dicen que la lana puede llegar a abrigar tanto como las pieles y se la puede teñir de colores tan vivos como si fueran plumas de quetzal. Me sentí contento al ver que mi tene había encontrado novedades suficientes para borrar, o al menos para atenuar, el recuerdo de lo que había visto el día anterior, pero mi tío no hizo más que gruñir mientras mi madre parloteaba.

Eché un vistazo a mi alrededor por la sala comedor, intentando que no se notase mucho, mientras me preguntaba cuáles de todas aquellas personas, si es que había alguna, podrían ser futuros aliados en aquella campaña mía de espiar y hacer maquinaciones. Bien, un poco más allá aquel hombre tan delgado llamado Pochotl se inclinaba para engullir su cuenco de atoli. Podría serme útil, puesto que era nativo de aquella ciudad y la conocía al detalle, aunque me resultaba imposible imaginármelo actuando cómo un guerrero, si es que mi campaña llegaba alguna vez a eso. Y de los demás que se encontraban en la estancia… ¿cuáles? Había niños, adultos y ancianos, varones y mujeres. Quizá decidiese reclutar a una o varias de éstas, porque hay lugares a donde una mujer puede ir sin levantar sospechas y un hombre no.

—Y hay incluso otro de esos tejidos maravillosos del que hablan mucho —seguía explicando mi madre—. Se llama seda y dicen que es tan liviana como la tela de araña, aunque resulta brillante a la vista, voluptuosa al tacto y tan duradera como el cuero. Aquí no se fabrica; la traen de Vieja España. Y lo que es realmente increíble es que dicen que el hilo lo hilan unos gusanos. Deben de referirse a alguna clase de araña.

—Confía en las mujeres para que se dejen engatusar por fruslerías y baratijas —refunfuñó el tío Mixtzin—. Si este Unico Mundo fuera sólo de mujeres, los hombres blancos lo habrían obtenido sólo por una brazada de chucherías, y nunca nadie hubiera levantado una arma contra ellos.

—Vamos, hermano, eso no es así —dijo mi madre virtuosamente—. Yo detesto a los hombres blancos tanto como tú, y tengo aún más motivos que tú para ello, pues me han dejado viuda. Pero puesto que ellos han traído esas curiosidades… y puesto que nosotros estamos aquí, donde pueden verse…

Como era de esperar, Mixtzin estalló.

—En el nombre de la más completa oscuridad de Mictlan, Cuicani, ¿serías acaso capaz de meterte en tratos con esos aborrecibles intrusos?

—Claro que no —respondió mi madre. Y añadió, con ese sentido práctico que tienen las mujeres—: No tenemos monedas para comerciar. No deseo adquirir ninguna de esas telas, sólo quiero verlas y tocarlas. Sé que tienes mucha prisa por marcharte de esta ciudad llena de extranjeros, pero no nos apartaremos demasiado de nuestro camino si pasamos por el mercado y me dejas que curiosee un poco entre los puestos.

Mi tío murmuró algo entre dientes, se resistió y gruñó, pero desde luego no iba a negarle a mi madre aquel pequeño placer que nunca más volvería a estar a su alcance.

—Bueno, pues si tienes que perder el tiempo será mejor que nos pongamos en camino en este mismo instante. Que te vaya bien, Tenamaxtli. —Me puso una mano en el hombro—. Ojalá que tu temeraria idea tenga éxito. No obstante, deseo aún más que vuelvas a casa sano y salvo, y que no tardes mucho en hacerlo.

La despedida de tene fue más prolongada y emotiva, con abrazos, besos, lágrimas y recomendaciones de que me mantuviese sano, comiera alimentos nutritivos, me moviera con cautela entre aquellos impredecibles hombres blancos y, sobre todo, que no tuviera nada que ver con mujeres blancas. Partieron hacia el extremo norte de la ciudad, donde estaba situada la plaza en la que se celebraba el mayor y más concurrido mercado de la ciudad. Y yo me dirigí hacia una plaza diferente, aquella en la que el día anterior habían quemado vivo a mi padre. Iba solo, pero no con las manos vacías; cuando salía del Mesón de San José vi a la puerta del mismo, por la parte de afuera, una tinaja de arcilla vacía que al parecer nadie usaba ni vigilaba. Así que me la cargué al hombro, como si estuviera acarreando agua o atoli para los obreros de alguna cuadrilla de construcción en cualquier parte. Fingía que pesaba mucho y por ello caminaba lentamente, en parte porque así era como me imaginaba que caminaría un obrero mal pagado, pero principalmente porque quería tomarme tiempo para examinar a conciencia a cada persona, cada lugar y cada cosa con la que me cruzaba.

El día anterior me había sentido inclinado a mirar boquiabierto muchos aspectos

de la ciudad, apreciando cada escena de una sola mirada, por así decir: las amplias y largas avenidas bordeadas de inmensos edificios de arquitectura extranjera, con aquellas fachadas de piedra o enlucidas con yeso y adornadas con frisos esculpidos, llenos de recovecos complicados pero sin ningún significado, igual que los bordados con que algunos de nuestros pueblos bordean sus mantos; y las calles laterales, mucho más estrechas que las otras, donde los edificios eran más pequeños, estaban muy apretados unos contra otros y cuya decoración no era tan lujosa.

Aquel día decidí concentrarme en los detalles. De modo que me di cuenta de que los grandiosos edificios cuyas fachadas daban a las avenidas y plazas abiertas eran en su mayoría lugares de trabajo para los funcionarios del gobierno de Nueva España y sus numerosos subordinados, concejales, oficinistas, escribientes y demás. Además también me fijé en que, entre los numerosos hombres que vestían atuendo español y que entraban y salían de aquellos edificios llevando libros, papeles, bolsas de mensajero o, sencillamente, expresiones altivas para darse importancia, había algunos con el cutis tan oscuro y tan lampiño como yo. Otros grandiosos edificios estaban a todas luces habitados por los dignatarios de la religión de los hombres blancos, y también por sus numerosos subordinados y sirvientes. Y entre éstos, que llevaban indumentaria clerical y tenían una expresión blanda y complaciente, había no pocos hombres con el rostro cobrizo y lampiño. Sólo en los edificios que albergaban a los militares, en el cuartel general de los altos oficiales o en los barracones de los rangos inferiores, no vi a nadie de mi propia gente que vistiera trajes formales de desfile, uniformes de trabajo, armaduras o que llevara armas de ninguna clase. Algunos de los edificios realmente grandes y ornamentados eran, desde luego, palacios en los que residían los personajes de mayor categoría del gobierno, la Iglesia y el ejército, y en cada una de aquellas puertas montaban guardia soldados armados y con expresión de mantenerse alerta; normalmente llevaban atado con correa a uno de aquellos fieros perros de guerra suyos.

Vi también otros perros de variadas formas y tamaños y con porte no tan fiero, aunque apenas se podía creer que estuviesen emparentados con los pequeños y gordinflones perros techichi que nosotros, los del Unico Mundo, llevábamos siglos criando sin otra finalidad que usarlos como raciones alimenticias de emergencia. De hecho, ya no quedaban techíchime en la Ciudad de México, pues los ciudadanos nativos se habían aficionado a la carne de puerco, de la que allí había gran abundancia, y los españoles nunca comerían carne de techichi. Había además otros animales allí que eran totalmente nuevos para mí, aunque supongo que debían de ser la peculiar variedad de Vieja España de nuestro jaguar, nuestro cuguary nuestro océlotl. Sin embargo eran siempre mucho más pequeños que estos gatos, y eran domésticos, amables y de voz suave. Y estas versiones en miniatura incluso ronronean como sólo el cuguar, de todos nuestros gatos, sabe hacer. Los edificios de

las calles estrechas estaban muy juntos unos a otros y eran a la vez lugares de trabajo y vivienda para sus ocupantes, todos ellos blancos. Al nivel de la calle era frecuente que hubiese una tienda donde se vendiera mercancías de alguna clase, un herrero, un establo para caballos o un establecimiento de comidas abierto al público, al público blanco. Los demás pisos que quedaban por encima, uno, dos o tres, debían de ser donde vivían los propietarios y sus familias.

Excepto los que ya he mencionado, las personas de piel oscura que vi por aquellas calles y avenidas eran en su mayoría mensajeros que trotaban ligeros hacia alguna parte, tamémimes que avanzaban penosamente bajo yugos o porteadores que llevaban fardos o bultos con la ayuda de cintas. Aquellos hombres iban vestidos como yo, con manto tilmatl, taparrabos máxtíatl y sandalias cactli. Pero había otros que debían de ser sirvientes de familias blancas, porque iban vestidos como españoles, con túnicas, calzas ajustadas, botas y sombreros de una forma o de otra. Algunos de aquellos hombres, los más viejos, tenían curiosas cicatrices en las mejillas. La primera vez que vi uno de ellos supuse que se habría hecho la cicatriz en la guerra o en algún duelo, porque la forma de la cicatriz, parecida a una «G», no me decía nada. Pero luego me crucé con varios hombres más cuyas mejillas estaban marcadas con la misma figura. Y vi a otros, más jóvenes, que tenían también cicatrices, aunque los símbolos eran diferentes. Estaba claro que los habían marcado de aquella forma deliberadamente. Si a alguna de las mujeres de la ciudad la habían tratado de igual modo es algo que no pude determinar, porque en aquellas calles no tuve ocasión de ver a mujer alguna, ni blanca ni oscura.

Más tarde me enteré de que aquella parte de la ciudad por la que me movía lentamente se llamaba la Traza, y era un amplio rectángulo, cuya extensión comprendía muchas calles y avenidas, situado en el centro mismo de la Ciudad de México. La Traza estaba reservada para las residencias, iglesias, establecimientos comerciales y edificios oficiales de los hombres blancos y sus familias. Había algunas excepciones. Los hombres de piel cobriza con atavío clerical vivían en las residencias de la Iglesia junto con sus colegas eclesiásticos. Y unos cuantos, pocos, criados de las familias blancas comían y dormían en las casas donde trabajaban. Pero los demás ciudadanos nativos, incluso los que trabajaban para funcionarios del gobierno, tenían que irse por la noche a las colaciones, que eran diversas partes de la ciudad que se extendían desde la Traza hasta los límites de la isla. Y estos sectores variaban en calidad, aspecto y limpieza, y eran desde respetables hasta malísimos, pasando por los que se podían tolerar.

Mientras miraba los edificios grandes y buenos que componían la Traza, me pregunté si los españoles no conocerían los desastres naturales a los que aquella ciudad era proclive, y que eran bien conocidos de los demás habitantes del Unico Mundo. Tenochtitlan había sufrido con frecuencia inundaciones de agua de los lagos

circundantes, y en dos o tres ocasiones había estado a punto de ser arrasada por las aguas. Supuse que ahora que las aguas del lago Texcoco habían disminuido tanto, ya no habría excesivo peligro de inundaciones.

Sin embargo, la isla, que no era más que un promontorio del inestable lecho del lago, a menudo había sido barrida por lo que nosotros llamábamos tlalolini, terremoto en español. En algunas de aquellas ocasiones sólo unos cuantos edificios de Tenochtitlan habían cambiado ligeramente de posición, se habían inclinado o se habían hundido, hasta cierto punto, por debajo del nivel del suelo. Pero en otras ocasiones la isla había sido sacudida y levantada con violencia, hasta el punto de que los edificios caían tan bruscamente como las personas en las calles. Por eso en la época en que mi tío Mixtzin vio por primera vez Tenochtitlan, los edificios principales tenían una base ancha y firme, y los de menor importancia estaban construidos sobre masas imponentes que sólo se tambaleaban o cedían ligeramente para compensar el temblor y el asentamiento de la isla.

Otra cosa de la que me enteré más tarde fue de que los españoles estaban empezando a percatarse de que la isla era propensa a aquello, y lo estaban averiguando por propia experiencia. La elevada iglesia catedral de San Francisco, la mayor estructura y, por lo tanto, la más pesada que habían edificado hasta entonces los constructores blancos —aunque ni siquiera la habían acabado—, ya se estaba hundiendo y ladeando de manera perceptible. Los muros de piedra se estaban agrietando en algunos lugares y los suelos de mármol se estaban combando.

—Esto es obra malévola de los demonios paganos —afirmaron los sacerdotes que habitaban el lugar—. Nunca debimos construir esta casa de Dios en el mismo lugar en el que se encontraba el monstruoso templo de esos bárbaros rojos, e incluso utilizamos piedras del templo antiguo en la construcción. Debemos empezar de nuevo y edificar en otra parte.

De manera que los arquitectos de la catedral se afanaban en poner frenéticamente cuñas debajo del edificio y contrafuertes a su alrededor, intentando por todos los medios de que se mantuviera levantada e intacta por lo menos hasta que estuviera terminada. Y al mismo tiempo estaban dibujando los planos para una catedral nueva, a la que dotaron con unos extensos cimientos subterráneos que ellos esperaban pudieran sostenerla, que habría de erigirse a cierta distancia de la anterior.

Yo no sabía nada de eso el día en que, con la tinaja vacía al hombro, crucé la inmensa plaza al lado de la cual se alzaba la catedral. Puse la tinaja en el suelo junto a la enorme puerta principal a fin de parecer menos un obrero itinerante y más un visitante estimable. Aguardé mientras varios hombres blancos con túnicas clericales entraban y salían; me dirigí a cada uno de ellos y les pregunté si yo podía entrar en el templo. (Por entonces yo tampoco sabía nada de las reglas concernientes a entrar allí con respeto; por ejemplo, si tenía que besar el suelo antes o después de pasar por la

puerta). Lo que en seguida se me hizo evidente fue que ni uno solo de aquellos sacerdotes blancos, frailes o lo que quiera que fuesen, y eso que algunos llevaban residiendo en Nueva España diez años, hablaba o entendía una sola palabra de náhuatl. Y ninguna persona de nuestra gente que se hubiera convertido al Crixtanóyotl pasó por allí. Así que seguí intentándolo, repitiendo las preguntas una y otra vez y pronunciando lo mejor que pude las palabras «notario», «Alonso» y «Molina».

Finalmente uno de los hombres chasqueó los dedos al reconocer lo que yo le estaba preguntando y me condujo a través del portón sin que ninguno de nosotros dos besase el suelo en ningún momento, aunque él sí que hizo una especie de pequeña inclinación reverencial en cierto punto, y atravesamos el cavernoso interior, recorrimos pasillos y corredores y subimos escaleras. Me fijé que dentro de la iglesia los eclesiásticos se quitaban el sombrero; los llevaban muy variados, desde pequeños y redondos hasta grandes y abultados, y cada uno de aquellos hombres tenía un círculo de cabello afeitado en la coronilla de la cabeza.

Mi guía se detuvo ante una puerta abierta y me hizo señal para que entrase, y en aquella pequeña habitación se encontraba sentado a una mesa el notario Alonso. Estaba fumando picíetl, pero no como lo hacemos nosotros, con la hierba seca desmenuzada y enrollada en un tubo de junco o de papel. Sostenía entre los labios una cosa delgada, larga y rígida de arcilla blanca cuyo extremo más distante de la boca estaba doblado hacia arriba; la había llenado de picíetl apretado, que ardía lentamente, y por el otro extremo, más estrecho, inhalaba el humo.

El notario tenía ante sí uno de nuestros libros nativos de papel de corteza plegado y estaba copiando las numerosas figuras de palabras de colores que allí había. Yo diría que lo estaba traduciendo, porque la copia que estaba escribiendo en otro papel no era en figuras de palabras. Lo estaba haciendo con una pluma de pato afilada que mojaba en un tanto de líquido negro, y luego garabateaba en su papel sólo líneas onduladas de aquel único color, lo que ahora sé, desde luego, que es el estilo español de escribir. Terminó una línea, levantó la vista y pareció complacido de verme, aunque titubeó un poco antes de recordar cómo me llamaba.

—Ayyo, me alegro de volver a verte… er… cuatl…

—Tenamaxtli, cuatl Alonso.

—Cuatl Tenamaxtli, claro.

—Me dijiste que podía venir y hablar contigo de nuevo.

—Claro, no faltaría más, aunque no te esperaba tan pronto. ¿Qué puedo hacer por ti, hermano?

—Me gustaría que hicieras el favor de enseñarme a hablar y a entender español, hermano notario.

Me dirigió una larga mirada antes de preguntar:

—¿Por qué?

—Tú eres el único español que habla mi lengua. Y me dijiste que ello te hace muy útil como persona que sirve para comunicar a tu gente y a la mía. Quizá yo podría ser igualmente útil. Si ninguno de esos paisanos tuyos puede aprender nuestro náhuatl…

—Oh, no soy el único que lo habla —me indicó—. Pero a los demás, a medida que lo hablan con fluidez, se los destina a otras partes de la ciudad o a los confines de Nueva España.

—Entonces, ¿me enseñarás? —insistí—. O si tú no puedes hacerlo, quizá alguno de esos otros…

—Puedo y lo haré —me interrumpió—. No dispongo de tiempo para darte clases particulares, pero todos los días doy una clase en el Colegio de San José. Es una escuela fundada sólo para educaros a vosotros, los indios… para educar a tu gente. Y allí los sacerdotes maestros del colegio hablan un náhuatl cuando menos pasable.

—Entonces estoy de suerte —dije complacido—. Da la casualidad de que me alojo en el mesón de los frailes que hay al lado.

—Y todavía tienes más suerte, Tenamaxtli, pues justo ahora acaba de empezar una clase para principiantes. Eso te hará más fácil el aprendizaje. Si haces el favor de estar en la puerta principal del colegio a la hora prima…

—¿Prima? —le pregunté sin comprender.

—Oh, se me olvidaba. Bueno, no importa. Tan pronto como hayas desayunado, que será la hora de laudes, limítate a estar en la puerta del colegio y espérame allí. Yo me ocuparé de que se te admita como es debido, se te apunte en el colegio y se te diga cuándo y dónde serán tus clases.

—No podré agradecértelo lo bastante, cuatl Alonso.

Cogió la pluma de nuevo confiando en que me marchase, pero al ver que yo me quedaba allí de pie, titubeando delante de la mesa, me preguntó:

—¿Querías algo más?

—Hoy he visto una cosa, hermano. ¿Puedes decirme lo que significa?

—¿Qué cosa?

—¿Puedo cogerte la pluma un momento? —Me la dio, y yo escribí con aquel líquido negro en el dorso de mi mano (para no estropearle el papel) la figura «G»—. ¿Qué es esto, hermano?

Lo miró y me dijo:

—Ge.

—¿Ge?

—Es el nombre de una letra. La ge. Se trata de una letra mayúscula. Bueno, no hay ninguna palabra en náhuatl para eso. Aprenderás esas cosas en las clases del colegio. La ge es una partícula del idioma español, como la hache, la i, la jota,

etcétera. ¿Dónde la has visto?

—Era la forma de la cicatriz que un hombre tenía en la cara. No sabría decir si era un corte o una quemadura.

—Ah, sí… es la marca. —Frunció el entrecejo y desvió la mirada. Al parecer yo tenía la facultad de hacer que cuatl Alonso se sintiera incómodo—. En ese caso es la inicial de la palabra guerra. Guerra. Significa que ese hombre fue prisionero de guerra y por eso ahora es un esclavo.

—Varios hombres llevaban esa marca. Y vi a otros… que llevaban otras. Volví a escribir en el dorso de la mano las figuras «HC», «JZ» y quizá otras que ahora no recuerdo.

—Más letras iniciales —me explicó—. Hache ce, eso querrá decir marqués Hernán Cortés. Y jota zeta, eso sería Su Excelencia el obispo Juan de Zumárraga.

—¿Eso son los nombres? ¿Marcan a los hombres con sus propios nombres?

—No, no. Son los nombres de sus dueños. Cuando un esclavo no es alguien que fuera hecho prisionero durante la conquista de hace diez años, sino que sencillamente alguien lo ha comprado y ha pagado por él, entonces el dueño lo marca, como si fuera un caballo, para tener derecho permanente a poderlo reclamar como suyo en cualquier momento. Ya ves.

—Si, ya veo —le dije—. ¿Y las esclavas? ¿También las marcan a ellas?

—No siempre. —Ahora parecía sentirse incómodo de nuevo—. Si es una mujer joven y linda, su dueño quizá no quiera desfigurar su belleza.

—Eso puedo entenderlo —comenté; y le devolví la pluma—. Gracias, cuatl Alonso. Ya me has enseñado algunas cosas de la naturaleza española. Estoy muy impaciente por aprender la lengua.

6

Yo tenía intención de pedirle al notario Alonso otro favor: que me sugiriera algún trabajo que yo pudiera hacer que me permitiera ganarme la vida. Pero cuando me habló del Colegio de San José, decidí al instante no hacerle esa pregunta. Seguiría viviendo en el mesón durante tanto tiempo como me lo permitieran los frailes. Estaba justo al lado de la escuela, y el hecho de no tener que trabajar para comer y para pagarme el alojamiento me permitiría aprovecharme de toda clase de educación que el colegio pudiera ofrecerme.

No viviría lujosamente, desde luego. Dos comidas al día, y no muy consistentes, eran apenas bastante para sustentar a alguien de mi edad, vigor y apetito. Y además tendría que idear algún modo de mantenerme limpio. En mi mochila de viaje sólo había traído dos mudas de ropa además de la que llevaba puesta; esa ropa habría que lavarla por turnos. Y lo que era igual de importante, tendría que organizarme para lavarme el cuerpo. Bueno, si podía encontrar a la pareja de Tépiz quizá ellos me facilitasen el asunto de conseguir agua caliente y jabón de amoli, aunque no tuvieran cabaña de vapor. Y mientras tanto yo tenía en la bolsa una buena cantidad de granos de cacao. Por lo menos durante un tiempo podría comprar en los mercados nativos todas aquellas cosas que me fueran indispensables, y de vez en cuando incluso algún bocado para complementar la comida de caridad de los frailes.

—Puedes quedarte a residir aquí eternamente si lo deseas —me dijo Pochotl, el hombre flaco, a quien encontré en el mesón cuando regresé allí, pues ambos nos habíamos puesto a la cola para la comida de la noche—. A los frailes no les importa, lo más probable es que ni siquiera lo noten. A los hombres blancos les gusta decir eso de que «no saben diferenciar a un asqueroso indio de otro». Yo llevo meses durmiendo aquí y vengo a buscar comida dos veces al día desde que vendí los últimos gránulos de mi provisión de oro y plata. Puede que no lo creas —añadió con tristeza—, pero en otro tiempo yo era admirablemente gordo.

—Y ahora, ¿a qué te dedicas durante el resto del día? —le pregunté.

—A veces, cuando me siento culpable de ser un parásito, me quedo aquí y ayudo a los frailes a limpiar las vasijas de la cocina y la habitación donde duermen los hombres. Los dormitorios de las mujeres los limpian unas monjas (que son frailes hembras), que vienen aquí desde lo que llaman Refugio de Santa Brígida. Pero la mayoría de los días me limito a deambular por la ciudad recordando dónde estaban las cosas en las épocas pasadas, o me dedico a mirar en los puestos del mercado las cosas que me gustaría comprar. Haraganear, nada más que haraganear.

Poco a poco habíamos llegado hasta las perolas; un fraile nos había dado un bolillo a cada uno y nos estaba llenando los cuencos otra vez con sopa de pato, cuando, igual que la tarde anterior, llegó el distante retumbar del trueno proveniente

del este.

—Ahí los tienes —me indicó Pochotí—. Otra vez están cazando patos. Esas aves son tan puntuales como las descabelladas campanas de iglesia que marcan las divisiones del día y que nos aporrean los oídos. Pero, ayya, no debemos quejarnos. Recibimos nuestra ración de pato.

Me dirigí al interior del edificio con el cuenco y el pan mientras pensaba que tendría que ir pronto al lado este de la isla a la hora del crepúsculo para ver cuál era el método que los cazadores de aves españoles empleaban para capturar los patos. Pochotl se reunió de nuevo conmigo y siguió hablándome:

—Te he confesado que soy un mendigo y un vago, pero ¿y tú, Tenamaxtli? Todavía eres joven y fuerte y me da la impresión de que no te da miedo el trabajo. ¿Por qué piensas quedarte aquí entre nosotros, pobres desechos?

Señalé hacia el colegio de al lado.

—Voy a asistir a clases allí, con la intención de aprender a hablar español.

—¿Y para qué demonios quieres tú hablar español? —me preguntó con cierta sorpresa—. Si ni siquiera hablas náhuatl demasiado bien.

—No el náhuatl moderno que se habla en esta ciudad, eso es cierto. Mi tío me explicó que nosotros los de Aztlán hablamos el idioma tal como se hablaba hace mucho tiempo. Pero todo el mundo que he conocido aquí me entiende, y yo también a ellos. Tú, por ejemplo. Además es posible que hayas notado que muchos de nuestros colegas, los otros huéspedes, en especial aquellos que proceden de las tierras de los chichimecas, muy lejos al norte, hablan varios dialectos diferentes de náhuatl, pero ellos se entienden entre sí sin grandes dificultades.

—¡Arrgh! ¿Y a quién le interesa lo que hablen las Personas Perros?

—Ahí estás equivocado, cuatl Pochotl. He oído a muchos mexicas llamar Personas Perros a los chichimecas… y a los teochichimecas Personas Perros Salvajes… y a los zacachichimecas Personas Perros Rabiosos. Pero están equivocados. Esos nombres no derivan de chichine, palabra que significa perro, sino de chichíltic, que significa rojo. Esas personas son de muchas naciones y tribus diferentes, pero cuando se llaman a sí mismos colectivamente chichimecas lo único que quieren decir es que son de piel roja, lo cual es lo mismo que decir parientes de todos nosotros, los del Unico Mundo.

—Desde luego no son semejantes a mí, gracias —dijo Pochotl con un bufido—. Son una gente ignorante, sucia y cruel.

—Porque viven su vida en el cruel desierto de las tierras del norte.

Pochotl se encogió de hombros.

—Si tú lo dices. Pero ¿por qué deseas tú aprender el idioma de los españoles?

—Pues para poder saber cosas de los españoles. Su naturaleza, sus supersticiones cristianas. Todo.

Pochotl empleó lo que le quedaba del bolillo para rebañar la sopa, y luego dijo:

—Ayer viste cómo quemaban vivo a aquel hombre, ¿verdad? Pues ya sabes lo que cualquiera necesita saber acerca de los españoles y de los cristianos.

—Yo lo que sé es una cosa. Mi tinaja desapareció del lugar donde la dejé, justo a la puerta de la catedral. Debió de ser un cristiano quien me la robó. Yo sólo la había cogido prestada Ahora les debo una tinaja a los frailes de este mesón.

—¡En nombre de todos los dioses! Pero ¿de qué me estás hablando?

—De nada. No importa. —Miré largo y tendido a aquel que se describía a sí mismo como mendigo, parásito y vago. Decidí confiar en él y continué hablando—: Deseo conocerlo todo acerca de los españoles porque quiero derrocarlos.

Pochotl se echó a reír con voz ronca.

—¿Y quién no? Pero ¿quién puede hacerlo?

—Quizá tú y yo.

—¿Yo? —Esta vez se rió estrepitosamente—. ¿Tú?

—Yo he recibido el mismo entrenamiento militar que aquellos guerreros que hicieron que los mexicas se convirtieran en el orgullo, en el terror y en los dominadores del Unico Mundo —le dije poniéndome a la defensiva.

—Pues sí que les sirvió de mucho a esos guerreros su entrenamiento —gruñó Pochotí—. ¿Dónde están ahora? Los pocos que quedan van caminando por ahí con unas marcas grabadas al aguafuerte en el rostro. ¿Y tú esperas vencer allí donde ellos no pudieron hacerlo?

—Yo creo que un hombre con determinación y empeño es capaz de hacer cualquier cosa.

—Pero ningún hombre puede hacerlo todo él solo. —Luego volvió a reírse de nuevo—. Ni siquiera tú y yo podemos hacerlo.

—Pero con la ayuda de otros, desde luego que si. De muchos otros. Por ejemplo de esos chichimecas a quienes tú desprecias. Sus tierras no han sido conquistadas ni ellos tampoco. Y la suya no es la única nación del norte que aún desafía a los hombres blancos. Si esos pueblos se levantaran y cargaran contra el sur.

—Bueno, ya tendremos ocasión de hablar más, Pochotl, cuando yo haya comenzado mis estudios.

—Hablar. Sí, hablar. He oído mucho de hablar.

Estuve esperando a la entrada del colegio sólo un breve espacio de tiempo antes de que el notario Alonso llegase y me saludase afectuosamente; luego añadió:

—Estaba un poco preocupado, Tenamaxtli, de que quizá hubieras cambiado de opinión.

—¿En lo de aprender tu idioma? Estoy realmente decidido…

—En lo de hacerte cristiano —me interrumpió.

—¿Qué? —Como me había cogido de improviso, protesté—: Nunca hemos

hablado de semejante cosa.

—Di por supuesto que lo comprendías. El colegio es una escuela parroquial.

—Esa palabra no me dice nada, cuatl Alonso.

—Es una escuela cristiana, sostenida por la Iglesia. Tienes que ser cristiano para asistir a las clases.

—Bueno, pues… —murmuré.

Se echó a reír y luego comentó:

—No es una cosa dolorosa hacerlo. El bautismo sólo lleva consigo un toque de agua y sal. Y te limpia de todo pecado, te cualifica para tomar parte en los demás sacramentos de la Iglesia y asegura la salvación de tu alma.

—Pues…

—Pasará mucho tiempo antes de que estés suficientemente instruido y preparado para el catecismo, la confirmación y la primera comunión.

Aquellas palabras tampoco tenían ningún sentido para mi. Sin embargo, deduje que yo sería sólo una especie de aprendiz de cristiano durante aquel «mucho tiempo». Y si mientras tanto podía aprender español, ya me las arreglaría para escapar de allí antes de que estuviera totalmente comprometido con la religión extranjera. Me encogí de hombros y le dije:

—Como tú quieras. Guíame.

Y así lo hizo. Me condujo al interior del edificio, hasta una habitación que me explicó era «el despacho del registrador». Aquel personaje era un sacerdote español, calvo en la parte superior de la cabeza como los demás que yo había visto, pero mucho más gordo, que me miró sin gran entusiasmo. Alonso y él mantuvieron una conversación bastante larga en español, y luego el notario se dirigió a mí de nuevo.

—A los nuevos conversos se les proporciona un nombre cristiano en el bautismo, y la costumbre es otorgar el nombre del santo en cuya festividad se administra el bautismo. Como hoy es la festividad de san Hilarión Ermitaño, tú te llamaras Hilario Ermitaño.

—Preferiría llamarme de otra manera. —¿Qué?

—Creo que hay un nombre cristiano que es Juan… —empecé a decir con tiento.

—Pues si —convino Alonso, que parecía perplejo.

Yo había mencionado ese nombre porque, si yo había de tener uno, ése había sido el nombre cristiano de mi difunto padre Mixtli. Al parecer Alonso no relacionó aquello con el hombre que había sido ejecutado, porque añadió con aprobación:

—Entonces tú sí que sabes algo acerca de nuestra fe. Juan fue el discípulo más querido de Jesús. —No pronuncié ni una palabra, porque aquello no era más que palabrería para mí, así que él continuó hablando—: Entonces, ¿Juan es el nombre que prefieres?

—Si no hay ninguna regla que lo prohíba.

—No, no hay ninguna regla… pero déjame que lo pregunte… —Se volvió de nuevo hacia el sacerdote gordo y, después de conferenciar durante un rato, me dijo—: El padre Ignacio me dice que hoy es también la festividad de un santo más bien oscuro llamado John de York, que en un tiempo fue el prior de un convento en algún lugar de Inglaterra. Muy bien, Tenamaxtli, serás bautizado con el nombre de Juan Británico.

La mayor parte de aquel discurso también me resultó incomprensible. Y cuando el sacerdote, el padre Ignacio, me roció con agua la cabeza y me hizo probar un poco de sal de la palma de su mano, consideré aquel ritual como un montón de tonterías. Pero lo toleré porque estaba claro que para Alonso significaba mucho, y yo no iba a decepcionar a un amigo mostrándome desagradecido. Así que me convertí en Juan Británico, y aunque no lo sabía entonces, estaba siendo una vez más la víctima inocente de esos dioses que pícaramente disponen lo que luego aparentan ser coincidencias. Aunque yo muy rara vez a lo largo de mi vida me di a conocer por ese nuevo nombre, con el tiempo así lo oirían ciertos forasteros aún más extranjeros que los españoles que ocasionarían algunos acontecimientos de lo más extraño.

—Y ahora —me dijo Alonso—, además de la clase de español, decidamos de qué otras clases vas a querer beneficiarte, Juan Británico. —Cogió un papel de la mesa del sacerdote y lo examinó—. Instrucción en la doctrina cristiana, por supuesto. Y por si acaso más tarde fueras bendecido con la llamada a las sagradas órdenes, también hay una clase de latín. Leer, escribir… bueno, eso puede esperar. Hay otras clases que se imparten sólo en español, así que ésas deben esperar también. Pero los maestros de manualidades son nativos que hablan náhuatl. ¿Te atrae algo de eso? —Y me leyó de la lista—: Carpintería, herrería, curtido, zapatería, sillas de montar, trabajos de vidrio, fabricación de cerveza, hilado, tejido, corte y confección, bordado, encaje, mendigar limosnas…

—¿Mendigar? —exclamé.

—Por si te convirtieras en fraile de una orden mendicante.

—No tengo ambición alguna de convertirme en fraile —le expliqué secamente—, pero creo que ya se me puede llamar mendigo viviendo en el mesón como vivo.

Alonso levantó la mirada de la lista.

—Dime, ¿eres competente en la lectura de los libros aztecas y mayas de imágenes de palabras, Juan Británico?

—Me enseñaron bien —repuse—. Sería inmodesto por mi parte decir lo bien que lo aprendí.

—Pues quizá pudieras serme de ayuda. Estoy intentando traducir al español los pocos libros nativos que quedan en esta tierra. Casi todos ellos fueron expurgados, los quemaron, pues se consideraban diabólicos, demoníacos y enemigos de la verdadera fe. Yo me las arreglo bastante bien con los libros cuyas imágenes de palabras las

dibujaron personas que hablaban náhuatl, pero algunos los hicieron escribas que hablaban otras lenguas. ¿Crees que tú podrías ayudarme a descifrarlos?

—Puedo intentarlo.

—Bien. Entonces le pediré permiso a su excelencia para pagarte un estipendio. No será mucho, aunque te quitará la sensación de ser un zángano desgraciado que vive de la caridad. —Después de otra breve conversación con Ignacio, el sacerdote gordo, añadió—: Te he matriculado sólo para que asistas a dos clases de momento: una en la que yo enseño español básico y otra de instrucción cristiana que imparte el padre Clemente. Las demás clases pueden esperar por ahora. Mientras tanto pasarás tus horas libres en la catedral ayudándome con esos libros nativos, lo que nosotros llamamos códices.

—Me complacerá hacerlo —le indiqué—. Y te estoy muy agradecido, cuatl Alonso.

—Ahora vamos arriba. Tus compañeros de clase ya estarán sentados en sus bancos, esperándome.

Así era, y me sentí avergonzado al ver que yo era el único hombre adulto en medio de unos veinte chicos y cuatro o cinco chicas. Me sentí como debió de sentirse mi primo Yeyac años atrás, en las escuelas primarias de Aztlán, cuando tuvo que comenzar su educación con unos compañeros de clase que no eran más que niños pequeños. No creo que hubiera un solo varón en la estancia lo bastante mayor como para llevar el máxtíatl debajo del manto, y las pocas chicas presentes parecían aún más pequeñas. Otra cosa que se percibía inmediatamente era la gama de coloración de piel que había entre nosotros. Ninguno de los niños era tan blanco como los españoles, desde luego. La mayor parte tenían la piel igual que yo, pero un buen número eran mucho más pálidos de tono, y dos o tres mucho más oscuros. Comprendí que los de piel más clara debían de ser los retoños producto de acoplamientos entre españoles y nosotros, los «indios». Sin embargo, ¿de dónde procedían aquellos otros que eran tan oscuros? Obviamente uno de los progenitores de cada uno de ellos había sido un miembro de mi propia gente, pero… ¿y el otro progenitor?

No hice ninguna pregunta en aquel momento. Me senté sumiso en uno de los bancos colocados en filas y, mientras aquellos jovenzuelos estiraban el cuello y se daban la vuelta para mirar embobados a aquel hombretón que ahora se encontraba entre ellos, aguardé a que empezase la primera lección. Alonso se colocó de pie detrás de una mesa en la parte delantera de la habitación, y debo decir que me resultó admirable su inteligente forma de abordar la tarea de enseñarnos.

—Empezaremos —dijo en náhuatl— por practicar los sonidos abiertos de la lengua española: a, e, i, o, u. Son los mismos sonidos que tenemos en las siguientes palabras de vuestra lengua. Escuchad. Acali… Lene… ixtlil… pochotl… calpuli.

Las palabras que había pronunciado eran reconocibles incluso para los más pequeños de la clase, puesto que significaban canoa, madre, negro, árbol de algodón sedoso y familia.

—Oiréis exactamente los mismos sonidos otra vez en las siguientes palabras españolas —continuó—. Escuchad atentamente. Acali… banco. Tene… diente. Ixtlil… piso. Pochotl… polvo. Calpuli… muro.

Nos hizo repetir aquellas diez palabras una y otra vez, poniendo énfasis en el parecido de los «sonidos abiertos». Sólo entonces, a fin de no confundirnos, nos demostró lo que querían decir las palabras españolas.

—Banco —comenzó, y se inclinó para tocar repetidamente uno de los bancos de la primera fila—. Diente. —Y señaló uno de sus propios dientes—. Piso. —Señaló y dio un golpe con el pie en el suelo—. Polvo. —Y pasó la mano por la mesa, levantando una polvareda—. Muro. —Y señaló la pared situada detrás de él.

Luego nos hizo repetir de nuevo aquellas palabras españolas una y otra vez, y que apuntáramos con él hacia las cosas que significaban. Banco, banco. Piso, suelo. Polvo, polvo. Muro, pared. Y luego volvió a nuestra lengua para decir:

—Muy bien, chicos. Y ahora… ¿cuál de vosotros, brillantes estudiantes, puede decirme otras cinco palabras en náhuatl que contengan los sonidos a, e, i, o, u?

Al ver que nadie, ni siquiera yo, se ofrecía voluntario para hacerlo, Alonso le indicó a una niña pequeña que ocupaba un banco delantero que se levantase. Ella lo hizo y empezó a decir tímidamente:

—Acali… tene…

—No, no, no —le indicó nuestro profesor mientras movía un dedo de un lado a otro—. Esas son las mismas palabras que yo os he dicho. Hay muchas más, otras muchas. ¿Quién puede decirnos cinco de ellas?

Los estudiantes, incluido yo, nos quedamos sentados en silencio y nos miramos tímidamente de reojo unos a otros. Así que Alonso me señaló a mi.

—Juan Británico, tú eres mayor y sé que tienes una buena provisión de palabras en la cabeza. Dinos cinco de ellas que contengan esos distintos sonidos abiertos.

Yo ya había estado meditando sobre eso y, no sé por qué, me habían venido a la cabeza cinco palabras. Así que ahora, de la misma forma traviesa con que lo haría un colegial que tuviera la mitad de edad que yo, sonreí y las pronuncié:

—MaátitL… ahuilnema… tipili… chitoli… tepuli.

Unos cuantos niños de los más jóvenes parecieron no comprender aquellas palabras, pero la mayor parte de los demás reconocieron por lo menos algunas de ellas, y contuvieron la respiración llenos de horror o se echaron a reír mientras se tapaban la boca con las manos, porque aquéllas eran palabras que ningún maestro, sobre todo un maestro cristiano que enseñara en una escuela eclesiástica, oía a menudo ni le gustaba oír. Alonso me miró muy enfadado y me dijo bruscamente:

—Muy gracioso, impúdico bobalicón. Ve a ponerte de pie en aquel rincón de cara a la pared. Y quédate allí, y avergüénzate de ti mismo, hasta que la clase termine.

Yo no sabía lo que era un bobalicón, pero podía aventurar una suposición. De modo que me quedé de pie en el rincón, sintiendo que me habían castigado justamente y lamentando haberle hablado así a un hombre que se había portado muy bien conmigo. En resumen, la lección de aquel día se dedicó a recitar una y otra vez inocuas palabras que contenían aquellos sonidos abiertos. Yo ya había dominado los sonidos y había memorizado las cinco palabras españolas, por lo que en realidad no me perdí gran cosa por el hecho de verme marginado e ignorado. Además, al finalizar la clase, Alonso se dirigió a mí y me dijo:

—Lo que has hecho, Juan, ha sido una grosería impropia e infantil. Y he tenido que mostrarme estricto contigo para que les sirviera de ejemplo a los demás. Pero, en confianza, he de decirte que ese travieso capricho tuyo ha servido para relajar la tensión de esos niños. La mayoría de ellos estaban tensos y nerviosos al comienzo de esta nueva experiencia. De ahora en adelante ellos y yo nos llevaremos mejor y nos trataremos con más familiaridad. Así que por esta vez te perdono la diablura.

Le indiqué, y así lo pensaba en realidad, que nunca más se produciría una situación como aquélla. Entonces Alonso me condujo por el pasillo hasta donde se estaban reuniendo los alumnos para la clase siguiente. Allí era donde me sometería a mi primera instrucción en cristianismo, y me complació ver que ya no era el alumno de más edad. Mis nuevos compañeros de clase comprendían distintas edades que iban desde la adolescencia hasta la madurez. No había niños, eran pocas las mujeres y entre aquellos estudiantes no había nada de la inquietante variedad de color de piel que se daba en los niños de la otra habitación. Sin embargo, aquélla no era una clase donde se enseñasen simplemente los rudimentos del tema a los principiantes. Estaba claro que hacía ya tiempo que habían comenzado, puede que meses, antes de que yo me uniese a ellos. Por eso me vi zambullido en lo que para mí eran unas profundidades que quedaban fuera de mi comprensión.

En aquel mi primer día, el sacerdote que hacía de profesor estaba exponiendo el concepto cristiano de la «trinidad». El padre Diego no llevaba afeitada sólo la coronilla de la cabeza, sino que era calvo y se mostraba complacido cuando se dirigían a él llamándole tete, el diminutivo cariñoso de nuestro pueblo para decir «padre». Hablaba un náhuatl casi tan fluido como el del notario Alonso, así que yo entendí todo lo que decía, aunque no lo que significaban las palabras o las expresiones. Por ejemplo, la palabra «trinidad» en nuestra lengua es yeylntetl y sirve para denotar un grupo de tres, tres cosas en compañía, tres entidades que actúan juntas o un grupo de tres cosas, como por ejemplo los tres puntos de un triángulo o las hojas de tres lóbulos de ciertas plantas. Pero tete Diego no hacia más que animarnos a los que le escuchábamos a que adorásemos a lo que está claro que es un

grupo de cuatro.

Hasta el día de hoy nunca he conocido a un español cristiano que no venere de todo corazón a una trinidad que comprende un solo Dios, que no tiene nombre, el hijo de ese Dios, que se llama Jesucristo, la madre de ese hijo, llamada Virgen María, y un Espíritu Santo, el cual, aunque no tiene nombre, por lo visto es uno de esos santos de categoría menor, como san José y san Francisco. Sin embargo, con eso suman cuatro los que hay que adorar, y cómo cuatro pueden constituir una trinidad es algo que yo nunca conseguí entender.

7

Aquel día, y todos los demás a partir de entonces excepto los días llamados domingo, cuando hube terminado mis dos clases en el colegio me presenté ante Alonso de Molina en la catedral. Allí nos sentábamos entre montones de libros de papel corteza, de fibra de metí o de piel de cervatillo y comentábamos la interpretación de esta o aquella página o pasaje, o a veces de un único símbolo representado en una imagen.

Desde luego el notario estaba bien familiarizado con los temas básicos tales como el método azteca y mexica de contar números, así como con los diferentes métodos empleados por otros pueblos, por ejemplo en las lenguas zapoteca y mixteca, y con los que empleaban naciones más antiguas que ya no existían, pero que habían dejado constancia de sus épocas, entre ellos los antiguos mayas y los olmecas. También sabía que en cualquier libro dibujado por cualquier escriba de cualquier nación, una persona representada con una náhuatl —es decir, con una lengua— cerca de la cabeza significaba que la persona estaba hablando. Y si la lengua dibujada estaba enroscada significaba que la persona estaba cantando o recitando poesía. Y si la lengua dibujada estaba perforada por un espino significaba que la persona estaba mintiendo. Alonso sabía reconocer los símbolos que nuestros pueblos empleaban para indicar las montañas, los ríos y cosas así. Conocía muchos rasgos de nuestra escritura en imágenes. Pero yo de vez en cuando lo corregía en alguna apreciación equivocada.

—No —le dije en alguna ocasión—, los habitantes de las regiones situadas al sur del Unico Mundo, los denominados pueblos de Quautemalan, no conocen al dios Quetzalcóatl por ese nombre. Yo nunca he tenido ocasión de visitar esas tierras, pero según mis maestros calmécac, en aquellas lenguas del sur el dios siempre ha sido conocido como Gúkumatz.

O en otra ocasión le indicaba:

—No, cuatl Alonso, estás llamando con nombres equivocados a los dioses que aparecen aquí. Estos son los itzceliuqui, los dioses ciegos. Por eso siempre los encontrarás representados, como aquí, con la cara negra.

Recuerdo que este comentario mío en particular me indujo a preguntarle a Alonso por qué algunos de los discípulos más jóvenes del colegio tenían la piel tan oscura que eran casi negros. El notario me lo aclaró. Existían ciertos hombres y mujeres, me explicó, a los que en español llamaban moros o negros, que eran miembros de una raza lamentablemente inferior que habitaba en cierto lugar llamado Africa. Eran seres brutos y salvajes, y sólo con gran dificultad se los podía civilizar y domesticar. Pero aquellos a los que se podía domar, los españoles los convertían en esclavos, y a unos cuantos de aquellos hombres moros, a los más favorecidos, incluso se les había permitido alistarse como soldados españoles. Algunos de ellos habían formado parte

de las primeras tropas que habían conquistado el Unico Mundo, y a ésos se los recompensó, al igual que a sus camaradas blancos, con concesiones de lealtad aquí, en Nueva España, y con esclavos propios, «indios» prisioneros de guerra, aquellos hombres que yo había visto con la figura «G» marcada en el rostro.

—También había dos o tres de esos hombres negros por la calle —le comenté—. Parecen ser muy aficionados a los atavíos ricos. Se visten con ropas aún más llamativas que los hombres blancos de clase alta. Quizá sea porque son feísimos de cara. Con esas narices tan anchas, desparramadas e inmensas que tienen, con los labios vueltos hacia afuera y con ese cabello de rizos tan apretados. Sin embargo, no he visto a ninguna mujer negra.

—Pues son igual de feas, créeme —me dijo Alonso—. La mayoría de los conquistadores moros a los que se les dieron concesiones se asentaron en la costa este, alrededor de Villa Rica de Vera Cruz. Y algunos de ellos han importado esposas negras para sí mismos. No obstante, en general prefieren a las mujeres nativas, que son más claras y mucho más guapas.

Los guerreros, claro, sienten inclinación y se espera de ellos que violen a las mujeres de sus enemigos derrotados, los conquistadores españoles blancos, naturalmente, habían hecho eso en abundancia. En el caso de los soldados moros, según Alonso, se inclinaban de manera mucho más lasciva a apresar y violar a cualquier cosa hembra que fuera más débil que ellos. Y si aquello había tenido como consecuencia el nacimiento de criaturas tales como niños tapir o niños caimán, eso Alonso no lo podía asegurar. Pero me dijo que en Nueva España, y también en las colonias españolas más antiguas, los patronos, tanto españoles como moros, todavía hacían uso, a su capricho, de las esclavas. Además, aunque no se hablaba mucho de ello, había amplias evidencias de que algunas mujeres españolas habían hecho lo mismo; y no sólo se trataba de las guarras importadas de España para trabajar como putas de alquiler, sino de las esposas e hijas de los españoles de más alta cuna. Bien fuera por perversidad, lascivia o simple curiosidad, de vez en cuando copulaban con hombres de cualquier color o clase, incluso con sus propios esclavos. Todo lo cual, me explicó Alonso, y teniendo en cuenta aquella abundancia de cruce licencioso de razas, tuvo como consecuencia una gran abundancia de niños cuya piel iba desde casi el negro hasta casi el blanco.

—Siempre, desde que Velázquez tomó Cuba —me contó—, nos ha parecido conveniente aplicar nombres diferentes para clasificar a los retoños de distintos colores. El producto de un acoplamiento entre un varón o una hembra de raza india y un varón o una hembra de raza blanca lo llamamos mestizo. El producto de un acoplamiento entre moro y blanco lo llamamos mulato, que significa «terco», como las mulas. El producto de un acoplamiento entre indio y moro lo llamamos pardo, un tipo de «gris». En el caso de que un mulato o un pardo y una persona blanca se

emparejen, su hijo es un cuarterón, y un niño con sólo ese cuarto de sangre india o mora a veces puede dar la impresión de ser blanco puro.

—Entonces, ¿por qué molestarse con unas especificaciones tan minuciosas del grado de mezcla? —le pregunté.

—¡Oh, venga, Juan Británico! Puede darse el caso de que el padre o la madre de un bastardo de sangre mezclada pueda llegar a sentir cierta responsabilidad por él o a encariñarse verdaderamente con él. Como habrás observado ya, a veces matriculan a esos mestizos para que reciban educación. Y también a veces el progenitor puede legar al hijo un título o propiedad familiar. No hay nada que prohíba hacer eso. Pero las autoridades, especialmente la Santa Iglesia, deben llevar unos registros precisos para impedir la adulteración de la pura sangre española. Imagínate por un momento que un cuarterón se hiciera pasar por blanco o blanca, y por tanto engañase a algún incauto español auténtico para contraer matrimonio… Pues bien… eso ha sucedido.

—¿Y cómo iba alguien a enterarse? —quise saber.

—Hace poco, en Cuba, un hombre y una mujer en apariencia blancos tuvieron un… lo que nosotros llamamos un salto atrás… un bebé inconfundiblemente negro. La mujer, desde luego, aseguró que era inocente, que provenía de un inmaculado linaje castellano y que su fidelidad conyugal era intachable. Más tarde las habladurías locales empezaron a decir que si se hubiera llevado un registro como Dios manda desde que los primeros españoles llegaron a Cuba, el marido blanco bien hubiera podido resultar ser el culpable poseedor de la sangre negra. Pero por entonces la Iglesia, claro está, ya había enviado a la hoguera a la mujer y a su hijo. De ahí nuestra puntillosa atención a llevarlo todo registrado. Porque el más leve trazo de sangre no blanca, evidente o no, contamina al que la lleva y lo hace inferior.

—Inferior —repetí—. Sí, claro.

—Incluso los españoles observamos algunas distinciones entre nosotros mismos. A los niños españoles indiscutiblemente blancos que ves en las aulas de tu colegio los llamamos criollos, que significa que han nacido a este lado del mar Océano. Los niños mayores y sus padres, aquellos que como yo nacimos en la Madre España, nos llamamos gachupines, que es como decir «los que llevamos el acicate», los españoles más españoles de todos. Y me atrevo a decir que con el tiempo los gachupines mirarán a los criollos como inferiores, como si el haber nacido bajo cielos diferentes supusiera alguna diferencia en su condición social. Para mi lo único que eso significa es que se me ordena que lo ponga así en la lista de mi censo y archivos catastrales.

Asentí para indicar que seguía su explicación, aunque yo no tenía la menor idea de lo que significaban las palabras kcicate" y «censo».

—Sin embargo —continuó diciendo Alonso—, de los otros, los mestizos, sólo he mencionado unas cuantas de las clasificaciones que indican fracción. Si, por ejemplo, un cuarterón se empareja con un blanco, el hijo de ambos es un octavo. Las

clasificaciones llegan hasta el decimosexto, que sería un niño al que probablemente no se le distinguiría de un blanco, aunque Nueva España es una colonia demasiado joven aún para haber producido ninguno. Y hay otros nombres para designar a aquellos que son fruto de las combinaciones posibles de sangre blanca, india y mora. Coyotes, barcinos, bajunos, los desafortunados pinto los de piel moteada y muchos más. Llevar sus registros puede resultar engorrosamente complicado, pero debemos llevar esos registros, y lo hacemos, para distinguir la calidad de cada persona, desde los más nobles hasta los más bajos.

—Desde luego —repetí.

Con el tiempo llegaría a ser evidente en cualquier calle de la ciudad, y sin ambigüedad alguna, que muchos de mi propia gente llegaron a aceptar e incluso a estar de acuerdo con aquella idea impuesta por los españoles de que eran menos que seres humanos. Esa aceptación de ser inherentemente inferiores la expresaron nada menos que con el pelo.

Los españoles saben desde hace mucho tiempo que la mayoría de nuestros pueblos del Unico Mundo son bastante menos peludos que ellos. Nosotros, los «indios», tenemos abundante pelo en la cabeza, pero excepto la gente de una o dos tribus anómalas, no tenemos más que un indicio de vello en la cara o en el cuerpo. A nuestros hijos varones, desde su nacimiento y durante la infancia, sus madres les lavan la cara repetidamente con agua de lima hirviendo, de modo que, en la adolescencia, ni siquiera les sale pelusa en la barba. Las niñas, desde luego, no tienen que soportar ese tratamiento preventivo. Pero, varones o hembras, a nosotros no nos crece vello en el pecho ni en las axilas, y sólo unos cuantos de nosotros tienen si acaso el más leve asomo de ymaxtli en la zona genital.

Muy bien. Los españoles blancos son peludos, y los españoles blancos, por propia definición, son muy superiores a los indios. Y deduzco que la sangre de un antepasado blanco, por mucho que se diluya al transcurrir las generaciones, confiere a los descendientes una tendencia a ser velludo. Así que, con el tiempo, nuestros hombres dejaron de estar orgullosos de tener el rostro suave y limpio. Las madres ya no les escaldaban la cara a sus hijos varones mientras éstos eran pequeños. Los adolescentes que encontraban el más mínimo asomo de pelusilla en las mejillas se la dejaban crecer y hacían todo lo posible para conseguir que se les convirtiera en una barba completa. Y aquellos a quienes les brotaba vello en el pecho o debajo de los brazos se guardaban muy bien de arrancárselo o afeitárselo.

Y lo que era peor aún, las mujeres jóvenes, incluso aquellas que por lo demás eran guapas, no se avergonzaban si descubrían que les crecía vello en las piernas o debajo de los brazos. En realidad incluso empezaron a llevar la falda más corta para mostrar aquellas piernas peludas, y cortaban las mangas de las blusas para poder exhibir así las pequeñas matas de las axilas.

Hasta el día de hoy, cualquiera de nuestra raza, sea hombre o mujer, que desarrolla un rostro o un cuerpo hirsutos, bien sea unos cuantos pelos ralos o algo parecido a un vello poblado, se vanagloria de ello. Desde luego los marca como poseedores de una mancha de bastardía en algún punto de su linaje, pero eso no les importa porque están proclamando al resto de nosotros: «Vosotros, personas de piel lampiña, puede que tengáis el mismo color de piel que yo, pero vosotros y yo ya no somos de la misma raza inferior y despreciable. Yo tengo un exceso de vello, lo cual significa que tengo sangre española en las venas. Sólo con mirarme ya sabéis que soy superior a vosotros».

Pero me estoy adelantando a mi crónica. En la época en que me asenté en la Ciudad de México no había tantos mestizos, mulatos y otras personas mezcladas a la vista. Hacia algún tiempo que había pasado mi decimoctavo cumpleaños, aunque exactamente cuándo, según el calendario cristiano, no lo sabría decir, puesto que yo entonces no estaba demasiado familiarizado con dicho calendario. De todos modos los conquistadores blancos y negros no llevaban todavía entre nosotros el tiempo suficiente como para haber producido más que algunos retoños muy jóvenes, como los que vi en mis clases del colegio.

Sin embargo, lo que sí vi en las calles, tanto a mi llegada como siempre después, fue un número mucho mayor de borrachos de los que yo hubiera visto nunca, ni siquiera en las celebraciones más licenciosas de festividades en Aztlán. A todas horas, de día o de noche, se podía ver, tambaleándose o incluso cayendo inconscientes en lugares donde los transeúntes sobrios tenían que saltar por encima de ellos, a muchos hombres, y a no pocas mujeres, borrachos. Nuestra gente, incluso nuestros sacerdotes, nunca habían sido totalmente abstemios, pero tampoco habían abusado demasiado a menudo, excepto en algunas festividades, de las bebidas embriagadoras, como la leche de coco fermentada de Aztlán, el chápari que los purepechas hacían de miel de abeja o el octli, conocido en todas partes y al que los españoles llaman pulque, el cual se hacía de planta de metí, que los españoles conocen como maguey.

Sólo me cupo suponer que los ciudadanos mexicas se habían dado en exceso a la bebida para olvidar durante un rato su completa derrota y desesperación, pero cuatl Alonso no estaba de acuerdo con esa apreciación mía.

—Se ha puesto en evidencia —me explicó— que la raza de los pueblos indios es susceptible de sufrir los groseros efectos de la bebida, que les gustan esos efectos y que están deseosos de obtener dichos efectos a la menor oportunidad.

—Yo no puedo hablar por los habitantes de esta ciudad, pero nunca he visto que los indios de otros lugares sean como tú dices —le indiqué.

—Bueno, nosotros los españoles hemos sometido a muchos otros pueblos —dijo —. Bereberes, mahometanos, judíos, turcos, franceses. Ni siquiera los franceses se

dieron masivamente a la bebida como resultado de su derrota. No, Juan Británico, desde nuestro desembarco en Cuba hace años hasta los más alejados confines adonde hemos llegado en esta Nueva España, hemos comprobado que los nativos son unos borrachines innatos. De León informó lo mismo acerca de los hombres rojos de Florida. Parece que se trata de un defecto físico que es inherente a tu pueblo, lo mismo que el hecho de que mueran con tanta facilidad de enfermedades triviales como el sarampión y la varicela.

—No puedo negar que enferman y mueren —le dije.

—Las autoridades, especialmente la Madre Iglesia —continuó diciendo Alonso —, han tratado piadosamente de disminuir la tentación que la bebida encierra para los débiles indios. Hemos intentado hacer que cambien de gusto y prueben a beber nuestros brandys y vinos españoles con la esperanza de que esas bebidas, que son embriagadoras en mayor grado, lleven a la gente a beber menos. Pero claro, sólo los nobles y los ricos se las podían permitir. Así que el gobernador fundó una fábrica de cerveza en San Antonio de Padua, que antes se llamaba Texcoco, con la esperanza de acostumbrar a los indios a la cerveza, que es más barata y tiene menos poder embriagador, pero fue inútil. El pulque sigue siendo el licor que se consigue con más facilidad, es casi regalado, pues cualquiera puede hacerlo hasta en su casa, de ahí que para los indios siga siendo la manera favorita de emborracharse. El único recurso que les ha quedado a las autoridades ha sido hacer una ley contra el hecho de que cualquier nativo beba en exceso y encarcelar a todo aquel que lo haga. No obstante, incluso la ley es impracticable. Tendríamos que encerrar a casi toda la población india.

O matarlos, pensé yo. Hacía poco que había tenido ocasión de presenciar cómo tres soldados de la guarnición que patrullaba regularmente por la ciudad capturaban a una mujer de mediana edad que, muy borracha, se tambaleaba y voceaba de forma incoherente. No se habían molestado en encarcelarla. Se habían lanzado sobre ella y, con aparente júbilo, habían empezado a golpearla con las culatas de aquellas armas suyas que eran palos que tronaban hasta que la dejaron inconsciente de la paliza. Luego utilizaron las espadas, no para apuñalarla y matarla, sino sólo para hacerle repetidos cortes en forma de zigzag por todo el cuerpo, de modo que cuando la mujer despertase de la paliza, si es que llegaba a hacerlo, únicamente estaría consciente el tiempo necesario para darse cuenta de que se estaba muriendo desangrada.

—Hablando de pulque —le dije para cambiar de tema—, se hace de metí o maguey. Y mientras traducíamos este texto último, cuatl Alonso, te he oído hablar del maguey como un cactus. No lo es. El maguey tiene resinas, sí, pero todos los cactus tienen también un esqueleto interno de madera, y el maguey no. Es una planta, lo mismo que cualquier arbusto o hierba.

—Gracias, cuatl Juan. Tomo nota de ello. Así pues… continuemos con nuestro

trabajo.

Yo seguía durmiendo cada noche y tomando la comida de la mañana y la de la noche en el Mesón de San José, mientras que los domingos, que los tenía libres, me los pasaba recorriendo los diferentes mercados de la ciudad y preguntando a las personas que se encargaban de los puestos y a los transeúntes si conocían a unas personas llamadas Netzlin y Citlali, que eran oriundos del poblado de Tépiz. Durante una buena temporada mi búsqueda resultó infructuosa. Pero el tiempo que empleé en aquella tarea o en el mesón no fue tiempo perdido.

Mezclarme con la gente de la ciudad en los mercados me ayudó a refinar mi anticuada manera de hablar náhuatl y a adquirir el vocabulario más moderno de los mexicas. Además me relacioné todo lo que pude con aquellos prósperos y muy viajados pochtecas que habían traído mercancías desde el sur para venderlas en la ciudad, y con los fornidos tamémimes, que en realidad eran quienes habían acarreado aquellas mercancías, y de ellos aprendí un útil número de palabras y expresiones de las lenguas sureñas: el idioma mixteca del pueblo que se hace llamar Hombres de la Tierra, el zapoteca de los que se hacen llamar Pueblo Nube e incluso muchas palabras de las lenguas que se hablan en las tierras de Chiapa y Quautemalan.

Y, como ya he dicho, en el mesón cada noche estaba en compañía de extranjeros del norte. De ellos, como ya he dicho también, los huéspedes chichimecas hablaban un náhuatl más o menos tan arcaico como el mío, pero comprensible. Así que me relacioné principalmente con otomíes y purepechas, y con los llamados Pueblo Corredor, aprendiendo de este modo útiles fragmentos de los idiomas otomite, poré y rar mun. Nunca antes había tenido ocasión, ni en mi casa ni en mi propia tierra, de descubrir la considerable facilidad que yo tenía para aprender otras lenguas, pero ahora se me hacía evidente. Y supuse que debía de haber heredado esa facilidad de mi difunto padre, quien la habría adquirido durante sus extensos viajes por el Unico Mundo. Diré una cosa, sin embargo: ninguna de las lenguas de nuestros pueblos, aunque pudieran ser muy diferentes del náhuatl y a veces me resultasen difíciles de pronunciar, era tan diferente y tan difícil como el español, ni me costó tanto llegar a hablarlas con fluidez como me costó el español.

Además, en el mesón podía entablar conversación cualquier noche con aquel hombre que llevaba tanto tiempo en la ciudad, el antes joyero Pochotl, que obviamente había determinado pasar el resto de su vida viviendo a costa de la hospitalidad de los frailes de San José. Algunas de nuestras charlas consistían en que yo me limitaba a escuchar, esforzándome por no bostezar, mientras él recitaba sus innumerables quejas y penas contra los españoles, contra los tonalis que desde su nacimiento habían predestinado aquella su actual desgracia y contra los dioses que le habían echado encima a los tonalis. Pero con frecuencia yo lo escuchaba atentamente, porque de hecho tenía cosas que contar que me resultaban muy útiles. Por ejemplo,

Pochotl me proporcionó el primer conocimiento que tuve de las órdenes, los rangos y las autoridades que regían y gobernaban Nueva España.

—El personaje más alto de todos —me explicó— es un hombre llamado Carlos que reside allá en lo que los españoles llaman Viejo Mundo. A menudo se refieren a él como «rey», a veces como «emperador» y otras veces como «la corona» o «la corte». Pero está claro que es el equivalente al Portavoz Venerado que en otro tiempo tuvimos los mexicas. Hace muchos años ese rey envió barcos llenos de guerreros a conquistar y colonizar un lugar llamado Cuba, que es una isla muy grande situada en el mar Oriental, en un lugar que está más allá del horizonte.

—He oído hablar de ese sitio —le indiqué—. Ahora está poblado por bastardos de razas mezcladas de diversos colores.

Pochotl parpadeó y dijo:

—¿Qué?

—No importa. Sigue, por favor, cuatl Pochotl.

—Hace aproximadamente doce o trece años que desde ese lugar llamado Cuba llegó Hernán Cortés, el capitán general de Carlos, para dirigir la conquista de nuestro Unico Mundo. Cortés, naturalmente, esperaba que el rey lo haría señor y amo de todo lo que conquistase. No obstante, ahora es del dominio público que hubo muchos dignatarios en España, e incluso bastantes de sus propios oficiales, que tuvieron celos de la presunción de Cortés. Convencieron al rey para que pusiera sobre él una firme mano restrictiva. De modo que ahora Cortés sólo ostenta el grandioso pero vacío título de marqués del Valle, de este Valle de México, y los auténticos gobernantes son los miembros de lo que ellos llaman la Audiencia, o lo que en los viejos tiempos habría sido el Consejo de Portavoces del Portavoz Venerado. Cortés, asqueado, se ha retirado a sus propiedades de Quaunáhuac, un lugar situado al sur de aquí…

—Tengo entendido que ese lugar ya no se llama Quaunáhuac —le interrumpí.

—Pues si y no. Nuestro nombre para ese lugar, Rodeado de Bosque, los españoles lo pronuncian «Cuernavaca» que resulta ridículo. Significa Cuerno de Vaca en su idioma. De todas maneras, Cortés ahora reside malhumorado en la magnífica propiedad que tiene allí. No sé por qué ha de estar de mal humor. Sus rebaños de ovejas, las plantaciones de la caña que da azúcar y los tributos que todavía recibe de numerosas tribus y naciones… le han convertido en el hombre más rico de Nueva España. Quizá de todos los dominios de España.

—No me interesan demasiado las intrigas y explotaciones que los hombres blancos traman y se infligen entre sí —le hice saber—. Ni las riquezas que han acumulado. Cuéntame con detalle el poder que tienen sobre nosotros.

—Hay muchos que no hallan tan oneroso ese dominio —me comentó Pochotl—. Me refiero a los que siempre han pertenecido a las clases más bajas: campesinos, obreros y toda esa gente. Levantan tan pocas veces la vista de sus trabajos que quizá

no hayan notado todavía que sus amos han cambiado de color.

Continuó dándome detalladas explicaciones. Nueva España estaba gobernada por los consejeros de la Audiencia, pero de vez en cuando el rey Carlos enviaba por el mar a un inspector real llamado visitador para asegurarse de que la Audiencia atendía como era debido sus asuntos. Los visitadores volvían a Vieja España para informar a un Consejo, el Consejo de Indias. Ese Consejo era supuestamente responsable de proteger por igual los derechos de todos en Nueva España, tanto de los nativos como de los españoles, así que podía cambiar, enmendar o anular cualquiera de las leyes hechas por la Audiencia.

—Sin embargo, yo personalmente creo que en realidad el Consejo existe principalmente para asegurar que se pague el quinto —me dijo Pochotl.

—¿El quinto?

—La quinta parte que le corresponde al rey. Cada vez que se extrae de nuestra tierra una medida de polvo de oro, un puñado de azúcar, granos de cacao, algodón o cualquier otra cosa, se aparta una quinta parte de ello para el rey antes de que nadie coja la parte que le corresponde. Las leyes y normas de la Audiencia hechas en la Ciudad de México, continuó explicando Pochotl, se pasaban a unos funcionarios llamados corregidores, que estaban destinados en las comunidades más importantes de toda Nueva España, para que se encargasen de ponerlas en vigor. Y esos funcionarios, a su vez, ordenaban a los encomenderos, que residían en los distritos, que se rigieran por dichas leyes y se encargasen de que la población nativa las obedeciera.

—Los encomenderos, desde luego, suelen ser españoles —me indicó Pochotl—, pero no todos ellos. Algunos son los supervivientes o los descendientes de los que antes eran nuestros señores. El hijo y dos hijas de Moctezuma, por ejemplo, en cuanto se convirtieron al cristianismo y adoptaron nombres españoles, Pedro, Isabel y Leonor, recibieron encomiendas. Lo mismo ocurrió con el príncipe Flor Negra, el hijo del difunto Nezahualpili, el tanto y tan sinceramente llorado Portavoz Venerado de Texcoco. Ese hijo luchó al lado de los hombres blancos durante la conquista, así que ahora se llama Hernando Flor Negra y es un encomendero acaudalado.

—Encomendero. Encomienda. ¿Qué es eso? —quise saber.

—Un encomendero es aquel a quien se le ha otorgado una encomienda. Y eso es un territorio de tamaño variable dentro del cual el encomendero es el amo. Las ciudades, pueblos o aldeas que queden dentro del rea le pagan tributo en dinero o en bienes, todo aquel que produce o cultiva algo está obligado a darle una parte a él, todo está sujeto a su mando, ya sea construirle una mansión, labrarle los campos, cuidarle el ganado, cazar o pescar para él o incluso prestarle a la esposa o a las hijas si él así lo exige. O a sus hijos, supongo, si se trata de una encomendera de gustos lascivos. Una encomienda no incluye la tierra, sólo lo que hay sobre ella, incluidas las

personas.

—Desde luego —dije yo—. ¿Cómo podría alguien poseer la tierra? ¿Poseer un pedazo del mundo? Resulta una idea inconcebible.

—Pero no para los españoles —continuó explicándome Pochotl al tiempo que levantaba una mano en señal de advertencia—. A algunos de ellos se les concedió lo que se llama una estancia, y eso sí incluye la tierra. Incluso puede legarse de una generación a otra. El marqués Cortés, por ejemplo, posee no sólo la gente y los productos de Quaunáhuac, sino también la misma tierra que hay debajo de toda ella. Y su antigua concubina malinche, esa que traicionó a su propio pueblo, ahora es llamada respetuosamente por el título de viuda de Jaramillo y posee una inmensa isla en medio de un río como su estancia.

—Eso va contra toda razón —gruñí yo—. Contra toda naturaleza. Ninguna persona puede reclamar la posesión ni siquiera del mínimo fragmento del mundo. Los dioses lo pusieron ahí y los dioses son quienes lo rigen. En tiempos pasados los dioses lo han purgado de gente. Sólo le pertenece a los dioses.

—Pues entonces ojalá los dioses lo purgasen de nuevo de gente. De gente blanca, quiero decir —aclaró Pochotl al tiempo que dejaba escapar un suspiro.

—Pero lo de la encomienda sí que puedo entenderlo —continué yo—. No es más que lo que hacían nuestros gobernantes: cobrar tributos, reclutar obreros. No sé de ninguno que exigiera compañeros de cama, pero supongo que podrían haberlo hecho si hubieran querido. Y puedo entender por qué dices que muchas personas hoy día no perciben ninguna diferencia en el cambio de amos de…

—He dicho las clases más bajas —me recordó Pochotl—. Lo que los españoles llaman indios rústicos: patanes, paletos, sacerdotes de nuestra antigua religión y otras personas fácilmente prescindibles. Pero yo soy de la clase que llaman indios pallos, que somos personas de calidad. Y, por Huitzli, yo sí que alcanzo a percibir la diferencia. Y lo mismo les ocurre a los demás artesanos, artistas, escribas y…

—Si, sí —le dije, porque a estas alturas yo ya sabía recitar aquellas lamentaciones suyas tan bien como él—. ¿Y qué me dices de esta ciudad, Pochotí? Debe de constituir la encomienda más rica y más grande de todas. ¿A quién se le concedió? ¿Al obispo Zumárraga, quizá?

—No, pero a veces se diría que le pertenece. Tenochtitlan, perdona, la Ciudad de México, es la encomienda de la corona. Del propio rey. De Carlos. De todas las cosas que se hacen aquí y de las cosas con las que se comercia aquí, de cualquier cosa, desde esclavos hasta sandalias. Y hasta el último maravedí de cobre de beneficio que se obtenga de ello, Carlos toma no sólo el quinto real, sino todo, incluidos el precioso oro y la preciosa plata que yo había trabajado toda mi vida para…

—Si, sí —repetí.

—Y Además, claro está —continuó—, a cualquier ciudadano se le puede ordenar

que deje la ocupación con la que se gana la vida para ir a ayudar a construir, a cavar o a pavimentar a fin de mejorar la ciudad del rey. La mayoría de los edificios de Carlos se han terminado ya. Y ésa fue la razón por la que el obispo tuvo que esperar con tanta impaciencia el comienzo de su iglesia catedral y por lo que aún sigue en construcción. Y yo creo que Zumárraga fuerza más a sus obreros de lo que lo hicieron nunca los constructores del rey.

—De manera que… por lo que veo… —dije yo pensativamente— cualquier revuelta habría de fomentarse primero entre esos hombres llamados rústicos. Agitarlos para que hagan caer a sus amos en las estancias y en las encomiendas. Y sólo entonces nosotros, las personas de clase más alta, nos volveríamos contra las clases más altas españolas. El puchero debe de empezar a hervir, como en realidad ocurre con el puchero, de abajo arriba.

—¡Ayya, Tenamaxtli! —Se tiró de los pelos con exasperación—. ¿Otra vez estás aporreando el mismo tambor flojo? Yo creía que ahora que eres tan querido para el clero cristiano habrías abandonado esa idea sin sentido de la rebelión.

—Y me alegro de serlo —dije—, porque así puedo ver y oír mucho más de lo que de otro modo podría hacer. Pero no, no he abandonado mi resolución. Con el tiempo tensaré ese tambor flojo para que pueda oírse por todas partes. Para que retumbe. Para que ensordezca con su desafío.

8

Al cabo de poco tiempo yo había adquirido la suficiente comprensión de la lengua española como para entender la mayor parte de lo que oía, aunque todavía no me atrevía a hablarla en otro sitio que no fuera el aula del notario Alonso. Así que éste, consciente de ello, advirtió a los clérigos de la catedral donde él y yo trabajábamos juntos, y también a las otras personas cuyos deberes las llevaban allí, para que no comentasen nada de índole confidencial siempre que yo estuviese en situación de oírlos. Difícilmente podía pasarme inadvertido que, cada vez que dos o más hablantes de español se ponían a conversar en mi presencia, al llegar a cierto punto me echaban una fugaz mirada y luego se iban a otra parte. Sin embargo, cuando yo caminaba anónimamente por la ciudad podía aguzar el oído sin avergonzarme de ello y sin que se notase. Una conversación que oí de pasada mientras curioseaba las hortalizas que se exhibían en un puesto del mercado, fue como sigue:

—No es más que otro condenado sacerdote entrometido —dijo un español, una persona de cierta importancia, a juzgar por su vestido—. Finge estar derramando lágrimas por el cruel maltrato que se les da a los indios y lo utiliza como excusa para hacer normas que lo benefician a él.

—Cierto —convino el otro hombre, que iba igualmente ataviado con ricos vestidos—. El hecho de ser obispo no lo convierte en un sacerdote menos astuto e hipócrita que los demás. Está de acuerdo en que hemos traído a estas tierras un don que no tiene precio, el Evangelio de la cristiandad, y que por ello los indios nos deben toda la obediencia y el esfuerzo que podamos sacar de ellos. Pero también, dice él, debemos hacerlos trabajar con menos rigor, pegarles menos y alimentarlos mejor.

—O nos arriesgamos a que se mueran —dijo el primer hombre—, como les pasó a aquellos indios que perecieron durante la conquista y en las plagas de enfermedades que siguieron… antes de que los desgraciados pudieran ser confirmados en la fe. Zumárraga hace ver que lo que quiere salvar no son las vidas de los indios, sino sus almas.

—De modo —continuó el segundo hombre— que los fortalecemos y los mimamos en detrimento del trabajo para el cual los necesitamos. Luego él los recluta para que construyan más iglesias, capillas y santuarios por todo el condenado país, y él se queda con el mérito de esa acción. Y a cualquier indio que le desagrade a él, al obispo Zurriago, puede quemarlo.

Continuaron de aquella guisa durante un rato, y me sentía complacido de oírlos hablar así. Era el obispo Zumárraga quien había condenado a mi padre a aquella muerte horrible. Y cuando aquellos hombres lo llamaban obispo Zurriago, yo sabía que no era que estuvieran pronunciando mal el nombre, sino que lo que estaban haciendo era un juego de palabras con él, una mofa, porque la palabra zurriago

significa «flagelo». Pochotí me había contado cómo al marqués Cortés lo habían desacreditado sus propios oficiales. Ahora yo estaba oyendo cómo cristianos de importancia difamaban a su más alto sacerdote. Si tanto los soldados como los ciudadanos podían manifestar su desagrado abiertamente y difamar a sus superiores, ello era prueba de que los españoles no tenían un parecer tan unánime como para que espontáneamente fueran a presentar un frente sólido y unido ante cualquier desafío. Y tampoco estaban tan seguros de su cacareada autoridad como para ser invencibles. Aquellos pequeños atisbos del pensamiento y el espíritu de los españoles me resultaban alentadores; posiblemente me fueran útiles en el futuro, y por ello son dignos de recordarse.

Aquel mismo día, en el mismo mercado, encontré por fin a los exploradores de Tépiz a los que llevaba tanto tiempo buscando. En un puesto en el que colgaban por doquier cestos tejidos con juncos y mimbre, le pregunté, igual que había estado haciendo por todas partes, al hombre que atendía al público si conocía a un nativo de Tépiz llamado Netzlin y a su esposa llamada…

—Vaya, yo soy Netzlin —me contestó el hombre mientras me miraba con cierta extrañeza y un poco de aprensión—. Mi mujer se llama Citlali.

—¡Ayyo, por fin! —exclamé—. ¡Y qué bien oír otra vez a alguien que habla con los acentos de la lengua azteca! Me llamo Tenamaxtli y soy de Aztlán.

—¡En ese caso bienvenido seas, antiguo vecino! —me saludó con entusiasmo—. Desde luego que da gusto oír hablarán nahuatl al viejo uso y no al modo de esta ciudad. Citlali y yo ya llevamos aquí casi dos años, y la tuya es la primera voz que he oído con el sonido de nuestra tierra.

—Y puede que sea la única durante mucho tiempo —le comuniqué—. Mi tío ha prohibido que ningún habitante de Aztlán ni de las comunidades de los alrededores tenga nada que ver con los hombres blancos.

—¿Que tu tío lo ha prohibido? —repitió Netzlin, que parecía sorprendido.

—Mi tío Mixtzin, el Uey-Tecutli de Aztlán.

—Ayyo, claro, el Uey-Tecutli. Sabía que tenía hijos. Y te pido disculpas por no saber que te tenía a ti por sobrino. Pero si él ha prohibido familiarizarse con los españoles, ¿qué haces tú aquí?

Eché una rápida ojeada a mi alrededor antes de responder:

—Preferiría hablar de eso en privado, cuatl Netzlin.

—Ya —dijo él guiñando un ojo—. Otro explorador secreto, ¿eh? Pues ven, cuatl Tenamaxtli, déjame que te invite a nuestro humilde hogar. Espérate aquí mientras recojo mis mercancías. Se está acabando la jornada, así que probablemente habrá pocos clientes que se lleven una decepción.

Le ayudé a apilar los cestos para transportarlos, y cada uno de nosotros levantamos una carga que, toda junta, tenía que ser un peso considerable para que lo

llevase él solo al mercado sin ayuda. Me condujo por calles traseras, salimos de la Traza de los hombres blancos y nos dirigimos hacia el sudeste, a una colación de viviendas nativas, la que se llamaba San Pablo Zoquipan. Mientras caminábamos, Netzlin me explicó que, después de que su esposa y él decidieran asentarse en la Ciudad de México, a él lo habían puesto inmediatamente a trabajar en la reparación de los acueductos que llevaban agua potable a la isla. Apenas si le pagaban lo suficiente para comprar comida de maíz, de la cual Citlali hacia atoli, y vivían alimentándose sólo de esas gachas. Pero luego, cuando Netzlin pudo demostrar al tepizqui de su barrio que Citlali y él tenían otros medios mejores para ganarse la vida, se le concedió permiso para establecerse por su cuenta.

—Tepizqui —repetí—. Esa es claramente una palabra de la lengua náhuatl, pero nunca la había oído antes. Y barrio en español significa una parte de la comunidad, un vecindario pequeño dentro de ella, ¿no es así?

—En efecto. Y el tepizqui es uno de nosotros. Es decir, es el funcionario mexica responsable de hacer que su barrio observe las leyes de los hombres blancos. El, desde luego, tiene que dar cuenta ante un funcionario español, un alcalde que gobierna la colación entera de barrios, a sus distintos tepizque y a toda su gente.

De modo que Netzlin le había demostrado a su tepizqui lo duchos y mañosos que eran su mujer y él en tejer cestos. El tepizqui había ido a informar de ello al alcalde español, que a su vez pasó la información a su superior, que era el corregidor, y este funcionario a su vez informó de ello al gobernador de la encomienda del rey, que, como yo ya sabía, comprendía todos los barrios, zonas y habitantes de la Ciudad de México. El gobernador presentó el asunto a la Audiencia la siguiente vez que se reunió en Consejo y, finalmente, volviendo otra vez hacia atrás por todos aquellos retorcidos canales, llegó una concesión real que concedía a Netzlin licencia para utilizar el puesto del mercado donde yo lo había encontrado.

—Hay que ver lo que tiene que conferenciar y perder el tiempo un hombre, lo que ha de soportar sólo para vender el trabajo que hace con sus propias manos —le dije.

Netzlin se encogió de hombros todo lo que pudo bajo el peso de la carga que llevaba.

—Por lo que yo sé, las cosas eran casi igual de complicadas aquí cuando ésta era la ciudad de Moctezuma. De cualquier modo, la concesión me exime de que me hagan ir a la fuerza a hacer trabajos fuera.

—¿Qué te decidió a fabricar los cestos en lugar de eso? —le pregunté.

—Pues mira, es el mismo trabajo que Citlali y yo hacíamos en Tépiz. Los juncos y las cañas que arrancábamos de los pantanos salobres del norte no eran muy diferentes de los que crecen en los lechos de los lagos que hay por aquí. Los juncos y las hierbas de los pantanos son en realidad las únicas plantas que crecen por aquí en las orillas, aunque me han dicho que en otro tiempo éste fue un valle muy fértil y

verde. Asentí.

—Ahora sólo apesta a barro y a moho.

—De noche camino penosamente entre el fango y cojo los juncos y el mimbre —continuó explicándome Netzlin—. Citíali teje durante el día, mientras yo estoy en el mercado. Nuestros cestos se venden bien, porque están mejor hechos y son más bonitos que los que hacen los pocos tejedores que hay aquí. Los amos de las casas españolas, sobre todo, prefieren nuestras mercancías.

Aquello era interesante. Decidí indagar.

—Entonces… ¿has tenido tratos con los residentes españoles? ¿Has aprendido a hablar su lengua?

—Sólo un poco —respondió sin lamentarlo—. Yo trato con los criados: cocineras, fregonas, lavanderas y jardineros. Ellos son de nuestra propia gente, así que no necesito para nada ese lenguaje balbuceante de los hombres blancos.

Bien, pensé, tener acceso a su servidumbre podría ser incluso más útil a mis propósitos que conocer a los propios amos de las casas españolas.

—De todos modos —continuó diciendo Netzlin—, Citlali y yo nos ganamos la vida mejor que la mayoría de los vecinos de nuestro barrio. Comemos carne o pescado por lo menos dos veces al mes. En cierta ocasión incluso compartimos una de esas raras y caras frutas que los españoles llaman limón.

—¿Es a eso a todo lo que aspiras en la vida, cuatl Netzlin? —le pregunté—. ¿A ser tejedor y vendedor de cestos? Netzlin pareció auténticamente sorprendido.

—Es lo que siempre he sido.

—Supón que alguien te ofreciera llevarte a la guerra y a la gloria. Liberar al Unico Mundo de los hombres blancos. ¿Qué dirías a eso?

—¡Ayya, cuatl Tenamaxtli! Los blancos son los que compran mis cestos. Son ellos quienes me ponen la comida en la boca. Si alguna vez deseo librarme de ellos, lo único que tengo que hacer es volver a Tépiz. Pero allí nunca nadie me pagó tan bien los cestos. Y además no tengo experiencia de guerra. Y ni siquiera alcanzo a imaginar qué pueda ser la gloria.

Abandoné la idea de reclutar a Netzlin como guerrero, pero todavía podía serme útil para infiltrarme en los aposentos de los criados de alguna mansión española. Sin embargo, siento decir que Netzlin no sería el último recluta en potencia que rehusaría unirse a mi campaña basándose en que se había vuelto dependiente del patronazgo de los hombres blancos. Cada uno de aquellos que lo hicieron pudo haberme citado, si es que lo había oído alguna vez, aquel viejo proverbio español que dice que un lisiado tendría que estar loco para romper su propia muleta. O, para describir con más exactitud a los hombres que alegasen ese motivo para esquivar servir a mi causa, podría yo decir de ellos lo que he oído decir a algunos españoles maleducados: que antes que eso prefería lamer el culo del patrón.

Llegamos al barrio de Netzlin en San Pablo Zoquipan, uno de los que no eran demasiado sórdidos; se encontraba en las afueras de la ciudad. Netzlin me dijo, con cierto orgullo, que Citlali y él se habían construido su propia casa, como lo habían hecho la mayoría de sus vecinos, con sus propias manos y a base de esos ladrillos de barro secados al sol que en español se llaman adobes. También me indicó con orgullo la cabaña de vapor de adobe que había al final de la calle, para cuya construcción se habían unido todos los residentes del lugar.

Entramos en la pequeña morada de dos habitaciones a través de una cortina que cerraba la entrada, y me presentó a su esposa. Citlali tenía más o menos su misma edad —yo calculé que ambos tendrían alrededor de treinta años—, una cara dulce y disposición alegre. Además, y de ello me di cuenta en seguida, ella era tan inteligente como él obtuso. Cuando llegamos andaba muy atareada trabajando en un cesto que acababa de empezar, aunque estaba en avanzado estado de gestación y tenía que agacharse alrededor del vientre, por así decirlo, en aquel suelo de tierra que era su lugar de trabajo. Contacto, creo yo, le pregunté que si en su delicado estado era conveniente hacer un trabajo manual.

Se echó a reír y me dijo sin apuro alguno:

—En realidad la barriga me es más una ayuda que un estorbo. Me las ingenio para utilizarla como molde a fin de dar forma a cestos de cualquier tamaño: desde los pequeños y planos hasta los más voluminosos.

—¿Qué clase de alojamiento has encontrado tú, Tenamaxdi? —me preguntó Netzlin.

—Estoy viviendo de la caridad de los cristianos, en el Mesón de San José. Quizá hayáis oído hablar de él.

—Sí, lo conocemos —asintió Netzlin—. Citlali y yo utilizamos ese refugio durante unas cuantas noches cuando llegamos aquí. Pero no podíamos soportar que nos pusieran cada noche en dormitorios separados.

Pudiera ser que Netzlin no fuera un guerrero dispuesto, pensé, pero evidentemente era un marido devoto.

Citlali volvió a hablar.

—Cuatl Tenamaxtli, ¿por qué no te vienes a vivir con nosotros hasta que te encuentres en situación de permitirte tener una vivienda propia?

—Eso es maravillosamente bueno y hospitalario por tu parte, señora mía. Sin embargo, si estar separados en el mesón era inaceptable para vosotros, tener a un extraño bajo este mismo techo sería aún más intolerable, sobre todo si tenemos en cuenta que otro extraño más pequeño está a punto de unirse a vosotros.

La mujer sonrió con afecto al oír aquello.

—Todos somos extraños en esta ciudad. En realidad tú no serías más extraño de lo que lo ser el recién nacido que ha de venir.

—Eres verdaderamente gentil, Citlali —le dije—. Pero el hecho es que yo podría permitirme ir a vivir a otra parte. Tengo un empleo por el que me pagan un salario por lo menos mejor que el de un obrero. Estoy estudiando la lengua española en el colegio que hay justo al lado del mesón, así que me quedaré allí hasta que me resulte demasiado cansado.

—¿Estudiando la lengua de los hombres blancos? —repitió Netzlin—. ¿Por eso es por lo que estás aquí, en la ciudad?

—Eso forma parte del motivo. —A continuación le conté cómo pretendía aprender todo lo posible acerca de los hombres blancos—. Para poder levantar contra ellos una rebelión que sea efectiva. Para echarlos de todas las tierras del Unico Mundo.

—Ayyo…

Citlali respiró con suavidad, contemplándome con lo que hubiera podido ser pavor, respeto o admiración… o quizá la sospecha de que ella y su marido estaban agasajando en su casa a alguien que parecía realmente loco.

—Así que es por eso por lo que me preguntaste si quería ir a la guerra y a la gloria —dijo Netzlin—. Y ya puedes ver cuál es el motivo —y me señaló a su esposa — por el que no me siento ansioso de hacerlo. Y con mi primer hijo a punto de nacer.

—¡Primer hijo! —repitió Citlali riéndose otra vez. Y dirigiéndose a mi, añadió—: Nuestro primer descendiente.

—A mi me da igual que sea niño o niña con tal de que esté sano y entero.

—Será un niño —aseguró Netzlin—. Insisto en ello.

—Y desde luego —le indiqué—, tienes razón al no querer correr riesgos en semejante momento. Sin embargo, quisiera pedirte un favor. Si vuestros vecinos no ponen objeción a ello, ¿podrías concederme el permiso para utilizar de vez en cuando la cabaña de vapor que tenéis aquí?

—Pues claro que si. Ya sé que el mesón no dispone de ningún tipo de instalaciones para bañarse. ¿Cómo es que tú te mantienes aceptablemente limpio?

—Me baño en un cubo cuando hace falta. Y luego me lavo la ropa en el mismo cubo. A los frailes no les importa que caliente el agua en el fuego del mesón. Pero no he disfrutado de un buen baño de vapor desde que me marché de Aztlán. Me temo que debo de oler tan mal como un hombre blanco.

—No, no —me aseguraron los dos a un tiempo.

Luego, Netzlin añadió:

—Ni siquiera un bruto zacachichimécatí recién llegado del desierto huele tan mal como un hombre blanco. Ven, Tenamaxtli, iremos a la cabaña de vapor ahora mismo. Y después de tomar un buen baño beberemos un poco de octli y nos fumaremos un poquietí o dos.

—Y la próxima vez que vengas —me sugirió Citlali— tráete todas tus mudas de

ropa. Yo me encargaré de hacer tu colada de ahora en adelante.

Así que desde entonces pasé tanto tiempo visitando a aquellas dos agradables personas, y su cabaña de vapor, como me pasaba conversando con Pochotí en el mesón. Y durante aquella época, desde luego, continué pasando mucho tiempo con el notario Alonso: por las mañanas en el aula del colegio y por las tardes en su habitación de trabajo de la catedral. A menudo interrumpíamos nuestra tarea de profundizar en los antiguos libros de palabras imágenes para recostarnos y fumar un poco mientras hablábamos de temas que no tenían que ver con aquello. Mi español había mejorado sensiblemente, hasta el punto de que yo ya comprendía mejor aquellas palabras que él tenía que utilizar con frecuencia porque, sencillamente, no había términos equivalentes en náhuatl.

—Juan Británico —me dijo un día—, ¿conoces ya a monseñor Suárez-Begega, el archidiacono de esta catedral?

—¿Conocerle? No. Pero sí que lo he visto a menudo por los vestíbulos.

—Pues es evidente que él también te ha visto a ti. Como archidiácono, ya sabes, aquí es el encargado de la administración, el que se ocupa de que todas las cosas pertenecientes a la catedral marchen como es debido. Y me ha ordenado que te dé un mensaje de su parte.

—¿Un mensaje? ¿A mí? ¿De alguien tan importante?

—Si. Quiere que empieces a ponerte pantalones.

Parpadeé y me quedé mirándolo fijamente.

—¿El alto y poderoso Suárez-Begega puede llegar incluso a preocuparse por mis piernas desnudas? Yo visto igual que los demás mexicas que trabajan por aquí. Del modo como siempre han vestido los hombres.

—Ese es el asunto —me aclaró Alonso—. Los demás son obreros, constructores, artesanos como mucho. Está bien que ellos lleven capas, calzoncillos y guaraches. Pero tu trabajo te da derecho… te obliga, según el monseñor, a vestirte como un español.

—Si él quiere, puedo ataviarme con un jubón ribeteado de pieles, con pantalones bien ajustados, con un sombrero con plumas en la cabeza, con unas faltriqueras y brazaletes, con botas de cuero labrado, e intentar pasar por un contoneante español moro —comenté con aspereza.

Reprimiendo una sonrisa, Alonso me corrigió.

—Nada de pieles, faltriqueras ni plumas. Bastar con una camisa corriente, unos pantalones y unas botas. Yo te daré el dinero para comprártelos. Y sólo hace falta que los lleves puestos en el colegio y aquí. Cuando estés entre tu gente puedes vestir como te plazca. Hazlo por mi, cuatl Alonso, para que el archidiácono no ande detrás de mí agobiándome con eso.

Refunfuñé que hacerme pasar por un español blanco era casi tan repugnante como

tratar de hacerme pasar por un moro, pero al final acepté.

—Lo hago por ti, desde luego, cuatl Alonso.

—Este español repugnantemente blanco te lo agradece me contestó con una aspereza equiparable a la mía.

—Te pido disculpas —le dije—. Tú personalmente no eres así. Sin embargo, dime una cosa, si haces el favor. Tú siempre hablas de españoles blancos o de blancos españoles. ¿Significa eso que hay españoles en alguna parte que no son blancos? ¿O que hay otras personas blancas además de los españoles?

—Puedes estar seguro, Juan Británico, de que los españoles son blancos. A menos que uno exceptúe a los judíos de España que se convirtieron al cristianismo. Ellos suelen ser de tez algo oscura y grasienta. Pero sí, en efecto, hay muchos otros pueblos de gente blanca además de los españoles: aquellos que habitan las naciones de Europa.

—¿Europa?

—Es un continente grande y espacioso del cual España es sólo un país. Algo parecido a lo que antes era vuestro Unico Mundo… un extenso territorio ocupado por numerosas naciones todas ellas diferentes entre sí. No obstante, los pueblos nativos de Europa son blancos.

—Entonces, ¿son iguales en calidad los unos y los otros…? ¿E iguales a vosotros, los españoles? ¿Son también cristianos? ¿Todos ellos son igualmente superiores a las personas que no son blancas?

El notario se rascó la cabeza con la pluma de pato con la que había estado escribiendo.

—Haces unas preguntas, cuatl Juan, que han tenido perplejos incluso a los filósofos. Pero haré lo que pueda por contestarte. Todos los blancos son superiores a los que no son blancos, sí, eso es cierto. La Biblia así nos lo dice. Es a causa de las diferencias entre Sem, Cam y Jafet.

—¿Qué o quiénes son ésos?

—Los hijos de Noé. Tu instructor, el padre Diego, puede explicártelo mejor que yo. En cuanto al tema de si todos los europeos son iguales, bueno, pues… —Se echó a reír de un modo algo irónico—. A cada nación, incluida nuestra amada España, le gusta considerarse a sí misma superior a las demás. Como sin duda os ocurre a los aztecas aquí, en Nueva España.

—Eso es cierto —convine—. O lo era hasta ahora. Pero en el momento en que a nosotros y a los demás se nos amontona juntos como meros indios, quizá descubramos que todos tenemos más en común de lo que creíamos.

—Y respondiendo a tu otra pregunta… sí, Europa es cristiana, excepto algunos herejes y judíos aquí y allá y los turcos de los Balcanes. Triste es decir, sin embargo, que en los últimos años ha habido inquietud e insatisfacción incluso entre los

cristianos. Ciertas naciones, Inglaterra, Alemania, y otras, han estado poniendo en tela de juicio el dominio de la Santa Iglesia.

Atónito al oír que tal cosa fuera posible, le pregunté:

—¿Han dejado de adorar a los cuatro que forman la Trinidad?

Resultó evidente que Alonso, que estaba muy preocupado, no me oyó decir «cuatro». Repuso sombríamente:

—No, no, los cristianos creen aún en la Trinidad. En lo que algunos de ellos se niegan ahora a creer es en el Papa.

—¿El Papa? —repetí lleno de extrañeza.

Estaba pensando, pero no lo expresé en voz alta, si es que habría una quinta entidad que adorar. ¿Era concebible una aritmética tan rara como aquélla? ¿Una trinidad de cinco?

—El Papa Clemente Séptimo —me explicó Alonso—. El obispo de Roma. El sucesor de san Simón Pedro. El vicario de Jesucristo en la Tierra. La cabeza visible de la Iglesia Católica y Romana. Su suprema e infalible autoridad.

—¿Este no es otro santo o espíritu? ¿Se trata de una persona viva?

—Claro que es una persona viva. Un sacerdote. Un hombre igual que tú y que yo, sólo que más viejo. Y enormemente más santo, puesto que él lleva las sandalias del pescador.

—¿Sandalias? —repetí sin comprender—. ¿Las sandalias del pescador?

En Aztlán yo había conocido a muchos pescadores, y ninguno llevaba sandalias ni era santo en lo más mínimo.

Alonso suspiró con exasperación.

—Simón Pedro había sido pescador antes de convertirse en el más prominente discípulo de Jesucristo, en el más importante de los apóstoles. Se le considera el primer Papa de Roma. Ha habido muchísimos desde entonces, pero de cada Papa que lo ha sucedido se dice que se ha calzado las sandalias del pescador y por ello adquiere la misma eminencia y autoridad que Simón Pedro. Juan Británico, ¿por qué sospecho que has estado soñando despierto durante la instrucción del padre Diego?

—No lo he hecho —le mentí; y añadí poniéndome a la defensiva—: Sé recitar el credo, el padrenuestro y el avemaría. Y he memorizado las jerarquías de los clérigos de la Iglesia: monjas y frailes, abades y abadesas, padres, monseñores, obispos. Luego… eh… ¿hay algo que quede por encima de nuestro obispo Zumárraga?

—Arzobispos —me indicó Alonso con brusquedad—, cardenales, y patriarcas. Y luego está el Papa, que se encuentra por encima de todos. Te recomiendo encarecidamente que prestes más atención en la clase del padre Diego si es que deseas ser confirmado alguna vez en la Iglesia.

Me guardé muy bien de decirle que no quería tener nada que ver con la Iglesia más que lo que fuera necesario para mis propios planes. Y era principalmente porque

mis propios planes se encontraban aún sumidos en la penumbra por lo que yo continuaba asistiendo a la clase de instrucción en cristianismo. Estas clases consistían casi por entero en enseñarnos a recitar reglas, rituales e invocaciones, la mayoría de ellos —el padrenuestro, por ejemplo— en una lengua que ni siquiera los españoles se tomaban la molestia de fingir que entendían. Cuando la clase, ante la insistencia de tete Diego, asistía al servicio de la iglesia llamado misa, yo fui con ellos unas cuantas veces. Aquello también era incomprensible para nadie excepto, supongo, para los sacerdotes y los acólitos que celebraban la misa. Nosotros los nativos, los mestizos y demás teníamos que sentarnos en una galería superior aparte del resto, pero aun así el olor de muchos españoles sin lavar apiñados habría sido intolerable de no ser por las embriagadoras nubes de humo de incienso.

De todos modos, como yo nunca había tenido gran interés en mi religión nativa, excepto en aquello referente a disfrutar las muchas festividades que proporcionaba, tampoco me interesaba demasiado adoptar una nueva. Tenía una particular inclinación a escarbarme los dientes con desdén ante una religión que parecía incapaz de contar más allá de tres, puesto que sus objetos de adoración, según mis cuentas, hacían un total de por lo menos cuatro, y pudiera ser que cinco, pero ellos se empeñaban en llamarlo trinidad.

A pesar de la excentricidad numérica de su propia fe, con frecuencia tete Diego vituperaba en contra de nuestra antigua religión como superpoblada de dioses. Aquella cara suya sonrosada se le puso perceptiblemente púrpura cuando un día le hice notar que, mientras el cristianismo daba a entender que reconocía a un único Señor Dios, en realidad le concedía igual prestigio a los excelentísimos seres llamados santos, a los ángeles y arcángeles… Y ellos eran a todas luces tan numerosos como nuestros dioses, y algunos parecían tan viciosos y vengativos como aquellos dioses nuestros tan oscuros que los cristianos llamaban demonios. Le dije que la principal diferencia que yo podía apreciar entre nuestra antigua religión y la nueva de tete Diego era que nosotros alimentábamos a nuestros dioses, mientras que los cristianos se comían a los suyos, o fingían hacerlo, en el ritual llamado comunión.

—Hay muchas otras cosas en las que el cristianismo no supone en realidad mejora alguna sobre nuestro paganismo, como vosotros lo llamáis —continué explicándole—. Por ejemplo, tete, nosotros también confesamos nuestros pecados a la bondadosa y misericordiosa diosa Tlazoltéotl, que significa Comedora de Porquería, la cual, después de nuestra confesión, nos inspiraba actos de contrición o nos daba la absolución, exactamente igual que hacen vuestros sacerdotes. En cuanto al milagro del parto virginal, varias de nuestras deidades vieron la existencia de ese modo. E incluso así fue como vino al mundo uno de los gobernantes mexicas mortales. Ése fue el primer Moctezuma, el gran Portavoz Venerado que fue tío abuelo del Moctezuma menor que reinaba en la época en que vosotros los españoles

llegasteis aquí. Fue concebido cuando su madre aún era una doncella virgen y…

—¡Basta ya! —me interrumpió tete Diego, cuya cabeza calva se había puesto roja —. Tienes el sentido del humor de un payaso, Juan Británico, pero ya has hecho bastante mofa y burla por hoy. Estás rozando la blasfemia e incluso la herejía. ¡Márchate de esta clase y no vuelvas hasta que te hayas arrepentido y te hayas confesado, no a cualquier Glotona Asquerosa, sino a un sacerdote confesor cristiano!

Nunca lo hice, ni entonces ni nunca, pero me esforcé todo lo que pude por parecer contrito y arrepentido al día siguiente cuando volví a la clase. Y continué asistiendo a ella por un motivo que no tenía nada que ver con comparar supersticiones religiosas, ni con sondear los modos de pensar y el comportamiento españoles, ni con llevar adelante mis planes de revolución. Ahora asistía a aquella clase sólo para ver a Rebeca Canalluza y para que ella me viera a mi. Todavía no había hecho yo el acto de ahuilnema ni con mujer blanca ni con mujer negra, y quizá nunca tuviera ocasión de hacerlo con ninguna de las dos. Pero en la persona de Rebeca Canalluza, yo Podría, en cierto modo, probar ambas clases de mujer de una sola vez. Es decir, ella era lo que Alonso había clasificado como mulato «terco», el fruto de la unión entre un moro y un blanco.

Al haber de momento tan pocas mujeres negras en Nueva España, el padre de Rebeca debía de haber sido la parte negra del acoplamiento y su madre alguna pelandusca o mujer española perversamente curiosa. Pero la madre había contribuido poco a la configuración de Rebeca, lo que no era de extrañar; tampoco la leche de coco vertida en una taza de chocólatl lo aclara en absoluto.

Por lo menos la muchacha había heredado de su madre un pelo decentemente largo y ondulado, no aquellos rizos de musgo de las moras de pura sangre. Pero en todo lo demás, ayya, tenía la nariz plana y ancha con agujeros grandes, los labios abultados en exceso y de color púrpura, y el resto de lo que yo podía ver de ella era exactamente del mismo color que un grano de cacao. Además tuve que suponer que las hembras moras maduran a muy temprana edad, porque Rebeca era sólo una niña de once o doce años, e incluso resultaba pequeña para esa edad, pero ya tenía las curvas de una mujer, considerables pechos y unas nalgas que sólo podían calificarse de protuberantes. Y además las miradas que me echaba ponían en evidencia las codiciosas valoraciones que hacen las mujeres que están maduras para emparejarse.

Todas esas cosas podía verlas yo por mi mismo. Lo que no podía adivinar era el motivo de su nombre, que era despectivo, burlón e incluso degradante. No tanto su nombre de pila, Rebeca. Entre las pequeñas y edificantes historias de la Biblia que nos contaba tete Diego de vez en cuando, ya había mencionado a la bíblica Rebeca, y la única cosa mala que yo podía recordar de ella era que parecía que se la sobornaba con facilidad con chucherías de oro y plata. Pero el apellido Canalluza significa vagancia, bellaquería y lascivia. Y si ese era el apellido de la madre de Rebeca…

bueno, ciertamente le encajaba muy bien. Sin embargo, ¿cómo, me preguntaba yo sin cesar, habría adquirido la madre de Rebeca ese nombre antes de meterse en la cama con un hombre negro?

Sea como fuere, la primera vez que aparecí por el colegio con camisa de manga larga, pantalones y botas altas de becerro, a aquella pequeña negra un poco marrón llamada Rebeca Canalluza se le pusieron los ojos ardientes, posiblemente porque ella siempre había llevado atuendo español y debió de pensar que yo la estaba emulando, y empezó a seguirme literalmente, a sentarse a mi lado en clase, en el banco que yo ocupase, fuera el que fuese, y a ponerse de pie junto a mí en las poco frecuentes ocasiones en que yo asistía a misa. A mí no me importaba. No había disfrutado ni siquiera de una mujer de la calle desde que me marché de Aztlán y, aparte de eso, sentía una curiosidad tan perversa como la que debió de sentir la madre de Rebeca con su negro al pensar: «¿Cómo será?». Yo tan sólo deseaba que Rebeca fuera un poco mayor y mucho más bonita. No obstante, le devolví las miradas, luego las sonrisas y finalmente acabamos por conversar, aunque su español era mucho más fluido que el mío.

—El motivo de mi horrible nombre —me explicó en respuesta a una pregunta mía — es que soy huérfana. Cuáles fueron los nombres de mi padre y de mi madre, nunca lo sabré. Me abandonaron, igual que a muchos otros niños, a la puerta del Refugio de Santa Brígida, el convento de monjas, y allí he vivido desde entonces. Las monjas que se encargan de nosotros, los huérfanos, obtienen cierto extraño placer en otorgarnos nombres indignos para marcarnos así como hijos de la vergüenza.

He ahí un aspecto de las costumbres españolas que yo había encontrado antes. Entre nosotros los indios, desde luego, había niños que sufrían la pérdida del padre, de la madre de ambos a causa de la guerra, de la enfermedad o de cualquier otro desastre. Pero no teníamos una palabra para designar al «huérfano» en ninguna lengua nativa que yo conociera. Y eso era porque a ningún niño se le abandonaba, se le expulsaba ni se le encajaba a la fuerza en la comunidad. Cada uno era querido por nosotros, y cualquiera de ellos que quedara solo en el mundo era, en el mismo instante y con gran anhelo adoptado por algún hombre y su esposa, ya fuera porque por desgracia no tuvieran hijos o porque tuvieran un hogar rebosante de otras criaturas.

—Por lo menos a mí me pusieron un nombre de pila bastante decente —continuó explicándome Rebeca—. Pero a ese gris que está ahí, un poco más allá —y me lo indicó discretamente—, al muchacho pardo, a ese tan feo que también es un huérfano que vive en el refugio, las monjas le pusieron Niebla Zonzón.

—¡Ayya! —exclamé, sin saber si reírme o apiadarme—. ¡Los dos nombres que tiene significan apagado, nebuloso, estúpido!

—Y, ay de mí, lo es —dijo Rebeca con una sonrisa nacarada—. Bueno, ya lo has

oído balbucear, tartamudear y perder el hilo aquí en clase.

—De cualquier modo, las monjas os proporcionan a los huérfanos una educación —le indiqué—. Si es que la instrucción religiosa puede llamarse educación.

—Para mi lo es —reconoció Rebeca—. Estoy estudiando para hacerme monja cristiana yo también. Para llevar el velo.

—Creí que eran sandalias —comenté, confundido.

—¿Qué?

—Nada. ¿Qué significa eso de llevar el velo?

—Que me convierto en la esposa de Cristo.

—Creía que estaba muerto.

—Desde luego, no escuchas con mucha atención lo que dice nuestro tete, ¿verdad, Juan Británico? —me dijo ella con tanta severidad como Alonso—. Me convertiré en la esposa de Cristo sólo de nombre. Todas las monjas se llaman así.

—Bueno, es mejor que el nombre Canalluza —observé—. ¿También el feo pardo llamado Niebla Zonzón cambiará de nombre?

—¡Cielos… no! —exclamó Rebeca riéndose—. No tiene cerebro suficiente para ser religioso de ninguna orden. Cuando sale de esta clase, ese pobre simple, Zonzón, se va a un sótano donde se prepara para ser aprendiz de curtidor de pieles. Por eso siempre huele tan mal.

—Dime, pues —le pedí—, ¿qué lleva consigo ser la esposa de un diosecillo muerto?

—Significa que, como cualquier otra esposa, me consagro sólo a él para el resto de mi vida. Renuncio a todo hombre mortal, a todo placer, a toda frivolidad. En cuanto esté confirmada y haya hecho la primera comunión me convertiré en novicia del convento. Y a partir de ese momento me dedicaré tan sólo al deber, a la obediencia, al servicio. —Bajó los ojos para desviarlos de los míos—. Y a la castidad.

—Pero ese momento no ha llegado todavía —le comenté yo con suavidad.

—Pero llegará pronto —respondió ella, aún con los ojos bajos.

—Rebeca, yo soy casi diez años mayor que tú.

—Eres guapo —me dijo sin levantar los ojos—. Te tendré a ti para recordar durante todos esos años en que no tendré a ninguno más que a Jesucristo.

En aquellos momentos de tristeza la niña estaba casi encantadora, y desde luego resultaba digna de lástima. No hubiera podido negarme a aquella tímida y tierna súplica aunque lo hubiera querido. Así que acordamos encontrarnos en un lugar privado después de anochecer, y allí le proporcioné todo lo que ella quería recordar.

Sin embargo, a pesar de su ávida colaboración nuestro acoplamiento no resultó fácil. Primero, cosa que ya habría tenido que esperarme, descubrí que la ropa de estilo español, tanto la mía como la suya, resultaba difícil de quitar con cierta gracia. Requería incómodas contorsiones que disminuían considerablemente la gratificación

de dos personas desnudándose. A continuación, el tamaño de su cuerpo, comparado con el mío, resultó ser una desventaja. Yo soy bastante más alto que casi todos los demás hombres aztécatl y mexícatl (según mi madre, yo había heredado mi estatura de mi padre, Mixtli), y, como ya he dicho, a pesar de sus proporciones femeninas, Rebeca era una niña muy bajita. Aquél era su primer intento de realizar el acto, y bien hubiera podido ser el primero para mi a juzgar por la torpeza con que lo hicimos aquella noche. Rebeca, sencillamente, no pudo separar las piernas lo bastante como para que yo me introdujera entre ellas como es debido, así que mi tepuli sólo pudo introducir la punta en su tipili. Después de mucha frustración mutua, al final nos decidimos por hacerlo a la manera de los conejos, ella apoyada en los codos y las rodillas y yo cubriéndola desde arriba y por detrás; aunque aun así sus extraordinarias nalgas resultaban un considerable estorbo.

Si que aprendí dos cosas de aquella experiencia. Rebeca era todavía más negra de piel en las partes íntimas que en el resto, pero cuando se abrieron los negros labios de allí abajo, era tan rosa como una flor, igual que las demás hembras que yo había conocido íntimamente. Además, como Rebeca era virgen cuando empezamos, al terminar había una pequeña mancha de sangre, y descubrí que su sangre era tan roja como la de cualquiera. Desde entonces me he sentido inclinado a creer que todas las personas, sea cual sea su color externo, por dentro están hechas de la misma carne.

Y Rebeca tuvo tal deleite en su primer ahuilnema que después de aquello lo hicimos en todas las ocasiones que se nos presentaron. Le enseñé algunos de los recursos más cómodos y placenteros que yo había aprendido de aquella auyanimi en Aztlán y que luego había perfeccionado en la práctica con mi prima Améyatl. Así que Rebeca y yo a menudo disfrutamos el uno del otro, incluso la misma noche antes del día en que el obispo Zumárraga la ungió a ella y a varias de sus hermanas huérfanas en el rito de la confirmación.

No asistí a aquella ceremonia, pero sí que vislumbré a Rebeca con su túnica ceremonial. Tengo que decir que estaba más bien cómica: sus manos y su cabeza, de un color medio negro medio marrón, hacían un severo contraste con la túnica, tan blanca como el único rasgo blanco de Rebeca, los dientes, que resplandecían en una sonrisa mezcla de excitación y nerviosismo. Y desde aquel día nunca volví a tocarla, ni siquiera a verla, porque ella no volvió a salir del Refugio de Santa Brígida.

9

—¿A cuántos patos ha matado hoy? —le pregunté con cierta falta de confianza en mi mismo.

—¡Caray, cientos! Y a tenazón —me contestó él sonriendo con orgullo—. Y además unos gansos y cisnes.

Bien, él me había entendido al preguntarle yo que cuántos patos había matado aquel día, y también yo había entendido su respuesta: «¡Ah, cientos! Y sin apuntar siquiera. Y además algunos gansos y cisnes».

Era la primera vez que yo ponía a prueba mi dominio del español con alguien que no fuera mi profesor o mis compañeros de clase. Aquel joven era un soldado que montaba guardia para cazar aves junto al lago; parecía amigable, quizá porque yo llevaba atuendo español y él me tomó por alguna clase de criado domesticado y cristianizado. Continuó hablando:

—Por supuesto, no comemos los cisnes. Demasiado duro a mancar.

Se tomó grandes molestias con tal de dejarme aquello bien claro, y para ello se puso a mover la mandíbula de un modo exagerado. «Desde luego, no nos comemos los cisnes. Son demasiado duros de masticar».

Yo me había acercado allí al lago en otras ocasiones para observar lo que Pochotí había llamado los «métodos raros pero efectivos» empleados por los españoles para cazar las aves acuáticas que descendían al lago cada crepúsculo. Ciertamente era un método extraño, y lo hacían con el palo de trueno (llamado propiamente arcabuz), pero en verdad era efectivo. Ataban firmemente un considerable número de arcabuces a unos postes hundidos en la orilla del lago, armas que apuntaban directamente hacia el agua. Otra batería de arcabuces se ataba de igual modo a estacas, pero apuntando hacia arriba desde varios ángulos y en diversas direcciones. Tan sólo un soldado atendía y disparaba aquellas armas. Primero tiraba de un cordel y los arcabuces igualados disparaban sus destellos y sus humos con estruendo hacia toda la superficie del lago, matando a muchos de los pájaros que flotaban allí y asustando al resto, que levantaban el vuelo de repente. Cuando esto ocurría, el cazador tiraba de otro cordel y los arcabuces inclinados hacia arriba que apuntaban en distintas direcciones disparaban todos a la vez abatiendo a verdaderos enjambres de las aves que estaban en el aire. Luego el soldado recorría todas las armas haciéndoles algo en la parte delantera de los tubos y otra cosa en la parte trasera. Cuando había completado esa tarea, los pájaros ya se habían calmado y habían vuelto a posarse sobre el agua, y la doble matanza comenzaba otra vez. Finalmente, antes de que se hiciera de noche por completo, el cazador enviaba barqueros en canoas acaltin para recoger los pájaros muertos que flotaban.

Aunque yo había presenciado este procedimiento en varias ocasiones, aquélla era

la primera vez que tenía el valor de hacer preguntas sobre ello.

—Nosotros, los indios, sólo utilizamos redes —le dije al joven soldado—, y hacemos que los pájaros se metan en ellas. Vuestro método es mucho más gratificante. ¿Cómo funciona?

—Muy simple —me informó—. Se ata un cordel al gatillo de cada uno de los arcabuces que están al mismo nivel. —Esto ya me extrañó, porque gatillo significa gato pequeño o gatito—. Todos esos cordeles se atan a su vez a un cordel único del que yo tiro y disparo todas esas armas a la vez. Y del mismo modo se atan cordeles a los gatillos de los que apuntan hacia arriba…

—Eso ya lo he visto —le indiqué—. Pero ¿cómo funciona el arcabuz en sí?

—Ah —dijo él; y lleno de orgullo me condujo hasta donde se encontraba una de las armas apostadas, se arrodilló al lado y empezó a señalar—. Esta cosita de aquí es el gatillo. —Se trataba de un pedacito de metal que sobresalía por debajo de la parte de atrás del arcabuz; tenía forma de media luna y había que tirar de él con un dedo o, en este caso, un cordel, y estaba dentro de una protección de metal, evidentemente para impedir que se disparase por accidente—. Y esto de aquí es la rueda, que un muelle que tú no puedes ver hace girar aquí, dentro de la cámara.

La rueda era justo eso, una rueda, pero pequeña, aproximadamente del tamaño de una moneda ardite, hecha de metal y estriada con pequeños dientes alrededor.

—¿Qué es un muelle? —le pregunté.

—Una hoja estrecha de metal delgado enrollada fuertemente por esta llave. —Me enseñó la llave y luego la utilizó para dibujar en la tierra, a nuestros pies, una pequeña y apretada espiral—. Ese es el aspecto que tiene el muelle, y cada arcabucero lleva consigo una llave. —Insertó la suya en un agujero en lo que él llamaba «la cámara», dio vuelta a la llave una o dos veces y oí un sonido débil y rasposo—. Ahí tienes, la rueda está lista para girar. Y ahora, esto de aquí lo llamamos garra de gato. —Era otra pequeña pieza de metal, que no se parecía en nada a una garra de gato, sino que más bien tenía la forma de la cabeza de un pájaro que estuviese sujetando con el pico un grano de grava—. Esa piedra —me explicó el soldado— es una pirita.

Y yo reconocí un fragmento muy pequeño de lo que nosotros llamamos «oro falso».

—Ahora amartillamos la garra de gato hacia atrás, lista para golpear —continuó explicando mientras apretaba hacia atrás y producía un chasquido—, y otro muelle la retiene allí. Luego, fíjate, aprieto el gatillo, la rueda gira y en el mismo instante la garra de gato hace que la pirita golpee contra la rueda y verás que produce una rociada de chispas.

Eso fue exactamente lo que ocurrió, con lo que el soldado pareció más orgulloso que nunca.

—Pero —observé— no ha habido destello ni ruido, y tampoco ha salido humo por el tubo.

Se echó a reír con indulgencia.

—Eso es porque yo aún no había cargado el arcabuz ni había cebado la cazoleta. —Sacó dos grandes bolsas de cuero y de una de ellas dejó caer en la palma de mi mano un montoncito de polvo de color oscuro—. Esto es la pólvora. Mira, ahora vierto una medida exacta de ella por la boca del cañón, y detrás meto un trozo pequeño de trapo. Luego, de esta otra bolsa cojo un cartucho. —Me enseñó un saquito transparente, como un pedazo de intestino de animal atado, relleno de pequeñas bolitas de metal—. Para disparar a enemigos o a animales grandes, desde luego, utilizamos una bala grande y redonda. Pero para los pájaros utilizamos cartuchos de perdigones. —Luego, con una varilla larga de metal apretó con fuerza todo el contenido allí dentro—. Y por último, pongo sólo un toque de pólvora aquí, en la cazoleta. —Aquélla era una cazuela pequeña que sobresalía de la cámara como un estante, donde las chispas procedentes de la rueda y el oro falso la golpearían—. Observarás —concluyó— que aquí hay un agujero estrecho que va desde la cazoleta hacia el interior del cañón, donde está comprimida la carga de pólvora. Y ahora mira, enrosco el muelle y tú aprietas el gatillo.

Me arrodillé con curiosidad, timidez y temor entremezclados junto al arma cargada. Pero la curiosidad podía más, porque yo había ido allí y había abordado al soldado precisamente con esa intención. Pasé el dedo por la protección del gatillo, que estaba debajo de la cámara del arcabuz, lo doblé en torno a aquél y apreté.

La rueda giró, la garra de gato se soltó, las chispas se desparramaron, se oyó un ruido como un gruñidito enojado, una polvareda de humo salió de la cazuela llena de pólvora… y luego el arcabuz retrocedió y yo me encogí como un loco mientras la boca del arma rugía y escupía una llama, una flor de humo azul y, no me cupo la menor duda, todas aquellas bolitas de metal que causaban la muerte. Cuando me hube recuperado del susto y el ruido dejó de resonarme en los oídos, vi que el joven soldado se estaba riendo de buena gana.

—¡Caspita! —exclamó—. Apuesto a que serás el primero y el único indio que dispare alguna vez una arma así. No le cuentes a nadie que te he dejado hacerlo. Ven, puedes estar mirando mientras cargo todos los arcabuces para la próxima descarga.

—Entonces la pólvora es el componente esencial absoluto del arcabuz —observé mientras seguía al soldado—. La cámara, la rueda, los gatos y demás sólo son para hacer que la pólvora actúe del modo que deseas.

—En efecto, así es —dijo él—. Sin la pólvora no habría armas de fuego en el mundo. Ni arcabuces, ni granadas, culebrinas, petardos. Ni siquiera triquitraques. Nada.

—Pero ¿qué es la pólvora? ¿Con qué se hace?

—Ah, mira, eso no te lo voy a decir. Ya me he arriesgado bastante dejándote jugar con el arcabuz. Las órdenes son que a ningún indio se le permita manejar arma alguna de los hombres blancos, y el castigo que recibiría por ello sería espantoso. De ninguna manera puedo revelar la composición de la pólvora.

Debí de parecer abatido, porque el soldado se echó a reír una vez más y añadió:

—Pero te diré una cosa. La pólvora es, obviamente, propiedad de los hombres, para uso varonil. Pero fíjate si es raro, uno de sus ingredientes es una contribución muy íntima de las señoras.

Continuó riéndose mientras trabajaba, y yo me alejé de allí. No hizo caso de mi partida ni se fijó en que la pequeña cantidad de pólvora que me había vertido en la mano había ido a parar a la bolsa de mi cinturón, ni en que yo había cogido una de las llaves para darle vueltas a la rueda que había encontrado junto a uno de los otros arcabuces. Con aquellos artículos encima me dirigí a la catedral a toda prisa, porque se me podía olvidar algún detalle de las invenciones que me había mostrado. Era pasada la hora de completas cuando llegué a la habitación de trabajo de Alonso, por lo que el notario ya no se encontraba allí, lo más probable era que estuviese ocupado en sus devociones. Encontré un pedazo en blanco de papel de corteza, y con un carboncillo empecé a dibujarlo todo: el gatillo y su protección, la garra de gato, la rueda, la espiral de muelle…

—¿Has vuelto para trabajar a estas horas tan avanzadas de la noche, Juan Británico? —me preguntó Alonso nada más entrar por la puerta.

Logré no asustarme ni parecer sobresaltado.

—Sólo estoy practicando algunas palabras imágenes mías —le dije con informalidad mientras arrugaba el papel y lo conservaba así en la mano—. Tú y yo traducimos tanto el trabajo de otros escribas que me ha entrado miedo de que se me estuviera olvidando la habilidad. Así que como no tenía nada mejor que hacer he vuelto aquí para practicar.

—Me alegro de que lo hayas hecho. Me gustaría preguntarte una cosa.

—A su servicio, cuatl Alonso —dije yo confiando no parecer cauteloso.

—Vengo de una reunión con el obispo Zumárraga, el archidiácono Suárez-Begega, el ostiario Sánchez-Santoveña y varios otros custodios. Todos están de acuerdo en que ya es hora de que se provea a la catedral de muebles y vasijas más dignos y esplendorosos. Hemos estado utilizando parafernalia portátil únicamente porque dentro de poco tiempo hay que construir una catedral nueva. No obstante, ya que hay artículos como el cáliz y la custodia, el píxide y la pila de agua bendita, e incluso otros objetos más grandes, como una reja entre la nave y el coro y una pila bautismal, que pueden trasladarse fácilmente al nuevo edificio, se ha acordado que nos procuremos esas cosas, y que todas sean de la calidad que le corresponde a la catedral.

—Supongo que no estarás pidiendo mi aprobación.

Sonrió.

—Desde luego que no. Pero puedes sernos de ayuda, pues sé que te dedicas a deambular con frecuencia por la ciudad. Estos bienes y accesorios deben ser de oro, plata y gemas preciosas. Tu pueblo solía ser muy diestro, casi sublime, en la realización de tales obras. Antes de enviar a un pregonero por las calles para pedir que un maestro joyero se presente ante nosotros, he pensado que quizá tú pudieras sugerirnos alguno.

—Cuatí Alonso —le dije aplaudiendo en mi interior con regocijo—, precisamente conozco al hombre apropiado.

Cuando volví al mesón le dije a Pochotl:

—¿Conoces esa arma española que nosotros llamamos palo de trueno?

—El arcabuz, sí —repuso——. Bueno, por lo menos he visto lo que puede hacer. Una de ellas le hizo un agujero a mi hermano mayor y lo atravesó de parte a parte, como si le hubiera alcanzado una jabalina invisible.

—¿Sabes cómo funciona?

—¿Cómo funciona? No. ¿Cómo voy a saberlo?

—Tú eres un artista de gran genio. ¿Serías capaz de construir uno?

—¿De fabricar un artilugio que es a la vez estrafalario y prodigioso? ¿Una cosa que sólo he visto de lejos? ¿Sin saber siquiera cómo funciona? ¿Estás tíahuele, amigo, o sencillamente te has vuelto xolopitli?

Hay dos palabras en náhuatl que significan «mentalmente trastornado». Tíahuele se refiere a una persona que es violenta y peligrosamente demente. Xolopitli se llama a alguien que es estúpido, inofensivo y que está en la inopia.

—Pero ¿podrías construir uno si te enseño dibujos de las partes que lo hacen funcionar? —le pregunté.

—¿Y cómo ibas tú a hacer eso? A ninguno de nosotros se nos permite acercarnos a las armas ni a las armaduras de los hombres blancos.

—Pues yo lo he hecho. Aquí lo tengo, mira.

Le enseñé el papel con los dibujos que yo había hecho, y allí mismo, con un poco de carbón, completé un par de imágenes que habían quedado sin terminar cuando Alonso me interrumpió. Le dije a Pochotí lo que los dibujos representaban y cómo actuaban las distintas piezas para que un arcabuz hiciera aquel papel de causar la muerte para el que estaba hecho.

—Bueno, no sería imposible forjar, dar forma a las piezas y ensamblarlas tal y como tú las describes —refunfuñó Pochotl—. Pero éste es trabajo para un herrero corriente, no para un artífice de joyería delicada. Todo, menos esas extrañas cosas que tú llamas muelles.

—Excepto los muelles, exacto —convine yo—. Por eso he acudido a ti.

—Aun suponiendo que pudiera conseguir el hierro y el acero que se requiere, ¿por qué iba yo a perder el tiempo tonteando con un armatoste tan complicado?

—¿Cómo, perder el tiempo? ¿Qué tiempo? —le pregunté con sarcasmo—. ¿En qué empleas tú el tiempo, aparte de en comer y en dormir?

—¡Sea como sea, te he dicho que no quiero tener nada que ver con esa ridícula idea tuya de revolución! ¡Si te construyo un arma en contra de la ley, yo también me involucro en tu delirio tíahuele, y acabaría en la pira, atado a la estaca, a tu lado!

—Te libraré de toda culpa e iré a la hoguera yo solo —le aseguré—. Mientras tanto, supón que te ofreciera una recompensa irresistible en pago por el arcabuz. ¿Qué te parece?

No respondió, sólo se limitó a mirarme con expresión sombría y enojada.

—Los cristianos están buscando un artista que esculpa para su catedral numerosos objetos de oro, plata y piedras preciosas. —Los ojos de Pochotí pasaron de aquella expresión sombría al brillo resplandeciente—. Platos, copas y otras vasijas, y también artículos que no sé describirte, y todo ello ha de estar trabajado del modo más ornamental. Cosas esplendorosas. El hombre que las haga dejará un legado para la posteridad. Una posteridad extravagante, desde luego, pero…

—¡Pero el arte es el arte! —exclamó Pochotl—. ¡Aunque sea al servicio de un pueblo extranjero y de una religión extranjera!

—Indudable —convine complaciente—. Y como tú mismo has comentado, a mi se me quiere bastante entre el clero cristiano. Si yo dijera unas cuantas palabras en favor de cierto artífice incomparable…

—¿Lo harías? Yyo ayyo, cuatl Tenamaxtli, ¿lo harías?

—En el caso de que lo hiciera, creo que a ese artista se le encomendaría con seguridad hacer el trabajo. Y lo único que yo le pediría a cambio sería que él perdiera su tiempo libre en la construcción de mi arcabuz.

Pochotí me arrebató el papel con los dibujos.

—Permíteme que coja esto y lo estudie. —Empezó a alejarse mientras mascullaba entre dientes—: Tengo que idear algún modo de procurarme los metales… —Pero en seguida volvió con el entrecejo fruncido y me preguntó—: Cuando me has explicado cómo funciona el arcabuz has dejado claro que ese polvo secreto llamado pólvora es el único componente vital. ¿De qué sirve que yo construya esta arma si no tienes pólvora?

—Tengo un pellizco —le confié—, y creo que quizá sea capaz de adivinar los distintos componentes. Para cuando tú hayas hecho el arma, Pochotl, espero tener pólvora en abundancia. Aquel joven soldado ha sido lo bastante indiscreto como para darme una pista que a lo mejor pueda ayudarme.

—La pista —les expliqué a Netzlin y a Citlali— fue que las mujeres contribuyen en cierto modo a esta mezcla de polvos. Una contribución íntima, dijo.

Citlali abrió mucho los ojos al oír aquello, y ella, su marido y yo, que estábamos sentados en el suelo de tierra de su casita, observamos el pellizco de pólvora que yo con mucho cuidado había guardado en un pedazo de papel de corteza.

—Como podéis ver —continué diciendo—, el polvo tiene en apariencia un color gris. Pero trabajando meticulosamente con la punta de una pluma pequeña, he logrado separar los casi impalpables granos que la componen. Por lo que he podido distinguir, sólo hay mezcladas tres cosas diferentes. Una de ellas es negra, otra es amarilla y otra es blanca.

—Tanto trabajo concienzudo y delicado, ¿y qué sacas de todo ello? —gruñó Netzlin con escepticismo—. Las motas podrían ser pólenes de muchas flores diferentes.

—Pero no lo son —le aseguré—. Ya he identificado dos de ellas simplemente tocando con la lengua unos cuantos granos de cada una. Las motas negras no son otra cosa que carbón vegetal corriente. Las amarillas son polvo de esa excreción crujiente que se encuentra alrededor de los respiraderos de cualquier volcán. Los españoles lo utilizan también para otros propósitos: para conservar la fruta, para hacer tintes, para calafatear los toneles de vino… y lo llaman azufre.

—Entonces esas dos cosas te serán fáciles de conseguir —me indicó Netzlin—. Pero… ¿los granos blancos resisten esa investigación tuya tan inteligente?

—Sí. Lo único que puedo decir sobre ellos es que tienen un sabor parecido a la sal, pero más punzante y amargo. Por eso he traído la pólvora aquí. —Me volví hacia Citlali—. Porque aquel soldado habló de las mujeres.

Citlali sonrió con buen humor, pero se encogió de hombros al sentirse impotente.

—Yo soy capaz de distinguir los granos blancos de ese montoncito, pero en verdad no los reconozco. ¿Por qué crees que iban a ver más en ellos los ojos de una mujer que los tuyos, Tenamaxtli?

—Quizá los ojos no —le dije—. Sin embargo, es sabido que otros sentidos e intuiciones de la mujer son mucho más agudos que los del hombre. Mira, voy a separar unas cuantas de esas motas. —Había llevado conmigo la pequeña pluma y la utilicé con delicadeza; así que aparté una diminuta cantidad de granos blancos del resto—. Ahora pruébalos, Citlali.

—¿Tengo que hacerlo? —me preguntó mirándolos con recelo. Luego se inclinó hacia adelante haciendo un considerable esfuerzo, porque el protuberante vientre se interponía; bajó la cabeza hacia el papel y olfateó—. ¿He de probarlos? —me preguntó otra vez al tiempo que volvía a sentarse sobre los talones—. Huelen exactamente a xitli.

—¿Xitli? —repetimos al mismo tiempo Netzlin y yo parpadeando al mirarla, porque esa palabra significa orina.

Citlali se ruborizó, llena de vergüenza, y dijo:

—Bueno, por lo menos como mi orina. Verás, Tenamaxtli, nosotros sólo tenemos un retrete público aquí, en esta calle, y sólo las mujeres impúdicas van allí a orinar. La mayoría de nosotras usamos orinales axixcaltin, y cuando están llenos, vamos y los vaciamos en ese pozo ciego.

—Pero estoy seguro de que nadie, ni siquiera las mujeres españolas, orina polvo —le dije—. A no ser, Citlali, que tú seas un ser humano fuera de lo corriente.

—¡Pues no lo soy, so bobalicón! —me aseguró con enfado fingido, aunque volvió a ruborizarse—. Sin embargo, he notado que mientras el xitli se asienta sin que se le moleste entre uno y otro vaciado, en el fondo del axixcali se convierte en un tipo de cristales blanquecinos.

La miré con fijeza mientras meditaba sobre lo que decía.

—Igual que se forma un musgo o un sarro en el fondo de una jarra de agua —me explicó como si me considerase tan torpe que necesitase una explicación sencilla e ilustrada.

Continué mirándola, lo que hizo que se pusiera todavía más colorada.

—Esos cristales de los que hablo —continuó diciendo Citlali—, si se molieran muy finos en una piedra metíatí se transformarían en polvo, exactamente igual que esos granos que tienes ahí.

—Puede que hayas dado en el clavo, Citlali —le indiqué casi sin aliento.

—¿Qué? —exclamó su marido—. ¿Crees tú que por eso el soldado habló de las mujeres en relación con el polvo secreto?

—En íntima relación —le recordé.

—Pero ¿sería diferente en algo el xitli femenino del de un varón?

—En un aspecto, al menos yo estoy seguro de que lo es, y tú también. Debes de haber visto que cuando un hombre orina al aire libre, sobre la hierba, ésta no se ve afectada en absoluto. Pero dondequiera que orina una mujer, la hierba se pone marrón y después se muere.

—Tienes razón —dijeron al unísono Netzlin y su esposa.

Luego él añadió:

—Es algo tan corriente que nadie habla nunca de ello.

—Y el carbón vegetal también es una cosa muy corriente —le recordé—. Y también lo es el azufre volcánico amarillo. Es razonable que algo tan corriente como el xitli de hembra pueda constituir el tercer ingrediente de la pólvora. Citlali, perdona mi audaz grosería, pero ¿podrías prestarme tu orinal axixcali durante algún tiempo para que haga unos experimentos con su contenido?

La cara se le puso aún más roja, pudiera ser que ahora el rubor le llegase hasta el tenso vientre, pero se echó a reír sin el menor apuro.

—Haz con ello lo que quieras, hombre absurdo. Pero, por favor, devuélveme el orinal. Ahora que el niño ha de llegar en cualquier momento, tengo más necesidad

que nunca de él.

Me hicieron falta las dos manos para transportar el recipiente de arcilla, que estaba tapado pero producía un chapoteo audible, mientras volvía al mesón; y algunos transeúntes me dirigieron unas miradas muy extrañas por el camino, porque la gente reconoce un axixcali cuando lo ve.

Sí, durante aquel tiempo yo había estado viviendo en el mesón, o por lo menos allí dormía y hacía las comidas, igual que Pochotl, mientras otros huéspedes venían y se marchaban. De modo que, como me sentía culpable de mi dependencia, igual que una sanguijuela, respecto de los frailes de San José, a menudo me unía a Pochotí para ayudarlos a limpiar aquel lugar, a traer leña para el fuego, a remover y servir la sopa y cosas así. Quizá yo pensara que los frailes consideraban con indulgencia mi prolongado alojamiento allí porque sabían que asistía a las clases que tenían lugar al lado. Pero consideraban con la misma indulgencia el hecho de que Pochotí residiera allí de forma perpetua, de modo que era evidente que no mostraban parcialidad alguna conmigo. En mi opinión estaban llevando la caridad hasta la benevolencia. Aunque yo era uno de sus principales beneficiarios, aquel día, al volver de casa de Netzlin y Citlali, tuve la osadía de preguntar a uno de los frailes que servían la sopa acerca de ello.

Perplejo, comprobé que el fraile me habló literalmente con desprecio.

—¿Crees que hacemos todo esto por vosotros, holgazanes, gandules? —gruñó—. Lo hacemos en el nombre de Dios, por nuestras almas. Nuestra orden manda que nos degrademos, que trabajemos entre los más humildes de los humildes, entre los más asquerosos de los asquerosos. Yo estoy aquí, en este mesón, porque son tantos los hermanos de la orden que se han ofrecido voluntarios para ir a la leprosería que ya no hay sitio para mí. Tuve que colocarme para serviros a vosotros, indios haraganes. Y eso hago, y al hacerlo acumulo méritos para el cielo. Pero una cosa que no tengo que hacer es tratar con vosotros. Así que vuelve con tus vagos compañeros de piel roja.

Bueno, me dije, la caridad se presenta de muy variada guisa. Me pregunté si las monjas de Santa Brígida sentirían un desprecio semejante por los huérfanos multicolores que tenían a su cargo; los cuidaban ostensiblemente en el nombre de su Dios, pero en realidad lo hacían con la esperanza de obtener recompensa en el más allá. También me pregunté si Alonso de Molina se habría portado bien conmigo y me habría ayudado por ese mismo motivo. Estos pensamientos, naturalmente, reforzaron mi resolución de no adoptar una religión tan estúpida como aquélla. Ya era bastante desgracia que mi tonali hubiera decretado que yo naciera en el Unico Mundo precisamente cuando tenía que compartir mi vida con aquellos cristianos; bueno, pues ciertamente no tenía intención de pasarme la otra vida entre ellos.

Sin sentirme culpable ya, pero sí avergonzado de mi mismo por haber aceptado la poco generosa caridad de los frailes, decidí marcharme del mesón. Los que

gobernaban la catedral me habían estado pagando sólo una miseria por el trabajo que hacía con el notario Alonso, aparte de los extras que habían pagado para mis tres prendas de atuendo español: camisa, pantalones y botas. Sin embargo, de mi sueldo yo sólo había gastado un poquito de vez en cuando para comprarme una comida extra a mediodía; así que mis ahorros me permitían alojarme en una de las hosterías baratas para nativos situadas en aquellos barrios llamados colaciones. Me eché en el jergón decidido a que aquélla fuera la última noche que dormiría allí, y que por la mañana recogería mis escasas pertenencias, entre las que ahora se contaba el axixcali de Citlali, y me marcharía. No obstante, tan pronto hube tomado aquella decisión resultó que alguien ya la había tomado por mi; sin duda la habían tomado esos mismos dioses traviesos y entrometidos que durante tanto tiempo venían pisándome los talones.

En mitad de la noche me despertaron, igual que a los demás que estábamos en el dormitorio de hombres, los gritos del anciano guardián a quien dejaban los frailes para que vigilase los locales cuando ellos marchaban.

—¡Señor Tennamotch! ¿Hay aquí un señor bajo el nombre de Tennamotch?

Yo sabía que se refería a mí. Mi nombre, como muchas otras palabras en náhuatl, siempre era un verdadero trabalenguas para los españoles, en particular porque son incapaces de pronunciar el suave sonido «sh» representado por la letra x con la que ellos escriben mi nombre. Me levanté atropelladamente del jergón, me eché encima el manto y bajé por las escaleras hasta el lugar donde estaba parado el viejo.

—¿Señor Tennamotch? —ladró, enojado porque lo hubieran molestado—. Hay aquí una mujer insistente e inoportuna. La vejezuela demanda a hablar contigo.

¿Una mujer? ¿Una mujer que exigía insistentemente hablar conmigo? Que yo fuera capaz de recordar, la única hembra que podía estar buscándome a medianoche era la niña mulata Rebeca, cosa bastante poco probable. De todos modos, el guardián la había llamado «vieja bruja»… Desconcertado, lo seguí hasta la puerta delantera y salí a la calle; y allí estaba de pie una mujer, vieja verdaderamente, y no era nadie que yo hubiera visto antes. Las lágrimas le corrían por las numerosas arrugas de la cara al tiempo que me decía en náhuatl:

—Soy la partera de Citlali, la joven amiga tuya. El bebé ha nacido, pero el padre ha muerto.

Quedé impresionado, pero no tanto como para no corregirle:

—Querrás decir la madre, supongo.

Incluso yo sabía que la mujer de aspecto más sano podía morir al dar a luz, pero me produjo un gran dolor en el corazón que le hubiera ocurrido a la querida Citlali.

—¡No, no! El padre. Netzlin.

—¿Qué? ¿Cómo ha podido ser? —Entonces recordé que él estaba ansioso en extremo por ver nacer a un hijo suyo—. ¿Ha muerto de la excitación? ¿Del golpe de

las manos de un dios?

—No, no. Él aguardaba en la habitación delantera, paseando. En el instante en que la criatura dio el primer grito en la otra habitación, Netzlin lanzó un rugido de triunfo y salió con estrépito por la puerta a la calle bramando «¡Tengo un hijo!», aunque todavía ni siquiera había visto a la criatura.

—Bueno, ¿y qué? ¿Volvió y se encontró con una hija en vez de con un hijo? ¿Y eso lo ha matado?

—No, no. Reunió a los hombres del barrio, compró mucho octli para ofrecérselo y se emborracharon, pero él mucho más que los demás.

—¿Y eso lo ha matado? —le pregunté en tono exigente, pues ya empezaba a sentirme frustrado—. Vieja madre, nunca llegarás a ser una buena narradora de historias. Mejor ser que sigas haciendo de comadrona.

—Pues… sí. Pero después de esta noche, creo que quizá incluso deje esa humilde profesión y…

—¿Quieres continuar? —le grité, pues yo ya no podía dejar de bailar a causa de la impaciencia que sentía.

—Sí, sí. Podría decirse que fue la bebida lo que mató al pobre y borracho Netzlin. Lo capturaron los soldados de la patrulla nocturna. Lo golpearon y le hicieron tantos cortes que le provocaron la muerte.

Yo estaba demasiado aturdido para decir nada. La vieja partera continuó hablando:

—Los vecinos vinieron a decírnoslo. Citlali ya estaba cerca del frenesí, y la noticia de la muerte de Netzlin, además de lo que ha ocurrido en el parto, estuvo a punto de volverla loca. Sin embargo, fue capaz de decirme dónde encontrarte y…

—¿A qué te refieres al decir además de lo que ha ocurrido en el parto? ¿Le ha producido daños? ¿Sufre dolores? ¿Está en peligro?

—Tú ven conmigo, Tenamaxtli. Ella necesita consuelo. Te necesita. En lugar de seguir haciendo preguntas frenéticas y obtener respuestas chochas que casi me estaban volviendo a ni frenético, dije:

—Muy bien, vieja madre, démonos prisa.

Al aproximarnos a la casa sin iluminar no oímos gritos, gemidos ni ningún otro sonido de desazón que procedieran del interior de la misma. Pero dejé que la vieja me precediera y me quedé esperando en la habitación delantera mientras ella entraba de puntillas en la otra. Regresó con un dedo puesto en los labios y me susurró:

—Por fin duerme.

—¿No está muerta? —le pregunté con una especie de grito en voz baja.

—No, no. Sólo está dormida, y eso es bueno. Pero ahora ven, sin hacer ruido, a ver al recién nacido. También duerme.

Con unas tenazas cogió una ascua del hogar y lo usó para encender una lámpara

de aceite de coco, y ayudándose de ella me condujo hasta la habitación donde dormía Citlali. En una caja acolchada con paja que había junto al jergón que ella ocupaba se encontraba el bebé, pulcramente envuelto; la comadrona levantó la lámpara para que yo pudiera mirarlo. A mí me pareció como cualquier recién nacido: rojo, crudo y tan arrugado como la comadrona, pero al parecer entero, con todos los apéndices de rigor, el número apropiado de orejas, dedos y todas esas cosas. Le faltaba el pelo, eso es cierto, pero no había nada raro en ello.

—¿Por qué querías que lo viera, vieja madre? —le susurré—. He visto otros recién nacidos antes, y éste no me parece especialmente diferente.

—Ayya, amigo Tenamaxtli, no tiene ojos. —¿Es ciega la criatura? ¿Cómo lo has sabido?

—No sólo ciega. No tiene ojos. Mira con más atención.

Como la criatura estaba dormida, yo había dado por sentado que tenía los párpados cerrados. Pero ahora pude ver que las pestañas cerradas no formaban una línea. Donde hubiera debido haber párpados, la cuenca de cada ojo estaba cubierta, desde las casi imperceptibles cejitas hasta los pómulos, con la misma piel delicada que cubría el resto de la cara. Sólo estaba ligeramente hundida donde hubieran debido estar los oculares.

—Por toda la oscuridad de Mictían —murmuré entre dientes, horrorizado—. Tienes razón, vieja madre. Es un monstruo.

—Por eso Citlali estaba tan disgustada incluso antes de recibir la noticia de la muerte de Netzlin. Por lo menos él se ahorró conocer esto. —Titubeó y luego me preguntó—: ¿Te parece que lo arroje al canal?

Eso habría sido lo más piadoso tanto para Citlali como para el recién nacido. En realidad era lo que había que hacer de forma obligatoria, de acuerdo con las costumbres del Unico Mundo. A los niños que nacían defectuosos, ya fuera de cuerpo o de intelecto, se los desechaba inmediatamente después de descubierto el defecto. Era lo natural y lo que se esperaba que se hiciera a fin de que aquellos seres no crecieran para ser una carga para si mismos y para la propia comunidad. O, lo que es peor, quizá para traer al mundo otros niños igualmente defectuosos. Nadie lloraba, lamentaba ni cuestionaba que aquellos desafortunados se eliminaran. Resultaba demasiado claro que era necesario mantener sin diluir las mejores cualidades físicas y mentales de la raza. Una nación, el Pueblo Nube de Uaxyácac, famosa por su belleza, incluso se deshacía de los niños recién nacidos que eran sencillamente feos. Sin embargo, me recordé a mi mismo que aquello ya no era el Unico Mundo, libre para seguir sus propias tradiciones antiquísimas y sabias. Yo sabia que los cristianos dejaban que sus variopintos y despreciados retoños mestizos vivieran y crecieran, incluso aquellos desgraciados de tez manchada de marrón y blanco que ellos llamaban pintojos, de quienes todos los de cualquier otro color desviaban la mirada

con repulsión. Así que probablemente habría una ley cristiana que requiriese que cualquier criatura, aunque fuera ilegítima y, por un simple motivo práctico, no deseada, debía mantenerse viva y criarse a cualquier coste, para desgracia de sí misma, de sus padres y del resto de la sociedad. Yo no estaba seguro de que existiera tal ley; tendría que acordarme de preguntarle a Alonso si los cristianos verdaderamente eran tan insensibles, despiadados e inmisericordes. De todos modos, el destino de aquella pobre criatura no hacía falta decidirlo aquella misma noche, así que le dije a la comadrona:

—No soy yo a quien le corresponde decirlo. Lo más probable es que Netzlin te habría dicho que te deshicieras de él. Pero ya no está entre nosotros, y Citilali es su única progenitora. Esperaremos a que se despierte.

10

—Deseo conservar a la criatura —me confió Citlali después de despertarse, de que yo le hubiera dicho algunas palabras de consuelo y ánimo y de que ella hubiera sido capaz de considerar los dos súbitos desastres de su vida con más compostura de lo que había podido hacerlo la noche anterior.

—¿Has considerado lo que vas a tener que soportar? —le pregunté—. Aparte de que tendrás que estar cuidando y vigilando a la criatura a toda hora, posiblemente hasta que sea adulta o incluso hasta que uno de vosotros dos muera, vas a sufrir el desprecio y las burlas de tu gente, especialmente de nuestros sacerdotes. ¿Y a qué clase de tonali ha sido destinada tu bebé? A una vida de abyecta dependencia de su madre. A una vida de incapacidad para enfrentarse a los acontecimientos más corrientes de cada día, y no digamos a cualquier verdadera dificultad que pueda presentarse. Apenas hay esperanza de que alguna vez haga nada en la vida para ganarse un lugar en el feliz mundo del más allá de Tonatiucan. Y ningún tonalpoqui se dignará nunca consultar su libro de augurios para darle a la criatura un nombre propicio.

—Entonces el día de su nacimiento tendrá que servir como su único nombre —murmuró Citlali con determinación—. Ayer fue el día Dos-Vientos, ¿no? De modo que Ome-Ehécatl ser su nombre, y resulta bastante apropiado. El viento tampoco tiene ojos.

—Ahí lo tienes —le indiqué—. Tú lo has dicho. Ome-Ehécatl ni siquiera te verá jamás, Citlali; nunca sabrá cómo es su propia madre; nunca se casará y te dará nietos; nunca te mantendrá en tu vejez. Todavía eres joven y bonita, tienes talento en tu oficio y posees un carácter muy dulce, pero no es probable que atraigas a otro marido, al menos con un impedimento tan grande dependiendo de ti. Mientras tanto…

—Por favor, Tenamaxtli, basta —me interrumpió con tristeza—. Mientras dormía he confrontado esos obstáculos, uno tras otro, en mis sueños. Y tienes razón. Son enormes. No obstante, Ehécatl es todo lo que me queda de Netzlin y de nuestra vida juntos. Y deseo conservar lo poco que me queda.

—De acuerdo, entonces —acepté—. Si has de persistir en esta locura, yo insisto en ayudarte a hacerlo. Necesitarás a un amigo y un aliado para luchar contra esos obstáculos.

Me miró con incredulidad.

—¿Estás dispuesto a cargar con el impedimento que suponemos nosotros dos?

—Durante tanto tiempo como pueda, Citlali. Pero fíjate bien, no hablo de matrimonio ni de quedarme a tu lado para siempre. Espero que alguna vez llegue el momento oportuno en que yo pueda hacer… otras cosas.

—Ese plan del que has hablado. De echar a los hombres blancos del Unico

Mundo.

—Sí, eso es. Pero de momento voy a hacer algo que ya tenía decidido de antemano: marcharme del mesón y buscarme un alojamiento privado. Me quedaré a vivir aquí contigo, si estás de acuerdo, y contribuiré con mis ahorros a los gastos de la casa. Creo que ya no necesito más clases de español, y estoy seguro de que no quiero estudiar más la doctrina cristiana. Continuaré haciendo mi trabajo con el notario de la catedral para ganarme el sueldo. Y en mi tiempo libre me ocuparé de la concesión de Netzlin en el mercado. Veo que hay aún una buena provisión de cestos por vender, y cuando recuperes las fuerzas puedes hacer más. Siempre tendrás a Ehécatl a tu lado. Y por las noches me ayudarás en mis experimentos para fabricar pólvora.

—Es más de lo que yo hubiera podido esperar, y eres muy bueno al ofrecérmelo, Tenamaxtli.

Pero parecía vagamente turbada.

—Tú siempre te has comportado muy bien conmigo, Citíali, desde el mismo momento en que nos conocimos. Y ya me has ayudado, creo yo, en el asunto ese de la pólvora. ¿Tienes algo que objetar a mi ofrecimiento?

—Sólo que yo tampoco tengo intención de casarme con nadie. Ni de ser la mujer de nadie. Ni aunque ése sea el precio de la supervivencia.

—No he sugerido tal cosa —le indiqué con frialdad—. Tampoco esperaba que lo entendieras así.

—Perdóname, querido amigo. —Tendió una mano y cogió la mía—. Estoy segura de que tú y yo podríamos ponernos de acuerdo fácilmente, y conozco la raíz en polvo que evita aunque no siempre previene, los accidentes… Ayya, Tenamaxtli, lo que intento decir es que muy bien podría ser que algún día yo anhelase tenerte… pero no quiero arriesgarme a dar a luz otro hijo deforme como…

—Comprendo, Citlali. Viviremos juntos tan castamente como hermanos, como solteros, te lo prometo.

Y eso es lo que hicimos, y durante bastante tiempo, a lo largo del cual ocurrieron muchas cosas que intentaré narrar en orden cronológico.

Aquel mismo día saqué mis pertenencias, junto con el chapoteante orinal axixcali, del Mesón de San José con intención de no volver allí nunca más. También le pedí al artífice Pochod que me acompañara; lo conduje hasta la catedral, se lo presenté al notario Alonso y se lo recomendé encarecidamente como el hombre mejor cualificado, el único, para idear todas aquellas chucherías sacramentales que querían. Antes de que Alonso, a su vez, se lo llevase a conocer a los clérigos que lo instruirían y lo supervisarían, le dije a Pochotl dónde pensaba vivir yo a partir de entonces, y luego le susurré en voz baja:

—Desde luego, te veré a menudo aquí, en la catedral, y me interesaré en gran manera por los progresos que hagas en este trabajo. Pero confío en que irás a

informarme a mi nueva morada acerca de tu progreso en el otro trabajo.

—Claro, puedes estar seguro de que lo haré. Si las cosas me van bien aquí, me sentiré en deuda contigo de un modo inmensurable, cuatl Tenamaxtli.

Y aquella misma noche empecé mis intentos de fabricar pólvora. A pesar de todo el ajetreo que el axixcali había soportado, no se habían disuelto ni alterado los pequeños cristales blanquecinos que, tal como había dicho Citlali, se habían formado en el fondo del orinal. Con mucho tiento los extraje del xitli y los puse a secar en una hoja de papel de corteza. Luego; simplemente por empezar a la ventura por algún sitio, puse el orinal al fuego del hogar hasta que la orina que quedaba dentro en ebullición. Produjo un hedor espantoso e hizo que Citlali exclamase, con horror fingido, que lamentaba haber permitido que me fuese a vivir a su casa. Sin embargo, resultó que mi empresa valió la pena; cuando todo el xitli se hubo evaporado, en el fondo quedaron aún más de aquellos pequeños cristales.

Mientras se secaban me fui al mercado; allí encontré con facilidad algunos pedazos de carbón vegetal y de azufre amarillo que estaban a la venta y me llevé a casa cierta cantidad de cada uno de los dos elementos. Mientras apisonaba aquellos pedazos con el tacón de mi bota española hasta convertirlos en polvo, Citlali, aunque permanecía en cama, molió los cristales de xitli sobre una piedra métiatl. Luego, sobre un pedazo de papel de corteza, mezclé a conciencia los granos negros, los amarillos y los blancos en igual proporción. Para evitar cualquier riesgo de accidente, me llevé el papel al callejón fangoso en el que estaba la casa. Varios niños de la vecindad, atraídos por el olor que yo había producido por los alrededores, me miraron con curiosidad mientras yo aplicaba una ascua del hogar a aquella mezcla de polvos. Y luego comenzaron a vitorearme, aunque el resultado de mi experimento no fue un trueno ni un relámpago, sino tan sólo una pequeña efervescencia chisporroteante y una nube de humo.

Yo no estaba tan decepcionado como para no hacer una elegante reverencia a los niños para agradecerles los aplausos. Ya me había dado cuenta, al estudiar el pellizco de pólvora que le había cogido al joven soldado cazador de aves, que la mezcla no se componía por igual de negro, blanco y amarillo. Pero tenía que empezar por alguna parte, y aquel primer intento había sido un éxito al menos en un aspecto importante. La nube de humo azul olía exactamente igual que el humo que había salido de los arcabuces colocados en la orilla del lago. De modo que aquel cristal derivado de la orina femenina debía de ser el tercer elemento necesario para fabricar pólvora. Ahora sólo tenía que probar diversas proporciones de aquellos ingredientes hasta conseguir el equilibrio apropiado. Mi principal problema, evidentemente, sería procurarme la cantidad suficiente de aquellos cristales de xitli. Hasta se me pasó por la cabeza pedirles a aquellos niños que me trajeran los axixcaltin de sus madres. Pero deseché la idea, ya que originaría muchas preguntas por parte de los vecinos… la primera de

ellas por qué un demente andaba suelto por sus calles.

Pasaron varios meses durante los cuales continué hirviendo orina a la menor oportunidad, hasta el punto de que se podría decir que el vecindario ya se había acostumbrado al olor, pero a mí personalmente me ponía enfermo de asco. De todos modos, aquellas penalidades daban realmente como fruto los cristales, aunque aún en cantidades diminutas, por lo que se me hacía difícil probar las diferentes medidas del polvo blanco y de los otros dos colores. Guardaba un registro de los experimentos que llevaba a cabo, apuntándolos en un pedazo de papel que tenía mucho cuidado de no extraviar. Hice la siguiente lista: dos partes de negro, dos de amarillo y una de blanco; tres partes de negro, dos de amarillo y una de blanco; y así sucesivamente. Pero ninguna de las mezclas que probaba daba resultado más alentador que la primera vez, en la que las porciones habían sido una, una y una. Es decir, que la mayor parte de las mezclas sólo proporcionaban una chispa, una efervescencia y un poco de humo, y algunas de ellas no dieron resultado alguno.

Mientras tanto yo le había explicado al notario Alonso por qué dejaba de asistir a las clases del colegio. El convino conmigo en que mi fluidez en español mejoraría convenientemente, de allí en adelante, si, más que estudiar las normas, me dedicaba a hablarlo y oírlo. No obstante, no se mostró tan conforme con el hecho de que quisiese retirarme de las enseñanzas de tete Diego acerca del cristianismo.

—Podrías estar poniendo en peligro la salvación de tu alma inmortal, Juan Británico —me advirtió de forma solemne.

—¿No contaría Dios como una buena obra que arriesgue mi salvación para mantener a una indefensa viuda? —me atreví a preguntarle.

—Bueno… —repuso inseguro—. Pero sólo hasta que ella sea capaz de mantenerse sola, cuatl Juan. Luego debes reanudar tu preparación para la confirmación.

Después de aquello Alonso me preguntaba de vez en cuando por la salud y las condiciones en que se encontraba la viuda, y en cada ocasión le contesté, con sinceridad, que todavía estaba confinada en la casa, pues tenía que cuidar a aquella criatura suya lisiada. Y creo que a partir de entonces Alonso me tuvo empleado mucho más tiempo del que realmente le era de utilidad, pues siempre encontraba páginas muy oscuras, incluso aburridas y sin valor alguno, de palabras imágenes hechas muy lejos y mucho tiempo atrás, y me pedía que le ayudase a traducirlas sólo porque sabía que mi salario se dedicaba en su mayor parte a mantener a aquella pequeña familia que yo tenía ahora.

Siempre que yo no estaba ocupado con esto, aprovechaba para visitar los varios talleres que la catedral le había proporcionado a Pochotl. Los jefes del clero que tenía habían puesto a prueba primero su habilidad dándole una cantidad muy pequeña para ver qué podía hacer con ello. Se me ha olvidado qué fue lo que hizo, pero dejó

extasiados a los sacerdotes. Y a partir de entonces le proporcionaron cantidades cada vez más gandes de oro y plata, le dieron instrucciones acerca de lo que tenía que hacer —candelabros, incensarios y urnas variadas— y le dejaban que diseñase él mismo aquellas cosas. Quedaron muy complacidos con cada una de ellas.

De manera que ahora Pochotl era maestro de un taller y disponía del horno de fundición donde los metales se fundían y se refinaban; de una fragua donde a los metales más toscos —hierro, acero o latón— se les daba forma con el martillo; de una sala con morteros y crisoles en los cuales se licuaban los metales preciosos; de otra sala con bancos de trabajo, sembrados de herramientas para los trabajos delicados. Y desde luego tenía muchos ayudantes, algunos de los cuales también habían sido anteriormente artesanos en Tenochtitlan. Pero casi todos los que le ayudaban eran esclavos, en su mayor parte moros, porque estas personas son inmunes al calor más caliente, que hacían aquellos trabajos pesados que no requerían demasiada habilidad.

Como es natural, Pochotl se sentía feliz, tan feliz como si hubiera sido transportado en vida al más allá lleno de dicha de Tonatiucan.

—¿Te has fijado, Tenamaxtli, en que estoy engordando de manera envidiable otra vez, ahora que estoy bien pagado y me alimento como es debido?

Y disfrutaba enseñándome todas y cada una de sus producciones nuevas, y obtenía placer en el hecho de que yo las admirase igual que las admiraban los sacerdotes. Pero allí, en la catedral, él y yo nunca hablábamos del otro trabajo que Pochoil llevaba a cabo; ese proyecto sólo lo comentábamos cuando él venía a casa y me hacía preguntas acerca de las distintas partes del arcabuz que yo le había dibujado.

—¿Se supone que esta pieza ha de moverse así o así?

Y con el tiempo empezó a llevar auténticas piezas de metal para enseñármelas a fin de que yo diera mi aprobación o hiciese comentarios.

—Ha sido una gran cosa —me dijo— que consiguieras que me diesen el trabajo en la catedral al mismo tiempo que me pediste que fabricase esta arma. Sólo hacer el largo tubo hueco del arcabuz habría sido imposible sin las herramientas que tengo ahora. Y precisamente hoy estaba intentando doblar una tira delgada de metal para convertirla en esa espiral que tú llamas muelle, cuando de manera inesperada me interrumpió un tal padre Diego. Me sobresaltó al hablarme en náhuatl.

—Conozco a ese hombre —le indiqué—. Te sorprendió, ¿eh? Y difícilmente creería que un muelle fuese ninguna clase de decoración para la iglesia. ¿Te regañó por descuidar tu trabajo?

—No. Pero sí que me preguntó con qué estaba jugueteando. Con astucia, le dije que había tenido una idea para un invento y que me estaba esforzando para hacerlo realidad.

—Un invento, ¿eh?

—Eso mismo me dijo el padre Diego, y luego se echó a reír, burlándose. Me dijo: «Eso no es ningún invento, maestro. Es un artilugio que hace muchos siglos que a nosotros, la gente civilizada, nos es familiar». Y luego… ¿a que no adivinas lo que hizo, Tenamaxtli?

—Lo reconoció como una pieza del arcabuz —dije con un gemido—. Han descubierto y frustrado nuestro proyecto secreto.

—No, no. Nada de eso. Se fue y al poco rato volvió con un puñado entero de diferentes clases de muelles. El rollo espiral que me hace falta para hacer girar la rueda dentada. —Me enseñó el muelle—. Y además otro del tipo plano que se dobla hacia atrás y hacia adelante, el que necesito para hacer que se suelte lo que tú llamas garra de gato. —También me enseñó aquel otro—. En resumen, ahora que sé hacer estas cosas no necesito hacerlas. El buen sacerdote me las regala.

Solté el aliento y dejé escapar un suspiro de alivio.

—¡Maravilloso! —exclamé—. Por una vez los dioses amantes de las coincidencias han sido magnánimos. Debo decir, Pochotl, que tú estás teniendo más éxito que yo.

Y le estuve hablando de mis desalentadores experimentos con la pólvora.

Pochotl se quedó pensando durante unos instantes y luego me sugirió:

—Quizá no estés experimentando en las condiciones adecuadas. Por la descripción que me has hecho del funcionamiento del arcabuz, creo que no puedes juzgar la eficacia de la pólvora hasta que la embutas bien apretada en un espacio reducido antes de aplicarle fuego.

—Es posible —convine—. Pero es que sólo dispongo de unos cuantos pellizcos de pólvora con los que trabajar. Pasar mucho tiempo antes de que pueda fabricar la suficiente como para embutirla en ninguna parte.

Sin embargo, precisamente al día siguiente los dioses de la coincidencia organizaron otro avance feliz en mi proyecto. Como le había prometido a Citlali, yo cada día pasaba un rato en el puesto que Netzlin tenía en el mercado. Eso requería poco esfuerzo por mi parte, excepto estar allí de pie, entre los cestos, esperando a que un cliente desease comprar uno. Citlali me había dicho el precio que esperaba que pagasen por cada uno en granos de cacao, en retazos de hojalata o en monedas maravedíes, y el cliente podía juzgar la calidad sin que hiciera falta que yo se la señalase. Los clientes incluso podían verter agua en cualquiera de los cestos de Citlali para probarlo; todos estaban tan bien tejidos que el agua no se salía, y no digamos si dentro se ponían semillas, harina o cualquier otra cosa que pudieran contener. Puesto que no tenía otra cosa que hacer, entre un cliente y otro me pasaba el tiempo conversando con los transeúntes, fumando picíetl con los vendedores de otros puestos o, como estaba haciendo el día en que ocurrió lo que voy a contar, vertiendo sobre el

mostrador de mi puesto montoncitos de polvo de carbón, azufre y xitli para poder meditar reposadamente sobre ellos y el infinito número de sus posibles combinaciones.

—¡Ayya, cuatl Tenamaxtli! —bramó una voz campechana, fingiendo estar llena de consternación—. ¿Es que vas a hacerle la competencia a mis mercancías?

Levanté la vista. Era un hombre llamado Pelolo, un mercader pochtécatl a quien yo conocía de encuentros anteriores. Venía regularmente a la Ciudad de México para traer los dos productos principales de su Xoconochco natal, esa costera Tierra Caliente situada muy al sur, de donde procedía la mayor parte de nuestro algodón y de nuestra sal desde mucho antes de que los hombres blancos pusieran los pies en el Unico Mundo.

—¡Por Iztocíuatl! —exclamó, invocando a la diosa de la sal al tiempo que apuntaba hacia mi patético montón de granos blancos que estaban extendidos sobre el mostrador—. ¿Es que intentas derrotarme en mi propio negocio?

—No, cuatl Pelolo —le contesté sonriendo con tristeza—. Esta no es una sal que alguien quiera comprar.

—Tienes razón —reconoció tras llevarse unos granos a la lengua antes de que yo pudiera detenerle y decirle que era puramente esencia de orina. Pero luego, cosa que me sorprendió, añadió—: No es más que la primera cosecha amarga, lo que los españoles llaman salitre. Se vende tan barata que apenas te daría para vivir.

—Ayyo —resollé—. ¿Reconoces esta sustancia?

—Pues claro. ¿Y quién que fuera del Xoconochco no la reconocería?

—Entonces, ¿en el Xoconochco hervís la orina de las mujeres?

Aquel hombre pareció no comprender.

—¿Qué?

—Nada. No importa. Has llamado a ese polvo «primera cosecha». ¿Qué significa eso?

—Lo que su nombre indica. Algunos creen que nosotros, sencillamente, metemos una pala en el mar y filtramos la sal directamente de allí. Pues no. Hacer sal es un proceso bastante más complicado. Nosotros ponemos diques para separar las partes menos hondas de nuestras lagunas y dejamos que se sequen, sí, pero luego hay que liberar de impurezas esos terrones, pedazos y copos de sustancia seca. Primero se tamizan en agua dulce para quitarles la arena, las conchas y las algas. Luego, también en agua dulce, se hierve la sustancia. De ese hervor inicial se obtienen unos cristales que también hay que tamizar. Esos son los cristales de la primera cosecha, el salitre, exactamente lo que tienes aquí, Tenamaxtli, sólo que esto tuyo está pulverizado. Para llegar a obtener la auténtica y valiosísima sal de la diosa hay que llevar a cabo varias etapas más de refinamiento.

—Has dicho que este salitre se vende, y muy barato.

—Los granjeros del Xoconochco lo compran exclusivamente para esparcirlo sobre los campos de algodón. Dicen que así aumenta la fertilidad de la tierra. Los españoles emplean de algún modo el salitre para hacer sus curtidos. No sé qué uso estarás pensando en darle tú…

—¡En curtidos! —mentí—. Sí, eso es. Estoy pensando en añadir a mis existencias mercancías de cuero fino. Pero no sabía dónde conseguir el salitre.

—Con mucho gusto te traeré una carga entera de tamemi en mi próximo viaje al norte —dijo Pelolo—. Barato es, pero a ti no te cobraré nada. Tú eres un amigo. Me fui a casa a todo correr para anunciar la buena noticia. Sin embargo, con la excitación, lo hice con poca elegancia. Me precipité por la cortina de la puerta gritando:

—¡Ya puedes dejar de orinar, Citlali!

Mi poco elegante entrada la sumió en un paroxismo de risa tal que pasó un buen rato antes de que Citlali pudiera decir con voz jadeante:

—Una vez… te llamé… absurdo. Me equivoqué. ¡Estás completamente xolopitli!

Y pasó aún un rato más antes de que yo pudiera hacer acopio de ingenio y formulase mi anuncio con otras palabras, contándole la gran fortuna que había caído sobre mi.

Citlali me dijo con timidez, y eso que ella rara vez se mostraba tímida:

—Quizá debiéramos hacer una pequeña celebración. Para mostrar agradecimiento a la diosa de la sal Jztociuatl.

—¿Una celebración? ¿De qué clase?

Todavía con timidez, pero ahora ruborizándose ligeramente, me comunicó:

—He estado tomando la raíz en polvo tlatlaohuéhuetl desde hace un mes. Creo que no hace falta que nos preocupemos por la posibilidad de que haya un accidente si queremos probar esa tan cacareada invulnerabilidad que proporciona.

La miré, iba a decir que «con nuevos ojos», pero no sería verdad. Durante aquel tiempo en que habíamos estado durmiendo separados en jergones colocados en distintas habitaciones, yo la había deseado, pero me había comportado virtuosamente y no había dado muestras de ello. Además, había pasado tanto tiempo desde la última vez que yo había yacido con una hembra, la pequeña y marrón Rebeca, que posiblemente hubiera recurrido pronto a los servicios de una maátitl. Citlali debió de interpretar mi pequeña vacilación como reticencia, porque ahora, riéndose, y haciéndome reír a mi también, me dijo con descaro:

—Niez tlalqua ayquicáasitlinema. Que significa: «Te prometo que no orinaré». Y así nos abrazamos, riendo los dos, cosa que entonces, aprendí por vez primera que era la mejor manera de empezar.

Durante aquel tiempo Ome-Ehécatl había ido creciendo, había dejado de ser un niño de pecho y se había convertido en una criatura que gateaba y que, después del

destete, estaba aprendiendo a dar sus primeros y vacilantes pasos. Yo siempre esperaba que el día menos pensado Ehécatl se moriría, y sin duda lo mismo le ocurría a Citlali, porque una criatura afectada al nacer de una deformidad física tan evidente suele tener otros defectos que no son visibles, por lo que es corriente que muera muy joven. Durante la infancia de Ehécatl sólo se hizo evidente otra deficiencia, y es que la criatura nunca aprendió a hablar, lo que posiblemente fuese signo también de sordera. Aquello quizá perturbase a Citlali más que a mí; a mí, francamente, me complacía que la criatura nunca llorase tampoco. Sea como fuere, parecía que el cerebro le funcionaba lo suficientemente bien. Mientras aprendía a andar, Ehécatl también aprendió a moverse con habilidad por la casa, y en seguida aprendió a virar para no acercarse al fuego del hogar. Siempre que Citlali decidía llevar a la criatura a hacer ejercicio fuera de la casa, la ponía de pie en la calle, la situaba en la dirección adecuada y le daba un suave empujón. Entonces la criatura, impávida, comenzaba a caminar insegura y en línea recta por el medio de la calle, confiada en que su madre se había cerciorado de que no hubiese ningún obstáculo en el camino. Desde luego, Citlali siempre era amable y buena con todo el mundo, pero yo creo que además tenía sentimientos maternales, incluso para un retoño como Ehécatl. Mantenía siempre limpia a la criatura, vestida con pulcritud… y bien alimentada, aunque al principio la criatura había tenido dificultad en encontrar la teta de Citlali y más tarde le había costado aprender a manejar la cuchara. Los demás niños de la vecindad me sorprendieron bastante con su actitud. Parecían considerar a Ehécatl como una especie de juguete… no un ser humano como ellos, desde luego, pero tampoco tan inerte como la paja o un muñeco de arcilla, aunque nunca se mostraron ofensivos ni se burlaron. En conjunto, al mismo tiempo que conseguía vivir más de lo que suelen semejantes monstruosidades, Ehécatl pasó aquellos años del modo más agradable que un lisiado incurable hubiera podido esperar.

Yo sabía que la principal preocupación de Citlali por la criatura era la cuestión de la otra vida, ya fuera Ehécatl a parar allí pronto o tarde. Lo más probable es que Citlali tuviese también cierta preocupación por su propia vida del más allá. Ninguna persona en el Unico Mundo está necesariamente condenada a la nada de Mictían después de la muerte —como lo están los cristianos al infierno— sólo porque haya nacido, haya vivido y haya muerto. Sin embargo, para asegurarse de que uno no va a zambullirse en Mictían y para merecer residir después en el Tonatiucan del dios del sol o en alguno de los otros apetitosos mundos del más allá pertenecientes a otros dioses benefactores, hay que haber hecho necesariamente algo en la vida.

La única esperanza que un niño tiene de poder hacerlo es sacrificándose, es decir, que sus padres lo sacrifiquen, para apaciguar el hambre y la vanidad de un dios u otro. Pero ningún sacerdote habría aceptado un objeto inútil como Ehécatl como ofrenda ni siquiera al más insignificante de los dioses. La mejor manera que tiene un

hombre adulto de alcanzar la vida del más allá que desee es muriendo en la batalla o en el altar de un dios, o llevando a cabo alguna hazaña lo bastante notable como para complacer a los dioses. Una mujer adulta también puede morir como sacrificio a un dios, y algunas han realizado hazañas tan dignas de elogio como las de cualquier hombre, pero la mayoría han merecido su lugar en Tonatiucan o en Tlálocan, o donde sea, simplemente por ser madres o hijas cuyo tonali las ha destinado a ellas a ser guerreras, ofrendas de sacrificios o bien madres. Ome-Ehécatl nunca podría ser ninguna de esas cosas, y es por ello que digo que Citlali debía de albergar cierta inquietud acerca de las perspectivas que su retoño tenía después de la muerte.

11

Algunos meses después de nuestro anterior encuentro en el mercado, el pochtécatl Pololo volvió de nuevo del Xoconochco. Trajo consigo un tamemi cargado con un gran saco del salitre de «primera cosecha» y me lo regaló con solemnidad, e incluso le ordenó al porteador que lo llevase hasta mi casa. Y allí empecé a dedicar todos los ratos que tenía libres a probar distintas mezclas y proporciones de los polvos negros, blancos y amarillos, apuntando por escrito cada experimento que hacía. Ahora disponía de mucho más tiempo libre que antes, porque a Pochotl y a mi nos habían despedido de nuestras obligaciones en la catedral.

—Es porque la Iglesia tiene un Papa nuevo en Roma —me explicó el notario Alonso en tono de disculpa—. El antiguo papa Clemente Séptimo ha muerto, y ahora le ha sucedido el papa Paulo Tercero. Acaban de informarnos de su toma de posesión y de las primeras instrucciones que ha dirigido a todo el clero católico cristiano del mundo.

—No parece complacerte la noticia, cuatl Alonso —observé.

Hizo una mueca amarga.

—La Iglesia ordena que todo sacerdote sea célibe, casto y honorable… o por lo menos que finja serlo. Eso, desde luego, debe aplicarse también al Papa, que es el sacerdote más alto de todos. Pero es bien sabido que, mientras sólo era el padre Farnesio, comenzó su escalada a través de la jerarquía eclesiástica mediante ese procedimiento que la gente más grosera llama «lamerle el culo al patrón». Es decir, metió a su propia hermana, Giulia la Hermosa, en la cama con el anterior papa Alejandro Sexto, y con ello se ganó sustanciales ascensos. Y por su parte este papa Paulo en modo alguno ha sido célibe durante su vida. Tiene numerosos hijos y nietos. Y a uno de ellos, a un nieto llamado Paulo, lo ha nombrado, nada más acceder al papado, cardenal de Roma. Y ese nieto sólo tiene catorce años.

—Interesante —dije yo aunque en realidad no me lo parecía demasiado—. Pero ¿qué tiene que ver eso con nosotros, los que estamos aquí?

—Entre las instrucciones que ha dado, el papa Paulo ha decretado que las diócesis empiecen a restringir los gastos. Eso significa que ya no podemos seguir financiando ni siquiera un lujo tan pequeño como es el trabajo que tú estás haciendo conmigo en los códices. Además, el Papa se ha dirigido en particular al obispo Zumárraga para llamarle la atención sobre un asunto que él llama «derrochar» oro y plata en «perifollos». El Papa ha decretado que los metales preciosos que la Iglesia ha adquirido aquí, en Nueva España, sean repartidos entre los obispados menos dotados. O eso dice él.

—¿Tú no le crees?

Alonso dejó escapar un largo resoplido.

—Sin duda estoy predispuesto a desconfiar de él a causa de lo que sé de su vida personal. No obstante, me suena como si el Papa se estuviera apropiando del quinto real de los tesoros de Nueva España. Sea como fuere, por eso es por lo que Pochotl debe abandonar el maravilloso trabajo de joyería que está realizando para nosotros, y tú, tu ayuda con las traducciones.

Le sonrei.

—Cuatl Alonso, los dos, tú y yo, sabemos que hace mucho tiempo que, sencilla y compasivamente, te inventas trabajos para que yo los haga. Por suerte, tengo algunos ahorros. Creo que la viuda, el huérfano y yo, pues a ellos los mantengo, no sufriremos excesivas penurias porque yo deje este empleo.

—Sentiré verte partir, Juan Británico. Sin embargo, te recomiendo encarecidamente, ahora que no estarás ocupado aquí, que aproveches bien ese tiempo del que dispondrás y reanudes tus estudios cristianos con el padre Diego.

—Es muy considerado y cariñoso por tu parte recomendarme que haga eso —le dije.

En realidad, así lo pensaba, pero no le prometí nada. Alonso suspiró y luego volvió a hablar:

—Me gustaría entregarte un pequeño regalo a modo de despedida. —Levantó un objeto brillante que sujetaba los papeles que había sobre la mesa—. Todo el mundo posee una cosa como ésta hoy día, me refiero a todos los españoles, pero ésta en particular me la dio aquel pobre hereje a quien tú y yo vimos ejecutar a la puerta de esta catedral hace cuatro o cinco años.

Ayya, pensé, mi propio padre le había hecho aquel regalo y ahora él me lo regalaba a mi. Alonso me lo entregó; era un pedazo de cristal del tamaño de la palma de mi mano, circular y suavemente pulido. Yo todavía tenía aquel otro cristal que me había legado mi padre de forma involuntaria, y lo guardaba a buen recaudo entre mis pertenencias. Pero aquél era un topacio amarillo, y éste era de cuarzo transparente. Además éste tenía una forma diferente y estaba suavemente redondeado por ambas caras.

—Aquel anciano me relató cómo había descubierto estos objetos en algún lugar de las tierras del sur —me explicó Alonso— y los había convertido en utensilios muy populares entre su gente. Ahora las utilizamos mucho nosotros, los españoles; de hecho son unas cosas muy útiles, pero al parecer vosotros los indios os habéis olvidado de ellas.

—¿Utiles? —le pregunté—. ¿Cómo?

—Observa. —Me la cogió de la mano y la sostuvo en un haz de luz del sol que entraba por la ventana. Con la otra mano cogió un pedazo de papel de corteza y lo situó de manera que el sol pasara a través del cristal y diera en el papel. Moviendo el papel y el cristal adelante y atrás, poco a poco hizo que el haz de luz se convirtiera en

un punto brillante sobre el papel. Y al cabo de un momento muy breve, el papel empezó a emitir humo en aquel mismo punto donde luego, sorprendentemente, brotó una llama pequeña pero auténtica. Alonso la apagó de un soplo y me devolvió el cristal—. Esto es un vidrio que quema —me dijo—. Nosotros también lo llamamos una lente, porque su forma es igual a la de la legumbre del mismo nombre. Con ella una persona puede prender fuego sin necesidad alguna de acero ni pirita, y sin la molestia penosa del pedernal y la yesca. Siempre que brille el sol, claro está. Confío en que a ti también te resulte útil.

«Ya lo creo que sí», pensé yo, exultante. Era como un regalo de los dioses. No… un regalo de mi padre Mixtli, que ahora seguramente moraría en Tonatiucan. Tenía que haber estado observándome desde el otro mundo mientras yo me esforzaba por dominar el proceso de fabricación de la pólvora. Debía de saber por qué lo hacía y habría decidido hacerme el esfuerzo más fácil. Aunque hacia mucho tiempo que se había ido y estaba muy lejos de las preocupaciones mortales, mi padre Mixdi debía de estar de acuerdo con mi intención de librar al Unico Mundo de sus actuales amos extranjeros. Y aquélla era la manera que tenía de decírmelo desde más allá de las inmensas distancias que nos separan a los vivos de los muertos. Yo no le comenté nada de aquello a Alonso de Molina, por supuesto, sólo le dije:

—Te lo agradezco muchísimo, de verdad. Pensaré en ti cada vez que haga uso de la lente. Y luego me despedí de él. Pochotl no se quedó más desconsolado que yo por el hecho de que lo despidieran como trabajador de la catedral. Había invertido astutamente los salarios que le habían pagado y se había construido una casa más que decente y un taller en una de las mejores colaciones de la ciudad reservada para asentamiento de los nativos. En realidad su casa estaba al borde de la Traza reservada para los españoles. Y eran tantísimos los españoles que habían quedado deslumbrados por los artículos que Pochotl había hecho para la catedral, que ya lo solicitaban continuamente para que les hiciera numerosos encargos privados.

—Por fin los hombres blancos se afanan por imitarnos en cultura, refinamiento y buen gusto —me dijo—. ¿Te has fijado, Tenamaxtli? Ya ni siquiera huelen tan mal como antes. Han adquirido nuestra costumbre de bañarse, aunque quizá no con tanta frecuencia ni tan a conciencia como nosotros. Y ahora han aprendido a apreciar la clase de joyas que yo siempre he hecho… mucho más finas y más ingeniosas que las de sus torpes artesanos. Así que me traen el oro, la plata o las gemas y me dicen lo que quieren… un collar, un anillo, la empuñadura de una espada, y me dejan que sea yo quien decida el diseño. De momento ninguno ha quedado descontento, al contrario, están contentos sobremanera con los resultados, y nadie ha dejado de pagarme con generosidad. Y tampoco nadie ha hecho comentario alguno por el hecho de que yo me haya quedado con un poquito del metal sobrante y lo haya guardado para mí.

—Me alegro enormemente por ti. Sólo confió en que te quede algún tiempo libre para…

—Ayyo, si. El arcabuz ya está casi terminado. He acabado las piezas de metal y ahora sólo tengo que montarlas en la culata de madera. Me ha ayudado mucho, por raro que parezca; el que me hayan despedido de la catedral. El obispo me ordenó que vaciase y limpiase mis talleres, y puso vigilancia para asegurarse de que no me llevaba ninguna de las muchas cosas valiosas que se me habían confiado. Y no lo hice, pero sí que aproveché la oportunidad, al poder ver las armas de los soldados tan de cerca, para comerme con los ojos cada detalle y ver el modo como están compuestos esos arcabuces. Y dime… ¿cómo te va a ti en la fabricación de la pólvora?

Yo todavía estaba embebido en el, al parecer, interminable proceso de probar diferentes mezclas de polvos, y no daré cuenta de todo el monótono tiempo y los enojosos intentos que tuve que soportar. Sólo diré que finalmente logré el éxito… con una mezcla que era dos tercios de salitre y un tercio que comprendía carbón vegetal y azufre en medidas iguales.

Cuando, una tarde, empleé mi lente nueva para aplicar un punto de luz del sol y encender aquel montoncito de polvo gris ceo —lo que resultaría ser la prueba definitiva y concluyente—, el callejón donde estaba nuestra casa se hallaba vacío de niños del vecindario. Habían llegado a aburrirse más aún que yo de aquellas repetidas e insignificantes efervescencias. No obstante en aquella ocasión el polvo echó literalmente chispas, y sólo hizo una modesta polvareda de humo azul. Pero lo que es lo más importante de todo, emitió aquel sonido enfadado semejante a un gruñido apagado; el que yo había oído cuando el joven soldado me dejó apretar el gatillo y disparar el arcabuz. Por fin, ya sabía hacer pólvora, y podía fabricarla en cantidades significativas. Después de llevar a cabo una pequeña danza íntima de victoria y de dar las gracias en silencio, pero de corazón, al dios de la guerra Huitzilopochtli y a mi venerado y difunto padre Mixtli, salí corriendo hacia la casa de Pochotl para anunciarle aquel gran logro mío.

—¡Yyo ayyo, te admiro y te respeto! —exclamó—. Ahora, como puedes ver, yo también ya casi he terminado. —Me señaló con un gesto su banco de trabajo, donde se encontraban los componentes de metal que yo ya había examinado y ahora también la culata de madera a la que Pochotl estaba dando forma—. Mientras termino mi trabajo, te pido que hagas lo que ya te he sugerido otras veces con anterioridad: que pruebes la pólvora en algún tipo de recipiente firmemente constrictivo.

—Tengo intención de hacerlo —le indiqué—. Mientras tanto, Pochotí, fabrica también para este arcabuz algunas bolas redondas de plomo para que las dispare. Tienen que ser del tamaño adecuado para que se puedan introducir por el tubo hueco, pero es necesario que ajusten completamente en él.

Fui de nuevo al mercado y pedí por favor a un alfarero de los que allí había que me diese un pedazo de arcilla corriente. Me lo llevé a casa y, mientras Citlali me miraba con orgullo, vertí sobre aquel pedazo de arcilla una medida de pólvora muy modesta, enrollé con fuerza la arcilla alrededor de la pólvora hasta formar una pelota de aproximadamente el mismo tamaño que un fruto de nopali, le hice un agujero muy pequeño con una pluma de ave y luego puse a secar aquella pelota junto al fuego. Al día siguiente estaba tan dura como cualquier cacharro de barro y me la llevé al callejón. Como aquello ahora era nuevo para ellos, los niños del vecindario sí que se congregaron alrededor de mi otra vez, e igualmente les provocaba interés la lente que yo estaba a punto de utilizar. Pero les hice señas con la mano para que se retirasen hasta una respetuosa distancia, y también me protegí la cara con un brazo, antes de aplicar el cristal caliente al agujero que había hecho con la pluma. Me alegro de haber tomado esas precauciones, porque la pelota entera desapareció al instante, produciendo una llamarada que resultaba cegadora incluso a la luz del día, una nube de aquel humo azul de olor penetrante, un ruido casi tan fuerte como el que había producido el arcabuz que yo en una ocasión había disparado… y una lluvia de afilados fragmentos que se me clavaron en el brazo que mantenía levantado y en el pecho desnudo. Dos o tres de los niños lanzaron pequeños gritos, pero ninguno de ellos recibió más que algún pinchazo por los fragmentos. Cuando ya era demasiado tarde se me ocurrió que podía haber habido una patrulla en algún lugar lo bastante cercano como para haber oído la explosión. Nadie acudió a investigar, pero decidí que, de entonces en adelante, llevaría a cabo mis experimentos bien lejos de la ciudad.

De manera que, unos días después, llevando conmigo una bola de barro dura tan grande como mi puño cargada de pólvora y un poco de polvo suelto en una bolsa, embarqué en embarcación acali en el extremo occidental de la isla y hasta el risco de tierra firme llamado Chapultepec, la Colina de los Saltamontes. Hubiera podido ir andando hasta allí; aquella parte del lago era poco profunda, apenas llegaba a la rodilla, tenía un color entre verde y marrón y un olor fétido Según me habían dicho, antiguamente la parte frontal rocosa del risco tenía esculpidos unos rostros gigantescos, los rostros, a un tamaño muchas veces mayor que el natural, de cuatro Portavoces Venerados de los mexicas. Pero los rostros habían desaparecido porque los soldados españoles los habían utilizado, en medio de un gran jolgorio, para hacer prácticas de tiro, disparando aquellos inmensos palos de trueno de bocas grandes montados sobre ruedas que llamaban culebrinas y falconetes. Ahora el risco volvía a ser nada más que risco con el frente rocoso, y el único rasgo notable de digna mención era el acueducto que salía de él y llevaba el agua desde los manantiales de Chapultepec a la ciudad.

Y alrededor, el parque que el último Moctezuma había eregido, con jardines,

fuentes y estatuas, había sido eliminado totalmente. Ahora allí sólo había hierba, flores silvestres, maleza baja y, aquí y allá, los magníficos, enormemente altos y más antiguos de todos los árboles, los cipreses ahuehuetquin, demasiado duros e invulnerables para que ni siquiera los españoles pudieran talarlos. Las únicas personas que vi por los alrededores fueron los esclavos que trabajaban allí cada día, que reparaban los escapes y grietas que siempre se producían en el acueducto. Tuve que avanzar penosamente tierra adentro, aunque sólo un corto trecho, hasta que conseguí encontrarme a solas en un lugar cuyo suelo estaba desprovisto de maleza y en el cual coloqué el objeto que llevaba. Esta vez había hecho la bola plana por la base y allí había perforado el agujero, de modo que el orificio quedaba a nivel del suelo cuando la deposité en éste. Abrí la bolsa y, empezando por el agujero hecho con la pluma, fui haciendo un reguero de pólvora hasta una distancia considerable, incluso di la vuelta a la extensa raíz de un gran ciprés. Allí, a salvo detrás del tronco del árbol, saqué la lente de quemar, la sostuve bajo un rayo de sol que se abría camino entre el follaje y encendí una pequeña llama justo al final del reguero de pólvora. Tal como había supuesto, la pólvora suelta empezó a lanzar chispas y gruñidos, y esas chispas se pusieron a danzar alegremente mientras volvían por el mismo camino por el que yo había ido hasta el árbol. Me di cuenta de que aquél no sería un modo práctico de encender habitualmente aquellas bolas experimentales, pues el menor soplo de viento podía interrumpir el avance de las chispas; pero aquel día no ocurrió así. Las chispas dieron la vuelta alrededor del tronco del ciprés y a continuación desaparecieron de mi vista, aunque yo todavía podía percibir el olor penetrante del reguero de pólvora al arder.

Luego, aunque ya lo tenía previsto, o por lo menos había esperado fervientemente que fuera así, se produjo un ruido tal que, a mi pesar, me hizo saltar. El árbol tras el que me cobijaba también pareció tambalearse. Innumerables aves salieron despavoridas de la vegetación circundante chirriando y graznando, y la maleza baja crujió con violencia en el momento en que animales invisibles salieron en desbandada. Oí el sonido silbante de los fragmentos cortantes de arcilla que volaban en todas direcciones, y algunos de ellos se clavaron con un ruido sordo en las ramas del árbol que me protegía, mientras unas cuantas hojas y ramitas que esos fragmentos habían cortado revoloteaban al caer y el humo azul esparcía su penetrante y acre miasma a lo largo y a lo ancho por el aire en calma.

Desde algún lugar a lo lejos me llegó también el sonido de gritos humanos. Así que, en cuanto dejaron de caer cosas alrededor, abandoné mi refugio tras el árbol y me dirigí al lugar donde había estado situada la bola. Una extensión de tierra tan grande como una estera petatl había quedado chamuscada y ennegrecida, y los arbustos cercanos se veían quemados y marchitos. Al borde del claro yacía un conejo muerto; uno de los fragmentos lo había atravesado de parte a parte.

Los gritos se acercaban y sonaban cada vez más excitados. Sólo entonces recordé que los españoles habían construido, en lo alto de la Colina de los Saltamontes, un edificio que hacía las veces de fuerte y prisión, algo como una fortaleza que ellos llamaban el Castillo y que estaba siempre lleno de soldados, porque allí era donde se entrenaba a los nuevos reclutas del ejército. Incluso el recluta más novato, desde luego, habría conocido el sonido de una explosión de pólvora y, al comprobar que procedía de las profundidades de un bosque normalmente deshabitado, todos se habrían precipitado a averiguar cómo había ocurrido y de quién era obra. Yo no quería dejar ninguna evidencia para aquellos soldados. No tenía tiempo de intentar hacer desaparecer la marca quemada, pero si que cogí el conejo antes de salir corriendo en dirección a la orilla del lago.

Aquella noche Pochotl vino a visitarme a casa; llevaba un manto grasiento enrollado debajo del brazo y una sonrisa en el rostro, muy arrugado. Con el taimado y sigiloso porte de un prestidigitador, dejó el bulto en el suelo y lo desenrolló muy despacio mientras Citlali y yo lo observábamos con los ojos brillantes. Allí estaba: era una réplica de arcabuz, y parecía auténtico.

—Ouiyo ayyo —murmuré complacido mientras admiraba sinceramente el arte de Pochotl.

Al mismo tiempo, Citlali nos miró y nos sonrió a uno y a otro, complacida por ambos.

Pochotl me entregó la llave para enroscar el muelle del anterior. La inserté en su lugar, la hice girar y oí el mismo ruido de la vez anterior, el de la rueda al girar. Luego, con el pulgar; tiré hacia atrás de la garra de gato que sujetaba la escama de oro falso, que produjo un chasquido y quedó fija atrás. Y a continuación tiré del gatillo con el dedo índice. La garra del gato se soltó hacia abajo, el oro falso golpeó la rueda dentada justo cuando el muelle enroscado hacía girar la rueda… y las chispas resultantes rociaron la cazoleta tal como se suponía que habían de hacer.

—Desde luego —dijo Pochotl—, la prueba crucial será cuando esté cargado con pólvora y una de éstas. —Me entregó una bolsa llena de pesadas bolas de plomo—. Pero te aconsejo que vayas a hacerlo bien lejos de aquí, Tenamaxtli. Ya se ha corrido la voz. Hoy se ha oído una explosión inexplicable junto a la guarnición de Chapultepec. —Me hizo un guiño—. Los hombres blancos temen, y sus motivos tendrán, que alguien además de ellos posee cierta cantidad de pólvora. Las patrullas callejeras detienen y registran a todos los indios que llevan cacharros, cestos o cualquier otro recipiente sospechoso.

—Ya me esperaba eso —le indiqué—. De ahora en adelante andaré con más tiento.

—Otra cosa más —añadió Pochotl—. Sigo considerando que tu idea de revolución es una auténtica locura. Piénsalo, Tenamaxtli. Tú sabes cuánto he tardado

en hacer este único arcabuz. Creo que funcionará, eso casi puedo garantizártelo, pero ¿esperas que yo o cualquier otro construya los miles que necesitarías para igualar el armamento de los hombres blancos?

—No —dije yo—. No hace falta construir más. Si éste funciona como es debido lo utilizaré para… bueno… para adquirir otro de algún soldado español. Luego emplearé esos dos para adquirir dos más. Y así sucesivamente. —Pochotl y Citíali se quedaron mirándome fijamente, no pude distinguir si porque estaban espantados o llenos de admiración—. ¡Pero ahora —exclamé con júbilo—, vamos a celebrar la ocasión!

Salí, compré un jarro del mejor octli y nos pusimos a beber muy contentos, e incluso le dimos un poco a Ehécatl. Los adultos nos embriagamos tanto que, al llegar la medianoche, Pochotl decidió acostarse en la habitación delantera para no arriesgarse a tener un encuentro con una patrulla. Citlali y yo, tambaleándonos y sin dejar de reírnos, nos fuimos hasta nuestro jergón, que se encontraba en la otra habitación, para continuar allí la celebración de un modo aún más entusiasta.

Para mi siguiente serie de experimentos sólo hice bolas del tamaño de huevos de codorniz, cada una de las cuales contenía un pellizco mínimo de pólvora. Todas estallaron en pedazos con poco ruido más del que hace una vaina de ricino cuando hace saltar sus semillas, de modo que los niños del vecindario pronto perdieron el interés por ellas. Sin embargo, disfrutaron mucho con otra diversión distinta que les proporcioné: pedirles que me hicieran de vigilantes, que controlaran todas las calles de alrededor y corrieran a avisarme si divisaban a algún soldado o a alguna patrulla por alguna parte. Como yo ya sabía que había fabricado pólvora de forma satisfactoria y había podido comprobar que era muy destructiva al encenderla en un recipiente cerrado, lo que ahora intentaba hacer era encontrar el modo de hacer estallar a distancia una bola rellena de pólvora, pequeña o grande, de algún modo que fuese más seguro que dejar un reguero de pólvora por el suelo. Ya he mencionado el modo como nuestro pueblo, generalmente, fumaba picíetl: enrollado dentro de lo que llamábamos poquietí, un tubo de junco o de papel que ardía lentamente al mismo tiempo que la hierba, y no en una pipa de ticilla no combustible, como hacían los españoles. A veces a nosotros, y también a los hombres blancos, nos gustaba mezclar picíetl con algún otro ingrediente —cacao en polvo, ciertas semillas, flores secas— para cambiar el sabor o la fragancia. Lo que hice ahora fue líar una cantidad de poquieltiz de papel muy fino que contenían la hierba mezclada con cantidades pequeñas variadas de pólvora. Un poquietl corriente arde lentamente a medida que el fumador aspira las bocanadas, pero si se le abandona durante un rato lo más probable es que se apague. Yo creí que, al añadir la pólvora, si se dejaba el tubo y no se chupaba seguiría encendido, aunque siguiera ardiendo lentamente.

Y no me equivoqué. Probando aquellos poquieltin de papel en distintas

circunferencias y longitudes, todos ellos con picietl y pólvora, por fin di con la combinación adecuada. Si se insertaba en el agujero que yo había hecho previamente con la pluma en mis bolas en miniatura hechas con arcilla, ese poquietl podía encenderse y continuaba ardiendo durante un rato —más largo o más corto según la longitud— antes de alcanzar el agujero y destruir la bola con estruendo. No había forma de poder medir aquello con exactitud… para hacer, por ejemplo, que varias bolas estallaran simultáneamente. Pero sí que podía hacer y recortar un poquietl con la suficiente longitud para que, cuando lo encendiera, me diera tiempo de sobra para alejarme de la escena antes de que llegase al agujero de ignición. Y ello también me aseguraba que ninguna brisa errante o el pie de cualquier transeúnte interrumpiría la combustión, como suele ocurrir con tanta facilidad con el reguero de pólvora.

Para verificar eso, a continuación hice algo tan osado, arriesgado y verdaderamente malvado que ni siquiera se lo dije antes a Citlali. Construí otra bola de arcilla del tamaño de un puño, la rellené de pólvora bien prensada e inserté en el agujero hecho con la pluma un poquietl largo. El primer día que hizo un sol radiante me la metí en la bolsa que llevaba a la cintura y me fui caminando desde la casa hasta la Traza, exactamente hasta el edificio que hacia mucho yo había identificado como los barracones de los soldados españoles de bajo rango. Había, como siempre, un centinela de guardia a la entrada, armado y con armadura. Poniendo la cara más estúpida e inofensiva que pude, pasé tranquilamente a su lado y me dirigí a la esquina del edificio; una vez allí me detuve y me arrodillé como si estuviera sacándome una piedra que se me hubiera metido en la sandalia.

Fui capaz, de prisa y sin hacer ruido, de encender el extremo que sobresalía del poquietí, y luego metí la bola dura en el espacio que quedaba entre la esquina de piedra y los guijarros de la calle. Eché un fugaz vistazo al guardia; no me prestaba atención; ni tampoco se fijaba en mí ninguna de las personas que pasaban por la calle, que estaba muy transitada; así que me puse en pie y continué tranquilamente mi camino. Había avanzado por lo menos cien pasos cuando se oyó el estruendo de la explosión. Incluso a esa distancia oí el silbido de los fragmentos que habían salido volando por el aire, y uno de ellos me golpeó ligeramente en la espalda. Me di la vuelta para mirar, y me gratificó ver el gran revuelo que aquello había causado.

No se habían producido daños visibles en el edificio, excepto una mancha negra y humeante en un costado, pero cerca de ese lugar había dos personas tumbadas en posición supina que sangraban: uno era un hombre con ropa de español y el otro un tamemi cuya percha para el transporte yacía junto a él. De los barracones salieron en desbandada no sólo el centinela, sino un gran número de soldados, algunos de ellos a medio vestir, pero todos llevando encima sus armas. Cuatro o cinco de los indios de la calle echaron a correr de puro terror ante aquel hecho sin precedentes, y los soldados se lanzaron en su persecución. Entonces me di la vuelta con tranquilidad y

me uní a las numerosas personas que se habían detenido y se habían quedado mirando boquiabiertas, y que, obviamente, no estaban implicadas en absoluto.

El español que se hallaba tumbado en el suelo se retorcía y gemía, todavía con vida, y un soldado condujo hasta allí al médico de los barracones para que lo atendiera. El inofensivo tamemi, sin embargo, estaba bien muerto. Lamenté este hecho, pero estaba seguro de que los dioses considerarían que era un hombre caído en combate y lo tratarían con bondad. Aquello en realidad no había sido una batalla, desde luego, pero yo le había asestado un segundo golpe al enemigo. Ahora, después de estos dos hechos inexplicables, por fuerza los hombres blancos tenían que haberse dado cuenta de que pronto estarían acosados por la subversión; y tenían también que sentirse desconcertados, quizá incluso asustados, al caer en la cuenta lo que ello significaba. Como les había prometido a mi madre y a mi tío, me había convertido en el gusano del fruto de acapuli, que se lo come por dentro.

Durante el resto de aquel día, los soldados —yo creo todos los que había en la ciudad— se desplegaron por las colaciones y registraron las casas, los puestos de los mercados, bolsas y los bultos que llevaban los hombres y las mujeres nativos, incluso llegaron a obligar a algunos de ellos a desnudarse. Pero abandonaron aquella tarea al terminar el día y ya no lo hicieron más, seguramente porque sus oficiales habrían decidido que, si existía pólvora ilícita en alguna parte, resulta muy fácil esconderla (como yo había escondido la mía), y que los ingredientes de la pólvora por separado, si es que llegaban a encontrar alguno, eran totalmente inocuos y tenían fácil explicación. Sea como fuere, nunca llegaron a nuestra casa, lo que yo me limité a quedarme sentado y a disfrutar con el desconcierto de los hombres blancos.

No obstante, al día siguiente me llegó a mí el turno de estar desconcertado cuando vino a verme un mensajero del notario Alonso, que sabía dónde vivía yo; me ordenaba que me presentase ante él lo más pronto que pudiese. Me vestí con mi atuendo español, me dirigí a la catedral y fui a saludarle, poniendo de nuevo cara de estúpido y de persona inofensiva. Alonso no me devolvió el saludo, sino que se me quedó mirando detenidamente durante algunos momentos antes de decir:

—¿Todavía piensas en mí cada vez que usas tu cristal de quemar, Juan Británico?

—Pues claro, cuatl Alonso. Como me dijiste, me resulta utilísimo…

—No me llames cuatl nunca más —me pidió con brusquedad—. Me temo que ya no seremos más gemelos, ni hermanos, ni siquiera amigos. También me temo que hayas abandonado cualquier pretensión de ser un cristiano manso, sumiso y respetuoso, y de obedecer a ese credo y a tus superiores.

—Nunca he sido manso ni sumiso, y nunca he considerado que los cristianos sean mis superiores. Y no me llames Juan Británico nunca más —le dije con descaro.

A Alonso se le notó en la cara que sentía un gran enojo, pero se contuvo.

—Ahora escúchame bien. No estoy implicado oficialmente en la búsqueda que el

ejército lleva a cabo para encontrar al autor de ciertos disturbios recientes que han alterado la paz de esta ciudad. No obstante, estoy tan preocupado como debería estarlo cualquier ciudadano decente y obediente. No te estoy acusando personalmente a ti, pero sé que tienes muchas amistades entre tus paisanos. Creo que tú podrías encontrar al villano responsable de esos actos con tanta rapidez como nos encontraste a ese orfebre cuando tuvimos necesidad de uno.

—Notario, yo no soy más traidor a mi pueblo que obediente al tuyo —le dije todavía con actitud descarada.

Alonso dejó escapar un suspiro y dijo:

—Pues que así sea, entonces. Una vez fuimos amigos, y por ello no te denunciaré directamente a las autoridades. Pero quiero hacerte una advertencia honradamente. Desde el mismo instante en que abandones esta habitación se te seguirá y vigilará. Cualquier movimiento tuyo, cualquier encuentro, cualquier conversación, cualquier estornudo será observado y anotado, y se informará de ello. Antes o después te traicionarás a ti mismo o a los demás, quizá incluso a alguien que te sea querido. Y si tú no vas a la hoguera, puedes estar seguro de que alguien irá.

—No puedo soportar esa amenaza —le contesté—. Me das poco donde elegir, así que no me queda más remedio que abandonar esta ciudad para siempre.

—Creo que eso será lo mejor para ti —convino con una actitud fría y distante—, para la ciudad y para todos los que han tratado contigo.

Dicho eso me despidió, y el indio domesticado que servía en la catedral no hizo intento alguno de ser discreto mientras me seguía durante todo el camino hasta casa.

12

Había resuelto abandonar la Ciudad de México incluso antes de que Alonso me lo recomendase de aquella forma tan fría. Esta decisión se debía a que yo había desesperado de organizar alguna vez un ejército rebelde entre los habitantes de la ciudad. Como el difunto Netzlin, y ahora Pochotl, los hombres del lugar eran demasiado dependientes de sus amos blancos como para querer levantarse contra ellos. Y aunque hubieran querido hacerlo, ya estaban tan debilitados y eran tan poco belicosos que no se habrían atrevido a intentarlo. Si tenía que reclutar a hombres como yo, rencorosos a causa de la dominación de los españoles y lo bastante belicosos como para desafiarla, debía emprender viaje y volver sobre mis pasos. Tenía que dirigirme de nuevo al norte y adentrarme en las tierras no conquistadas.

—Eres más que bienvenida si deseas venir conmigo —le dije a Citlali—. Tengo en verdadera estima la bendición de tu intimidad, tu apoyo y, bueno, todo lo que has significado para mi. Pero eres una mujer, y además algunos años mayor que yo, así que a lo mejor el paso con el que camino te resultaría demasiado vivo, sobre todo porque tendrías que llevar de la mano a Ehécatl.

—De manera que, decididamente, te marchas —murmuró ella con tristeza.

—Pero no para siempre, a pesar de lo que le he dicho al notario. Tengo la intención de regresar aquí. Y confío en que lo haré a la cabeza de una fuerza armada, barriendo a los hombres blancos de todos los campos y los bosques, de todas las aldeas, de todas las ciudades, incluida ésta. Sin embargo, es posible que eso no sea pronto. Por tanto, no te pediré que me esperes, querida Citlali. Sigues siendo una mujer muy atractiva. Puedes atraer a otro marido bueno y amante, ¿aquin ixnentia? De cualquier modo, Ehécatl ya es lo bastante mayor como para que pueda quedarse contigo mientras atiendes el puesto del mercado. Con lo que ganes allí, y con la cantidad que hemos ahorrado, y teniendo en cuenta que ahora ya no seré una boca más que alimentar…

Citlali me interrumpió.

—Yo te esperaría, queridísimo Tenamaxtli, por mucho tiempo que tardaras. Pero ¿cómo puedo tener la esperanza de que regreses alguna vez? Estarás por ahí arriesgando la vida.

—Igual que la arriesgaría si me quedase aquí. Igual que tú has estado arriesgando la tuya. Si a mi me hubieran cogido mientras cometía el crimen de experimentar con la pólvora, a ti te habrían arrastrado a la hoguera conmigo.

—Me arriesgué a eso porque era una oportunidad que aceptamos los dos. Yo iría a donde fuera, haría cualquier cosa con tal de estar juntos.

—Pero hay que tener en cuenta a Ehécatl. …

—Sí —susurró Citlali. Luego, de pronto, estalló en lágrimas y me dijo en tono

exigente—: ¿Por qué estás tan empeñado en perseguir esa locura? ¿Por qué no puedes resignarte a reconocer la realidad y soportarla, como han hecho otros?

—¿Porqué? —repetí yo, atónito.

—Ayya, ya sé lo que los hombres blancos le hicieron a tu padre, pero…

—¿Y no es ése motivo suficiente? —le pregunté con brusquedad—. ¡Todavía puedo verlo arder!

—Y también mataron a tu amigo, mi marido. Pero ¿qué te han hecho a ti, Tenamaxtli? Tú no has sufrido ninguna herida ni insulto, aparte de unas cuantas palabras que te dijo aquel fraile hace mucho tiempo, en el mesón. De todos los demás hombres blancos de los que has hablado sólo has dicho cosas buenas. De la bondad de ese hombre llamado Molina, de los otros profesores que compartieron sus conocimientos, incluso de aquel soldado que te inició en tu búsqueda de la pólvora…

—¡Eso son migajas que se les caen de la mesa! ¡De una mesa cargada de ricos manjares que antes era nuestra! Si mi tonali dictará o no que yo tenga éxito en restituirle esa mesa a nuestro pueblo, no lo sé. No obstante, de lo que sí estoy seguro es de que me ordena que lo intente. Me niego a creer que yo haya nacido para conformarme con las migajas. Y me estoy jugando la vida por ello.

Citlali suspiró tan profundamente que hasta pareció encogerse un poco.

—¿Cuánto tiempo vas a estar aún conmigo? ¿Cuándo piensas marcharte?

—No lo haré de manera inmediata, porque no pienso marcharme a escondidas como un perro techichi, con la cabeza gacha y el rabo entre las piernas. Quiero dejarle algo a la Ciudad de México, y a toda Nueva España, para que se me recuerde. Y lo que tengo ahora en mente, Citlali, es un último crimen que tú y yo podríamos cometer juntos.

No puedo refutar lo que Citlali me había dicho: que yo, por mi parte, nunca había sufrido daño, privación, encarcelamiento ni siquiera humillación alguna infligida por los españoles. Pero durante los años que había pasado en la ciudad me había encontrado con una gran cantidad de paisanos que sí habían sufrido todo eso, o habían tenido conciencia de ello. Estaban los en otro tiempo guerreros marcados con la «G», y los demás esclavos que iban marcados con la señal de su dueño. Y estaban todos aquellos desgraciados borrachos, hombres y mujeres, a los que había visto cómo las patrullas los apaleaban y los hacían picadillo hasta morir, como le había ocurrido a Netzlin. Y había visto diluirse la otrora pura sangre de nuestra raza, ensuciada y desgraciada en los variopintos mestizos de los españoles y los moros.

Además yo conocía —no por experiencia personal, me alegra decirlo, sino por aquellos, muy pocos, que de algún modo habían logrado escapar— los horrores de los obrajes. Estos obrajes eran grandes talleres con muros de piedra y cancelas de hierro donde se lavaba, se cardaba, se hilaba, se teñía y se tejía en forma de telas el algodón o la lana. Los obrajes, en su origen, habían sido fundados por los

corregidores españoles como un medio de sacar provecho de los criminales convictos. Me refiero a los criminales indios. En vez de encerrarlos y dejar que holgazaneasen, a estos bellacos se los destinaba a aquel trabajo espantoso, asqueroso y laborioso (y cruelmente denigrante para cualquier hombre). No se les pagaba salario alguno, se les proporcionaba un alojamiento sórdido y sin ninguna clase de intimidad, se los alimentaba escasamente, apenas podían vestirse, nunca se les permitía bañarse… y nunca se les dejaba abandonar el obraje hasta el momento en que expirase su condena, por lo que eran muy pocos los que vivían lo suficiente para disfrutar de tal cosa.

Y los obrajes rendían beneficios, tanto era así que muchos españoles pusieron por su cuenta los suyos, y a éstos se les dio gratis presos del Estado para que trabajasen allí, hasta que con el tiempo no hubo presos suficientes para cubrir la demanda. Llegado este momento, los dueños de los obrajes empezaron a engatusar a nuestro pueblo para que les cedieran a sus hijos. Prometían que esos niños y niñas aprenderían un oficio que podrían seguir ejerciendo más adelante en la vida, y mientras tanto los padres se ahorrarían el gasto de tener que criarlos. Y peor aún, los abades y abadesas de los asilos cristianos para huérfanos, como el del Refugio de Santa Brígida, se dejaban convencer fácilmente para que les dieran a elegir, en cuanto los niños eran lo bastante mayores para comprender, a sus internos indios: o tomaban las sagradas órdenes y se convertían en monjas o frailes cristianos, o se los condenaba a ir a vivir y a trabajar en un obraje. (Los huérfanos de sangre mezclada, como Rebeca Canalluza, estaban exentos de este tipo de condena, porque los encargados de los asilos no estaban seguros de que algún día no fuera a acudir algún padre o madre español a fin de reclamarlos y reconocerlos).

Fueran condenados merecidamente o no, por lo menos los criminales esclavizados eran adultos. Los huérfanos y «aprendices» que reclutaban no lo eran. Pero, exactamente igual que a los criminales, a aquellos niños y niñas casi nunca se los volvía a ver otra vez fuera de las puertas del obraje. Igual que a los criminales, eran explotados de forma inmisericorde, a menudo hasta la muerte, y sufrían vejaciones y deshonras que a los adultos se les ahorraban. Los obrajes estaban vigilados y supervisados, no por los propietarios españoles, sino por moros y mulatos a los que se les pagaba sueldos muy escasos. Y estos seres se deleitaban sobremanera en mostrar su superioridad ante los niños indios rústicos, a los que solían apalear y matar de hambre, eso cuando no se los forzaba repetidamente a realizar ahuilnema en el caso de las niñas y cuilónyotl en el de los niños.

Los corregidores y los alcaldes cristianos, los dueños cristianos de los obrajes y los tepisquin nativos convertidos al cristianismo se confabulaban todos ellos para perpetrar aquellas atrocidades. Y la Iglesia cristiana las consentía para su engrandecimiento, desde luego, pero también por otro motivo, Los españoles estaban

muy convencidos de que hasta el último de nosotros, los de nuestro pueblo, no era más que un gandul perezoso e inútil que nunca trabajaría a menos que se le obligase a ello mediante castigos inminentes, el hambre o la muerte violenta.

Eso no era cierto, y nunca lo había sido. En los viejos tiempos a nuestros hombres y mujeres sanos, a menudo sus amos, fueran nobles locales o Portavoces Venerados, les exigían que hiciesen trabajos sin remuneración alguna, en gran parte trabajos muy penosos, en muchos de los proyectos públicos. En esta ciudad, por ejemplo, esos trabajos habían ido desde la construcción del acueducto de Chapultepec hasta la erección del Gran Templo de Tenochtitlan. Todos los miembros de nuestro pueblo hacían esos trabajos de buena gana, deseosos de ello, porque consideraban que la labor comunal era otra manera de reunirse para llevar a cabo un alegre intercambio social. Y cuando llegaba el momento emprendían cualquier tarea que se les asignase no como un trabajo, sino como una oportunidad de convivir mezclados. Los amos españoles habrían podido aprovechar en su beneficio ese rasgo de nuestro pueblo, pero preferían usar el látigo, la espada, la prisión, el obraje y la amenaza de la hoguera.

Admito que había algunos hombres buenos y admirables entre los blancos: Alonso de Molina, por ejemplo, y otros a quienes conocí más adelante. Incluso hubo uno entre los moros negros que se convertiría en mi amigo, compañero de aventuras y aliado incondicional. Y luego estuviste tú, mi querida Verónica. Pero de nuestro encuentro hablaré en su momento.

Admito también que en realidad las intenciones que yo tenía de derrocar el reinado de los hombres blancos se debían, al menos en parte, a mis deseos de venganza personal por el asesinato de mi padre. Pudiera ser que mis propósitos también fueran en parte innobles, porque yo, como cualquier otro joven, me habría cubierto de gloria si el pueblo me hubiese aclamado como un héroe conquistador o, si se daba la circunstancia de que moría en el empeño, cuando llegase al otro mundo de Tonatiucan todos los guerreros del pasado me recibirían con aclamaciones. Aun así mantengo que, sobre todo, el propósito que me movía era levantar a nuestro pueblo pisoteado y sacar al Unico Mundo de la oscuridad en que se hallaba sumido.

Para convertir en algo memorable mi partida de la Ciudad de México había concebido una despedida verdaderamente tempestuosa. Aunque yo ya había causado por dos veces a los españoles cierta alarma y agitación, el furor remitió tras unos días en los cuales no se produjeron más disturbios. Sólo muy de vez en cuando se detenía en la calle a alguna persona de aspecto sospechoso, se la registraba y se la desnudaba, y sólo dentro de los distritos de la Traza. Yo suponía que continuaba a todas horas bajo la vigilante mirada de un espía de la catedral, pero me cercioré de que nunca me viera haciendo nada que pudiera recompensar su vigilancia.

Cuando le dije a Citlali lo que tenía en mente, se echó a reír con aprobación,

incluso mientras se estremecía con una mezcla de agitación e ilusión gozosa, y accedió con entusiasmo a ayudarme. Así que, mientras yo preparaba cuatro de las bolas de arcilla, cada una de ellas tan grande como la que se usa en el juego tlachtli y todas bien rellenas de pólvora, la fui instruyendo en todos los detalles de mi plan.

—La última vez —le dije— sólo logré hacer una mancha negra en la parte exterior del edificio de los soldados españoles, y en el proceso maté a un tamemi que pasaba por allí. Esta vez quiero hacer que estallen en el interior de un edificio; confío en que cause una enorme destrucción y en no matar a ningún inocente. Bueno, lo reconozco, siempre hay varias maátime por el lugar vendiendo sus favores a los soldados, pero a esas mujeres no las considero inocentes.

—¿Te refieres al mismo edificio de la Traza?

—No. Allí la calle siempre está abarrotada de transeúntes. Pero conozco un lugar en cuyo interior, así como en los alrededores, nunca hay más personas que españoles. Y las maátime. Tú llevarás por mí la pólvora allí dentro. A esa escuela militar y fortaleza llamada el Castillo, la que se encuentra en lo alto de la Colina de los Saltamontes.

—¿Tengo que llevar al interior esos objetos mortíferos? —exclamó Citlali—. ¿Al interior de un edificio lleno de soldados, y todo él también rodeado de soldados?

—La fortaleza está rodeada de árboles, de unos árboles viejísimos, y la guardia no es muy fuerte. Hace poco me pasé un día entero merodeando por los alrededores; estuve curioseando escondido detrás de alguno de aquellos árboles, y estoy satisfecho porque podrás entrar y salir fácilmente del Castillo sin peligro alguno de que te hagan daño ni te capturen.

—Me gustaría mucho estar yo también convencida de eso —me indicó Citlali.

—Las puertas de la fortaleza siempre están abiertas de par en par, y los cadetes, como llaman a los reclutas, entran y salen tranquilamente de allí. Lo mismo que los soldados que hacen de profesores. Y también españoles corrientes, los que llevan comida, provisiones y esas cosas. Y otro tanto puede decirse de las maátime. Y el único guardia que va armado siempre está por allí medio amodorrado, sin preocuparse de nada. No se mete con nadie, ni con las putas. Supongo que los españoles opinan que no hace falta esmerarse por proteger ese lugar, porque… ¿qué persona que esté en su sano juicio va a tratar de infligir daño alguno en el interior de una guarnición militar?

—¿Sólo yo? ¿Citlali la valiente y temeraria? —me preguntó con coquetería—. Por favor, asegúrame, Tenamaxtli, que sigo estando en mi sano juicio.

—Cuando te lo haya explicado todo —le comenté—, te darás cuenta de lo práctico que es mi plan. Verás, yo no puedo entrar en esa fortaleza sin que me interpelen y sin que, con toda seguridad, me arresten. Tú en cambio si.

—¿Quieres que finja que soy una maátitl? Ayya, ¿tanto me parezco a una ramera?

—En nada. Tú eres mucho más bonita que cualquiera de ellas. Y llevarás un cesto de fruta cogido por el asa, y a tu lado irá Ehécatl. Nada parecer más inocente que una joven madre que pasea por el bosque con su criatura. Y si alguien te pregunta, le dices que una de las maátime es prima tuya, y que le llevas la fruta de regalo, O que vas con la esperanza de vendérsela a los cadetes porque te hace falta el dinero para mantener a tu criatura, evidentemente minusválida. Te enseñaré palabras españolas suficientes para que puedas hacer esos comentarios. No te pararán. Luego, cuando ya estés dentro del Castillo, lo único que tienes que hacer es dejar en el suelo la cesta de fruta y volver a salir tranquilamente. Y si es posible, déjala al lado de algo combustible.

—¿Una cesta de fruta? Esas cosas de barro no se parecen mucho a la fruta.

—Déjame que acabe de explicártelo. Ahora mismo… ¿ves? En el agujero que he hecho con la pluma en esta bola estoy insertando un poquietl delgado y tan largo como mi antebrazo. Lo encenderé antes de que te acerques a las puertas de la fortaleza, y pasará mucho tiempo ardiendo lentamente hasta que prenda la bola; ya para entonces Ehécatl y tú estaréis afuera de nuevo, a salvo y a mi lado. Y esa bola, cuando estalle, prenderá las otras tres. Y todas juntas causarán una explosión espectacular. Muy bien. Cuando las bolas se hayan secado, se hayan puesto duras como la roca y estemos preparados para irnos, las colocaré en uno de esos elegantes cestos tuyos y luego las cubriré con frutas del mercado. —Hice una pausa y comenté, en cierto modo para mis adentros—: Deberían ser frutas de coyacapuli. Y debo intentar encontrar algunas que tengan gusanos, como yo, en su interior.

—¿Qué? —preguntó Citlali sin comprender.

—Es una broma personal. No me hagas caso. Las frutas de coyacapuli son muy ligeras, así que el cesto no pesará mucho. De todos modos, lo llevaré yo hasta que lleguemos al Castillo. Bueno, pues el primer día que haga sol, nos marcharemos los tres de esta casa y nos iremos caminando despacio y desenfadadamente hacia el oeste, atravesando la isla. Yo llevaré el cesto y tú guiarás a Ehécatl…

Así que eso es lo que hicimos unos días después, vestidos con ropa inmaculadamente blanca y con un aire inocentemente descuidado. A cualquiera que nos viera le habríamos parecido una familia feliz que salía a disfrutar de una comida al aire libre en alguna parte. Y yo suponía que había alguien que nos miraba con interés, cualquiera de los mercenarios de la catedral.

Además de la cesta, yo llevaba el arcabuz escondido bajo el manto, cuya culata había metido debajo del brazo que me quedaba libre, de manera que colgara verticalmente. Me obligaba a caminar con cierta rigidez, pero resultaba invisible a ojos de los demás. Lo había cargado de antemano, tal como en una ocasión había visto que se hacía: una buena dosis de pólvora, un trapo y una bola de plomo todo metido en el tubo y bien prensado, una lasca de oro falso sujeta por la garra del gato y

el arma dispuesta esperando tan sólo que pusiera un pellizco de pólvora en la cazoleta para disparar su proyectil mortal. Verdaderamente yo no tenía ni idea de cómo se apuntaba aquella cosa, aparte de ponerla en la dirección hacia donde quisiera disparar. Pero si el arcabuz funcionaba y la fortuna me favorecía, aquella veloz bola de plomo voladora podía de hecho darle y herir a algún soldado o cadete español.

Si había alguien siguiéndonos, logramos burlarlo, al menos temporalmente, cuando, al llegar al borde de la isla, le hice señas a un barquero y nos subimos los tres a bordo de su acab. Primero le hice que nos llevase en dirección al sur, hacia los jardines de flores de Xochimilco, donde incluso las familias españolas iban a veces a pasar un día al aire libre, hasta que estuve seguro de que ningún otro acali nos venía siguiendo. Luego le di instrucciones al barquero de que diera la vuelta y desembarcamos en las llanuras de barro que bordeaban lo que en otro tiempo había sido el parque de Chapultepec. Subimos por la colina sin encontrarnos con nadie hasta que tuvimos a la vista el tejado del Castillo. Una vez allí comenzamos a avanzar escondiéndonos en un árbol tras otro, acercándonos cada vez más hasta que pudimos ver la puerta y las numerosas figuras que entraban y salían, que iban de un lado para otro o que se dedicaban a holgazanear por allí. Nadie dio la voz de alarma. Por fin llegamos al ahuéhuetl que yo había elegido de antemano, uno cuyo tronco era muy grueso, y que quedaba a no más de cien pasos de la entrada. Nos agazapamos detrás de él.

—Parece que es un rutinario día más en el Castillo —observé mientras me desembarazaba del arcabuz y lo ponía en el suelo, a mi lado—. No hay guardias extra, nadie parece estar especialmente alerta. Así que cuanto más pronto lo hagamos, mejor. ¿Estáis dispuestos la criatura y tú, Citlali?

—Si —repuso ella con voz firme—. No te lo había dicho, Tenamaxtli, pero anoche los dos fuimos a ver a un sacerdote de la buena diosa Tlazoltéotl y le confesé todas las malas acciones de nuestra vida, incluyendo ésta, si es que puede considerarse una mala acción. —Vio la expresión que había adquirido mi rostro y se apresuró a añadir—: Sólo por si acaso algo saliera mal. De modo que si, estamos dispuestos.

Yo había arrugado la cara al oir a Citlali mencionar a aquella diosa, porque uno no suele invocar a la Comedora de Porquería hasta que no presiente que la muerte está cerca… y por tanto le pide que acepte y se trague todos nuestros pecados con el fin de ir bien purgado y limpio al otro mundo. Pero si eso hacía que Citlali se sintiera mejor…

—Este poquietl seguirá emitiendo un rastro de humo y olor mientras arda —le dije mientras utilizaba la lente y un rayo de sol para encender el papel que sobresalía ligeramente de la cesta—. Sin embargo, hoy sopla brisa por aquí arriba, así que no se notará mucho. Si alguien lo huele, sin duda pensar que algunos cadetes han estado

practicando con sus arcabuces. Y te lo repito, el poquietl te proporcionar tiempo de sobra para…

—Pues dámelo de una vez —dijo Citlali— antes de que me venza el nerviosismo o la cobardía. —Cogió el asa de la cesta y sujetó a Ehécatl por una mano—. Y también dame un beso, Tenamaxtli, para… para infundirme valor.

Yo se lo habría dado de todos modos, y con mucho gusto, con amor, sin que ella me lo pidiera. Citlali titubeó y observó desde detrás del árbol hasta que estuvo segura de que nadie miraba en nuestra dirección. Luego salió y, con la criatura a su lado, se puso a caminar tranquila y serenamente, y se apartó de la densa sombra del árbol, para introducirse en la brillante luz del sol… como si acabasen de subir la colina por el espeso bosque. Les quité la vista de encima sólo el tiempo suficiente para cargar la cazoleta del arcabuz con un pellizco de pólvora y tirar de la garra de gato hacia atrás, para que se sujetase en su sitio con un chasquido y quedase listo para disparar. Pero cuando volví a mirar hacia la madre y la criatura, lo que vi me desconcertó.

Muchos de los hombres que estaban por la parte de fuera de la puerta no dejaban de echarle miradas a la atractiva mujer que se aproximaba. En eso no había nada que no fuera natural. Pero luego bajaban la mirada hacia Ehécatl, la criatura sin ojos, y sus sonrisas se convertían en expresiones de incredulidad y desagrado. Aquel revuelo captó también la atención del guarda armado que estaba apoyado en la puerta de entrada. Miró fijamente a aquella pareja que se aproximaba, se irguió y comenzó a avanzar hacia ellos para interceptarles el paso. Aquello era una contingencia que yo tenía que haber previsto, y debía haber estado preparado para ello, pero no había sido así.

Citlali se detuvo ante él e intercambiaron algunas palabras. Supongo que el guarda le diría algo así como: «En nombre de Dios, ¿qué clase de monstruo llevas de la mano?». Pero Citlali no podría entenderlo, por lo que no sería capaz de darle una respuesta coherente. Lo que ella debía de estar diciéndole, o intentando decirle, supongo que era alguno de aquellos comentarios que yo le había hecho ensayar: que iba a visitar a una prima suya maátitl, o que iba a vender fruta.

De todos modos el guarda, al ver a aquella guapa mujer de cerca, por lo visto perdió interés en el pequeño ser deforme que la acompañaba. Por lo que yo pude ver desde mi escondite, el soldado sonrió y le dio una orden gesticulando amenazadoramente con el arcabuz, porque Citlali soltó la mano de la criatura y, asombrado, vi que le daba la cesta a Ehécatl Aquella personita tuvo que usar ambas manos para sujetarla Luego Citlali le dio la vuelta a Ehécatl, lo puso de cara a la entrada abierta y le dio un suave empujón. Mientras Ehécatl, obediente, se dirigía con pasos inseguros directamente hacia la puerta abierta, Citlali levantó las manos y empezó lentamente a deshacer los nudos con los que se abrochaba la blusa huipil. Ni el guarda ni los demás soldados que se encontraban por allí se fijaron en la criatura

que llevaba la cesta, y que pasó por la puerta hacia el interior. Todas las miradas estaban fijas en Citlali mientras ésta se desnudaba.

Evidentemente, el guarda le había ordenado que se desnudase para un registro completo, pues tenía autoridad para ello, y Citlali lo estaba haciendo lentamente, con tanta voluptuosidad como cualquier maátitl, para desviar la atención de todos hacia Ehécatl, que ahora se encontraba fuera de mi vista en algún lugar en el interior de la fortaleza. Aquélla era otra contingencia para la que no estábamos preparados. ¿Qué tenía que hacer yo? Por mis observaciones previas yo sabía que la puerta del muro exterior del Castillo estaba en línea recta con la del propio Castillo; era de suponer que Ehécatl continuaría adelante, pasaría también por aquella otra puerta y entraría en el fuerte. Pero ¿entonces qué?

Yo ahora estaba muy erguido detrás del árbol, sólo asomaba la cabeza lo suficiente como para poder seguir observando, y acariciaba con bastante inseguridad el gatillo del arcabuz. ¿Debía disparar entonces? Ciertamente me sentí tentado a matar a alguno de aquellos hombres blancos, a cualquiera de ellos, que ahora se habían apiñado alrededor de Citlali y la miraban con avidez. Ella se había desnudado de cintura para arriba. Lo único que yo podía ver era la torneada espalda, pero sabía que sus pechos eran algo hermoso de contemplar. Ella empezó, lenta y provocativamente, a desatar la cinta que sujetaba la cintura de la falda larga. Me pareció, y quizá también se lo pareciera a aquellos que miraban con sonrisas satisfechas, que transcurría un haz de años antes de que aquella falda cayera al suelo. Luego Citlali empezó a emplear otro haz de años para desenvolver su prenda interior tochómitl. El guarda avanzó un paso hacia ella, y los demás se apretaron junto a él, cuando finalmente Citlali arrojó la prenda y se quedó totalmente desnuda ante ellos.

En aquel instante se oyó un estruendo procedente de algún lugar lejano en el interior de la fortaleza, dentro del propio fuerte, al tiempo que surgía una oleada de humo, lo que hizo que los hombres que la estaban contemplando se acercasen aún más a Citlali; luego se dieron la vuelta y se quedaron mirando boquiabiertos… y entonces se oyó otro trueno aún más fuerte que resonó dentro del fuerte, y luego otro, más fuerte aún, y otro, todavía más fuerte. Las tejas rojas del tejado del fuerte se removieron en su sitio y algunas cayeron al suelo. Después, como si aquellos rugidos que aún reververaban no hubieran sido más que ebulliciones preliminares —como a veces hace el gran volcán Citíaltépetl, que se aclara la garganta tres o cuatro veces antes de vomitar una erupción devastadora—, hizo erupción el fuerte con un estallido que debió de oírse por todo el valle.

El tejado se levantó en el aire y allí se desintegró, de manera que las tejas y las maderas se elevaron aún más. Desde abajo se alzó una tremenda nube amarilla roja y negra, sulfurante, de llamas, humo, chispas, pedazos no identificables del mobiliario interior del fuerte, cuerpos humanos agitándose en el aire y fragmentos inertes de

cuerpos humanos, todo ello entremezclado. Yo estaba completamente seguro de que ni siquiera mi pródigo empleo de varias bolas rellenas de pólvora habría podido causar semejante cataclismo. Lo que debía de haber sucedido era que Ehécatl había caminado vacilante, sin encontrar obstáculos, hasta algún almacén de pólvora del fuerte o hasta el escondite de algún terriblemente sensible combustible, justo en el momento en que mi cesto se prendió y estalló. Me pregunté si Huitzilopochtli, nuestro dios de la guerra, habría guiado a la criatura. ¿O lo habría hecho el espíritu de mi padre muerto? ¿O habría sido, sencillamente, el propio tonali de Ehécatí?

Pero tenía otras cosas que preguntarme. Al mismo tiempo que el fuerte volaba en pedazos, las personas que se encontraban entre aquel lugar y el punto donde yo me hallaba, incluyendo el guarda, su cautiva Citlali y varios de los hombres que estaban con ellos, perdieron pie y cayeron al suelo como si hubieran recibido una violenta bofetada. Además, la ropa de Citlali salió despedida del lugar en que se encontraba, a los pies. No pude ver nada que explicase aquellos hechos. Pero luego sentí una sacudida como si dos manos curvadas me hubieran abofeteado a la vez ambas orejas. Un poderoso vendaval, con la misma fuerza de un muro de piedra al caer, se precipitó contra mi ahuéhuetl y contra los demás árboles de las inmediaciones. Hojas, palitos y ramas pequeñas salieron despedidos del lugar de aquella espantosa explosión. El muro de dentro cesó con tanta rapidez como había venido, pero, de no haber estado yo detrás del árbol, la pólvora de mi cazoleta se habría volado y el arcabuz habría resultado inútil.

Cuando aquellas personas que estaban entre el lugar donde yo me encontraba y el fuerte recobraron el equilibrio, miraron con horror la destrucción que reinaba en el interior de la fortaleza, el fuego que ardía con ferocidad y los pedazos de piedra, madera, armas —y de sus propios compañeros— que caían del cielo. (Algunos de los hombres que habían caído no se levantaron más; los objetos que habían salido despedidos a causa de la explosión los habían alcanzado). El guarda de la puerta fue el primero en caer en la cuenta de quién era el responsable del desastre; se dio la vuelta bruscamente para ponerse frente a Citlali, y un rugido le desfiguró el rostro. Citlali dio media vuelta y echó a correr hacia mi mientras el guarda le apuntaba a la espalda con el arcabuz.

Yo también le apunté a él con el mío y apreté el gatillo. Mi arcabuz actuó exactamente como estaba previsto, con un rugido y una sacudida que me dejó el hombro entumecido y me lanzó hacia atrás un paso o dos. A dónde fue a parar la bola de plomo, si le dio al guarda o a alguno de los otros, no tengo la menor idea, porque la nube de humo azul que yo había provocado me ocultó la visión que tenía de ellos. De todos modos, lo lamentable era que yo no había podido impedir que el guarda disparase su arma. Citlali venía corriendo hacia mí, con aquellos hermosos pechos suyos rebotando ligeramente, y en un instante aquellos pechos, toda la parte superior

de su cuerpo, se abrió como una flor roja cuando se abre el capullo. Gotas de sangre y porciones de carne salieron despedidas por delante de ella y salpicaron el suelo, y sobre aquellos fragmentos de sí misma Citlali cayó de cara y permaneció inmóvil.

No hubo señales ni ruido de persecución cuando colina abajo. Era evidente que no habían oído la descarga de mi arma, tal como yo había previsto, en medio del tumulto general. Y si había llegado a herir a alguien con la bola de plomo, sus compañeros soldados probablemente habrían pensado que había sido abatido por alguno de los fragmentos que habían salido despedidos del fuerte. Cuando llegué a la orilla del lago no me quedé por allí esperando a que acudiera un acali. Me puse a caminar a grandes zancadas por las llanuras de barro y luego, hundido hasta la rodilla en las aguas turbias, vadeé el trayecto hasta la ciudad, permaneciendo siempre cerca de los montones de troncos del acueducto para evitar que se me viera desde ambas orillas. Sin embargo, una vez que llegué a la isla tuve que esperar un rato antes de tener ocasión de deslizarme y pasar desapercibido entre la multitud de gente que se había congregado allí y comentaba con excitación al contemplar la torre de humo que todavía flotaba sobre la Colina de los Saltamontes.

Las calles estaban casi vacías cuando corrí hacia nuestra familiar colación de San Pablo Zoquipan y a la casa que Citía y yo habíamos compartido durante tanto tiempo. Dudaba de que ningún espía de la catedral siguiera vigilando, pues estaría junto al lago, como casi todos los demás residentes de la ciudad, pero si seguía de guardia, y si me desafiaba o incluso si me seguía, yo estaba decidido a matarlo. Una vez dentro de la casa volví a cargar el arcabuz, para estar preparado para aquella contingencia o para cualquier otra. Luego me eché a la espalda, sujetándolo con una cinta alrededor de la frente, el fardo de mis pertenencias, que prudentemente había preparado de antemano. Además de esto, las únicas cosas que cogí de la casa fueron nuestra pequeña reserva de dinero —ya fuera granos de cacao, en retazos de hojalata o en una gran variedad de monedas españolas— y un saco que tenía lleno de salitre, el único ingrediente de la pólvora que podía resultar difícil de obtener en otra parte. Con un pedazo de cuerda me las ingenié para poder colgarme el arcabuz, a fin de poder llevarlo sin que se notase debajo del petate y del saco.

De nuevo en la calle no vi que ninguno de los pocos transeúntes que había en ella se tomase interés alguno en mis movimientos, y tampoco vi, mirando furtivamente hacia atrás de vez en cuando, que nadie me siguiera. No me dirigí al norte por la calzada Tepeyaca por la cual mi madre, mi tío y yo mismo habíamos entrado en la Ciudad de México hacia tanto tiempo. En el caso de que enviasen soldados para que me persiguieran, con toda seguridad el notario Alonso se vería obligado en conciencia a decirles que lo más probable era que yo me iría directamente a mi tierra, hacia la Aztlán de la que le había hablado. Así que en lugar de eso atravesé la ciudad en dirección al oeste y crucé por la calzada que lleva a la ciudad de Tlácopan. Y una

vez allí, al poner pie en tierra firme, me volví sólo el tiempo suficiente para agitar el puño apretado en dirección a la ciudad —la ciudad en la que habían asesinado a mi padre y a mi amante— y hacer el solemne juramento de que regresaría algún día para vengarlos a ambos.

Muchas cosas han ocurrido en mi vida que han permanecido para siempre en mi corazón como una pesada carga. La muerte de Citlali fue uno de esos acontecimientos. Y he sufrido muchas pérdidas lamentables que han dejado vacíos en mi corazón que nunca volverían a llenarse. También fue una de esas pérdidas la muerte de Citlali.

Ahora acabo de hablar de ella como mi amante y, desde luego, en el sentido físico ciertamente lo fue. También se mostró adorable y amorosa, y durante mucho tiempo me sentiría desolado al verme privado de su querida presencia, pero en realidad nunca la amé sin reservas. Lo supe entonces y lo mejor aún ahora, porque, en una época posterior de mi vidá yo si que amaría con todo mi corazón. Aunque hubiera estado total y completamente chalado por Citlali, nunca habría dado el paso de casarme con ella. Y por dos motivos: el primero porque ella había sido la esposa de otro antes. Yo había sido sustituto, por así decirlo. Y el segundo porque nunca habría podido esperar tener hijos propios con ella, no con el triste ejemplo de Ome-Ehécati siempre a la vista.

Aunque estoy seguro de que Citlali siempre fue consciente de mis sentimientos, o de la carencia de ellos, nunca lo demostró lo más mínimo. Ella había dicho: «Haría lo que fuera…», queriendo decir que, si hacía falta, moriría por mí.

13

Nuestro pueblo tiene un dicho: que un hombre que no sabe adónde va no necesita tener miedo de perderse. Mi única meta era alejarme cuanto más mejor de la Ciudad de México antes de torcer hacia el norte en dirección a las tierras no conquistadas. De modo que desde Tlácopan tomé aquellos caminos que continuaban llevándome hacia el oeste. Con el tiempo me encontré en Michoacán, la tierra del pueblo purepecha. Aquella nación era una de las pocas del Unico Mundo que nunca habían sido sometidas ni obligadas a pagar tributo por los mexicas. El principal motivo de la sólida independencia de Michoacán en aquellos tiempos era que los artesanos y los armeros purepes conocían el secreto de componer un metal marrón tan duro y cortante que, en la batalla, las hojas de ese metal prevalecían sobre las quebradizas armas de obsidiana de los mexicas. Tras sólo unos cuantos intentos de someter Michoacán, los mexicas se dieron por satisfechos y establecieron una tregua, y de allí en adelante las dos naciones intercambiaron libre comercio… o casi libre; los purepechas nunca permitieron que ningún otro pueblo del Unico Mundo aprendiera el secreto de su metal maravilloso. Desde luego, ese metal ya no es ningún secreto; los españoles lo reconocieron a simple vista como bronce. Y aquellas hojas marrones no pudieron hacer nada contra el acero más duro y más cortante de los hombres blancos… ni contra aquel otro metal más blando que también tenían: el plomo impulsado por la pólvora. No obstante, a pesar de tener un armamento inferior, los purepechas lucharon con más fiereza contra los españoles de lo que lo había hecho ninguna de las demás naciones que éstos habían invadido. En cuanto aquellos hombres blancos hubieron conquistado y se hubieron asegurado bien lo que ahora es Nueva España, uno de los más crueles y rapaces de sus capitanes, un hombre llamado Guzmán, se puso en marcha al mando de sus tropas hacia el oeste desde la Ciudad de México por el mismo camino que yo había seguido ahora. Su idea era apoderarse para sí de tantas tierras y súbditos como había adquirido su comandante Cortés. Aunque la palabra Michoacán significa solamente tierra de pescadores, Guzmán pronto descubrió —como los mexicas lo habían descubierto antes que él— que bien podía haberse llamado Tierra de los Guerreros Desafiantes. A Guzmán le costó varios miles de sus soldados avanzar, y avanzar sólo muy despacio, a través de los fértiles campos y onduladas colinas de aquel paisaje tan grato a la vista. De los purepechas cayeron muchos miles más, pero siempre quedaba alguno para seguir peleando sin tregua. Guzmán tardó casi quince años en abrirse camino a base de cuchilladas, explosiones e incendios hasta la frontera norte de Michoacán, donde ésta limita con la tierra llamada Kuanáhuata, y hasta el límite occidental, que es la costa del mar Occidental. (Como ya he dicho antes, cuando mi madre, mi tío y yo viajamos a la Ciudad de México, a menudo tuvimos que rodear cautelosamente las zonas de

Michoacán, en las que todavía se libraban sangrientas batallas). Yo mismo, como guerrero, considerando lo que le había costado a Guzmán la conquista, en años y en bajas, debo reconocer que se había ganado justamente el derecho a reclamar aquella tierra y a darle el nuevo nombre que eligió, Nueva Galicia, en honor de su provincia natal en Vieja España.

Pero también hizo algunas cosas que no tienen excusa. Reunió a los pocos guerreros que había hecho prisioneros con vida y a los demás hombres y muchachos purepes de Nueva Galicia que algún día pudieran llegar a convertirse en guerreros y los deportó como esclavos, por el mar Oriental, a la isla de Cuba y a otra isla situada también por allí llamada La Española. Así Guzmán pudo estar seguro de que aquellos hombres y muchachos, incapaces de hablar el idioma de los esclavos nativos de aquellas islas y de los esclavos moros importados, estarían impotentes para fomentar cualquier desafío contra sus amos españoles.

Por eso cuando llegué a Michoacán, la población estaba compuesta por hembras jóvenes y viejas, hombres ancianos y niños apenas adolescentes. Como yo era el primer hombre adulto que sin ser viejo se veía por aquellos lares en los últimos tiempos, se me consideró como una curiosidad, aunque una curiosidad bien acogida, por cierto. Durante mi viaje hacia el oeste a través de lo que habían sido las tierras de los mexicas había tenido que pedir comida y cobijo en las aldeas y granjas por las que había pasado. Los hombres de esos lugares siempre me habían concedido hospitalidad, pero yo había tenido que pedirla. Allí en Michoacán, verdaderamente me habían asediado con ofrecimientos de comida, bebida y de un lugar para dormir; y me dijeron: «Quédate todo el tiempo qué quieras, forastero». Al pasar por las casas situadas junto al camino, las mujeres —porque no había hombres— salían literalmente corriendo por la puerta para tirarme del manto e invitarme a que entrase en sus hogares. Y si yo era una novedad para ellos, también los purepechas eran una novedad para mí aunque ya me esperaba que fueran la clase de gente que era. Y esto obedecía a que yo ya había conocido a varios de sus ancianos (supervivientes) en la Ciudad de México —mercaderes pochtecas, mensajeros o simples vagabundos—, en el Mesón de San José o en los mercados. Aquellos hombres tenían la cabeza tan calva como huevos de huaxolomi y, según me explicaron, así tenían la cabeza todos los hombres, mujeres y niños de Michoacán, porque los purepechas consideraban la calvicie lisa y reluciente como el toque que corona la belleza humana. Aun así, el que yo hubiera visto a aquellos hombres con las cabezas afeitadas del todo, a excepción de las pestañas, no me había causado una excesiva impresión; al fin y al cabo eran ya lo bastante viejos como para estar calvos de todos modos. Por eso fue una sensación totalmente diferente la qué sentí al llegar a Michoacán y ver a todo ser viviente dotado de alma —desde los niños de pecho hasta las mujeres adultas pasando por los niños y las ancianas— tan desprovistos de pelo como los viejos que había entre ellos.

La mayoría de las personas del Unico Mundo, incluido yo, nos enorgullecíamos de nuestro cabello y lo llevábamos largo. Los hombres nos lo dejábamos crecer hasta los hombros, con un flequillo espeso en la frente; el cabello de las mujeres podía llegar hasta la cintura, incluso hasta más abajo. Pero los españoles, al estimar la barba y los bigotes como los únicos y verdaderos símbolos de virilidad, opinaban que nuestros hombres parecían afeminados y nuestras mujeres desaseadas. Incluso acuñaron una palabra, balcarrota (que más o menos significa «almiar»), para referirse a nuestro peinado, y hablaban de él en tono despectivo. Además, como siempre estaban acusándonos de pequeños hurtos, de que les quitábamos sus pertenencias, suponían que ocultábamos lo robado debajo de todo aquel cabello. Así que Guzmán y los demás señores españoles de Nueva Galicia sin duda daban su más alta aprobación a la costumbre purepe de lucir una total calvicie. Sin embargo, había en Michoacán otras costumbres que estoy seguro de que los españoles, al ser cristianos, no aprobaban. Y ello se debe a que a los cristianos les produce gran desasosiego la menor mención de los actos sexuales, y en realidad los aterroriza mucho más cualquier conducta sexual fuera de lo común de lo que les repele, pongamos por caso, los sacrificios humanos a los «dioses paganos». En la época en que yo estaba aprendiendo todo lo que podía del idioma poré, aquellos purepechas de la ciudad me habían enseñado muchas palabras y frases referentes a asuntos sexuales. Esos hombres, repito, eran muy viejos, hacía mucho tiempo que los había abandonado la capacidad de acoplamiento o cualquier pequeño deseo a ese respecto. No obstante chasqueaban las encías con lascivia cuando relataban los variados, notables, indecorosos y escandalosos modos en los que habían apagado sus apetitos sexuales de la juventud… y su tradición local les había permitido hacerlo así. Digo «indecorosos y escandalosos» aunque yo personalmente no haya sido nunca un ejemplo de castidad o modestia. Pero mi pueblo azteca, los mexicas y la mayoría de los demás pueblos siempre habían sido casi tan mojigatos como los cristianos con respecto al sexo. Nosotros no teníamos leyes, normas ni prohibiciones escritas, como tienen los cristianos, pero la tradición nos enseñaba que ciertas cosas, sencillamente, no había que hacerlas. El adulterio, el incesto, la fornicación promiscua (excepto durante ciertas ceremonias de fertilidad), la concepción de bastardos, la violación (excepto por los guerreros en territorios enemigos), la seducción de menores, el acto de cuilónyotl entre varones y de patlachuia entre hembras, todas esas cosas estaban prohibidas. Pero nosotros, a diferencia de los cristianos, al reconocer que cualquier persona podía ser de naturaleza pervertida o incluso depravada y que también cualquier persona normal podía comportarse mal cuando la lujuria la vencía, no aprobábamos estos hechos. Si se descubría este tipo de cosas, al autor (o a los participantes) como poco se le excluía de la gente decente para siempre jamás, se le desterraba al exilio, se le castigaba severamente o incluso se le daba muerte con el

nudo de «la guirnalda de flores».

Pero como aquellos ancianos purepes de la ciudad me habían advertido tan jubilosamente, las costumbres de Michoacán no habrían podido ser más diferentes. O más permisivas Entre los purepechas ninguna clase imaginable de relación sexual estaba prohibida siempre y cuando ambos (o todos) los participantes consintieran en el acto, o por lo menos no se quejasen ruidosamente, como en el caso de animales empleados por hombres y mujeres a quienes les gustaba esa clase de copulación. En tiempos antiguos, decían los viejos, sólo los ciervos, machos y hembras, habían satisfecho los dos requerimientos de aquellas gentes, a saber: que el animal pudiera capturarse y que tuviera un orificio femenino o una protuberancia masculina que pudieran utilizarse. Desde luego, todos, especialmente los sacerdotes, consideraban este tipo de copulación con un ciervo macho o hembra como un acto de devoción digno de alabanza, porque los purepechas creen que los ciervos son manifestaciones terrenales del dios sol. Sin embargo, contaban los viejos, desde la llegada de los españoles que muchas eran las hembras purepes, y también los varones adolescentes supervivientes, que habían hallado motivo para alegrarse de la introducción de los aprovechables asnos machos y hembras, carneros y ovejas, cabras machos y hembras.

Bien, yo no tengo predilecciones de esa clase, y si alguna de las muchas mujeres que conocí en Michoacán hubiera estado entreteniéndose previamente con sustitutos animales de sus varones desaparecidos, hay que decir que se mostraron bastante contentas de descartar a los animales cuando yo llegué. Como había tal abundancia de mujeres y muchachas ávidas de mis atenciones, por dondequiera que vagara por aquellas tierras pude elegir entre las más lindas, y así lo hice. Al principio, lo admito, me resultó un poco difícil acostumbrarme a las mujeres calvas. A veces incluso me era difícil distinguir a las más jóvenes de los varones jóvenes, porque entre los purepechas ambos sexos visten casi exactamente igual. Pero poco a poco desarrollé una admiración casi purepe por aquella calvicie suya, a medida que, con el tiempo, aprendí a percibir que la belleza facial de algunas mujeres en realidad se ve realzada por la falta de otros adornos. Y el hecho de haberse deshecho de sus cabelleras en modo alguno había disminuido ninguno de sus fervores femeninos ni de sus habilidades amatorias.

Sólo una vez cometí un error de apreciación en ese aspecto, y culpo de ello al chápari, la bebida que los purepechas hacen con la miel de las abejas negras salvajes que hay en su territorio, una bebida incalculablemente más embriagadora incluso que los vinos españoles. Me había detenido para pasar la noche en una posada para viajeros en la que los únicos otros huéspedes eran un anciano pochtécatl y un mensajero casi igual de viejo. La dueña de la posada era una mujer calva, y sus tres ayudantes también calvos eran, aparentemente, sus hijas. En el transcurso de la velada participé indiscretamente del delicioso chápari de la posada. Me emborraché

lo suficiente como para que la más pequeña y hermosa de las criadas tuviera que ayudarme a llegar a mi cubículo, desnudarme y depositarme en mi jergón; y luego, sin que yo se lo pidiera, le prodigó a mi tepuli aquella maravillosa y ardiente ingurgitación que yo había experimentado por primera vez con aquella auyanimi el día de mi cumpleaños en Aztlán y más tarde, muchas veces, con mi prima Améyatl y otras mujeres. Ningún hombre está nunca demasiado borracho para gozar de esa experiencia al máximo. De modo que, después, le pedí a la criada que se desnudase y me dejase que le correspondiera, como agradecimiento, con la misma atención a su xacapili. Aturdido como estaba, ya lo tenía yo bien dentro de la boca antes de darme cuenta de que era excesivamente prominente para ser un xacapili. Salió escupido de mi boca, no por asco, sino porque solté una carcajada súbita al percatarme de mi aturdido error. El bello muchacho pareció muy dolido y retrocedió, y al instante el tepuli se le marchitó hasta quedar casi tan achaparrado como un xacapili… y al ver todo esto tuve la inspiración propia de los borrachos de experimentar así que le indiqué que se acercase a mí de nuevo. Cuando por fin se marchó, le di una moneda maravedi una extravagancia de borracho, a modo de agradecimiento, y luego me quedé dormido a causa de la borrachera; al día siguiente me desperté con un dolor de cabeza como un terremoto y sólo un levísimo recuerdo de los experimentos en que nos habíamos enzarzado el muchacho y yo.

Teniendo en cuenta la abundancia que había en Michoacán de mujeres y muchachas disponibles (por no hablar de muchachos y animales domésticos, si es que en alguna ocasión yo llegase a estar lo suficientemente borracho otra vez como para ensayar más experimentos) y la prodigalidad de la tierra en otras cosas buenas, habría podido suponer que había sido transportado prematuramente a Tonatiucan o a uno de los otros mundos del más allá de gozo eterno. Además de su ilimitada libertad sexual y de las también ilimitadas oportunidades para ello, Michoacán ofrecía además una voluptuosa variedad de comida y bebida: un delicado pescado del lago que no podía encontrarse en ninguna otra parte, huevos y guisos de las tortugas que abundaban en su costa marítima, codornices cocidas en arcilla y colibríes asados, chocólatl con sabor a vainilla y, naturalmente, el incomparable chápari. En aquella tierra, uno incluso podía darse un festín sólo con los ojos al contemplar los prados ondulados profusamente cubiertos de flores, los torrentes chispeantes y los lagos cristalinos, los huertos ricos en frutas y los campos de cultivo, todo ello bordeado de montañas de un verde azulado. Si, un hombre joven, sano y vigoroso bien podía sentir la tentación de quedarse en Michoacán para siempre. Y yo hubiera podido hacerlo, de no haber estado dedicado a una misión.

—Ayya, nunca reclutaré aquí a ningún hombre belicoso —les dije—. Debo seguir adelante.

—¿Y qué me dices de mujeres belicosas? —me preguntó la que en aquel

momento era mi consorte, una joven radiantemente bonita cuyas pestañas, semejantes a un abanico de plumas, parecían aún más exuberantes en contraste con el resto del rostro, lampiño y resplandeciente. Se llamaba Pakápeíi, que en poré significa De Puntillas. Al ver que la miraba sin comprender, añadió—: Los españoles cometieron un descuido cuando mataron o secuestraron sólo a nuestros varones. Ignoraban las aptitudes que tenemos nosotras, las mujeres.

—¿Mujeres? ¿Guerreras? Bobadas. Y bufé, divertido.

—Eres tú quien dice bobadas —insistió ella con brusquedad—. Lo mismo podrías afirmar que un hombre puede montar a caballo más rápido que una mujer. Yo he visto tanto a hombres como a mujeres españoles a caballo. Y con respecto a quién puede correr más, eso depende mucho del caballo.

—Yo no tengo hombres ni caballos —le indiqué con pesar.

—Pero tienes eso —dijo De Puntillas señalando mi arcabuz. Yo había estado practicando con él toda la tarde, intentando sólo con mediano éxito abatir uno a uno los frutos ahuácatin de un árbol que había cerca de la cabaña de la muchacha—. Una mujer podría utilizarlo con la misma destreza que tú —añadió poniendo mucho afán en que sus palabras no sonaran sarcásticas—. Fabrica o roba más de esos palos de trueno y…

—Esa es mi intención. En cuanto haya reunido un ejército suficiente para garantizar que hay necesidad de ellos.

—Yo no tendría que viajar muy lejos por estos alrededores —me hizo saber— para reclutarte un número considerable de mujeres fuertes dispuestas y vengativas. Excepto aquellas a las que los españoles se llevaron para ser esclavas de sus casas, o para que les calienten la cama, al resto de nosotras ni siquiera nos echarían de menos si desapareciéramos de nuestra acostumbrada morada.

Yo sabía a qué se refería Pakápeti. Hasta el momento, en mi camino hacia el oeste yo había tenido buen cuidado de mantenerme alejado de las numerosas estancias españolas, las cuales, naturalmente, comprendían todas ellas las mejores tierras de cultivo y de pastos de Michoacán. Como ya no quedaban purepechas varones, y las mujeres eran consideradas aptas sólo para el cuidado de la casa, el trabajo en el exterior de las granjas y ranchos y huertos lo llevaban a cabo esclavos importados. Desde lejos yo había visto a aquellos moros negros trabajar muy duro supervisados por españoles a caballo, cada uno de los cuales solía llevar un látigo en la mano. Los nuevos amos de Michoacán habían sembrado la mayor parte de los campos de productos vendibles: trigo extranjero, caña dulce, una hortaliza llamada alfalfa y esos árboles que dan frutas extranjeras llamadas manzanas, naranjas, limones y aceitunas. Los campos menos cultivables estaban cubiertos con espesos rebaños de ovejas, vacas o caballos, y había corrales llenos de cerdos, gallinas y gallipavos. Incluso zonas tan pantanosas que nunca antes se habían cultivado estaban ah ahora sembradas

de un grano extranjero que crece en el agua llamado arroz. Como los españoles lograban arrancar cosechas con beneficios de hasta el último pedazo de Michoacán, las parcelas que les habían dejado a los purepechas supervivientes eran pocas, pequeñas y sólo a duras penas productivas.

—Me has hablado de lo bien que se come en esta tierra, Tenamaxtli —me dijo Pakápeti—. Déjame que te diga a qué se debe. Las parcelas que tenemos de maíz, tomate y chiles las cuidan nuestros ancianos, hombres y mujeres. Los niños recogen fruta, nueces, bayas y miel silvestre para hacer dulces y chápari. Somos las mujeres quienes traemos la carne: aves silvestres, gamos pequeños, pescado, incluso un jabalí o un cuguar de vez en cuando. —Hizo una pausa y luego añadió con cierta tristeza—: No lo hacemos con palos de trueno. Utilizamos los medios antiguos de coger las aves con red y los peces con anzuelo, y hacemos servir armas de caza de obsidiana y además nosotras, las mujeres, continuamos produciendo la antigua artesanía purepe de cerámica vidriada y barnizada.

Esos objetos se los canjeamos por otros alimentos a las tribus costeras, y por cerdos, pollos, corderos o chivos a los españoles. Vivimos incluso sin hombres, y no nos podemos quejar pero estamos en esta situación sólo como una deferencia de esos amos blancos. Por eso digo que no nos echarían de menos si nos marcháramos a la guerra.

—Pero por lo menos vivís —le contesté—. Y seguramente no viviríais tan bien si fuerais a la guerra. Eso si es que vivíais.

—Pues para que lo sepas, otras mujeres han luchado ya contra los españoles. Las mujeres mexicas, durante las últimas batallas en las calles de Tenochtitlan, se pusieron de pie en los tejados y arrojaron sobre los invasores piedras, nidos llenos de avispas e incluso pedazos de sus propios excrementos.

—Pues no les sirvió de mucho. Hace poco, yo conocí a una mujer mexicatl muy valiente. Esta si que mató a un buen número de hombres blancos, y a ella le sirvió de mucho. Perdió la vida a consecuencia de ello.

—Nosotras también daríamos gustosas nuestra vida si pudiéramos cobrarnos algunas de las suyas —dijo De Puntillas con impaciencia. Se acercó a mi y abrió mucho aquellas extraordinarias pestañas, clavando en mí unos ojos tan oscuros y tan bonitos como las pestañas—. Tú ponnos a prueba, Tenamaxtli. Sería lo último que los españoles se esperarían. ¡Un levantamiento de mujeres!

—Y lo último que yo esperaría nunca, sería implicarme en ello —le solté mientras emitía a continuación una carcajada—. Yo… a la cabeza de un ejército de hembras. Vamos, hasta el último guerrero muerto que se encontrara en Tonatiucan se convulsionaría al enterarse, ya fuera de risa o de horror. La idea es ridícula, querida mía. Tengo que buscar hombres.

—Pues ve —me dijo recostándose y con una cara de extrema vejación—. Ve a

buscar a tus hombres. Todavía quedan algunos en Michoacán.

Hizo un gesto vago con el brazo en dirección al norte.

—¿Todavía quedan hombres aquí? —le pregunté sorprendido—. ¿Hombres purepes? ¿Están escondidos? ¿Emboscados?

—No. Están en pañales —me contestó con desprecio—. No son guerreros y no son purepechas. Son mexicas que han traído hasta aquí para fundar nuevas colonias alrededor del lago Pátzcuaro. Pero me temo que te encontrarás con unos hombres mucho menos valientes y mucho más mansos que yo y que cualquiera de las mujeres que yo podría reunir para ti.

—Concedo, De Puntillas, que tú eres cualquier cosa menos mansa. El que te puso el nombre debió de interpretar de una manera disparatada el libro de nombres tonálmatl. Háblame de esos mexicas. ¿Quién los ha traído hasta aquí? ¿Y con qué propósito?

—Sólo sé lo que he oído. Cierto sacerdote cristiano español ha fundado colonias por todos los alrededores del Lago de los Juncos con no sé qué extraño propósito. Y como ya no quedaban existencias de hombres purepes, tuvo que traer hombres, junto con sus familias, de las tierras de los mexicas. También he oído que el sacerdote mima a esos colonos con la ternura como si fueran sus hijos. Sus bebés en pañales, como te he dicho.

—Hombres de familia —murmuré—. Probablemente tengas razón en que no estarán muy dispuestos a la rebelión. Especialmente si su señor los trata tan bien como dices. Pero si es así, no se parece mucho a un cristiano.

Pakápeti se encogió de hombros y eso hizo sonreír a mi cosonriente, sino con frialdad, me dijo:

—Ve a verlo por ti mismo. El lago sólo está a tres largas carreras de aquí.

El Lago de los Juncos tiene exactamente el mismo color del chalchihuetl, la piedra de jade, la gema que todos los pueblos del Unico Mundo consideran sagrada. Y las montañas bajas y redondeadas que circundan Pátzcuaro son de un tono más oscuro, pero de ese mismo color verde azulado. Así que cuando coroné la cima de una de esas montañas y miré hacia abajo, el lago apareció como una joya brillante que hubiera caído en medio de un lecho de musgo. Hay una isla en el lago llamada Xarákuaro, isla que en otro tiempo debió de ser la cara más brillante de esa gema, porque dicen que estaba toda ella cubierta de templos y altares que resplandecían y chispeaban a base de pinturas coloreadas, hojas de oro y estandartes de plumas. Pero los soldados de Guzmán habían arrasado esos edificios y habían asolado la isla hasta convertirla en terreno baldío que ahora todavía es.

También habían desaparecido todas las comunidades originarias que habían existido alrededor del lago, incluso Tzintzuntzant, «Donde hay colibríes». Aquélla había sido la capital de Michoacán, una ciudad compuesta enteramente por palacios,

uno de ellos la sede de Tzímtzicha, el último Portavoz Venerado de los vencidos purepechas. Desde la cima de la montaña donde me encontraba sólo pude ver que quedaba una cosa de los viejos tiempos. Era la Pirámide, situada al este del lago, notable por su tamaño y su forma, no alta pero sí extensa, y que combinaba las formas cuadradas con las redondeadas. Y aquella iyácata, como se dice pirámide en poré yo sabía que perduraba desde tiempos verdaderamente antiguos pues la había erigido un pueblo que vivió en ese lugar mucho antes que los purepechas. Incluso en época de Tzímtzicha estaba ya ruinosa, medio derruida y cubierta de maleza, pero seguía siendo una vista sobrecogedora.

Volvía a haber aldeas diseminadas por la orilla del lago sustituyendo a las que los hombres de Guzmán habían arrasado, pero éstas no tenían ningún rasgo que las distinguiese pues las casas se habían construido al estilo español, bajas, planas y de ese ladrillo seco llamado adobe. En la aldea más próxima, situada directamente debajo de la altura del lugar donde yo me encontraba, vi gente en movimiento. Todos iban ataviados al modo de los mexicas y tenían el mismo color de piel que yo; no distinguí que entre ellos hubiera españoles por ninguna parte. Así que descendí hasta allí y saludé al primer hombre que encontré en mi camino. Estaba sentado en un banco a la puerta de su casa dando forma y tallando concienzudamente un pedazo de madera.

Pronuncié el acostumbrado saludo en náhuatl que significa «En tu augusta presencia»:

—Mixpantzinco.

Y él no repuso en poré, sino también en náhuatl, con el acostumbrado y educado:

—Ximopanolti —que significa «A tu conveniencia». Luego añadió, con bastante cordialidad—: No hay muchos de nuestros paisanos mexicas que vengan a visitarnos aquí, a Utopía.

No quise confundirlo diciéndole que en realidad yo era aztécatl, ni le pregunté el significado de aquella palabra extraña que acababa de pronunciar. Sólo le dije:

—Soy forastero en estas tierras, y hace muy poco que me he enterado de que había mexicas en estos alrededores. Es bueno oír otra vez hablar mi lengua nativa. Me llamo Tenamaxtli.

—Mixpantzinco, cuatl Tenamaxtli —me saludó con cortesía—. Me llamo Erasmo Mártir.

—Ah, por ese santo cristiano. Yo también tengo un nombre cristiano: Juan Británico.

—Si eres cristiano y estás buscando empleo, nuestro buen padre Vasco puede hacerte un sitio aquí. ¿Tienes esposa e hijos en alguna parte?

—No, cuatl Erasmo. Soy un viajero solitario.

—Lástima. —Movió con énfasis la cabeza de un lado a otro—. El padre Vasco

sólo acepta colonos con familia. No obstante, si quieres quedarte durante algún tiempo, él, que es un hombre muy hospitalario, te proporcionará acomodo como huésped. Lo encontrarás en Santa Cruz Pátzcuaro, la próxima aldea según vas hacia el oeste por la orilla del lago.

—Iré, pues, allí y no te molestaré más en tu trabajo.

—Ayyo, no eres ningún estorbo. El padre no nos hace trabajar sin descanso como esclavos, y es agradable conversar con un mexicatl recién llegado.

—¿Qué es eso que estás haciendo?

—Esto será un mecahuéhuetl —me indicó al tiempo que señalaba unas piezas casi terminadas que había detrás del banco.

Se trataba de piezas de madera aproximadamente del mismo tamaño y forma grácilmente curvada de un torso de mujer.

Asentí con la cabeza al reconocer lo que serían aquellas partes cuando estuvieran ensambladas.

—Lo que ellos llaman guitarra.

De los instrumentos musicales que los españoles introdujeron en Nueva España, la mayoría eran, por lo menos básicamente, parecidos a los que ya se conocían en nuestro Unico Mundo. Es decir, producían música si se soplaba a su través, se los golpeaba con palitos o se frotaban con una vara con muescas. Pero los españoles también habían traído instrumentos diferentes de los nuestros, como aquella guitarra, y otros como la vihuela, el ama y la mandolina. Todo nuestro pueblo se sorprendió mucho, y con admiración, de que tales instrumentos pudieran producir una música dulce a partir de aquellas simples cuerdas, siempre bien tensadas, que pulsaban con los dedos o rascaban con un arco.

—Pero ¿por qué estás copiando una novedad extranjera? Estoy seguro de que los españoles tendrán sus propios fabricantes de guitarras.

—Pero no tan expertos como lo somos nosotros —respondió con orgullo—. El padre y sus ayudantes nos enseñaron a hacerlas, y ahora dice que hacemos estas mecahuéhuetin tan bien que son incluso superiores a las que traen de Vieja España.

—¿Nosotros? —repetí—. ¿Es que no eres el único que hace guitarras?

—No, desde luego. Los hombres de aquí, de San Marcos Churitzio, se concentran en esta única habilidad. Es la empresa particular que se ha asignado a esta aldea, como a otras aldeas de Utopía se les ha asignado producir cerámica laqueada, objetos de cobre o lo que sea.

—¿Por qué?

Fue lo único que se me ocurrió decir, porque nunca antes había tenido noticia de que ninguna comunidad se dedicase a hacer sólo una cosa y nada más.

—Ve a hablar con el padre Vasco —me dijo Erasmo—. El tendrá mucho gusto en explicártelo todo acerca de cómo engendró esta Utopía nuestra.

—Así lo haré. Gracias, cuatl Erasmo, y mixpantzinco.

En lugar de decir «ximopanolti» a modo de despedida, lo que dijo fue:

—Vaya con Dios. —Y añadió alegremente—: Vuelve por aquí, cuatl Juan. Tengo la intención de aprender a tocar una de estas cosas un día de éstos.

Seguí caminando penosamente en dirección oeste, pero me detuve en una zona deshabitada y me escondí entre unos arbustos para cambiarme el manto y el taparrabos por la camisa, los pantalones y las botas que llevaba en el petate. Así que iba ataviado a la española cuando llegué a Santa Cruz Pátzcuaro. Cuando pregunté, me enviaron a la pequeña iglesia de adobe y a la casa del cura que estaba contigua a ella. El padre en persona me abrió la puerta; en modo alguno era tan altivo e inaccesible como lo son la mayoría de los sacerdotes españoles. Además iba vestido con calzones y una camisa de tela fuerte, pesada y manchada de trabajar, y no con una túnica negra.

Tuve el descaro de presentarme a él en español como Juan Británico, ayudante lego de fray Alonso de Molina, notario de la catedral del obispo Zumárraga, y le expliqué que en aquellos momentos tenía la tarea, por orden de mi amo Alonso, de visitar las misiones que la Iglesia tenía en aquellos parajes para hacer una valoración e informar de los progresos.

—Ah, pues creo que de la nuestra darás buenos informes, hijo mío —me contestó el padre—. Me complace oír que Alonso sigue trabajando con afán y asiduidad en las viñas de la Santa Madre Iglesia. Recuerdo a ese muchacho con mucho cariño.

De manera que a mi tergiversación y a mí se nos aceptó al instante, sin cuestionar nada, por aquel buen sacerdote. Y verdaderamente encontré que era bueno. El padre Vasco de Quiroga era un hombre alto, delgado y de aspecto austero, pero con auténtico buen humor. Era lo bastante viejo como para no necesitar tonsura a causa de la calvicie, pero todavía era vigoroso, como lo atestiguaba el hecho de que llevara ropa de trabajo, cosa por la que se disculpó humildemente.

—Ya sé que debería vestir una sotana como es debido para darle la bienvenida a un emisario del obispo, pero es que hoy estoy ayudando a mis frailes a construir una porqueriza detrás de esta casa…

—Pues no permitas que yo te interrumpa…

—No, no, no. Cielo santo, me alegro de tomarme un respiro. Siéntate, hijo Juan. Veo que estás aún polvoriento del camino. —Llamó a alguien que se encontraba en otra habitación para que nos llevase un poco de vino—. Siéntate, siéntate, hijo mío. Y cuéntame. ¿Has visto muchas cosas de las que el Señor nos ha ayudado a realizar por estos parajes?

—Sólo unas cuantas. He estado hablando un rato con un tal Erasmo Mártir.

—Ah, si. De todos nuestros habilidosos constructores de guitarras, quizá él sea el más habilidoso. Y además es un devoto cristiano converso. Y dime, Juan Británico,

puesto que llevas el nombre de un santo inglés, ¿acaso conoces al difunto y piadoso don Tomás Moro, también de Inglaterra?

—No, padre. Pero, perdona, yo tenía entendido que los hombres de Inglaterra son blancos.

—Y así es. Moro era el nombre de ese hombre, no su raza ni su color. Murió hace poco de forma injusta y vil, pues su único crimen fue su piedad cristiana; el rey de esa Inglaterra que es un hereje odioso y despreciable, ordenó que lo ejecutaran. De todos modos, si no has oído hablar de don Tomás, supongo que no conocerás su famoso libro De optimo Reipublicae statu…

—No, padre.

—¿Ni de la Utopía que prefiguró en ese libro?

—No, padre. Pero le he oído pronunciar esa palabra al artesano Erasmo.

—Bien, Utopía es lo que intentamos crear aquí, alrededor de las orillas de este lago paradisíaco. Lo único que lamento es no haber emprendido esta tarea hace años. Pero no hace tanto que soy sacerdote.

Entró un fraile joven que traía dos copas de madera exquisitamente tallada y laqueada, sin lugar a dudas un producto purepe. Nos entregó una a cada uno y se retiró en silencio; bebí con agradecimiento aquel vino fresco.

—Durante la mayor parte de mi vida —continuó explicándome el padre en tono contrito— fui juez, hombre del oficio de las leyes. Y cualquier ejercicio de la ley, permíteme decirte, joven Juan, es una profesión venal, corrupta y aborrecible. Por fin, gracias a Dios, me di cuenta de que estaba deshonrando mi vida y mi alma de una forma horrible. Y entonces fue cuando me despojé de la toga judicial, recibí las órdenes sagradas y por fin me ordené para vestir la sotana. —Hizo una pequeña pausa y se echó a reír—. Desde luego, muchos de mis antiguos adversarios de los juzgados me han citado con júbilo el viejo proverbio: «Hartóse el gato de carne y luego se hizo fraile».

Me costó un momento traducir aquello en la cabeza. «El gato se hartó de carne antes de convertirse en fraile».

—La Utopía que imaginó Tomás Moro había de ser una comunidad ideal cuyos habitantes existirían en perfectas condiciones —continuó diciendo el padre—. Donde los males que acarrea la sociedad, como pobreza, hambre, miseria, crimen, pecado o guerra, se habrían desterrado para siempre. —Me contuve de comentar que habría algunas personas, incluso en una comunidad ideal, que quizá quisieran conservar el derecho a disfrutar pecando o haciendo la guerra—. De modo que he repoblado esta parte de Nueva Galicia con familias de colonos. Además de instruirlos en los dogmas del cristianismo, mis frailes y yo les enseñamos a usar las herramientas europeas y a emplear los métodos más modernos de agricultura y labranza. Aparte de eso, nos esforzamos por no dirigir a los colonos ni entrometernos en sus vidas. Cierto, fue

nuestro hermano Agustín quien les enseñó a hacer guitarras. Pero encontramos a hombres purepes ancianos a los que pudimos convencer para que dejaran de lado viejas rivalidades y enseñaran a los colonos las artesanías purepes ancestrales. Ahora cada aldea se dedica a perfeccionar una de esas artes: trabajar la madera, la cerámica, los tejidos y demás, en la mejor tradición purepe. Y todos los colonos incapaces de aprender una artesanía contribuyen a Utopía cultivando la tierra, pescando o criando cerdos, cabras, pollos y cosas así.

—Pero padre Vasco —le pregunté—, ¿qué utilidad tiene para tus colonos algo como las guitarras? Ese Erasmo con el que he hablado ni siquiera sabía hacer música con ella.

—Pues verás, hijo mío, se venden a los mercaderes de la Ciudad de México. Tanto las guitarras como los demás objetos de artesanía. Muchos de ellos los compran agentes de negocios que, a su vez, los exportan a Europa. Además nos pagan muy buen precio por ellos. El grueso del producto de nuestros agricultores y ganaderos también se vende. Del dinero que recibimos, yo les pago una parte a las familias de la aldea, dividida en partes iguales entre todas ellas. Pero la mayor parte de nuestros ingresos la empleamos en conseguir herramientas nuevas, semillas, ganado y todo aquello que pueda mejorar y beneficiar a Utopía en su conjunto.

—Eso suena muy práctico y loable, padre —le indiqué, y lo decía sinceramente —. Sobre todo porque, como dice Erasmo, tú no haces que tu gente se mate trabajando como esclavos.

—¡Válgame Dios, no! —exclamó—. He visto esos obrajes infernales en la ciudad y en otros lugares. Puede que nuestros colonos sean de una raza inferior, pero son seres humanos. Y ahora son cristianos, así que no son animales brutos y sin alma. No, hijo mío. La norma aquí, en Utopía, es que la gente trabaje en comunidad sólo seis horas al día, seis días a semana. Los domingos, desde luego, son para las devociones. Todo el resto del tiempo de la gente es suyo y pueden emplearlo como gusten: cuidando los jardines de sus hogares, en cosas privadas, en hacer vida social con sus paisanos. Si yo fuera un hipócrita podría decir que simplemente me comporto como un cristiano al no ser un amo tirano. No obstante, la verdad es que nuestra gente trabaja más y de manera más productiva que cualquier esclavo empujado a latigazos o que cualquier obrero de los obrajes.

—Otra cosa que me dijo Erasmo es que sólo permites que hombres y mujeres ya casados se establezcan en esta Utopía —le comenté—. ¿Acaso no obtendrías más trabajo de hombres y mujeres solteros, que no tuviesen la carga de los hijos?

El padre pareció un poco incómodo.

—Pues no. Has abordado un tema más bien indecoroso. No presumimos de haber recreado el Edén aquí, pero desde luego tenemos que combatir con Eva y con la serpiente. O con Eva haciendo de serpiente, mejor dicho.

—Ayyo, perdona que lo haya preguntado, padre. Debes de referirte a las mujeres purepes.

—Exactamente. Desprovistas de sus propios hombres, y al saber que aquí en Utopía hay hombres jóvenes y fuertes, a menudo han caído sobre nosotros para… ¿cómo decirlo…? Camelar a nuestros hombres para que actúen de sementales. Eran una verdadera plaga cuando nos establecimos aquí al principio, y hasta la fecha de vez en cuando todavía recibimos la visita inoportuna de alguna hembra. Me temo que nuestros hombres de familia no sean todos, o no lo sean siempre, capaces de resistir la tentación, pero estoy seguro de que los hombres sin esposa serían mucho más fáciles de seducir. Y ese tipo de libertinaje conduciría a Utopía a la ruina.

—Me parece, padre Vasco, que tú lo tienes todo bien pensado y bien atado —le dije con aprobación—. Me complacerá llevarle esa información al notario del obispo.

—Pero no solamente fiándote de mi palabra, hijo Juan. Da toda la vuelta al lago. Visita las aldeas. No te hará falta un gula. De todos modos, no me gustaría que sospechases que te estaban enseñando sólo los aspectos ejemplares de nuestra comunidad. Ve tú solo. Mira las cosas sencillas y sin barniz. Y cuando regreses aquí, me gratificará que puedas decir, como en una ocasión dijo san Diego, que a un hombre lo justifican sus obras, no sólo la fe.

14

Así que me dirigí al oeste, deteniéndome por lo menos una noche en cada aldea a la que llegaba, y luego hacia el norte, hacia el este y hacia el sur hasta que hube rodeado todo el lago de los Juncos y volví de nuevo al oeste, a la primera aldea de todas las que había visitado, San Marcos Churitzio, aquella en la que residía Erasmo Mártír.

Encontré que era cierto lo que el padre Vasco había que la gente que habitaba junto al lago vivía en amistad, prosperidad y convivencia, y era comprensible que estuvieran contentos de vivir así. Y desde luego habían dominado las antiguas artesanías de los purepechas. Una aldea producía objetos de cobre batido: platos, fuentes y jarros de gracioso diseño y acabado ondulado. Otra hacía utensilios similares, pero de una clase de cerámica que no se veía en ninguna otra parte de un lustroso color negro conseguido con una mezcla de polvo de plomo con la arcilla. Otra aldea fabricaba los famosos objetos de laca por los que los purepechas eran famosos desde tiempos remotos: bandejas, mesas, enormes biombos, todo ello de un rico color negro brillante, con incrustaciones de oro y muchos colores vivos. Otra confeccionaba esteras, jergones y cestos de juncos trenzados procedentes del lago; eran, tengo que admitirlo, incluso más elegantes que los que tejía mi querida Citlali. Otra aldea hacía joyas complicadas de alambre de plata; otra, joyas de ámbar; otra trabajaba con el nácar de conchas de mejillón. Y así sucesivamente a lo largo de todo el perímetro del lago. Entre aldea y aldea, y alrededor de ellas, estaban los campos labrados donde cultivaban la caña dulce y la hierba también dulce llamada sorgo, así como otros productos más conocidos para nosotros, como el maíz y las alubias. Los campos se veían mucho más fértiles que nunca en tiempos pasados, antes de que nuestros campesinos tuvieran las ventajas de las herramientas y las ideas importadas por los españoles.

No se podía negar que aquellos colonos mexicas se habían beneficiado enormemente de su asociación con los españoles. Me pregunté a mí mismo si acaso las virtudes de la atractiva Utopía contrarrestaban las miserias y las degradaciones que sufrían sus paisanos mexicas en aquellos abominables obrajes. Llegué a la conclusión de que no, porque los mexicas que se encontraban en este último caso se contaban por miles, muchos miles. Sin duda existían otros hombres blancos como el padre Vasco de Quiroga, hombres que interpretaban el significado de la palabra cristianismo como «amorosa bondad». Pero yo sabía a ciencia cierta que, aunque hubiese hombres de esta clase, se veían ampliamente sobrepasados en número por esos otros hombres blancos malvados, avariciosos, engañosos y de corazón frío que también se llamaban a sí mismos cristianos e incluso sacerdotes.

En aquel momento, lo admito, yo era igual de engañoso que cualquier hombre

blanco. No estaba, como suponía el padre Vasco, recorriendo las aldeas de su Utopía sólo para evaluarlas o admirarlas; las estaba peinando en busca de algún habitante que pudiera colaborar en la sedición que yo estaba planeando. A todos los herreros de las aldeas que trabajaban con metales les enseñé mi arcabuz y les pregunté si podrían hacerme una copia de aquel artilugio. Todos, desde luego, lo reconocieron como un palo de trueno… y alabaron con entusiasmo al mexícatl que lo había construido. Pero también todos mostraron unanimidad al decir que, aunque se sentían inclinados a imitar a aquel artesano de talento, no disponían de las herramientas necesarias. Y las respuestas que obtuve cuando les pregunté a todos los hombres si alguno de ellos estada dispuesto a unirse a mí para rebelarse contra los opresores españoles podrían resumirse en la respuesta que obtuve de Erasmo Mártír, el último al que se lo pregunté.

—No —me contestó llanamente. Estábamos sentados juntos en el banco que había a la puerta de su casa, donde, esta vez, él no estaba dándole forma de mujer a un pedazo de madera. Y continuó—: ¿Me tomas por un tíahuele loco de atar? Soy uno de los pocos afortunados mexicas que tienen comida en abundancia, cobijo seguro, están libres del abuso de cualquier amo y disfrutan de libertad para ir y venir a su antojo. Incluso tengo prosperidad y un futuro prometedor para mi familia.

Despojado de hombría, pensé con amargura: «lamiéndole el culo al patrón». Gruñí:

—¿Eso es lo único que deseas tener, Erasmo?

—¿Lo único que deseo? ¿Eres tú el que está tíahuele, Juan Británico? ¿Qué más podría querer un hombre en este mundo, tal como está hoy en día?

—Hoy en día, tú lo has dicho. Pero hubo un tiempo en que los mexicas también tenían orgullo.

—Los que podían permitírselo. Los gobernantes tlátoantin, aquellos cuyos nombres acababan en —tzin, los pípiltin, la clase alta, los caballeros cuaútlin y otros por el estilo. Ellos eran tan orgullosos, en realidad, que ni siquiera pensaban en nosotros, los plebeyos macehualtin, que les dábamos de comer, los vestíamos y éramos sus sirvientes. Sólo se acordaban de nosotros cuando nos necesitaban en el campo de batalla.

—La mayoría de los cuaútlin de los que hablas —le dije fueron antes simples macehualtin que consiguieron subir desde la clase plebeya a la de los caballeros porque lucharon contra los enemigos de los mexicas, estuvieron orgullosos de hacerlo y lo demostraron con sus proezas en el campo de batalla.

Erasmo se encogió de hombros.

—Yo aquí tengo todo lo que cualquier caballero mexícail tuvo en la vida, y me lo he ganado sin luchar.

—¡No te lo has ganado! —le recordé lleno de enojo—. Te lo han dado.

Volvió a encogerse de hombros.

—Como quieras. Pero trabajo mucho para ser digno de ello y para poder conservarlo. Y también para demostrarle mi gratitud al padre Vasco.

—El padre es bueno y afable, eso es cierto. Pero ¿no te das cuenta, cuatl Erasmo? Está degradando vuestra hombría mexícatl lo mismo que lo haría un amo blanco cruel que utilizase el látigo. Os trata como si no fuerais más que animales salvajes domesticados. O niños en pañales.

Por lo visto, aquél era el día en que a Erasmo le tocaba encogerse de hombros.

—Incluso el hombre más hombre sabe apreciar que lo traten con tierna solicitud. —Ahora sorbió por la nariz, como si estuviera a punto de echarse a llorar—. Como una buena esposa trata a un buen marido.

Parpadeé, atónito.

—¿Qué tiene que ver una esposa con…?

—Calla. Basta ya, por favor, cuatl Juan. Ven, acompáñame un rato caminando. Me gustaría hablar contigo de algo que es de distinta naturaleza.

Extrañado, lo acompañé. Cuando estuvimos algo alejados de la casa me aventuré a decir:

—No pareces ni mucho menos tan alegre como cuando te vi la última vez y no hace tanto tiempo de eso. Volvió a sorber por la nariz y después reconoció con aire fúnebre:

—En eso tienes razón. Tengo la cabeza gacha. Me sangra el corazón y me tiembla la mano tanto que mi trabajo se resiente.

—¿Estás enfermo, Erasmo?

—Será mejor que te dirijas a mí por mi nombre pagano, Ixtálatl, porque ya no soy apto para ser cristiano. He pecado de un modo que no tiene redención. Estoy… afectado de chahuacocoliztli. —Esa palabra tan larga significa «la enfermedad vergonzosa causada por el adulterio». Y él continuó, sin dejar de sorber—: No sólo gotea mi corazón. También mi tepuli. Hace ya algún tiempo que no me atrevo a abrazar a mi buena esposa, y ella no deja de quejarse y de preguntarme por qué.

—Ayya —murmuré compasivamente—. Entonces es que te has acostado con una de esas inoportunas mujeres purepes. Bueno, estoy seguro de que cualquier ticitl de nuestro pueblo, y a lo mejor incluso un médico español, puede aliviar esa dolencia. Y cualquier sacerdote de nuestra bondadosa diosa Tíazoltéotl puede absolverte de la transgresión.

—Como cristiano converso, no puedo recurrir a la diosa Comedora de Porquería.

—Pues ve a confesarte con el padre Vasco. Me ha dicho que el pecado de adulterio no es precisamente desconocido aquí, en Utopía. Seguro que ya habrá perdonado a otros antes y les habrá permitido que sigan siendo cristianos.

Erasmo dijo en voz baja y en tono culpable:

—Es que, como hombre, me da demasiada vergüenza confesarme al padre.

—Entonces, ¿por qué, si puedo preguntártelo, te confiesas conmigo?

—Porque ella quiere conocerte.

—¿Quién? —exclamé muy sorprendido—. ¿Tu esposa?

—No. La mujer adúltera.

Yo estaba perplejo.

—¿Por qué, en nombre de todos los dioses, habría yo de consentir en ver a una ramera con el tipili contaminado?

—Preguntó por ti llamándote por tu nombre. Por tu nombre pagano. Tenamaxtli.

—Debe de tratarse de Pakápeti —dije, aún más confuso porque si De Puntillas tenía ya la enfermedad cuando ella y yo copulábamos con tanta frecuencia y con tanto deleite, yo también tendría que estar sufriendo y goteando. Y apenas si había habido tiempo desde entonces para que otro varón de paso hubiera…

—No se llama Pakápeti —me corrigió Erasmo; y de nuevo me dejó pasmado al anunciarme—: Ahí llega ahora.

Aquella coincidencia era demasiado grande para ser una coincidencia. La mujer debía de haber estado observándonos mientras nos acercábamos desde algún escondite cercano, pues ahora se adelantó para salir a nuestro encuentro. No era nadie que yo hubiera visto antes, y esperaba no volver a ver nunca aquella sonrisa fría y satisfecha con que me estaba sonriendo. Erasmo, hablando náhuatl, no poré, nos presentó sin entusiasmo.

—Cuatl Tenamaxtli, ésta es Gónda Ke, quien expresó un ferviente deseo de conocerte.

No le dirigí ningún saludo de cortesía, sino que solamente le dije:

—Gónda Ke no es un nombre purepe. Y tienes abundante pelo en la cabeza.

Estaba claro que ella entendía perfectamente el náhuatl, porque respondió:

—Gónda Ke es un nombre yaqui.

Y movió altivamente la melena, negra como la muerte.

—Tengo que irme. Mi esposa… —murmuró Erasmo.

Y salió corriendo en dirección a su casa.

—Si eres yaqui —le dije a la mujer—, estás muy lejos de tu tierra.

—Gónda Ke ha estado muchos años alejada de esa tierra Ese era el modo como hablaba, sin decir nunca «yo» o «mi». Siempre hablaba como si estuviera aparte de su propia presencia física. No parecía tener más edad que yo, y era hermosa de cara y de formas; comprendí que tenía que haber seducido a Erasmo con gran facilidad. Pero ya sonriera, frunciera el entrecejo o no tuviera expresión alguna, aquel rostro suyo nunca dejaba de parecer satisfecho. Eso implicaba que ella poseía algún conocimiento secreto, íntimo y nada limpio, con el que podía hacer daño o incluso condenar a Mictian a cualquier persona que eligiera. Había un único rasgo en su cara

que sólo se veía muy de vez en cuando entre nuestra gente.

—Tienes una gran profusión de pecas —comenté sin importarme si me estaba mostrando grosero, porque supuse que era una manifestación de su detestable enfermedad.

—Gónda Ke tiene pecas por todo el cuerpo —reconoció con una sonrisa satisfecha, como invitándome a echar un vistazo.

Yo no le hice caso y le pregunté:

—¿Qué te ha traído tan al sur de las tierras yaquis? ¿Vas en busca de algo?

—Si.

¿Qué buscas?

—A ti.

Me eché a reír sin humor.

—No me había dado cuenta de que mi atractivo tuviera un alcance tan largo. De todos modos, ya sé que en lugar de encontrarme a mí encontraste a Erasmo.

—Pero sólo para encontrarte a ti.

De nuevo me eché a reír.

—Erasmo tiene buenos motivos para desear que no lo hubieras encontrado nunca a él.

La mujer me dijo con indiferencia:

—Erasmo no importa. Gónda Ke espera que él le transmita la enfermedad a todos los demás mexicas que hay por aquí.

Todos ellos se merecen ese sufrimiento y esa vergüenza. Son débiles y cobardes como sus antepasados, que se negaron abandonar Aztlán conmigo.

Se me despertaron los recuerdos. Y, creo yo, también se me agitaron las raíces de los cabellos de la nuca. Recordé como mi bisabuelo Canaútli, el Evocador, me había hablado de la mujer yaqui de antaño (y si, ella se llamaba Gónda Ke) que había convertido a algunos de los apacibles primitivos aztecas en los belicosos mexicas que más tarde se abrieron camino hacia la grandeza por medio de la guerra.

—Eso fue hace haces y haces de años —le dije, convencido de que ella no necesitaba que yo le explicase a qué me refería con «eso»—. Si no moriste entonces, como se comentó, mujer yaqui, ¿qué edad debes de tener ahora?

—Eso tampoco importa. Lo que importa es que tú, Tenamaxtli, has abandonado Aztlán. Y ahora estás en disposición de aceptar el regalo de la otra enfermedad de Gónda Ke.

—¡Por Huitzli, yo no quiero ninguna de tus aflicciones! —estallé.

—¡Ayyo, si que las quieres! Acabas de pronunciar la palabra precisa, el nombre de él, Huitzilopochtli, el dios de la guerra. Porque ésa es la otra enfermedad de Gónda Ke, una enfermedad que ella con mucho gusto te ayudará a extender por todo el Unico Mundo. ¡La guerra!

No pude hacer otra cosa que mirarla con fijeza. Últimamente no había tomado chápari, así que aquella horrible criatura no podía ser una alucinación de borracho.

—Aquí no podrás reclutar guerreros, Tenamaxtli. Y no dejes que te tiente quedarte a holgazanear en esta cómoda Utopía. Tu tonali te ha destinado a una vida más dura y gloriosa. Dirígete al norte. Tú y Gónda Ke os encontraréis de nuevo, probablemente en muchas ocasiones, a lo largo del camino. Dondequiera que la necesites, allí estará para ayudarte a contagiar a otros de la enfermedad sublime que tú y ella compartís.

Había ido caminando poco a poco hacia atrás, alejándose de mí mientras hablaba, y ahora ya se encontraba a cierta distancia; así que le grité:

—¡No te necesito! ¡No me haces falta! ¡Puedo hacer la guerra sin ti! ¡Vuelve a Mictían, de donde has venido!

Justo antes de que desapareciera detrás de la esquina de una de las casas de la aldea, Gónda Ke habló por última vez; no lo hizo en voz muy alta, pero si audible y amenazadora:

—Tenamaxtli, ningún hombre puede nunca rechazar o eludir a una mujer inclinada al desprecio y a la malevolencia. Nunca te verás libre de ésta mientras ella viva, odie y maquine.

—Ni siquiera he oído hablar de los yaquis nunca —me dijo el padre Vasco.

—Moran en el rincón noroeste más remoto del Unico Mundo —le expliqué—. En los terrenos montañosos y boscosos situados más allá de los desiertos baldíos que nuestro pueblo llama la Tierra de los Huesos Muertos. Los yaquis tienen fama de ser los más fieros, los salvajes más sedientos de sangre; desprecian a todos los demás seres humanos, incluidos sus parientes más cercanos. Yo estoy dispuesto a dar crédito a esa reputación, sobre todo después de conocer ayer a mi primer yaqui. Si las mujeres son como ella, los hombres deben de ser verdaderos monstruos.

Era porque me caía bien y admiraba al padre Vasco por lo que yo me había tomado la molestia de volver a la aldea capital de Santa Cruz Pátzcuaro para visitarlo. Omitiendo mencionar las aspiraciones belicosas de la mujer yaqui, tanto las que había expresado ella el día anterior como las que se le imputaban en las historias de Canaútli de tiempos remotos, le relaté al padre todo lo demás que yo sabía de sus malas obras e intenciones.

—Sucedió en una época anterior a lo imaginable —le comenté—, pero los hechos nunca se olvidaron. Las palabras se las fueron repitiendo los ancianos Evocadores de uno a otro. Explican cómo esa misteriosa mujer yaqui se infiltró en nuestra serena Aztlán predicando el culto a un dios ajeno, y con ello enemistando a hermano contra hermano.

—Hmmm —musitó el padre—. Lilit viene de Cain y Abel.

—¿Perdona? —dije yo.

—Nada. Continúa, hijo mío.

—Bien. O ella no murió hace todos esos siglos y se convirtió en un demonio inmortal, o engendró un largo linaje de hijas demonio. Porque ciertamente existe esa mujer yaqui que intenta desbaratar tu Utopía. Esta Gónda Ke es una amenaza mucho peor para tus colonos que cualquier cantidad de mujeres purepes, que sólo están hambrientas del abrazo de un hombre. Era creencia de mi bisabuelo que, como los varones yaquis son tristemente famosos por abusar de sus hembras, esta mujer yaqui en particular se propone vengarse de todos los hombres vivos.

—Hmmm —murmuró de nuevo el padre—. Siempre, desde Lilit, todos los países del Viejo Mundo han conocido hembras depredadoras como ésta, ansiosas de arrancarle las entrañas a cualquier varón. Mujeres reales o mitos, ¿quién es capaz de distinguirlo? En diversos idiomas ella es la arpía, la lamía, la esposa bruja, la hechicera de pesadilla, la bella dama sin merced. Pero dime Juan Británico si yo he de frustrar a este demonio, ¿cómo puedo encontrarla y reconocerla?

—Podría resultarte difícil —admití—. Gónda Ke sería capaz de pasar por una joven transeúnte de cualquier nación (excepto por una mujer purepe calva, desde luego), incluso por una señorita española, si escogiera ese disfraz. Confieso que no recuerdo su cara lo suficientemente bien como para describirla. Era bastante atractiva, pero parece desdibujarse en mi memoria. Toda ella excepto tres cosas: puedo decirte que su cabello no es de ningún color viviente, tiene la piel moteada con pecas y sus ojos son como los del lagarto axólotl. Pero si, como creo esa mujer me vio tomar el camino que conduce hasta aquí, padre, sabrá que intento advertirte acerca de ella, y puede que se haya escondido o que haya huido de Utopía para siempre.

Nos interrumpió la súbita entrada de aquel fraile joven que yo ya había visto antes, agitado y gritando:

—¡Padre! ¡Venid de prisa! ¡Hay un terrible incendio al este Parece que San Marcos Churitzio, la aldea de las guitarras está en llamas!

Nos precipitamos al exterior y miramos hacia donde señalaba. Una inmensa columna de humo se alzaba allí, muy parecida a la que había producido yo sobre la Colina de los Saltamontes. Pero esta maldad no era obra mía, así que permanecí donde estaba mientras el padre Vasco, sus frailes y los demás habitantes de Santa Cruz salían corriendo para ayudar a sus vecinos de San Marcos. Yo, desde luego, supuse que el fuego era obra de aquella malévola Gónda Ke… hasta que noté que alguien me tiraba del manto, me volví y vi que se trataba De Puntillas, que esta vez había personificado su nombre acercándoseme de puntillas y en silencio por detrás. Lucía una amplia y triunfante sonrisa, así que al instante dije:

—¡Has sido tú quien ha hecho eso! Incendiar la aldea.

—No he sido yo, sino mis mujeres guerreras. Desde que las reuní, te hemos estado buscando todo el tiempo, Tenamaxtli. Te vi en aquella aldea de allá. Cuando te

marchaste les di órdenes a mis mujeres, y luego te he seguido hasta aquí. —Con cierto desprecio, añadió—: Ya he visto que no has encontrado partidarios.

Señalé hacia el humo.

—Pero ¿por qué hacer eso? Esos mexicas son inofensivos.

—Precisamente porque son inofensivos. Para demostrarte lo que nosotras, unas simples mujeres, somos capaces de hacer. Ven, Tenamaxtli, antes de que regresen los españoles. Ven a conocer a las primeras reclutas de tu ejército de rebelión.

La acompañé a la falda de una montaña que daba al lago, donde sus «guerreras» se habían reagrupado para esperarla después de atacar con antorchas los edificios de la aldea de Erasmo. Además De Puntillas había cuarenta y dos hembras de todas las edades, desde las que eran apenas núbiles hasta venerables matronas. Aunque su apariencia era agradable en diferentes grados —eso sí, todas ellas uniformemente calvas—, parecían saludables, robustas y decididas a demostrar su valor. Yo pensé con resignación: «Bueno, sólo son mujeres, pero son cuarenta y tres aliados más de los que he tenido hasta ahora…». Y entonces, de pronto, mi presuntuosidad masculina sufrió un revés.

—Pakápeti —le ladró una de las mujeres mayores—. Fuiste tú quien nos alistó en esta aventura. ¿Por qué nos pides ahora que aceptemos a este forastero como nuestro líder?

Confiaba en que De Puntillas dijera algo acerca de mis cualidades para el liderazgo, o por lo menos que mencionase el hecho de que aquella «aventura» era una idea mía originariamente, pero lo único que comentó, dirigiéndose a mi, fue:

—Tenamaxtli, muéstrales cómo funciona tu arcabuz.

Aunque considerablemente exasperado, hice lo que me decía: cargué el arma y luego disparé contra una ardilla que estaba encaramada en una rama de árbol no muy distante. (Esta vez, felizmente, le di a aquello a lo que apuntaba). La bola de plomo desintegró por completo al animalito, pero las mujeres manosearon con excitación los restos hechos trizas de la piel, se los pasaron unas a otras, cloquearon con admiración ante la capacidad de destrucción del palo de trueno y se quedaron maravilladas de que yo poseyera una cosa así. Luego, juntas, empezaron a pedir a voces que les enseñara a usar el arcabuz y que les dejase practicar con él por turnos.

—No —me negué con firmeza—. Si cada una de vosotras se procura uno, cuando los tengáis os enseñaré a usarlo.

¿Y cómo vamos a lograr eso? —me preguntó la misma mujer mayor en tono exigente; tenía la voz (y el rostro) de un cóyotl—. Los hombres blancos no suelen dejar sus armas sólo porque alguien se las pida.

—Aquí tenéis a alguien que os enseñar cómo hacerlo —dijo una voz nueva.

Se nos había unido la cuadragésimo cuarta mujer, y ésta no era calva, no era purepe: se trataba otra vez de la yaqui Gónda Ke, que de nuevo se entrometía en mis

asuntos. Era evidente que, en el poco tiempo que hacía que yo no la había visto, aquel demonio se había unido a la tropa de mujeres y se había congraciado con ellas, porque la escucharon con gran respeto mientras hablaba. Y ni siquiera yo encontré nada que oponer a lo que dijo:

—Entre vosotras hay muchachas bonitas. Y hay numerosos soldados españoles aquí, en Michoacán, que ocupan puestos avanzados del ejército o protegen las estancias de los terratenientes españoles. Sólo tenéis que llamar la atención de esos hombres, y con vuestra belleza y vuestras tretas de seducción…

—¿Sugieres que vayamos a horcajadas sobre el camino? —exclamó una de las jóvenes más bonitas, utilizando una expresión que connotaba prostitución o promiscuidad desenfrenada—. ¿Querrías que copulásemos con nuestros enemigos declarados?

Estuve tentado de decir que incluso los cristianos odiosos y sucios eran preferibles a las cabras machos y otras parejas por el estilo que ellas tenían a su disposición en Michoacán. Pero guardé silencio y dejé que respondiera Gónda Ke.

—Hay muchas maneras de liquidar a un enemigo en la guerra, joven. Y la seducción es un modo que les está negado a los combatientes varones. Deberías estar orgullosa de poseer una arma única y propia de nuestro sexo femenino.

—Bueno… —murmuró la muchacha que había protestado, un tanto suavizada.

Gónda Ke continuó hablando.

—Además, como mujeres purepes, tenéis otra ventaja única. Las hembras de los españoles son repelentemente peludas en la cabeza y en el cuerpo. Los soldados españoles sentirán curiosidad por… ¿cómo diríamos…? Por explorar a cualquier mujer total y tentadoramente desprovista de pelo.

La mayoría de aquellas cabezas calvas asintieron, indicando que estaban de acuerdo.

—Id hasta cada soldado o hasta cada puesto de guardia —continuó la mujer yaqui—, solas o en grupo, y ejerced vuestros encantos. Haced cualquier cosa que sea necesaria, ya sea para debilitar a los soldados con la lujuria o, si queréis llegar más lejos, para estrujarlos, dejándoles lacios e indefensos. Y luego les robáis sus palos de trueno.

—Y cualesquiera otras armas que puedan tenerme —apresuré a añadir—. Y también la pólvora y el plomo necesarios para que esas armas funcionen.

—¿Ahora mismo? —preguntaron varias de las mujeres, casi ansiosas—. ¿Podemos ir en este mismo instante a buscar a esos soldados?

—No veo por qué no —les contesté—, si verdaderamente estáis dispuestas a emplear vuestro atractivo femenino en nuestra causa. Pero comprenderéis que no he tenido tiempo todavía de pensar en ningún plan extenso de acción. Para que sea más seguro, tenemos que ser más. Y para encontrar a más, debo ir mucho más allá de esta

tierra.

—Yo iré contigo —dijo De Puntillas con decisión—. Si he podido reunir a todas estas mujeres en tan poco tiempo, seguro que puedo hacer lo mismo entre otros pueblos y naciones.

—Muy bien —acepté, ya que no tenía objeción alguna que hacer contra la compañía de tan emprendedora (y agradable) consorte—. Y puesto que tú y yo vamos a estar viajando —añadí, concediéndole con ello a De Puntillas con magnanimidad el rango de líder igual al mío—, sugiero, Pakápeti, que los dos juntos nombremos a un segundo en el mando aquí.

—Sí —convino ella; y echó un vistazo a las allí reunidas—. ¿Por qué no tú, camarada recién llegada?

Señaló hacia la mujer yaqui.

—No, no —respondió ésta tratando de parecer modesta y humilde—. Estas valientes mujeres purepes deberían tener como jefe a una de ellas. Además, igual que tú y Tenamaxtli, Gónda Ke tiene trabajo que hacer en otra parte. Por la causa.

—Entonces —dijo De Puntillas—, recomiendo a Kurápani. E indicó a la mujer con cara de eóyotl; otra que también tenía un nombre egregiamente equivocado, porque la palabra poré significa Mariposa. Estoy de acuerdo —indiqué; y le hablé directamente a Mariposa—. Pasará mucho tiempo antes de que podamos hacer la guerra como es debido contra los hombres blancos. Pero mientras Pakápeti y yo recorremos el país para buscar más reclutas, tú te encargarás de montar esa campaña para conseguir armas.

—¿Y nada más? —me preguntó la mujer al tiempo que me enseñaba el recipiente con ascuas que, de momento, era su única arma—. ¿No podemos además provocar algunos incendios?

—¡Ayyo, faltaría más! —exclamé—. De todo corazón estoy a favor de cualquier cosa que hostigue a los españoles y los preocupe. Además, los incendios que provoquéis en los puestos del ejército o en las haciendas distraerán su atención de otros preparativos de guerra que Pakápeti y yo podamos estar haciendo en otra parte. Sólo una cosa más, sin embargo, Mariposa. Por favor, no molestéis más a ninguna de estas aldeas que hay alrededor de Pátzcuaro. Ni el padre Vasco ni sus mexicas domesticados son nuestros enemigos. —La mujer asintió, aunque a regañadientes. Gónda Ke frunció el entrecejo y pareció dispuesta a desafiar mis instrucciones, pero yo le di la espalda y le hablé a De Puntillas—: Desde aquí iremos hacia el norte, y podemos empezar a caminar ahora mismo, si estás preparada. Veo que ya tienes el petate de viaje. ¿Hay algo más que necesites, algo que yo pueda proporcionarte?

—Si —respondió ella—. En cuanto sea posible, Tenamaxtli, quiero un palo de trueno para mí.

15

—Insisto —dijo De Puntillas unos diez o doce días después—. Quiero un palo de trueno para mí. Y probablemente ésta será la última oportunidad de que consiga uno.

Estábamos agazapados entre unos arbustos en un promontorio desde el que se divisaba un cuartel español. Sólo era una barraca de madera pequeña en la que había apostados dos soldados, armados y con armadura, con un corral cercado al lado que contenía cuatro caballos, dos de ellos ensillados y con riendas.

—Y también podríamos robar un caballo para cada uno de nosotros —añadió con impaciencia De Puntillas—. Estoy segura de que podríamos aprender a montarlos.

Nos encontrábamos en la frontera norte de Nueva Galicia. Todo lo que quedaba al sur lo llamaban cómodamente los españoles Tierra de Paz, y a lo que estaba al norte lo conocían como Tierra de Guerra; a esta zona que se extendía a lo largo de la frontera se la describía un poco borrosamente como Tierra Disputable. A lo largo de ella, de este a oeste, había puestos del ejército como aquél situados a unas cuantas carreras largas unos de otros, y patrullas a caballo se movían continuamente entre ellos. Los soldados estaban siempre alerta contra cualquier ataque causado por grupos guerreros procedentes de las naciones de la Tierra de Guerra.

Años atrás, aquellos mismos guardias u otros parecidos habían hecho poco caso cuando mi madre, mi tío y yo, que, obviamente, éramos unos viajeros inofensivos, cruzamos por algún lugar de aquella misma frontera en dirección al sur. Pero ahora no me atrevía a suponer que en esta ocasión los soldados pusieran tan poca atención como entonces. Y uno de los motivos de que pensara así era que estaba seguro de que hasta el guardia más negligente tendría mucho gusto en detener y registrar a una joven tan llamativamente poco común y atractiva como De Puntillas; y probablemente le haría algo más que eso.

—Bueno, ¿qué hacemos? —me preguntó ella clavándome un codo en las costillas.

—No estoy demasiado ansioso de compartirte con otro, en especial si ese otro es blanco —gruñí.

—¡Ayya! —se burló De Puntillas—. Pues no vacilaste en decirles a aquellas otras mujeres que fueran a postrarse y a prostituirse con ellos.

—No conocía tan íntimamente a esas otras mujeres como te conozco a ti. Ni ellas tenían consortes que objetasen que fueran a horcajadas por el camino. Tú si.

—Entonces mi consorte también puede rescatarme antes de que me mancillen sin redención. ¿Esperamos a que uno de esos hombres se marche y sólo nos quede uno del que ocuparnos?

—Sospecho que ninguno de los hombres se marchará hasta que no llegue una patrulla de algún otro puesto. Si de verdad estás decidida a ello, será mejor que

actuemos ahora. Mi arma está cargada. Ve y utiliza las tuyas: tu seducción. Cuando tengas a tu víctima completamente atontada y el otro esté boquiabierto, da un grito… de admiración extasiada, de emoción, de lo que sea… pero lo bastante fuerte como para que yo lo oiga. Y entonces entraré violentamente por la puerta. Estate preparada para agarrar y sujetar a tu hombre mientras yo mato al que mira. Luego, entre los dos, reduciremos al tuyo.

—El plan parece bastante sencillo. Los planes sencillos son los mejores.

—Esperemos que así sea. No te dejes llevar por la emoción tanto que se te olvide dar el grito.

De Puntillas me preguntó, tentadora:

—¿Tienes miedo de que quizá me guste el abrazo de un hombre blanco? ¿De que incluso llegue a preferirlo?

—No —repuse—. Cuando te hayas acercado lo suficiente a un hombre blanco como para poder olerlo, dudo que lo prefieras. Pero quiero hacer esto con rapidez. En cualquier momento llegará una patrulla.

—Entonces… ximopanolti, Tenamaxtli —dijo ella despidiéndose con toda formalidad a modo de burla.

Se levantó de entre los arbustos y comenzó a bajar por la cuesta, lentamente, pero sin ninguna formalidad, moviendo las caderas como si estuviera haciendo lo que nuestra gente llama el quequezcuicatl, «la danza de las cosquillas». Los soldados debieron de verla por algún agujero que habría en la pared de la barraca. Los dos se acercaron a la puerta y, excepto por una mirada significativa que intercambiaron entre ellos, la estuvieron observando con mirada impúdica mientras ella avanzaba; luego, amablemente se apartaron para que ella entrase, y la puerta se cerró detrás de los tres.

Esperé, esperé y esperé, pero no oí el grito de llamada de Puntillas. Al cabo de un rato considerable empecé a maldecirme por haber hecho mi plan demasiado sencillo. ¿Sospecharían los soldados que aquella mujer joven y bonita no viajaba sola? ¿Estarían simplemente reteniendo a su rehén mientras esperaban, con las armas dispuestas, a que el acompañante de ella apareciese? Por fin decidí que sólo había un modo de averiguarlo. Arriesgándome a que uno de los dos hombres siguiera mirando por el agujero, me puse en pie, con lo que quedé a la vista desde la barraca. Al percatarme de que no se producía ninguna explosión de pólvora, ni grito ni desafío, bajé corriendo del promontorio con el arcabuz dispuesto. Como parecía que nadie se había percatado todavía de mi presencia, crucé el terreno llano que se extendía ante la barraca y apoyé un oído contra la puerta. Lo único que pude oír fue una especie de coro de voces que gruñían. Aquello me dejó perplejo, pero era evidente que a De Puntillas no la estaban torturando para hacerla gritar, así que aguardé un poco más. Al final, incapaz de soportar la intriga, le di un empujón a la puerta.

No estaba cerrada, por lo que se abrió con facilidad hacia adentro permitiendo

que la luz del día entrase en el oscuro interior. En la pared trasera de la barraca, los guardias habían construido un estante con tablones, que probablemente utilizarían tanto de mesa para comer como de catre para dormir, pero que ahora estaban usando para algo distinto. Sobre aquel estante, De Puntillas estaba estirada, con las piernas desnudas separadas y el manto hecho un guiñapo alrededor del cuello. Se mantenía en silencio, pero se retorcía desesperadamente porque ambos soldados la estaban violando a la vez. De pie, y cada uno en el extremo opuesto del estante, habían introducido con brusquedad sus tepulis en los orificios inferior y superior de ella, y se sonreían el uno al otro con lascivia mientras bombeaban y gruñían.

Al instante descargué mi arcabuz, y a tan corta distancia no pude errar el blanco. El soldado que estaba de pie entre las piernas de Puntillas salió despedido lejos de ella contra la pared de la barraca; la coraza de cuero se rasgó y el pecho adquirió un color rojo vivo. Aunque la habitación quedó al instante llena de una nube de humo azul, pude ver al segundo soldado que también salió despedido hacia atrás, con lo que se alejó de la cabeza de Puntillas; y, curiosamente, éste también estaba empapado en sangre. Estaba claro que seguía vivo, pues gritaba como una mujer, pero obviamente no suponía para mí un peligro inmediato, porque con ambas manos se apretaba lo que quedaba de su tepuli, de donde la sangre manaba como del chorro de una fuente. No gasté tiempo en echar mano de mi otra arma, el cuchillo de obsidiana que llevaba en el cinturón, sino que simplemente le di la vuelta al arcabuz con una mano y lo agarré como si fuera una porra. Tendí la otra mano hacia el soldado que sufría terriblemente, quien se puso de pie tambaleante; le quité de un tirón el casco de metal y le golpeé la cabeza con la culata del arcabuz hasta que cayó muerto.

Cuando me separé de él y me di la vuelta, De Puntillas se había bajado del tablón como había podido y estaba de pie, tambaleándose; había dejado caer el manto que utilizaba para cubrir su desnudez mientras se atragantaba, tosía y comenzaba a escupir en el suelo de tierra. Su rostro, allí donde no estaba manchada de jugos viscosos, tenía un color verdoso y enfermizo. La agarré por un brazo, la saqué a toda prisa al aire libre y empecé a decirle:

—Habría venido antes, Pakápeti…

Pero ella se limitó a apartarse de mí tambaleante, sin dejar de emitir sonidos ahogados, para ir a apoyarse en la valla del corral de los caballos, donde un tronco de árbol ahuecado que hacía las veces de abrevadero contenía agua para los animales. Sumergió la cabeza debajo del agua y la echó varias veces hacia atrás para hacer gárgaras con el agua en la boca y luego escupirla; mientras tanto había formado un recipiente con las manos y se echaba agua por debajo del manto para lavarse las partes bajas. Cuando por fin se sintió lo suficientemente limpia o compuesta como para hablar, empezó a hacerlo, aunque atragantándose y teniendo arcadas entre palabra y palabra.

—Ya lo has visto… no podía… gritar…

—No hables —le recomendé—. Quédate aquí y descansa. Tengo que ocultar los cadáveres.

Sólo el hecho de mencionar a aquellos hombres hizo que la cara se le descompusiera y se le volviera gris de nuevo, así que la dejé y me dirigí a la barraca. Mientras arrastraba a uno de los hombres muertos y luego al otro y los sacaba por la puerta cogiéndolos por los pies, se me ocurrió una idea. Corrí de nuevo a lo alto del promontorio y vi que no se divisaba ninguna patrulla ni ningún otro ser que se moviera ni al este ni al oeste. De modo que bajé corriendo otra vez al lugar donde estaban los soldados y, con torpeza, pero con la mayor rapidez que pude, les desaté las diversas piezas de metal y de cuero de las armaduras. Cuando puse al descubierto el uniforme de gruesa lona azul que llevaban debajo, también se lo arranqué del cuerpo. Varias de las prendas estaban destrozadas por el impacto de mi arcabuz o empapadas de sangre. Pero salvé y puse aparte una camisa, unos pantalones y un par de robustas botas militares. Una vez desnudos, los cadáveres resultaban bastante más fáciles de mover, pero cuando por fin acabé de arrastrarlos a ambos hasta el lado más alejado del promontorio, yo estaba jadeando y sudando profusamente. Allí los matorrales eran muy espesos, y creo que realicé un trabajo bastante meritorio escondiéndolos a ellos y a lo que quedaba de sus armas entre la maleza. Luego, ayudándome con una de aquellas camisas suyas rotas, volví sobre mis pasos y borré los trazos que había dejado (mis propias huellas, las manchas de sangre, las ramitas rotas y las hojas en desorden), esforzándome todo lo posible porque no se notasen.

El humo se había disipado de la barraca ya, así que entré en ella otra vez y cogí los dos arcabuces que los soldados no habían tenido ocasión de usar, las bolsas de cuero en las que guardaban las bolas y la pólvora, dos cantimploras de metal y un buen cuchillo afilado de acero. También había una bolsa con carne seca y fibrosa que me pareció que valía la pena llevarse y unas tiras de cuero y cuerdas. Mientras recogía esas cosas, vi que el suelo de tierra estaba muy salpicado de sangre que se iba ya coagulando, de modo que utilicé el cuchillo para levantar la superficie de tierra y luego empecé a apisonarla de nuevo con los pies. Estaba ocupado en eso cuando se me ocurrió una cosa; me detuve y miré con más detenimiento por todo el suelo a mi alrededor.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó De Puntillas con impaciencia. Estaba apoyada contra la jamba de la puerta, lánguida, todavía con aspecto enfermo y desgraciado—. Ya los has escondido. Tenemos que marcharnos de aquí.

Me di cuenta de que intentaba valientemente reprimir aquellos espasmos de nauseas que le revolvían el estómago, pero el pecho le latía a causa del esfuerzo.

—Quiero esconder cualquier rastro de ellos —le dije—. Hay… er… un pedazo que falta.

De Puntillas pareció de pronto aún más asqueada que antes, y las sacudidas de su pecho volvieron a convertirse en violentas arcadas mientras decía:

—No lo hice adrede… pero… con el ruido del trueno… mordí… y luego yo…

Tragó, con un golpe de flema, para reprimir el nudo que estranguló las palabras que iba a decir a continuación. Yo no necesitaba oír esas palabras. También tuve que tragar varias veces para evitar vomitar del modo menos viril.

De Puntillas desapareció de la puerta y yo me apresuré a acabar de apisonar el suelo de la barraca. Luego corrí una vez más a lo alto del promontorio para asegurarme de que no nos interrumpiera ninguna patrulla o algún viajero. Aunque ya me iba sintiendo muy cansado, continué, tratando de portarme como un hombre para infundir ánimo a la pobre De Puntillas, que estaba de nuevo haciendo gárgaras con el agua del abrevadero. Virilmente, vencí lo que habría sido la timidez natural de cualquiera ante unos animales tan enormes y desconocidos como los caballos, y me aproximé a ellos dentro del corral vallado. Me sorprendió un poco, aunque me envalentonó mucho, el ver que no retrocedían al sentirme ni me atacaban con los enormes cascos. Los cuatro animales se limitaron a mirarme con ojos de ciervo que denotaban una leve curiosidad, y uno de los dos animales que tenían el lomo descubierto se estuvo quieto y muy sumiso mientras le ponía sobre la espalda las diversas cosas que yo había saqueado de los soldados y de la barraca, atándolas encima de él con los pedazos de cuerda y las correas que había encontrado allí. Al ver que el animal continuaba sin dar señal de protesta, añadí a la carga mi petate de viaje y el de Puntillas. Luego me acerqué hasta donde ésta estaba sentada junto al abrevadero, acurrucada y pesarosa, y me incliné para ayudarla a ponerse de pie. De Puntillas dio un respingo, rechazó mi mano y dijo, casi en un gruñido:

—Por favor, no vuelvas a tocarme. Nunca más, Tenamaxtli.

—Haz un esfuerzo, levántate y ayúdame a llevar a los caballos, Pakápeti —murmuré para darle ánimos—. Como tú has dicho, tenemos que marcharnos de aquí. Y cuando estemos lejos y a salvo te enseñaré a matar españoles con tu propio palo de trueno.

—¿Por qué había de limitarme a matar españoles? —mascullό; escupió en el suelo y añadió con asco—: ¡Hombres!

Ahora hablaba de un modo incómodamente parecido a como lo hacía la bruja yaqui, Gónda Ke. Pero se puso en pie y, sin dar señal alguna de nerviosismo, cogió las riendas de un caballo ensillado y la cuerda que yo había atado alrededor del cuello del animal que llevaba la carga. Yo hice lo propio con los otros dos caballos, derribé a patadas un pedazo de valla para poder salir del corral y nos pusimos en marcha.

Yo confiaba en que, cuando llegase una patrulla a aquel puesto avanzado, los hombres que la componían quedarían confundidos con la inexplicable ausencia de los guardias y de todos sus animales, y perderían algún tiempo esperando a que

reaparecieran los ausentes antes de salir en su busca. Encontrara o no la patrulla los dos cadáveres, casi con certeza asumirían que el puesto había sido atacado por alguna partida de guerra procedente del norte. Y difícilmente se atreverían a adentrarse en su persecución en la Tierra de Guerra hasta que hubieran reunido un refuerzo considerable de otros soldados. Así que De Puntillas y yo y nuestras adquisiciones podríamos poner una buena distancia entre cualquiera que nos persiguiera y nosotros. No obstante, no nos dirigimos directamente al norte. Yo ya había calculado, por el punto en que se encontraba el sol en el cielo a cada hora del día, que debíamos de estar casi al este de mi ciudad nativa de Aztlán. Si había de empezar a reclutar guerreros de las tierras aún no conquistadas, ¿dónde mejor que allí? Así que fue en esa dirección en la que decidimos marchar.

La primera noche que pasamos en la Tierra de Guerra nos detuvimos junto a un manantial de agua potable. Atamos los caballos a unos árboles cercanos, cada uno de ellos con una correa larga para que pudiera pastar y beber, dispusimos un fuego pequeño y nos pusimos a comer un poco de carne seca de la que yo había llevado conmigo. Luego extendimos mantas, una al lado de otra, y, como De Puntillas seguía desconsolada y callada, alargué una mano para hacerle una caricia de consuelo. Ella me apartó con irritación la mano y me dijo con firmeza:

—Esta noche no, Tenamaxtli. Ambos tenemos muchas otras cosas en las que pensar. Mañana debemos aprender a montar los caballos y yo a manejar el palo de trueno.

A la mañana siguiente soltamos a los dos caballos ensillados; De Puntillas se quitó las sandalias y puso un pie descalzo en la pieza de madera colgante que allí había para tal propósito. Los dos habíamos visto a muchos españoles a caballo, así que no ignorábamos del todo el método de montar. De Puntillas necesitó un empujón mío para llegar hasta allí arriba, pero yo conseguí encaramarme en mi caballo utilizando para ello un tocón de árbol a modo de soporte. De nuevo los caballos no se quejaron en absoluto; resultaba evidente que estaban acostumbrados a que los montase no un solo amo, sino cualquiera que tuviera necesidad de ellos. Pateé al mío con los talones desnudos para que anduviera y luego traté de hacerle girar en círculo hacia la izquierda para permanecer cerca del lugar donde estábamos acampados.

Yo había visto a otros jinetes hacerlo; al parecer tiraban de una rienda para hacer ir la cabeza del caballo en la dirección deseada. Pero cuando así lo hice con fuerza de la rienda izquierda, sólo logré que el caballo me mirase de reojo con el ojo izquierdo… casi una de esas miradas de maestro de escuela que parecen decir mitad «te equivocas» y mitad «eres tonto». Entendí que el caballo trataba de darme una lección, de modo que hice una pausa para poder reflexionar. Quizá los jinetes a los que yo había observado sólo habían dado aparentemente un tirón de la cabeza de sus caballos a un lado y a otro. Después de experimentar un poco durante cierto tiempo,

descubrí que sólo tenía que dejar suelta la rienda del lado derecho con suavidad contra el cuello del caballo y éste torcía a la izquierda, como yo deseaba. Le impartí esa información a De Puntillas, y los dos nos sentamos con orgullo en nuestras sillas mientras los caballos describían círculos hacia la izquierda con paso majestuoso.

A continuación rocé los costados de mi caballo con los talones para hacer que avanzase más de prisa. El animal emprendió el andar balanceante que los españoles llaman trote, y aprendí otra lección. Hasta entonces yo había supuesto que montar en una silla de cuero agradablemente encorvado debía de ser más cómodo que estar sentado en algo rígido como una silla icpali. Me equivocaba. Aquello era atroz. Después de que aquel paso al trote me hubiera hecho botar tan sólo un rato muy breve, empecé a temer que el espinazo se me clavara en lo alto de la cabeza. Y estaba claro que al caballo no le estaba gustando estar debajo de mi trasero, que le golpeaba al subir y bajar; volvió la cabeza para dirigirme otra mirada de reproche y se puso de nuevo al paso. De Puntillas había sufrido la misma breve experiencia de verse dolorosamente golpeada desde debajo, así que los dos, de mutuo acuerdo, decidimos posponer cualquier intento de avanzar a velocidad hasta que tuviéramos suficiente práctica y pudiésemos estar montados a horcajadas durante algún tiempo.

De modo que, durante todo el resto del día, seguimos cabalgando al paso; llevábamos de las riendas a los otros dos caballos, que iban detrás de nosotros, y los seis marchábamos muy satisfechos con aquel paso sin prisas. Pero luego, casi a la puesta del sol, cuando encontramos otro lugar con agua donde pasar la noche, tanto De Puntillas como yo quedamos muy sorprendidos al encontrarnos tan rígidos que sólo conseguimos bajar de la silla muy despacio y con los huesos crujiendo. Hasta entonces no nos habíamos percatado de cuánto nos dolían los hombros y los brazos sólo de sujetar las riendas; de cómo nos dolían las costillas, como si nos las hubieran aporreado; de cómo nos sentíamos la entrepierna, igual que si nos la hubieran abierto con cuñas. Y las piernas no sólo las teníamos temblorosas y llenas de calambres por haber estado todo el día apretando los costados de los caballos, sino que además estaban en carne viva debido al roce de los laterales de cuero de las sillas. Aquellos dolores se me hacían difíciles de entender, pues habíamos cabalgado muy despacio y con comodidad. Empezaba a preguntarme por qué los hombres blancos habrían llegado a encontrar que los caballos eran un medio de transporte cómodo. De cualquier modo, De Puntillas y yo estábamos demasiado doloridos como para pensar en practicar con los arcabuces precisamente entonces, y aquella noche De Puntillas no tuvo necesidad de defenderse de ninguna tentativa amorosa por mi parte.

Pero al día siguiente nos sentimos intrépidos y determinamos cabalgar de nuevo, aunque esta vez por lo menos pudimos proveernos de ropas más protectoras que los mantos, los cuales nos dejaban las piernas desnudas y expuestas, por tanto, a las raspaduras. Saqué las diversas prendas de ropa española que había recogido. Aunque

De Puntillas se negaba, enojada, a ponerse nada que nos hubieran legado aquellos dos guardias fronterizos, si que la convencí para que se pusiera la camisa, los pantalones y las botas que yo había adquirido en la catedral. Eran con mucho demasiado grandes para ella, desde luego, pero sirvieron para nuestro propósito. Yo me puse las botas militares, la camisa azul y los pantalones del uniforme de uno de los soldados. Cuando emprendimos el camino traté de montar en el caballo sin silla que no llevaba fardo alguno, pensando que tal vez podría adaptarme mejor a su espalda desnuda. Pero no conseguí hacerlo. Incluso yendo al paso, pronto empecé a temer que el espinazo del caballo estaba separándome en dos, desde las nalgas hacia arriba. Abandoné el intento y volví a montar en el caballo ensillado.

Ayya, no me extenderé en relatar todos los sufrimientos y errores que De Puntillas y yo cometimos durante los días que siguieron. Baste decir que acabamos por acostumbrarnos a montar a horcajadas en los animales, lo mismo que se acostumbraron nuestros músculos, nuestra piel y nuestros glúteos. En realidad, con el tiempo, y como para demostrar la verdad del comentario que ella me había hecho en cierta ocasión, De Puntillas se convirtió en mucho mejor amazona que yo jinete, y se deleitaba en hacer gala de su proeza. Yo, por lo menos, logré no irle a la zaga una vez que aprendí a animar a mi caballo para que pasase directamente del paso al galope, en que era mucho más fácil ir sentado. Cualquier cosa menos sufrir los botes del trote.

Además, durante aquellos días, a medida que nuestros dolores y sufrimientos disminuían, le enseñé a De Puntillas a cargar y descargar el arcabuz, permitiéndole usar uno de los que les había quitado a los soldados. Para consternación mía, ella resultó también ser mejor que yo en aquello. Es decir, ella conseguía que la bola de plomo le diera a cualquier cosa a la que apuntase —aunque fuese a una distancia considerable— por lo menos tres veces de cada cinco, mientras que yo me habría considerado ducho si hubiera podido hacer lo mismo una vez de cada cinco. Sin embargo, mi orgullo masculino quedó a salvo cuando cambié el arma con ella, y nuestro respectivo porcentaje de aciertos cambió de acuerdo con el arma. Era evidente que por algún motivo los arcabuces de los soldados eran más certeros que la copia que el artesano Pochotl me había hecho a mi. Examiné con cuidado las tres armas que ahora teníamos en nuestro poder y no pude apreciar diferencia alguna entre ellos que explicase este fenómeno. Pero, desde luego, yo no era experto en esas cosas, como tampoco lo era Pochotl.

Así que, a partir de entonces, De Puntillas y yo llevábamos cada uno nuestro propio arcabuz robado. Yo estimé prudente llevarlos ocultos en las mantas de dormir enrolladas, y sólo sacábamos uno cuando De Puntillas deseaba cazar para que tuviéramos carne fresca. A De Puntillas le gustaba hacer de eso una tarea particular suya, y tenía inclinación a alardear de su puntería abatiendo conejos y faisanes. Pero le advertí que la pólvora era demasiado preciosa para desperdiciarla en seres tan

pequeños, sobre todo porque cuando aquella pesada bola le acertaba a uno de ellos no quedaba gran cosa del animal para comer. Desde entonces ella sólo apuntaba a ciervos y a jabalíes. Yo no deseché el arma que había fabricado Pochotl y que tanto trabajo le había costado manufacturar, sino que la guardé oculta entre nuestros bultos, por si alguna vez la necesitábamos.

Una de las noches que pasamos en las tierras del interior me aventuré de nuevo a acariciar a De Puntillas, que estaba acostada entre sus mantas a mi lado. Y de nuevo me rechazó.

—No, Tenamaxtli —me dijo—. Me siento impura. Debes de haber visto que me ha salido un rastrojo en la cabeza y… y en todas partes. Me parece que ya no soy una mujer purepe inmaculada como es debido. Hasta que esté…

Y se dio media vuelta y se quedó dormida.

Exasperado y frustrado, durante la cabalgada del día siguiente me aseguré de buscar una planta de amoli y desenterré la raíz. Aquella noche, cuando estaba agachado asando un jabalí en el fuego de la hoguera que habíamos encendido, también puse a hervir mi cantimplora de metal llena de agua. Cuando hubimos terminado de comer le dije a De Puntillas:

—Pakápeti, aquí tienes agua caliente, aquí tienes raíz de jabón y aquí tienes un buen cuchillo de acero que he afilado hasta conseguir la máxima agudeza. Tienes todas las facilidades para volver a convertirte en inmaculada.

De Puntillas respondió, airada:

—Creo que no voy a aceptarlo, Tenamaxtli. Me has vestido con ropa de hombre, así que he decidido dejarme crecer el pelo para parecer un hombre.

Naturalmente yo la reconvine y le hice ver que los dioses habían puesto a las mujeres hermosas en este mundo para otros y mejores propósitos que hacerse pasar por hombres. Pero ella se mostró muy testaruda, y llegué a la conclusión de que la profanación que había sufrido en aquel puesto de guardia había hecho que le resultase odioso el acto de copular y que De Puntillas estaba dispuesta a no volver a hacerlo nunca de nuevo ni conmigo ni con ningún otro hombre. En conciencia, yo no tenía ninguna objeción que hacer a eso. Sólo podía respetar aquella decisión suya y, entretanto, alimentar dos esperanzas. Una era la esperanza de que, puesto que ahora De Puntillas sabia usar un arcabuz, no tuviera el capricho de usar el suyo contra el varón que tenía más cerca, que era yo. Y esperaba también que pronto, durante el viaje, nos tropezásemos con alguna aldea donde las mujeres no hubieran decidido, por el motivo que fuera, rechazar las proposiciones de todos los hombres de la humanidad. En vez de eso, con lo que nos tropezamos un día a última hora de la tarde fue con algo totalmente imprevisto: una tropa de españoles a caballo, la mayoría de ellos armados y con armaduras, que cabalgaban por esta Tierra de Guerra; y nos los encontramos tan de repente que no tuvimos oportunidad de escapar. No se trataba,

como yo hubiera podido suponer, de un cuerpo de soldados que nos persiguiera a nosotros para vengarse de lo que habíamos hecho en el puesto avanzado fronterizo. Yo en ningún momento había dejado de mirar hacia atrás con cautela. Si hubiera visto la menor señal de que se nos acercaba alguna patrulla habría podido tomar las precauciones oportunas para que no nos capturasen. Pero aquella tropa se acercó a nosotros a caballo desde el lado más alejado de una colina que también estábamos subiendo, y resultó evidente que se sorprendieron tanto como nosotros cuando nos encontramos en lo alto.

No había nada que yo pudiera hacer excepto decirle a De Puntillas en poré:

—¡Estate callada!

Luego levanté una mano con gesto de camaradería hacia el soldado que iba en cabeza, el cual intentaba coger el arcabuz que llevaba colgado del cuerno de la silla de montar, y lo saludé cordialmente, como si él y yo estuviéramos acostumbrados a encontrarnos así cada día.

—Buenas tardes, amigo. ¿Qué tal?

—B-buenas tardes —tartamudeó él; y me devolvió el saludo con la mano con la que había intentado coger el arma.

No dijo nada más, sino que se sometió a la opinión de otros dos jinetes, hombres con uniformes de oficiales, los cuales se abrieron paso hasta mí con sus caballos.

Uno de ellos soltó una blasfemia terrible.

—¡Me cago en la puta Virgen! —Y luego, mirando el uniforme incompleto que yo llevaba puesto y las marcas del ejército de nuestros caballos, me preguntó en tono exigente y maleducado—: ¿Quién eres, don Mierda?

A pesar de lo intranquilo que me sentía, tuve el suficiente ingenio para decirle lo mismo que le había dicho al padre Vasco, que yo era Juan Británico, intérprete y ayudante del notario que servía al obispo de México.

El oficial se echó a reír con desprecio y exclamó:

—¡Y un cojón! —Era una expresión vulgar de incredulidad—. ¿Un indio a caballo? ¡Eso está prohibido!

Me alegré de que nuestros arcabuces, que estaban prohibidos de una forma mucho más estricta, no estuvieran a la vista y dije con humildad.

—Tú cabalgas en dirección a la Ciudad de México, señor capitán. Si te place te acompañaré hasta allí, donde el obispo Zumárraga y el notario De Molina me avalarán con toda seguridad. Ellos fueron quienes me proporcionaron personalmente los caballos para este viaje mío.

No sé si el oficial habría oído antes aquellos dos nombres, pero el hecho de que yo los pronunciara pareció mitigar un poco su incredulidad. Estaba menos malhumorado cuando me preguntó aún en tono exigente:

—¿Y quién es ese otro hombre?

—Mi esclavo y asistente —mentí, agradeciendo que ella hubiera elegido hacerse pasar por hombre; y le dije el nombre de ella en español—: Se llama De Puntillas.

El otro oficial se echó a reír.

—¡Un hombre que se llama De Puntillas! ¡Qué estúpidos llegan a ser estos indios!

El primero también se echó a reír; luego, pronunciando mal en son de burla mi nombre, dijo:

—Y tú, don Zonzón, ¿qué estás haciendo aquí?

Ya más compuesto, logré decir con toda soltura una mentira.

—Estoy en misión especial, señor capitán. El obispo desea conocer el temperamento de los salvajes que hay por aquí, en la Tierra de Guerra. Me han enviado a mí porque soy de su raza y hablo varias de sus lenguas, pero también estoy investido de autoridad española y cristiana.

—¡Joder! —exclamó con voz áspera—. Todo el mundo conoce ya el temperamento de estos salvajes. Y es un temperamento bastante feo. Asesinos. Sedientos de sangre. ¿Por qué te piensas que nosotros viajamos siempre en grupos tan numerosos? Pues para que no se atrevan a asaltarnos.

—Exactamente —convine con blandura—. Pienso informar al obispo de que quizá lograse suavizar el temperamento de los salvajes enviándoles misioneros cristianos para realizar trabajos humanitarios entre ellos, a la manera del padre Vasco de Quiroga.

De nuevo lo mismo: no sé si el oficial habría oído alguna vez hablar de aquel sacerdote, pero mi aparente familiaridad con tantos hombres de la Iglesia pareció por fin disipar todas sus sospechas. Añadió:

—Nosotros también tenemos encomendada una misión humanitaria. Nuestro gobernador de Nueva Galicia, Nuño de Guzmán, reunió esta compañía tan numerosa para escoltar a cuatro hombres hasta la Ciudad de México. Son tres valientes españoles cristianos y un leal esclavo moro, que durante mucho tiempo se habían dado por perdidos en esa lejana colonia llamada Florida. Pero de manera verdaderamente milagrosa se han abierto camino hasta aquí, tan cerca de la civilización. Ahora desean contar la historia de sus andanzas al marqués Cortés en persona.

—Y estoy seguro de que tú los llevarás a su destino sanos y salvos, señor capitán —le dije—. Pero se está haciendo tarde. Mi esclavo y yo teníamos intención de avanzar un poco más, sin embargo no hace ni una legua que hemos pasado por un buen charco, lo suficientemente grande como para que acampen todos tus soldados. Si me lo permites, regresaremos allí para guiaros, con tu venia, acamparemos con vosotros.

—Faltaría más, don Juan Británico —repuso él ahora con compañerismo—.

Guíanos hasta allí.

De Puntillas y yo dimos la vuelta a los caballos y, mientras la compañía nos seguía con sonidos metálicos, arrastrar de pies y otros ruidos estrepitosos, le traduje lo que habíamos dicho el oficial y yo. Ella me preguntó, de nuevo con voz temblorosa porque hablaba de hombres blancos:

—En el nombre de Curicaurl, el dios de la guerra, ¿por qué deseas pasar la noche con ellos?

—Porque el oficial ha hablado de ese carnicero que se llama Guzmán, el hombre que debilitó tu tierra de Michoacán y la reclamó como propia —le expliqué—. Yo creía que en estos parajes septentrionales no había españoles. Quiero averiguar lo que está haciendo Guzmán tan lejos de su Nueva Galicia.

—Haz lo que creas que debes hacer —me dijo De Puntillas con resignación.

—Y tú, De Puntillas, por favor, trata de pasar desapercibida. Deja que los hombres blancos capturen su propia caza para la cena. Por favor, no saques el palo de trueno para mostrarles el dominio que tienes de él.

El oficial, que se llamaba Tallabuena y tenía sólo el rango de teniente, aunque yo para caerle en gracia continué llamándole capitán, se sentó a mi lado ante la hoguera del campamento. Mientras los dos dábamos buena cuenta de una jugosa carne de ciervo asado, me confió con mucha libertad lo que yo deseaba saber sobre ese gobernador Guzmán.

—No, no, no ha llegado tan lejos por el norte. Sigue residiendo en Nueva Galicia, allí está a salvo. El astuto Guzmán sabe que no le conviene arriesgar ese gordo culo suyo aquí, en la Tierra de Guerra. Pero ha establecido su capital justo en la frontera norte de Nueva Galicia, y espera convertirla en una hermosa ciudad.

—¿Por qué? —le pregunté—. La antigua capital de Michoacán estaba en la orilla del Lago de los Juncos, lejos al sur.

—Guzmán no es pescador. Su provincia natal allá, en Vieja España, es tierra de minas de plata. Por lo tanto espera hacer aquí fortuna a partir de la plata. Así que fundó su capital en una región cercana a la costa donde sus buscadores han descubierto ricas venas de ese metal en bruto y de otros. La ha llamado Compostela. Hasta ahora sólo está formada por él, esos compinches suyos que son sus aduladores favoritos y su cuadro de tropas, pero llevará esclavos nativos para que se maten a trabajar bajo tierra extrayendo la plata para él. Compadezco a esos pobres desgraciados.

—Yo también —murmuré al tiempo que decidía que De Puntillas y yo nos dirigiríamos más al noroeste cuando prosiguiéramos el viaje para no tropezarnos con la tal Compostela. Sin embargo, me preocupaba que aquel carnicero de Guzmán hubiera fundado su nueva ciudad tan cerca de mi Aztlán nativa. Por lo que yo calculaba, no estaba a más de cien largas carreras de distancia.

—Pero ven, don Juan —dijo entonces Tallabuena—. Ven a conocer a los héroes del momento.

Me guió hasta donde estaban comiendo los tres héroes. Varios soldados de rango inferior los estaban atendiendo con devoción; los agasajaban con las porciones más delicadas de carne de ciervo, les servían vino de unas bolsas de cuero y saltaban dispuestos a cumplir hasta el más mínimo deseo de ellos. También estaba a su servicio un hombre vestido con ropa de fraile apropiada para viajar, el cual todavía trataba de ganarse el favor de ellos de una forma aún más servil. Los héroes, por lo que pude ver, en origen habían sido de piel blanca, pero ahora estaban tan quemados por el sol que tenían la piel incluso más oscura que la mía. El cuarto hombre, a quien también se habría considerado un héroe si hubiera sido blanco, estaba sentado comiendo solo, aparte y sin que nadie le sirviera. Era negro y el sol no habría podido ponerlo más negro.

Yo nunca más volvería a ver a esos hombres después de aquella noche. Pero aunque entonces no podía saberlo, el tonali de cada uno de ellos estaba tan ligado al mío que nuestras vidas futuras —y otras incontables vidas, e incluso los destinos de naciones— estarían inseparablemente entrelazadas. De manera que contaré aquí lo que aprendí acerca de ellos y cómo entablé amistad con uno de ellos en el breve tiempo que pasó antes de que nos separásemos para siempre.

16

Al líder de los héroes todos se le dirigían por su nombre de pila, don Alvaro. Pero cuando me lo presentaron me extrañó que los españoles se hubieran reído del nombre De Puntillas, porque el apellido de este hombre Alvaro era Cabeza de Vaca. A pesar de un apelativo tan poco favorable, sus compañeros y él verdaderamente habían realizado una hazaña heroica. Tuve que componer las piezas de su historia por la conversación que mantenían con los soldados que los atendían y por lo que me contó el teniente Tallabuena; porque los tres héroes, después de haberme saludado con bastante cortesía, no volvieron a hablarme directamente. Y una vez que conocí su historia, difícilmente puedo culparlos por no querer tener nada que ver con indio alguno.

Sé que Florida significa «lleno de flores» en lengua española, pero hasta el día de hoy sigo sin saber dónde está situada exactamente la tierra que lleva ese nombre. Dondequiera que esté, debe de ser un sitio terrible. Más de ocho años antes, este hombre llamado Cabeza de Vaca, sus compañeros supervivientes y algunos otros cientos de hombres blancos, junto con sus caballos, armas y provisiones, se habían hecho a la mar desde la colonia de la isla de Cuba con la intención de establecer una nueva colonia en esa tierra llamada Florida.

Desde que se hicieron a la mar los acosaron las tormentas primaverales, que son malísimas. Luego, cuando por fin llegaron a tierra, se encontraron con otros problemas que los llenaron de consternación. Donde el paisaje de Florida no se hallaba cubierto de densos bosques prácticamente impenetrables, estaba surcada de veloces ríos, que se entrecruzaban y eran difíciles de vadear, o cubierta de pantanos calientes y fétidos, y en esas tierras tan agrestes los caballos resultaban casi inútiles. Animales rapaces de los bosques acechaban a los aventureros, las serpientes y los insectos los mordían y les picaban, y los afligían las fiebres letales de los pantanos y otras enfermedades. Mientras tanto, los habitantes nativos de Florida no estaban nada contentos de recibir a aquellos invasores de piel pálida, sino que iban acabando con ellos, uno tras otro, con flechas que disparaban emboscados desde los árboles en los que se ocultaban, o bien en campo abierto, atacándolos frontalmente en gran número. Los españoles, extenuados por el viaje y debilitados por las enfermedades, sólo podían oponer una débil resistencia, y cada vez se sentían más debilitados por el hambre, porque los indios se llevaban sus animales domésticos y quemaban las cosechas de maíz y otros comestibles antes de que avanzasen los hombres blancos. (A mí me parecía increíble, pero resultaba evidente que los supuestos colonizadores eran incapaces de alimentarse a base de la abundancia de animales, aves, peces y plantas que cualquier tierra salvaje ofrece a hombres emprendedores y de iniciativa). De todos modos, el número de españoles disminuía de manera tan alarmante que los que

quedaban abandonaron toda esperanza de sobrevivir en aquel lugar. Dieron media vuelta y retrocedieron hasta la costa. Una vez allí, se percataron de que las tripulaciones de sus barcos, sin duda dándolos por perdidos, se habían hecho a la mar y los habían dejado abandonados en aquella tierra hostil.

Desanimados, enfermos, temerosos, asediados por todas partes, optaron por el recurso desesperado de construir barcos nuevos. Y lo hicieron: cinco barcas hechas con ramas de árboles y hojas de palmera atadas con cuerdas que fabricaron con crines y colas de caballo trenzadas; las calafatearon con brea de pino y les pusieron velas que improvisaron cosiendo sus propias ropas. Para entonces ya habían matado a los caballos que les quedaban para comerse la carne, y habían utilizado las pieles para hacer bolsas donde llevar agua potable. Cuando por fin las barcas soltaron las amarras, sus cinco patrones —Cabeza de Vaca era uno de ellos— no las condujeron hasta alta mar, sino que se mantuvieron a una prudencial distancia desde donde podía verse la línea de la costa, pues pensaban que si la seguían lo suficiente en dirección oeste, con el tiempo tendrían que llegar por fuerza a las costas de Nueva España.

Hallaron el mar y la tierra igualmente hostiles, pues tanto la tierra como el agua eran azotados frecuentemente por tormentas, ahora frías tormentas de invierno, con vientos que lo barrían todo a su paso y con lluvias torrenciales. Incluso en tiempo de calma había otra clase de lluvia, la de flechas, que procedía de los indios que salían a acosarlos en canoas de guerra. Los escasos víveres se les acabaron y las bolsas de cuero sin curtir se pudrieron en seguida, pero cada vez que los españoles intentaban desembarcar para ver de renovar las provisiones, un nuevo enjambre de flechas los repelía desde tierra. Inevitablemente, las cinco barcas se separaron. Cuatro de ellas no volvieron a verse ni se oyó de ellas de nuevo. La barca que quedó, la que llevaba a bordo a Cabeza de Vaca y a varios de sus camaradas, logró, al cabo de mucho tiempo, llegar a tierra.

Los hombres blancos, ahora apenas vestidos, medio muertos de hambre, con el frío calado hasta los huesos y debilitados casi hasta la decrepitud, hallaron de vez en cuando alguna tribu nativa, tribus que aún no estaban informadas de que las estaban invadiendo, dispuesta a alimentar y a dar cobijo a los forasteros. Pero a medida que los hombres blancos, sin arredrarse en absoluto, continuaron hacia el oeste con la esperanza de hallar Nueva España, encontraron más oposición que socorro, y cada vez con mayor frecuencia. A medida que iban cruzando bosques, extensas praderas, ríos increíblemente anchos, altas montañas y desiertos secos, los fueron capturando distintas tribus o bandas de indios errantes, una detrás de otra. Los captores los esclavizaban, los ponían a trabajar en tareas durísimas, los maltrataban, los azotaban y los mataban de hambre. «Los condenados diablos rojos —le oí comentar a Cabeza de Vaca— incluso dejaban que aquellos mocosos suyos del infierno se divirtieran a nuestra costa arrancándonos mechones de la barba». Y en cada uno de esos

cautiverios los españoles se las ingeniaron para escaparse, aunque perdiendo cada vez a uno o más de ellos, que moría o era capturado de nuevo. Qué habría sido de aquellos camaradas que dejaron atrás era algo que nunca sabrían.

Cuando por fin, al cabo de mucho tiempo, consiguieron llegar a los aledaños remotos de Nueva España, sólo quedaban vivos cuatro de ellos: tres blancos —Cabeza de Vaca, Andrés Dorantes y Alonso del Castillo— y Estebanico, el esclavo negro que pertenecía a Dorantes. Aparte de haberle oído comentar a Castillo que habían cruzado un continente entero —y yo sólo tengo una vaguísima idea de lo que es un continente—, no tengo modo de calcular cuántas leguas y carreras largas se vieron obligados a recorrer tan dolorosamente aquellos hombres. Lo único que ellos y yo sabemos con certeza es que tardaron ocho años en hacerlo. Habrían hecho el viaje en menos tiempo, desde luego, si hubieran podido mantenerse cerca de la costa del mar Oriental. Pero sus diferentes captores se los habían ido pasando de mano en mano entre tribus que cada vez moraban más hacia el interior; y sus escapadas de esos cautiverios los habían empujado aún más hacia el interior, de modo que, cuando por fin se tropezaron con un grupo de soldados españoles que se habían adentrado audazmente patrullando en la Tierra de Guerra, se encontraban muy cerca de la costa del mar Occidental.

Aquellos soldados, sobrecogidos a causa del respeto y la admiración y bastante incrédulos ante la historia que relataban los forasteros, los escoltaron hasta un puesto avanzado del ejército, donde los vistieron, los alimentaron y luego los trajeron a Compostela. El gobernador Guzmán les proporcionó caballos, una escolta más numerosa, al fraile Marcos de Niza para que se encargara de sus necesidades espirituales y los puso en el sendero campo a través hacia la Ciudad de México. Allí, les había asegurado Guzmán, se los honraría y festejaría y se harían todas las celebraciones que merecían. Y durante todo el camino los héroes habían contado una y otra vez su historia a cualquier persona que se encontraran y a cualquier oyente ávido. Yo escuchaba con tanta avidez como el que más, y con admiración no fingida.

Había muchas preguntas que me hubiera gustado hacerles de no haberme ignorado ellos con tanta diligencia. Pero no pude evitar oír que fray Marcos les hacía precisamente algunas de las preguntas que a mí me rondaban por la cabeza. Pareció frustrado, y yo también, cuando los héroes protestaron diciendo que eran incapaces de proporcionarle esta o aquella información que el fraile quería. Así que me acerqué al hombre negro, que estaba sentado aparte. Ahora bien, el sufijo «-ico» que los españoles habían añadido a su nombre es un diminutivo condescendiente como el que se usa cuando uno se dirige a un niño, así que tuve cuidado de dirigirme a él como es debido, como a un adulto.

—Buenas noches, Esteban.

—Buenas… —murmuró él mientras miraba con bastante recelo a un indio que

hablaba español.

—¿Puedo hablar contigo, amigo?

—¿Amigo? —repitió, como si se sorprendiera de que me dirigiera a él como a un igual.

—¿Es que acaso no somos los dos esclavos de los hombres blancos? —le pregunté—. Aquí estás tú sentado, desdeñado, mientras tu amo se enorgullece y se regodea en las atenciones que recibe. Me gustaría conocer algo de tus aventuras. Toma, tengo pocíetl. Fumemos juntos mientras yo te escucho.

Aquel hombre seguía mirándome con cautela, pero o yo había conseguido establecer cierta comunicación cortés entre los dos, o sencillamente él estaba deseando que le escucharan. Empezó preguntándome:

—¿Qué quieres saber?

—Sólo que me cuentes lo ocurrido durante los últimos ocho años. He oído lo que recuerda el señor Cabeza de Vaca.

Ahora cuéntame tus recuerdos.

Y así lo hizo. Desde que la expedición desembarcó por primera vez en aquel lugar llamado Florida, pasando por todas las decepciones y desastres que afligieron y diezmaron a los fugitivos supervivientes mientras atravesaban las tierras desconocidas de este a oeste. Su relato difería del de los hombres blancos sólo en dos aspectos. Estaba claro que Esteban había sufrido todas las heridas, dificultades y humillaciones que los demás viajeros habían sufrido, pero ni más ni menos. Hizo bastante énfasis en esto en su relato, como si así afirmase que aquellos sufrimientos comunes le habían conferido una cierta igualdad con sus amos.

La otra diferencia entre su relato y el de ellos era que Esteban se había tomado la molestia de aprender por lo menos algunos fragmentos de las diferentes lenguas que hablaban los pueblos en cuyas comunidades habían pasado algún tiempo. Yo nunca había oído antes el nombre de ninguna de aquellas tribus. Esteban me dijo que vivían lejos, al nordeste de esta Nueva España. Las dos últimas o las más cercanas tribus que habían tenido en cautividad a los viajeros se hacían llamar, me dijo, akimoel oóotam, o pueblo del río, y toóono oóotam, o pueblo del desierto. Y de todos los «condenados diablos rojos» con que se habían encontrado, éstos eran los más diabólicamente diabólicos. Guardé los dos nombres en mi memoria. Quienesquiera que fueran aquellos pueblos y dondequiera que estuvieran, parecían candidatos aptos para alistarlos en mi ejército rebelde privado.

Cuando Esteban hubo terminado su relato, los demás que se encontraban en torno a la hoguera ya se habían enrollado en sus mantas y se habían dormido. Yo estaba a punto de hacerle las preguntas que no había podido formularles a los hombres blancos, cuando oí una pisada sigilosa detrás de mí. Me di la vuelta con brusquedad y me encontré con De Puntillas, que me preguntó en un susurro:

—¿Estás bien, Tenamaxtli?

Le respondí en poré:

—Claro que si. Vuelve a dormirte, Pakápeti. —Y repetí lo mismo en español para que Esteban me entendiera—: Vuelve a dormirte, hombre mío.

—Estaba dormida, pero me desperté con el repentino temor de que estas bestias hubieran podido hacerte daño o te hubieran atado como a un prisionero. ¡Ayyo, esta bestia es negra!

—No importa, querida mía. En todo caso es una bestia amistosa. Pero gracias por preocuparte.

Cuando De Puntillas se alejaba sigilosamente, Esteban se echó a reír sin ganas y dijo en tono de burla:

—¡Hombre mío!

Me encogí de hombros.

—Hasta un esclavo puede ser dueño de otro esclavo.

—Me importa un pedo oloroso y maduro cuántos esclavos tienes. Y puede que ése sea esclavo y tenga el pelo tan corto como yo, pero hombre no es.

—Calla, Esteban. Es un engaño, sí, pero sólo para evitar cualquier riesgo de que estos tunantones casacas azules abusen de ella.

—No me importaría abusar un poco yo mismo —comenté; y sonrió, enseñando los dientes blancos en la oscuridad al hacerlo—. Unas cuantas veces durante nuestro viaje he probado a mujeres rojas, y desde luego que las he encontrado sabrosas. Y ellas no me encontraron a mí más desagradable que si hubiera sido blanco.

Probablemente. Supongo que, incluso entre las personas de mi propia raza, una mujer lo bastante impúdica como para estar tentada a probar carne extranjera raramente consideraría que la carne negra es más espantosa que la blanca. Pero al parecer Esteban tomaba aquella falta de exigencia de las mujeres por otra muestra —aunque fuera una muestra patética— de que allí, en las tierras desconocidas, él era el igual de cualquier hombre blanco. Estuve a punto de confiarle que yo en una ocasión había gozado de una mujer de su raza, o por lo menos medio negra, y no había encontrado dentro de ella nada diferente a cualquier mujer «roja». Pero en lugar de eso, sólo dije:

—Amigo Esteban, creo que te gustaría regresar a esas tierras lejanas.

Ahora fue él quien se encogió de hombros.

—Ni siquiera en la cautividad más cruel fui el esclavo de ningún hombre.

—Entonces, ¿por qué no te vuelves allí? Vete ahora. Roba un caballo. Yo no daré la alarma.

Hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—He sido un fugitivo durante estos ocho años. No quiero que los cazadores de esclavos me persigan durante el resto de mi vida. Y ten la seguridad de que lo harían

aunque tuvieran que adentrarse en tierras salvajes.

—Quizá… —dije yo pensativo—. Quizá podamos idear algún motivo para que vayas allí legalmente, y con la bendición de los hombres blancos.

—¿Ah, si? ¿Cómo?

—He oído a ese fray Marcos haciendo preguntas…

Esteban se echó a reír de nuevo, y dijo, otra vez sin ganas:

—Ah, el galicoso.

—¿Qué? —le pregunté.

Si yo había entendido bien la palabra, Esteban había descrito a fray Marcos como alguien que padece una enfermedad vergonzosa en extremo.

—Era una broma. Un juego de palabras. Tenía que haber dicho el galicano.

—Pues sigo sin…

—El francés, entonces. El es de Francia. Marcos de Niza no es más que la transformación en español de su verdadero nombre, Marc de Nice, y Nice es un lugar de Francia. Ese fraile es un reptil, como todos los franceses.

—Me da igual que tenga escamas —le dije con impaciencia—. ¿Quieres escucharme, Esteban? El fraile ha estado sonsacando información a tus camaradas blancos sobre las siete ciudades. ¿A qué se refería?

—¡Ay de mí! —exclamó; y escupió con asco—. Es una antigua fábula española. Yo la he oído muchas veces. Las Siete Ciudades de Antilia. Se supone que son ciudades construidas con oro, plata, piedras preciosas, marfil y cristal, que están situadas en alguna tierra hasta ahora nunca vista mucho más allá del mar Océano. Esa fábula se ha estado repitiendo desde un tiempo anterior al tiempo. Cuando se descubrió este Nuevo Mundo, los españoles se esperaban encontrar aquí esas ciudades. Nos llegaron rumores, incluso en Cuba, de que los otros, los indios de Nueva España, podríais decirnos, si quisierais, dónde se encuentran. Pero yo ahora no te lo estoy preguntando, amigo, no me malinterpretes.

—Pregunta si quieres —le conminé—. Puedo responder con honradez que hasta ahora nunca había oído hablar de ellas. ¿Has visto tú o los otros algo así durante vuestros viajes?

—¡Mierda! —gruñó Esteban—. En todas esas tierras que hemos atravesado, a cualquier aldea de ladrillos de barro y paja la llaman ciudad. Esa es la única clase de ciudades que vimos. Feas, desgraciadas, miserables, piojosas y malolientes.

—El fraile se mostró muy insistente en sus preguntas. Cuando los tres héroes protestaron y alegaron total ignorancia acerca de tan fabulosas ciudades, me pareció que fray Marcos incluso sospechaba que le ocultaban algún secreto.

—¡Ya lo creo que si, el muy reptil! Cuando estuvimos en Compostela me dijeron que todos los hombres que lo conocen lo llaman el Monje Mentiroso. Naturalmente el Monje Mentiroso sospecha que todo el mundo miente.

—Bien… ¿Alguno de los indios con los que os encontrasteis insinuó la existencia de…?

—¡Mierda y mierda! —exclamó Esteban en voz tan alta que tuve que indicarle otra vez que bajara el tono por temor a que alguien se despertase—. Pues si, lo insinuaron, será mejor que lo sepas. Un día, cuando estábamos entre el Pueblo del Río, que nos utilizaban como animales de carga cuando se trasladaban de uno de los feos meandros del río a otro, nuestros capataces señalaron hacia el norte y nos dijeron que en aquella dirección se asentaban seis grandes ciudades del Pueblo del Desierto.

—Seis —repetí—. ¿No siete?

—Seis, pero por lo visto eran grandes ciudades. Lo cual quiere decir que lo más probable es que para esos estúpidos las ciudades tuvieran cada una más de un puñado de casas de barro y quizá un pozo de agua del que poder abastecerse.

—¿No las riquezas de esa fabulosa Antilia?

—¡Oh, pues claro que si! —reconoció Esteban con sarcasmo—. Nuestros indios del Pueblo del Río nos explicaron que ellos comerciaban con pieles de animales, conchas del río y plumas de pájaros con los habitantes de aquellas elegantes ciudades, y a cambio conseguían grandes riquezas. Se ha de tener en cuenta que ellos llamaban riquezas sólo a esas piedras baratas azules y verdes que vosotros los indios tanto veneráis.

—Entonces, ¿nada que pudiese suscitar la avaricia de los españoles?

—¿Quieres escucharme, hombre? ¡De lo que estamos hablando es de un desierto!

—Entonces… ¿tus compañeros no le están ocultando nada al fraile?

—¿Ocultándole qué? Yo era el único que comprendía los idiomas de los indios. Mi amo Dorantes sólo sabe aquello que yo le traducía. Y era bastante poco, porque poco había que decir.

—Pero supónte que… ahora… tú te llevases aparte a fray Marcos y le susurrases al oído que los hombres blancos le están ocultando un secreto. Que tú conoces el paradero de ciudades realmente ricas.

Esteban me miró boquiabierto.

—¿Que le mienta? ¿Qué ganaría yo con mentirle a un hombre al que se le conoce como el Monje Mentiroso?

—Según mi experiencia, los mentirosos son las personas más dispuestas a creer mentiras. Al parecer el fraile ya se cree esa fábula de las Siete Ciudades de Antilia.

—¿Y qué? ¿Le digo que es verdad que existen? ¿Y que yo sé dónde están? ¿Por qué habría yo de hacer eso?

—Como te he sugerido hace un rato, para que puedas volver a esas tierras donde no eras un esclavo; donde encontraste que las mujeres nativas eran de tu agrado; y para volver allí en esta ocasión no como un fugitivo.

—Hmm… —murmuró Esteban, considerándolo.

—Convence al fraile de que puedes llevarlo a esas ciudades de inmensurable riqueza. Se dejará convencer con facilidad si cree que estás revelándole algo que los héroes blancos no le quieren contar. Supondrá que ellos están esperando para revelarle el secreto al marqués Cortés. Se regocijará con la ilusión de que, con tu ayuda, él puede llegar hasta esas riquezas antes que Cortés o que cualquier buscador de tesoros que Cortés pueda enviar. Y lo organizará para que tú lo lleves allí.

—Pero… ¿y qué pasará cuando lleguemos allí y yo no tenga nada que enseñarle? Sólo hay risibles conejeras de barro, guijarros azules sin valor y…

—Ahora eres tú, amigo, el que se está comportando como un estúpido. Guíalo hasta allí y ocúpate de que se pierda. Eso te resultará bastante fácil. Si alguna vez él llega a encontrar el camino de regreso hasta aquí, hasta Nueva España, sólo podrá informar de que lo más probable es que te hayan asesinado los vigilantes que guardan esos tesoros.

La cara de Esteban empezó a resplandecer, si es que el negro puede resplandecer.

—Sería libre…

—Ciertamente merece la pena intentarlo. Ni siquiera hace falta que mientas, si es eso lo que te inquieta. La propia avaricia y carácter deshonesto del fraile le proporcionarán a su mente la exageración necesaria para convencerle.

—¡Por Dios, claro que voy a hacerlo! Tú, amigo, eres un hombre sabio e inteligente. ¡Tú deberías ser el marqués de toda Nueva España!

Puse modestos reparos, pero debo confesar que yo también resplandecía de orgullo por el complicado plan que estaba poniendo en marcha. Esteban, desde luego, no sabía que yo lo estaba utilizando para llevar adelante mis planes secretos, pero no por ello dejaría él de beneficiarse. Sería libre de cualquier amo por primera vez en su vida, y libre de aprovechar la oportunidad de permanecer libre entre los habitantes de aquel lejano Pueblo del Río, y libre para retozar cuanto quisiera, u osase, con sus mujeres.

He relatado gran parte de nuestra conversación, que duró toda la noche, al detalle porque ello aclarará la explicación —que daré en su debido momento— de cómo en realidad mi encuentro con los héroes y el fraile redundó en beneficio de la realización de mi plan para derrocar a los hombres blancos. Y aún había en reserva otro encuentro más para darme más ánimo. Para cuando Esteban y yo terminamos de hablar, ya estaba clareando el día, y con la mañana llegó una más de esas aparentes coincidencias que los dioses, en su maliciosa interferencia con las obras de los hombres, están ideando continuamente.

De improviso llegaron cuatro nuevos soldados españoles a caballo procedentes de la misma dirección por la que De Puntillas y yo habíamos venido; entraron con estruendo en el campamento y despertaron con un sobresalto a todos los que nos encontrábamos allí. Cuando me enteré de que le hablaban a voces al teniente

Tallabuena, sentí un gran alivio; aquellos hombres no nos iban persiguiendo a De Puntillas y a mí. Los caballos estaban profusamente cubiertos de espuma, luego era evidente que habían estado cabalgando mucho y durante toda la noche. Si habían pasado por el puesto de guardia que había bastante más atrás, al parecer no se habían detenido a prestarle atención alguna.

—¡Teniente! —gritó uno de los recién llegados—. ¡Ya no está bajo el mando de ese zurullón Guzmán!

—Alabado sea Dios por eso —repuso Tallabuena mientras se frotaba los ojos para quitarse el sueño—. Pero ¿por qué no lo estoy?

El jinete se dejó caer del caballo de un salto, le echó las riendas a un soldado somnoliento y exigió:

—¿Hay algo de comer? ¡Tenemos las hebillas del cinturón rozándonos el espinazo! Ay, han llegado noticias de la capital, teniente. El rey por fin ha nombrado un virrey para que encabece la Audiencia de Nueva España. Un buen hombre, este virrey Mendoza. Una de las primeras cosas que hizo fue oír las numerosas quejas existentes contra Nuño de Guzmán, las incontables atrocidades que ha cometido contra los indios y los moros esclavos que hay por aquí. Y uno de los primeros decretos de Mendoza es que a Guzmán se le despoje del cargo de gobernador de Nueva Galicia. Vamos al galope tendido a Compostela con órdenes de hacernos cargo de él y de llevarlo a la ciudad para que se le castigue. —Yo no hubiera podido oír nada que me complaciera más. El portador de la noticia hizo una pausa para dar un enorme bocado a un pedazo de carne de ciervo fría antes de continuar hablando—: Guzmán será sustituido por un hombre más joven, uno que ha venido de España con Mendoza, un tal Coronado, que en estos momentos se encuentra de camino hacia aquí.

—¡Oye! —exclamó fray Marcos—. ¿No será ése un tal Francisco Vásquez de Coronado?

—Pues sí —respondió el soldado entre un bocado y otro.

—¡Qué feliz fortuna! —exclamó otra vez el fraile—. He oído hablar mucho de él, y todo lo que he oído han sido alabanzas. Es amigo íntimo de ese virrey Mendoza, quien a su vez es amigo íntimo del obispo Zumárraga, quien a su vez es íntimo amigo mío. Además, este Coronado ha contraído recientemente un brillante matrimonio con una prima del mismísimo rey Carlos. ¡Ay, pero Coronado ejercerá poder e influencia aquí!

Los demás españoles movían la cabeza ante tantas noticias que llegaban todas al mismo tiempo, pero me escurrí del grupo de personas y me acerqué hasta donde estaba Esteban, de pie un poco más allá, y le dije en voz baja:

—Las cosas se ponen cada vez mejor, amigo, para que tú regreses pronto con ese Pueblo del Río.

Esteban asintió y dijo exactamente lo mismo que yo estaba pensando.

—El Monje Mentiroso convencerá a su amigo el obispo, y al amigo del obispo, el virrey, para que lo envíe allí como misionero entre aquellos salvajes. Si les dice o no al obispo y al virrey por qué va allí en realidad, no importa gran cosa. Con tal de que yo vaya con él.

—Y este gobernador Coronado —añadí— estará deseando hacer méritos. Si traes a fray Marcos y pasáis por Compostela, apuesto lo que quieras a que Coronado se mostrará de lo más generoso y proporcionará caballos, armas, provisiones y cualquier otro tipo de equipamiento.

—Sí —graznó Esteban—. Te debo mucho, amigo. No te olvidaré. Y si alguna vez llego a ser rico, puedes estar seguro de que lo compartiré contigo.

Dicho eso, me rodeó impulsivamente con los brazos y me dio ese apretón estrujante que en español llaman abrazo. Unos cuantos españoles estaban mirando, y me preocupó que pudieran preguntarse por qué, a cuenta de qué se me estaban dando las gracias de manera tan efusiva. Pero tenía otra preocupación más inmediata. Por encima del hombro de Esteban vi que De Puntillas también estaba mirando. Abrió mucho los ojos y se precipitó bruscamente hacia nuestros caballos. Comprendí lo que estaba a punto de hacer, me solté del abrazo y salí como un rayo tras ella. Llegué justo a tiempo para impedir que sacase uno de los arcabuces de los petates.

—¡No, Pakápeti! ¡No hay necesidad!

—¿Sigues indemne? —me preguntó con voz temblorosa—. Creí que esa bestia negra te estaba atacando.

—No, no. Eres una chica querida y cariñosa, pero demasiado impetuosa. Por favor, déjame a mí toda tarea de salvamento. Te contaré más tarde por qué me estaba estrujando.

Muchos españoles nos estaban mirando con curiosidad, pero les dirigí una sonrisa tranquilizadora a todos ellos, que devolvieron su atención a los portadores de noticias. Uno de ellos estaba diciendo a los que escuchaban:

—Otra noticia, aunque no tan portentosa, es que el Papa Paulo ha establecido un nuevo obispado aquí, en Nueva España, la diócesis de Nueva Galicia. Y ha elevado al padre Vasco de Quiroga a un nuevo y augusto puesto. Otro de nuestros Correos se dirige ahora a caballo a informar al padre Vasco de que ahora ha de llevar la mitra, pues ya es el obispo Quiroga de Nueva Galicia.

Aquel anuncio me complació tanto como cualquiera de los otros que había oído en aquel lugar. Pero confiaba en que el padre Vasco, ahora que era un dignatario tan importante, no renunciara a sus buenas obras, buenas intenciones y buen carácter. Sin duda el papa Paulo esperaba que el más reciente de sus obispos exprimiera a todos aquellos colonos de Utopía con más contribuciones si cabía para lo que Alonso de Molina había llamado «el quinto del rey» particular del Papa. Fuera como fuese,

aquello también era un buen augurio con vistas al plan que yo había concebido para Esteban. Lo más probable era que el obispo Zumárraga viera a Quiroga como un rival y se sintiera aún más dispuesto a enviar a fray Marcos como explorador, ya fuese en busca de nuevas almas o de nuevas riquezas para la Santa Madre Iglesia.

Demoré a propósito mi partida de aquel lugar hasta que los cuatro soldados recién llegados se hubieron ido al galope en dirección a Compostela. Luego me despedí de Esteban y del teniente Tallabuena, y tanto ellos como la tropa restante, excepto los tres héroes blancos y el Monje Mentiroso, nos dijeron adiós con la mano cordialmente. Cuando De Puntillas y yo, que llevábamos cogidos de las riendas a los otros dos caballos que teníamos, estuvimos cabalgando de nuevo, desvié nuestro rumbo ligeramente hacia el norte con la intención de apartarme de la dirección que habían tomado los soldados que se acababan de marchar, y me encaminé hacia lo que yo esperaba que fuera la dirección a Aztlán.

17

No muchos días después nos encontrábamos entre unas montañas que reconocí del viaje que había hecho con mi madre y mi tío. Era todavía el comienzo de la estación de las lluvias, pero el día en que llegamos a los límites orientales de las tierras gobernadas por Aztlán, el dios Tláloc y sus ayudantes los espíritus tíatoque se estaban divirtiendo al provocar una tormenta. Desde los cielos lanzaban con fuerza sus tenedores de relámpagos, y con el ruido de truenos golpeaban sus inmensas jarras de agua unas contra otras para derramar lluvia sobre la tierra. A través de aquella cortina de agua divisé el resplandor de una hoguera de campamento sobre la falda de una colina que se hallaba a no mucha distancia por delante de nosotros. Detuve nuestra pequeña comitiva entre unos árboles que nos ocultaban y aguardé a que la llamarada de un relámpago me permitiese ver con más claridad. Cuando cayó el relámpago pude contar cinco hombres, que estaban de pie o en cuclillas alrededor de una hoguera protegida por un abrigo hecho con ramas cubiertas de hojas. Todos los hombres vestían la armadura de algodón acolchado propia de los guerreros aztecas, y casi parecía que los hubieran puesto allí para aguardar nuestra llegada. Pensé que si era así, aquello resultaba bastante desconcertante, porque ¿cómo iba a saber nadie en Aztlán que nos aproximábamos?

—Espera aquí, De Puntillas —le indiqué—. Deja que me asegure de que son hombres de mi pueblo. Estate preparada para dar media vuelta y huir si te hago señas de que son hostiles.

Avancé a largos pasos colina arriba bajo la lluvia torrencial. Cuando me acercaba al grupo levanté ambas manos para mostrar que no llevaba armas y grité:

—¡Mixpantzinco!

—¡Ximopanolti! —me respondieron con mucha cortesía y con el familiar acento del antiguo Aztlán, que me resultó muy agradable oír de nuevo.

Unos cuantos pasos más y estuve lo bastante cerca para ver, a la luz del siguiente relámpago, al hombre que había respondido a mi saludo. Una cara familiar del viejo Aztlán, aunque no me resultaba agradable verlo de nuevo porque recordaba perfectamente cómo era. Imagino que ese sentimiento se me reflejó en la voz cuando lo saludé sin demasiado entusiasmo.

—Ayyo, primo Yeyac.

—Yéyactzin —me recordó con altivez—. Ayyo, Tenamaxtli. Hemos estado esperándote.

—Eso parece —dije al tiempo que miraba a los otros cuatro guerreros, todos ellos armados con maquáhuime de filo de obsidiana. Supuse que serían sus actuales amantes cuilontin, pero no hice ningún comentario. Sólo añadí—: ¿Cómo supiste que venía?

—Tengo mis medios de saberlo —respondió Yeyac; y el estruendo de un prolongado trueno acompañó aquellas palabras suyas haciendo que sonaran como un mal presagio—. Naturalmente, no tenía idea de que fuera mi amado primo quien venía a casa, pero la descripción fue bastante exacta, ahora lo veo.

Sonreí, aunque no estaba de humor para hacerlo.

—¿Acaso nuestro bisabuelo ha estado ejerciendo su talento de vidente?

—El viejo Canaútli murió hace mucho tiempo. —A aquel anuncio los tlaloc que añadieron otro ensordecedor golpear de jarras de agua. Cuando Yeyac pudo hacerse oír me preguntó en tono exigente—: Y dime, ¿dónde está el resto de tu grupo: tu esclavo y los caballos del ejército de los españoles?

Yo cada vez estaba más turbado. Si Yeyac no estaba siguiendo el aviso de algún vidente aztécatl, ¿quién lo tenía tan bien informado? Me percaté de que hablaba de «españoles», sin usar la palabra «caxtilteca», que antes había sido el nombre que los de Aztlán utilizaban para los hombres blancos. Y recordé cómo, muy recientemente, me había sentido intranquilo al saber que el gobernador Guzmán había establecido la capital de su provincia tan cerca de la nuestra.

—Siento enterarme de la muerte de nuestro bisabuelo —dije sin alterarme—. Perdona, primo Yeyac, pero sólo daré informes a nuestro Uey-Tecutli Mixtzin, no a ti ni a ninguna otra persona inferior. Y tengo muchas cosas de las que informar.

—¡Pues informa aquí y ahora! —ladró Yeyac—. ¡Yo, Yéyactzin, soy el Uey-Tecutli de Aztlán!

—¿Tú? ¡Imposible! —dejé escapar movido por un impulso.

—Mi padre y tu madre nunca regresaron, Tenamaxtli. —Al oír aquello hice algún movimiento involuntario, ante lo cual Yeyac añadió—: Siento tener que comunicarte tantas noticias y además dolorosas… —Desvió sus ojos de los míos—. Tuvimos informes de que a Mixtzin y a Cuicani se los encontró muertos, al parecer asesinados por algunos bandidos de los caminos.

Era desolador oír aquello. Pero si era cierto que mi tío y mi madre estaban muertos, comprendí al instante por el semblante de Yeyac que no habían muerto a manos de extraños. Más destellos de relámpagos, estruendos de truenos y ráfagas de lluvia me dieron tiempo para componerme. Luego dije:

—¿Y tu hermana y su marido… cómo se llama…? Kauri, sí. Mixtzin los designó a ellos para gobernar en su lugar.

—Ayya, el debilucho Kauri —exclamó Yeyac con desprecio—. No era precisamente un gobernante guerrero; ni siquiera un cazador diestro. Un día, en estas montañas, hirió a un oso al que iba dando caza y cometió la tontería de perseguirlo. El oso, naturalmente, se dio la vuelta y lo descuartizó. La viuda Améyatzin se contentó con retirarse a los pasatiempos propios de cualquier matrona y me hizo asumir la carga de gobernar.

Yo sabía que eso tampoco era cierto, porque yo conocía a mi prima Améyatl mucho mejor aún de lo que conocía a Yeyac. Voluntariamente, ella nunca le habría cedido el puesto ni siquiera a un hombre de verdad, mucho menos iba a cedérselo a aquel despreciable simulacro al que siempre había despreciado y del que siempre se había burlado.

—¡Basta de perder el tiempo, Tenamaxtli! —gruñó Yeyac—. ¡Tú me obedecerás!

—¿Que te obedeceré? —le pregunté—. ¿Igual que tú obedeces al gobernador Guzmán?

—Ya no lo hago —respondió sin pensarlo—. Al nuevo gobernador, Coronado…

Cerró la boca, pero ya era demasiado tarde. Yo sabía todo lo que necesitaba saber. Aquellos cuatro jinetes españoles habían llegado a Compostela para arrestar a Guzmán y habrían mencionado el encuentro que habían tenido conmigo y con De Puntillas por el camino. Quizá entonces hubieran empezado a preguntarse sobre la legitimidad de mi «misión» eclesiástica y habían dado a conocer sus sospechas. Ya fuera que Yeyac se encontraba en Compostela o que le hubiera llegado la noticia más tarde, daba igual. Estaba claro que estaba confabulado con los hombres blancos. Qué otra cosa podía significar eso (si es que todo Aztlán, sus aztecas nativos y los residentes mexicas habían aceptado de igual modo llevar el yugo español), ya lo averiguaría a su debido tiempo. En aquel momento sólo tenía que vérmelas con Yeyac. Cuando se produjo el siguiente momento de calma en el alboroto de la tormenta, le dije en tono de advertencia:

—Ten cuidado, hombre sin virilidad. —Y eché mano al cuchillo de acero que llevaba en la cintura—. Ya no soy el primo pequeño novato que recuerdas. Desde que nos separamos, he matado…

—¿Sin virilidad? —bramó—. ¡Yo también he matado! ¿Quieres ser tú el siguiente?

Tenía la cara desfigurada por la rabia; levantó mucho la pesada maquáhuitl y avanzó hacia mí. Sus cuatro compañeros hicieron lo mismo, situándose justo detrás de él, y yo retrocedí, deseando haber llevado conmigo alguna arma más útil que el cuchillo. Pero de pronto todas aquellas amenazadoras espadas negras de obsidiana adquirieron un brillo plateado, porque los tenedores del relámpago de Tláloc empezaron a apuñalar, y a apuñalar en rápida sucesión, rodeándonos de cerca a los seis. Yo no me esperaba lo que sucedió a continuación, aunque lo agradecí y no me sorprendí demasiado cuando ocurrió. Yeyac dio otro paso, pero esta vez hacia atrás, tambaleándose, y abrió la boca muchísimo al proferir un grito que no se oyó en el tumulto de truenos que siguió; soltó la espada y cayó pesadamente de espaldas, produciendo una gran salpicadura de barro.

No tuve necesidad de defenderme de los cuatro secuaces. Todos permanecieron de pie inmóviles, con las maquáhuime levantadas y chorreando agua de lluvia, como

si los relámpagos los hubieran petrificado en esa posición. Tenían la boca tan abierta como la de Yeyac, pero de asombro, respeto y miedo. No habían podido ver, como lo había visto yo, el agujero brillante húmedo y rojo que se había abierto en la parte del vientre de la armadura de algodón acolchado de Yeyac, y ninguno de nosotros habíamos oído el sonido del arcabuz que había causado aquello. Los cuatro cuilontin sólo podían haber supuesto que yo, por arte de magia, había hecho bajar sobre su líder los tenedores de Tláloc. No les di tiempo de pensar otra cosa, sino que vociferé:

—¡Bajad las armas!

Al instante bajaron mansamente las espadas. Supuse que aquellas criaturas debían de ser como la más débil de las mujeres, que se acobardan con facilidad cuando oyen la voz de mando de un hombre auténtico.

—Este vil impostor está muerto —les dije dándole al cadáver un desdeñoso puntapié; sólo lo hice para darle la vuelta a Yeyac y ponerlo de bruces a fin de que no vieran el agujero que tenía en la parte delantera y la mancha de sangre que se iba extendiendo—. Lamento haber tenido que invocar la ayuda de los dioses tan repentinamente. Hay algunas preguntas que quería hacer, pero este desgraciado no me dejó elección. —Los cuatro miraban con aire fúnebre al cadáver y no hicieron caso cuando le indiqué con un gesto a De Puntillas que saliera de entre los árboles y se adelantara—. Y ahora, guerreros —continué—, vosotros acataréis mis órdenes. Soy Tenamaxtzin, sobrino del difunto señor Mixtzin, y por lo tanto, por derecho de sucesión, de ahora en adelante seré el Uey-Tecutli de Aztlán.

Pero no se me ocurrió ninguna orden que darles, excepto decirles:

—Esperadme aquí.

Luego volví chapoteando entre la lluvia para interceptar a De Puntillas, que se acercaba llevando de las riendas a todos los caballos. Pensaba decirle, antes de que se reuniera con nosotros, que escondiera el arcabuz que tan a tiempo y tan certeramente había empleado. Pero cuando me acerqué vi que ella ya lo había ocultado prudentemente en su sitio, así que sólo le dije:

—Bien hecho, Pakápeti.

—Entonces, ¿no he sido demasiado impetuosa? —Me había mirado mientras me acercaba con cierta ansiedad en su cara, pero ahora sonrió—: Tenía miedo de que me regañases. Pero de verdad pensé que ésta también era una bestia que te atacaba.

—Esta vez tenías razón. Y tu actuación ha sido espléndida. A tal distancia y con tan poca luz… hay que reconocer que tienes una habilidad envidiable.

—Si —convino ella con lo que me pareció una satisfacción muy poco femenina —. He matado a un hombre.

—Bueno, no muy hombre.

—Habría hecho todo lo posible por matar a los otros también si no me hubieras hecho señas.

—Esos son aún menos peligrosos. Ahorra tu odio hacia los hombres, querida, hasta que puedas empezar a matar a enemigos que verdaderamente valga la pena matar.

Los tlaloc que del cielo seguían prodigando su clamor y su aguacero cuando les ordené a los cuatro guerreros que pusieran el cadáver de Yeyac sobre uno de mis caballos de carga; así quedó boca abajo, de manera que la herida del vientre resultaba invisible. A continuación les ordené a los cuatro que me acompañasen mientras yo cabalgaba, y que se pusiesen dos a cada lado de mi caballo; De Puntillas cerraba la comitiva mientras avanzábamos. Cuando se hizo una pausa en los redobles de truenos, me incliné hacia abajo desde la silla de montar y le dije al hombre que caminaba penosamente al lado de mi estribo izquierdo:

—Dame tu maquáhuitl. —La levantó hacia mí mansamente; y yo añadí—: Ya oíste lo que me dijo Yeyac… acerca de todas esas muertes oportunas que de forma tan fortuita lo elevaron a él al puesto de Uey-Tecutli de Aztlán. ¿Qué cosas de las que me contó son ciertas y cuáles no?

El hombre tosió y contemporizó:

—Tu bisabuelo, nuestro Evocador de la Historia, murió de viejo, como deben morir los hombres si no los matan antes.

—Eso lo acepto —le dije—, pero no tiene nada que ver con el rápido y maravilloso ascenso de Yeyac hasta alcanzar la posición de Gobernador Reverenciado. También acepto que los hombres tienen que morir, pero, te lo advierto, algunos deben morir antes que otros. ¿Qué me dices de esas otras muertes: las de Mixtzin, Cuicantzin y Káuritzin?

—Fue exactamente como te explicó Yeyac —respondió el hombre; pero desvió la mirada igual que había hecho aquél—. A tu tío y a tu madre los asaltaron los bandidos…

No dijo más. Con un fuerte golpe de revés de su propia espada de obsidiana le separé la cabeza de los hombros, y ambas partes cayeron en una zanja junto al sendero por donde corría el agua de lluvia. Cuando se produjo el siguiente intervalo entre unos truenos y otros, le hablé al guerrero que iba al otro lado de mi silla, el cual me miraba con los ojos saltones a causa del miedo, como una rana a punto de que la pisen.

—Como ya he dicho antes, unos hombres tienen que morir antes que otros. Y verdaderamente me desagrada invocar la ayuda de Tláloc, que de momento está muy atareado con esta tormenta, cuando yo mismo puedo matar con igual facilidad. —Como si Tláloc me hubiera oído, la tormenta empezó a amainar—. Así que, ¿qué tienes que decirme tú?

El hombre balbuceó durante unos instantes, pero por fin comenzó a hablar.

—Yeyac mintió y Quani también lo ha hecho. —Hizo un gesto para indicar los

pedazos que habían quedado atrás en la zanja—. Yéyactzin apostó vigilantes alrededor de los límites más alejados de Aztlán para que se quedasen allí, esperando con paciencia, hasta divisar el regreso de Mixtzin, su hermana y tú de aquel viaje a Tenochtitlan. Cuando ellos dos regresaron… bueno… les habían preparado una emboscada.

—Esos emboscados —repetí—. ¿Quiénes estaban esperándolos?

—Yeyac, desde luego, y Quani, que era su favorito, el guerrero que ahora acabas de matar. Ya te has vengado por completo, Tenamaxtzin.

—Lo dudo —dije yo—. No hay en este mundo dos hombres, ni siquiera aunque atacaran cobardemente en una emboscada, capaces de vencer ellos solos a mi tío Mixtzin.

Y de nuevo golpeé con la maquáhuití. Por separado, la cabeza de aquel hombre salió volando y el cuerpo se desplomó entre la maleza empapada de aquel lado del sendero. Me di la vuelta otra vez y le hablé al guerrero que iba caminando a mi izquierda.

—Todavía estoy esperando oír la verdad. Y como habrás observado, no tengo mucha paciencia.

Este, casi balbuceando de terror, me aseguró:

—Voy a decir la verdad, mi señor, beso la tierra para jurarlo. Todos somos culpables. Yeyac y nosotros cuatro tendimos la emboscada. Fuimos nosotros, todos juntos, quienes caímos sobre tu tío y tu madre.

—¿Y qué fue de Kauri, el corregente?

—Ni él ni nadie más en Aztlán supo la suerte que corrieron Mixtzin y Cuicantzin. Engatusamos a Káuritzin para que nos acompañase a cazar osos en las montañas. Lo hizo, y él solo, comportándose como un verdadero hombre, hirió con la lanza y mató a un oso. Pero nosotros, a nuestra vez, matamos a Kauri, y luego utilizamos los dientes y las garras del animal para mutilarlo y desgarrarlo. Cuando llevamos a casa el cadáver y los restos del oso, su viuda, tu prima Améyatzin, difícilmente pudo discutir la historia que le contamos de que la bestia era responsable de la muerte de su marido.

—¿Y luego? ¿Vosotros, viles traidores, la matasteis a ella también?

—No, no, mi señor. Está viva, beso la tierra para jurarlo. Pero ahora está recluida, ya no es regente.

—¿Por qué? Tendría que haber seguido esperando el regreso de su padre para que éste reasumiese el lugar que le correspondía. ¿Por qué iba a abdicar de su regencia?

—¿Quién sabe, señor mío? Quizá fuera por el dolor que le causó la viudedad, por el profundo dolor que sentía.

—¡Tonterías! —le interrumpí con brusquedad—. Ni aunque las fauces de la nada de Mictían se abrieran ante ella, Améyatzin nunca habría eludido su deber. ¿Cómo la

obligasteis a hacerlo? ¿Torturándola? ¿Violándola? ¿O qué?

—Sólo Yeyac podría responderte a eso. Fue él solo quien la convenció. Y tú no lo has dejado en condiciones de que te pueda contestar. Una cosa, sin embargo, si puedo decirte. —Con suma altivez y con un gesto de fastidio, añadió—: Mi señor Yéyactzin nunca se habría mancillado violando ni jugueteando de ningún otro modo con el cuerpo de una simple hembra.

Aquel comentario me enfureció más que todas las mentiras de sus camaradas, y mi tercer golpe con la espada de obsidiana le hizo una hendidura desde el hombro hasta el vientre.

A mi otro lado, el único superviviente se había alejado prudentemente y con sigilo del alcance de mi arma, pero, también prudentemente, miraba al cielo que, aunque había dejado de derramar agua, seguía amenazadoramente oscuro.

—Haces bien en no echar a correr —le dije—. Los tenedores de Tláloc son mucho más largos que mi brazo. Pero puedes estar tranquilo. A ti voy a reservarte, por lo menos durante algún tiempo. Y por un motivo.

—¿Motivo? —graznó él—. ¿Qué motivo, mi señor?

—Deseo que me cuentes todo lo que ha ocurrido en Aztlán en los años transcurridos desde que me marché.

—¡Ayyo, hasta el menor detalle, mi señor! —aceptó con ansiedad—. Beso la tierra para jurarlo. ¿Cómo quieres que empiece?

—Ya sé que Yeyac hizo amistad y se confabuló con los hombres blancos. Así que dime primero: ¿hay españoles en nuestra ciudad o en sus dominios exteriores?

—Ninguno, mi señor, en ningún lugar de las tierras de Aztlán. Yeyac y nosotros, su guardia personal, hemos visitado con frecuencia Compostela, eso es cierto, pero ningún hombre blanco ha venido más al norte de allí. El gobernador español le juró a Yeyac que podría continuar gobernando Aztlán sin discusión, aunque con una condición: que Yeyac impidiera el paso de cualquier intruso nativo que fuera a hacer incursiones en las tierras del gobernador.

—En otras palabras —resumí—, Yeyac estaba dispuesto a luchar contra su propio pueblo del Unico Mundo en nombre de los hombres blancos. ¿Llegó a ocurrir eso alguna vez?

—Sí —respondió el guerrero mientras intentaba poner cara compungida—. En dos o tres ocasiones Yeyac se puso al frente de tropas cuya lealtad personal hacia él era firme, y ellos… bueno… desanimaron a algunas pequeñas bandas de descontentos que marchaban hacia el sur para crear problemas a los españoles.

—Cuando dices tropas leales, parece que no todos los guerreros y habitantes de Aztlán se hayan alegrado demasiado de tener a Yeyac como Uey-Tecutli.

—Así es. La mayoría de los aztecas, y también los mexicas, preferían con mucho que los gobernasen Améyatzin y su consorte. Quedaron consternados cuando la

señora Améyatl fue depuesta de la regencia. Desde luego, les habría gustado aún más que regresara Mixtzin. Y siguen esperando su regreso, aun después de todos estos años.

—¿Tiene conocimiento el pueblo del traicionero pacto de Yeyac con el gobernador español?

—Muy pocos lo saben, ni siquiera los ancianos del Consejo de Portavoces. Sólo estamos enterados de ello los de la guardia personal de Yeyac y esas tropas leales de las que te he hablado, y su consejero más íntimo y en quien más confía, cierta persona recién llegada a estas tierras. Pero la gente ha aceptado ya el gobierno de Yeyac, aunque sólo a regañadientes, porque afirmó que él, y sólo él, estaba en situación de impedir una invasión de los hombres blancos. Eso lo ha hecho. Ningún residente de Aztlán ha visto todavía a un hombre blanco. Y tampoco un caballo —añadió el hombre echando una ojeada fugaz al mío.

—Lo que significa —dije pensativo— que el hecho de que Yeyac mantenga a los españoles libres de molestias les da a ellos tiempo para incrementar sus fuerzas y su armamento sin que nadie se lo impida hasta que estén bien preparados para venir. Y lo harán. Pero espera; has hablado de cierta persona que aconseja a Yeyac. ¿De quién se trata?

—¿Dije una persona, señor mío? Pues tendría que haber dicho una mujer.

—¿Una mujer? Tu difunto compañero acaba de dejar claro que a Yeyac no le sirven las mujeres en ningún sentido, ni siquiera como víctimas.

—Y ésta tampoco tiene ninguna utilidad para los hombres, supongo, aunque un hombre al que le gusten las mujeres a lo mejor la encontrará muy linda y atractiva. Pero es verdaderamente sagaz en las artes de gobernar, de la estrategia y de la conveniencia. Por eso Yeyac estaba dispuesto a escuchar cualquier consejo que viniese de ella. Fue a instancias de ella por lo que en principio mandó una embajada al gobernador español. Cuando tuvimos noticia de que te aproximabas, me atrevo a decir que ella habría venido gustosa con nosotros a interceptarte, pero se encarga de mantener a tu prima Améyatl en aislado encierro.

—Déjame aventurar una conjetura —le dije sombríamente—. El nombre de esa mujer inteligente es Gónda Ke.

—Lo es —respondió el hombre, muy sorprendido—. ¿Tú has oído hablar de ella, mi señor? ¿Acaso esa señora tiene, debido a su sagacidad, la misma reputación en el extranjero que tiene aquí en Aztlán?

—Sólo diré que tiene reputación —gruñí.

La tormenta había despejado y la mayoría de las nubes habían desaparecido, así que Tonatiuh, que se iba poniendo serenamente por el oeste, iluminó el día y reconocí el lugar donde nos encontrábamos. Las primeras casas diseminadas y los campos labrados de los alrededores de Aztlán pronto aparecerían a la vista. Le hice señas a

Pakápeti para que pusiera su caballo junto al mío.

—Antes de oscurecer, querida, estarás en el último bastión que queda de lo que en otro tiempo fue el dominio azteca. Una Tenochtitlan menor, pero aun así orgullosa y floreciente. Espero que la encuentres de tu agrado.

Ella, curiosamente, no dijo nada; se limitó a adoptar una expresión que ponía en evidencia que aquello no la emocionaba lo más mínimo.

—¿Por qué estás tan alicaída, querida De Puntillas? —le pregunté.

En tono irritado, respondió:

—Habrías podido dejar que por lo menos a uno de esos tres hombres lo matara yo.

Dejé escapar un suspiro. Por lo visto, Pakápeti se estaba volviendo una mujer tan poco femenina como aquella terrible Gónda Ke. Me volví de nuevo hacia el guerrero que caminaba junto a mi estribo derecho y le pregunté:

—¿Cómo te llamas, hombre?

—Me llaman Nocheztli, mi señor.

—Muy bien, Nocheztli. Quiero que camines delante de esta comitiva cuando entremos en la ciudad. Espero que el populacho salga a las puertas para vernos pasar. Tienes que anunciar una y otra vez, en voz bien alta, que Yeyac, que se lo tenía bien merecido, ha caído muerto por los dioses, que por fin se habían cansado de sus perfidias; y que yo, Tenamaxtzin, el legítimo sucesor, llego para establecer mi residencia en el palacio de la ciudad como el nuevo Uey-Tecutli de Aztlán.

—Así lo haré, Tenamaxtzin. Tengo una voz que puede vociferar casi tanto como la de Tláloc.

—Otra cosa, Nocheztli. En cuanto yo llegue al palacio voy a despojarme de este atuendo extranjero y a ponerme las galas e insignias reales que me corresponden. Y mientras hago eso quiero que congregues a todo el ejército de Aztlán en la plaza central de la ciudad.

—Mi señor, yo sólo tengo el rango de tequíua. No dispongo de suficiente autoridad para ordenar…

—Aquí y ahora yo te invisto de esa autoridad. En cualquier caso, lo más probable es que tus compañeros se congreguen movidos por la curiosidad. Quiero en la plaza a todos los guerreros aztecas y mexicas, no sólo a aquellos que son profesionales de las armas, sino también a todo hombre sano de cualquier otra profesión u oficio que haya sido entrenado para combatir y esté sujeto a reclutamiento en tiempo de guerra. ¡Encárgate de ello, Nocheztli!

—Er… discúlpame, Tenamaxtzin, pero algunos de esos guerreros que le fueron leales últimamente a Yeyac quizá huyan a las montañas al saber de la muerte de su amo.

—Les daremos caza cuando tengamos tiempo. Pero asegúrate de no desaparecer

tú, Nocheztli, o serás el primero a quien daremos caza, y el modo como acabaremos contigo se convertirá en leyenda para el futuro. He aprendido algunas cosas de los españoles que horrorizarían incluso a los más malvados dioses del castigo. Beso la tierra para jurarlo.

Aquel hombre tragó saliva tan fuerte que incluso se oyó y luego dijo:

—Estoy y estaré a tus órdenes, Tenamaxtzin.

—Muy bien. Sigue así y quizá aún vivas lo bastante como para morir de viejo. Una vez que el ejército esté reunido, te pondrás entre los hombres y me irás señalando a todos y cada uno, desde el de más alto rango hasta el más bajo, de los que se unieron a Yeyac en su servilismo hacia los españoles. Más tarde haremos lo mismo con el resto de la ciudadanía de Aztlán. Me señalarás a todo hombre y mujer, anciano respetado, sacerdote o ínfimo esclavo que haya colaborado alguna vez en lo más mínimo con Yeyac o se haya beneficiado de su protección.

—Discúlpame de nuevo, mi señor, pero la principal de todos esos sería esa mujer, Gónda Ke, que ahora mismo reside en el palacio que tú piensas ocupar. Se encarga de vigilar la cámara asignada a la cautiva señora Améyatl.

—Sé muy bien cómo tratar a esa criatura —le comuniqué—. Tú encuéntrame a los demás. Pero ahora… ahí tenemos las primeras cabañas de las afueras de Aztlán y a la gente que sale para vernos. Adelántate, Nocheztli, y haz lo que te he ordenado.

Con cierta sorpresa por mi parte, pues aquel hombre era un cuilontli y por consiguiente había que suponer que tenía un carácter afeminado, comprobé que Nocheztli era capaz de bramar tan fuerte como ese animal macho que los españoles llaman toro. Y bramó lo que yo le había dicho que dijera y lo repitió una y otra vez, y la gente que miraba abría mucho los ojos y se quedaba boquiabierta. Muchos de ellos se unieron a nuestra comitiva poniéndose detrás de nosotros, de modo que, al caer la noche, cuando llegamos a las calles pavimentadas de la ciudad propiamente dicha, Nocheztli, Pakápeti y yo íbamos a la cabeza de una procesión considerable, y llevábamos detrás a una verdadera multitud cuando cruzamos la plaza central iluminada por antorchas en dirección al palacio, que se hallaba cercado por un muro.

A cada lado del amplio portal abierto en el muro había un guerrero montando guardia; iban vestidos con armadura acolchada completa y el casco de pieles con colmillos de la Orden de los Caballeros del Jaguar, cada hombre armado con espada maquáhuitl, cuchillo al cinto y larga lanza. Según la costumbre deberían haber cruzado aquellas lanzas para impedirnos la entrada hasta que hubiéramos hecho saber el asunto que nos llevaba allí. Pero los dos hombres se limitaron a mirarnos boquiabiertos al ver a unos extranjeros ataviados de manera curiosa, que llevaban extraños animales, y las hordas de gente que llenaban la plaza. Era comprensible que no supieran qué hacer en aquellas circunstancias.

Me incliné sobre el cuello de mi caballo para preguntarle a Nocheztli:

—Estos dos, ¿eran hombres de Yeyac?

—Si, mi señor.

—Mátalos.

Los dos caballeros permanecieron de pie sin ofrecer resistencia en una actitud valiente mientras Nocheztli blandía su propia espada de obsidiana y, golpeando primero a izquierda y luego a derecha, los talaba como si de maleza fastidiosamente obstructiva se tratase. La multitud detrás de nosotros emitió al unísono un grito ahogado y retrocedió un paso o dos.

Y ahora, Nocheztli —le dije—, llama a unos cuantos hombres fuertes de entre este gentío y deshaceos de esta carroña. —Señalé a los centinelas abatidos y al cuerpo de Yeyac, que seguía colgado como un fardo de uno de los caballos de carga—. A continuación ordena a la multitud que se disperse, bajo pena de que me enfade. Luego haz lo que te ordene: reúne al ejército en esta misma plaza y diles que aguarden mi inspección; volveré en cuanto me halle vestido formalmente de oro, piedras preciosas y plumaje, como corresponde a su comandante en jefe.

Cuando se hubieron llevado los cadáveres le hice señas a Pakápeti para que me siguiera y, sin desmontar y llevando detrás los otros dos caballos, entramos cabalgando arrogantemente, como conquistadores, en el patio del espléndido palacio del Gobernador Reverenciado de Aztlán, de allí en adelante el palacio del Uey-Tecutli Téotl-Tenamaxtzin. Yo.

18

Bajo antorchas sujetas a la cara interior del muro del patio, varios esclavos seguían trabajando a aquella hora tan tardía; cuidaban las muchas matas de flores dispuestas por todas partes en enormes urnas de piedra. Cuando Pakápeti y yo desmontamos les dimos las riendas de nuestros cuatro caballos a un par de aquellos hombres. Con los ojos a punto de salírseles de las órbitas, los esclavos aceptaron las riendas con cautela y temor y las sostuvieron con los brazos muy separados del cuerpo.

—No temáis nada —les dije a aquellos hombres—. Estos animales son muy mansos. Tan sólo traedles mucha agua y maíz, y luego quedaos con ellos hasta que yo os dé más instrucciones acerca de cómo cuidarlos.

De Puntillas y yo nos dirigimos a la puerta principal del edificio del palacio, pero se abrió antes de que llegásemos. Aquella mujer yaqui llamada Gónda Ke la abrió de par en par y nos hizo señas para que entrásemos con tanto descaro como si fuera la dueña o la anfitriona oficial del palacio y estuviese dando la bienvenida a unos huéspedes que hubieran acudido invitados por ella. Ya no vestía aquellas prendas toscas apropiadas para la vida en el exterior y para la vida errante, sino que iba espléndidamente ataviada. También llevaba profusión de cosméticos en el rostro, posiblemente para ocultar las pecas que le afeaban el cutis. De todos modos resultaba bastante atractiva de contemplar. Incluso el cuilontli Nocheztli, que no era precisamente un admirador del sexo femenino, se había referido con toda razón a aquel espécimen del mismo como «linda y atractiva». Pero yo me fijé en que seguía teniendo ojos y sonrisa de lagarto. Y además continuaba refiriéndose a si misma siempre por su nombre o como «ella», como si hablase de alguna entidad completamente distinta.

—Volvemos a encontrarnos, Tenamaxtli —me saludó con alegría—. Desde luego Gónda Ke ya sabía que venías y estaba segura de que destruirías al usurpador Yeyac por el camino. ¡Ah, y la querida Pakápeti! ¡Qué preciosa estarás cuando te crezca un poco más el pelo! Gónda Ke se alegra muchísimo de veros a los dos y está realmente ansiosa de…

—¡Calla! —la interrumpí lleno de enojo—. Condúceme hasta Améyatl.

La mujer se encogió de hombros y me guió, mientras De Puntillas nos seguía, hasta los aposentos superiores del palacio; pero no eran los que Améyatl había ocupado en otra época. Gónda Ke levantó la pesada tranca de una puerta muy sólida y dejó a la vista una habitación no mucho mayor que una cabaña de vapor, sin ventanas, maloliente por haber estado cerrada mucho tiempo y sin ni siquiera una lámpara de aceite de pescado para aliviar la oscuridad. Alargué la mano, le quité la tranca a la mujer no fuera a ser que me encerrase allí a mí también y le dije:

—Tráeme una antorcha. Luego lleva a De Puntillas a un aposento decente donde pueda asearse y vestirse como es debido con ropas femeninas. A continuación vuelve aquí inmediatamente, mujer reptil, para que yo no te pierda de vista.

Manteniendo la antorcha en alto y a punto de vomitar a causa del hedor que en ella había, entré en aquella reducida habitación. El único mobiliario que contenía era un orinal axixcali cuyo contenido apestaba. Algo se movió en un rincón; Améyatl se levantó del suelo de piedra, aunque yo apenas pude reconocerla. Estaba vestida con unos harapos asquerosos y tenía el cuerpo escuálido, el cabello enmarañado, el rostro ceniciento, las mejillas hundidas y círculos oscuros alrededor de los ojos. Y aquélla era la mujer que había sido la más bella de todo Aztlán. Pero seguía teniendo la voz noblemente firme, en absoluto débil, cuando dijo:

—Doy gracias a todos los dioses de que hayas venido, primo. Durante estos meses he rezado…

—Calla, prima —la interrumpí—. Conserva las pocas energías que aún te quedan. Ya hablaremos más tarde. Deja que te lleve a tus aposentos y me ocupe de que te atiendan, te bañen, te alimenten y tengas reposo. Hemos de hablar de muchas cosas, pero ya encontraremos tiempo para hacerlo.

En sus aposentos la estaban esperando varias criadas, a algunas de las cuales yo recordaba de los viejos tiempos; todas se retorcían las manos con nerviosismo y evitaban mirarme a los ojos. Las eché de allí sin contemplaciones y Améyatl y yo nos quedamos esperando hasta que regresaron Gónda Ke y De Puntillas, a la que habían ataviado tan ricamente como a una princesa. Sin duda era la idea que tenía aquella mujer yaqui de una broma irónica.

—El vestuario nuevo de Gónda Ke le venia bien a Pakápeti menos las sandalias —comentó—. Hemos tenido que buscar un par lo bastante pequeño para ella. —Continuó hablando, ahora en un tono desenfadado—. Al haber ido a pie y a menudo descalza durante tanto tiempo en su vida anterior, Gónda Ke ahora insiste muchísimo en ir calzada con lujo. Y está agradecida por haber tenido como benefactor a Yeyac, por muy odioso que lo encontrase en otros aspectos, porque podía complacer la afición de Gónda Ke por el calzado. Tiene armarios enteros llenos de calzado. Puede ponerse un par de sandalias diferente cada…

—Déjate de parloteos estúpidos —le ordené; y luego le presenté a Améyatl a De Puntillas—. Esta señora a la que tanto se ha ultrajado es mi querida prima. Puesto que no confío en nadie en este palacio, Pakápeti, te pediré que la atiendas tú, y que lo hagas con ternura. Ella te mostrar dónde encontrar la habitación de vapor, su ropero y lo que haga falta. Tráele comida nutritiva y buen chocólatl de las cocinas de la planta baja. Luego ayúdala a acostarse y cúbrela con muchas colchas suaves. Y cuando Améyatl duerma reúnete conmigo abajo.

—Es un honor para mí —dijo De Puntillas— poder servir a la señora Améyatl.

Mi prima se estiró para besarme en la mejilla, pero lo hizo brevemente y con ligereza para que el olor que su cuerpo y su aliento habían adquirido durante el cautiverio no me resultase repelente, y después se marchó con De Puntillas. Me di de nuevo la vuelta hacia Gónda.

—Ya he matado a dos guardias del palacio. Supongo que los demás empleados actuales sirvieron del mismo modo a Yeyac sin poner reparos durante su falso reinado.

—Cierto. Aunque hubo algunos que desdeñosamente se negaron a hacerlo, pero se marcharon hace mucho para buscar empleo en otra parte.

—Entonces te encargo a ti que hagas que se busque a esos sirvientes leales y se los vuelva a traer aquí. Y te encargo también que te deshagas del séquito actual, de todos aquellos que forman parte de él. No voy a tomarme la molestia de matar a tantos criados. Estoy seguro de que tú, siendo como eres una verdadera serpiente, debes de conocer algún veneno capaz de envenenarlos a todos de manera expeditiva.

—Pues claro —contestó con tanta tranquilidad como si le hubiera pedido un jarabe analgésico.

—Muy bien. Espera a que a Améyatl la hayan alimentado bien; sin duda será la primera comida decente que haga desde que comenzó su cautiverio. Luego, cuando los criados se reúnan para tomar la comida de la noche, encárgate de que su atoli tenga una buena dosis de ese veneno tuyo. Cuando estén muertos, Pakápeti se encargará de las cocinas hasta que podamos encontrar criados y esclavos que sean de fiar.

—Como tú ordenes. Y dime, ¿prefieres que esos criados mueran con mucho sufrimiento o con paz? ¿De forma rápida o lenta?

—No me importa ni un pútrido pochéoa cómo mueran. Sólo encárgate de que sea así.

—Entonces Gónda Ke elige hacerlo de forma misericordiosa, porque la bondad es algo natural en ella. Les envenenará la comida con una dosis de esa hierba tíapatl que hace que las víctimas mueran sumidas en la locura. En su delirio verán colores maravillosos y gloriosas alucinaciones, pero luego ya no podrán ver nada. Y ahora, Tenamaxtli, aclárale una cosa a Gónda Ke: ¿ella también ha de compartir esa comida final y fatal?

—No. De momento todavía me resultas útil, a menos que Améyatl diga lo contrario cuando recobre las fuerzas. Quizá me exija que me deshaga de ti de alguna manera que resulte retorcida, imaginativa y nada bondadosa.

—No eches la culpa a Gónda Ke de los malos tratos que ha recibido tu prima —me advirtió la mujer mientras me seguía hasta los aposentos reales que antes habían sido primero de Mixtzin y después de Yeyac—. Fue su propio hermano quien decretó que a esa mujer se la confinase de una manera tan inhumana. A Gónda Ke se le

ordenó exclusivamente que mantuviera la puerta bien atrancada. Y ni siquiera Gónda Ke podía contradecir a Yeyac.

—¡Mientes, mujer! Mientes más a menudo y con más facilidad con que cambias tu preciado calzado. —A uno de los criados que revoloteaban por allí le di órdenes de que pusiera carbones calientes y cubos de agua en la habitación de vapor real, y que lo hiciera al instante. Mientras empezaba a despojarme del atuendo español, continué diciéndole a la mujer yaqui—: Con tus venenos y tus magias, ayya, incluso con tu mirada de reptil, hubieras podido matar a Yeyac en cualquier momento. Sé que ejerciste tu maligno encanto para ayudarle en su alianza con los españoles.

—Una mera travesura, querido Tenamaxtli —dijo ella con aire satisfecho—. La malicia habitual de Gónda Ke. Con deleite le gusta enfrentar a los hombres unos contra otros, simplemente para matar el tiempo hasta que tú y ella estuvierais juntos de nuevo y pudierais comenzar a saquear y alborotar.

—¡Juntos! —bufé—. Preferiría que me uncieran a la terrible diosa del infierno Mictlanciuatl.

—Ahora eres tú quien está diciendo una mentira. Mírate. —Yo ya estaba desnudo, esperando con impaciencia a que el criado viniera a decirme que la habitación de vapor estaba dispuesta—. Te sientes complacido de estar de nuevo con Gónda Ke. Le estás enseñando tu cuerpo desnudo lasciva y seductoramente; y es un cuerpo soberbio, además. La estás tentando de manera deliberada.

—De manera deliberada la estoy ignorando, pues considero que esa mujer no tiene ninguna importancia. Lo que quiera que veas y pienses no me concierne más que si fueras una esclava o una carcoma del panel de la pared.

El rostro se le oscureció tanto al oír aquel insulto que los ojos fríos le brillaron como astillas de hielo. El criado regresó y yo le seguí a la habitación de vapor mientras le ordenaba a la mujer yaqui:

—Quédate aquí.

Después de un prolongado, concienzudo y voluptuoso baño de vapor y de sudar, frotar y secarme con toallas, regresé, aún desnudo, a la habitación, en la que a Gónda Ke se le había unido el guerrero Nocheztli. Estaban de pie, un poco apartados entre sí, mirándose el uno al otro, él con recelo, ella con desprecio. Antes de que Nocheztli pudiera hablar lo hizo la mujer, y con malicia.

—Vaya, Tenamaxtli, así que por eso era por lo que no te importaba que Gónda Ke te viera desnudo. Ya sé que Nocheztli era uno de los cuilontin favoritos del difunto Yeyac, y me dice que de ahora en adelante va a ser tu mano derecha. Ayya, de manera que mantienes a la dulce De Puntillas en tu compañía simplemente como un disfraz. Gónda Ke nunca lo hubiera sospechado de ti.

—No le hagas caso a esa carcoma —le dije a Nocheztli—. ¿Tienes algo de que informarme?

—El ejército reunido aguarda tu inspección, mi señor. Llevan ya esperando bastante rato.

—Pues que sigan esperando —repuse mientras empezaba a revolver en el guardarropa del Uey-Tecutli, que consistía en capas de ceremonia, tocados y otras insignias—. Es lo que se espera de un ejército, y lo que un ejército espera: largos tedios y aburrimientos tan sólo avivados de vez en cuando con matanzas y muertes. Ve y asegúrate de que continúan esperando.

Mientras me vestía, pidiéndole de vez en cuando a la malhumorada Gónda Ke que me ayudase a sujetarme algún adorno enjoyado o a ahuecarme un penacho de plumas, le dije a ésta:

—Es posible que tenga que desechar a la mitad de ese ejército. Cuando tú y yo nos separamos en el Lago de los Juncos dijiste que viajarías en apoyo de mi causa. Y en cambio has venido aquí, a Aztlán, igual que hizo esa perra antepasada tuya que llevaba tu mismo nombre haces y haces de años atrás. Y has hecho exactamente lo mismo que hizo ella: fomentar la disensión entre el pueblo, enemistar a guerreros que son camaradas, volver a hermano contra…

—Un momento, Tenamaxtli —me interrumpió—. Gónda Ke no es culpable de todos los males que se han cometido en estos parajes durante tu ausencia. Debe de hacer años que tu madre y tu tío volvieron de la Ciudad de México y Yeyac les tendió la emboscada, crimen que aún desconoce la mayor parte de la población de Aztlán. Cuánto tiempo esperó para liquidar al corregente Kauri, Gónda Ke no lo sabe, ni cuánto tiempo más transcurrió antes de que apartase tan cruelmente a su propia hermana y reclamase para si el manto de Gobernador Reverenciado. Gónda Ke sólo sabe que esas cosas ocurrieron antes de que ella llegase aquí.

—Momento en el cual tú incitaste a Yeyac para que colaborase con los españoles de Compostela. Con los hombres blancos que he jurado exterminar. Y tú, a la ligera, le quitas importancia a tu intromisión calificándola de «mera travesura».

—Ayyo, y muy entretenida, desde luego. Gónda Ke disfruta entrometiéndose en los asuntos de los hombres. Pero piensa un poco, Tenamaxtli; en realidad ella te ha hecho un valioso favor. En cuanto a tu nuevo cuilontli…

—¡Maldita seas, mujer, vete al Mictían más bajo! Yo no me trato en la intimidad con ningún cuilontli… Sólo libré a Nocheztli de la espada para que pudiera revelar quiénes son los demás conspiradores seguidores y compañeros de Yeyac.

—Y cuando lo haga, tú los eliminarás como a malas hierbas, tanto a guerreros como a civiles: a los traidores, a los que no son de fiar, a los débiles, a los locos… a todos los que preferirían obedecer a un amo español antes que arriesgarse a verter su propia sangre. Te quedará un ejército más reducido pero mejor, y un populacho entregado de corazón a apoyar tu causa, la causa por la que ese ejército luchará a muerte.

—Sí —tuve que admitir—, ese aspecto es de agradecer.

—Y todo porque Gónda Ke vino a Aztlán a hacer travesuras.

—Hubiera preferido dirigir yo solo esas estratagemas e intrigas —le indiqué secamente—. Porque como tú muy bien dices, cuando yo haya quitado todas las malas hierbas de Aztlán… ¡ayya!, tú serás la única persona que quedará de quien yo nunca me atreveré a fiarme.

—Créeme o no, como quieras. Pero Gónda Ke es tu amiga, tanto como pueda serlo de cualquier varón.

—Que todos los dioses me asistan —mascullé— si alguna vez te conviertes en mi amiga.

—Venga, dale a Gónda Ke alguna tarea de confianza. Verás si la cumple a tu satisfacción.

—Ya te he asignado dos: deshazte de los criados que ahora sirven en este palacio y busca y llama a los leales que se marcharon. Y aquí tienes otra: envía mensajeros veloces a los hogares de todos los miembros del Consejo de Portavoces, a Aztlán, a Tépiz, a Yakóreke y a los demás, y ordénales que se presenten aquí, en la sala del trono, mañana a mediodía.

—Así se hará.

—Y ahora, mientras yo aviento a ese ejército que se encuentra ahí afuera, tú quédate aquí dentro, donde no te vean. Habrá muchos hombres en esa plaza que se preguntarán por qué no te he matado a ti antes que a nadie.

Abajo, Pakápeti estaba esperando para informarme de que Améyatl ya estaba limpia, fresca y perfumada, de que había comido con fruición y de que por fin se encontraba durmiendo el sueño de los que están extenuados desde hace mucho tiempo.

—Gracias, De Puntillas —le dije—. Ahora me gustaría que estuvieras a mi lado mientras paso revista a todos esos guerreros que están ahí afuera. Se supone que Nocheztli me ha de señalar a aquellos de los que tendría que deshacerme. Pero no sé hasta qué punto puedo fiarme de él. Es posible que aproveche la oportunidad para ajustar algunas viejas cuentas suyas: superiores que le denegaron el ascenso o antiguos amantes cuilontin que lo abandonaron. Antes de que me pronuncie en cada caso, quizá te pida tu opinión como mujer más blanda de corazón.

Cruzamos el patio, donde los esclavos seguían ocupándose de los caballos, aunque no daba la impresión de que se encontrasen demasiado cómodos en dicha tarea, y nos detuvimos en el portal que había abierto en el muro, donde nos esperaba Nocheztli. A partir de unos tres metros del muro, el resto de la plaza estaba abarrotada de hileras y filas de guerreros, todos con atuendo de combate pero desarmados, y un hombre de cada cinco sostenía una antorcha para que yo pudiera verles las caras individualmente. De vez en cuando había uno que mantenía en alto el

estandarte de alguna compañía particular de caballeros, o el banderín de una tropa menor a la que guiaba un cu chic, una «águila vieja». Creo que el ejército de la ciudad que tenía ante mí sumaría en total unos mil hombres.

—¡Guerreros… firmes! —rugió Nocheztli como si se hubiera pasado toda la vida mandando tropas. Los pocos hombres que estaban relajados o distraídos se pusieron rígidos al instante. Nocheztli volvió a vociferar—: ¡Escuchad las palabras de vuestro Uey-Tecutli Tena maxtzin!

Ya fuera por obediencia o por aprensión, la multitud de hombres estaba tan silenciosa que no tuve que levantar la voz.

—Se os ha convocado a asamblea siguiendo órdenes mías. Por orden mía también, el tequíua Nocheztli, aquí presente, recorrerá vuestras filas y tocará el hombro de algunos hombres. Esos hombres saldrán de las filas y se pondrán de pie ante este muro. No habrá pérdida de tiempo, ni protesta, ni preguntas. Ningún sonido hasta que yo vuelva a hablar.

El proceso de selección de Nocheztli duró tanto que no creo necesario relatarlo paso a paso. Pero cuando hubo terminado con la última línea de guerreros, la que se encontraba más lejos, conté ciento treinta y ocho hombres de pie contra la pared, unos con aspecto desgraciado, otros avergonzados y el resto desafiantes. Iban desde simples reclutas yaoquizquin sin rango alguno, pasaban por todas las categorías de íyactin y tequiuatin y llegaban hasta los suboficiales cuáchictin. Yo mismo me avergoncé al ver que todos los acusados sinvergüenzas eran aztecas. Entre ellos no había ni uno solo de los viejos guerreros mexicas que tanto tiempo atrás vinieran de Tenochtitlan para entrenar a este ejército, y tampoco había ningún mexica más joven que hubiera podido ser hijo de aquellos orgullosos hombres.

El oficial de más alto rango entre los que se encontraban contra la pared era un caballero aztécatl, pero sólo era de la Orden de la Flecha. Las órdenes del Jaguar y del Águila conferían el título de caballeros a verdaderos héroes, a guerreros que se habían distinguido en muchas batallas y habían matado a caballeros enemigos. A los caballeros de la Flecha se los honraba meramente porque habían adquirido gran destreza en el manejo del arco y las flechas, con independencia de que hubieran abatido a muchos enemigos con esas armas.

—Todos vosotros sabéis por qué estáis ahí de pie —les dije a los hombres situados junto a la pared con voz lo suficientemente alta como para que lo oyeran el resto de las tropas—. Se os acusa de haber respaldado al ilegítimo Gobernador Reverenciado Yeyac, aunque todos vosotros sabíais que él se había apoderado de ese título asesinando a su propio padre y a su hermano político. Seguisteis a Yeyac cuando estableció una alianza con los hombres blancos, los conquistadores y opresores de nuestro Unico Mundo. Medrando con esos españoles, luchasteis al lado de Yeyac contra hombres valientes de vuestra propia raza para impedirles que

opusieran resistencia a los opresores. ¿Alguno de vosotros niega esas acusaciones?

Hay que decir en su favor que ninguno lo negó. Y eso también decía mucho en favor de Nocheztli; era obvio que había actuado con honradez al señalar a los colaboradores de Yeyac. Formulé otra pregunta:

—¿Alguno de vosotros quiere alegar alguna circunstancia que pudiera atenuar vuestra culpa?

Cinco o seis de ellos se adelantaron, en efecto, al oír aquello, pero sólo pudieron decir una cosa a este respecto.

—Cuando presté el juramento en el ejército, mi señor, juré obedecer siempre las órdenes de mis superiores, y eso es exactamente lo que hice.

—Le hicisteis un juramento al ejército —dije—, no a ningún individuo que sabíais que obraba en contra de los intereses del ejército. Ahí tenéis a otros novecientos guerreros, camaradas vuestros, que no se dejaron tentar por la traición. —Me di la vuelta hacia De Puntillas y le pregunté en voz baja—: ¿Siente compasión tu corazón por alguno de estos desgraciados ilusos?

—No, por ninguno —contestó ella con firmeza—. En Michoacán, cuando los purepechas tenían el gobierno, a esos hombres se los hubiera sujetado a estacas clavadas en el suelo y se los habría dejado allí hasta que se encontrasen tan débiles que los buitres carroñeros ni siquiera tuvieran que esperar a que muriesen para empezar a comérselos. Te sugiero que tú les hagas lo mismo a todos éstos, Tenamaxtli.

Por Huitzli, pensé, Pakápeti se ha vuelto tan sedienta de sangre como Gónda Ke. Volví a hablar en voz alta para que me oyeran todos, aunque me dirigí a los hombres acusados.

—He conocido a dos mujeres que fueron guerreros más viriles que cualquiera de vosotros. Aquí, a mi lado, está una de ellas, que merecería el título de caballero si no fuera hembra. La otra mujer valiente murió en la empresa de destruir una fortaleza entera llena de soldados españoles. Vosotros, por el contrario, sois una deshonra para vuestros camaradas, para vuestras banderas de combate, para vuestro juramento, para nosotros los aztecas y para todos los demás pueblos del Unico Mundo. Yo os condeno a todos vosotros, sin excepción, a la muerte. Sin embargo, por misericordia, dejaré que cada uno de vosotros decida el modo en que quiere morir. —De Puntillas murmuró indignada unas palabras de protesta—. Podéis elegir entre tres modos de poner fin a vuestras vidas. Uno sería vuestro sacrificio mañana en el altar de la diosa patrona de Aztlán, Coyolxauqui. Pero puesto que no iréis por vuestra propia voluntad, esa ejecución pública avergonzará á vuestra familia y descendientes hasta el fin de los tiempos. Vuestras casas, propiedades y posesiones serán confiscadas, dejando a esas familias sumidas en la indigencia además de llenas de vergüenza. —Hice una pausa para que pudieran considerarlo—. También aceptaré vuestra palabra de honor, el poco

honor que puede que aún os quede, de que cada uno de vosotros se irá de aquí a su casa, pondrá la punta de una jabalina contra el pecho y se apoyará en ella, muriendo así a manos de un guerrero, aunque sea por vuestra propia mano. —La mayoría de los hombres asintieron al oír aquello, aunque sombríamente, pero unos cuantos esperaron aún hasta oír mi tercera sugerencia—. O bien podéis elegir otro modo, aún más honorable, de sacrificaros vosotros mismos a los dioses: ofreceros voluntarios para una misión que he proyectado. Y —añadí con desprecio— ello significará que os volváis contra vuestros amigos los españoles. Ni uno solo de vosotros sobrevivirá a esa misión, beso el suelo para jurarlo. Pero moriréis en combate, como todo guerrero espera. Y para gratificación de nuestros dioses, habréis derramado sangre enemiga además de la vuestra. Dudo que los dioses se ablanden lo suficiente como para concederos la feliz vida de los guerreros en Tonatiucan. Pero incluso en la espantosa nada de Mictían podéis pasar la eternidad recordando que, por lo menos una vez en vuestras vidas, os comportasteis como hombres. ¿Cuántos de vosotros queréis ofreceros para eso?

Todos lo hicieron, sin excepción, doblándose en el gesto talqualiztli de tocar la tierra, lo que significaba que la besaban como muestra de lealtad hacia mí.

—Pues así sea —dije—. Y a ti, caballero de la Flecha, te designo para que te pongas al mando de esa misión cuando llegue el momento. Hasta entonces a todos vosotros se os encarcelará en el templo de Coyolxauqui, bajo estricta vigilancia. De momento dad vuestros nombres al tequíua Nocheztli a fin de que un escriba pueda registrarlos para mi.

Y dirigiéndome a los hombres que aún permanecían en la plaza, grité:

—A todos los demás, no menos importantes, os doy las gracias por vuestra inquebrantable lealtad a Aztlán. Podéis retiraros hasta que vuelva a convocaros en asamblea.

Cuando De Puntillas y yo volvíamos a entrar en el patio del palacio, ella me reprendió:

—Tenamaxtli, hasta esta misma noche has matado hombres bruscamente y sin concederle a ello más importancia de la que le concedería yo. Pero luego te has puesto ese tocado, esa capa y esas pulseras… y con ellos te has revestido de una indulgencia impropia de ti. Un Gobernador Reverenciado debería ser más fiero que los hombres corrientes, no menos fiero que ellos. Esos traidores merecían morir.

—Y morirán —le aseguré—, pero de un modo que será útil a mi causa.

—Ejecutarlos aquí, en público, también ayudaría a tu causa. Eso les quitaría las ganas a los demás hombres de intentar en el futuro cualquier duplicidad. Si Mariposa y su ejército de mujeres estuvieran aquí para ejecutarlos… digamos abriéndoles el vientre a esos hombres con cuidado para no producirles la muerte y luego derramando en ellos hormigas de fuego, ciertamente ningún testigo volvería a

arriesgarse a caer bajo tu ira.

Suspiré.

—¿No has presenciado ya bastantes muertes, Pakápeti? Pues mira allí. —Y apunté con el dedo. A lo lejos, en la parte trasera del edificio principal del palacio, en la zona de las cocinas, una fila de esclavos salía por una puerta iluminada; cada uno de ellos iba doblado bajo el peso de un cuerpo que transportaba hacia la oscuridad—. Siguiendo mis órdenes, y de un solo golpe, por así decir, la mujer yaqui ha matado a todos los sirvientes empleados en este palacio.

—¡Y ni siquiera me has permitido que ayude yo en eso! —protestó De Puntillas con enojo.

Volví a suspirar.

—Mañana, querida mía, Nocheztli me hará una relación de los ciudadanos de aquí que, como los guerreros, instigaron los crímenes de Yeyac o se beneficiaron de ellos. Si me prometes dejar de darme la lata, te aseguro que te dejaré practicar tus delicadas artes femeninas con dos o tres de ellos.

De Puntillas sonrió.

—Bueno, eso es más propio del viejo Tenamaxtli. Sin embargo, no me satisface por entero. Quiero que también me prometas que puedo ir con el caballero de la Flecha y los demás a esa misión que has propuesto, sea lo que sea.

—Muchacha, ¿te has vuelto tíahuele? ¡Esa será una misión suicida! Ya sé que disfrutas, pero… ¿morir con ellos…?

—Una mujer no está obligada a explicar todos sus antojos y caprichos —me aseguró De Puntillas con altanería.

—No te estoy pidiendo que me expliques éste. ¡Te estoy ordenando que lo olvides!

Me alejé de ella a grandes zancadas, entré en el palacio y subí las escaleras.

Estaba sentado junto a la cama de Améyatl —había estado velándola toda la noche— cuando por fin, ya entrada la mañana, ella abrió los ojos.

—¡Ayyo! —exclamó—. ¡Eres tú, primo! Temí que sólo hubiera soñado que me habías rescatado.

—Pues es cierto. Y me siento contento de haber llegado a tiempo, antes de que tú te consumieras por completo en esa celda fétida.

—¡Ayya! —volvió a exclamar luego—. Aparta de mí la mirada, Tenamaxtli. Debo de parecerme a la esquelética Mujer Llorona de las antiguas leyendas.

—Para mi, querida prima, estás igual que estabas cuando eras una niña toda rodillas y codos. Para mis ojos y para mi corazón eres bonita. Pronto volverás a ser la misma de siempre, hermosa y fuerte. Sólo necesitas alimento y descanso.

—Mi padre… tu madre… ¿han venido contigo? —me preguntó con impaciencia —. ¿Por qué habéis estado tanto tiempo ausentes?

—Lamento ser yo el que te lo diga, Améyatl. No han venido conmigo. Nunca volverán a estar con nosotros.

Améyatl dio un pequeño grito de consternación.

—También lamento tener que decirte que fue obra de tu hermano. Los asesinó en secreto a los dos, y después asesinó también a tu marido Kauri… mucho antes de encerrarte a ti y de suplantarte como gobernante de Aztlán.

Mi prima se quedó meditando en silencio durante un rato; lloró un poco y finalmente dijo:

—Hizo todas esas cosas horribles… y sólo por un poco de eminencia insignificante… en un rincón insignificante del Unico Mundo. Pobre Yeyac.

—¿Pobre Yeyac?

—Tú y yo sabemos, desde nuestra infancia, que Yeyac nació con un tonali desfavorable. Ello le ha hecho sufrir infelicidad e insatisfacción durante toda su vida.

—Tú eres mucho más tolerante y misericordiosa que yo, Améyatl. No lamento decirte que Yeyac ya no sufre. Está muerto, y yo soy el responsable de su muerte. Espero que no me odies por eso.

—No… no, claro que no. —Me cogió la mano y me la apretó con afecto—. Debe de haber sido dispuesto así por los dioses que lo maldijeron con ese tonali. —Se preparó visiblemente para recibir malas noticias—. Pero ahora, ¿me has dado ya todas las malas noticias?

—Debes juzgarlo por ti misma. Estoy en el proceso de librar a Aztlán de todos los seguidores y confidentes de Yeyac.

—¿Desterrándolos?

—Lejos, muy lejos. A Mictían, confió.

—Oh. Ya comprendo.

—A todos ellos, excepto a esa mujer Gónda Ke, que fue la guardiana de tu celda.

—No sé qué pensar de ella —me dijo Améyatl, que al parecer estaba perpleja—. Se me hace difícil odiarla. Se veía obligada a obedecer las órdenes de Yeyac, pero a veces se las ingeniaba para traerme unos cuantos pedazos de comida más sabrosa que el atoli, o un trapo perfumado para que me lavase un poco con él. Pero algo… su nombre…

—Sí. Probablemente tú y yo seamos los únicos que, aunque sea débilmente, reconoceríamos ese nombre ahora que mi bisabuelo está muerto. Fue él, Canaútli, quien nos habló de la mujer yaqui de antaño. ¿Te acuerdas? Eramos niños entonces.

—¡Sí! —exclamó Améyatl—. ¡La mujer mala que dividió a los aztecas… y se los llevó muy lejos para convertirlos en los conquistadores mexicas! Pero Tenamaxtli, eso fue al principio de los tiempos. Esta no puede ser la misma Gónda Ke.

—Si no lo es —gruñí—, ciertamente ha heredado todos los instintos básicos de su antepasada.

—Y yo me pregunto —dijo Améyatl—, ¿se daría cuenta Yeyac de eso? El escuchó el relato de Canaútli al mismo tiempo que nosotros.

—Nunca lo sabremos. Y todavía no he indagado si a Canaútli le ha sucedido otro Evocador de la Historia… ni si Canaútli le transmitió esa historia a su sucesor. Me inclino a creer que no. Seguramente el nuevo Evocador habría incitado al pueblo de Aztlán a levantarse ultrajado, una vez que esa mujer se unió a la corte de Yeyac. Sobre todo después de que ella incitase a Yeyac a ofrecer su amistad a los españoles.

—¿Yeyac hizo eso? —me preguntó Améyatl aterrada y con voz ahogada—. Pero… entonces… ¿por qué le perdonas la vida a esa mujer?

—Me hace falta. Te explicaré por qué, pero es una larga historia. ¡Y… ah!, aquí está Pakápeti, mi fiel compañera durante el largo camino que he recorrido hasta aquí, y que ahora es tu doncella.

De Puntillas había llegado con una bandeja llena de viandas ligeras —frutas y cosas así— para que Améyatl desayunase. Las dos mujeres se saludaron amigablemente, pero luego De Puntillas, al darse cuenta de que mi prima y yo estábamos en mitad de una conversación seria, nos dejó.

—De Puntillas es más que tu sirvienta personal —le expliqué—. Es chambelán de todo este palacio. Y es también la cocinera, la lavandera, el ama de llaves, todo. Ella, la mujer yaqui, tú y yo somos los únicos que residimos aquí. Todos los criados que sirvieron bajo las órdenes de Yeyac han ido a reunirse con él en Mictían. Gónda Ke está ahora buscando sustitutos.

—Estabas a punto de decirme por qué Gónda Ke aún sigue viva, cuando tantos otros ya no lo están.

De manera que mientras Améyatl comía, con buen apetito y evidente placer, le conté todos, o la mayoría, de mis actos y aventuras desde que nos separamos. A algunas de las cosas aludí sólo de pasada. Por ejemplo, no le describí con todos los espeluznantes detalles la quema del hombre que luego supe que era mi padre… y cuya muerte me había impulsado a hacer tantas de las cosas que yo había llevado a cabo después. También le resumí el relato de mi educación en la lengua española y en las supersticiones cristianas, y cómo aprendí a fabricar un palo de trueno que funcionase. Tampoco me prodigué en explicaciones de mi breve relación carnal con la mulata Rebeca, ni en la profunda devoción que la difunta Citlali y yo habíamos compartido, ni en las diferentes mujeres purepes (y el muchacho) que yo había probado antes de conocer a Pakápeti. Y le dejé bien claro que ella y yo desde hacía mucho tiempo no éramos más que compañeros de viaje.

Pero si le conté a Améyatl de forma concienzuda los planes, y los pocos preparativos hasta el momento, que yo había hecho para guiar una insurrección contra los hombres blancos con intención de expulsarlos por completo del Unico Mundo. Y cuando hube acabado, mi prima comentó pensativa:

—Siempre fuiste valiente y ambicioso, primo. Pero esto parece un sueño vanaglorioso. Toda la poderosa nación mexica se derrumbó ante la arremetida de los caxtiltecas, o los españoles, como tú los llamas. Y sin embargo piensas que tú solo…

—Tu augusto padre Mixtzin dijo eso mismo entre las últimas palabras que me dirigió. Pero no estoy solo. No todas las naciones han sucumbido como los mexicas. O como Yeyac hubiera hecho que le ocurriera a Aztlán. Los purepechas lucharon casi hasta el último hombre, tanto que ahora la tierra de Michoacán está enteramente poblada por mujeres. E incluso ellas quieren luchar. Pakápeti reclutó una buena tropa de mujeres antes de que ella y yo nos marchásemos de allí. Y los españoles aún no se han atrevido a invadir las fieras naciones del norte. Lo único que se necesita es alguien que guíe a esos pueblos dispares, en un esfuerzo aunado. No sé de nadie más lo suficientemente vanaglorioso para hacerlo. Así que si no lo hago yo… ¿quién va a hacerlo?

—Bien… —dijo Améyatl—. Si la pura determinación sirve para algo en una empresa semejante… Pero todavía no me has explicado por qué la extranjera Gónda Ke tiene algo que ver en esto.

—Quiero que ella me ayude a reclutar esas naciones y tribus a las que aún no han conquistado, pero que todavía no se han organizado en una fuerza unida. Aquella mujer yaqui de antaño sin duda inspiró a una chusma multitudinaria de aztecas proscritos a una beligerancia que condujo, con el tiempo, a la civilización más espléndida del Unico Mundo. Si ella fue capaz de hacer eso, lo mismo, creo yo, podría hacer sus muchas veces bisnieta… o quien quiera que sea nuestra Gónda Ke. Quedaré satisfecho si puede reclutar para mí solo a su nación yaqui nativa. Se dice que son los combatientes más salvajes de todos.

—Lo que te parezca que es mejor, primo. Ahora tú eres el Uey-Tecutli.

—De eso también quería hablarte. Sólo asumí el manto porque tú, por ser mujer, no puedes hacerlo. Pero todavía no tengo el prurito del título, la autoridad y la sublimidad. Reinaré sólo hasta que te pongas lo bastante bien como para volver a ocupar tu posición de regente. Luego seguiré mi camino y reanudaré mi campaña de reclutamiento.

—Podríamos reinar juntos, ya sabes —me sugirió Améyatl con timidez—. Tú como Uey-Tecutli y yo como tu Cecihuatí.

—¿Tan breve recuerdo tienes de tu matrimonio con el difunto Káuritzin? —le pregunté con guasa.

—Ayyo, fue un buen marido para mí, considerando que el nuestro fue un matrimonio concertado para conveniencia de otros. Pero nunca estuvimos tan unidos como lo estuvimos tú y yo en otro tiempo, Tenamaxtli. Kauri era… ¿como te diría…? Era tímido a la hora de experimentar.

—Confieso —dije sonriendo al recordar— que todavía no he conocido a ninguna

mujer que pueda superarte a ese respecto.

—Y no hay tampoco ninguna constricción tradicional ni sacerdotal contra el matrimonio entre primos. Desde luego, puede que consideres a una mujer viuda como una mercancía usada, como una prenda usada indigna de ti. Pero por lo menos —añadió con picardía— en nuestra noche de bodas no tendría que engañarte con un huevo de paloma y un ungüento astringente.

Astringente, casi ácida, se oyó otra voz, la de Gónda Ke.

—Que conmovedor…, los amantes tanto tiempo separados recordando el ocáya nechca, el érase una vez.

—Tú, víbora, ¿cuánto tiempo llevas acechando en esta habitación? —le pregunté con los dientes apretados.

Gónda Ke me ignoró y le habló a Améyatl, cuyo rostro pálido a causa del encarcelamiento se había ruborizado hasta adquirir un color muy rosa.

—¿Por qué iba Tenamaxtli a casarse con nadie, querida? El aquí es el amo, el único hombre entre tres mujeres deliciosas con quienes puede acostarse a su antojo y sin compromiso alguno. La amante que tuvo en otro tiempo, la amante que tiene ahora y otra amante a la que aún no ha probado.

—Mujer de lengua viperina —le dije hirviendo de ira—, eres veleidosa hasta en tus maliciosos sarcasmos. Anoche me llamaste cuilontli.

—Y Gónda Ke se alegra mucho de saber que estaba equivocada. Aunque en realidad no puede estar segura, ¿verdad?, por lo menos hasta que tú y ella…

—Nunca en mi vida le he pegado a una mujer —le indiqué—. Y ahora precisamente estoy a punto de hacerlo.

Prudentemente se apartó de mí, con aquella sonrisa suya de lagarto a la vez de disculpa y de insolencia.

—Perdonadme, mi señor, mi señora. Gónda Ke no se habría entrometido de haberse dado cuenta… Bueno, ella ha venido sólo para decirte, Tenamaxtzin, que un grupo de posibles sirvientes aguarda tu aprobación en el vestíbulo de abajo. Algunos de ellos dicen que también te conocieron en el ocáya nechca. Y lo que es más importante, los miembros de tu Consejo de Portavoces te aguarda en el salón del trono.

—Los sirvientes pueden esperar. Veré al Consejo dentro de un momento. Ahora sal de aquí.

Incluso después de que ella se hubiera marchado, mi prima y yo nos quedamos tan avergonzados y azorados como dos adolescentes sorprendidos en proximidad desnuda e indecente. Tartamudeé como un tonto cuando le pedí a Améyatl permiso para marcharme, y al dármelo también tartamudeó. Nadie hubiera creído que éramos dos adultos maduros, y además las dos personas de rango más elevado de Aztlán.

19

Los ancianos del Consejo de Portavoces no parecían estar inclinados en modo alguno a considerarme un hombre adulto, digno de mi rango y de su respeto. Nos saludamos con educación, diciéndonos unos a otros «Mixpantzinco», pero uno de los ancianos, al que reconocí como Tototí, tlatocapili de la aldea de Tépiz, me dijo de inmediato, con enojo y tono exigente:

—¿Se nos ha traído aquí con tanta precipitación y sin mayores ceremonias por el presuntuoso mandato de un insolente advenedizo? Muchos de nosotros te recordamos, Tenamaxtli, de los días en que no eras más que un mocoso que entraba a gatas en esta habitación para mirarlo todo boquiabierto y curiosear lo que se decía en nuestros Consejos con tu tío, el Gobernador Reverenciado Mixtzin. Incluso la última vez que te vimos, cuando partiste con él hacia Tenochtitlan, no eras más que un mozalbete imberbe. Pero al parecer has crecido mucho y de un modo inexplicablemente rápido. Exigimos saber…

—¡Guarda silencio, Tototí! —le interrumpí con rudeza; y todos los hombres ahogaron un grito—. También debes de recordar el protocolo del Consejo, según el cual ningún hombre debe hablar hasta que el Uey-Tecutli diga cuál es el tema que se va a tratar. No estoy esperando pacíficamente a que vosotros me aceptéis o me aprobéis. Sé quién soy y lo que soy: vuestro legítimo Uey-Tecutli. Eso es lo único que necesitáis saber. —Se oyeron murmullos por la sala, pero nadie volvió a desafiar mi autoridad. Pudiera ser que no me hubiera granjeado su afecto, pero decididamente había captado su atención—. Os he convocado porque tengo algunas exigencias que haceros y, aunque sólo sea por mera cortesía y por la estima en que os tengo a todos por ser mis mayores, me gustaría que aprobarais dichas exigencias con vuestro consentimiento unánime. Pero también os digo, y beso la tierra para jurarlo, que mis exigencias se cumplirán, estéis de acuerdo o no.

Mientras me miraban con los ojos muy abiertos y murmuraban un poco más, retrocedí para abrir la puerta del salón del trono y le hice señas a Nocheztli y a dos de los guerreros de Aztlán que él había declarado dignos de confianza. No los presenté, sino que continué dirigiéndome a los miembros del Consejo.

—A estas alturas lo más seguro es que todos vosotros tengáis noticia de los incidentes que han ocurrido en los últimos tiempos y de las revelaciones que se han hecho recientemente en estos paraderos. De cómo el abominable Yeyac arrebató el manto de Uey-Tecutli aunque para ello tuviese que asesinar a su propio padre.

Al llegar a este punto me dirigí directamente a Kévari, tíatocapili de Yakóreke.

—Incluso a Kauri, tu hijo. Y cómo derrocó y encarceló a la viuda de tu hijo, Améyatzin.

De nuevo hablé para todos.

—Seguro que habéis oído que Yeyac conspiraba en secreto con los españoles para ayudarlos a mantener oprimidos a todos nuestros pueblos del Unico Mundo. Y ciertamente habréis oído, confío que con placer, que Yeyac ya no existe. También habréis oído que yo, como único pariente varón vivo de Mixtzin, y por tanto sucesor en el manto, he librado a Aztlán sin piedad alguna de todos aquellos que apoyaban a Yeyac. Anoche diezmé el ejército de Aztlán. Hoy voy a encargarme de los lameculos que Yeyac tenía entre la población civil.

Me llevé una mano a la espalda y Nocheztli me puso en ella varios papeles de corteza. Examiné las columnas de imágenes de palabras que había en ellos y luego anuncié a la sala:

—Esta es una lista de aquellos ciudadanos que ayudaron a Yeyac en sus nefastas actividades; desde vendedores de mercado hasta respetables mercaderes y prominentes comerciantes pochtecas. Me complace ver que en esta lista sólo se menciona el nombre de un hombre de este Consejo de Portavoces. Tlamacazqui Colótic-Acatl, adelántate.

De este hombre he hablado antes en esta narración. Era el sacerdote del dios Huitzilopochtli, quien al conocer las primeras noticias de la llegada de los hombres blancos al Unico Mundo había temido tanto que se le desposeyera de su sacerdocio. Como todos nuestros tlamacazque, no se había lavado en toda su vida, igual que su túnica negra. Pero ahora, incluso a pesar de la mugrienta roña, el rostro se le puso pálido y temblaba cuando se adelantó.

—Por qué un sacerdote de un dios mexícatl ha de traicionar a los adoradores de ese dios es algo que no alcanzo a comprender —dije—. ¿Tenias intención de convertirte a la religión de los hombres blancos, a Crixtanóyotl? ¿O simplemente esperabas engatusarlos para que te dejasen en paz en tu antiguo sacerdocio? No, no me lo digas. La gente como tú no me importa en absoluto. —Me volví hacia los guerreros—. Llevad a esta criatura a la plaza central, no a ningún templo, ya que no se merece el honor de ser sacrificado, de tener otra vida en el más allá, y estranguladlo hasta que muera con la guirnalda de flores.

Lo prendieron, y el sacerdote se fue de mala gana con ellos lloriqueando mientras el resto del Consejo permanecía allí de pie perplejo.

—Pasaos unos a otros esos papeles —les pedí—. Vosotros, los tíatocapiltin de otras comunidades, encontraréis nombres de personas que pertenecen a vuestras comunidades que o bien prestaron ayuda a Yeyac o recibieron favores de él. Mi primera exigencia es que eliminéis a esas personas. Mi segunda exigencia es que peinéis las filas de vuestros propios guerreros y guardias personales, y Nocheztli, aquí presente, os ayudará en eso, y exterminéis también a los traidores que haya entre ellos.

—Así se hará —me aseguró Tototl, cuya voz ahora manifestaba bastante más

respeto hacia mí—. Creo que hablo en nombre de todo el Consejo al decir que estamos de acuerdo por unanimidad con esta acción.

—¿Tienes aún alguna exigencia más, Tenamaxtzin? —quiso saber Kévari.

—Sí, una más. Quiero que cada uno de vosotros, tíatocapiltin, enviéis a Aztlán a todos los guerreros verdaderos y sin tacha que tengáis y a todos los hombres sanos que hayan recibido entrenamiento militar para coger las armas en caso necesario. Tengo intención de integrarlos en mi propio ejército.

—De nuevo, convenido —dijo Teciúapil, tlatocapili de Tecuexe. Pero ¿podemos preguntar por qué?

—Antes de responder a eso —le indiqué—, déjame hacer a mi vez una pregunta: ¿quién de vosotros es ahora el Evocador de la Historia del Consejo?

Todos parecieron un poco incómodos ante aquella pregunta, razón por la que se hizo un breve silencio. Luego habló un hombre que no lo había hecho hasta entonces. El también era anciano, un mercader próspero, a juzgar por su atuendo, pero en mis tiempos no formaba parte del Consejo. Dijo:

—Cuando murió el viejo Canaútli, el anterior Evocador, que según me han dicho era tu bisabuelo, no se nombró a nadie para ocupar su lugar. Yeyac insistió en que no había necesidad de tener un Evocador porque, según él, con la llegada de los hombres blancos la historia del Unico Mundo había llegado a su fin. Además, añadió Yeyac, ya no contaríamos el paso de los años por haces de cincuenta y dos, ni mantendríamos más la ceremonia de encender el Fuego Nuevo para marcar el comienzo de cada nuevo haz. Nos dijo que a partir de entonces contaríamos los años como lo hacen los hombres blancos, en una sucesión ininterrumpida que empieza con un año simplemente numerado como el año Uno, pero que no sabemos exactamente cuánto tiempo hace que empezó.

—Yeyac estaba equivocado —contesté—. Todavía queda mucha historia, y tengo la intención de hacer aún mucha más para que nuestros historiadores la recuerden y la archiven. Por eso, consejeros, y con ello contesto a vuestra pregunta anterior, es por lo que necesito a vuestros guerreros para mi ejército.

Y a continuación les conté —como acababa de contarle a Améyatl y, antes, a Pakápeti, a Gónda Ke, a la difunta Citlali y a Pochotí, el artesano que me fabricó el palo de trueno— mis planes para organizar una rebelión contra Nueva España y recuperar todo el Unico Mundo para nosotros. Igual que sucediera con aquellos cuando escucharon mis intenciones, los miembros del Consejo de Portavoces parecieron impresionados aunque incrédulos, y uno de ellos empezó a hablar:

—Pero Tenamaxtzin, si hasta los poderosos…

Le interrumpí con un gruñido.

—EL primer hombre de entre vosotros que me diga que no puedo triunfar donde incluso los poderosos mexicas fracasaron, a ese hombre, por muy anciano, sabio y

digno que sea, incluso por muy decrépito que pueda estar, a ese hombre le ordenaré que dirija el primer ataque contra el ejército español. Le obligaré a ir al frente de mis fuerzas, en la mismísima vanguardia. ¡E irá desarmado y sin armadura!

Se hizo un silencio de muerte en la sala.

—Entonces, ¿accede el Consejo de Portavoces a apoyar la campaña que propongo? —Varios de los miembros lanzaron un suspiro, pero todos asintieron con un movimiento de cabeza—. Bien.

Me volví hacia el mercader que me había informado de que ya no había Evocador de la Historia en el Consejo.

—Sin duda Canaútli dejó muchos libros de imágenes de palabras que relatan lo ocurrido en todos los haces de años hasta su propio tiempo. Estúdialos y apréndetelos de memoria. Y te ordeno además que hagas lo siguiente: comienza un nuevo libro con estas palabras: «En este día de Nueve-Flores, en el mes del Barrido del Camino, en el año de las Siete Casas, el Uey-Tecutli Tenamaxtzin de Aztlán declaró la independencia del Unico Mundo con respecto de Vieja España y empezó los preparativos para una insurrección contra los indeseados señores blancos, tanto en Nueva España como en Nueva Galicia, teniendo su plan el consentimiento y el apoyo acordados en asamblea del Consejo de Portavoces».

—Todo lo que tú digas, Tenamaxtzin —me prometió; y él y los demás consejeros se marcharon.

Nocheztli, que seguía en la sala, dijo:

—Disculpa, mi señor, pero ¿qué quieres que hagamos con los guerreros que están encarcelados en el templo de la diosa? Se encuentran tan apretados allí dentro que tienen que hacer turnos para sentarse, y en modo alguno pueden tumbarse. Además, van teniendo mucha hambre y sed.

—Se merecen algo peor que estar incómodos —le indiqué—. Sin embargo, di a los guardias que les den de comer, aunque sólo atoli y agua, y una cantidad mínima de cada cosa. Quiero que esos hombres, cuando yo esté preparado para utilizarlos, se encuentren hambrientos de batalla y sedientos de sangre. Mientras tanto, Nocheztli, creo recordar que has dicho que tuviste ocasión de visitar Compostela en compañía de Yeyac, ¿no es así?

—Sí, Tenamaxtzin.

—Pues quiero que vayas allí de nuevo, pero esta vez a hacer de quimichi para mí. —Esa palabra en principio significa «ratón», pero nosotros la empleamos para significar lo que los españoles llaman un espía—. ¿Puedo fiarme de ti para hacer eso? ¿Para que vayas allí, consigas información en secreto y regreses aquí con ella?

—Claro que sí, mi señor. Estoy vivo sólo por tu tolerancia, por tanto mi vida está a tu disposición para lo que ordenes.

—Entonces esto es lo que ordeno. Los españoles aún no pueden haberse enterado

de que han perdido a su aliado Yeyac. Y puesto que ya te conocen de vista, supondrán que eres el emisario de Yeyac que has ido a hacer algún recado.

—Llevaré algunas calabazas llenas de nuestra leche de coco fermentado para vendérsela. A los hombres blancos, de alta o baja posición, les gusta mucho emborracharse con ella. Esa ser excusa suficiente para mi visita. ¿Y qué información deseas que te traiga?

—Cualquier cosa. Ten los ojos y los oídos bien abiertos y quédate allí el tiempo que haga falta. Averigua, si puedes, cómo es Coronado, el nuevo gobernador, cuántas tropas tiene estacionadas allí y además cuántas personas, tanto españoles como indios, habitan ahora en Compostela. Estáte alerta ante cualquier noticia, rumor o habladuría de lo que está pasando en cualquier otro lugar de los dominios españoles. Aguardaré tu regreso antes de enviar a la mesnada de guerreros desleales de Yeyac a esa misión suicida, y el resultado de la misión dependerá en gran medida de la información que tú me traigas.

—Voy de inmediato, mi señor —dijo.

Y así lo hizo.

A continuación di una rápida y poco metódica aprobación a los aspirantes a criados que Gónda Ke había reunido en el vestíbulo. Reconocí a algunos de ellos de los viejos tiempos, y pensé que, con toda seguridad, si alguno de los restantes hubiera sido partidario de Yeyac no se habría atrevido a solicitar servir conmigo. A partir de entonces a nosotros, los pípiltin del palacio (Améyatl, Pakápeti, Gónda Ke y yo mismo), se nos atendió con asiduidad, se nos alimentó de manera suntuosa y nunca tuvimos que levantar un dedo para hacer nada que otros pudieran hacer por nosotros. Aunque ahora Améyatzin tenía un grupo de mujeres para que la atendieran, a ella y a mí nos complació que De Puntillas insistiera en continuar siendo su doncella personal más íntima.

El tiempo que De Puntillas no pasaba cuidando a Améyatl lo empleaba gustosa en acompañar a los guerreros que yo enviaba a detener y ejecutar a sus paisanos de Aztlán cuyos nombres habían aparecido en los papeles de corteza de Nocheztli. La única orden que di fue que los ejecutaran, y nunca me molesté en averiguar qué medio empleaban los guerreros para ello, si el garrote de la guirnalda de flores, la espada, las flechas o el cuchillo que arranca el corazón. Y tampoco quise saber si De Puntillas liquidaba en persona a alguno de esos hombres con cualquiera de los horrendos métodos que me había mencionado. No me importaba, sencillamente. Me bastaba con saber que todas las propiedades, posesiones y riquezas de aquellos que morían fueran a parar al tesoro de Aztlán. Puede que yo parezca insensible al decir eso, pero hubiera podido ser aún más cruel. Según una antigua tradición, yo hubiera podido matar a las esposas, a los hijos, a los nietos, incluso a los parientes lejanos de aquellos traidores, pero me abstuve de hacerlo. No quería despoblar Aztlán por

entero.

Yo nunca había sido Uey-Tecutli antes, y al único que había observado en el ejercicio de ese cargo había sido a mi tío Mixtli. Entonces me había parecido que, para cumplir cualquier cosa que tuviera que llevarse a cabo, lo único que Mixtzin tenía que hacer era sonreír, poner mala cara, hacer un gesto con la mano o poner su firma en algún documento. Pero ahora aprendí con rapidez que ser Gobernador Reverenciado no era una ocupación tan fácil. Continuamente se me solicitaba, hasta podría decirse que se me acosaba, para que tomase decisiones, emitiera juicios, me pronunciase, intercediese, aconsejase, dictase veredictos, consintiera o denegase, aceptase o rechazase… Los demás funcionarios de mi corte encargados de las diversas responsabilidades de gobierno venían con regularidad a verme con diversos problemas. Un dique de contención de las aguas de los pantanos necesitaba reparaciones cruciales, de lo contrario pronto tendríamos el pantano en nuestras calles. ¿Querría el Uey-Tecutli autorizar el coste de los materiales y el reclutamiento de los trabajadores? Los pescadores de nuestra flota oceánica se quejaban de que el drenaje que se había hecho tanto tiempo antes en aquel mismo pantano había tenido como consecuencia la paulatina obstrucción de sus habituales puertos costeros a causa de los sedimentos. ¿Querría el Uey-Tecutli autorizar las obras de dragado que volvieran a hacer profundos aquellos puertos? Nuestros almacenes estaban a rebosar de pieles de nutrias marinas, esponjas, pieles de tiburón y otras mercancías que no se habían vendido, porque, desde hacía ya años, Aztlán sólo comerciaba con las tierras que estaban situadas al norte, pero no lo hacia con ninguna del sur. ¿Podría el Uey-Tecutli idear un plan para deshacernos de ese exceso, y a cambio obtener un beneficio…?

Tuve que luchar no sólo con mis funcionarios de la corte y con los asuntos importantes en materia de política, sino también con las cosas triviales de la gente corriente. Aquí un litigio entre dos vecinos por la linde entre sus parcelas de tierra; allí unas disputas familiares por el reparto de las exiguas propiedades de su padre muerto recientemente; acullá un deudor que solicitaba un respiro en el acoso al que lo sometía un prestamista usurero; allí un acreedor que pedía permiso para desalojar a una viuda y a sus hijos huérfanos del hogar para satisfacer alguna obligación que el difunto marido no había podido cumplir…

Me resultaba excesivamente difícil encontrar tiempo para atender asuntos que para mí eran mucho más urgentes. Pero me las arreglé como pude. Di instrucciones a todos los caballeros y cuáchictin leales de mi ejército para que comenzaran a entrenar de forma intensiva a sus fuerzas (y a todos los reclutas de que pudieran disponer), y para que hicieran sitio en sus filas para los guerreros adicionales que se habían reclutado y que llegaban a diario de las demás comunidades subordinadas a Aztlán.

E incluso encontré tiempo para sacar de su escondite los tres arcabuces que

Pakápeti y yo habíamos llevado con nosotros y para instruir personalmente en el uso de los mismos. No hace falta decir que al principio los guerreros tenían miedo de manejar aquellas armas extranjeras. Pero seleccioné sólo a aquellos que fueron capaces de superar su turbación y que demostraron aptitudes para utilizar el palo de trueno con eficacia. Al final los escogidos fueron más o menos veinte, y cuando uno de ellos me preguntó, lleno de desconfianza: «Mi señor, cuando vayamos a la guerra, ¿tendremos que turnarnos para emplear los palos de trueno?», yo le contesté: «No, joven iyac. Confío en que les arrebatéis a los hombres blancos sus arcabuces para armaros vosotros. Y además también confiscaremos los caballos de los hombres blancos. Cuando lo hagamos se os entrenará también para que podáis manejarlos».

El hecho de estar continuamente ocupado por lo menos tenía un aspecto gratificante: me evitaba el tener nada que ver con Gónda Ke, la mujer yaqui. Mientras yo estaba ocupado con los asuntos de Estado ella se encargaba de supervisar los asuntos domésticos del palacio. Pudiera ser que fuera un fastidio para los sirvientes, pero así tenía pocas oportunidades de fastidiarme a mi. Claro que de vez en cuando nos encontrábamos por un pasillo del palacio y la mujer yaqui soltaba algún comentario bromista o guasón: «Me canso de esperar, Tenamaxtli. ¿Cuándo vamos a salir tú y yo a comenzar nuestra guerra?». O: «Me canso de esperar, Tenamaxtli. ¿Cuándo nos iremos tú y yo juntos a la cama para que puedas besar cada una de las pecas que salpican mis partes íntimas?».

Aunque yo no hubiera estado demasiado ocupado para acostarme con nadie, y aunque ella hubiera sido la última hembra humana en el mundo, no me hubiera sentido tentado a ello. En realidad durante el tiempo que fui Uey-Tecutli, cuando, por tradición, hubiera podido tener a cualquier mujer de Aztlán que hubiese deseado, no disfruté de ninguna en absoluto. Pakápeti parecía firme en su determinación de no volver a copular nunca jamás con ningún hombre. Y a mi no se me habría pasado por la cabeza, ni siquiera en sueños, molestar a Améyatl en su lecho de enferma, aunque ella cada día estaba más saludable, más fuerte y más bella.

Desde luego visitaba a mi prima y me quedaba junto a su cama siempre que tenía un momento libre, pero sólo para conversar con ella. La ponía al corriente de las actividades que yo llevaba a cabo como Uey-Tecutli y de los acontecimientos de Aztlán y sus alrededores a fin de que ella pudiera reemprender con más facilidad su regencia cuando llegase el momento. (Y francamente yo anhelaba que ese momento llegase pronto para poder marcharme a la guerra). También hablábamos de muchas otras cosas, por supuesto, y un día Améyatl, un poco turbada, me dijo:

—Pakápeti me ha cuidado amorosamente. Y ella ahora está muy guapa, pues el pelo le ha crecido y lo tiene casi tan largo como yo. Pero la querida muchacha bien podría ser repelentemente fea, porque la ira que hay en ella es casi visible.

—Está muy enojada con los hombres, y tiene motivos para ello. Ya te conté el

encuentro que tuvo con aquellos dos soldados españoles.

—Entonces comprendo que lo esté con los hombres blancos. Pero, exceptuándote tan sólo a ti, creo que mataría gustosa a todo hombre vivo.

—También lo haría la venenosa Gónda Ke —le comenté—. Quizá estar cerca de ella haya influido en Pakápeti para que les tenga un odio aún más profundo a los hombres.

—¿Incluyendo al que lleva en su seno? —me preguntó Améyatl.

Parpadeé asombrado.

—¿Qué estás diciendo?

—Entonces, ¿no te has dado cuenta? Sólo se le está empezando a notar. De Puntillas está preñada.

—Yo no he sido —balbucí—. No la he tocado desde hace…

—Ayyo, primo, cálmate —me recomendó Améyatl riéndose a pesar de la preocupación— De Puntillas lo atribuye al encuentro ese del que has hablado.

—Bien, es razonable que esté amargada por llevar dentro al hijo mestizo de un…

—No por llevarlo dentro, ni porque sea mestizo, sino porque es un varón, ya que detesta a todos los varones.

—Oh, venga, prima. ¿Cómo es posible que Pakápeti sepa que ser un niño?

—Ni siquiera se refiere a él como un niño. Habla salvajemente de «este tepuli que está creciendo dentro de mí». O de «este kurú», la palabra poré que designa el órgano masculino. Tenamaxtli, ¿es posible que el disgusto que tiene De Puntillas le esté haciendo perder la cabeza?

—Yo no soy una autoridad en materia de locura ni de mujeres —le dije al tiempo que dejaba escapar un suspiro—. Consultaré a un ticitl que conozco. Quizá él pueda prescribir algún paliativo para la angustia De Puntillas. Mientras tanto tú y yo vigilaremos que no intente hacerse daño a si misma.

Pero pasó algún tiempo antes de yo lograse llamar a aquel médico, porque tenía otras cosas que atender. Una fue la visita de uno de los guardias del templo de Coyolxauqui, que vino a informarme de que los guerreros encarcelados se encontraban en unas condiciones muy miserables, pues tenían que dormir de pie, no comían otra cosa que gachas, llevaban mucho tiempo sin bañarse, y algunas otras cosas por el estilo.

—¿Acaso alguno de ellos se ha asfixiado o se ha muerto de hambre? —le pregunté con exigencia.

—No, mi señor. Puede que estén medio muertos, pero allí se confinó a ciento treinta y ocho hombres, y el número todavía permanece invariable. No obstante, ni siquiera nosotros los guardias que estamos fuera del templo somos capaces de soportar el hedor y el clamor.

—Pues cambiad la guardia con más frecuencia. Y a menos que esos traidores

empiecen a morirse, no volváis a molestarme. Medio muertos no es castigo suficiente para ellos.

Y luego Nocheztli volvió de su misión como quimichi en Compostela. Había estado ausente unos dos meses, y yo había empezado a preocuparme y a pensar que quizá se hubiera pasado de nuevo al enemigo, pero regresó, tal como había prometido, y venía rebosante de noticias que contar.

—Compostela es una ciudad mucho más floreciente y populosa, mi señor, que la última vez que estuve allí. Los habitantes varones son en su mayor parte soldados españoles, cuyo número calculo en unos mil, la mitad de ellos montados a caballo. Pero muchos de los soldados de alto rango han llevado allí a sus familias, y otras familias españolas han acudido como colonos, y se han construido casas para todos ellos. El palacio del gobernador y la iglesia de la ciudad son de piedra bien trabajada; las demás residencias son de ladrillo de barro seco. Hay un mercado, pero las mercancías y productos que se venden allí las han traído caravanas de mercaderes procedentes del sur. Los blancos de Compostela no cultivan ni crían ganado; todos prosperan con la explotación de las numerosas minas de plata de los alrededores. Y es evidente que prosperan lo suficiente como para poder permitirse el gasto de importar los comestibles y otras necesidades.

—¿Y cuántos de los nuestros residen allí? —le pregunté.

—La población india es casi igual a la de los blancos. Hablo sólo de aquellos que trabajan como esclavos domésticos en las casas de los españoles; y además hay numerosos esclavos negros, esos seres a los que llaman moros. Cuando los esclavos no tienen el domicilio en las casas de sus amos, viven en unas cabañas y barracas miserables situadas a las afueras de la ciudad. Hay otra cantidad considerable de hombres de los nuestros que trabajan en las minas, bajo tierra, y en unos edificios que hay alrededor de las minas, pero encima de la tierra, a los que llaman talleres. Me temo que no pueda calcular el número exacto de esos hombres, pues muchísimos de ellos trabajan bajo tierra, por turnos, la mitad de ellos durante el día, la otra mitad de noche. Y además ellos y sus familias, si es que las tienen, viven encerrados en complejos cerrados y vigilados donde no conseguí entrar. Los españoles llaman a esos lugares obrajes.

—Ayya, sí —asentí—. Conozco los infames obrajes.

—Corre el rumor de que esos obreros, puesto que nuestra gente nunca antes había tenido que trabajar esclavizada bajo tierra, mueren sin cesar, varios de ellos cada día. Y los dueños de las minas no pueden sustituirlos con tanta rapidez como mueren, porque, naturalmente, los indios de Nueva Galicia a los que no han esclavizado se han dado prisa en marcharse y esconderse lejos del alcance de los cazadores de esclavos. De modo que el gobernador Coronado le ha pedido al virrey Mendoza en la Ciudad de México que envíe a Compostela cantidades de esclavos moros de… de

donde sea que traen a esos moros.

—De cierta tierra llamada Africa, me han dicho.

Nocheztli hizo una mueca de desagrado y dijo:

—Debe de ser un lugar parecido a nuestras espantosas Tierras Calientes del sur remoto. Porque he oído decir que los moros pueden soportar con facilidad el terrible calor, el encierro y el estruendo de las minas y de los talleres. Y además los moros deben de ser más parecidos a las bestias de carga de los españoles que a los seres humanos, porque también se dice de ellos que pueden trabajar sin descanso y llevar cargas aplastantes sin morir y sin siquiera quejarse. Puede ser que, si se importasen suficientes moros a Nueva Galicia, Coronado deje de intentar capturar y esclavizar a nuestro pueblo.

—Háblame de ese Coronado, el gobernador —le pedí.

—Sólo tuve ocasión de verlo dos veces mientras pasaba revista a sus tropas elegantemente ataviado y montado en un caballo blanco que hacia cabriolas. No es mayor que tú, mi señor, pero su rango, desde luego, es inferior al tuyo de Gobernador Reverenciado, porque él ha de rendir cuentas a sus superiores en la Ciudad de México y tú no has de rendir cuentas ante nadie. Sin embargo, está determinado a hacerse un nombre más señorial para sí. No siente remordimiento alguno en exigir que los esclavos extraigan hasta el último pellizco de Mena de plata, no sólo para su propio enriquecimiento y el de sus súbditos de Nueva Galicia, sino para toda Nueva España y ese gobernante llamado Carlos que se encuentra en la lejana Vieja España. Sin embargo, en conjunto, Coronado parece menos tirano que su predecesor. No permite que sus súbditos atormenten, torturen o ejecuten a nuestro pueblo a capricho, como solía hacer el gobernador Guzmán.

—Háblame de las armas y de las fortificaciones que el gobernador tiene en Compostela.

—Esa es una cosa curiosa, mi señor. Sólo puedo suponer que el difunto Yeyac debió de persuadir a Compostela de que no tenía que temer nunca un ataque de nuestro pueblo. Además de los habituales palos de trueno que llevan encima los soldados españoles, tienen también esos tubos de trueno mucho más grandes montados en carros con ruedas. Pero los soldados no rodean la ciudad para defenderla; se ocupan principalmente de mantener a los esclavos de las minas trabajando con sumisión, o de vigilar los obrajes en los que están confinados. Y los enormes tubos de trueno que hay estacionados alrededor de la ciudad no apuntan hacia afuera, sino hacia adentro, obviamente para rechazar cualquier intento de los esclavos de rebelarse o escapar.

—Interesante —murmuré. Encendí y fumé un poquietl mientras meditaba sobre lo que había aprendido—. ¿Tienes alguna cosa más de importancia que comunicar?

—Muchas más, mi señor. Aunque Guzmán afirmaba que había conquistado

Michoacán y había enviado a los pocos guerreros supervivientes a la esclavitud en el extranjero, parece que no los sometió a todos. El nuevo gobernador Coronado recibe regularmente noticias de levantamientos en el sur de sus dominios, sobre todo en la zona de los alrededores del lago Pátzcuaro. Bandas de guerreros armados sólo con espadas hechas del famoso metal purepe y con antorchas han estado atacando los puestos avanzados españoles y las estancias de los colonos españoles. Atacan siempre de noche, matan a los guardias armados, les roban los palos de trueno y prenden fuego a los edificios de las estancias, matando así a muchas familias blancas: hombres, mujeres, niños… todos. Los blancos que han sobrevivido juran que los atacantes eran mujeres, aunque no sé cómo pudieron distinguirlo teniendo en cuenta la oscuridad y el hecho de que los purepechas son calvos. Y cuando los soldados españoles que quedan peinan el campo a la luz del día se encuentran a las mujeres purepes haciendo exactamente lo mismo que siempre han hecho: tejer cestos de forma apacible, hacer cacharros de cerámica y otras cosas por el estilo.

—Ayyo —exclamé para mí mismo con satisfacción—. Desde luego, las tropas de Pakápeti están demostrando lo que valen.

—El resultado ha sido que han enviado tropas adicionales desde Nueva España para intentar, de momento en vano, sofocar esos disturbios. Y los españoles de la Ciudad de México se lamentan de que esta desviación de las tropas los deja a ellos vulnerables ante las invasiones o insurrecciones indias. Si los ataques en Michoacán en realidad sólo han hecho un daño insignificante, sin duda han conseguido que los españoles, en todas partes, se sientan intranquilos y temerosos de perder su seguridad.

—Debo encontrar alguna manera de enviar mi felicitación personal a esa espantosa mujer cóyotl Mariposa —murmuré.

—Como te decía —continuó Nocheztli—, el gobernador Coronado recibe estos informes, pero se niega a enviar al sur a ninguna de sus tropas de Compostela. He oído decir que insiste en mantener a sus hombres dispuestos para algún grandioso plan que ha concebido con intención de llevar adelante sus propias ambiciones. También he oído que aguardaba ansioso la llegada de cierto emisario del virrey Mendoza, de la Ciudad de México. Bien, esa persona llegó justo antes de que yo me marchase de Compostela, mi señor, y resultó ser un emisario muy peculiar. Un fraile cristiano corriente… y lo reconocí porque ese fraile había residido en Compostela antes y yo lo había visto allí. No sé cómo se llama, pero en aquella época anterior sus compañeros lo llamaban con desprecio el Monje Mentiroso. Y no sé por qué ha regresado, ni por qué el virrey lo ha enviado, ni cómo es posible que él pueda ayudar al gobernador Coronado a realizar sus ambiciones. Lo único que puedo decirle a este respecto es que el fraile llegó acompañado de un ayudante, un simple moro esclavo. Ambos, fraile y esclavo, entraron inmediatamente a conferenciar en privado con el gobernador. Estuve tentado de quedarme y tratar de enterarme de más cosas acerca de

este misterio. Sin embargo, para entonces yo ya empezaba a resultar sospechoso a la gente de la ciudad. Además temía que tú, mi señor, pudieras dudar de mí por mi tardanza en regresar.

—Confieso que dudas he tenido, Nocheztli, y te pido disculpas. Lo has hecho bien, realmente bien. Por lo que tú has descubierto, yo puedo adivinar mucho más. —Me eché a reír de corazón—. Ese moro está guiando al Monje Mentiroso en busca de las fabulosas Siete Ciudades de Antilia, y Coronado confía en compartir el mérito cuando las descubran.

—¿Mi señor…? —dijo Nocheztli sin comprender.

—No importa. Lo que significa es que ese Coronado sí que enviará algunas de sus tropas destacadas para ayudar en esa búsqueda, y dejar a la complaciente ciudad de Compostela todavía más indefensa. Se acerca el momento de que los guerreros leales al difunto Yeyac expíen sus crímenes. Ve, Nocheztli, y di a los vigilantes del templo prisión que empiecen a alimentar a esos hombres con buena carne, pescado, grasas y aceites. Hay que volver a ponerlos fuertes. Y que los guardias los dejen salir del templo de vez en cuando para que se bañen, hagan ejercicio, entrenen y se pongan en forma para entrar en combate. Ocúpate de eso, Nocheztli, y cuando consideres que los hombres están preparados, ven a decírmelo.

Me dirigí a los aposentos de Améyatl, donde ella ya no estaba postrada en el lecho, sino sentada en una silla icpali, y la puse al corriente de todo lo que me habían contado, lo que había deducido de esa información y lo que pensaba hacer al respecto. Mi prima parecía aún tener sus dudas acerca de mis planes, pero no retiró su aprobación. Luego dijo:

—Entretanto, primo, no has hecho nada aún acerca de la precaria condición de Pakápeti. Cada día me preocupa más.

—Ayya, tienes razón. Me he descuidado. —Ordené a una de sus otras criadas que se encontraba asistiéndola en aquel momento—: Ve a buscar al ticití Ualiztli. Es cirujano del ejército. Lo encontrarás en las barracas de los caballeros. Dile que requiero su presencia aquí de inmediato.

Améyatl y yo estuvimos charlando de varios asuntos; una de las cosas que me dijo es que se encontraba muy restablecida y que, si yo se lo permitía, empezaría a ayudarme con algunos de los detalles rutinarios de mi cargo. Y después llegó Ualiztli, que llevaba la bolsa de instrumentos y medicamentos que los ticiltin llevan a todas partes. Como era un hombre de bastante edad, aunque robusto, y como había acudido corriendo a mi llamada, se encontraba casi sin aliento, hice que la criada le trajera una taza de chocólatl para que se repusiera y al mismo tiempo le dije que condujese hasta nosotros a De Puntillas.

—Estimado Ualiztli —comencé a decirle—, esta joven es buena amiga Pakápeti, miembro del pueblo purepe. De Puntillas, este caballero es el médico más

considerado de toda Aztlán. A Améyatzin y a mí nos gustaría mucho que le permitieras examinar tu condición física.

De Puntillas pareció un poco recelosa pero no protestó.

—De acuerdo con los síntomas, Pakápeti está encinta —le dije al tícitl—, pero al parecer tiene un embarazo difícil. A todos nosotros nos sería muy valiosa tu opinión y tu consejo.

Inmediatamente De Puntillas exclamó:

—¡No estoy encinta!

Pero se tendió obediente sobre el jergón de Améyatl cuando el médico le dijo que lo hiciera.

—Ayyo, pues si que lo estás, querida —sentenció el médico después de palpar un poco entre la ropa—. Por favor, súbete la blusa y bájate un poco la falda por la cintura para que pueda realizar un examen completo.

No pareció que a De Puntillas le diera apuro descubrir sus pechos y el abultado vientre en presencia de Améyatl y de mí, y pareció igualmente indiferente ante el entrecejo fruncido, los suspiros y los murmullos del tícitl mientras le apretaba y le hurgaba por aquí y por allá. Cuando por fin se apartó de ella, De Puntillas habló antes de que pudiera hacerlo el médico:

—¡No estoy preñada! ¡Y tampoco quiero estarlo!

—Tranquila, niña. Hay ciertas pociones que hubiera podido administrarte antes para inducir un parto prematuro, pero tu estado es demasiado avanzado…

—¡No pariré ni antes, ni después, ni nunca! —insistió con vehemencia De Puntillas—. ¡Y quiero matar a esta cosa que llevo dentro!

—Bien, con toda seguridad el feto no habría sobrevivido a un parto prematuro. Pero ahora…

—No es un feto. Es una… cosa macho.

El tícitl sonrió con tolerancia.

—¿Acaso alguna comadre entrometida te ha dicho que sería niño porque lo llevas situado muy alto? Eso no es más que una vieja superstición.

—¡Ninguna comadre me ha dicho nada! —aseguró De Puntillas, cada vez más agitada—. No he dicho un niño… he dicho una cosa macho. La cosa que sólo una persona macho… —Hizo una pausa con cara avergonzada y luego añadió—: Un kurú. Un tepuli.

Ualiztli le dirigió una mirada penetrante.

—Déjame tener unas palabras con tu eminente amigo. —Me condujo fuera del alcance del oído de las mujeres y me dijo en un susurro—: Mi señor, ¿acaso hay en esto un marido que no sospecha nada? ¿Acaso la joven ha sido inf…?

—No, no —me apresuré a defenderla—. No hay ningún marido. Hace varios meses a Pakápeti la violó un soldado español. Temo que el espanto de llevar en su

seno el hijo de un enemigo le ha alterado de algún modo las facultades.

—A menos que las mujeres purepes estén hechas de un modo diferente a las nuestras, cosa que dudo, algo le ha alterado también las entrañas. Si está encinta, le está creciendo más en la zona del estómago que en el vientre, y eso es imposible.

—¿Puedes hacer algo que la alivie?

El médico puso cara de incertidumbre; luego volvió a inclinarse sobre De Puntillas.

—Puede que tengas razón, querida, y que esto no sea un feto viable. A veces una mujer puede desarrollar un tumor fibroso que se parece mucho a un embarazo.

—¡Te digo que está creciendo! ¡Te digo que no es un feto! ¡Te digo que es un tepuli!

—Por favor, querida, ésa es una palabra inapropiada para que la pronuncie una señorita bien educada. ¿Por qué persistes en hablar de un modo tan inmodesto?

—¡Porque sé lo que es! ¡Porque me lo tragué! ¡Sácamelo!

—Pobre muchacha, estás trastornada.

Ualiztli se puso a buscar algo dentro de la bolsa.

Pero yo estaba mirando a Pakápeti con la boca abierta. Estaba recordando… y me preguntaba…

—Toma, bébete esto —le ordenó Ualiztli al tiempo que le tendía una tacita.

—¿Me librar de esta cosa? —le preguntó De Puntillas esperanzada, casi suplicante.

—Te calmará.

—¡No quiero que me calme! —Le tiró la taza de la mano—. Quiero librarme de este espantoso…

—De Puntillas —intervine yo con seriedad—, haz lo que dice el tícitl. Recuerda que pronto tendremos que volver a ponernos en camino. Y no podrás venir conmigo a menos que te pongas bien. Por ahora bébete la poción. Luego el médico consultará con sus colegas ticiltmn en cuanto a las medidas que se tomarán a continuación. ¿No es así, Ualiztli?

—Exactamente así, mi señor —respondió él contribuyendo a mi mentira.

Aunque todavía con expresión obstinada y desafiante, De Puntillas me obedeció y se bebió la taza que el médico había vuelto a llenar. Después Ualiztli le dio permiso para que se arreglase la ropa y se retirase. Y cuando se hubo marchado nos dijo a Améyatl y a mi:

—Está bastante trastornada. Está demente. Le he dado una tintura de la seta nanácatl. Eso por lo menos le aliviará el torbellino que tiene en la cabeza. No sé qué otra cosa puede hacerse, excepto cortar en su interior con la lanceta de obsidiana, y pocos pacientes sobreviven a tan drástica exploración. Os dejaré una provisión de la tintura para que se la administréis cuando vuelva a ponerse alterada. Lo siento, mi

señor, mi señora, pero el pronóstico no es nada prometedor.

En los días siguientes Améyatzin ocupó un trono ligeramente más pequeño que el mío, situado un poco más abajo y a mi derecha, asistió a mis conferencias con el Consejo de Portavoces cuando había ocasión para que se reunieran aquellos ancianos, me ayudó en muchas de las decisiones que los otros funcionarios venían a pedirme y me alivió de gran parte de la cansina carga de tratar las peticiones de la gente corriente. Améyatl siempre tenía a su lado izquierdo a nuestra querida Pakápeti, principalmente como precaución contra algún daño que la muchacha pudiera causarse a sí misma, pero también con la esperanza de que con las actividades del salón del trono la mente De Puntillas pudiera distraerse de su oscura obsesión. Los tres estábamos allí el día en que un mensajero del ejército vino a decirme:

—Mi señor, el tequíua Nocheztli te envía el mensaje de que los guerreros de Yeyac se encuentran tan en forma como en sus mejores tiempos.

—Entonces dile a Nocheztli que venga aquí y que traiga consigo a ese caballero de la Flecha.

Cuando llegaron, el caballero, cuyo nombre era Tapachini, se inclinó con humildad para hacer el gesto tlalqualiztli de tocar el suelo del salón del trono. Dejé que permaneciera en aquella postura servil mientras le decía:

—Os ofrecí a ti y a tus camaradas en la traición tres modos de morir. Todos vosotros escogisteis el mismo, y en el día de hoy conducirás a esos hombres en su marcha hacia la muerte. Como os prometí, será una muerte en combate, por lo tanto buena a los ojos de los dioses. Y esto otro te lo voy a decir por primera vez: habréis tenido el honor de librar la primera batalla de lo que ser una guerra total e incondicional para expulsar a los hombres blancos del Unico Mundo.

Tapachini, con la cabeza aún baja, dijo:

—Es un honor que difícilmente hubiéramos esperado merecer, mi señor. Estamos agradecidos. Sólo tienes que mandarnos.

—Se os devolverán a todos vuestras armas y armaduras. Luego marcharéis hacia el sur y atacaréis la ciudad española de Compostela. Haréis cuanto podáis por arrasar la ciudad y acabar con sus habitantes blancos. Naturalmente, no lo lograréis. Os superarán de diez a uno en número, y vuestras armas no serán rival para las de los hombres blancos. No obstante, veréis que la ciudad se cree fatuamente a salvo a causa del pacto que hizo con el difunto Yeyac. Encontraréis a Compostela desprevenida ante vuestro ataque. De modo que los dioses, y yo, estarán desolados si cada uno de vosotros no acaba por lo menos con cinco enemigos antes de caer vosotros mismos.

—Confía en ello, mi señor.

—Espero enterarme de ello. La noticia de una matanza así, sin precedentes, no tardará en llegar a mis oídos. Mientras tanto desecha cualquier ilusión de que tus

hombres y tú podréis eludir mi mirada tan pronto como salgáis de Aztlán.

Me di la vuelta hacia Nocheztli.

—Elige guerreros leales y fornidos para que sirvan de escolta. Haz que acompañen al caballero Tapachini y a su contingente por los senderos que llevan al sur; será una marcha de no más de cinco días; y que permanezcan con ellos hasta que se encuentren dentro del radio de ataque de Compostela. Cuando el caballero Tapachini dirija la carga contra la ciudad, y no antes, los escoltas regresarán aquí para informar. Durante el camino hacia el sur han de contar continuamente a los hombres que están bajo su custodia. El número del caballero y el de sus hombres es de ciento treinta y ocho en este momento. Ese mismo número ha de atacar Compostela. ¿Queda bien entendido, tequíua Nocheztli?

—Sí, mi señor.

—Y a ti, caballero Tapachini —añadí con sarcasmo—, ¿te resultan satisfactorias las condiciones?

—No puedo culparte, mi señor, por habernos considerado indignos de merecer tu confianza.

—Entonces, márchate ya. Y que seas perdonado cuando hayas derramado un río de sangre de los hombres blancos. Y de la tuya propia.

El propio Nocheztli fue con los hombres de Tapachini y sus escoltas durante el primer día de marcha; luego, al caer la noche, dio la vuelta, y a la mañana siguiente temprano me informó:

—Ninguno de los hombres condenados trató de escapar, mi señor, y no ha habido incidentes hasta el momento. Cuando me marché había todavía ciento treinta y ocho hombres.

No sólo elogié a Nocheztli por su asidua y continua atención a todos los aspectos de aquella misión, sino que lo ascendí en aquel mismo momento.

—Desde este día, eres cuáchic, una «vieja águila». Además, te doy permiso para que elijas tú mismo los guerreros que servirán bajo tu mando. Y si alguno de los altivos caballeros o de los otros cuáchictin tiene alguna queja sobre eso, diles que vengan a quejarse a mi.

Nocheztli se apresuró a inclinarse para hacer el gesto de besar la tierra; se esmeró tanto que casi cayó a mis pies. Cuando consiguió erguirse torpemente, se fue de mi presencia de una forma aún más respetuosa, caminando hacia atrás todo el camino hasta que salió del salón del trono.

Pero apenas se hubo marchado le sucedió otro guerrero que solicitaba audiencia, y éste había traído consigo a una mujer del pueblo llano de aspecto más bien asustado. Ambos tocaron el suelo con el gesto tlalqualiztli y el hombre dijo:

—Perdona mi urgencia, mi señor, pero esta mujer ha venido a nuestras barracas para informar de que esta mañana, al abrir la puerta de su casa, ha encontrado un

cadáver en el callejón.

—¿Por qué me dices esto, iyac? Probablemente algún borracho que había bebido más de lo que podía aguantar.

—Perdona que te corrija, mi señor. Este era un guerrero, y lo habían apuñalado por la espalda. Y además le habían quitado la armadura de combate; sólo llevaba puesto el taparrabos y no portaba armas.

—Entonces, ¿cómo sabes que era un guerrero? —le pregunté con enojo, bastante irritado por empezar el día de ese modo.

Antes de contestarme, el yeyac se inclinó de nuevo para tocar el suelo y yo me volví y vi que Améyatl había entrado en la sala.

—Porque, mi señor —continuó el hombre—, yo he servido como guardia de los prisioneros en el templo de Coyolxauqui, así que reconocí a este guerrero muerto. Era uno de los detestables cómplices del difunto Yeyac.

—Pero… pero… —tartamudeé, confuso—. Todos tenían que abandonar la ciudad ayer. Y lo hicieron. Todos, los ciento treinta y ocho.

Améyatl me interrumpió con voz insegura.

—Tenamaxtzin, ¿has visto a De Puntillas?

—¿Qué? —exclamé aún más confuso.

—Esta mañana no estaba al lado de mi cama, como solía suceder siempre. No recuerdo haberla visto desde que los tres estuvimos en esta habitación ayer.

Améyatl y yo debimos de comprenderlo ambos al instante. Pero nosotros, los sirvientes e incluso Gónda Ke fuimos a registrar cada rincón del palacio y sus jardines. Nadie encontró a Pakápeti, y el único descubrimiento significativo lo hice yo mismo, a saber: que uno de los tres palos de trueno que estaban ocultos también había desaparecido, De Puntillas se había adelantado deliberadamente para matar, para que mataran a lo que fuera que había en sus entrañas y para morir ella.

20

Yo había calculado que las tropas del caballero Tapachini y sus escoltas tardarían unos cinco días en llegar a Compostela, y que a dichos escoltas les llevaría bastante menos tiempo regresar para informar, quizá si hubiese un buen corredor entre ellos se adelantase y llegara incluso antes. De todos modos tendría que esperar varios días para poder escuchar los resultados de la misión, de manera que en vez de consumirme de impaciencia y ansiedad decidí sacarles provecho a esos días. Dejé toda la aburrida y exasperante rutina de gobierno en manos de Améyatl y del Consejo de Portavoces (a mi se me consultaba sólo en asuntos muy importantes) y me dediqué a mis otras ocupaciones en el exterior.

Mis cuatro caballos estaban bien alimentados y cuidados, pues había dado a los esclavos instrucciones al respecto; ahora se veían lustrosos y atractivos, y resultaba evidente que se encontraban ansiosos por estirar las patas. Así que busqué voluntarios que quisieran aprender a cabalgar. A la primera que le pregunté fue a Gónda Ke, pues yo tenía esperanzas de que ella y yo estuviéramos pronto viajando a toda velocidad hacia tierras lejanas, por delante de mi ejército, a fin de reclutar soldados para ese ejército. Pero Gónda Ke rechazó con desdén la idea de montar a caballo. En aquel inimitable estilo suyo, me dijo:

—Gónda Ke ya sabe todo lo que merece la pena saber. ¿Qué necesidad tiene de aprender algo nuevo? Además, Gónda Ke ha cruzado una y otra vez todo el Unico Mundo, lo ha hecho muchas veces y siempre a pie, como corresponde a un yaqui valiente y robusto. Tú, si lo prefieres, cabalga, Tenamaxtli, como un débil hombre blanco. Gónda Ke te garantiza que no podrás dejarla atrás.

—Gastarás un buen montón de tus preciadas sandalias —le indiqué secamente. Pero no la presioné mas.

A continuación, en deferencia a su rango, les ofrecí la misma oportunidad a los oficiales del ejército, y no me sorprendí demasiado al ver que ellos también rehusaban, aunque desde luego no de un modo tan insultante como lo había hecho antes Gónda Ke. Se limitaron a decirme:

—Mi señor, el águila y el jaguar se avergonzarían de depender de bestias inferiores para tener movilidad.

Así que me dirigí a las filas del cuáchictin, y dos de ellos se ofrecieron voluntarios. Como ya podía haber supuesto, el nuevo cuáchic, Nocheztli, apenas esperó a que le preguntase. El otro era un mexicatl de mediana edad llamado Comití, quien, en su juventud, había formado parte de aquellos guerreros que habían traído de Tenochtitlan para entrenar a los nuestros. Últimamente había sido uno de los hombres a los que yo había enseñado a manejar el arcabuz. Quedé asombrado al ver que el tercer voluntario era el cirujano del ejército, aquel ticitl Ualiztli de quien ya he

hablado.

—Si tan sólo buscas hombres que puedan luchar a caballo, mi señor, comprenderé, naturalmente, que me rechaces. Como puedes ver, soy ya considerablemente viejo, tengo bastante peso de más para poder marchar con el ejército y además he de llevar mi pesado saco mientras lo hago.

—No te rechazo, Ualiztli. Creo que un ticitl debería estar capacitado para moverse con rapidez por un campo de batalla a fin de poder administrar con más rapidez sus servicios. Y he visto montar a caballo a muchos españoles más viejos y pesados que tú; si ellos eran capaces de hacerlo, seguro que tú puedes aprender. De modo que durante aquellos días de espera enseñé a los tres hombres todo lo que sabía acerca de manejar un caballo. —Mientras deseaba con ansiedad que De Puntillas, mucho más diestra, estuviera allí para supervisar su entrenamiento. Realizamos las prácticas alternativamente en la plaza central, que estaba pavimentada, y en algunos terrenos llenos de hierba y, dondequiera que lo hiciéramos, una multitud de gente de la ciudad venían a mirarnos, desde una distancia prudencial, llenos de temeroso respeto y admiración. Dejé que el ticitl Ualiztli utilizase la otra silla en su caballo, y Comitl y Nocheztli se abstuvieron varonilmente de quejarse por el hecho de tener que ir dando botes sobre la espalda desnuda de las otras dos monturas.

—Eso os endurecerá —les aseguré—, de manera que cuando por fin confisquemos otros caballos a los soldados blancos, encontraréis muy cómodo montar en silla.

No obstante, cuando mis tres discípulos se hubieron vuelto por lo menos tan diestros como yo en el arte de cabalgar, nuestras actividades ya no servían para distraerme de mi ansiedad. Habían transcurrido siete días desde la partida de Tapachini y sus hombres, tiempo suficiente para que un mensajero veloz hubiera regresado a Aztlán, pero no había sido así. Pasó el octavo día, y luego el noveno, tiempo suficiente para que todos los guardias de escolta hubieran regresado.

—Ha sucedido algo terriblemente malo —gruñí al décimo día mientras paseaba malhumorado por el salón del trono. De momento sólo les confiaba mi consternación a Améyatl y a Gónda Ke—. ¡Y no tengo manera de saber qué es!

—Quizá sea que esos hombres condenados hayan decidido esquivar su sino —sugirió mi prima—. Pero no creo que hayan podido escabullirse de la fila de uno en uno o de dos en dos, pues de ser así los escoltas te habrían informado de ello. De modo que lo más probable es que se hayan sublevado en masa: eran muchos y los escoltas pocos; y después de matar a los guardianes han debido de huir, juntos o por separado, a un lugar donde no puedas darles alcance.

—Ya he pensado en eso, naturalmente —gruñí—. Pero habían besado la tierra en señal de juramento. Y en otro tiempo habían sido hombres honorables.

—También lo fue Yeyac… en otro tiempo —comentó Améyatl con amargura—.

Mientras nuestro padre estuvo presente para mantenerlo leal, viril y digno de confianza.

—Sin embargo —objeté—, se me hace difícil creer que ninguno de esos hombres haya cumplido su juramento… por lo menos para volver y decirme que los demás no lo habían hecho. Y recuerda, es prácticamente seguro que Pakápeti estaba entre ellos disfrazada de hombre. Y ella nunca desertaría.

—Quizá haya sido ella —apuntó Gónda Ke con aquella característica sonrisa suya de satisfacción— quien los ha matado a todos.

Aquel comentario no fue digno de ninguna observación por mi parte. Luego Améyatl dijo:

—Si los hombres de Yeyac mataron a sus escoltas, no creo que tuvieran reparos en hacer lo mismo con De Puntillas ni con ninguno de los suyos que les hiciese frente.

—Pero eran guerreros —seguí objetando—. Siguen siendo guerreros, a menos que la tierra se haya abierto y se los haya tragado. No conocen otro modo de vida. Juntos o separados, ¿qué harán ahora con sus vidas? ¿Recurrir al vulgar bandidaje clandestino? Eso sería impensable para un guerrero, por muy deshonrosa que haya sido su conducta en otros aspectos. No, sólo se me ocurre que puedan haber hecho una cosa. —Me di la vuelta hacia la mujer yaqui y le dije—: En una época anterior al tiempo, una cierta Gónda Ke convirtió a muchos hombres buenos en malos, así que tú debes de estar bien versada en materia de traición. ¿Crees que esos hombres han reanudado su alianza con los españoles?

Gónda Ke se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Con qué fin? Mientras fueron hombres de Yeyac podían esperar favor y preferencia. Sin embargo, sin Yeyac para guiarlos no son nadie. Es posible que los españoles los aceptasen en sus filas, pero los despreciarían por completo al pensar, y con razón, que unos hombres que se han vuelto contra su propio pueblo también podrían volverse fácilmente contra ellos.

—Hablas con lógica —tuve que confesar.

—A esos desertores se los consideraría como los más bajos de los bajos. Incluso ese caballero de la Flecha sería degradado a yaoquizqui. Y lo más seguro es que él y los demás supieran eso incluso antes de desertar. Así que, ¿para qué hacerlo? Ningún guerrero, por muy desesperado que estuviera por escapar a tu ira, habría aceptado ese destino, mucho peor.

—Bueno, sea lo que sea lo que hayan hecho —comentó Améyatl—, lo hicieron en el camino de aquí a Compostela. ¿Por qué no envías a otro quimichi para que lo averigüe?

—¡No! —intervino con brusquedad Gónda Ke—. Aunque esa tropa no se acerque a Compostela, es inevitable que la noticia llegue allí. Cualquier campesino o leñador

que fueran de camino para llevar sus mercancías al mercado de la ciudad ya debe de haber contado que han visto en los alrededores una amenazadora fuerza armada de aztecas. Y puede que el gobernador Coronado ya haya puesto en marcha hacia aquí a sus soldados para adelantarse a tus planes de insurrección y para devastar Aztlán. Ya no puedes permitirte, Tenamaxtil, molestar simplemente a los españoles con misiones al azar, como ésta, que ha fallado, y las de las mujeres de Michoacán. Te encuentres preparado o no, te guste o no, ya estás en guerra. Estás comprometido a hacer la guerra. La guerra total. No tienes otra alternativa más que guiar a ella a tu ejército.

—Me mortifica tener que admitir de nuevo que tienes razón, bruja —le dije—. Ojalá pudiera negarte el mayor de tus placeres, el de ver cómo se derrama la sangre y se siembra la destrucción. Sin embargo, lo que ha de ser, ha de ser. Ve pues, ya que, de toda mi corte, tú eres la persona más ansiosa de guerra. Envía recado a todos los caballeros de Aztlán para que mañana al amanecer tengan a nuestro ejército reunido en la plaza central, armado, con provisiones y dispuesto para marchar.

Gónda Ke esbozó una sonrisa vil y abandonó de prisa la habitación. Entonces le comenté a Améyatl:

—No voy a esperar a que el Consejo de Portavoces dé su asentimiento para este despliegue. Puedes convocarlos cuando quieras, prima, e informarles de que ahora existe un estado de guerra entre los españoles y los aztecas. Difícilmente podrán los miembros del Consejo revocar una acción que ya se ha emprendido. —Améyatl asintió, pero no con júbilo—. Destacaré un número de hombres para que se queden aquí como tu guardia de palacio —continué diciendo—. No los suficientes para repeler un posible ataque a la ciudad, pero sí los necesarios para ponerte a toda prisa a salvo en caso de peligro. Mientras tanto, como regente, vuelves a tener la autoridad de Uey-Tecutli, el Consejo ya lo sabe, hasta mi regreso.

—La última vez que te marchaste estuviste ausente años —dijo Améyatl con tristeza.

—¡Ayyo, Améyatl! —le contesté con alegría para tratar de animarla—. Esta vez espero que a mi regreso, sea cuando sea, pueda decirte que nuestra Aztlán es la nueva Tenochtitlan, capital de un Unico Mundo recobrado, restaurado, renovado y no compartido con extranjeros. Y que dos primos, nosotros dos, somos los gobernantes absolutos de él.

—Primos… —murmuró——. Hubo un tiempo, ocáya nechca, en que éramos más como hermanos.

—Bastante más que eso, si me permites que te lo recuerde —le dije alegremente.

—No hace falta que me lo recuerdes. Entonces, cuando eras sólo un muchacho, te consideraba alguien muy querido. Ahora eres un hombre, y un hombre muy viril. ¿Qué serás cuando regreses de nuevo?

—Confío en no ser un viejo. Y espero seguir siendo capaz de… bueno… digno de

que me tengas como a alguien muy querido.

—Así fue, así es y así será. Cuando el Tenamaxtli muchacho se marchó de Aztlán sólo le dije adiós con la mano. El hombre Tenamaxtli se merece una despedida más efusiva y memorable. —Me tendió los brazos—. Ven… queridísimo mio…

Como en su juventud, Améyatl todavía personificaba de manera tan efusiva el significado de su nombre (Fuente) que repetidamente disfrutamos de nuestras mutuas oleadas de pasión durante toda la noche, y por fin nos quedamos dormidos sólo cuando nuestros jugos estuvieron completamente agotados. Yo hubiera podido quedarme dormido sin acudir a la cita que tenía con mi ejército reunido de no ser porque la maleducada Gónda Ke, que nunca respetaba la intimidad, entró majestuosa sin que nadie la llamase en mis aposentos y me zarandeó bruscamente para que me despertase.

Frunciendo los labios al verme abrazado a Améyatl, exclamó en un rebuzno ruidoso:

—¡Mirad! ¡Mirad al siempre alerta, entusiasta, vigilante y guerrero líder de su pueblo revolcándose en la lujuria y en la pereza! ¿Eres capaz de dirigir, mi señor? ¿Puedes siquiera tenerte en pie? Ya es la hora.

—Márchate —rugí—. Vete a burlarte de otro. Tomaré un poco de vapor, me bañaré, me vestiré y me reuniré con el ejército cuando esté listo. Vete.

Pero la mujer yaqui tenía que lanzarle un insulto grosero a Améyatl antes de marcharse:

—Si has dejado agotada por completo la virilidad de Tenamaxtli y llegamos a perder esta guerra, mi lujuriosa señora, ser por culpa tuya.

Ameyatl que tenía la gracia y el ingenio de los que Gónda Ke carecía, se limitó a sonreír con satisfacción, contenta y medio dormida, y respondió:

—Puedo dar fe de que la virilidad de Tenamaxtzin soportará cualquier prueba.

A la mujer yaqui le rechinaron los dientes y salió de la habitación enfadada y a toda velocidad. Hice mis abluciones, me puse la armadura acolchada y el tocado quetzal de plumas en forma de abanico, símbolo de mando, y luego me incliné para darle un último beso a Améyatl, que seguía sonriente en la cama.

—Esta vez no te diré adiós con la mano —me susurró—. Sé que regresarás, y que lo harás victorioso. Sólo intenta que ese día llegue pronto. Hazlo por mí.

Al ejército, que ya se había reunido, le anuncié:

—Camaradas, al parecer los guerreros de Yeyac han vuelto a traicionarnos. O bien han fracasado o bien han desobedecido mi orden de sacrificarse en un ataque a la fortaleza de los españoles. Así que atacaremos con todas nuestras fuerzas. No obstante, es probable que Compostela ya nos esté esperando. Por ese motivo vosotros, caballeros y cuáchictin, haced caso de mis instrucciones. Durante los primeros tres días de nuestra marcha hacia el sur, iremos en formación de columna

para avanzar lo más rápidamente posible. Al cuarto día daré otras órdenes. ¡Y ahora… adelante!

Yo cabalgaba, naturalmente, al frente de la comitiva, con los otros tres hombres a caballo detrás de mí, y a continuación los guerreros en columna de a cuatro, todos avanzando a paso ligero. Gónda Ke caminaba trabajosamente al final de la procesión, sin armas ni armadura, pues no iba a pelear, sólo nos acompañaría en la expedición que haríamos después del combate para reclutar guerreros de otras naciones.

Existe cierto animal que mora en los árboles al que nosotros llamamos huitzlaiuachi, pequeño jabalí espinoso (puerco espín en español), y que tiene todo el cuerpo erizado de afiladas púas en lugar de pelo. Nadie sabe por qué Mixcoati, el dios de los cazadores, creó a ese animal tan particular, porque su carne es desagradable para los humanos, otros depredadores se mantienen sensatamente alejados de esa inexpugnable capa de innumerables espinas. Lo menciono sólo porque imagino que nuestro ejército en marcha debía de parecerse a ese pequeño jabalí espinoso, pero a uno inmensamente largo y grande. Cada guerrero llevaba a un hombro una larga lanza y al otro la jabalina más corta y el bastón arrojadizo atlatl, de modo que la columna entera era tan espinosa como el animal. Pero la nuestra era mucho más brillante y vistosa, porque la luz del sol brillaba en la punta de obsidiana de esas armas, y la columna además ostentaba las banderas, estandartes y pendones de varios colores de sus diversos contingentes… y mi propio y rimbombante tocado iba al frente de todo ello. Para cualquiera que nos observase de lejos, verdaderamente debíamos de parecer impresionantes; lo único que yo hubiera podido desear es que fuésemos más numerosos.

A decir verdad, yo tenía bastante sueño después de haber estado retozando toda la noche con Améyatl, así que, a fin de mantenerme despierto hablando con alguien, le hice señas al tícitl Ualiztli para que se adelantase con su caballo y se pusiese a cabalgar a mi lado. Estuvimos conversando de varios temas, incluida la manera como había muerto mi primo Yeyac.

—Así que el arcabuz es una arma que mata lanzando una bola de metal —comentó reflexivamente—. ¿Y qué clase de herida inflige, Tenamaxtzin? ¿Un golpe? ¿O penetra en la carne?

—Oh, penetra en la carne, te lo aseguro. La herida es muy parecida a la producida por una flecha, pero la bola llega con más fuerza y entra más adentro.

—He conocido hombres que han vivido, e incluso han continuado luchando, con una flecha clavada —dijo el tícitl—. O con más de una flecha, siempre que ninguna le hubiera perforado un órgano vital. Y una flecha, desde luego, por sus propias características, tapona la herida que ha producido y restaña la hemorragia en una medida considerable.

—La bola de plomo no —le informé—. Además, si a un hombre herido de flecha

se le atiende con rapidez, un ticitl puede sacarle la flecha para tratarle la herida. Y una bola de plomo es casi imposible de extraer.

—Sin embargo —dijo Ualiztli—, si esa bala no hubiera dañado irreparablemente algún órgano interno, el único peligro de la víctima sería que se desangrase hasta morir.

—Me aseguré de que a Yeyac le ocurriese exactamente eso —le indiqué con severidad—. En cuanto se le perforó el vientre, lo volví boca abajo y lo mantuve así para que la sangre le saliese del modo más rápido.

—Hmm —murmuró el ticitl; y continuó cabalgando en silencio durante un breve tiempo. Luego comentó—: Ojalá se me hubiera llamado cuando lo llevaste a Aztlán, así habría podido examinar aquella herida. Me atrevo a decir que tendré que atender muchas así en los días venideros.

Nuestra columna continuó la marcha durante tres días siempre en formación, como yo había ordenado, porque quería que mis guerreros se mantuvieran en un grupo compacto por si nos encontrábamos con algún ejército que se dirigiera al norte desde Compostela. Pero no nos topamos con ninguno, ni siquiera divisamos soldados enemigos que explorasen la ruta. Así que, durante ese tiempo, no tuve motivo para ocultar o dispersar a mis hombres. Y al acampar cada noche no hacíamos el menor esfuerzo por ocultar la luz de las hogueras en las que cocinábamos la comida. Y eran comidas muy buenas, nutritivas y fortalecientes, que consistían básicamente en piezas de caza que iban cobrando a lo largo del camino los guerreros a los que se les había asignado tal tarea.

Yo había calculado que a la cuarta mañana tendríamos a la vista a los centinelas que Coronado hubiera apostado alrededor de la ciudad. Al amanecer de ese día, convoqué a mis caballeros y cuáchictin para decirles:

—Espero que al caer la noche estaremos a una distancia de Compostela apropiada para el ataque. Pero no pienso hacerlo desde esta dirección, pues lo más probable es que los españoles lo prevean así. Y tampoco pienso realizar el ataque inmediatamente. Rodearemos la ciudad y volveremos a reunirnos en el lado sur de la misma. Así que, de ahora en adelante, vuestras fuerzas han de dividirse en dos; una mitad avanzará hacia el oeste desde este camino, y la otra hacia el este. Y cada una de esas dos mitades ha de dividirse aún más: en guerreros separados, de uno en uno, y que cada uno de ellos avance con muchísima cautela y en silencio hacia el sur. Todos los estandartes se plegarán, las lanzas se llevarán al nivel del suelo, los hombres han de beneficiarse de los árboles, de la maleza, de los cactos, de cualquier camuflaje que sirva para hacerlos tan invisibles como sea posible.

Me quité el ostentoso tocado, lo doblé con mucho cuidado y lo metí detrás de la silla de montar.

—Sin las banderas, mi señor —quiso saber uno de los caballeros—, ¿cómo

vamos a mantenernos en contacto unos con otros los que vamos a pie?

—Estos tres hombres montados y yo continuaremos avanzando abiertamente, a plena vista, por este sendero —le indiqué—. Encima de estos caballos seremos guías lo bastante visibles para que nos sigan los hombres. Y decidles esto: el más adelantado de ellos ha de permanecer por lo menos cien pasos por detrás de mi. Mientras tanto no es necesario que estén en contacto unos con otros. Cuanto más separados estén, mejor. Si un hombre se tropieza con un explorador español, ha de matar a ese enemigo, desde luego, pero en silencio y sin que se note. Quiero que todos nosotros nos acerquemos a Compostela sin que se nos detecte. Sin embargo, si alguno de vuestros hombres se encontrase con una patrulla enemiga o con un destacamento que no pudiera derrotar él solo, que entonces, y sólo entonces, eleve el grito de guerra, que se desplieguen los pendones y que todos vuestros hombres, pero nada más los situados a ese lado del sendero, acudan a la señal. Los hombres que se encuentren al otro lado han de continuar en silencio y furtivamente, como antes.

—Pero dispersos como estaremos —intervino otro caballero—, ¿no es también posible que los españoles nos aguarden igualmente escondidos y nos maten uno a uno?

—No —contesté llanamente—. Ningún hombre blanco será nunca capaz de moverse tan silenciosamente y permanecer invisible como lo hacemos nosotros, que hemos nacido en esta tierra. Y ningún soldado español cubierto de metal y plomo es capaz ni siquiera de permanecer pacientemente sentado y no hacer algún sonido o movimiento sin darse cuenta.

—El Uey-Tecutli habla con verdad —intervino Gónda Ke, que se había abierto camino a codazos entre el grupo y, como siempre, tuvo que entrometer un comentario, aunque no hiciera falta—. Gónda Ke conoce a los soldados españoles. Incluso un lisiado que camine arrastrando los pies y tropezándose podría caer sobre ellos sin que se dieran cuenta.

—Así pues —continué—, suponiendo que no se vean interrumpidas por ningún combate cuerpo a cuerpo, que no sean descubiertas por ningún tumulto u obstaculizadas por alguna fuerza superior, ambas mitades de las tropas continuarán marchando hacia el sur, guiadas por mí. Cuando juzgue que ha llegado el momento, volveré mi caballo hacia el oeste, hacia el lugar donde el sol se estará poniendo entonces, porque me gustaría tener el favor de Tonatiuh, y que brillase sobre mí tanto tiempo como sea posible. Los guerreros del lado occidental del sendero continuarán tras de mí, a cien pasos, confiando en que los conduzca a salvo hasta el otro lado de la ciudad.

—Y Gónda Ke estará justo detrás de ellos —comentó ésta complacientemente.

Le lancé una mirada de exasperación.

—Al mismo tiempo, el cuáchic Comitl volverá su caballo hacia el este, y los

hombres de ese lado del sendero lo seguirán a él. Y en algún momento, cuando la noche ya esté avanzada, ambas mitades se encontrarán al sur de la ciudad. Enviaré mensajeros para que establezcan contacto entre las dos y organicen el reencuentro. ¿Me habéis comprendido?

Todos los oficiales hicieron el gesto de tlalqualiztli y luego se marcharon para transmitir mis órdenes a sus hombres. Muy poco tiempo después los guerreros habían desaparecido casi por arte de magia, como el rocío de la mañana, entre los árboles y la maleza, y el sendero quedó vacío detrás de mí. Sólo Ualiztli, Nocheztli, el mexícatl Comití y yo seguíamos sentados en nuestras monturas a plena vista.

—Nocheztli —le ordené—, tú irás en cabeza. Cabalga delante, pero con paso tranquilo. Nosotros tres no te seguiremos hasta que te hayamos perdido de vista. Sigue avanzando hasta que divises cualquier señal del enemigo. Aunque hayan puesto guardias o barricadas a este lado de la ciudad, incluso lejos de ella, y te vean antes de que puedas evitarlo, no esperarán que haya sólo un atacante. Y además también podría ser que te reconocieran y los dejase perplejos el hecho de ver que te aproximas, sobre todo si vas a caballo, como un español. Y esa vacilación suya te permitirá huir sin que te hagan daño. De todos modos, cuando divises, si es que lo divisas, al enemigo, ya sea en formación o de cualquier otro modo, da media vuelta y vuelve para informarme.

—¿Y si no veo nada, mi señor? —me preguntó.

—Si estuvieras ausente demasiado tiempo y yo decidiera que ha llegado el momento de dividir a nuestros hombres, haré muy fuerte la llamada del grito de la lechuza. Si oyes eso y no estás muerto o prisionero, vuelve corriendo a reunirte con nosotros.

—Si, mi señor. Me voy ya. Y se marchó.

Cuando ya no era visible, el tícitl, Comitl y yo pusimos nuestros caballos al paso. El sol cruzó el cielo casi al mismo ritmo que llevábamos, y los tres pasamos aquel largo y ansioso día en conversaciones esporádicas. Era ya avanzada la tarde cuando por fin vimos que Nocheztli regresaba hacia nosotros, y lo hacia sin la menor prisa: avanzaba a un cómodo trote, aunque dudo de que su espalda se sintiera muy cómoda.

—¿Qué es esto? —le exigí en cuanto estuvo lo bastante cerca como para poder oírme—. ¿No tienes nada que informar?

—Ayya, si, mi señor, pero son noticias muy curiosas. Cabalgué hasta el barrio de los esclavos, a las afueras de la ciudad, sin que nadie me dijera nada. Y allí encontré las defensas de las que te hablé hace mucho, los gigantescos tubos de trueno, rodeados por soldados por todas partes. ¡Pero esos tubos de trueno siguen apuntando hacia adentro, hacia la propia ciudad! Y los soldados se limitaron a saludarme desenfadadamente con la mano. Así que hice gestos para indicarles que me había encontrado este caballo desensillado vagando suelto por las cercanías, y que estaba

intentando encontrar a su dueño. Luego di media vuelta y regresé por este camino, sin prisas, porque no había oído el grito de la lechuza.

El cuáchic Comití frunció el entrecejo y me preguntó:

—¿Qué te parece, Tenamaxtzin? ¿Hemos de creer el informe de este hombre? Recuerda que ya estuvo confabulado con el enemigo.

—¡Beso la tierra para jurar que es verdad! —protestó Nocheztli; y a continuación hizo el tlalqualiztli lo mejor que pudo sentado encima del caballo.

—Te creo —le dije; luego me volví hacia Comitl—. Nocheztli me ha demostrado su lealtad en varias ocasiones ya. Sin embargo, la situación es muy curiosa. Es posible que el caballero de la Flecha, Tapachini, y sus hombres nunca llegasen a avisar a Compostela. Pero también es posible que los españoles nos hayan tendido alguna astuta trampa. Si es así, todavía estamos fuera de su alcance. Procedamos tal como está planeado. Ualiztli y yo torceremos ahora hacia el oeste. Nocheztli y tú id hacia el este. Los hombres de a pie nos seguirán por separado. Rodearemos la ciudad holgadamente y volveremos a encontrarnos al sur de la misma en algún momento después de anochecer.

Aquella zona del sendero estaba rodeada a ambos lados por un bosque muy espeso, y cuando el ticitl y yo nos adentramos en él nos dimos cuenta que poco a poco el crepúsculo se hacía más profundo. Yo esperaba que los guerreros que se encontrasen a cien pasos detrás de nosotros pudieran vernos aún, y me preocupaba la posibilidad de dejarlos demasiado atrás cuando en realidad se hiciera de noche. Pero la preocupación se me fue de la cabeza cuando, de súbito, oí un fuerte y familiar ruido que procedía de algún lugar a nuestras espaldas.

—¡Eso ha sido un arcabuz! —exclamé ahogando un grito; y Ualiztli y yo tiramos de las riendas para detener a los caballos.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando se oyó un inequívoco clamor de arcabuces al ser disparados de uno en uno, varios a la vez, al azar o un buen número de ellos a la vez; y todos ellos estaban situados en algún lugar a nuestra espalda, aunque no muy lejos. La brisa del atardecer me trajo el acre olor del humo de la pólvora.

—Pero… ¿cómo es posible que ninguno de nosotros hayamos visto…? —empecé a decir.

Luego recordé algo y comprendí lo que estaba pasando. Me vino a la memoria aquel soldado español en la orilla del lago Texcoco, y cómo descargaba toda una batería de arcabuces tirando de un cordel. Aquellos que ahora oía ni siquiera los sostenían los españoles. Los habían sujetado al suelo o a los árboles, y una cuerda tensa tiraba de los gatillos por entre la maleza. Mi caballo y el de Ualiztli de momento no habían pisado ningún cordel, pero los guerreros que iban detrás de nosotros se tropezaban con ellos continuamente, diezmando así sus propias filas con

bolas de plomo letales que volaban.

—¡No te muevas! —le ordené al ticitl.

—¡Habrá heridos a los que atender! —protestó él; y empezó a tirar de las riendas para darle la vuelta al caballo.

Bueno, por fin resultaba que yo había calculado mal más cosas que lo referente a la ingenuidad de los defensores de Compostela. Pero si que había acertado en una: la gente de mi propia raza se movía tan silenciosamente como las sombras y se hacía más invisible que el viento. Un instante después un golpe terrible en las costillas me tiró de la silla. Al golpear contra el suelo tuve apenas tiempo de vislumbrar a un hombre, ataviado con armadura azteca y que manejaba una maquáhuitl, antes de que éste volviera a golpearme utilizando para ello la parte plana de madera de la espada, no la hoja de obsidiana; esta vez me dio en la cabeza, y todo a mi alrededor se volvió negro.

Cuando volví en mi me encontraba sentado en el suelo con la espalda apoyada en un árbol. Las sienes me latían de un modo abominable y tenía la visión nublada. Parpadeé para ver de aclararla, y cuando vi al hombre que estaba de pie ante mí apoyado en su maquáhuitl, esperando pacientemente a que recobrase el conocimiento, gemí de forma involuntaria:

—¡Por todos los dioses! ¡He muerto y he ido a Mictían!

—Todavía no, primo —me aseguró Yeyac—. Pero puedes estar seguro de que vas a ir.

21

Cuando intenté moverme, descubrí que estaba firmemente atado al árbol, lo mismo que Ualiztli. Era evidente que a él no lo habían descabalgado de una forma tan brusca, pues estaba bien despierto y maldecía en voz baja. Todavía mareado, hablando con palabras confusas, le pregunté:

—Dime, ticitl, ¿es posible que este hombre, una vez muerto, pudiera haber vuelto a la vida?

—En este caso está claro que si —repuso el médico malhumorado—. Esa posibilidad ya se me había ocurrido a mi antes, cuando me explicaste que lo habías mantenido tumbado boca abajo para que la sangre se le saliera más copiosamente. Lo que en realidad conseguiste con eso fue permitir que la sangre se coagulase en la entrada de la herida. Si no se había destrozado ningún órgano vital y si sus amigos retiraron el, en apariencia, cadáver con la rapidez suficiente, cualquier ticitl competente podría haberlo curado. Créeme, Tenamaxtzin, no fui yo quien lo hizo. Pero, yya ayya ouiya, debiste mantenerlo boca arriba.

Yeyac, que había estado escuchando aquella conversación muy divertido, dijo entonces con ironía:

—Me tenía preocupado, primo, la posibilidad de que hubieras recibido una de esas bolas de plomo en la emboscada que mis buenos aliados españoles tendieron tan hábilmente. Cuando uno de mis iyactin vino a decirme que te había capturado vivo, me puse tan contento que lo hice caballero en el acto.

Mientras mis disminuidas luces empezaban a aclararse algo, gruñí:

—Tú no tienes autoridad suficiente para nombrar caballero a nadie.

—¿Ah, no? Pero, primo, si tú me has traído el tocado de plumas quetzal. Otra vez soy el Uey-Tecutli de Aztlán.

—Entonces, ¿para qué habrías de quererme vivo, si puedo disputarte esa burda usurpación?

—Simplemente estoy complaciendo a mi aliado, el gobernador Coronado. Es él quien te quiere vivo. Por lo menos durante cierto tiempo, para poder hacerte ciertas preguntas. Después… bueno, me ha prometido que me dejar que yo disponga de ti. Dejo el resto a tu imaginación.

Puesto que yo no tenía muchas ganas de prolongar aquello, le pregunté:

—¿Cuántos de mis hombres han muerto?

—No tengo ni idea. Ni me importa. Ciertamente, todos los sobrevivientes se dieron a la fuga y se dispersaron. Ya no son una fuerza de combate. Ahora, separados y a oscuras, sin duda están vagando lejos de aquí, perdidos, acobardados, desconsolados como la Mujer Llorona Chicocíuatl y los demás fantasmas errantes de la noche. Cuando llegue el día los soldados españoles tendrán poca dificultad para

someterlos a todos, uno a uno. Coronado se pondrá contento de tener a unos hombres tan fuertes para esclavizarlos en sus minas de plata. Y, ayyo, aquí llega un pelotón para escoltarte hasta el palacio del gobernador.

Los soldados me desataron del árbol, pero me mantuvieron los brazos fuertemente atados mientras me sacaban de los bosques y me llevaban por el sendero hasta Compostela. Yeyac iba detrás con Ualiztli, y adónde se dirigieron no lo vi. Me encerraron toda la noche en una celda del palacio, sin darme agua ni comida, me mantuvieron bien vigilado y no me llevaron ante el gobernador hasta la mañana siguiente.

Francisco Vásquez de Coronado era, como me habían dicho, un hombre no mucho mayor que yo. Y para ser blanco, tenía buena presencia. Lucía una barba pulcra e incluso tenía un aspecto limpio. Los guardas me desataron, pero se quedaron en la habitación. Y había también otro soldado presente, quien, según se vio luego, hablaba náhuatl e iba a servir de intérprete.

Coronado le estuvo hablando largo y tendido (yo entendí cada una de sus palabras, naturalmente) y el soldado me repitió en mi lengua nativa:

—Su excelencia dice que otro guerrero y tú llevabais palos de trueno cuando fuisteis capturados. El otro ha resultado muerto. Resulta evidente que una de las armas había sido propiedad del Real Ejército español. La otra era una imitación hecha a mano. Su excelencia quiere saber quién hizo esa copia, dónde, cuántas se han hecho y cuántas se están haciendo. Di también de dónde ha salido la pólvora para hacerlas funcionar.

—Nino ixnentla yanquic in tlaui pocuiahuime. Ayquic —le respondí.

—El indio dice, excelencia, que no sabe nada de arcabuces. Y nunca ha oído nada.

Coronado sacó la espada de la vaina que llevaba al cinto y dijo con calma:

—Dile que se lo vas a preguntar de nuevo. Y que cada vez que declare que no lo sabe, le cortaré un dedo. Pregúntale de cuántos dedos puede prescindir antes de proporcionarme una respuesta satisfactoria.

El intérprete repitió aquello en náhuatl y volvió a hacerme la misma pregunta.

Traté de aparentar sentirme intimidado, como debe ser en tales situaciones; hablé vacilante, aunque, claro está, sólo estaba contemporizando:

—Ce nechca… Una vez… yo estaba viajando por la Tierra Disputable… y me tropecé con un puesto avanzado. El centinela estaba profundamente dormido. Le robé el palo de trueno. Lo he guardado desde entonces.

El intérprete me preguntó en tono de mofa:

—¿Te enseñó él a utilizarlo?

Entonces traté de poner cara de tonto.

—No, él no. No podía. Porque estaba dormido, ya sabes. Yo sé que hay que

apretar esa cosa llamada gatillo. Pero nunca he tenido ocasión. Me capturaron antes de…

—¿Es que acaso ese soldado que estaba dormido te enseñó las partes internas y el funcionamiento del palo de trueno para que incluso vosotros, unos salvajes primitivos, pudierais hacer una réplica?

—Te aseguro que de eso no sé nada —insistí—. No sé nada de la réplica de la que hablas… tendrás que preguntárselo al guerrero que la llevaba.

El intérprete dijo con brusquedad:

—¡Ya te lo he dicho! Ese hombre resultó muerto. Le alcanzó una de las bolas de la trampa. Pero debió de pensar que se enfrentaba a soldados de verdad, porque al caer descargó su palo de trueno. ¡Y sabía bastante bien cómo usarlo!

Todo lo que yo había dicho, y las preguntas que él me había hecho, se lo repitió el intérprete en español al gobernador. Yo estaba pensando: «Comitl, buen hombre, has sido un auténtico “vieja águila” mexicatl hasta el final. Ya estarás gozando de la dicha de Tonatiucan». Pero luego tuve que empezar a pensar en mi propia situación, que era bastante apurada, pues Coronado me miraba con furia y decía:

—Si su camarada era tan diestro con un arcabuz, él también debe de serlo. Dile esto al condenado piel roja. Si no me confías todo al instante él…

Pero el gobernador se interrumpió. Otras tres personas acababan de entrar en la habitación, y una de ellas, con cierto asombro, le preguntó:

—Excelencia, ¿por qué os molestáis en utilizar un intérprete? Ese indio habla un castellano tan fluido como yo.

—¿Qué? —exclamó Coronado, confundido—. ¿Cómo sabéis vos eso? ¿Cómo es posible que lo sepáis?

Fray Marcos de Niza sonrió con presunción.

—A los hombres blancos nos gusta decir que no podemos distinguir a estos condenados pieles rojas unos de otros. Pero en éste me fijé la primera vez que lo vi, pues es excepcionalmente alto para su raza. Además, en aquella época iba vestido con atuendo español y cabalgaba en un caballo del ejército, así que todavía tengo más motivo para acordarme de él. Los hechos sucedieron cuando yo acompañaba a Cabeza de Vaca a la Ciudad de México. El teniente que estaba a cargo de la escolta permitió que este hombre pasara la noche en nuestro campamento porque…

Esta vez fue Coronado quien interrumpió.

—Todo esto resulta bastante incomprensible, pero guardaos vuestras explicaciones para más tarde, fray Marcos. En este momento hay cierta información que necesito saber con urgencia. Y para cuando la haya sonsacado a este prisionero y lo haya cortado en pedazos, creo que ya no ser tan alto.

Solicitó de nuevo al intérprete, porque ahora habló el otro hombre que había entrado con el Monje Mentiroso: mi aborrecible primo Yeyac. Sabía pocas palabras

de español, pero era evidente que había comprendido el sentido del comentario de Coronado. Yeyac protestó en náhuatl y el intérprete tradujo sus palabras.

—Vuestra excelencia sostiene una espada desenvainada y habla de hacer pedazos a esta persona. Puedo deciros que una lasca de obsidiana es más afilada que el acero, y puede cortar aún con más maña. Quizá no le haya dicho yo a vuestra excelencia que llevo dentro de mí una bola de palo de trueno que esta persona me metió allí. Pero le recuerdo a vuestra excelencia que me prometió que sería yo quien tendría la oportunidad de hacerlo astillas, de hacerlo picadillo.

—Si, si, muy bien —convino Coronado con mal humor; y volvió a meter bruscamente la espada en la vaina—. Saca esa condenada obsidiana tuya. Yo haré las preguntas, y tú puedes ir cortándole en pedacitos cuando las respuestas no me resulten lo suficientemente satisfactorias.

Pero ahora fue fray Marcos quien protestó.

—Excelencia, la primera vez que vi a este hombre aseguraba ser emisario del obispo Zumárraga. Además se presentó como Juan Británico. Haya o no haya estado cerca del obispo, sin duda alguna lo han bautizado en algún momento y ha recibido un nombre cristiano. Ergo, cuando menos es un apóstata, y seguramente un hereje. Y en consecuencia, en primer lugar está sujeto a la jurisdicción eclesiástica. Me sentiría muy feliz de poder juzgarlo, de declararlo culpable y de condenarle a la hoguera yo mismo.

Yo ya estaba empezando a sudar, y todavía tenía que oír algo de la tercera persona que había entrado con Yeyac y el Monje Mentiroso. Se trataba de Gónda Ke, la mujer yaqui, y no me sorprendí demasiado de verla allí en compañía de aquellas personas. Era inevitable que, después de haber sobrevivido a la emboscada (quizá incluso tuviera conocimiento de la misma por adelantado), ahora les había dado su fidelidad a los vencedores.

El soldado que hacía de intérprete parecía bastante mareado por tener que volverse de una persona a otra mientras traducía las conversaciones anteriores a los diversos participantes. Lo que dijo ahora Gónda Ke, y lo hizo del modo más zalamero, él lo tradujo al español.

—Buen fraile, puede que este Juan Británico sea un traidor a vuestra Santa Madre Iglesia. Pero, excelencia, también ha sido traidor en otro sentido. Puedo aseguraros que es el responsable de los numerosos ataques llevados a cabo por personas desconocidas, a las que hasta el momento no han aprehendido, en toda Nueva Galicia. Si a este hombre se le torturase como es debido, podría capacitar a vuestra excelencia para poner fin a esos ataques. Eso, me parece a mi, debería tener preferencia sobre la intención del fraile de enviarlo directamente al infierno cristiano. Y en ese interrogatorio yo ayudaría gustosa a vuestro leal aliado, Yéyactzin, porque tengo mucha práctica en esa arte.

—¡Perdición! —voceó Coronado, desmesuradamente irritado—. ¡Hay tantos que reclaman la carne, la vida e incluso el alma de este prisionero que casi siento lástima por el pobre desgraciado! —Volvió la mirada iracunda de nuevo hacia mi y me exigió, esta vez en español—: Desgraciado, tú eres el único en esta habitación que aún no has sugerido cómo he de ocuparme de ti. Seguro que tendrás alguna idea al respecto. ¡Habla!

—Señor gobernador —dije yo, sin querer concederle ningún tratamiento de excelencia—, soy prisionero de guerra, y un noble de la nación azteca que está en guerra con la vuestra. Exactamente igual que los nobles mexicas, a los que vuestro marqués Cortés destronó y derrocó hace tantos años. El marqués no era, ni es, ningún hombre débil, pero encontró compatible con su conciencia tratar a aquellos nobles que hace tiempo derrotase de un modo civilizado. Y yo no pediría más que eso.

—¡Ahí tenéis! —dijo Coronado dirigiéndose a los tres que habían llegado más tarde—. Estas son las primeras palabras razonables que he oído durante toda esta turbulenta confábulación. —Volvió a dirigirse a mi y ahora me preguntó—: ¿Vas a decirme cuál es el origen de ese arcabuz y el número de réplicas que tenéis? ¿Vas a decirme quiénes son los insurgentes que están asediando nuestros asentamientos situados al sur de aquí?

—No, señor gobernador. En todos los conflictos que han existido entre las naciones de este Unico Mundo nuestro, y creo que igualmente en todos en los que vuestra España ha luchado contra otros pueblos, jamás los captores esperan que los prisioneros de guerra traicionen a sus camaradas. Y tened la seguridad de que yo tampoco lo haré, ni siquiera en el caso de que me interrogue esa mezcla de gallina y buitre que se encuentra ahí y que tanto fanfarronea de sus habilidades carroñeras.

La mirada dura que Coronado le dirigió a Gónda Ke indicó, estoy seguro, que él compartía la opinión que yo tenía de aquella mujer. Quizá realmente él hubiera empezado a sentir cierta simpatía hacia mí, porque cuando Gónda Ke, el fraile y Yeyac empezaron a la vez a protestar indignados, los hizo callar con un perentorio movimiento de mano y luego añadió:

—Guardias, llevad de nuevo al prisionero a su celda, y sin atar. Dadle comida y agua para mantenerlo vivo. Meditaré sobre este asunto antes de volver a interrogarlo. ¡Los demás, marchaos!, ¡y ahora mismo!

Mi celda tenía una puerta sólida, atrancada por fuera, ante la cual estaban apostados dos guardias. En la pared de enfrente había una sola ventana que, aunque no tenía barrotes, era demasiado pequeña para que nada más grande que un conejo pudiera pasar a través de ella. Sin embargo, no era tan pequeña como para no poder comunicarse con cualquier persona que estuviera en el exterior. Y en algún momento después del anochecer, alguien se acercó a aquella ventana.

—¡Oye! —llamó una voz con un volumen apenas lo suficientemente alto como

para que yo la oyera.

Me levanté de la paja que me servía de cama y miré hacia afuera. Al principio no pude ver más que oscuridad; luego el visitante sonrió, vi unos dientes blancos y comprendí que quien me visitaba era un hombre tan negro como la noche, el esclavo moro Estebanico. Lo saludé con afecto, aunque también lo hice en un murmullo, procurando no alzar la voz.

—Te dije, Juan Británico —me aseguró al comenzar a hablar—, que siempre estaría en deuda contigo. Y a estas alturas estoy seguro de que ya debes de saber que se me ha nombrado, como predijiste, para que guíe al Monje Mentiroso hasta esas inexistentes ciudades llenas de riquezas. Así que te debo cualquier ayuda o consuelo que pueda proporcionarte.

—Gracias, Esteban —respondí—. Me sentiría muy bien si estuviera en libertad. ¿Podrías distraer de algún modo a los guardias y desatrancar la puerta?

—Mucho me temo que eso queda fuera de mi alcance. Los soldados españoles no le hacen mucho caso a un hombre negro. Además, y perdona si mis palabras me hacen parecer egoísta, valoro mucho mi propia libertad. Trataré de pensar en algún medio para que tú puedas huir sin que ello me ponga a mi en tu lugar. Pero mientras tanto te diré que acaba de llegar una noticia a través de una patrulla española que quizá te anime. Desde luego, a los españoles no les ha gustado en absoluto.

—Bien. Dime.

—Pues bien, después de la emboscada de anoche se encontró a algunos de tus guerreros muertos o heridos. Pero el gobernador ha esperado hasta esta mañana para enviar a una patrulla a peinar toda la zona. Y no han encontrado muchos más guerreros muertos o heridos. Resulta evidente que la mayoría de tus hombres consiguieron sobrevivir y escaparon. Y uno de esos fugitivos, un hombre que iba a caballo, se dejó ver audazmente por la patrulla esta mañana. Cuando los hombres de la patrulla regresaron aquí, describieron cómo era el fugitivo. Los dos indios que ahora están compinchados con Coronado, Yeyac y esa horrible mujer llamada Gónda Ke, al parecer reconocieron al hombre descrito. Pronunciaron un nombre: Nocheztli. ¿Te dice algo eso?

—Si —dije—. Es uno de mis mejores guerreros.

—Yeyac pareció extrañamente molesto al saber que ese Nocheztli es uno de los tuyos, pero no hizo demasiados comentarios, pues estábamos todos en presencia del gobernador y de su intérprete. Sin embargo, la mujer se echó a reír con desprecio y llamó a Nocheztli cuilontli, y dijo que no era nada varonil. ¿Qué significa esa palabra, amigo?

—No importa. Sigue, Esteban.

—Gónda Ke le dijo a Coronado que un hombre tan poco viril, aunque estuviera armado y anduviese suelto, no representaría peligro alguno. Pero noticias posteriores

demostraron que la mujer estaba equivocada.

—¿Cómo ha sido?

—Ese Nocheztli tuyo no sólo escapó a la emboscada, sino que al parecer se encontraba entre los pocos que no se aterrorizaron y huyeron despavoridos al dejarse llevar por el pánico. Uno de vuestros hombres, que estaba herido y que trajeron aquí, relató con orgullo lo que pasó a continuación. Ese hombre, Nocheztli, sentado en solitario en su caballo en medio de la oscuridad y el humo, comenzó a gritar imprecaciones a los que huían, los insultó llamándolos débiles y cobardes y estuvo bramando hasta conseguir que se reagrupasen a su lado.

—Desde luego, tiene una voz convincente —le aseguré.

—Reunió a todos los guerreros que quedaban y se los ha llevado a algún sitio donde esconderse. Yeyac le dijo al gobernador que seguro que eran varios centenares.

—Unos novecientos, en principio —le dije—. Deben de ser más o menos los hombres que quedan con Nocheztli.

—Coronado se muestra reacio a perseguirlos. Las fuerzas que tiene aquí ascienden a poco más de mil hombres, contando incluso a aquellos que aportó Yeyac. El gobernador tendría que enviarlos a todos, y de ese modo dejaría Compostela indefensa. De momento, sólo ha tomado la precaución de volver toda la artillería de la ciudad, lo que vosotros llamáis tubos de trueno, apuntando hacia el exterior otra vez.

—No creo que Nocheztli montase otro ataque sin tener instrucciones mías —le comenté.

—Pues te aseguro que es un hombre de recursos —me confió Esteban—. Se llevó algo más que a tu ejército fuera del alcance de los españoles.

—¿A qué te refieres?

—La patrulla que salió esta mañana… una de sus tareas era recuperar todos los arcabuces que se habían colocado atados con cordeles para que tus guerreros se tropezasen con ellos. La patrulla regresó sin ellos. Antes de desaparecer, por lo visto ese Nocheztli tuyo ordenó que se recogieran todos y se los llevó consigo. Por lo que he oído, consiguió un número que oscila entre treinta y cuarenta de esas armas.

No pude evitar exclamar con júbilo:

—¡Yyo ayyo! ¡Estamos armados! ¡Alabado sea Huitzilopochtli, el dios de la guerra!

No debí hacerlo. Un instante después se oyó el sonido que la puerta de mi celda producía cuando la desatrancaban. Esta se abrió de golpe y uno de los guardias se asomó a las tinieblas de la celda lleno de suspicacia; para entonces yo ya me había despatarrado de nuevo en la paja y Esteban había desaparecido.

—¿Qué ha sido ese ruido? —exigió el guardia—. Loco, ¿acaso estás gritando para pedir ayuda? No conseguirás nada.

—Estaba cantando, señor —le expliqué con altivez—. Entonando la gloria de mis dioses.

—Que Dios ayude a tus dioses —gruñó el guardián—. Tienes una voz condenadamente desagradable para cantar.

Y volvió a cerrar la puerta con violencia.

Me quedé allí sentado, en la oscuridad, y me puse a meditar. Ahora me daba cuenta de que había hecho otro juicio erróneo, y no ahora, sino hacía mucho tiempo. Influido por el odio que albergaba hacia el odioso Yeyac y sus varones íntimos, había estimado que todos los cuilontin eran malévolamente rencorosos y vengativos hasta que, cuando un hombre de verdad los desafiaba, se volvían tan serviles y cobardes como la más sumisa de las mujeres. Nocheztli me había sacado de ese error. Obviamente, los cuilontin eran tan variados de carácter como los demás hombres, porque el cuilontli Nocheztli había actuado con virilidad, valor y capacidad dignos de un verdadero héroe. Y si alguna vez volvía a verlo, dejaría bien claro el respeto y la admiración que sentía por él.

—Tengo que verlo de nuevo —musité para mis adentros.

Nocheztli había conseguido armar con un golpe rápido y osado a una buena porción de mis fuerzas con armas iguales a las de los hombres blancos. Pero esos arcabuces eran inútiles si no disponían de provisiones de pólvora y plomo. A menos que mi ejército pudiera asaltar y saquear el propio arsenal de Compostela, perspectiva ésta no muy probable, habrían de buscar el plomo y fabricar la pólvora. Y yo era el único hombre entre los nuestros que sabía de qué estaba compuesta la pólvora, y ahora me maldije por no haber compartido nunca dicho conocimiento con Nocheztli o con algún otro de mis suboficiales.

—Tengo que salir de aquí —musité.

Sólo tenía un amigo allí, en la ciudad, y me había dicho que intentaría concebir algún plan para lograr mi huida. Pero además de los enemigos españoles, que era comprensible que lo fueran, también tenía otros muchos enemigos en la ciudad: el vengativo Yeyac, aquel mojigato Monje Mentiroso y la siempre malvada Gónda Ke. Seguro que no pasaría mucho tiempo antes de que el gobernador ordenara que me llevasen a su presencia, o a presencia de todos ellos, y no podía confiar en que Esteban lograse rescatarme en tan breve espacio de tiempo.

Sin embargo, me recordé a mi mismo, cuando Coronado me mandase llamar, por lo menos saldría de aquella celda. ¿Acaso tendría yo oportunidad, cuando estuviera en camino hacia él, de deshacerme de mis guardianes y echar a correr hacia la libertad? Mi propio palacio de Aztlán tenía tantas habitaciones, alcobas y dependencias que esquivar a los perseguidores y ocultarse no sería imposible para cualquier fugitivo que estuviese tan desesperado como yo. Pero el palacio de Coronado no era tan grande ni tan majestuoso como el mío, ni mucho menos. Repasé

mentalmente la ruta por la que los guardias me habían conducido ya dos veces, el trayecto entre la celda y el salón del trono, si es que se llamaba así, donde el gobernador me había interrogado. Mi celda era una de las cuatro que había en el extremo más remoto del edificio; no sabía si las demás estaban ocupadas o no. Y más allá había un largo pasillo… luego un tramo de escaleras… luego otro pasillo…

No recordaba lugar alguno donde tuviera posibilidades de fugarme, ninguna ventana accesible por la que pudiera arrojarme. Y una vez en presencia del gobernador, me hallaría rodeado. Después, si no me ejecutaban sumariamente allí mismo, delante de él, había muchísimas probabilidades de que no volvieran a conducirme a la misma celda, sino a alguna clase de cámara de tortura o incluso a la hoguera. Bien, pensé con tristeza, por lo menos tendrían que quemarme en el exterior. Y no era del todo imposible que de camino hacia allí…

Pero aquel pensamiento sólo me proporcionó vanas esperanzas, desde luego. Estaba intentando luchar contra la negra desesperación y hacerme a la idea de lo que me esperaba, lo peor, cuando de pronto oí una voz.

—Oye.

Era de nuevo el susurro de Esteban, que estaba junto a mi diminuta ventana. Me puse en pie de un salto y me asomé otra vez escudriñando la oscuridad, que de nuevo fue hendida por una sonrisa de dientes blancos cuando el negro me dijo en voz baja pero con confianza:

—Tengo una idea, Juan Británico.

Cuando me la explicó, comprendí que aquel hombre había estado pensando tanto como yo, sólo que —eso tengo que decirlo— con mucho más optimismo. Lo que me propuso a continuación era tan temerario que rayaba en la locura, pero por lo menos él si que había tenido una idea, y yo no.

A la mañana siguiente los guardias me ataron las manos antes de darme escolta y de llevarme a presencia del gobernador para mi siguiente confrontación con éste; pero obedeciendo a un gesto displicente del mismo gobernador, me desataron y se quedaron a un lado. Además de otros cuantos soldados, también se encontraban en la estancia Gónda Ke, fray Marcos y su guía Esteban; todos ellos se paseaban por allí con tanta libertad como si fueran los iguales de Coronado.

A mí, el gobernador me dijo:

—He excusado a Yeyac de asistir a esta conferencia porque, francamente, detesto a ese tramposo hijo puta. No obstante, y como consecuencia de nuestra entrevista anterior, te tengo, Juan Británico, por hombre honorable y cabal. Por ello aquí y ahora te ofrezco el mismo pacto que mi predecesor, el gobernador Guzmán, hizo con ese Yeyac. Serás puesto en libertad, igual que el otro jinete que capturamos vivo contigo.

Hizo otra seña y un soldado trajo de otra habitación a Ualiztli, el ticitl, con aspecto malhumorado y desgreñado, pero en modo alguno malherido. Aquello ponía

una pequeña complicación en el plan de huida, aunque pensé que tampoco ninguna cosa que fuera insuperable, y me alegró la posibilidad de llevarme conmigo a Ualiztli. Le hice señas para que se me acercase y se pusiera a mi lado, y esperé a oír el resto de la presunta oferta del gobernador.

—Se te permitirá regresar a ese lugar llamado Aztlán y reanudar allí tu gobierno —me explicó éste—. Te garantizo que ni Yeyac ni nadie de su cohorte te disputará la supremacía, aunque tenga que matar a ese condenado maricón para asegurarme de ello. Tu pueblo y tú conservaréis vuestros dominios tradicionales y viviréis allí en paz, sin que mi gente os moleste ni intente invadiros o conquistaros. Con el tiempo, a vosotros los aztecas y a nosotros los españoles quizá nos resulte beneficioso entablar comercio y otros intercambios, pero nada de eso se te impondrá por la fuerza. —Hizo una pausa y se quedó esperando, pero al ver que yo guardaba silencio, continuó—: En contrapartida, tú me garantizas que no guiarás ni incitarás ninguna otra rebelión contra Nueva Galicia, Nueva España ni ninguno de los demás territorios de su majestad, ni contra sus súbditos en este Nuevo Mundo. Enviarás recado a esos grupos insurgentes del sur para que cesen en sus actividades. Y también me jurarás que estás dispuesto a impedir, como hizo Yeyac, cualquier incursión de esos importunos indios del norte en la Tierra de Guerra. Así que, ¿qué dices, Juan Británico? ¿De acuerdo?

—Os agradezco, señor, vuestra halagadora estima de mi carácter y la confianza de que yo mantendría mi palabra dada —le dije—. Yo también os tengo por hombre honorable. Y por ese motivo no os faltaría al respeto y me pondría yo mismo en desgracia al daros mi palabra y después faltar a ella. Debéis ser completamente consciente de que lo que me ofrecéis no es nada más que lo que mi pueblo y yo siempre hemos tenido y lucharemos por conservar. Nosotros los aztecas hemos declarado la guerra contra vos y todos los demás hombres blancos. Dadme muerte en este momento, señor, y algún otro azteca se levantar para guiar a nuestros guerreros en esa guerra. Rechazo respetuosamente el pacto que me ofrecéis.

El rostro de Coronado había ido ensombreciéndose durante mi discurso, y estoy seguro de que estaba a punto de responder con ira y maldiciones. Pero justo entonces Esteban, que durante aquel rato había estado deambulando tranquilamente por la sala, se puso a mi alcance.

Le rodeé de pronto el cuello con mi brazo, lo apreté con fuerza contra mi y, con la mano que me quedaba libre, le saqué del cinto el cuchillo de acero que llevaba allí envainado. Esteban hizo un aparentemente tremendo esfuerzo por liberarse, pero desistió cuando le puse la hoja del cuchillo en la garganta desnuda. Ualiztli, a mi lado, me miró con asombro.

—¡Soldados! —chilló con estridencia Gónda Ke desde el otro extremo de la sala —. ¡Apuntad! ¡Matad a ese hombre! —Vociferaba en náhuatl, pero nadie hubiera podido equivocar lo que decía—. ¡Matadlos a los dos!

—¡No! —exclamó fray Marcos.

—¡Deteneos! —bramó Coronado, exactamente tal como Esteban había pronosticado que pasaría.

Los soldados, que ya habían levantado los arcabuces o habían desenvainado las espadas, quedaron perplejos y no hicieron movimiento alguno.

—¿Que no? —voceó Gónda Ke llena de incredulidad—. ¿Que no los maten? Pero ¿qué clase de mujeres tímidas sois vosotros, locos blancos?

Hubiera continuado con aquella incomprensible diatriba suya, pero el fraile la hizo callar gritando más que ella con desesperación:

—¡Por favor, excelencia! Los guardias no deben correr el riesgo de…

—¡Ya lo sé, imbécil! ¡Cierra la boca! ¡Y estrangula a esa perra ululante!

Yo iba retrocediendo lentamente, caminando hacia atrás, en dirección a la puerta, haciendo ver que arrastraba al indefenso negro; Ualiztli iba justo a nuestro lado. Esteban volvía la cabeza a un lado y a otro como si buscase ayuda; los ojos se le salían de las órbitas a causa del miedo. El movimiento de su cabeza era deliberado para hacer que la hoja del cuchillo le cortase ligeramente la piel de la garganta, de modo que todos vieran un hilo de sangre que le corría por el cuello.

—¡Deponed las armas, soldados! —ordenó Coronado a sus soldados, que miraban alternativamente con la boca abierta a él y a nosotros, que avanzábamos lenta y cautelosamente—. Quedaos donde estáis. Nada de disparos, nada de espadas. Prefiero perder a ambos prisioneros que a ese moro miserable.

—Ordenadle a uno de vuestros hombres, señor, que salga corriendo delante de nosotros e informe a voces a los soldados de los alrededores —le grité—. No se nos ha de molestar ni poner trabas. Cuando hayamos salido de los límites de la ciudad sanos y salvos, soltaré ileso a este valioso moro vuestro. Tenéis mi palabra de honor al respecto.

—Si —convino Coronado con los dientes apretados. Le hizo seña a un soldado que estaba cerca de la puerta—. Id, sargento. Haced lo que dice.

Dando un rodeo para no acercarse a nosotros, el soldado salió corriendo hacia la puerta. Ualiztli, yo y el fláccido Esteban, cuyos ojos seguían desorbitados, no íbamos muy lejos detrás de él. Nadie nos persiguió mientras seguíamos a aquel soldado por un corto vestíbulo donde yo no había estado antes, bajábamos por un tramo de escaleras y salíamos por la puerta de la calle del palacio. El soldado ya estaba voceando cuando salimos. Y allí, atado a un poste, como había dispuesto Esteban, nos estaba esperando un caballo ensillado.

—Ticitl Ualiztli —dije—, tendrás que ir corriendo al lado. Lo siento, pero no había contado con tu compañía. Mantendré el caballo al paso.

—¡No, por Huitztli, ve al galope! —exclamó el médico—. ¡Por viejo y gordo que yo esté, me siento lo bastante ansioso por salir de aquí como para moverme igual que

el viento!

—En el nombre de Dios —gruñó Esteban en voz muy baja—. ¡Deja de parlotear y muévete! ¡Echame atravesado en la silla, salta tú detrás y vámonos!

Cuando lo alcé encima del caballo (en realidad él saltó y yo sólo hice ver que lo impulsaba), nuestro soldado heraldo estaba gritando órdenes a todo el que pudiera oírle.

—¡Dejad paso! ¡Paso libre!

Las demás personas que había en la calle, soldados y civiles por igual, miraban atontados con la boca abierta aquel extraordinario espectáculo. No fue hasta que estuve sentado detrás del promontorio trasero de la silla, mientras sujetaba ostentosamente el cuchillo de Esteban y le apuntaba con él a los riñones, que me di cuenta de que se me había olvidado desatar al caballo de la barandilla. Así que tuvo que hacerlo Ualiztli, quien me tendió luego las riendas. A continuación, y haciendo honor a su palabra, el tícitl salió corriendo a una velocidad encomiable para alguien de su edad y volumen, haciendo posible que yo pusiera al trote el caballo a su lado.

Cuando hubimos perdido de vista el palacio y ya no alcanzábamos a oír los gritos de aquel soldado, Esteban, que iba botando mientras colgaba incómodamente cabeza abajo, empezó a darme instrucciones. Que torciera a la derecha en la próxima calle, a la izquierda en la siguiente, y así sucesivamente hasta que estuvimos fuera del centro de la ciudad y salimos a uno de los barrios pobres donde vivían los esclavos. No había muchos por allí, pues a aquella hora la mayoría estaba realizando trabajos de esclavo donde fuera, y los pocos que vimos tuvieron buen cuidado de apartar los ojos. Probablemente supusieron que nosotros, dos indios y un moro, también éramos esclavos que estábamos empleando un modo verdaderamente único de escapar, y querían poder decir, si llegaba el caso de que los interrogaban sobre ello, que no nos habían visto.

Cuando llegamos a las afueras de Compostela, donde incluso las barracas de los esclavos eran pocas y diseminadas y no había absolutamente nadie a la vista, Esteban dijo:

—Para aquí.

El y yo desmontamos como pudimos del caballo y el ticitl se desplomó en el suelo cuan largo era, jadeando y sudando. Mientras Esteban y yo nos frotábamos las partes doloridas del cuerpo —él el estómago y yo el trasero—, Esteban me explicó:

—Hasta aquí es todo lo lejos que puedo llegar haciendo el papel de rehén para vuestra seguridad, Juan Británico. Más allá habrá puestos de guardia de los españoles, y no habrán recibido el mensaje de dejarnos pasar. Así que tu compañero y tú tendréis que ir solos como podáis, a pie y con mucha cautela. Yo sólo puedo desearos buena fortuna.

—Y hasta ahora la hemos tenido gracias a ti, amigo. Confió en que la fortuna no

nos abandone ahora, cuando estamos tan cerca de la libertad.

—Coronado no ordenará una persecución hasta que haya vuelto a recuperarme sano y salvo. Como te dije, y como han demostrado los acontecimientos, ese ambicioso gobernador y el fraile avaricioso no quieren arriesgarse a poner en peligro mi negro pellejo. Así que… —Volvió a subirse a la silla con rigidez, esta vez en la posición correcta—. Dame el cuchillo.

Se lo di, y Esteban lo usó para desgarrarse la ropa por varios sitios e incluso para hacerse algunos cortes en la piel aquí y allá, sólo lo suficiente para que le saliera un poco de sangre; luego me devolvió el cuchillo.

—Y ahora —me pidió— emplea las riendas para atarme las manos con fuerza al pomo de la silla. A fin de proporcionaros todo el tiempo que pueda para que echéis a correr, iré muy despacio hasta el palacio. Puedo decir que estoy débil a causa de los crueles cortes y vapuleos que vosotros, que sois unos salvajes, me habéis producido. Alegraos de que yo sea negro; nadie notará que no tengo casi magulladuras. Más no puedo hacer por ti, Juan Británico. En cuanto llegue al palacio, Coronado desplegará todo su ejército para buscarte y remover hasta el último guijarro. Para entonces debes estar lejos, muy lejos de aquí.

—Lo estaremos —le aseguré—. O bien en lo profundo de nuestros bosques nativos o a buen recaudo en las profundidades de ese lugar oscuro que vosotros los cristianos llamáis infierno. Te damos las gracias por tu bondadosa ayuda, por tu atrevida imaginación y por ponerte tú mismo en peligro por nosotros. Ve, amigo Esteban, y te deseo gozo en esa libertad tuya que pronto ha de ser realidad.

22

—¿Qué hacemos, Tenamaxtzin? —me preguntó Ualiztli, que había recobrado el aliento pero que todavía se encontraba sentado en el suelo.

—Como ha dicho el moro, no ha habido suficiente tiempo para que el gobernador haya enviado aviso a los puestos de vigilancia diciendo que nos dejen pasar sin problemas, como hubiese sucedido de haber seguido teniendo el rehén en nuestro poder. Por lo tanto tampoco les habrán alertado para esperarnos. Y como de costumbre, estarán mirando hacia afuera, para ver si hay enemigos que intenten entrar en la ciudad, no salir de ella. Tú sígueme y haz lo mismo que haga yo.

Caminamos erguidos hasta que hubimos pasado las últimas chabolas del barrio de esclavos; luego nos agachamos, continuamos avanzando con muchísima cautela y nos fuimos alejando de la ciudad hasta que divisé, a lo lejos, una barraca con soldados alrededor; ninguno de ellos miraba hacia nosotros. No continuamos adelante en aquella misma dirección, sino que torcimos a la izquierda y seguimos hasta que vimos otra barraca de aquéllas y varios soldados, éstos rodeando uno de esos tubos de trueno que llaman culebrina. Así que volvimos atrás sobre nuestros pasos hasta que nos encontramos aproximadamente a medio camino entre los dos puestos de vigilancia. Felizmente para nosotros, en aquel lugar crecía una densa maleza que se extendía hacia la hilera de árboles que se veía en el horizonte. Todavía inclinados hacia adelante y caminando como los patos, me abrí paso entre esos arbustos, manteniéndome todo el tiempo por debajo de las ramas más altas y esforzándome por no sacudir ninguno de ellos, y el tícitl, aunque jadeando otra vez con fuerza, hizo lo mismo. Me dio la impresión de que tendríamos que soportar aquel avance difícil, incómodo, atroz y lento durante incontables largas carreras, y sé que para Ualiztli era mucho más fatigoso y doloroso, pero en realidad al cabo de un tiempo alcanzamos la hilera de árboles. Una vez entre ellos, me erguí con alivio (todas las articulaciones me crujieron al hacerlo) y el ticitl volvió a derrumbarse cuan largo era en el suelo, gimiendo.

Me tendí cerca de él y los dos nos permitimos el lujo de descansar un buen rato. Cuando Ualiztli hubo recuperado el aliento lo suficiente para hablar, aunque no las fuerzas necesarias para ponerse de pie, dijo:

—¿Querrías decirme, Tenamaxtzin, por qué los hombres blancos nos han dejado marchar? Seguro que no ha sido sólo porque nos llevamos con nosotros a uno de sus esclavos negros. Un esclavo de cualquier color es tan sustituible como la saliva.

—Creen que ese esclavo en particular guarda el secreto de un fabuloso tesoro. Son tan tontos que se creen que eso es verdad… pero ya te lo explicaré todo en otra ocasión. En este momento estoy tratando de pensar alguna manera de encontrar al cuáchic Nocheztli y al resto de nuestro ejército.

Ualiztli se incorporó por fin y me dirigió una mirada de preocupación.

—Todavía debes de tener la cabeza resentida a causa del golpe que recibiste. Si a nuestros hombres no los mataron los palos de trueno, seguro que han huido, se han diseminado y estarán ya muy lejos de aquí.

—No murieron y tampoco escaparon. Y yo no estoy chiflado. Por favor, deja por un instante de hablar como un médico y permíteme pensar. —Miré de soslayo hacia arriba; Tonatiuh ya estaba deslizándose hacia abajo en el cielo—. Nos encontramos de nuevo al norte de Compostela, así que no podemos estar demasiado lejos del lugar donde nos tendieron la emboscada. ¿Habrá mantenido Nocheztli reunidos a los guerreros por estos parajes, o por el contrario los habrá conducido al sur de la ciudad, como pensamos en un principio? ¿O quizá se haya puesto en camino hacia Aztlán? ¿Qué habrá hecho, sin saber a ciencia cierta qué ha sido de mi? —El ticitl, muy considerado ahora, se abstuvo de hacer comentarios—. Simplemente no podemos ponernos a vagar por ahí en su busca —continué diciendo—. Así que tendrá que ser Nocheztli quien nos encuentre a nosotros. No se me ocurre nada más que hacerle alguna clase de señal y confiar en que ello le atraiga hasta aquí.

Pero el ticitl Ualiztli era incapaz de mantenerse callado mucho tiempo.

—Y también habrá que confiar en que no atraiga a las patrullas españolas, que estoy seguro de que empezarán a buscarnos de un momento a otro.

—Sería la última cosa que ellos se esperarían —le aseguré—. Que deliberadamente atrajésemos la atención hacia nuestro escondite. Pero si nuestros propios hombres están por aquí cerca, deben de estar ansiosos por tener alguna noticia de su líder. Cualquier cosa fuera de lo corriente debería de atraer al menos a un explorador. Una gran hoguera lo haría. Gracias a Coatlicue, la diosa de la tierra, hay muchos pinos entre estos árboles y el suelo está cubierto de una gruesa capa de agujas secas.

—Ahora invoca al dios Tláloc para que encienda las agujas con uno de sus relámpagos —dijo con tristeza Ualiztli—. Porque no veo que por aquí resplandezca ninguna ascua que podamos utilizar. Yo tenía líquidos combustibles en mi bolsa de médico que podían encenderse con facilidad, pero los españoles me la quitaron. Tardaremos toda la noche en encontrar, dar forma y poder utilizar un taladro y la madera donde frotarlo.

—No hay necesidad de eso ni de Tláloc —le aseguré—. Tonatiuh nos ayudar antes de ponerse. —Me palpé el interior de la armadura acolchada que todavía llevaba puesta—. A mí también me quitaron las armas, pero a los españoles evidentemente esto no les pareció nada digno de confiscar.

Saqué la lente, el cristal que hacía ya tanto tiempo me diera Alonso de Molina.

—A mi tampoco me parece que merezca la pena —dijo Ualiztli—. ¿Para qué sirve un pedacito de cuarzo?

—Observa —me limité a decir.

Me levanté y avancé hasta un rayo de sol errante que bajaba entre los árboles hasta la hojarasca de agujas marrones que había en el suelo. Los ojos de Ualiztli se abrieron mucho cuando, al cabo de sólo un momento, un hilo de humo surgió de allí, y poco después el parpadeo de una llama. Al cabo de un momento tuve que saltar hacia atrás para alejarme de lo que se estaba convirtiendo en una respetable llamarada.

—¿Cómo has hecho eso? —me preguntó el ticitl, maravillado—. ¿De dónde has sacado ese objeto de brujería?

—Un regalo de un padre a un hijo —le contesté sonriendo ante el recuerdo—. Bendecido con la ayuda de Tonatiuh y de un padre que está en Tonatiucan. Creo que puedo hacer cualquier cosa. Menos cantar, supongo.

—¿Qué?

—El guardia de mi celda en el palacio menospreció la voz que tengo para cantar.

Ualiztli volvió a dirigirme aquella mirada de sondeo propia de un médico.

—¿Estás seguro, mi señor, de que no sigues afectado por aquel golpe que recibiste en la cabeza?

Me eché a reír y me di la vuelta para admirar el fuego. No se hacía excesivamente visible a medida que se extendía por las agujas del suelo, pero ya empezaba a prender las agujas verdes llenas de resina de los pinos de encima, lo que producía un penacho de humo que se iba elevando rápidamente al tiempo que se hacía cada vez más denso y más oscuro.

—Estoy seguro de que eso atraer a alguien —afirmé con satisfacción.

—Sugiero que retrocedamos entre los arbustos por donde hemos venido —dijo el tícitl—. Quizá así podamos distinguir quién viene y estar prevenidos. Y además quienquiera que sea así no encontrará a un par de cadáveres asados.

Así lo hicimos; nos agazapamos por allí y nos quedamos contemplando el fuego que devoraba la arboleda y lanzaba hacia arriba un humo que rivalizaba con el que siempre se ve por encima del gran volcán Popocatépetí, a las afueras de Tenochtitlan. Pasó el tiempo, y el sol poniente tiñó la elevada nube de humo de un color dorado rojizo, una señal aún más llamativa en contraste con el cielo, cada vez de un azul más profundo. Pasó bastante más tiempo antes de que finalmente oyéramos un crujido en los arbustos en algún lugar a nuestro alrededor. No estábamos hablando, pero cuando Ualiztli me dirigió una mirada inquisitiva, me llevé el dedo a los labios en señal de precaución y luego me levanté lentamente para mirar por encima de los arbustos.

Bueno, no eran españoles, pero casi hubiera deseado que lo fueran. Los hombres que rodeaban nuestro escondite iban ataviados con armaduras aztecas, y entre ellos sobresalía Tapachini, el caballero de la Flecha; eran los guerreros de Yeyac. Uno de ellos, que tenía la vista condenadamente aguda, me vio antes de que pudiera volver a

agacharme y lanzó el grito de la lechuza. El círculo de hombres se cerró en torno a nosotros y Ualiztli y yo nos pusimos en pie con resignación. Los guerreros se detuvieron a cierta distancia, pero nos rodearon por completo, de manera que éramos el centro y el blanco de todas sus flechas y jabalinas.

Ahora fue el mismo Yeyac en persona quien se abrió paso entre los guerreros que formaban el círculo y se acercó hasta nosotros. No estaba solo; Gónda Ke lo acompañaba; ambos sonreían con aire triunfante.

—Vaya, primo, volvemos a encontrarnos cara a cara —me dijo Yeyac—. Pero ésta será la última vez. Puede que Coronado se haya mostrado reacio a dar la alarma ante tu huida, pero no le ha sucedido lo mismo a la buena de Gónda Ke. Vino corriendo a avisarme. Luego mis hombres y yo no tuvimos más que ponernos a vigilar y esperar. Y ahora, primo, permite que te escoltemos bien lejos de aquí antes de que vengan los españoles. Quiero intimidad y tranquilidad para matarte lentamente.

Hizo señas a los guerreros para que cerrasen más el círculo en torno a nosotros. Pero antes de que pudieran hacerlo, uno de ellos, el único guerrero que llevaba un arcabuz, salió del círculo y se adelantó.

—Ya te maté una vez antes, Yeyac —le dijo De Puntillas—, cuando amenazaste a mi Tenamaxtli. Como acabas de decir, ésta ser la última vez.

Los guerreros a ambos lados de ella se echaron hacia atrás cuando retumbó el palo de trueno. La bola de plomo alcanzó a Yeyac en la sien izquierda y, durante un instante, la cabeza se le desdibujó en medio de una rociada de sangre roja y sustancia cerebral de un color gris rosáceo. Luego cayó hacia adelante, y resultaba evidente que ningún tícitl sería capaz de volver a resucitarlo nunca más.

Ahora todos los presentes nos quedamos helados, atónitos, por espacio de varios segundos. Obviamente Pakápeti, metida en aquella abultada armadura acolchada que llevaba, a pesar del considerable vientre que ya tenía, había sido capaz durante todo aquel tiempo de hacerse pasar por un hombre en medio de la compañía, y también de mantener el arcabuz oculto en algún lugar hasta que hiciera falta de verdad.

Tuvo el tiempo justo de dirigirme una breve sonrisa, triste y cariñosa. Luego se oyó un bramido de indignación procedente de los hombres de Yeyac, y aquellos que estaban más cerca De Puntillas se precipitaron hacia ella; el primero que lo hizo le lanzó un poderoso tajo desde arriba con la espada de obsidiana. Hendió la armadura De Puntillas, la piel y el cuerpo desde el esternón hasta la ingle. Antes de caer al suelo, a De Puntillas le salió de sus entrañas un gran chorro de sangre, todos los órganos que allí se albergan, las tripas… y algo más. Los hombres que la rodeaban se apartaron de ella y se echaron hacia atrás mientras miraban despavoridos y lanzaban, lo bastante fuerte como para que se oyeran por encima del ruido de los demás gritos de enojo, las exclamaciones «Tequanil» y «Tzipitl», que significan «monstruosidad»,

«deformidad» y «putridez».

En medio de todo aquel tumulto, ninguno de nosotros le había prestado demasiada atención al crujir de la maleza que nos rodeaba, pero ahora oímos un grito de guerra salvaje y coordinado que combinaba chillidos de águila, gruñidos de jaguar, gritos de lechuza y ululatos de loro. Apartando los matorrales salieron de pronto a la luz innumerables hombres de mi propio ejército que se arrojaron sobre los guerreros de Yeyac sin dejar de cortar y empujar con las maquáhuime, las lanzas y las jabalinas. Antes de unirme yo mismo a la refriega, hice un gesto hacia lo que quedaba de Pakápeti y le ordené a Ualiztli:

—¡Ocúpate de ella, ticitl!

Fue una batalla librada por formas de perfil, no por figuras redondas, sólo la negra silueta de los guerreros contra la sábana de fuego que seguía consumiendo los árboles. Así que pronto todos los hombres dejaron caer las armas más pesadas, no fuera a ser que apuñalasen o produjeran heridas a sus propios camaradas. Entonces recurrieron a los cuchillos —la mayoría de ellos de obsidiana, aunque unos cuantos, como el mío, de acero— y se pusieron a pelear cuerpo a cuerpo, a veces revolcándose en el suelo con los oponentes. Yo personalmente le di muerte al caballero Tapachini. Y la batalla no duró demasiado, porque mis hombres superaban en mucho a los de Yeyac. Cuando cayó el último de éstos también la gran hoguera empezó a apagarse como si aquel acompañamiento ya no fuese necesario. Y todos nos encontramos sumidos en la semioscuridad de la primera hora de la noche.

Sin duda por lo que era algo más que una coincidencia, me encontré de pie junto a la pérfida Gónda Ke, que seguía viva y de una pieza; era evidente que se había salvado de la carnicería sólo porque vestía ropas de mujer.

—Tendría que haberlo sabido —comenté jadeante—. Incluso en las más feroces batallas tú te las arreglas siempre para permanecer ilesa. Y me alegro por ello. Como acaba de decir tu amigo Yeyac, así tendré la intimidad y el tiempo suficientes para matarte lentamente.

—¡Qué cosas dices! —exclamó con una compostura que hacía perder la cordura —. Gónda Ke atrajo a Yeyac y a sus hombres a esta trampa, ¿y es así como se lo agradeces?

—¡Perra mentirosa! —gruñí; y luego, dirigiéndome a dos guerreros que se encontraban cerca, les ordené—: Llevaos a esta hembra, sujetadla fuerte entre los dos y traedla con nosotros cuando nos marchemos de aquí. Si desaparece, vosotros dos también desapareceréis, y en pedacitos.

Al momento siguiente, me estaba abrazando con fuerza el cuachic Nocheztli mientras exclamaba:

—¡Ya sabía yo que los hombres blancos no podrían mantener cautivo por mucho tiempo a un guerrero tan valiente como mi señor Tenamaxtzin!

—Y tú has demostrado ser un sustituto más que capaz mientras tanto —le dije—. Desde esta noche eres mi segundo en el mando, y me encargaré de que nuestra Orden de los Caballeros del Águila te otorgue su galardón. Tienes mi felicitación, mi gratitud y mi estima, caballero Nocheztli.

—Eres muy generoso, mi señor, y me siento muy honrado. Pero ahora… apresurémonos a alejarnos de este lugar. Aunque los españoles no están ya en camino, sus tubos de trueno podrían lanzar proyectiles hasta aquí.

—Si. Cuando nuestros hombres hayan recuperado sus armas, reúnelos e inicia la retirada hacia el norte. Os daré alcance en cuanto haya atendido un asunto que tengo pendiente.

Busqué entre el hormiguero de hombres hasta que encontré a Ualiztli y le pregunté:

—¿Que ha sido de Pakápeti, esa querida y valiente muchacha? Nos ha salvado la vida a los dos, ticitl. ¿Has podido hacer algo por ella al final?

—Nada. Ya estaba muerta y en paz antes de llegar a tocar el suelo.

—Pero lo otro… lo que quiera que fuera que causó tanto horror a sus atacantes… ¿qué era?

—Calla, mi señor. Y mejor no hagas preguntas. Seguro que no desearías saberlo. Ojalá tampoco lo supiera yo. —Hizo un gesto indicando el lugar donde habían estado los árboles, ahora convertidos en postes chamuscados en medio de un lecho de rescoldos—. Lo he dejado todo en manos de Chántico, la bondadosa diosa de las cenizas. El fuego purifica la tierra incluso de las cosas que no son terrenales.

En el lugar donde los españoles nos tendieran la emboscada, Nocheztli había recuperado, además de los numerosos arcabuces, el caballo de Comitl, el guerrero muerto. Así que él y yo íbamos ambos montados mientras guiábamos a nuestros hombres en medio de la noche… aunque pronto deseé fervientemente que hubiese una silla entre el caballo y yo.

Otra vez alabé al nuevo caballero por haber mostrado tanta iniciativa durante mi ausencia, pero ahora añadí:

—Para hacer algún uso de esas armas que has adquirido para nosotros, debemos preparar la pólvora necesaria y encontrar como sea alguna fuente de donde obtener plomo.

—Bien, mi señor —me respondió en un tono casi de disculpa—. En cuanto a la primera necesidad, yo no sé nada sobre cómo fabricar la pólvora. Sin embargo, y a falta de órdenes en sentido contrario, decidí, mientras esperaba noticias tuyas, utilizar el tiempo de un modo provechoso. De modo que el plomo sí que lo tenemos, y una buena provisión.

—Me asombras, caballero Nocheztli. ¿Cómo es posible que ideases eso?

—Uno de nuestros más ancianos guerreros mexicas me dijo que era hijo de un

platero, por lo que sabía que el plomo a veces se encuentra en las mismas minas de donde se obtiene la más preciosa plata; además, el plomo también se utiliza en el proceso por el cual se refina esa plata.

—¡Por Huitzli! ¿De verdad que habéis ido a las minas y donde se trabaja la plata?

—Recuerda, mi señor, que ya estuve en una ocasión como quimichi tuyo entre los hombres blancos. Así que algunos de nuestros soldados y yo nos quitamos la ropa hasta quedar en taparrabos y sandalias, nos ensuciamos la cara y el cuerpo y, de uno en uno nos escabullimos por entre los guardias de las minas y nos mezclamos con los esclavos que trabajan allí. No resultó demasiado difícil. Los guardias jamás se hubieran esperado que alguien quisiera colarse voluntariamente entre los esclavos. Salir de allí fue bastante más difícil, sobre todo debido a lo pesado que es el plomo. Pero gracias a mi experiencia como quimichi, también lo logramos. Por lo menos dos veintenas de los hombres que caminan detrás de nosotros llevan un lingote de plomo cada uno en la bolsa de provisiones. Y ese mexícatl que es hijo de un platero dice que puede fundir fácilmente el metal y ponerlo en moldes sencillos de madera y arena húmeda para hacer las bolas.

—¡Yyo ouiyo ayyo! —exclamé encantado—. Estamos mucho más cerca de ser iguales en armamento a los hombres blancos de lo que yo hubiera podido esperar. El hacer la pólvora será un problema mucho menor que el que tú ya has resuelto. Escucha, ahora memoriza esto y compártelo con los oficiales en quienes tengas confianza por si algo nos ocurriera a ti y a mi. Eso que los españoles llaman pólvora, nuestros mayores pensaron que eran truenos y relámpagos capturados y encerrados, de manera que el que los lleva puede soltarlos cuando le conviene. Y los españoles siguen sin desear que ninguno de nuestra raza conozca el secreto de su fabricación. Me costó mucho tiempo y cansancio descubrirlo, pero ese proceso es verdaderamente simple.

Continué explicándole lo de las tres sustancias, la forma en que habían de molerse muy finas y las proporciones en que habían de mezclarse.

Luego, cuando juzgué que estábamos lo bastante alejados de Compostela como para detenernos a descansar durante la noche, me metí entre los hombres y escogí dos veintenas de aquellos que eran musculosos y tenían las piernas largas.

—Mañana, cuando hayáis dormido y descansado, preparaos para dejarnos y viajar con gran rapidez —les dije—. Entregad vuestras armas y armaduras a vuestros camaradas y coged sólo los mantos.

A los veinte primeros les ordené que viajasen hacia el volcán Tzebóruko, que pocos de nosotros habíamos visto alguna vez pero que conocíamos por su reputación, ya que entraba en erupción con mucha frecuencia y causaba gran devastación en las aldeas que lo rodeaban. Yo estaba seguro de que las laderas del Tzebóruko se encontraban cubiertas de una espesa costra de ese mineral llamado azufre. El volcán

está en la región de Nauyar Ixú, en lo que ahora era Nueva Galicia, lo cual significaba que aquellos veinte hombres tendrían que atravesar territorios que se encontraban en poder de los españoles.

—De manera que os sugiero que vayáis directamente hacia el oeste, hacia la costa del mar Occidental, y allí les ordenéis a los barqueros que os lleven hacia el sur, en dirección al volcán, y que luego, una vez que tengáis los mantos cargados de esa sustancia amarilla, vuelvan a transportaros hacia el norte. No creo probable que encontréis ninguna patrulla enemiga por mar.

Y a los otros veinte les dije:

—Vosotros os dirigiréis directamente a Aztlán. Puesto que nuestros pescadores están acostumbrados a fabricar sal para conservar parte de la captura, seguro que conocen esa clase de sal amarga que se llama «de primera cosecha». Tenéis que llenar vuestros mantos con eso.

Y dirigiéndome a todos aquellos hombres, añadí:

—Os reuniréis otra vez con el ejército en Chicomóztotl, ya lo conocéis, «el lugar de las siete cavernas», situado en las montañas que hay al oeste de Aztlán, en la tierra donde vive la tribu chichimeca de los huicholes. El ejército estará allí esperándoos. Os insto encarecidamente a que lleguéis allí con vuestra carga lo más pronto que podáis.

—Ya lo has oído —me dirigí a Nocheztli—. Ahora da a todos nuestros guerreros permiso para dormir, pero que para ello se dispersen ampliamente entre los árboles, y coloca centinelas que permanezcan de guardia por turnos. Mañana tú guiarás al ejército en su marcha hacia Chicomóztotl, porque yo tengo que ir a otros lugares. Mientras esperas allí mi regreso, pon a los hombres a trabajar en la forja de bolas de plomo y en la quema de carbón vegetal. Esas montañas están muy pobladas de bosques. Cuando los portadores os lleven el azufre y el salitre, empezad a fabricar las provisiones de pólvora que podáis. Luego permite que los guerreros que ya están familiarizados con el arcabuz empiecen a entrenar a todos aquellos que demuestren alguna aptitud en su uso. Mientras tanto envía emisarios a los huicholes y a todos los demás pueblos chichimecas, incluso a los más alejados, para que recluten, con la promesa de que habrá muchas matanzas y un gran botín, hombres que se unan a nuestro ejército en la insurrección. Llevar a cabo esos preparativos os tendrá muy ocupados hasta que yo vuelva, y espero traer muchos más guerreros conmigo. Ahora mismo, Nocheztli, ordena que los dos hombres que guardan a esa bruja, Gónda Ke, la traigan aquí. Y no hace falta que lo hagan con ternura.

Y no lo hicieron. Tiraron de ella con brusquedad hasta ponerla ante mí y continuaron sujetándola con fuerza por la parte superior de los brazos, incluso cuando ella se dirigió a mí con una petición inmodesta que evidentemente iba dirigida a escandalizar a los hombres más curtidos y mundanos.

—Si estás a punto de ofrecer a Gónda Ke que elija el modo de morir, Tenamaxtli, a ella le gustaría que la violasen hasta que muriera. Esos dos hombres robustos y tú emplead los tres orificios para tal propósito.

Pero nada de lo que ella pudiera decir o hacer me habría sorprendido lo más mínimo. Sólo dije con dureza:

—Tengo otro uso para ti antes de rellenarte los tres orificios de hormigas de fuego y escorpiones. Es decir, seguirás viva exactamente el tiempo que obedezcas mis órdenes. Mañana tú y yo saldremos hacia tu país, el país yaqui.

—Ah, hace mucho tiempo que Gónda Ke visitó por última vez su tierra natal.

—Es bien sabido que los yaquis detestan a los forasteros aún más de lo que se detestan unos a otros, y que lo demuestran arrancándole la cabellera a cualquier forastero imprudente antes de hacerle otras cosas peores. Confío en que tu presencia impedirá semejante desgracia, pero llevaremos con nosotros al tícitl Ualiztli por si fueran necesarios sus cuidados. Estos dos hombres robustos también te acompañarán, para vigilarte; y, aparte de eso, lo que hagan contigo por el camino me tiene sin cuidado.

23

La distancia desde nuestro punto de partida hasta las tierras de los yaquis es tres veces la distancia entre Aztlán y la Ciudad de México, así que mi ida allí y mi regreso constituyeron el viaje más largo que realicé en toda mi vida.

Dejé que Gónda Ke nos guiase, porque ella había recorrido ese camino por lo menos una vez antes. Por lo que yo sabía, generaciones de Gónda Kes habían hecho aquel viaje tanto de ida como de vuelta innumerables veces durante los haces y haces de años transcurridos desde que aquella infame primera Gónda Ke se estableciera entre mis ancestros en Aztlán. La memoria colectiva de aquellas Gónda Kes de toda la parte occidental del Unico Mundo bien hubiera podido ser inscrita en el cerebro de la actual Gónda Ke al nacer tan llanamente como un mapa de palabras e imágenes. Parecía que estuviera ansiosa por ver de nuevo su tierra, porque desde luego no intentó, como cualquiera hubiera esperado, hacer el viaje todo lo fatigoso, incómodo, peligroso o interminable que pudiera. Excepto cuando nos indicó que rodeásemos un foso de alquitrán que teníamos delante, arenas movedizas o algún otro obstáculo, yo sabía por el sol que ella mantenía un rumbo hacia el norte tan directo como era posible a través de los valles que había en las cordilleras de montañas costeras. La distancia habría sido menor si hubiéramos seguido la línea costera al oeste de las montañas o la llana Tierra de los Huesos Muertos, que se encontraban al este de las mismas montañas… pero cualquiera de esos dos caminos nos habría llevado más tiempo y nos habría resultado mucho más arduo, pues nos habríamos abrasado en las marismas que había al lado del mar o nos habríamos quedado secos en las despiadadas y calientes arenas del desierto.

No obstante, e incluso sin que Gónda Ke intentase añadir dificultades por su cuenta, el viaje fue riguroso y harto cansado. Desde luego subir por una empinada ladera de montaña tensa los músculos del cuerpo y hace que entren calambres, se tiene la sensación de que todos ellos se tensen. Cuando se llega a la cima uno deja escapar un sincero suspiro de alivio. Pero luego, al bajar por la pendiente del otro lado, se descubre que el cuerpo tiene otros muchos, innumerables, músculos por tensar. Gónda Ke, los dos guerreros —cuyos nombres eran Machíhuiz y Acocotli— y yo soportábamos aquellas penalidades bastante bien, pero con frecuencia teníamos que detenernos y dejar que el ticitl Ualiztli recuperase el aliento y las fuerzas. Ninguna de aquellas montañas es lo bastante alta para tener una corona de nieves perpetuas, como el Popocatépetl, pero muchas de ellas se elevan hasta las regiones heladas del cielo donde reina Tláloc, y también muchas fueron las noches que los cinco pasamos tiritando sin poder dormir, a pesar de estar envueltos en nuestros gruesos mantos tíamaitin.

Con mucha frecuencia, de noche oíamos a un oso, a un jaguar, a un cuguar o a un

océlotl olisquear con curiosidad nuestro campamento, pero mantenían siempre la distancia, porque los animales salvajes aborrecen por naturaleza a los humanos, por lo menos a los vivos. Sin embargo de día había abundancia de caza: ciervos, conejos, el enmascarado mapache o el tlecuachi con el vientre abolsado. Y también había vegetales en abundancia: tubérculos camotin, frutos ahuácatin y berros mexixin. Cuando Ualiztli encontró un poco de la hierba llamada camopalxíhuitl, la mezcló con la grasa de los animales que cazábamos e hizo un ungüento para aliviarnos los músculos.

Gónda Ke le pidió un poco de aquella hierba para ponerse el jugo en los ojos, «porque los oscurece, les da brillo y los embellece». Pero el tícitl se negó a dársela alegando el siguiente motivo:

—Cualquiera a quien se le administre un poco de esa hierba puede verse muerto pronto, y yo no me fiaría nada de ti, mi señora, si la tuvieras en tu poder.

Había muchas aguas en aquellas montañas, tanto charcas como torrentes, todas ellas frías, dulces y deliciosas. No íbamos equipados con redes para capturar los peces o las aves acuáticas, pero los lagartos axólotin y las ranas se capturaban con facilidad. También arrancábamos raíz amoli y, por frías que estuvieran las aguas, nos bañábamos casi cada día. En resumen, nunca carecimos de buena comida y bebida ni del placer de estar limpios. Incluso puedo decir, ahora que ya no tengo que escalarlas, que aquellas montañas son sorprendentemente bonitas.

Durante la mayor parte de nuestro viaje fuimos acogidos de forma muy hospitalaria en las aldeas con las que nos encontramos. Dormimos bajo techo, y las mujeres lugareñas nos cocinaban manjares que nosotros desconocíamos. En cada aldea, Ualiztli buscaba inmediatamente al tícitl y le rogaba que le proporcionase diversos medicamentos e instrumentos de sus almacenes. Aunque Ualiztli murmuraba que la mayoría de los tíciltin de aquellas regiones apartadas tenían unas ideas patéticamente anticuadas del arte de la medicina, pronto se vio de nuevo transportando un saco bien abastecido.

La persona a la que yo buscaba para entablar amistad en cada comunidad era su cacique, jefe, señor o como quiera que se hiciera llamar. Durante la mayor parte de nuestro viaje estuvimos atravesando las tierras de varios pueblos: coras, tepehuanos, sobaipuris, rarámuris, que se mostraron amistosos hacia nosotros, pues aquellas naciones y tribus habían tenido durante mucho tiempo tratos con comerciantes aztecas que iban de viaje y, antes de la caída de Tenochtitlan, también con comerciantes mexicas. Hablaban diferentes lenguas, y algunas de las palabras y expresiones que utilizaban yo las había aprendido, como ya he dicho antes, de los exploradores que ellos habían enviado para echar un vistazo a los hombres blancos, aquellos exploradores que residían conmigo en el Mesón de San José, en la Ciudad de México. Pero Gónda Ke, a causa de sus muchos y extensos viajes, mostraba una

fluidez que yo no tenía en todas aquellas lenguas. De modo que, a pesar de lo poco de fíar que era para cualquier tarea de responsabilidad, yo la utilizaba como intérprete.

El mensaje que yo hacía llegar a cada cacique era siempre el mismo: que estaba reuniendo un ejército para derrocar a los extranjeros blancos y que desearía que me prestaran cuantos hombres fuertes, valientes y agresivos pudieran. Resultaba evidente que Gónda Ke no traducía mal ni en tono despectivo mis palabras, porque casi todos los caciques respondieron con afán y generosidad a mi petición.

Aquellos que habían enviado exploradores al sur, a las tierras que se encontraban en poder de los españoles, ya habían oído informes muy realistas y de primera mano sobre la opresión brutal y los malos tratos de que eran objeto aquellos miembros de nuestro pueblo que habían conseguido sobrevivir a la conquista. Tenían noticias de la esclavitud que existía en los obrajes, de las matanzas, de los azotes, de las marcas hechas con hierro candente, de la humillación de hombres y mujeres en otro tiempo orgullosos, de la imposición de una religión nueva, incomprensible y cruel. Naturalmente, aquellos informes habían circulado entre todas las otras tribus, comunidades y naciones cercanas, y a pesar de ser informes de segunda mano habían encendido en cada hombre viril y capaz un ardoroso deseo de hacer algo para vengarse. Y ahora se les presentaba la oportunidad.

Los caciques apenas tuvieron que pedir voluntarios. En cuanto transmitían mis palabras a sus súbditos, me veía rodeado de hombres, algunos de ellos aún adolescentes, otros viejos y decrépitos, que lanzaban con entusiasmo gritos de guerra y agitaban al aire las armas de obsidiana o de hueso. Yo tenía donde elegir, y a los que escogí los envié hacia el sur después de darles indicaciones, tan precisas como me fue posible, para que consiguieran encontrar Chicomóztotl y reunirse allí con Nocheztli. Incluso a aquellos que me parecieron demasiado viejos o demasiado jóvenes les asigné un importante encargo:

—Id y difundid mi mensaje por todas las otras comunidades, marchad lo más lejos que podáis. Y a cada hombre que se ofrezca, dadle las mismas indicaciones que yo acabo de daros.

Debería remarcar que yo no estaba reuniendo hombres que sólo quisieran ser guerreros. Los que elegí estaban muy acostumbrados a la batalla, pues sus tribus luchaban a menudo con las tribus vecinas a causa de los límites territoriales, de los terrenos de caza y a veces incluso para secuestrar a las mujeres de otras tribus a fin de convertirlas en sus esposas. Sin embargo, ninguno de aquellos campesinos tenía la menor experiencia en la guerra masiva, nunca habían sido miembros de ningún ejército ni habían servido en contingentes organizados que actuasen en disciplinado concierto. Yo confiaba en que Nocheztli y los demás caballeros bajo mis órdenes les enseñasen todo lo que les hacía falta saber.

Supongo que era de esperar que, a medida que los cinco viajeros nos

adentrábamos más y más en el noroeste, mi mensaje era recibido con más incredulidad que entusiasmo. Las comunidades de aquellos apartados parajes del Unico Mundo eran más pequeñas y estaban más aisladas unas de otras. Y al parecer tenían poco deseo o necesidad de relacionarse, de comerciar o incluso de comunicarse. Los pocos contactos que se producían entre ellas se daban cuando dos o más tenían ocasión de pelearse entre ellas, igual que las comunidades que habíamos visitado previamente, lo que casi siempre ocurría por motivos que pueblos más civilizados hubieran considerado fruslerías.

Incluso las numerosas tribus del país de los rarámuris, cuyo nombre significa Pueblo Corredor, rara vez habían corrido lejos de sus aldeas nativas. La mayor parte de sus caciques habían oído sólo vagos rumores sobre los extranjeros procedentes de más allá del mar Oriental que habían invadido el Unico Mundo. Algunos de aquellos caciques opinaban que, si aquello había ocurrido en realidad, era un desastre tan lejano que a ellos no les concernía. Otros se negaban llanamente a creer tales rumores. Por fin, nuestro pequeño grupo llegó a unas regiones donde los rarámuris que en ellas residían no habían oído nada de nada acerca de los hombres blancos, y muchos de ellos se echaron a reír de forma estrepitosa ante la idea de que pudieran existir hordas enteras de personas cuya piel fuera uniformemente blanca.

A pesar de aquellas actitudes generalizadas de indiferencia, escepticismo o completa incredulidad, continué recogiendo oleadas de nuevos reclutas para mi ejército. No sé si atribuir aquello a mis argumentos persuasivos y animosos, a que los hombres estaban cansados de pelear con sus vecinos y deseaban nuevos enemigos a los que vencer o simplemente a que querían viajar lejos de aquellas guaridas suyas tan conocidas y en las que encontraban tan pocas emociones. El motivo no importaba; lo importante fue que cogieron sus armas y se dirigieron al sur, hacia Chicomóztotl.

Las tierras de los rarámuris eran las más septentrionales en las que se reconocían a los aztecas y a los mexicas, aunque fuera remotamente, y las últimas en las que nosotros, los viajeros, podíamos esperar que nos recibieran con hospitalidad o siquiera con tolerancia. Tras bordear una magnífica catarata y admirar su grandiosidad al mismo tiempo, Gónda Ke dijo:

—La cascada se llama Basaséachic. Marca el límite del país de los rarámuris, y desde luego es el último confín del cual los mexicas, en la cúspide de su poder, reclamaron el dominio. Cuando vayamos siguiendo el borde del río que corre debajo de las cataratas, nos estaremos aventurando en las tierras de los yaquis, y allí tenemos que ir con mucha cautela y vigilando siempre. A Gónda Ke no le importa mucho lo que os haría a vosotros cualquier grupo errante de cazadores yaquis. Pero no quiere que la maten a ella antes de tener oportunidad de saludarlos en su propia lengua.

De modo que, de allí en adelante, caminamos casi con tanto sigilo como cuando

Ualiztli y yo nos escapamos de Compostela deslizándonos entre la maleza. Pero toda aquella cautela resultó ser innecesaria. Durante tres o cuatro días no nos encontramos con nadie, y transcurrido ese tiempo nuestro rumbo nos había llevado hasta el pie de las montañas, cubiertas de espesos bosques, al interior de una región de colinas onduladas tapizadas de vegetación baja. En una de aquellas colinas vimos por primera vez a un grupo de yaquis, una partida de caza compuesta por seis hombres, y ellos nos vieron al mismo tiempo; Gónda Ke se dirigió a ellos mientras los saludaba con tales gritos que impidió que cargasen contra nosotros. Permanecieron donde estaban y la observaron con una mirada helada cuando se adelantó para presentarse.

Gónda Ke seguía hablándoles con seriedad en aquella fea lengua yaqui, todo gruñidos, chasquidos y murmullos, mientras los demás nos acercábamos despacio. Los cazadores no dijeron nada, y nos dirigieron a los hombres la misma mirada helada que a Gónda Ke. Pero tampoco hicieron ningún gesto amenazador, así que mientras Gónda Ke seguía gimoteando, aproveché la oportunidad para contemplarlos detenidamente.

Tenían buenas facciones de halcón y cuerpos dotados de fuertes músculos, pero estaban casi tan sucios como nuestros sacerdotes y llevaban el cabello igual de largo, grasiento y enmarañado. Iban desnudos hasta la cintura y, en un principio, creí que vestían faldas hechas con pellejos de animales. Luego me di cuenta de que las faldas eran de pelo que colgaba suelto alrededor de la cintura, pelo tan largo como el de ellos y mucho más de lo que le crece a cualquier animal. Eran cabelleras humanas, con el cuero cabelludo seco todavía sujeto y atadas alrededor de la cintura de los hombres con cuerdas a modo de cinturón. Varios de ellos les habían añadido a las faldas la caza que habían matado aquel día, siempre animales pequeños, y los llevaban con los rabos remetidos en aquellos cinturones de cuero cabelludo. Podría mencionar aquí que en aquellas tierras abunda toda clase de caza y que los yaquis la comen. Pero a los hombres lo que más les gusta es la carne del tlecuachi de vientre abolsado, porque tiene mucha manteca y creen que eso les da resistencia en la caza o en las incursiones guerreras.

Sus armas eran primitivas, pero no por ello menos letales. Tenían arcos y lanzas hechos de caña; las flechas eran de junco rígido y las lanzas parecidas a las que emplean algunos pueblos pescadores, con tres dientes puntiagudos en el extremo. Las flechas y las lanzas terminaban en puntas de sílex, señal cierta de que los yaquis nunca tenían tratos con ninguna de las naciones del sur, de donde procede la obsidiana. No tenían espadas como nuestras maquáhuime, pero dos o tres de ellos llevaban, colgadas de unas correas alrededor de las muñecas, porras de madera quauxeloloni, que es tan dura y tan pesada como el hierro español.

Uno de los seis hombres respondió con un breve gruñido a Gónda Ke; luego hizo un gesto con la cabeza hacia atrás, en la misma dirección por la que habían venido, y

dieron media vuelta y se marcharon en esa dirección. Nosotros cinco los seguimos, aunque me pregunté si Gónda Ke no habría incitado a sus paisanos simplemente a que nos llevasen hasta un grupo mayor de cazadores, para así, al superarnos fácilmente en fuerza, arrancarnos la cabellera y asesinarnos. Fuera así o no, si ésa había sido su intención no había logrado convencerlos. Nos condujeron por entre las colinas sin volver ni siquiera una vez la cabeza para ver si íbamos con ellos, y así estuvimos durante el resto del día hasta que, al anochecer, llegamos a su aldea. Estaba situada en la margen norte de un río llamado Yaqui, cosa que no es de sorprender, y la aldea se llamaba, sin demostrar la menor imaginación, Bakum, que significa meramente «lugar con agua». Para mí no era más que una aldea, y además bastante pequeña y excepcionalmente miserable, pero Gónda Ke insistía en llamarla ciudad.

—Bakum es una de las Uonaiki —nos explicó—, una de las Ocho Ciudades Sagradas, fundadas por los venerados profetas que engendraron la raza de los yaquis en la Batnaóatoka, es decir, en la Época Antigua.

En cuestión de condiciones de vida y comodidades, Rakum parecía haber hecho pocos progresos desde aquella época Antigua, por mucho tiempo que hubiera pasado desde entonces. La gente moraba en cabañas con forma de bóveda hecha de cañas abiertas que formaban esteras al estar entrelazadas en forma de zigzag, y las esteras estaban colocadas sobrepuestas. Aquella aldea, y todas las demás aldeas yaquis que tuve ocasión de visitar, estaba cercada por una valla alta hecha de tallos de caña verticales y sujetos mediante parras entrelazadas. Nunca antes en todo el Unico Mundo había visto yo una comunidad tan excluyente y poco sociable que se rodease a sí misma con una valla para separarse del mundo y de todas las cosas del exterior. Ninguna de las cabañas era de vapor y, a pesar del nombre de la aldea, «lugar con agua», se hacía desagradablemente evidente que los aldeanos cogían del río agua sólo para beber, nunca para bañarse.

Las abundantes cañas y juncos del río se empleaban para todos los fines concebibles; no sólo los empleaban para hacer armas y para fabricar esteras y el material de construcción de las vallas, sino también para casi todos los utensilios necesarios en la vida cotidiana. La gente dormía en jergones de juncos tejidos, las mujeres utilizaban para cocinar cuchillos hechos con cañas abiertas, los hombres llevaban tocados de cañas y juncos y hacían sonar silbatos de caña en sus danzas ceremoniales. Sólo vi otras pocas muestras de artesanía entre los yaquis: feos recipientes de arcilla marrón, máscaras de madera talladas y pintadas y mantas de algodón tejidas en los telares.

La tierra de los alrededores de Bakum era tan fértil como la de cualquier lugar, pero los yaquis, o mejor dicho las mujeres yaquis, sólo practicaban una agricultura incipiente de maíz, alubias, amaranto, calabacín y únicamente el algodón necesario para abastecerlos de mantas y para la ropa de las mujeres. Todas las demás verduras

que necesitaban se las proporcionaba la vegetación silvestre: frutos de árboles y cactus, diversas raíces y semillas de hierbas, vainas del árbol mizquitl. Como los yaquis preferían comerse la grasa de los animales que cazaban en lugar de convertirla en aceite, usaban para cocinar un aceite que las mujeres exprimían laboriosamente de ciertas semillas. No sabían nada de fabricar octli o ninguna bebida semejante; no cultivaban pieíetl para fumar; su única bebida embriagadora era el brote de cactus llamado peyotl. No plantaban ni recolectaban ninguna hierba medicinal, ni siquiera recolectaban miel de abejas silvestres como bálsamo. Pronto Ualiztli observó con desagrado:

—Los tíciltin yaquis, tal como son, confían en espantosas máscaras, cánticos, carracas de madera e imágenes dibujadas en bandejas de arena para cualquier tipo de indisposición. Excepto para las quejas de las mujeres, y la mayoría de ellas son sólo quejas, no auténticas enfermedades, los tíciltin tienen pocas curas efectivas. Estas personas, Tenamaxtzin, son verdaderos salvajes.

Me mostré de acuerdo por completo. El único aspecto de los yaquis que una persona civilizada podía encontrar digno de aprobación era la ferocidad de sus guerreros, que era, al fin y al cabo, exactamente lo que yo iba buscando.

Cuando, a su debido tiempo y con la traducción de Gónda Ke, se me permitió conversar con los yoóotuí de Bakum, sus cinco ancianos, pues en ninguna comunidad había un único jefe, descubrí que la palabra yaqui es en realidad un nombre colectivo para tres ramas diferentes de un mismo pueblo. Son los ópatas, los mayos y los kahítas, cada uno de los cuales habita una, dos o tres de las Ocho Ciudades Sagradas y el campo de los alrededores y permanece estrictamente segregado de los otros dos. Bakum era mayo. Descubrí también que yo estaba mal informado acerca de que los yaquis se detestan y se matan entre sí. Por lo menos no era así del todo. Ningún hombre de los ópatas mataría a otro de su mismo pueblo a menos que tuviera una buena razón para hacerlo. Pero ciertamente mataría a cualquiera de sus vecinos mayos o kahítas que le infligiera la menor ofensa.

Y aprendí que las tres ramas de los yaquis estaban estrechamente relacionadas con los toóono oóotam o Pueblo del Desierto, de quienes yo había oído hablar por primera vez a Esteban, aquel esclavo que había viajado tanto. Los toóono oóotam vivían muy lejos, al norte de las tierras de los yaquis.

Para hacer con ellos una buena matanza se requería una marcha muy larga y un ataque organizado. Así, aproximadamente una vez al año, todos los yaquis yoemósont om dejaban a un lado sus mutuas enemistades y se juntaban con camaradería para realizar esa marcha contra sus primos del Pueblo del Desierto. Y éstos acogían casi con regocijo las incursiones, pues les daban una buena excusa para masacrar a algunos de sus primos ópatas, mayos y kahítas.

Sobre una cosa, sin embargo, no se me había informado mal, y ésa era la

abominable actitud de los yaquis hacia sus mujeres. Yo siempre me había referido a Gónda Ke simplemente como yaqui, y no fue hasta que llegamos a Bakum cuando me enteré de que pertenecía a la rama de los mayos. Yo hubiera creído que era su buena fortuna la que había hecho que la partida de caza que nos habíamos encontrado, y que la había llevado a su comunidad, fuera de esa rama. Pero no. Pronto comprendí que las mujeres yaquis no se consideran ni mayos, ni kahítas, ni ópatas ni ninguna otra cosa más que mujeres, la forma más baja de vida. Cuando entramos en Bakum, a Gónda Ke no la abrazaron como a una hermana largo tiempo perdida que regresaba por fin al seno de su pueblo. Todos los aldeanos, incluidos las mujeres y los niños, contemplaron su llegada con la misma frialdad glacial con que lo habían hecho los cazadores, y tan glacialmente como nos contemplaron a nosotros, hombres forasteros.

La misma primera noche, a Gónda Ke la pusieron a trabajar con las demás mujeres para preparar la comida de aquella noche: carne de tlecuachi grasosa, tartas de maíz, saltamontes asados, judías y unas raíces inidentificables. Luego las mujeres, incluida Gónda Ke, sirvieron la comida a los hombres y niños de la aldea. Cuando todos hubieron comido hasta saciarse, y antes de marearse a mascar peyotl, indicaron sin ceremonia alguna que Ualiztli, Machíhuiz, Acocotli y yo podíamos rebanar las sobras. Y hasta que nosotros cuatro no nos hubimos comido la mayor parte de lo que quedó, no se atrevieron las mujeres, incluida Gónda Ke, a acercarse y a picotear entre los huesos y las migajas.

Los hombres de cualquier raza yaqui, cuando no se estaban peleando con un primo o con otro, se pasaban el día cazando, excepto en la aldea de los kahítas llamada Beóene, en la costa del mar Occidental, donde más tarde vi a hombres pescar lánguidamente con sus lanzas de tres dientes y escarbar con pereza en busca de crustáceos. Aquí y allá las mujeres hacían todo el trabajo y vivían sólo de las sobras, incluyendo las pocas sobras de… no puedo decir «afecto»… las pocas sobras de tolerancia con las cuales podían quizá llegar a casa sus hombres después de un duro día en el campo.

Si un hombre volvía a casa de buen humor, a lo mejor saludase a su mujer con un gruñido al pasar en lugar de darle un sopapo. Si había tenido buena caza o una pelea resuelta con éxito y llegaba a casa en un estado mental verdaderamente bueno, incluso podía condescender y tirar a su mujer al suelo, levantarle la falda de algodón, levantarse él la falda de cabelleras y ocuparla en un acto de ahujínema menos que amoroso, sin importarle cuántos mirones pudieran estar presentes. Por eso, desde luego, era por lo que las poblaciones de las aldeas eran tan escasas; los acoplamientos se daban muy rara vez. Con mayor frecuencia los hombres llegaban a casa malhumorados, mascullando maldiciones, y apaleaban a sus mujeres tan cruentamente como les gustaría haber ensangrentado al ciervo, al oso o al enemigo

que se les había escapado.

—Por Irluitzli, ojalá pudiera yo tratar así a mi mujer —dijo Acocotli, porque, según nos confió, allá en Aztlán tenía una mujer de espíritu casi tan mezquino como Gónda Ke que lo increpaba y le daba la tabarra sin piedad—. ¡Por Huiztli que lo haré, de ahora en adelante, si alguna vez vuelvo a casa!

Nuestra Gónda Ke halló pocas oportunidades en Bakum de ejercer su espíritu mezquino. El que la hicieran trabajar como una esclava y la considerasen sin valor para otras cosas eran humillaciones que ella soportaba no con apatía como las demás mujeres, sino con una ira hosca y corrosiva, porque incluso las otras mujeres la miraban con aire de superioridad… porque ella no tenía hombre que le diera palizas. (Mis compañeros y yo nos negamos a complacerla en ese aspecto). Sé que a ella le hubiera gustado mucho exigir a su pueblo adulación temerosa y admiración, haciendo para ello alarde de sus viajes a tierras lejanas, de las ocurrencias malvadas y de los torbellinos que había ocasionado entre los hombres. Pero las mujeres despreciaban respetarla en lo más mínimo, y los hombres la miraban furibundos y la hacían callar siempre que trataba de hablarles. Quizá Gónda Ke hubiese pasado tanto tiempo lejos de su gente que se le había olvidado lo miserablemente insignificante que ella se encontraría en tan grosera e ignorante compañía, que la consideraban como algo inferior a un gusano. Los gusanos por lo menos pueden resultar molestos. Y ella ya no.

Nadie le pegaba, pero estaba sujeta a las órdenes de todos, incluso de las mujeres, porque éstas realizaban o asignaban los trabajos de la aldea. Quizá le tuvieran envidia a Gónda Ke por haber visto algo del mundo que quedaba fuera de la espantosa Bakum, o por haber dado órdenes a los hombres. O a lo mejor la despreciasen simplemente porque no era de aquella aldea. Sea cual fuere el motivo, se comportaban tan maliciosamente como sólo las mujeres que ejercen una autoridad insignificante y son estrechas de mente pueden hacerlo. Hacían trabajar a Gónda Ke sin descanso y se deleitaban en especial en darle los trabajos más sucios y duros. Y ver esto me alegraba el corazón.

La única herida que recibió fue pequeña. Mientras recogía leña para el fuego le picó una araña en el tobillo, y eso hizo que enfermara ligeramente. Yo habría creído imposible que una diminuta criatura venenosa pudiera hacer enfermar a otra que era mucho más grande y mucho más venenosa. De todos modos, como ninguna mujer podía rehuir su trabajo por sentirse indispuesta, excepto dar a luz o estar inexorablemente muriéndose, a Gónda Ke, que no dejó de rechinar los dientes y de protestar a causa de la mortificación, se la obligó a estirarse en el suelo para recibir las atenciones del tícitl de la aldea. Como había dicho Ualiztli, aquel viejo farsante no hizo otra cosa que ponerse una máscara destinada a ahuyentar a los malos espíritus, bramar un cántico tonto, dibujar unas imágenes sin sentido en el suelo con arena de

varios colores y agitar una carraca de madera llena de alubias secas. Luego declaró que Gónda Ke estaba curada y lista de nuevo para el trabajo. Y a trabajar la pusieron.

La única pequeña distinción que se le concedió a Gónda Ke en Bakum fue darle permiso, siempre que no estuviese ocupada en alguna otra faena, para sentarse a hacer de intérprete entre los cinco viejos yo otui y yo. Allí, por lo menos, podía hablar, y como yo nunca aprendí más que unas cuantas palabras de aquel idioma, estoy casi seguro de que debió de intentar convertirse en heroína al denunciarme como quimichi, como agitador de motivos dudosos o como cualquier cosa que hubiera sido motivo para que los ancianos ordenasen que a nosotros los forasteros se nos expulsase o se nos ejecutase. Pero hay una cosa que sí sé: no existe una palabra para «heroína» en el idioma yaqui, ni existe el concepto de esa clase de mujer en la mente yaqui. Si realmente Gónda Ke intentó esa táctica, estoy seguro de que los yoóotui oyeron sus aseveraciones nada más como monsergas femeninas de las que no había que hacer caso. Si ella de hecho insistió en que los aztecas fuéramos exterminados, y si los ancianos hicieron algún caso de ello, perversamente habrían hecho justo lo contrario. Así que quizá fuera gracias a otro de los intentos de perfidia de Gónda Ke que los yoóotui no sólo dejaron que me quedase y pronunciase mi mensaje, sino que además me escucharon con mucha atención.

Debería explicar cómo gobernaban aquellos yoóotui, si es que gobernar es la palabra, porque no había ningún sistema como el yaqui en el Unico Mundo. Cada uno de los ancianos era responsable de una yaóura, que significa «función», de las cinco yaóúram de su aldea: religión, guerra, trabajo, costumbres y danza. Necesariamente algunos de sus deberes se superponían, mientras que otros apenas se requerían alguna vez para algo. El anciano encargado del trabajo, por ejemplo, tenía poco que hacer salvo castigar a alguna hembra que se fingiera enferma, y una mujer así sencillamente no existía en la sociedad yaqui. El anciano a cargo de la guerra sólo tenía que dar su bendición siempre que los yoemósont om de su aldea decidían hacer una incursión en alguna otra aldea, o cuando los yoemósont om de las tres ramas yaquis se unían para llevar a cabo sus incursiones casi rituales contra el Pueblo del Desierto.

Los otros tres ancianos más o menos gobernaban conjuntamente: el Custodio de la Religión, el Custodio de las Costumbres y el Director de Danzas. La religión yaqui bien podía considerarse una ausencia absoluta de religión, porque sólo rendían culto a sus antepasados; y, desde luego, cuando cualquiera de ellos muere se convierte, en ese mismo momento, en antepasado. Como el aniversario de la muerte de cualquier antepasado es motivo para llevar a cabo ceremonias en su honor, apenas si pasa una noche en las tierras yaquis sin una ceremonia más o menos grande, dependiendo de la importancia que esa persona hubiera tenido en vida. Los únicos «dioses» reconocidos por los yaquis son sus antepasados más antiguos, de los que no se puede decir que sean dioses auténticos, sino más bien parecidos a la Dualidad Señor y Señora que

nosotros los aztecas siempre hemos creído que eran los progenitores de nuestra raza. Nosotros no veneramos activamente a los nuestros, pero los yaquis llaman a los suyos El Viejo y Nuestra Madre y si que los veneran del modo más profundo.

Además, los yaquis creen que los muertos que han hecho méritos en vida van a otra vida después de la muerte donde son eternamente felices, como nuestro Tonatiucan o Tlálocan, o el cielo de los cristianos. Ellos llaman a esa vida La Tierra de Debajo del Amanecer, e insisten tontamente en que no está demasiado lejos, sino bastante cerca, justo al este de la cima mellada de una montaña llamada Takalaóim, que se asienta precisamente en el centro de las tierras de los yaquis. A dónde puedan ir los muertos que no han hecho méritos, los yaquis no lo saben y no parece importarles, porque no son capaces de concebir un lugar parecido a nuestro Mictían o al infierno de los cristianos.

Si que creen, sin embargo, que ellos, los vivos, deben estar constantemente en guardia contra toda una hueste de pequeños dioses malignos e invisibles, unos espíritus llamados chapayekam. Esos son unos seres pestilentes, responsables de las enfermedades, los accidentes, las sequías, las inundaciones, las derrotas en los combates y de todas las demás desdichas que acosan a la raza yaqui. Así, mientras el Custodio de la Religión se ocupa de que su pueblo honre como es debido a sus antepasados, a todo el linaje hasta El Viejo y Nuestra Madre, el Custodio de las Costumbres se encarga de espantar a los chapayekam. Es él quien talla y colorea las máscaras destinadas a ahuyentarlos, y está continuamente tratando de idear rostros aún más espantosos.

En consecuencia, el Director de Danzas es el que se encuentra más atareado de los cinco yoóotuí, porque las danzas comunales se consideran esenciales para los asuntos de los otros cuatro. El trabajo de la aldea no se hará como es debido, las batallas no se ganarán, no se honrar suficientemente a los antepasados y no se alejará de forma adecuada a los espíritus malignos a menos que las danzas se realicen… y se realicen exactamente como es debido. El Director en sí es demasiado viejo para danzar, y encontré bastante cómico que todos los demás hombres, que dedicaban sus días a propósitos rudos y sangrientos, pasasen sus noches bailando solemne, formal e incluso delicadamente alrededor de las hogueras de celebración. (No es necesario comentar que las mujeres nunca participaban en estas danzas).

El Director dispensaba a los bailarines el suficiente peyotl a fin de darles energía para que no se cansasen, aunque no el suficiente como para emborracharlos o ponerlos frenéticos de modo que fallasen los pasos precisos y las figuras que se habían establecido a través de las eras desde los Tiempos Antiguos. El Director revoloteaba por allí cerca para mantener su mirada de halcón sobre los bailarines y para arrancar de entre ellos a cualquier hombre que equivocase el paso o tuviera la indecencia de introducir uno nuevo. Bailaban al son de lo que ellos llamaban música,

algo que hacían los hombres que eran demasiado viejos o estaban lisiados y no podían bailar. Pero como carecían de la variedad de instrumentos inventados por gente más civilizada, lo que hacían era, al menos para mis oídos, puro ruido. Soplaban en silbatos de caña, en calabazas llenas de agua, rascaban tallos de caña con muescas, agitaban carracas de madera y aporreaban tambores de doble cabeza. (Aunque no había escasez de pellejos de animal, aquellas cabezas de tambor estaban hechas de piel humana). Y los propios bailarines contribuían al ruido, pues llevaban en los tobillos pulseras hechas de capullos cuyos insectos, muertos en el interior, traqueteaban a cada paso.

Para las danzas en honor de El Viejo y Nuestra Madre, o de antepasados más recientemente desaparecidos, los hombres se ponían tocados parecidos a abanicos, pero que estaban formados bien con tiras rígidas de cañas, bien con juncos revoloteantes en lugar de plumas. Para las danzas destinadas a alejar a los malvados chapayekam, cada hombre se ponía una de esas espantosas máscaras talladas y emborronadas con colores y de las que no había ni siquiera dos iguales. En las danzas que se hacían para celebrar una victoria en la batalla, o para anticipar una, los hombres se ponían pieles de coyotin con las cabezas dentudas de los animales muertos encima de sus propias cabezas.

Luego había una danza que llevaba a cabo un hombre solo, que era el mejor bailarín de la aldea. Aquélla era una actuación hecha para atraer la caza en temporadas en las que una sequía o una enfermedad habían disminuido la población local de animales salvajes. Verdaderamente era una danza grácil y excitante, y tanto más agradable cuanto que se hacía sin acompañamiento de «música». El hombre llevaba en lo alto de la cabeza, sujeta con correas, la cabeza de un ciervo macho, la más hermosa que se pudiera conseguir, con una cornamenta impresionante, y por lo demás iba desnudo del todo excepto los brazaletes y tobilleras de capullos, y sostenía en cada mano una carraca de madera complicadamente tallada. Estos objetos proporcionaban el único acompañamiento sonoro mientras el hombre unas veces botaba como un macho espantado y otras hacía cabriolas como un cervatillo alegre; arrastraba los pies, doblado y cauteloso, y daba sacudidas con la cabeza como un cazador al acecho. A veces podía darse que tuviera que realizar aquella danza muchas noches seguidas, hasta acabar agotado, antes de que llegase algún explorador e informase de que la caza realmente había regresado a sus hábitats acostumbrados.

El Director de Danzas me confió, a través de Gónda Ke, que la danza para atraer la caza era más eficaz en el logro de su propósito cuando el bailarín danzaba alrededor de una «cierva hembra» ofrecida en sacrificio. Y se refería a una hembra humana, fuertemente atada dentro de una piel de cierva. Después de haberse celebrado la danza a su alrededor durante el tiempo que marcaba el ritual, se le daba muerte, tal como se haría con una cierva de verdad, se la descuartizaba y se la comían

los hombres en medio de muchas manifestaciones de agrado, para que la caza salvaje apreciara lo agradecidos que estaban. Por desgracia, dijo el Director, los mayos varones no habían secuestrado a ninguna mujer en sus incursiones por las aldeas extranjeras, así que esa parte de la ceremonia no podían mostrármela para que yo la admirase. Desde luego en la aldea había mujeres más que de sobra de las que se podía prescindir, concedió, pero su carne era demasiado dura, rancia y fibrosa para comérsela y relamerse luego. Gónda Ke logró incluso poner cara de ofendida y malhumorada cuando vio que la desairaron también en aquel aspecto.

A mí no me importaba que los hombres yaquis se pasasen media vida bailando por motivos que yo consideraba absurdos. Lo que importaba era que la otra mitad de la vida la dedicaban al salvajismo puro, y eso era precisamente lo que yo necesitaba de ellos. Cuando Gónda Ke tradujo mis palabras a los cinco yoóotuí, me sorprendieron de manera agradable al mostrarse más receptivos a mi mensaje de lo que se habían mostrado la mayoría de los jefes rarámuris.

—Hombres blancos… —murmuró uno de los ancianos—. Si, hemos oído hablar de hombres blancos. Nuestros primos, los toóono oóotam, afirmaron haber visto a algunos de ellos vagando por su territorio. Incluso mencionaron a un hombre negro.

—¿A dónde está llegando el mundo? —gruñó otro—. Los hombres deberían ser todos del mismo color. De nuestro color.

—¿Cómo podemos saber si el degenerado Pueblo del Desierto decía la verdad? —advirtió otro—. Si hubieran sido yaquis, vamos, les habrían arrancado las cabelleras para probar la existencia de tales seres.

—Nunca hemos visto cabelleras de los malvados chapayekam —le recordó otro—, pero sabemos que existen. Y ellos no tienen ningún color.

Y el quinto anciano, aquel que estaba a cargo de la guerra, añadió:

—Yo creo que, para variar, a nuestros yoemósontaom les haría bien luchar contra alguien que no sean sus propios parientes. Voto para que se los prestemos a este forastero.

—Estoy de acuerdo —convino el anciano que estaba a cargo del trabajo de la aldea—. Y de todos modos, si este forastero dice la verdad sobre la rapacidad de los hombres blancos, puede que algún día no tengamos parientes con los que pelear.

—De acuerdo —intervino el Director de Danzas—. Conservemos aquí sólo al Bailarín Ciervo y a algunos bailarines más para satisfacer a El Viejo y a Nuestra Madre.

—Y para repeler a los chapayekam —dijo el Custodio de las Costumbres.

—Y seguro que los demás hombres de nuestro color —afirmó el anciano que gobernaba la religión— desearán tomar parte también en la aniquilación de aquellos que son de otro color distinto. Voto para que invitemos a participar a nuestros primos los ópatas y los kahítas.

El anciano de la guerra habló de nuevo:

—¿Y por qué no también a nuestros primos los toóono Cotam? Esta sería la alianza de parientes más grande de la historia. Sí, eso es lo que haremos.

Y así quedó acordado. Bakum enviaría a un guerrero «que portase el bastón de tregua» a difundir mi mensaje al resto de las Ocho Ciudades Sagradas, y un segundo mensajero al lejano Pueblo del Desierto. Prometí dos cosas a cambio de tan generosa cooperación: asignaría a uno de mis guerreros para que guiase a los yaquis hacia el sur, hasta nuestro lugar de reunión en Chicomóztotl, y a otro para que esperase allí, en Bakum, a fin de guiar a los guerreros del Pueblo del Desierto cuando llegasen. Además, cuando todos aquellos yoemósontom llegasen a Chicomóztotl, yo los equiparía con armas de obsidiana muy superiores a las suyas, hechas de sílex. Los ancianos aceptaron el ofrecimiento que les hice de proporcionarles guías, pero rechazaron con gran indignación que les ofreciera armas. Lo que había sido bastante bueno para El Viejo y para sus demás antepasados desde los tiempos de aquél, tenía que ser lo bastante bueno para la guerra moderna, dijeron, y yo, prudentemente, no quise discutir el asunto.

Cuando llegamos al acuerdo me alegré de ello, pues de allí en adelante me vi privado del único medio que tenía para comunicarme con los yaquis. Gónda Ke afirmó sentirse cada vez más enferma, hasta el punto de verse incapaz de hacer ni siquiera el esfuerzo de interpretar. Sí que parecía enferma, la tez se le había desvaído hasta casi adquirir la palidez de una mujer blanca, de manera que las pecas eran su rasgo más visible. Cuando incluso el anciano a cargo del trabajo y las mujeres que tan duramente la habían hecho trabajar le asignaron una cabaña abovedada para ella sola en la que pudiera tumbarse y descansar, dio la impresión de que hubieran decidido, puesto que Gónda Ke no estaba a punto de dar a luz, que tenía que estar a punto de morir. Pero yo, que conocía a Gónda Ke, aparté esa idea. Estaba seguro de que su postración no era más que otro de sus ardides, sin duda su manera de expresar la vejación que sentía por el hecho de que yo hubiese sido aceptado con más cordialidad por su propia gente de lo que lo había sido ella.

24

Mientras esperábamos a que se congregasen los hombres de las otras ramas yaquis, Machihuiz, Acocotli y yo ocupamos nuestro tiempo en hacer una especie de entrenamiento de los guerreros mayos de Bakum. Es decir, hacíamos como que luchábamos contra ellos con nuestras espadas y jabalinas de hoja y punta de obsidiana respectivamente para que aprendieran a detener aquellos ataques con sus armas primitivas. No es que yo esperase que los yaquis luchasen alguna vez contra los hombres de mi propio ejército, pero estaba bastante seguro de que, cuando mi ejército entablase combate de lleno con los españoles, ellos sí añadirían a sus filas muchos de sus aliados nativos, como por ejemplo los texcaltecas, que habían ayudado a los hombres blancos en su derrota de Tenochtitlan mucho tiempo atrás. Y esos aliados no llevarían arcabuces, sino maquáhuime de hoja de obsidiana, lanzas, jabalinas y flechas.

Entrenar a aquellos yoemósont om sin alguien que tradujera mis órdenes, instrucciones y consejos fue un proceso mas bien lento y dificultoso. Pero los guerreros de todas las razas y de todas las naciones, probablemente incluso los blancos, tienen en común un entendimiento instintivo de los movimientos y gestos de los demás guerreros. Así que los mayos no tuvieron demasiados problemas para aprender nuestras artes aztecas de acometidas, tajos, fintas y marcha atrás. En realidad, aprendieron tan bien que mis dos compañeros y yo con frecuencia recibíamos magulladuras causadas por las porras de guerra de madera dura que llevaban, y pinchazos o arañazos de sus lanzas de sílex de tres dientes. Bueno, por supuesto nosotros tres dimos tanto como recibimos, así que yo mantenía al ticitl Ualiztli siempre de servicio en nuestras sesiones de entrenamiento para aplicar sus artes siempre que fueran necesarias. Y no dediqué pensamiento alguno a la ausente Gónda Ke hasta que un día una mujer de Bakum se me acercó y me tiró del brazo tímidamente.

Me condujo, y Ualiztli nos acompañó, a la pequeña cabaña que le habían prestado a Gónda Ke. Yo entré primero, pero lo que vi me hizo volver a salir al instante y hacerle señas al tícitl para que entrase en mi lugar. Estaba claro que Gónda Ke no había estado fingiendo; parecía encontrarse tan cerca de la muerte como los aldeanos habían supuesto anteriormente.

Yacía estirada desnuda sobre un jergón de juncos y sudaba copiosamente. Y de algún modo se había puesto muy gorda, no sólo en los lugares donde suelen engordar las mujeres bien alimentadas, sino por todas partes: nariz, labios, dedos de las manos y de los pies. Hasta los párpados le habían engordado tanto que prácticamente la obligaban a tener los ojos cerrados. Como me había dicho ella misma en una ocasión, Gónda Ke tenía pecas por todo el cuerpo, y ahora, con el cuerpo tan abotargado como

lo tenía, sus incontables pecas eran tan grandes y evidentes que parecía como si le hubiera salido piel de jaguar. Al echar aquella breve y única mirada me había fijado en que el ticitl mayo estaba agachado a su lado. Yo no había visto nunca la cara de aquel hombre, pero incluso el rostro terrible que representaba la máscara que llevaba puesta parecía tener ahora una expresión perpleja e impotente, y agitaba la carraca curativa de madera con apatía y sin ni siquiera un asomo de convencimiento.

Ualiztli salió de la cabaña, también con aire perplejo, y le pregunté:

—¿Qué habrán podido darle de comer para que se haya puesto tan espantosamente gorda? En esta tierra yaqui nunca he visto una mujer que no estuviera mal alimentada.

—No se ha puesto gorda, Tenamaxtzin —me respondió—. Está hinchada de fluidos pútridos.

—¿Una simple picadura de araña ha podido hacer eso? —le pregunté extrañado.

Ualiztli me miró de soslayo.

—Ella dice que fuiste tú, mi señor, quien le mordió.

—¿Qué?

—Está sufriendo de una manera atroz. Y por mucho que todos hayamos odiado a esta mujer, estoy seguro de que desearías ser un poco misericordioso con ella. Si haces el favor de decirme qué veneno te aplicaste en los dientes, quizá pueda procurarle una muerte más suave.

—¡Por todos los dioses! —exclamé furioso—. Sé desde hace mucho tiempo que Gónda Ke tiene demencia criminal, pero… ¿es que acaso tú también la tienes?

Se apartó de mi acobardado, y tartamudeó:

—T-tiene una espantosa herida abierta y supurante en el tobillo…

—Te lo confieso, a menudo he pensado cómo podría matar de forma ingeniosa a Gónda Ke cuando ya no me fuera útil —le indiqué apretando los dientes—. Pero… ¿mordería para matarla? En tus fantasías más descabelladas, hombre, ¿crees que yo pondría mi boca sobre ese reptil? ¡Si alguna vez lo hiciera, sería yo quien se envenenaría, sufriría, supuraría y moriría! Fue una araña lo que le mordió. Mientras recogía leña. Pregúntale a cualquiera de esos que la atendieron primero.

Hice ademán de alcanzar a la mujer mayo que había ido a buscarnos, que nos miraba con los ojos desencajados a causa del susto. Pero desistí al comprender que no podía entendernos ni contestar a pregunta alguna. Me limité a agitar los brazos lleno de una repugnancia inútil mientras Ualiztli decía con ánimo de aplacarme:

—Sí, sí, Tenamaxtzin. Una araña. Te creo. Debería haber comprendido que esa mujer mentiría siempre, incluso en el lecho de muerte.

Respiré varias veces para calmarme y luego dije:

—Sin duda tiene la esperanza de que la acusación llegue a oídos de los yoóotui. Por poco que consideren a las mujeres, ésta es una mayo. Si hacen caso de su perjurio

podrían negarme, en venganza, el apoyo que me han prometido. Deja que se muera.

—Y, además, lo mejor será que se muera de prisa —dijo Ualiztli.

Y entró de nuevo en la cabaña.

Reprimí la repulsión y lo seguí al interior, aunque sólo fue para sentirme más repelido al verla y, ahora lo noté, al percibir el hedor a carne corrompida que emanaba.

Ualiztli se arrodilló al lado del jergón y le preguntó:

—La araña que te picó en el tobillo… ¿era una de esas enormes y peludas?

Gónda Ke movió de un lado a otro la cabeza gorda y moteada, me señaló con un gordo dedo y graznó:

—Fue él.

Hasta la máscara de madera del ticitl mayo se meneó con escepticismo al oír aquello.

—Entonces dime dónde te duele —quiso saber Ualiztli.

—Toda Gónda Ke —murmuró la mujer.

—¿Y dónde es donde más te duele?

—En el vientre —volvió a murmurar.

Y justo entonces debió de darle allí un espasmo de dolor. Hizo una mueca, lanzó un grito, se dio bruscamente la vuelta hasta ponerse de lado, se dobló sobre sí misma… por lo menos todo lo que pudo, y el estómago distendido le formó unos rollos gruesos.

Ualiztli esperó a que pasara el espasmo y luego le preguntó:

—¿Te duelen las plantas de los pies?

Gónda Ke no se había recuperado lo suficiente como para hablar, pero movió la bulbosa cabeza con mucho énfasis en señal de asentimiento.

—Ah —exclamó Ualiztli con satisfacción; y a continuación se levantó.

—¿Eso te dice algo? ¿Lo de las plantas de los pies? —quise saber, maravillado.

—Ese dolor es el síntoma que sirve para diagnosticar la mordedura de una araña concreta. Rara vez encontramos a ese animal en nuestras tierras del sur. Nos es más familiar la grande y peluda, que parece más espantosa de lo que es en realidad. Pero en los climas del norte se encuentra una araña verdaderamente letal que no es grande y no parece muy peligrosa. Es negra, con una mancha roja en la parte inferior.

—La amplitud de tus conocimientos me asombra, Ualiztli —le comenté.

—Uno intenta mantenerse bien informado en su profesión intercambiando retazos de sabiduría con otros tíciltin —repuso con modestia—. Me han dicho que el veneno de esa araña negra del norte realmente derrite la carne de su presa para comérsela con más facilidad. De ahí esa espantosa herida abierta en la pierna de la mujer. Pero en este caso el proceso se ha extendido ya por el interior de todo el cuerpo. Está literalmente licuándose por dentro. Es curioso. Nunca me habría esperado una

putrefacción tan extensa excepto en un niño pequeño o en una persona que fuera ya vieja y enfermiza.

—¿Y qué harás al respecto?

—Acelerar el proceso —murmuró Ualiztli en un susurro para que sólo yo pudiera oírlo.

Los ojos de Gónda Ke, entre aquellos abultados párpados, también preguntaban con ansiedad: «¿Qué vais a hacer por mi?». De manera que Ualiztli dijo en voz alta:

—Te traeré unos medicamentos especiales.

Y salió de la cabaña.

Me quedé de pie contemplando a la mujer, pero sin compadecerla. Gónda Ke había recobrado suficiente aliento para hablar, pero sus palabras resultaban desarticuladas, su voz era sólo graznidos y carraspeos.

—Gónda Ke no debe… morir aquí.

—Aquí está tan bien como en cualquier parte —dije yo con Maldad—. Al parecer tu tonali te ha traído al final de tus caminos y de tus días justo aquí. Los dioses son mucho más ingeniosos de lo que podría serlo yo al idear deshacerse como le corresponde de alguien que siempre ha vivido en medio de la maldad y que además ya ha vivido demasiado tiempo.

La mujer volvió a decir, pero esta vez haciendo énfasis en una palabra:

—Gónda Ke no debe… morir… aquí. Entre estos patanes.

Me encogí de hombros.

—Estos patanes son tu propia gente. Esta es tu tierra. Fue una araña nativa de esta tierra la que te envenenó. Me parece apropiado que hayas sido abatida no por una mano humana enojada, sino por una de las criaturas más diminutas que habitan la tierra.

—Gónda Ke no debe… morir aquí —volvió a repetir, aunque parecía que se dirigía a sí misma más que a mí—. A Gónda Ke no se la… recordar aquí. Y Gónda Ke estaba destinada a que la recordasen. Gónda Ke estaba destinada a ser… a formar parte de… la realeza… en algún lugar. Y a llevar el —tzin al final de su nombre…

—Te equivocas. Olvidas que he conocido a mujeres que verdaderamente merecían el —tzin. Pero tú, hasta el mismísimo fin, te has afanado en dejar tu marca en el mundo a base únicamente de hacer daño. Y a pesar de tus ideas de grandeza acerca de la importancia que crees merecer no obstante tus mentiras, duplicidades e iniquidades, estás destinada por tu tonali a no ser nada más que lo que fuiste y lo que eres ahora: tan venenosa como la araña y, por dentro, igual de pequeña. Ualiztli regresó entonces y se arrodilló para rociarle a Gónda Ke en la herida abierta de la pierna simple picíetl.

—Esto te mitigará el dolor local, mi señora. Y toma, bébete esto otro. —Acercó un cucharón de calabaza a los protuberantes labios de la mujer—. Hará que dejes de

sentir los demás dolores internos.

Cuando volvió a incorporarse para ponerse de pie junto a mí, yo gruñí:

—No te he dado permiso para aliviarle el sufrimiento. Bastante les ha infligido ella a otras personas.

—No te he pedido permiso, Tenamaxtzin, y no te pediré perdón por ello. Soy tícitl. Mi fidelidad a mi vocación tiene prioridad incluso sobre mi lealtad a ti. Ningún tícitl puede impedir la muerte, pero sí puede negarse a prolongarla. La mujer se dormirá y, dormida, morirá.

Así que contuve mi lengua, y nos quedamos contemplando cómo se cerraban los párpados hinchados de Gónda Ke. Lo que sucedió a continuación sé que le sorprendió a Ualiztli tanto como a mí y al otro tícitl.

Del agujero de la pierna de Gónda Ke empezó a salir un reguero de líquido, que no era sangre, tan transparente y fluido como el agua. Luego salieron otros fluidos más viscosos pero aún incoloros, y tan malolientes como la herida. El reguero se convirtió en un pequeño torrente cada vez más fétido, y la misma sustancia nociva empezó a manarle también de la boca, de las orejas y de los orificios que hay entre las piernas.

La hinchazón del cuerpo empezó a disminuir de forma lenta pero visible; y al ceder la piel tan tensamente estirada, también se redujeron las manchas de jaguar hasta convertirse en una profusión de pecas corrientes. Luego incluso éstas empezaron a desaparecer a medida que la piel se aflojaba y formaba surcos, pliegues y arrugas. El flujo de líquidos aumentó hasta convertirse en un borbotón; parte de él empapó el suelo de tierra, y otra parte se quedó allí en forma de baba espesa de la cual nos apartamos con gran cautela los tres observadores.

El rostro de Gónda Ke se fue transformando hasta convertirse sólo en una piel arrugada sin facciones que le envolvía la calavera, y luego todo el pelo se le fue desprendiendo a mechones. El fluido de líquidos se redujo a un rezumar, y por fin toda aquella bolsa de piel que había sido una mujer quedó vacía. Cuando la bolsa empezó a abrirse, a rasgarse, a deslizarse hacia abajo y a disolverse en la baba del suelo, el tícitl enmascarado lanzó un aullido de puro horror y salió disparado de la cabaña.

Ualiztli y yo continuamos contemplando aquello hasta que no hubo nada que ver más que el esqueleto de Gónda Ke en medio de una viscosidad reluciente y de color gris blanquecino, algunos mechones de cabello y las uñas de los dedos de los pies y de las manos dispersas por todas partes. Luego nos miramos fijamente el uno al otro.

—Esta mujer quería que se la recordase —dije esforzándome por mantener la voz firme—. Y ciertamente que ese mayo de la máscara la recordar mientras viva. En nombre de Huitzli, ¿qué era esa poción que le diste a beber?

Con una voz casi tan temblorosa como la mía, Ualiztli me respondió:

—Eso no ha sido obra mía. Y tampoco de la araña. Es una cosa todavía más prodigiosa que lo que le pasó a aquella muchacha, Pakápeti. Me atrevo a decir que ningún otro ticitl ha visto nunca nada parecido.

Pisando con mucha cautela entre el charco apestoso y resbaladizo, se acercó y se inclinó para tocar una costilla del esqueleto. Al instante la costilla se soltó del lugar donde estaba sujeta. La recogió con mucho cuidado y se puso a examinarla; luego se acercó a mí para enseñármela.

—Pero algo parecido a esto yo sí que lo he visto antes —dijo—. Mira. —Sin ningún esfuerzo la rompió entre los dedos—. Cuando los guerreros y los obreros mexicas vinieron de Tenochtitlan con tu tío Mixtzin, quizá lo recuerdes, drenaron y secaron los pantanos más desagradables de alrededor de Aztlán. Y al hacerlo desenterraron fragmentos de numerosos esqueletos… tanto humanos como de animales. Llamaron al tícitl más sabio de Aztlán. Examinó los huesos y declaró que eran viejos, increíblemente viejos, de haces y haces de años de edad. Supuso que eran restos de personas y animales que habían sido absorbidos por arenas movedizas que, en alguna época remota, habían existido en aquel lugar. Yo conocí a aquel ticitl antes de que muriera y todavía tenía algunos de aquellos huesos. Eran tan quebradizos y frágiles como esta costilla. —Los dos nos volvimos para mirar otra vez el esqueleto de Gónda Ke, que ahora se estaba haciendo pedazos silenciosamente mientras yacía allí. Ualiztli, con voz de respetuoso pavor, añadió—: Ni la araña ni yo le hemos dado muerte a esa mujer. Llevaba muerta, Tenamaxtzin, haces y haces de años antes de que tú o yo naciéramos.

Cuando salimos de la cabaña vimos a aquel tícitl mayo que recorría la aldea como una centella hablando atropelladamente y a voz en grito. Con aquella inmensa máscara supuestamente majestuosa tenía un aspecto muy tonto, y los otros mayos lo contemplaban con incredulidad. Se me ocurrió que, si toda la aldea se alborotaba por la poco corriente manera en que Gónda Ke se había disuelto, quizá los ancianos tuvieran motivo para sospechar de mí. Decidí borrar todas las pruebas de la muerte de aquella mujer. Que fuera aún más misteriosa, de manera que el fantástico relato del ticitl resultase imposible de probar. Le dije a Ualiztli:

—Me has dicho que llevas algo combustible en ese saco. —Él asintió y sacó una bolsa de cuero llena de líquido—. Salpica toda la cabaña por encima.

Luego, en lugar de ir a coger una tea de la hoguera donde se cocinaba, hoguera que permanecía siempre encendida en el centro de la aldea, empleé subrepticiamente mi cristal de quemar, y al cabo de unos momentos la cabaña de cañas y juncos ardía en llamas. Todos miraron con asombro aquello, y Ualiztli y yo fingimos hacer lo mismo, mientras la cabaña y su contenido ardían hasta quedar reducidos a cenizas.

Quizá yo arruinase para siempre la reputación de veracidad del tícitl local, pero los ancianos nunca me llamaron para exigirme una explicación de aquellos extraños

hechos. Y durante los días siguientes los guerreros de otras aldeas acudieron en desorden procedentes de diversas direcciones, bien armados y al parecer ansiosos por empezar la guerra. Cuando me informaron, mediante gestos, de que habían reunido a todos los hombres disponibles, los envié al sur con Machihuiz, y Acocotli partió hacia el norte con otro yaqui para correr la voz entre el Pueblo del Desierto.

Yo ya había decidido que Ualiztli y yo no haríamos el arduo viaje entre las montañas que había hacia Chicomóztotl, sino que tomaríamos un rumbo más fácil y más rápido. Abandonamos Bakum y nos dirigimos al oeste siguiendo el río; atravesamos las aldeas de Torim, Vikam, Potam y algunas más, nombres que, al estilo poco imaginativo de los yaquis, significan «lugares de», respectivamente, ratas de la madera, puntas de flecha, ardillas de tierra, hasta que llegamos a la aldea costera de Beóene, que significa «lugar en declive». Bajo otras circunstancias habría sido suicida que dos extranjeros intentasen un viaje como aquél, pero por supuesto todos los yaquis ya habían sido informados de quiénes éramos, qué estábamos haciendo en aquellas tierras, y también de que nos avalaban los yoóotuí de Bakum.

Como he dicho, los hombres kahítas de Beóene pescaban algo en las costas del mar Occidental. Como la mayoría de los hombres se habían ausentado para alistarse en mi guerra, y sólo habían dejado a los pescadores suficientes para que la aldea pudiera alimentarse, había muchas de sus acaltin en condiciones de navegar que no se utilizaban. Conseguí, mediante gestos, «tomar prestada» una de aquellas canoas hechas con troncos ahuecados y dos remos para la misma. (No esperaba devolver aquellas cosas nunca, y no lo hice). Ualiztli y yo aprovisionamos nuestra embarcación con abundantes víveres de atoli, carnes y pescado secos, bolsas de cuero de agua dulce, incluso una de aquellas lanzas de caña de triple diente de los pescadores para poder procurarnos pescado fresco durante nuestra travesía, y un recipiente de barro marrón lleno de carbón vegetal para cocinar los peces.

Tenía intención de ir remando hasta Aztlán, que se encontraba, según calculé, a bastante más de doscientas carreras largas de distancia, si es que puede hablarse de «carreras» en el agua. Estaba ansioso por ver cómo le iban las cosas a Améyatl, y Ualiztli estaba también ansioso por contarles a sus colegas tíciltin las dos muertes médicamente prodigiosas que había presenciado durante el tiempo en que estuvo en mi compañía. Desde Aztlán iríamos tierra adentro para volver a reunirnos con el caballero Nocheztli y nuestro ejército en Chicomóztotl, y yo confiaba en que llegaríamos allí aproximadamente al mismo tiempo que lo hicieran los guerreros yaquis y los toóonos oóotam.

Yo no estaba familiarizado con el mar Occidental tan al norte, donde bordea las tierras yaquis, excepto que sabía, pues me lo había dicho Alonso de Molina, que los españoles lo llamaban mar de Cortés, porque el marqués del Valle lo había «descubierto» durante sus inútiles andanzas por el Unico Mundo después de haber

sido depuesto del gobierno de Nueva España. Cómo podía alguien afirmar presuntuosamente descubrir algo que había existido desde el comienzo de los tiempos, es algo que no sé. Sea como fuere, los pescadores beóene me informaron, con gestos inconfundibles, de que ellos sólo pescaban muy cerca de la orilla y que más allá el mar era muy peligroso, pues la marea formaba fuertes e impredecibles corrientes y soplaban vientos caprichosos. Esta información no me preocupó demasiado, pues tenía intención de no apartarme de la línea de la costa en todo el trayecto.

Y durante muchos días y noches, eso es lo que hicimos Ualiztli y yo, remando al unísono o turnándonos para dormir mientras el otro remaba. El tiempo permaneció clemente y el mar en calma, y la travesía durante aquellos numerosos días resultó más que placentera. Con frecuencia arponeábamos peces, algunos de ellos desconocidos para nosotros, pero que eran deliciosos cuando los asábamos sobre el carbón vegetal que yo encendía con la lente. Vimos también otros peces, de esos gigantescos que llaman yeyemichtin, los cuales, aun en el supuesto de que hubiéramos logrado arponear alguno, no habríamos podido cocinar encima de ningún recipiente que fuera de tamaño inferior al cráter del Popocatépetí. Y algunas veces anudábamos nuestros mantos de tal manera que se podían arrastrar por el agua detrás de nosotros para capturar gambas y cigalas. Y estaban los peces voladores, que en modo alguno había que capturar, porque casi día sí y día no uno de ellos saltaba al interior de nuestra acali. Y había tortugas, grandes y pequeñas, pero, desde luego, con el caparazón demasiado duro para arponearlas. De vez en cuando, cuando no veíamos a nadie en la orilla a quien tuviéramos que dar explicaciones de nuestra presencia, hacíamos escala justo el tiempo suficiente para recoger las frutas, frutos secos y verduras de temporada que hubiera y para rellenar nuestras bolsas de agua. Y durante una larga temporada vivimos muy bien y disfrutamos inmensamente.

Hasta el día de hoy casi desearía que el viaje por mar hubiera continuado así. Pero, como he comentado, Ualiztli no era joven, y no voy a culpar al buen anciano de lo que sucedió y que interfirió en nuestro sereno avance hacia el sur. Desperté de uno de mis turnos de sueño, a mitad de la noche, con la sensación de que me había quedado dormido más del tiempo que me tocaba; me pregunté por qué Ualiztli no me habría despertado para empezar mi turno a los remos. La luna y las estrellas estaban ocultas por una espesa capa de nubes, la noche era tan negra que yo no veía absolutamente nada. Cuando le hablé a Ualiztli, le grité después, y él no me respondió, tuve que avanzar a tientas por la acali para comprobar que el médico y el remo habían desaparecido.

Nunca sabré qué fue de él. Quizá alguna monstruosa criatura marina surgiera de las aguas nocturnas para arrancarlo del lugar donde estaba sentado, y lo hiciera de una forma tan silenciosa que no me desperté. O a lo mejor sufriera alguno de esos

ataques que no son raros en los hombres de edad, porque incluso los ticiltin mueren; y, debatiéndose presa de aquel ataque, cayera sin darse cuenta por la borda de la acali. Pero es más probable que Ualiztli simplemente se durmiera y cayese de la embarcación con el remo en la mano, y comenzase a tragar agua antes incluso de poder gritar para pedir ayuda, y así se ahogase; cuánto tiempo hacía y a qué distancia, no tenía yo ni idea.

No había nada que pudiera hacer sino esperar sentado las primeras luces del día. Ni siquiera podía usar el remo que quedaba, porque no sabía cuánto tiempo había ido la acali a la deriva ni en qué dirección estaba la tierra. Normalmente, de noche el viento soplaba hacia la orilla, y hasta entonces habíamos mantenido el rumbo en la oscuridad teniendo ese viento siempre en la mejilla derecha del que remaba. Pero el dios del viento Ehécatl parecía haber elegido aquella noche, que era la peor de todas, para ser caprichoso; la brisa era muy ligera y me daba en el rostro primero de un lado y luego del otro. Con un aire que se movía con tanta suavidad, yo habría tenido que poder oír las olas del mar, pero no oía nada. Y la canoa se balanceaba más de lo habitual, probablemente eso era lo que me había despertado, así que temí que la embarcación me hubiese transportado a cierta distancia lejos de la sólida y segura costa.

El primer destello del día me mostró que eso era lo que había ocurrido, y había ocurrido hasta un punto realmente inquietante. La tierra no se veía por ninguna parte. Aquella primera luz por lo menos me permitió saber dónde quedaba el este, de manera que cogí el remo y me puse a remar con furia, frenéticamente, en aquella dirección. Pero no podía mantener un rumbo firme; una de aquellas corrientes de la marea de las que habían hablado los pescadores me había atrapado. Incluso cuando conseguí fijar la proa de la acali apuntando hacia el este en dirección a tierra, aquella corriente me movía hacia un lado. Traté de consolarme por el hecho de que me arrastraba hacia el sur, no otra vez de vuelta hacia el norte o, cosa que resultaba horrible pensar, hacia el oeste, más hacia mar adentro, de donde nadie nunca había conseguido regresar.

Remé todo aquel día, luché con todas mis fuerzas para seguir avanzando hacia el este, y lo mismo hice el día siguiente, y el siguiente, hasta que perdí la cuenta de los días. Sólo me detenía para tomar un trago de agua y un bocado de comida de vez en cuando, y dejaba de remar por períodos de tiempo más largos cuando estaba absolutamente fatigado, agarrotado por los calambres o desesperado de sueño. Sin embargo, por muy a menudo que me despertase y reanudase la tarea de remar, no aparecía tierra alguna al este en el horizonte… y nunca apareció. Al final mi provisión de alimentos y de agua se agotó. Había sido poco previsor. Tenía que haber arponeado antes algún pescado que hubiera podido comer, aunque fuera crudo, y del cual hubiera podido exprimir jugos potables. Para cuando mis provisiones se

acabaron, yo me encontraba demasiado débil como para desperdiciar energías pescando; dediqué las fuerzas que me quedaban a remar en vano.

Y la mente me empezó a divagar, y me encontré murmurando para mí mismo:

—Esa mujer malvada, Gónda Ke, en realidad no ha muerto.

¿Por qué habría de morir después de vivir sin que se la pudiera matar todos esos haces y haces de años?

O bien:

—Una vez me amenazó y me dijo que nunca podría librarme de ella. Puesto que vivió sólo para hacer el mal, es fácil suponer que quizá viva tanto tiempo como vive el mal, y eso debe de ser hasta el fin de los tiempos. O:

—Ahora se venga de nosotros, los que vimos su aparente muerte: una venganza rápida en Ualiztli, una venganza lenta sobre mi…

Y finalmente:

—En algún lugar se está regodeando con mi sufrimiento, con mi lamentable intento de permanecer vivo. Que se condene en Mictían, y que yo nunca me la encuentre allí. Confiaré mi destino a los dioses del agua y del viento, y espero que habré merecido Tonatiucan cuando muera…

Y al decir aquello arrojé el remo y me estiré en la acali para dormir mientras aguardaba lo inevitable.

He dicho que hasta aquel día casi desearía que la travesía hubiera continuado tan falta de acontecimientos como había comenzado. El buen tícitl Ualiztli no se habría perdido, yo habría visto Aztlán y a mi querida Améyatl de nuevo, luego a Nocheztli y a mi ejército, y después habría llevado a cabo mi guerra. Pero si las cosas hubieran sucedido de ese modo no me habría visto impulsado a la más extraordinaria aventura de toda mi vida y no habría conocido a la extraordinaria joven que más he amado nunca.

25

Lo que hice no fue dormir exactamente. La combinación de estar indeciblemente cansado, debilitado por el hambre, lleno de ampollas por el sol, apergaminado a causa de la sed y, por añadidura, demasiado desanimado para que me importase, sencillamente me hundió en una insensibilidad que sólo me aliviaba en las contadas ocasiones en que caía en un ataque de delirio. Durante uno de esos ataques levanté la cabeza y me pareció ver una mancha de tierra a lo lejos, en el punto donde el mar se encuentra con el cielo. Pero yo sabía que eso no podía ser, porque se encontraba al sur en el horizonte, y no hay ninguna masa de tierra en las extensiones meridionales del mar Occidental. No había sido más que una aparición nacida de mi delirio, así que me sentí agradecido cuando de nuevo cedí a la tentación de la insensibilidad.

El siguiente suceso fue que sentí que el agua me salpicaba la cara. Mi mente adormecida no reaccionó con alarma, sino que aceptó sosegadamente que una ola había inundado mi acali, y que en breve estaría por completo debajo del agua, ahogado y muerto. Pero el agua continuó salpicándome la cara del mismo modo, me tapaba los orificios de la nariz, así que de manera involuntaria abrí los labios secos, agrietados y pegados. Mis adormecidos sentidos tardaron unos instantes en comprender que el agua era dulce, no salada. Al darme cuenta, mi mente adormecida empezó a luchar abriéndose camino hacia arriba entre las capas de insensibilidad. Con gran esfuerzo conseguí abrir los párpados, que estaban pegados.

Mis ojos, incluso adormecidos y apagados, pudieron discernir que estaban viendo dos manos humanas que exprimían una esponja ante mi; y detrás de las manos aparecía el rostro extraordinariamente bello de una joven. El agua era tan fresca, pura y dulce como aquel rostro. Atontado como estaba, supuse que había realmente alcanzado Tonatiucan, Tlálocan o algún otro de los gozosos mundos del más allá, y que aquél era uno de los espíritus ayudantes de los dioses que me despertaba para darme la bienvenida. Y si era así, me alegraba muchísimo de estar muerto.

De todos modos, muerto o no, estaba recuperando de forma lenta la visión, y también la capacidad de mover la cabeza ligeramente para ver mejor al espíritu. La joven estaba arrodillada cerca de mí y no llevaba puesto nada más que su largo cabello negro y un máxtíatí, un taparrabos de hombre. No estaba sola; otros espíritus habían acudido a darme la bienvenida. Detrás de ella, ahora lo vi con claridad, había de pie varios espíritus hembra de diversos tamaños y al parecer también de edades variadas, todas vistiendo el mismo atuendo… o la falta del mismo.

Medio atontado, me pregunté: ¿estaban en realidad dándome la bienvenida? Aunque aquel encantador espíritu me estaba despertando con suavidad y me iba refrescando con agua, me contemplaba con una expresión no demasiado bondadosa, y cuando se dirigió a mí lo hizo en un tono de suave contrariedad. Curiosamente, el

espíritu no hablaba náhuatl, mi lengua nativa, como yo habría esperado en la otra vida, organizada por uno de los dioses aztecas. Hablaba el poré de los purepechas, aunque en un dialecto que resultaba nuevo para mí, y a mi apagado cerebro le costó un rato comprender lo que repetía una y otra vez.

—Has venido demasiado pronto. Tienes que regresar.

Me eché a reír, o al menos tuve intención de hacerlo. Lo más probable es que graznara como una gaviota. Y mi voz sonó tosca y rasposa cuando por fin logré reunir suficientes palabras de poré para decir:

—Como puedes ver… no he venido por mi gusto. Pero ¿adónde he llegado… de un modo tan providencial?

—¿De verdad que no lo sabes? —me preguntó la joven, ahora con menos severidad.

Hice un débil movimiento negativo con la cabeza, pero en seguida comprendí que no debía haberlo hecho porque ello hizo que volviera a sumirme en la insensibilidad. Sin embargo, mientras mi propia mente se alejaba de mi tambaleante y se desvanecía en la oscuridad, oí que la joven decía:

—Iyá omeku cheni uarichéhuari. Que significa: «Estas son las Islas de las Mujeres».

Hace mucho tiempo, cuando describí cómo era Aztlán en los días de mi infancia, comenté que nuestros pescadores sacaban del mar Occidental toda clase de cosas comestibles, útiles y valiosas excepto aquellas que se llaman, en todas las lenguas del Unico Mundo, «los corazones de ostras». Debido a una antigua tradición, la recolección de las perlas, que son el corazón de las ostras del mar Occidental, siempre la han llevado a cabo de forma exclusiva los pescadores de Yakóreke, la comunidad costera situada a doce carreras largas al sur de Aztlán.

Claro que de vez en cuando algún pescador aztécatl de cualquier otra parte, al sacar del mar moluscos para venderlos como alimento, tenía la buena fortuna de encontrar en una de sus ostras aquel hermoso canto rodado que era su corazón. Nadie lo obligaba a volver a arrojarlo al mar, ni le prohibía conservarlo o venderlo, porque una perla perfecta es tan preciada como una cuenta de oro macizo del mismo tamaño. Pero eran los hombres de Yakóreke quienes sabían cómo encontrar esos corazones de ostra en cantidad, y guardaban en secreto esa sabiduría, transmitiéndola entre pescadores de padres a hijos, y ninguno de ellos le había confiado ni le confiaría nunca ese secreto a un forastero.

No obstante, a través de los haces de años, los forasteros habían aprendido unas cuantas cosas tentadoras acerca de ese proceso de recoger perlas. Algo que todo el mundo sabía era que, tan sólo una vez cada año, los pescadores de Yakóreke se hacían a la mar en sus acaltin, cada canoa llena con una carga de alguna clase cuya naturaleza se ocultaba cubriéndola con esteras y mantas. Lo natural habría sido

suponer que aquellos hombres transportaban algún tipo de cebo para ostras. Sea lo que fuese, lo transportaban lejos para que no se viera desde tierra. Eso, en sí mismo, era un hecho tan descarado que ningún pescador envidioso de otro lugar, en todos esos haces de años, se había atrevido nunca a seguirlos a los terrenos de ostras secretos.

Esto sí que se sabia: los yakórekes permanecían allí, dondequiera que fuesen, por espacio de nueve días. Al noveno día las familias iban a esperarlos, junto con mercaderes pochtecas que se congregaban allí procedentes de todo el Unico Mundo, hasta que divisaban la flota de acaltin que se dirigía a tierra desde el horizonte. Y las canoas no venían ya llenas de carga, ni siquiera traían ostras. Cada hombre llevaba a casa sólo una bolsa de cuero llena de corazones de ostras. Los mercaderes que aguardaban para comprar aquellas perlas sabían bien que no había que preguntar ni dónde ni cómo las habían conseguido. Y lo mismo las mujeres de los pescadores.

Eso era todo lo que se sabía; los forasteros tenían que hacer conjeturas acerca del resto, e inventaron varias leyendas que encajaban bien con las circunstancias. La suposición más creíble era que tenía que haber una tierra allá afuera, al oeste de Yakóreke, quizá algunas islas rodeadas de aguas poco profundas, porque sería imposible para cualquier pescador sacar a la superficie ostras de las grandes profundidades del mar abierto. Pero ¿por qué iban los hombres sólo una vez al año? Quizá tuvieran esclavos en aquellas tierras, los cuales recogían ostras durante todo el año y las guardaban hasta que sus amos venían en una época señalada y llevaban consigo mercancías que intercambiar por las perlas.

Y el hecho de que los pescadores sólo les contasen el secreto a sus hijos, y no a las mujeres de Yakóreke, inspiraba otro toque a la leyenda. Aquellos supuestos esclavos de aquellas supuestas islas debían de ser mujeres, y las mujeres de Yakóreke no debían saberlo nunca a fin de que, movidas por los celos, no impidieran que los hombres fueran allí. Así nació la leyenda de las Islas de las Mujeres. Durante toda mi juventud yo había oído aquella leyenda y algunas variantes de la misma; pero como todas las personas con sentido común, siempre había menospreciado aquellos cuentos por míticos y absurdos. Para empezar, era tonto creer que un pequeño pueblo aislado y compuesto sólo por hembras hubiera podido perpetuarse durante tantas generaciones. Pero ahora, por pura casualidad, yo había descubierto que aquellas islas existían y existen en realidad. Yo no habría podido sobrevivir de no haber sido por eso.

Las islas son cuatro y están puestas en una fila, pero sólo las dos del medio, las más grandes, tienen la suficiente agua dulce para estar habitadas, y lo están enteramente por mujeres. En aquella ocasión conté ciento doce. Para ser más exactos, debería decir hembras en lugar de mujeres, puesto que se incluían niñas menores de un año, niñas pequeñas, muchachas núbiles, jóvenes, mujeres maduras y mujeres

viejas. La más vieja era a la que llamaban Kukú, o abuela, a la que todas obedecían como si se tratase de su Portavoz Venerado. Me propuse mirar a las niñas; ni siquiera llevaban máxtíatl, y hasta las más jóvenes, las recién nacidas, eran del sexo femenino.

Una vez que hube convencido a las mujeres de que verdaderamente había llegado a su isla por casualidad, sin conocer siquiera su existencia y sin ni siquiera creer que existieran, la Kukú me dio permiso para quedarme allí algún tiempo, sólo lo suficiente para recuperar mis fuerzas y tallarme por mi cuenta un remo nuevo para la canoa, cosas ambas que me resultaban imprescindibles para regresar a tierra firme. A la mujer joven que había sido la primera en prestarme ayuda con una esponja empapada de agua se le encargó que se ocupase de mantenerme y que velase para que me comportase como era debido, y ella rara vez me perdió de vista durante los primeros días de mi estancia.

Se llamaba Ixinatsi, que es la palabra poré que designa a ese diminuto insecto chirriante que se llama grillo. El nombre era adecuado, porque la mujer era tan alegre, tan viva y tenía tan buen humor como ese pequeño animal. Si la mirabas sólo de pasada, Ixínatsi parecía una mujer purepe como las demás, aunque tenía un semblante inusualmente hermoso y un porte muy vivaz. Cualquier observador podía admirar aquellos ojos chispeantes, el pelo lustroso, el cutis luminoso, los pechos y las nalgas hermosamente redondeados y firmes, las piernas y los brazos torneados, las manos delicadas. Pero sólo los dioses que la crearon y yo llegaríamos a saber alguna vez que Grillo en realidad era muy diferente, amorosa y deliciosamente diferente, a las demás mujeres. Pero estoy adelantando acontecimientos en mi crónica.

Como le había mandado la vieja Kukú, Grillo cocinaba para mí toda clase de pescado, y adornaba los platos con una flor amarilla llamada tirípetsi; esa flor, aseguraba ella, poseía propiedades curativas. Entre comidas me agasajaba con ostras, mejillones y vieiras crudos, sobrealimentándome de un modo muy parecido a como sobrealimentan a la fuerza muchos pueblos de tierra firme a los perros techichi antes de matarlos para comérselos. Cuando se me ocurrió esa comparación, me inquieté. Me pregunté si aquellas mujeres no tenían hombres porque eran devoradoras de hombres, y así se lo pregunté, lo que hizo reír a Ixinatsi.

—No tenemos hombres ni para comer ni para ninguna otra cosa —me contestó en el dialecto poré que aprendía muy de prisa—. Te alimento, Tenamaxtli, para que te recuperes. Cuanto antes te pongas fuerte, antes podrás marcharte.

Sin embargo, antes de marcharme quise conocer más aquellas islas legendarias, una vez que se me había hecho evidente que no eran una leyenda sin base. Deduje por mi cuenta que las mujeres habían tenido antepasados purepechas, pero que aquellos antepasados habían partido de Michoacán muchísimo tiempo atrás. El idioma alterado de aquellas mujeres era prueba de ello. Y también lo era el hecho de que no seguían la antigua costumbre de los purepechas de afeitarse por completo la cabeza.

Cuando Grillo no estaba atareada en atiborrarme de comida, no tenía reparos en contestar a mis muchas preguntas. Lo primero que le pregunté fue acerca de las casas de las mujeres, que no eran casas en absoluto.

Las islas, además de estar bordeadas de cocoteros, están densamente pobladas de árboles de hoja caduca en las laderas superiores. Pero las mujeres viven todo el día al aire libre y, por la noche, para dormir, entran a gatas en toscos refugios debajo de los muchos árboles caídos. Habían excavado pequeñas cuevas debajo de ellos; también, donde un tronco se inclinaba formando un ángulo, habían construido paredes con hojas de palmera o con pedazos grandes de corteza de árbol. Me prestaron uno de aquellos escondrijos improvisados para mí solo junto al que ocupaba Ixinatsi y su hija de cuatro años, que se llamaba Tirípetsi, como la flor amarilla del mismo nombre.

—¿Por qué, ya que tenéis todos estos árboles, no los cortáis en tablones y construís casas decentes? —le pregunté—. ¿O por qué no utilizáis al menos los árboles nuevos, que no hay que cortarlos en láminas?

—No serviría de nada, Tenamaxtli —me respondió—. Con demasiada frecuencia la estación lluviosa trae unas tormentas tan terribles que asolan estas islas y las despojan de todo aquello que se puede mover. Incluso muchos de los árboles más fuertes caen cada año. Así que construimos nuestros refugios debajo de los árboles caídos para que no se nos lleve el viento. No construimos nada que no se pueda reconstruir fácilmente. Por eso es también por lo que no intentamos cultivar nada. Pero el mar nos proporciona comida abundante, tenemos buenos arroyos para beber, y cocos a modo de dulces. Nuestra única cosecha son las kinuchas, y las intercambiamos por las demás cosas que necesitamos. Que son pocas —concluyó; y, como para ilustrarlo, se pasó la mano por el cuerpo casi desnudo.

La palabra «kinucha» significa perla, por supuesto. Y había un buen motivo por el cual las mujeres de la isla necesitaban poco del mundo que estaba al otro lado del mar. Todas ellas, excepto las más jóvenes, se pasaban el día trabajando con afán, lo que las cansaba tanto que pasaban las noches sumidas en un sueño profundo. Aparte de los breves intervalos que se permitían para comer y para las funciones obligatorias, o bien estaban trabajando o bien durmiendo, y no podían imaginar otras actividades. Eran tan indiferentes a las ideas de diversión y ocio como lo eran para la carencia de compañeros e hijos varones.

Su trabajo, ciertamente, es exigente y único entre los oficios femeninos. En cuanto el día clarea lo suficiente, la mayor parte de las muchachas y de las mujeres salen a la mar nadando o empujando balsas hechas de ramas de árboles atadas con zarcillos de vid. Cada mujer lleva colgado del brazo un cesto hecho de mimbre. Desde entonces hasta que la luz se va apagando en el crepúsculo, esas mujeres se zambullen repetidamente hasta el fondo del mar para buscar las ostras que abundan allí. Emergen a la superficie con un cesto lleno de esas cosas, las vacían sobre la

playa o sobre la balsa y luego vuelven a zambullirse para llenarlo otra vez. Mientras tanto las niñas demasiado jóvenes y las mujeres demasiado viejas para bucear realizan la monótona tarea de abrir las ostras… y de desechar la mayor parte de ellas.

Las mujeres no quieren las ostras, excepto las pocas, en comparación, que se comen. Lo que buscan son las kinuchas de las ostras, los corazones, las perlas. Durante mi permanencia en las islas vi suficientes perlas como para pagar la construcción de una ciudad moderna, si hubieran querido una ciudad allí. La mayoría de las perlas eran perfectamente redondas y suaves, aunque algunas eran irregularmente bulbosas; otras eran tan pequeñas como ojos de mosca y algunas, pocas, tan grandes como el final de un pulgar; la mayoría eran de un tamaño que oscilaba entre ambos extremos. Además casi todas eran de un color blanco resplandeciente, aunque las había de color rosa, de tonos azules pálidos, e incluso, de vez en cuando, se veía una perla del color gris plateado de una nube de tormenta. Lo que hace a las perlas tan apreciadas y tan valiosas es su rareza y la dificultad de su adquisición, aunque uno supondría que, si una ostra tiene corazón, todas habrían de tenerlo.

—Todas lo tienen —dijo Grillo—. Pero sólo unas cuantas tienen la clase adecuada de corazón. —Ladeó la linda cabeza y se quedó mirándome—. Tu corazón, Tenamaxtli, es para sentir emociones, ¿no? ¿Como el amor?

—Eso parece —repuse; y me eché a reír—. Late con más fuerza cuando amo a alguien.

Ella asintió.

—Igual que el mío cuando miro a mi pequeña Tirípetsi y siento amor por ella. Pero no todas las ostras tienen un corazón que conozca la emoción, como hacen los corazones humanos. La mayoría de las ostras se limitan a yacer inertes y a esperar que las corrientes de agua les traigan alimento; no aspiran a nada más que a la placidez del lecho de ostras, y no hacen nada más que existir durante tanto tiempo como pueden.

Empecé a comentar que así igual podría estar describiendo a sus propias hermanas de la isla o incluso a la mayor parte de la humanidad, pero ella continuó hablando.

—Sólo una ostra entre muchas, quizá una entre cien centenares, tiene un corazón capaz de sentir, capaz de querer ser algo más que baba dentro de una concha. Esa única ostra entre muchas, esa que tiene un corazón que siente, bueno, ése es el corazón que se convierte en una kinú, visible, bello y precioso.

Seguramente esa tontería no podía creerse en ninguna otra parte más que en las Islas de las Mujeres, pero era una fantasía tan dulce que mi propio corazón me impidió discutirla. Y ahora, al mirar hacia atrás en el tiempo, creo que ése debió de ser el momento en que me enamoré de Ixínatsi. De cualquier modo, daba la

impresión de que aquella creencia suya de que había que buscar ostras que no lo parecían sirviera para consolarla en aquellos días en los que quizá llegase a bucear cien centenares de veces entre la primera y la última luz del día y en los que sacaba naciones enteras de ostras sin que hubiera entre ellas ni una sola kinú. De manera que la mujer no llegó a maldecir ni una sola vez, como habría hecho yo, a las ostras o a los dioses; ni siquiera escupía con enojo en el mar cuando el trabajo de todo un día se hacía en vano.

Y encima ése es un trabajo condenadamente duro. Lo sé porque lo intenté un día, en secreto, en aguas donde las mujeres no estaban trabajando entonces, y logré permanecer debajo del agua el tiempo suficiente para arrancar una sola ostra de una roca allí abajo. Ese fue todo el tiempo que pude aguantar bajo el agua. Pero las mujeres empezaban a bucear cuando eran sólo unas niñas. Cuando se convierten en adultas se han desarrollado tanto en la parte superior del cuerpo que pueden aguantar la respiración y permanecer sumergidas durante un tiempo asombrosamente largo. Verdaderamente, aquellas mujeres de las islas tienen los senos más notables que yo haya visto en ninguna otra parte.

—Míralos —me dijo Grillo mientras sostenía uno de aquellos magníficos pechos suyos en cada mano—. Es a causa de éstos que las islas han llegado a ser dominio de las mujeres solamente. Ya ves, adoramos a la diosa de gran seno Xarátanga. Su nombre significa Luna Nueva, y en el arco de cada luna nueva puedes ver la curva de su amplio pecho.

Aquella similitud no se me había ocurrido nunca antes pero es así.

Grillo continuó hablando:

—Luna Nueva dispuso hace mucho tiempo que estas islas estuvieran habitadas sólo por hembras, y todos los hombres han respetado ese mandamiento porque temen que Xarátanga se lleve las ostras o por lo menos las valiosas kinuchas, si cualquiera que no fueran las mujeres intentara recogerlas. De todos modos, los hombres no podrían hacer eso. Como tú mismo me has confesado, Tenamaxtli, has experimentado tu propia ineptitud para ello. Nosotras las mujeres estamos adaptadas por Luna Nueva para ser superiores a vosotros como buceadoras. —Volvió a menearse los pechos—. Y éstos ayudan bastante para que nuestros pulmones sean capaces de almacenar mucho más aire de lo que puede hacer cualquier hombre.

Yo no podía adivinar ninguna relación entre los órganos productores de leche y los que respiran el aire, pero como no era ticitl decidí no discutir el asunto. Estaba muy ocupado en admirar. Tuvieran o no los pechos de aquellas mujeres alguna función extra que realizar, el soberbio desarrollo y la firmeza de que hacían gala a cualquier edad contribuían indudablemente al atractivo de las mujeres. Y hay otra cosa que hace a las isleñas diferentes de las mujeres de tierra firme, y que las hace atractivas de un modo sorprendente, pero para explicar ese aspecto debo desviarme

un poco del tema del que estoy hablando.

Hay en esas islas otros muchos habitantes además de las mujeres. Diversas clases de tortugas de mar avanzan pesadamente desde la orilla hacia el mar y viceversa; se ven cangrejos por todas partes y, por supuesto, hay una gran multitud de aves de voz estridente y excrementos promiscuos. Pero la criatura que resulta más característica de las islas es cierto animal al que las mujeres llaman pukiitsí, y que viene a ser como la versión marina de la bestia que en náhuatl se llama cuguar. El nombre debe de haber llegado hasta ellas directamente desde sus antepasados de Michoacán, porque ninguna de las habitantes de las islas podría haber visto nunca un cuguar.

El pukiitsí se parece vagamente al cuguar que habita en las montañas, aunque su expresión no es fiera, sino más bien encantadoramente dulce e inquisitiva. El pukiitsí tiene un bigote parecido en el hocico, pero los dientes son romos, las orejas diminutas y las patas, parecidas a aletas, no tienen garras asesinas. Nosotros los habitantes de Aztlán rara vez veíamos a esos animales marinos, sólo cuando alguno, herido o muerto, llegaba hasta nuestras costas arrastrado por el mar, porque no les gustan los lugares arenosos o pantanosos, sino que prefieren los rocosos. Y nosotros los llamamos ciervos de mar simplemente porque tienen ojos de ciervo, grandes y cálidos.

A cualquier hora había cientos de cuguares de mar a la vez alrededor de las Islas de las Mujeres, pero estos animales viven de pescado y no son de temer en absoluto, al contrario que los cuguares auténticos. Retozaban en las aguas justo al lado de las buceadoras o se asoleaban perezosamente en las rocas de la orilla, incluso dormían flotando de espaldas en el mar. Las mujeres nunca los cazaban para comérselos ya que su carne no es muy sabrosa, pero de vez en cuando un cuguar de mar moría por cualquier otra causa y las mujeres se apresuraban a desollarlo. El lustroso pellejo marrón es apreciado como prenda de vestir, tanto por su belleza como por sus propiedades impermeables. (Ixínatsi me hizo un elegante sobremanto con una de esas pieles). Esa capa de pelo es lo bastante densa como para que los cuguares de mar puedan vivir en éste sin que el cuerpo se les quede nunca frío ni el agua les llegue a la piel, y la lisura de la capa de pelo les permite deslizarse como flechas por el agua tan velozmente como cualquier pez.

Las mujeres buceadoras han desarrollado una capa de pelo parecida. Ahora bien, hace mucho declaré que nuestros pueblos del Unico Mundo están usualmente desprovistos de vello corporal, pero debería enmendar esa afirmación. Todo ser humano, incluso un bebé recién nacido y aparentemente lampiño, lleva un vello muy fino, casi invisible, sobre la mayor parte del cuerpo. Poned a un hombre o a una mujer desnudos entre vosotros y el sol y veréis. Pero el vello de esas mujeres isleñas ha crecido algo más, me imagino que propiciado por el hecho de haberse dedicado a bucear en el mar durante tantas generaciones.

No quiero decir que tengan un vello tosco como el de la barba de los hombres blancos. El vello es tan fino, delicado e incoloro como la pelusa de algodoncillo, pero les cubre los cuerpos cobrizos con un lustre como el de los cuguares de mar, y sirve para el mismo propósito de hacerlas más ágiles en el agua. Cuando una mujer isleña está de pie con la luz del sol detrás de ella, se la ve recortada y orlada de un color dorado brillante. A la luz de la luna el brillo es plateado. Incluso cuando está mucho tiempo fuera del mar, y por tanto seca, tiene un aspecto deliciosamente húmedo y más flexible que las demás mujeres, como si pudiera resbalar fácilmente del abrazo del hombre más fuerte…

Lo que me trae de nuevo al tema que me había ocupado en primer plano durante todo este tiempo. Ya he mencionado las muchas generaciones de mujeres buceadoras. Pero ¿cómo engendraba una generación a la siguiente?

La respuesta es tan simple que resulta ridícula, vulgar e incluso en cierto modo repugnante. Sin embargo, no logré reunir el valor suficiente para formular esa pregunta hasta la noche de mi séptimo día en las islas, día en el cual la vieja Kurú había decretado que yo tenía que partir a la mañana siguiente.

26

Yo había terminado de tallar y darle forma al remo, e Ixínatsi había aprovisionado mi acali con pescado seco y carne de coco, además de un sedal y un anzuelo de hueso para que pudiera pescar pescado fresco. Añadió cinco o seis cocos verdes de los cuales había cortado el tallo, de modo que permanecían cerrados sólo por una membrana fina. La gruesa cáscara mantendría fresco el contenido incluso al sol; yo sólo tenía que pinchar la membrana para beber la dulce y refrescante leche de coco.

Me dio las indicaciones que todas las mujeres habían memorizado, aunque ninguna de ellas había tenido nunca motivo o deseos de visitar el Unico Mundo. Entre las islas y la tierra firme, me dijo, las corrientes siempre iban hacia el sur y eran suaves y estables. Yo había de remar directamente hacia el este cada día a un ritmo firme, pero que no resultase extenuante en exceso. Ixínatsi daba por supuesto, y tenía razón, que yo sabría mantener el rumbo hacia el este, y me dijo que las desviaciones hacia el sur que pudiera hacer mi acali mientras yo dormía de noche ya estaban previstas en las indicaciones que me daba. Al cuarto día yo vería una aldea costera. Grillo no sabía el nombre de la aldea, pero yo sí; tenía que ser Yakóreke.

Así, la noche que Kukú había dicho que sería la última que yo pasaría allí, Grillo y yo nos sentamos uno al lado del otro, apoyados en el árbol caído que servía de techo a nuestros dos refugios, y le pregunté:

—Ixinatsi, ¿quién fue tu padre?

—Nosotras no tenemos padres —respondió la mujer simplemente—. Sólo tenemos madres e hijas. Mi madre está muerta. Y a mi hija ya la conoces.

—Pero tu madre no pudo engendrarte ella sola. Ni tú a tu hija Tirípetsi. Alguna vez, como quiera que sea en cada caso, ha tenido que estar implicado un hombre.

—Ah, te refieres a eso —contestó Jxinatsi con cierta negligencia—. Akuáreni. Sí, los hombres vienen aquí una vez al año para tal fin.

—Así que a eso te referías cuando me hablaste por primera vez a mi llegada —le indiqué—. Me dijiste que había venido demasiado pronto.

—Si, los hombres vienen de esa aldea que hay en tierra firme a la que vas tú. Vienen sólo para quedarse un día a lo largo de los dieciocho meses del año. Se presentan con canoas cargadas de mercancías, y nosotras seleccionamos lo que necesitamos y se lo cambiamos por kinuchas. Una kinú por un buen peine de hueso o de concha de tortuga, dos kinuchas por un cuchillo de obsidiana o un sedal de pescar trenzado…

—¡Ayya! —la interrumpí—. ¡Os están engañando de un modo infame! Esos hombres cambian luego esas perlas por un valor mucho mayor, y los que a su vez se las compran a ellos las cambian, obteniendo aún mayor beneficio, y así sucesivamente. Y cuando por fin las perlas ya han pasado por todas las manos desde

aquí hasta el mercado de alguna ciudad…

Grillo encogió los hombros desnudos que brillaban a la luz de la luna.

—Los hombres podrían obtener las ostras sin tener que pagar nada, si Xarátanga tuviera a bien permitir que aprendieran a bucear. Pero el intercambio nos trae lo que necesitamos y lo que queremos, de modo que, ¿qué más podríamos pedir? Luego, cuando el intercambio termina, Kukú reúne a las mujeres que quieran tener una hija, e incluso a aquellas que no están muy deseosas, si Kukú dice que les ha llegado la hora, y selecciona a los más robustos de entre los hombres. Las mujeres se tumban en fila en la playa, y los hombres hacen ese akuáreni que nosotras tenemos que soportar si hemos de tener hijas.

—No haces más que decir hijas. Pero también deben de nacer algunos niños.

—Si, algunos. Pero la diosa Luna Nueva dispuso que éstas fueran las Islas de las Mujeres, y sólo hay un modo de mantenerlas así. A todos los niños varones, al estar prohibidos por la diosa, se los ahoga al nacer. —Incluso en la oscuridad, Grillo debió de ver la expresión que yo tenía en la cara, pero la malinterpretó, pues se apresuró a añadir—: No es un desperdicio, como podrías pensar. Se convierten en alimento para las ostras, y así se les da un uso muy digno.

Bien; yo mismo, como varón, difícilmente podría aplaudir aquella despiadada eliminación de los recién nacidos. Por otra parte, al igual que la mayoría de los actos realizados por mandato de los dioses, éste tenía la pureza de la más completa simplicidad: mantener las islas como una reserva de hembras alimentando a las ostras de cuyos corazones dependen las isleñas.

—Mi hija ya casi tiene edad de empezar a bucear —continuó diciendo Grillo—. Así que supongo que Kukú me ordenará que lleve a cabo el akuáreni con alguno de los hombres cuando vengan la próxima vez.

Al oír esto, le comenté:

—Lo dices como si te pareciera tan agradable como ser atacada por un monstruo marino. ¿Es que ninguna de vosotras se acuesta nunca con un hombre sólo por placer?

—¿Placer? —exclamó—. ¿Qué placer puede haber en que le metan a una dentro con brusquedad una estaca de carne, la muevan dolorosamente en un mete y saca unas cuantas veces y luego la saquen también dolorosamente? La impresión que se tiene en ese rato es como si estuvieras estreñida por el otro lado.

—Hay que ver qué hombres más galantes y corteses invitáis vosotras las mujeres para que sean vuestros consortes —mascullé. Luego añadí en voz alta—: Mi querida Ixinatsi, lo que me describes es violación, no es el acto amoroso tal como debería ser. Cuando se hace con amor, y tú misma has hablado del corazón amoroso, puede ser un placer exquisito.

—¿Hecho con amor? —me preguntó en tono que parecía no exento de interés.

—Bien… el amor puede empezar mucho antes de que una estaca de carne esté implicada. Tú sabes que tienes un corazón amoroso, pero puede que no sepas que también tienes una kinú. Y que es infinitamente más capaz de ser amada que la de la ostra más emocional. Está ahí.

Le señalé el lugar, y Grillo dio la impresión de perder interés en ello inmediatamente.

—Ah, eso —volvió a decir. Se desenrolló la única prenda que vestía y se removió para poner el abdomen a la luz de un rayo de luna; con los dedos se apartó los pétalos de su tipili, se miró sin curiosidad el xacapili, parecido a una perla, y añadió—: Un juguete de niñas.

—¿Qué?

—Una niña aprende desde muy joven que esa pequeña parte que tiene ahí es sensible y excitable, y hace mucho uso de ella. Sí… igual que tú estás haciendo ahora con la punta de tu dedo, Tenamaxtli. Pero a medida que una niña madura, se aburre de esa práctica infantil y la encuentra poco femenina. Además, nuestra Kukú nos ha enseñado que esa actividad despoja a cualquiera de fuerza y aguante. Oh, una mujer adulta lo hace de vez en cuando. Yo misma lo hago… exactamente como tú me lo estás haciendo en este momento… pero sólo para aliviarme cuando me siento tensa o de mal humor. Es como «rascarse una picazón».

Suspiré.

—Picazón, mete y saca y estreñimiento. Qué palabras más horribles empleas para hablar de un sentimiento que puede ser el más sublime de todos. Y vuestra anciana Kukú se equivoca. Hacer el amor puede vigorizarte y darte mucha más fuerza y satisfacción en todas las demás cosas que hagas. Pero dejemos eso ahora. Dime una cosa. Cuando yo te acaricio ahí, ¿es igual que cuando tú misma te rascas una picazón?

—N-no —admitió ella con voz entrecortada—. Siento… sea lo que sea lo que siento… es muy diferente…

Intentando refrenar mi propia excitación para poder hablar con tanta seriedad como un tícitl que hace un reconocimiento, le pregunté:

—Pero ¿es una sensación buena?

—Si —repuso ella en voz baja.

Mientras yo le besaba todo aquel cuerpo cubierto de piel lustrosa que resplandecía a la luz de la luna, Grillo repitió casi de manera inaudible:

—Sí.

La besé en el lugar donde estaba mi mano y luego la quité para que no me estorbase.

Ixínatsi se sobresaltó y ahogó un grito.

—¡No! ¡No puedes… así no es como… oh, sí, es así! ¡Sí, puedes! ¡Y yo… oh, yo

también puedo!

Grillo tardó un rato en recuperarse; respiraba como si acabase de salir de las profundidades del mar cuando dijo:

—¡Uiikíiki! Nunca… cuando lo hago yo misma… ¡Nunca ha sido así!

—Pues reparemos ese descuido tan largo —le sugerí.

Y comencé a hacerle cosas que la transportaron a esas profundidades, o a esas alturas, dos veces de nuevo antes de dejar que supiera que yo tenía un mástil de carne disponible para cuando hiciera falta. Y cuando así fue, me vi abrazado, envuelto y engullido por una criatura tan ágil, sinuosa, adaptable y diestra como cualquier cuguar marino que hiciera ruidosas cabriolas en su propio elemento.

Entonces fue cuando descubrí algo absolutamente novedoso sobre Ixínatsi, y eso que yo habría jurado que ninguna mujer podría sorprenderme nunca más en ningún sentido. No fue hasta que yacimos juntos que lo descubrí, porque su deliciosa diferencia de todas las demás mujeres residía en sus partes más íntimas. Manifiestamente, cuando Grillo aún no había nacido y los dioses le estaban dando forma en el seno de su madre, la bondadosa diosa del amor, de las flores y de la felicidad conyugal debió de decir: «Dotemos a esta niña, Ixínatsi, de una peculiaridad única en sus órganos femeninos, para que cuando llegue a mujer adulta pueda realizar akuáreni con los hombres mortales con tanto gozo y voluptuosidad como podría hacerlo yo misma».

Era desde luego sólo una pequeña alteración la que los dioses efectuaron en el cuerpo de Grillo, pero… ¡ayyo! Puedo atestiguar que añadió una increíble nota picante y una gran exuberancia cuando ella y yo nos unimos en el acto conyugal.

La diosa del amor entre nosotros los aztecas se llama Xochiquetzal, pero los purepechas la conocen como Petsikuri, y es así como también la conocen las mujeres isleñas. Sea cual sea su nombre, lo que había hecho era lo siguiente: había situado la apertura del tipili de Grillo sólo un poco más atrás entre sus muslos que en el resto de las mujeres. De ese modo el hueco interior de su tipili no simplemente se extendía recto hacia arriba en el interior de su cuerpo, sino hacia arriba y hacia adelante. Cuando ella y yo copulamos cara a cara y deslicé mi tepuli dentro de ella, éste se dobló con suavidad para adaptarse a aquella curva. De modo que, cuando estuvo completamente envainado dentro de ella, la corona de mi tepuli volvía a estar apuntando hacia mi o, mejor dicho, hacia la parte de atrás del ombligo del vientre de Grillo.

En nuestro idioma náhuatl a menudo nos referimos con respeto al cuerpo de una mujer llamándolo xochitl, «flor», y a su ombligo lo llamamos yoloxóchitl, o «centro del capullo». Cuando estuve dentro de Ixinatsi mi tepuli se convirtió literalmente en el «tallo» de ese capullo, de esa flor. Sólo el hecho de percatarme de que ella y yo estábamos tan íntimamente unidos, por no mencionar las intensas sensaciones

implicadas en ello, elevaron mi ardor hasta un grado que nunca hubiera creído posible.

Y al organizar las partes femeninas de Ixinatsi, la diosa había proporcionado, tanto para Grillo como para mi, todavía un refuerzo más del gozo que llega en el acto del amor. Ese emplazamiento ligeramente más atrás del orificio de su tipili hizo que, cuando mi tepuli la penetró hasta la empuñadura, mi hueso púbico quedara por fuerza apretado y duro contra su sensible perla xacapili, mucho más apretado de lo que lo habría estado con mujeres corrientes. Así, mientras Ixínatsi y yo nos apretábamos, nos mecíamos y nos retorcíamos juntos, su pequeña kinú rosada resultaba al mismo tiempo acariciada, frotada, sobada… hasta que se puso erecta; empezó a latirle con ansia y luego alcanzó paroxismos de éxtasis. Y la respuesta de Grillo era cada vez más fogosa, cosa que, naturalmente, me producía a mi el mismo efecto, de modo que estábamos igual, gozosa, atontada y casi desmayadamente exultantes cuando alcanzamos juntos el clímax.

Cuando acabó, Ixínatsi, la de los pulmones prodigiosos, recuperó el aliento antes que yo, desde luego. Mientras yo todavía yacía flojo, Grillo se deslizó en su guarida debajo del árbol, salió de ella y me puso algo con fuerza en la mano. El objeto brillaba a la luz de la luna como un pedazo de la misma luna.

—Una kinú significa un corazón amoroso —me indicó; y luego me besó.

—Esta perla únicamente —le dije en voz baja— podría comprarte muchas cosas. Una casa como es debido, por ejemplo. Una realmente buena.

—No sabría qué hacer con una casa. Pero ahora sí que sé cómo disfrutar del akuáreni. La kinú es para darte las gracias por enseñármelo.

Antes de que yo pudiera reunir el aliento necesario para volver a hablar, Grillo se había puesto en pie de un brinco y estaba llamando al otro lado del tronco.

—¡Marúuani! —le decía a la joven que vivía en el refugio del otro lado. Pensé que Grillo iba a pedirle disculpas por los ruidos sin duda extraños que habíamos estado haciendo. Pero en cambio le pidió con urgencia—: ¡Ven aquí! ¡He descubierto una cosa de lo más maravillosa!

Marúuani dio la vuelta a la raíz del árbol mientras se peinaba descuidadamente el largo cabello fingiendo no sentir curiosidad alguna, pero alzó las cejas cuando nos vio desnudos a ambos. Le dijo a Ixínatsi:

—Por el ruido que hacíais daba la impresión… de que lo estabais pasando bien.

—Sí —le contestó Grillo con deleite—. Lo pasábamos muy bien. ¡Escucha!

Se acercó a ella y comenzó a susurrarle algo al oído, y la otra mujer continuó contemplándome, al tiempo que los ojos se le agrandaban cada vez más. Y tumbado allí, mientras me describían y hacían comentarios sobre mi, me sentí como una criatura marina hasta entonces desconocida que acabara de llegar a la orilla empujada por las olas y estuviera causando sensación. Le oí decir a Marúuani con voz apagada:

—¿Eso hizo? —le preguntó, y luego, tras más cuchicheos—: ¿Querría hacerlo?

—Claro que sí —respondió Ixinatsi—. ¿Verdad, Tenamaxtli? ¿Verdad que querrás hacer el akuáreni con mi amiga Marúuani?

Me aclaré la garganta y dije:

—Tienes que comprender una cosa acerca de los hombres, queridísima: que han de descansar por lo menos un rato entre una vez y otra para que el mástil vuelva a ponerse duro.

—¿Ah, si? Oh, bueno, qué pena, porque Marúuani está deseando aprender.

Me quedé pensando un poco y luego comenté:

—Bueno, Grillo, te he enseñado algunas cosas que no requieren mi participación. Mientras recupero mis facultades, podrías mostrarle tú misma los preliminares a tu amiga.

—Tienes razón —convino Grillo muy animada—. Al fin y al cabo no siempre tenemos hombres con estacas de carne a nuestra disposición. Marúuani, quítate el taparrabos y túmbate aquí.

Con cierto recelo Marúuani obedeció e Ixfnatsi se tendió junto a ella, ambas un poco apartadas de mí. Marúuani se encogió y dio un pequeño gritito al primer toque íntimo.

—Estáte quieta —le ordenó Grillo con esa confianza que proporciona la experiencia—. Así es como se hace. Dentro de un momento lo comprobarás.

Y no pasó mucho rato antes de que yo estuviera mirando a dos cuguares de mar, flexibles y brillantes, mientras hacían las contorsiones de la copulación de un modo muy parecido a como lo hacen los animales auténticos, sólo que las dos mujeres eran mucho más gráciles, puesto que tenían brazos y piernas largos y torneados para entrelazarse. Y el hecho de mirarlas aceleró mi disponibilidad, así que estuve dispuesto para Marúuani cuando ella a su vez estuvo dispuesta para mí.

Repito, yo estaba enamorado de Ixínatsi incluso antes de que hiciéramos el amor. Y ya había decidido, aquella misma noche, llevármelas a ella y a su hija conmigo cuando me marchase de la isla. Lo haría mediante la persuasión, si era posible. Si no, como un bruto yaqui, las raptaría y me las llevaría por la fuerza. Y ahora, después de descubrir el modo único y maravilloso como estaba construida Grillo para el acto del amor, estaba todavía más determinado a ello que antes.

Pero soy humano. Y varón. Por consiguiente, soy incurable e insaciablemente curioso. No pude evitar preguntarme si aquellas isleñas poseerían las mismas propiedades físicas de Grillo. Aunque la joven Marúuani era linda y atractiva, yo nunca había sentido deseo alguno por ella, desde luego no el deseo que había experimentado y aún experimentaba por lxinatsi. No obstante, después de observar lo que acababa de ocurrir, y puesto que ello me había excitado hasta lanzarme a una lujuria indiscriminada, y como además Ixínatsi me animaba generosamente…

Bien, así es como mi permanencia en las islas se prolongó indefinidamente. Ixínatsi y Marúuani corrieron la voz de que en la vida había algo más que trabajar, dormir y jugar con una misma de vez en cuando… y las demás mujeres de la isla clamaron por ser iniciadas en ello. Las escandalizadas protestas de la Abuela fueron acalladas a voces, probablemente por primera vez en su reinado, pero se resignó al nuevo estado de las cosas cuando observó un perceptible incremento en el buen ánimo y productividad de las trabajadoras. Kukú impuso sólo una condición: que todo akuáreni se realizase únicamente en las horas nocturnas, cosa que no me importaba porque me dejaba los días para dormir y recuperar mi existencia.

Permítaseme decir aquí que yo no habría complacido a ninguna de las demás mujeres si Grillo hubiera puesto de manifiesto la menor muestra de celos o de posesión. Lo hice principalmente porque ella parecía alegrarse mucho de que sus hermanas fueran instruidas así, y parecía enorgullecerse de que fuera «su hombre» quien lo hacía. A decir verdad, yo habría preferido restringir mis atenciones sólo a ella, porque era ella a quien yo amaba profundamente, la única, entonces y siempre, y sé que ella también me amaba. Hasta Tirípetsi, que al principio se había mostrado tímida e inquieta al tener en casa a un hombre, llegó a tenerme cariño, igual que las niñas se lo tienen en todas las demás partes a sus padres.

Además, y esto es importante, las demás mujeres de la isla no estaban construidas fisicamente igual que Ixínatsi. Eran tan corrientes a ese respecto como todas las mujeres con las que yo había copulado a lo largo de mi vida. En resumen, yo estaba tan encaprichado con Grillo que ninguna otra mujer habría estado a la altura, no habría alcanzado los niveles que ella había establecido. Sólo porque ella lo deseaba, prestaba yo mis servicios a las otras mujeres. Lo hacía más como un deber que como un deseo, e incluso instituí una especie de programa: las mujeres podían solicitar mis servicios una noche sí y otra no, y así las noches intermedias se las dedicaba sólo a Grillo. Y ésas eran noches de amor, no sólo de hacer el amor.

Puede ser que, como rara vez a mi me habían escaseado las mujeres, y ciertamente no me escaseaban ahora, en algún modo me hastiaban las comunes y corrientes, y era precisamente la novedad de Ixinatsi lo que tanto me llenaba de energía. Sólo sé que las sensaciones que ella y yo compartimos encendieron en mí fuegos que nunca había experimentado, ni siquiera en mi juventud más libidinosa. En cuanto a la querida Grillo, estoy seguro de que no tenía ni idea de que era físicamente superior a las mujeres corrientes. Nada habría podido nunca hacerle sospechar que los dioses la habían bendecido al nacer. Y desde luego es posible que ella no fuera la única hembra en la historia de la humanidad a la que una diosa había dotado así. Probablemente alguna comadrona anciana, después de innumerables años de asistir a una innumerable multitud de hembras, hubiera podido contar que alguna vez había encontrado otra joven que estuviera hecha del mismo modo.

Pero me daba igual. De aquel momento en adelante nunca necesitaría, buscaría ni querría ninguna otra amante, por extraordinaria que fuese, pues ahora poseía a la más excepcional de todas. Y si Ixínatsi se percataba o no de que en nuestros frecuentes y fervientes abrazos ella disfrutaba unos éxtasis que sobrepasaban aquellos que la diosa del amor concede a las demás mujeres del mundo… bien, el hecho era que los disfrutaba. Y yo también, yo también. ¡Yyo ayyo, cómo los disfrutábamos!

Mientras tanto yací por lo menos una vez con cada una de las mujeres y muchachas de la isla que fuera lo bastante madura como para apreciar la experiencia. Aunque nuestro akuáreni siempre se llevaba a cabo en la oscuridad, sé que también copulé con algunas que estaban bastante más allá de la madurez… aunque ninguna de ellas era realmente vieja, como Kakú, cosa que agradecí sobremanera. Bien habría podido perder la cuenta de las mujeres a las que complací con mis enseñanzas si no fuera porque me recompensaron por mis servicios. Al final reuní exactamente sesenta y cinco perlas, las mayores y las más perfectas de todo aquel año. Y aquello fue obra de Grillo; insistió en que era lo justo que mis pupilas me pagasen con una perla cada una.

Al principio había tal entusiasmo que se produjo un constante tráfico de hembras que se trasladaban en balsa e iban y venían de una isla a la otra de las dos que estaban habitadas. Pero yo sólo era uno, y las mujeres podían estar un día de cada dos conmigo, el otro era para Ixinatsi, así que durante ese tiempo muchas de ellas intentaron seriamente aprender por imitación, como Ixínatsi le había enseñado a Marúuani. A veces se daba la circunstancia de que yo yacía con una mujer, con la que pasaba por toda la ceremonia desde las primeras caricias hasta la consumación final, y otras dos hembras, la hermana y la hija, por ejemplo, se tumbaban justo a nuestro lado, mirando a ratos lo que hacíamos y luego haciéndoselo la una a la otra en la medida de lo posible.

Después de servir personalmente a todas las muchachas y mujeres deseables por lo menos una vez, y cuando ya no se me requería de forma tan imperiosa, las mujeres continuaron ellas solas descubriendo las numerosas maneras como podían proporcionarse placer unas a otras; se intercambiaban las parejas libremente e incluso aprendieron a hacerlo en grupos de tres o cuatro… todo ello sin tener en cuenta cualquier consanguinidad existente entre ellas. Ixínatsi y yo, en nuestros intervalos de descanso a lo largo de la noche, a menudo oíamos, entre los demás ruidos del bosque, el sonido de los maravillosos pechos de aquellas mujeres al chocar rítmicamente entre unas y otras.

Durante aquella temporada estuve cortejando de forma ardiente a Ixínatsi… aunque no para hacer que me amase; sabíamos que nos amábamos. Intentaba convencerla de que se viniera conmigo al Unico Mundo y de que se trajera a la hija a la que yo ahora consideraba como hija mía. La asedié con todos los argumentos que

conseguí reunir. Le dije, sinceramente, que yo era el equivalente de Kukú en mis dominios, que Tirípetsi y ella vivirían en un auténtico palacio, donde no les faltaría nada que pudiesen necesitar o querer, que no tendrían que bucear nunca más para buscar ostras, y tampoco desollar cuguares de mar por sus pieles, ni temer las tormentas que asolaban las islas, ni tumbarse en el suelo para emparejarse con extraños.

—Ah, Tenamaxtli —me decía ella esbozando una sonrisa cariñosa—, pero si esto ya es un palacio suficiente… —E indicaba con un gesto el refugio bajo el tronco de árbol—. Siempre que tú lo compartas con nosotras.

Ya no con tanta honradez, omití hacerle mención de que los españoles habían ocupado la mayor parte del Unico Mundo. Aquellas mujeres isleñas todavía no sabían que existieran cosas como los hombres blancos. Era evidente que los hombres de Yakóreke también se habían abstenido de hablarles de los españoles, posiblemente preocupados por la posibilidad de que las mujeres retirasen las kinuchas con la esperanza de entablar nuevo comercio con otros mercaderes más ricos. En cuanto a esa cuestión, me recordé a mí mismo, no podía estar seguro de que los españoles no hubieran ya sometido a Aztlán, en cuyo caso yo ya no tenía reino, por así decir, con que tentar a Grillo. Pero creía firmemente que Tirípetsi, ella y yo podíamos construirnos una nueva vida en algún lugar, y la agasajé con relatos de los muchos lugares preciosos, exuberantes y serenos que había hallado en mis viajes y donde los tres podríamos establecernos juntos.

—Pero este lugar, Tenamaxtli, estas islas, son mi hogar Haz de ellas tu hogar también. Abuela ya se ha acostumbrado a tenerte aquí. Ya no te exigirá que te marches. ¿No es ésta una vida tan agradable como la que podríamos encontrar en cualquier otra parte? No hace falta temer a las tormentas ni a los extraños. Tirípetsi y yo hemos sobrevivido a todas las tormentas y tú también sobrevivirás. Y en cuanto a los forasteros, tú sabes que nunca más me acostaré con ellos. Soy tuya.

En vano traté de hacerle imaginar una vida más variada que podía vivirse en la tierra firme: la abundancia de comida, bebida y distracciones, de viajes, de educación para nuestra hija, de oportunidades de conocer a nuevas personas completamente diferentes a las que ella estaba acostumbrada.

—Pero Grillo —le dije—, tú y yo podemos tener otros hijos allí para que acompañen a la pequeña Tirípetsi. Incluso hermanos para ella. Aquí nunca podrá tenerlos.

Ixinatsi suspiró, como si se estuviera cansando de que la importunase, y dijo:

—Tirípetsi nunca podrá echar de menos aquello que no ha tenido jamás.

—¿Te he hecho enfadar? —le pregunté con ansiedad.

—Sí, estoy enfadada —me contestó, aunque al mismo tiempo se echó a reír de aquella alegre manera suya de grillo—. Toma… te devuelvo todos tus besos.

Y empezó a besarme, y siguió besándome cada vez que yo intentaba decir algo más.

Pero siempre, con dulce testarudez, rechazaba o contrarrestaba todos mis argumentos, y un día lo hizo aludiendo a la envidiable situación que yo disfrutaba entonces.

—¿No ves, Tenamaxtli, que cualquier hombre de tierra firme daría lo que tuviera por cambiar su puesto contigo? Aquí no sólo me tienes a mí para que te ame y me acueste contigo, y también a Tirípetsi cuando tenga suficiente edad; tienes, además, cuando lo desees, a cualquier otra mujer de estas islas. A todas las mujeres. Y con el tiempo, a sus hijas.

No era yo quién para empezar a predicar moralidad. Sólo pude protestar, aunque con completa sinceridad.

—¡Pero tú eres lo único que quiero!

Y ahora debo confesar algo vergonzoso. Aquel mismo día me fui a los bosques a pensar y me dije a mí mismo: «Ella es lo único que quiero. Me tiene cautivado, obsesionado, loco. Si la sacase de aquí arrastrándola en contra de su voluntad, nunca volvería a amarme. Y de todos modos, ¿adónde la llevaría? ¿Qué me aguarda allá? Sólo una guerra sangrienta… matar o que me maten. ¿Por qué no hacer lo que ella dice? Quedarme aquí, en estas hermosas islas».

Allí yo tenía paz, amor, felicidad. Las demás mujeres cada vez me exigían menos, ahora que había pasado la novedad. Ixínatsi, Tirípetsi y yo podríamos ser una familia independiente y autosuficiente. Puesto que yo había roto una de las tradiciones sagradas de las islas al vivir allí como ningún hombre lo había hecho antes, me parecía que podría romper otras. A la vieja Abuela no la habían escuchado en ese asunto, y, de todos modos, no viviría eternamente. Yo tenía muchas esperanzas de que podría apartar a las mujeres de su diosa Luna Nueva, que odiaba a los hombres, y convertirlas para que rindieran culto a la más bondadosa Coyolxauqui, diosa de la luna llena, la del corazón pleno. Ya no habría más niños recién nacidos que sirvieran de alimento a las ostras. Grillo y yo y todas las demás podrían tener hijos varones. Y yo, con el tiempo, me convertiría en el patriarca de aquel dominio insular y lo gobernaría con benevolencia.

Por lo que yo sabía, los españoles ya habían conquistado todo el Unico Mundo, de manera que era inútil tener esperanzas de conseguir nada volviendo allí. Aquí tendría mi propio Unico Mundo, y quizá pasaran haces y haces de años antes de que ningún explorador español se tropezase con él. Aunque los hombres blancos hubieran subyugado una parte tan grande de tierra firme, o lo hicieran más tarde, como para que los pescadores de Yakóreke no pudieran seguir visitando las islas, yo estaba seguro de que no revelarían la posición de las mismas. Y si ya no venían más… bueno, yo conocía el rumbo de ida y de vuelta. Yo y, con el tiempo, mis hijos

podríamos remar a escondidas hacia aquella orilla para procurarnos aquellas cosas necesarias en la vida, cuchillos, peines y todas esas cosas, que había que comprar con las perlas…

De ese modo tan vergonzoso consideré la idea de abandonar la empresa que había perseguido durante aquellos años desde que viera morir a mi padre quemado en la hoguera, la que me había llevado por derroteros tan distintos, la que me había metido en tantos peligros y me había hecho correr tantas aventuras. De ese modo tan vergonzoso traté de buscar una justificación para descartar los planes de vengar a mi padre y a todos los demás de mi pueblo que habían sufrido a manos de los hombres blancos. Así, de esa manera tan vergonzosa traté de idear excusas para olvidar a todos aquellos, Citlali, el niño Ehécatl, la intrépida Pakápeti, el cuáchic Comití, el ticití Ualiztli y los demás, que habían perecido mientras me ayudaban en mis propósitos de venganza. De ese modo tan vergonzoso me esforcé en buscar motivos plausibles para abandonar al caballero Nocheztli y al ejército que con tantas penalidades había reunido y, en realidad, para abandonar al mismo tiempo a todos los pueblos del Unico Mundo…

Desde aquel día siempre me he sentido avergonzado de haber siquiera pensado en buscarme la desgracia a mí mismo. Habría perdido una carrera en la que nunca tomé parte. De haber hecho aquello realmente, de haber sucumbido al amor de Ixínatsi y a las comodidades de las islas, dudo de que hubiera podido seguir viviendo con aquella vergüenza. Habría llegado a odiarme a mí mismo y luego habría vuelto aquel odio contra Grillo por ser la causante de que me odiase a mí mismo. Lo que quizá hubiera hecho por amor, habría acabado por destruir ese amor.

Y para mayor vergüenza, ni siquiera puedo afirmar con convicción que no hubiera acabado por decidir abandonar mi empresa, y con ello mi honor, porque ocurrió que fueron los dioses los que tomaron la decisión por mi.

Hacia el crepúsculo regresé a la orilla del mar, donde las buceadoras estaban vadeando hacia la playa con los últimos cestos del día. Ixinatsi iba entre ellas y, cuando vio que la estaba esperando, me llamó de manera alegre, traviesamente, con una sonrisa significativa.

—Me parece, querido Tenamaxtli, que ya te debo por lo menos otra kinú. En este momento me zambulliré y te traeré la Kukú de todas las kinuchas.

Dio la vuelta y se fue nadando hasta el promontorio más cercano de rocas, donde algunos indolentes cuguares marinos estaban tomando el sol; resplandecían bajo los últimos rayos de sol.

—Vuelve, Grillo —le grité—. Quiero hablar contigo.

Al parecer no me oyó. Estaba de pie en una de las rocas, brillando con un color tan dorado como el de los animales que la rodeaban, radiante y bella, dispuesta a tirarse al agua. Me saludó con la mano, se zambulló en el mar y nunca volvió a salir.

Cuando por fin comprendí que ni siquiera la mujer con los pulmones más resistentes habría podido permanecer tanto tiempo bajo el agua, lancé un grito de alarma. Las demás buceadoras que todavía estaban en las aguas poco profundas de la orilla salieron chapoteando a la playa, probablemente asustadas porque pensaron que yo había divisado la aleta de un tiburón. Luego, tras alguna vacilación, las más intrépidas entre ellas fueron nadando hasta la zona hacia donde yo señalaba, allí donde había visto sumergirse a Ixínatsi, y se pusieron a hacer inmersiones una y otra vez hasta que estuvieron exhaustas, pero sin encontrar a Ixínatsi ni ningún indicio de qué le había ocurrido.

—No todas nuestras mujeres —dijo una voz poco firme a mi lado— viven hasta llegar a ser tan viejas como yo.

Era Kukú, que naturalmente se había apresurado a acudir a la escena de los hechos. Aunque hubiera podido censurarme por haber turbado la placidez de su reino, o por tener en parte la culpa de la pérdida de Grillo, daba la impresión de que la anciana quería consolarme.

—Bucear para buscar kinús es un trabajo que es más que riguroso —dijo—. Es un trabajo peligroso. Allá abajo acechan peces salvajes, unos con dientes afilados, otros con aguijones venenosos, algunos con tentáculos para atrapar a sus presas. Sin embargo, no creo que Ixínatsi haya sido presa de ningún animal así. Cuando hay depredadores en las cercanías, los cuguares marinos lanzan ladridos de aviso. Lo más probable es que se la hayan tragado.

—¿Tragado? —repetí, pasmado—. Kukú, ¿cómo podría el mar tragarse a una mujer que ha vivido en él media vida?

—No ha sido el mar, sino una kuchunda.

—¿Qué es una kuchunda?

—Un molusco gigante, como una ostra, una almeja o una vieira, sólo que increíblemente mucho mayor. Tan grande como ese islote rocoso de allí donde sestean los cuguares marinos. Lo bastante grande como para tragarse a uno de esos cuguares marinos. Hay varias kuchúndacha por estos contornos, y no siempre sabemos dónde, porque tienen la habilidad, como un caracol, de arrastrarse de un lugar a otro. Pero son visibles y reconocibles, pues cada kuchunda mantiene abierta de par en par la enorme concha superior a fin de poder cerrarla sobre cualquier presa poco precavida; así que nuestras mujeres saben mantenerse alejadas de ellas. Ixínatsi debía de estar concentrada en recoger las ostras de una manera desacostumbrada. Quizá viera una perla preciosa, a veces sucede, cuando una ostra está abierta, y debió de relajar la vigilancia.

—Se fue precisamente prometiéndome una kinú así —le comuniqué con gran tristeza.

La anciana se encogió de hombros y suspiró.

—La kuchunda debió de cerrar la concha de golpe, con lxinatsi, o con la mayor parte de ella, dentro. Y como ese molusco no puede masticar, ahora la estará digiriendo lentamente con sus jugos corrosivos.

Me estremecí ante la imagen que la anciana evocaba y me alejé con pena del lugar donde había visto por última vez a mi amada Grillo. Las mujeres parecían estar también todas tristes, pero no se lamentaban ni lloraban. Parecía que consideraban aquello como un suceso que no se salía de lo corriente en un día de trabajo. A la pequeña Tiripetsi ya se lo habían dicho, y tampoco lloraba. Así que no lloré. Me limité a sufrir en silencio, y en silencio maldije a los dioses entrometidos. Si es que realmente tenían que interferir en mi vida indicándome con severidad los caminos y los días que me deparaba el futuro, bien podrían haberlo hecho sin poner fin tan espantosamente a la vida de la inocente, vivaz y maravillosa pequeña Grillo.

Sólo me despedí de Tirípetsi y de Abuela, pero no lo hice de ninguna de las demás mujeres no fuera a ser que intentaran retenerme. Ya no podía llevarme conmigo a la niña al lugar adonde iba, y sabía que estaría amorosamente atendida por sus tías y sus primas de las islas. Cuando llegó el alba me puse el elegante manto de pieles que Ixínatsi me había hecho, cogí el saco de perlas y me dirigí al extremo sur de la isla, donde mi acali me había estado aguardando durante aquel tiempo, abastecido de provisiones que había puesto allí la propia Ixinatsi. Empujé la embarcación hasta el mar y empecé a remar hacia el este.

De modo que las Islas de las Mujeres siguen siendo las Islas de las Mujeres, aunque confío en que ahora será un lugar de mayor convivencia por la noche. Y cualquier pescador de Yakóreke que las haya visitado después del tiempo que pasé en aquel lugar, no habrá tenido motivo para lamentar que yo estuviera allí. Los que llegaron justo después de mí difícilmente podrían haber engendrado hijos, pues con toda probabilidad las mujeres que pudieran ser madres ya estaban en camino de serlo, pero los hombres debieron de ser acogidos con tanto alborozo y debieron de entretenerlos de un modo tan abrumador que habrían sido muy ingratos si se hubieran quejado de que un misterioso forastero les hubiera precedido.

Pero yo pensaba, y eso esperaba mientras me alejaba, que quizá no estaría ausente para siempre. Algún día, cuando hubiera terminado de hacer lo que tenía que hacer, y si es que sobrevivía a ello… algún día, cuando Tirípetsi hubiera crecido para ser la imagen de su madre, la única mujer a la que he amado de verdad… algún día hacia el final de mis días…

27

Mi corazón estaba tan oprimido y mis pensamientos eran tan melancólicos que no sentí alarma alguna, apenas me di cuenta de que las islas se iban hundiendo detrás de mi hasta que las perdí de vista y de nuevo quedé solo en el temible vacío de alta mar. Lo que iba pensando era lo siguiente:

«Parece que de algún modo les eche una maldición a todas las mujeres por las que siento amor o aunque sólo sea cariño. Los dioses me las quitan de una manera cruel, y cruelmente también me dejan vivo a mí para que viva con pesar y sufrimiento».

Y también esto:

«Pero, ayya, cuando lamento mi pérdida estoy siendo enormemente egoísta, porque lo que les pasó a Ixínatsi, a Pakápeti y a Citlali fue muchísimo peor. Ellas perdieron todo el mundo y todos sus mañanas».

Y esto:

«Desde la infancia, mi prima Améyatl y yo sólo nos teníamos cariño, y sin embargo ella estuvo a punto de morir a causa de la prisión y de la degradación».

O esto:

«Rebeca, la niña mulata, y yo nos consideramos el uno al otro sólo un experimento. Pero cuando ella se fue de mis brazos para entrar en el confinamiento asfixiante de un convento, podría decirse que ella también perdió el mundo y todos sus mañanas».

Y así fue como en aquel momento y allí mismo tomé una decisión. De entonces en adelante llevaría la clase de vida que sería la más prudente y considerada hacia las mujeres que quedaban en el Unico Mundo. Nunca me dejaría de nuevo seducir por ninguna de ellas, ni dejaría que ninguna me amase. En cuanto a mí, los recuerdos del idilio que había compartido con Grillo me sostendrían para el resto de mis días. Y en lo referente a las mujeres, yo les haría una merced al no ponerlas en peligro con la maldición, fuera cual fuese, que yo comportaba.

Si cuando llegase a la costa en Yakórake y me dirigiese caminando hacia el norte, hacia Aztlán, encontraba la ciudad todavía intacta y a Améyatl todavía gobernando allí, rechazaría cualquier sugerencia por su parte de casarnos y reinar juntos. En adelante me dedicaría por entero a la guerra que yo había instigado y al exterminio o expulsión de los hombres blancos. No permitiría que ninguna mujer, nunca más, entrase en mi corazón, en mi vida. Y cuando mis necesidades físicas se hicieran abrumadoramente apremiantes, si es que se hacían así alguna vez, siempre podría encontrar alguna hembra a la que utilizar, pero eso sería todo lo que significaría para mí: un receptáculo útil, pero desechable. Nunca volvería a amar; nunca volvería a ser amado.

Y en todo el tiempo transcurrido desde que me hice ese juramento a mí mismo en

las vastas extensiones del mar Occidental, he mantenido tenazmente ese juramento. O al menos así fue hasta que te encontré, querida Verónica. Pero de nuevo me adelanto a mi crónica.

Al mismo tiempo que pensaba todo esto, también estaba ocupado en otra cosa. Hice unos pequeños cortes en la piel interior del manto de cuguar marino que Grillo me había hecho, sesenta y cinco cortes para ser exactos, y en cada uno de ellos oculté las perlas que llevaba; las cosí allí de modo que resultasen invisibles, utilizando para ello el anzuelo de hueso y el sedal que Grillo me había proporcionado. Y por el hecho de tener la mente y las manos ocupadas, a menudo descuidé la tarea de remar con el ahínco con que se me había indicado que lo hiciera, y me olvidé del hecho de que las corrientes del mar llevaban mi acali más al sur de lo que yo hubiera debido permitir que ocurriera.

En consecuencia, cuando por fin apareció a la vista la tierra firme en el horizonte oriental, no vi ni Yakóreke ni ninguna otra aldea. Bueno, tampoco importaba mucho. Por lo menos estaba de nuevo sobre el suelo sólido del Unico Mundo, y no me preocupó demasiado tener que hacer un viaje más largo a pie bordeando la costa hasta Aztlán. Al aproximarme a la orilla vi una playa en la cual varios hombres toscamente vestidos que tenían el mismo color de piel que yo estaban muy enfrascados llevando a cabo una tarea que no alcancé a distinguir bien, así que decidí dirigir mi embarcación hacia ellos. Cuando estuve más cerca vi que eran pescadores que estaban remendando las redes. Dejaron el trabajo para mirarme mientras yo llegaba a tierra, arrastraba mi acali hasta la arena y la ponía entre las acaltin de ellos, pero no parecieron extrañarse mucho al ver a un extraño con un manto lujoso aparecer de la nada.

—¡Mixpantzinco! —les grité.

—¡Ximopanolti! —respondieron ellos.

Y me sentí aliviado al oír que hablaban náhuatl. Ello significaba que por lo menos me encontraba en algún lugar de las regiones aztecas, y que no había ido a la deriva hasta tierras desconocidas.

Me presenté sólo como «Tenamaxtli», sin mayor protocolo, pero uno de los hombres era especialmente agudo y estaba muy bien informado para ser pescador.

—¿No serás el mismo Tenamaxtli que es primo de Améyatzin, la señora de Aztlán que en otro tiempo estuvo desposada con el difunto Káuritzin de nuestra Yakóreke? —me preguntó.

—En efecto, ése soy yo —admití—. Entonces, ¿sois hombres de Yakóreke?

—Sí, y nos llegó el rumor hace mucho tiempo de que estás viajando por todo el Unico Mundo para llevar a cabo una misión en nombre de esa señora y de nuestro difunto señor.

—En nombre de todos nuestros pueblos —le corregí—. Pronto oiréis más que

rumores. Pero decidme, ¿qué estáis haciendo aquí? No sé dónde he desembarcado exactamente, pero si que sé que estoy al sur de los terrenos de pesca de Yakóreke.

—Ayya, éramos demasiados allí y estábamos abarrotando las aguas. Así que unos cuantos de nosotros vinimos hasta aquí para probar fortuna y, ¡ayyo!, encontramos pesca abundante y un nuevo mercado para ella. Abastecemos a los residentes blancos de la ciudad que llaman Compostela, y pagan muy bien. Está por allá —señaló hacia el este—, sólo a unas cuantas carreras largas.

Me di cuenta de que había varado más lejos del rumbo de lo que había supuesto. Estaba incómodamente cerca de los mismos españoles de los que había escapado. Pero lo único que les dije a los pescadores fue:

—¿Y no tenéis miedo de que os capturen u os conviertan en esclavos cuando vais allí?

—Pues no, Tenamaxtli, parece un milagro. Últimamente los soldados han dejado el ejercicio de capturar esclavos. Y ese hombre al que llaman el gobernador parece incluso que ha perdido el interés en sacar plata de la tierra. Está muy atareado en equipar a sus soldados y en reunir otros de diferentes lugares para preparar una gran expedición al norte. Por lo que nosotros hemos podido averiguar no va a marchar contra Yakóreke, ni Tépiz, ni Aztlán ni ninguna otra de nuestras comunidades que todavía no están bajo su yugo. No será una expedición para atacar, conquistar ni ocupar. Pero sea lo que sea lo que planea, ha ocasionado una fiebre de excitación en la ciudad. El gobernador incluso ha cedido el gobierno de Compostela a un hombre llamado obispo, y ése parece ser que está indulgentemente bien dispuesto hacia nosotros, las personas que no somos blancas. Por fin somos libres de ir y venir, de pregonar nuestro pescado y de establecer nuestros propios precios.

Bien, aquélla era una noticia interesante. Ciertamente la expedición debía de tener algo que ver con aquellas míticas Ciudades de Antilia. Y el obispo no podía ser otro más que mi antiguo conocido Vasco de Quiroga. Estaba meditando cómo hacer que esos asuntos se volvieran hacia mi de forma conveniente, cuando el pescador habló de nuevo:

—Sentiremos marcharnos de aquí.

—¿Marcharos? ¿Por qué vais a tener que marcharos?

—Es que tenemos que regresar a Yakóreke. Se acerca la época en que los pescadores embarquemos para la recogida anual de ostras.

Sonreí al recordar y pensé, con bastante tristeza: «¡Ayyo, hombres afortunados!». Pero lo que dije fue:

—Si os dirigís al norte de nuevo, amigos, ¿querría alguno de vosotros hacerme un favor a mí… y a la viuda de vuestro difunto Káuritzin?

—Ciertamente. ¿De qué se trata?

—De recorrer las doce largas carreras hacia el norte… hasta Aztlán. Hace mucho

tiempo desde la última vez que estuve allí, y mi prima Améyatl quizá piense que he muerto. Decidle simplemente que me habéis visto, que gozo de buena salud y continúo empeñado en mi misión. Que espero que pronto dé frutos y que, cuando haya terminado, iré a informarla de ello a Aztlán.

—Muy bien. ¿Algo más?

—Sí. Dadle este manto de pieles. Decidle que, solamente en el caso de que mi misión fracasara por cualquier motivo y ella se hallase en peligro a causa de los hombres blancos o de cualquier otro enemigo, este manto le proporcionar sustento y protección durante toda su vida.

El hombre se quedó perplejo.

—¿Una simple piel de cierva marina? ¿Cómo?

—Es una piel de cierva marina muy especial. Tiene cierta magia. Améyatl descubrirá esa magia cuando la necesite, si es que la necesita.

El hombre se encogió de hombros.

—Como tú digas. Considéralo hecho, Tenamaxtli.

Les di las gracias a todos ellos, les dije adiós y me puse en camino hacia tierra adentro, hacia Compostela.

No tenía particular aprensión de estar en peligro al regresar con tanto descaro a la ciudad de la que había hecho mi memorable huida. De todos los que podían reconocerme y denunciarme, Yeyac y Gónda Ke estaban muertos. Coronado, al parecer, estaba demasiado atareado para hacer mucho caso de los indios que vagasen errantes por las calles. Y lo mismo, presumiblemente, le ocurriría a fray Marcos, si es que residía allí. No obstante, recordé el consejo que había recibido hacía ya mucho tiempo: hay que llevar siempre algo a cuestas y aparentar estar ocupado. En el barrio de esclavos situado en las afueras de la ciudad encontré una viga de madera cuadrada, toscamente tallada, que estaba en el suelo sin que al parecer nadie le prestase atención. Me la cargué al hombro y fingí que pesaba mucho para poder caminar un poco encorvado bajo ella y disimular así mi elevada estatura.

Luego me dirigí al centro de la ciudad, donde se alzan las dos únicas construcciones de piedra que hay en ella, el palacio y la iglesia. El palacio tenía sus habituales guardas a la entrada, pero no se fijaron en mí cuando pasé por delante de ellos arrastrando los pies. Al llegar a la puerta de la iglesia, que no tenía vigilancia, dejé caer el madero en el suelo, entré en el edificio y abordé al primer español de testa afeitada que encontré. Le dije, en español, que llevaba un mensaje del obispo Zumárraga, colega de su superior. El monje me miró un poco de soslayo, pero se encaminó a alguna parte; más tarde regresó, me hizo señas y me guió a los aposentos del obispo.

—¡Ah, Juan Británico! —exclamó el buen y confiado anciano—. Ha pasado mucho tiempo, pero te habría conocido al verte. Toma asiento, querido compañero,

toma asiento. ¡Qué placer verte de nuevo! —Llamó a un criado para que trajera un refrigerio y luego continuó hablando sin suspicacia alguna—. Sigues haciendo trabajo de evangelista para el obispo Zumárraga entre los no conversos, ¿no es así? ¿Y cómo está mi viejo amigo y colega Juanito? ¿Dices que me traes un mensaje de su parte?

—Pues… medra y prospera, excelencia. —El padre Vasco era el único hombre blanco al que yo concedería ese título de respeto—. Y su mensaje… esto… pues… —Miré a mi alrededor; aquella iglesia era muy inferior a la de Zumárraga, en la Ciudad de México—. Expresa su esperanza, excelencia, de que pronto tengas una casa de culto que corresponda a tu alta posición.

—¡Qué amabilidad por parte de Juanito! Pero seguramente su excelencia sabe que ya se están haciendo los planos de una grandiosa catedral para Nueva Galicia.

—Quizá ahora ya lo sepa —dije yo sin convicción—. Pero yo, como estoy constantemente de viaje…

—¡Ah, pues regocíjate de ello conmigo, hijo mío! Sí, se construirá en la provincia que tu gente llama Xaliscan. Allí se está levantando una magnífica ciudad, que actualmente se conoce por el nombre nativo de Tonalá, pero creo que ese nombre se va a cambiar por el de Guadalajara en honor de la ciudad de Vieja España de ese nombre de donde es original la casa de Mendoza. La familia de nuestro virrey, ya sabes.

Yo le pregunté:

—¿Y cómo les va a las comunidades de tu Utopía alrededor del Lago de los Juncos?

—Mucho mejor de lo que me esperaba —me contestó—. En los alrededores ha habido levantamientos de purepechas desafectos. De mujeres purepes, ¿te lo imaginas? Amazonas; son malvadas y vengativas. Han causado muchas muertes, han hecho mucho daño y han llevado a cabo toda clase de hurtos entre los asentamientos españoles. Pero no sé por qué motivo han perdonado a nuestro pequeño Edén.

—Probablemente te reconozcan y te estimen, padre, como un cristiano ejemplar —mentí, pero sin doble intención—. ¿Por qué te fuiste de allí?

—Su excelencia el gobernador Coronado me necesitaba aquí. En breve emprenderá un viaje azaroso que podría incrementar de manera considerable la riqueza de Nueva España. Y me ha pedido que administre el gobierno de Compostela en su ausencia.

—Excúsame, mi señor, pero no parece que apruebes por entero esa aventura.

—Bueno… más riqueza… —dijo el obispo al tiempo que dejaba escapar un suspiro—. Don Francisco aspira a alcanzar la talla de los primeros conquistadores, y con el mismo grito de guerra: «Gloria, Dios y oro». Yo sólo desearía que pusiera a Dios en primer lugar. Está viajando, aunque no como tú, Juan Británico, que lo haces para evangelizar en nombre de la Santa Madre Iglesia, sino para encontrar y saquear

algunas ciudades lejanas que tienen fama de estar llenas de tesoros.

Sintiendo un pinchazo de vergüenza por estar allí como un impostor, murmuré:

—He viajado a lo largo y a lo ancho, pero no sé nada de esas ciudades.

—Sin embargo, parece que en realidad existen. Un esclavo moro que ya había estado allí antes guió hasta ellas a cierto fraile. El bueno de fray Marcos ha regresado hace muy poco con su escolta de soldados, pero sin el esclavo. Fray Marcos afirma haber visto las ciudades; dice que se llaman las ciudades de Cibola; pero las vio sólo de lejos, porque naturalmente están muy vigiladas para que no se descubran con facilidad. Tuvo que darse la vuelta cuando aquel pobre y leal esclavo fue asesinado por los esclavos que hacían de guardianes. Pero el firme y valiente fraile está a punto ahora de guiar allí a Coronado, esta vez con una tropa invencible de soldados armados.

Era la primera vez que le oía decir a alguien una palabra de elogio del Monje Mentiroso. Y estaba dispuesto a apostar a que Esteban seguía vivo, aunque ahora en libertad, y que probablemente pasaría el resto de su vida, cuando no estuviera gozando de las mujeres del desierto, riéndose de sus crédulos y avariciosos antiguos amos.

—Si el fraile sólo vio las ciudades de lejos —quise saber—, ¿cómo puede estar seguro de que en realidad se encuentran llenas de tesoros?

—Oh, vio resplandecer las paredes de las casas, que están recubiertas de oro y tachonadas de destellantes gemas. Y se acercó lo suficiente como para ver a los habitantes yendo y viniendo de un lado a otro ataviados con sedas y terciopelos. Jura que vio todo eso. Y fray Marcos está, al fin y al cabo, sujeto a los votos de su orden que le obligan a no decir nunca una mentira. Parece cierto que don Francisco regresará de Cibola triunfante y cargado de riquezas para ser recompensado con la fama, la adulación y el favor de su majestad. Sin embargo…

—Preferirías que trajera almas en vez de eso —le sugerí—. Conversos para la Iglesia.

—Pues si. Pero no soy un hombre pragmático. —Soltó una risita de auto desaprobación—. Sólo soy un viejo clérigo ingenuo que cree de un modo piadoso y pasado de moda que nuestra verdadera fortuna nos espera en el otro mundo.

—Todos esos conquistadores de España que alardean tanto… todos ellos juntos no igualarían la valía de un solo Vasco de Quiroga —le aseguré, y lo dije con sinceridad.

Volvió a reírse e hizo un gesto con la mano para rechazar el cumplido.

—Pero no soy el único que pone en tela de juicio la prudencia de que el gobernador se apresure a lanzarse de cabeza hacia Cibola. Muchos la consideran una aventura temeraria e imprudente… que puede ocasionar más mal que bien a Nueva España.

—¿Cómo es eso? —le pregunté.

—Está reuniendo a todos los soldados que puede congregar desde los rincones más apartados del territorio. Y no le hace falta reclutarlos. Por todas partes oficiales y soldados rasos por igual solicitan que se los aparte de sus deberes acostumbrados para unirse a Coronado. Incluso algunos que no son soldados, mercaderes de las ciudades y trabajadores del campo, se están procurando monturas y armas para alistarse. Cualquier presunto héroe y caza fortunas ve ésta como la oportunidad de su vida. Además, Coronado está reuniendo caballos de remonta para sus soldados, caballos y mulas de carga, armas y munición extra, toda clase de provisiones, esclavos indios y moros para que hagan de porteadores y de pastores, e incluso rebaños de ganado para que sirvan de provisiones durante el camino. Está debilitando seriamente las defensas de Nueva España, y la gente está preocupada por eso. Los ataques de esas amazonas purepes aquí, en Nueva Galicia, son bien conocidos, así como las frecuentes incursiones de salvajes a través de las fronteras del norte, y se han producido incidentes sangrientos e inquietantes de desasosiego incluso entre los prisioneros y esclavos de nuestras minas, fábricas y obrajes. La gente teme, con razón, que Coronado vaya a dejar a Nueva España incómodamente vulnerable a la expoliación, tanto desde fuera como desde dentro.

—Ya comprendo —dije tratando de no mostrarme complacido, aunque nada hubiera podido complacerme más que oír aquello—. Pero el virrey que está en la Ciudad de México, ese señor Mendoza, ¿también considera una locura el proyecto de Coronado?

El obispo pareció turbado.

—Como he dicho, no soy un hombre pragmático. No obstante, puedo reconocer el oportunismo cuando lo veo. Coronado y don Antonio de Mendoza son viejos amigos. Coronado está casado con una prima del rey Carlos. Mendoza es también amigo del obispo Zumárraga, y él, me temo, siempre está demasiado dispuesto a respaldar cualquier aventura calculada para complacer y enriquecer al rey Carlos… y congraciarse él mismo con el rey y con el Papa, y que Dios me perdone por decirlo. Pon en orden esos hechos, Juan Británico. ¿Es probable que alguien, de alto o bajo rango, le diga a Coronado una palabra de desaliento?

—Yo no, por supuesto —le comenté con alegría—; soy el más bajo de los bajos. —Pensé que yo era como el gusano del fruto de coyacapuli, que habiendo comido la fruta mucho tiempo por dentro está a punto de hacer que ésta estalle en pedazos—. Te agradezco la gentileza que has tenido al recibirme, excelencia, y los pasteles y el vino, y te pido licencia para proseguir mi camino.

Siendo más decente con un humilde indio que cualquier otro hombre blanco que yo hubiera conocido, el padre Vasco me animó cordialmente a quedarme un tiempo más para residir bajo su techo, asistir a los servicios, confesarme, comulgar y

conversar largo y tendido, pero yo le mentí un poco más y le dije que tenía instrucciones de apresurarme para «llevar el mensaje» a una tribu pagana aún no regenerada que se encontraba a cierta distancia de allí.

Bueno, no era una mentira del todo. En realidad, sí que tenía un mensaje que llevar, y a una considerable distancia. Salí de Compostela, esta vez sin tener que hacerlo a escondidas, pues nadie me prestó la más mínima atención, y me dirigí a paso vivo hacia Chicomóztotl.

—¡Gracias sean dadas a Huitzilopochtli y a los demás dioses! —exclamó Nocheztli—. Has llegado por fin, Tenamaxtzin, y no se puede decir que lo hayas hecho demasiado pronto. Tengo aquí el más numeroso ejército que se haya reunido nunca en el Unico Mundo, y todos los hombres del mismo patean de un lado a otro con impaciencia por ponerse en marcha, y apenas he sido capaz de tenerlos a raya, cumpliendo tus órdenes.

—Has obrado bien, fiel caballero. Acabo de atravesar las tierras españolas y está claro que nadie de allí tiene la menor sospecha de la tormenta que se avecina.

—Eso es bueno. Pero entre nuestra propia gente debe de haberse corrido la voz de boca en boca. Hemos adquirido muchos reclutas además de los que habíamos alistado por estos contornos, y hay otros que han venido del norte en oleadas y que dicen que tú los habías enviado. Por ejemplo, esas mujeres guerreras de Michoacán que han hecho el camino hasta aquí. Dicen que ya están cansadas de llevar a cabo simples escaramuzas contra las propiedades españolas; quieren estar con nosotros cuando marchemos en son de guerra. Además, hay incontables esclavos (indios, moros y de razas mezcladas) que se han fugado de minas, plantaciones y obrajes; se las han arreglado para encontrar este lugar. Están incluso más ávidos que el resto de nosotros por causar estragos contra sus amos, pero he tenido que someterlos a un entrenamiento especial, pues pocos han tenido antes una arma en las manos.

—Cada hombre es importante —le dije—, y cada mujer. ¿Puedes decirme cuántos tenemos en total?

—Pues según mis cálculos un centenar de cientos. Una hueste formidable, en verdad. Hace mucho que desbordaron las siete cavernas que hay aquí y están acampados por estas montañas. Como proceden de tantas naciones, y quizá de cien tribus diferentes dentro de esas naciones, me pareció que lo mejor sería asignar y segregar sus lugares de acampada de acuerdo con sus orígenes. Muchos de ellos, como sin duda sabes, han sido enemigos durante siglos unos de otros… o de los demás. No quería que aquí estallara una guerra interna.

—Una manera muy astuta de llevar las cosas, caballero Nocheztli.

—No obstante, el mismo hecho de que nuestras fuerzas sean tan variadas hace que resulte muy complicado dirigirlas. He delegado en los mejores de mis colegas caballeros y suboficiales para que cada uno sea responsable de un grupo u otro de

guerreros. Pero sus órdenes, instrucciones, reprimendas, lo que sea, en lengua náhuatl, sólo se les pueden dar a aquellos guerreros, jefes de tribu, que son capaces de entender náhuatl. Esos, a su vez, tienen que traducir a su lengua las palabras y decírselas a sus hombres. Y luego las palabras deben pasarse a la tribu siguiente, que quizá hablen un dialecto diferente de la misma lengua, pero a los que por lo menos se les puede hacer entender. A su vez, ellos, de la mejor manera posible, transmiten las palabras a otra tribu. Probablemente un hombre de cada cien de todos ellos pasa buena parte de su tiempo actuando como intérprete. Y, desde luego, con frecuencia, las órdenes se distorsionan en el curso de ese largo proceso, lo que ha dado lugar a algunos malentendidos bastante llamativos. Todavía no ha llegado a pasar, pero uno de estos días, cuando tenga un contingente de nuestros hombres formados y les dé la orden a los de la primera fila de «¡Presenten armas!», los hombres de la última fila van a entender que se tumben a dormir. En cuanto a esos yaquis que enviaste, ninguno de nosotros puede comunicarse con ellos. No me entenderían ni aunque les ordenase realmente que se durmieran.

Tuve que reprimir una sonrisa ante aquel desbordamiento de exasperación de Nocheztli. Pero estaba orgulloso y admiraba el modo como había manejado aquel vasto ejército bajo unas condiciones tan difíciles, y así se lo dije.

—Bueno —me indicó—, hasta el momento he sido capaz de evitar que hubiera hombres demasiado ociosos y que se peleasen entre sí; les he dado las órdenes que pudieran transmitírseles, incluso a los yaquis, con gestos y demostraciones en vez de palabras, y así los he mantenido ocupados en diversas tareas. A unos grupos les he asignado que se encarguen de la caza, de la pesca y de la recogida de comida, por ejemplo, y he hecho que otros se ocupen de quemar carbón vegetal, de mezclar la pólvora, de hacer el moldeado de las bolas de plomo, y así sucesivamente. Esos correos que enviaste a Tzebóruko y a Aztlán regresaron con amplias provisiones de polvo amarillo y de ese salitre amargo. Así que ahora tenemos tanta pólvora y tantas bolas como podamos transportar cuando nos marchemos de aquí. Me complace informarte, además, de que tenemos muchos más palos de trueno que antes. Las mujeres purepes trajeron una gran cantidad de los que capturaron a los españoles de Nueva Galicia, y lo mismo hicieron numerosos guerreros de las tribus del norte, que los robaron de los puestos avanzados del ejército español según venían hacia aquí atravesando la Tierra Disputable. Ahora casi tenemos cien de esas armas, y aproximadamente el doble de esa cantidad de hombres que se han convertido en expertos en su utilización. Además hemos adquirido un buen arsenal de cuchillos y espadas de acero.

—Es muy gratificante oír todo eso —le dije—. ¿Tienes algo no tan gratificante de lo que informarme?

—Sólo que estamos mejor abastecidos de armamento que de comida. Dado que

hay un centenar de cientos de bocas que alimentar… bien, ya te puedes imaginar. Nuestros cazadores y los que buscan comida ya han matado hasta el último animal, han arrancado todos los frutos, nueces y verduras comestibles de estas montañas y han vaciado las aguas, en las que ya no queda ni un pez. Tuve que ponerles unos límites geográficos para ir a buscar comida, ya ves, a fin de evitar que se alejaran demasiado, no fuera que la noticia de su actividad llegase a oídos no convenientes. Pero quizá tú desees dar una contraorden, Tenamaxtzin, porque ahora nos tenemos que conformar con raciones verdaderamente escasas: raíces, tubérculos, ranas e insectos. Tal privación es, desde luego, beneficiosa para los guerreros. Eso los hace estar magros, duros y ansiosos por sacar beneficio de las tierras de abundancia que invadiremos. No obstante, además de las mujeres purepes que están ahora entre nosotros, un buen número de esos esclavos fugados que han venido aquí huyendo son mujeres y niños. Odio hablar yo mismo como una mujer, pero de verdad me dan lástima esos seres débiles que han venido confiando en que nosotros cuidaríamos de ellos. Espero, mi señor, que darás al instante orden de que todos marchemos de aquí a tierras de mayor abundancia.

—No —le contesté—. No voy a dar todavía esa orden, y tampoco contradiré ninguna de tus órdenes, aunque todos tengamos que vivir durante algún tiempo mascando el cuero de nuestras propias sandalias. Y te diré por qué. —A continuación le repetí a Nocheztli lo que el obispo Quiroga me había confiado, y añadí—: Esta, pues, es mi primera orden. Envía hacia el oeste a hombres con ojos agudos y pies ligeros. Tiene que haber uno apostado, bien oculto, junto a cada camino, cada sendero, cada vereda de ciervos que vaya hacia el norte desde Compostela. Cuando pase el gobernador Coronado con su comitiva, quiero un recuento de sus hombres, de las armas, de los caballos, de las mulas, de los porteadores, de los bultos… de todo lo que lleve consigo. No atacaremos esa comitiva, porque el muy tonto nos está haciendo un favor inmenso. Cuando me llegue el informe de que el gobernador y sus compañeros han pasado, y cuando estime que se han alejado lo suficiente hacia el norte, entonces, pero no antes, nos moveremos. ¿Estás de acuerdo, caballero Nocheztli?

—Naturalmente, mi señor —respondió al tiempo que movía la cabeza lleno de admiración—. Es asombroso, qué buena fortuna para nosotros y qué conducta más tonta por parte de Coronado. Nos deja el campo abierto de par en par.

Resultó un poco inmodesto por mi parte, pero no pude evitar decir:

—Me alabo a mí mismo al decir que tuve algo que ver, hace mucho, al organizar tanto esa buena fortuna como la conducta tonta. Durante años he estado intentando descubrir un punto débil en la aparente invulnerabilidad de los hombres blancos. Y lo he encontrado: es la avaricia.

—Eso me recuerda algo —dijo Nocheztli—. Casi se me olvidaba mencionar una

cosa bastante asombrosa. Entre los fugitivos que vinieron hasta nosotros en busca de asilo se encuentran dos hombres blancos.

—¿Qué? —pregunté, incrédulo—. ¿Españoles que huyen de su propia gente? ¿Que se vuelven contra su propia gente? Nocheztli se encogió de hombros.

—No sé. Parecen unos españoles muy raros. Ni siquiera los pocos aztecas que sabemos alguna palabra de español podemos entender el español que intentan hablar con nosotros.

Pero los dos farfullan entre ellos con unos ruidos parecidos a siseos y a graznidos de ganso. —Hizo una pausa y luego añadió—: He oído decir que a los españoles su religión les prohíbe deshacerse de los niños que nacen con alguna deficiencia en el cerebro. Quizá se trate de dos personas con algún defecto que han llegado a hombres sin saber lo que hacen.

—Si es así, seremos nosotros quienes nos deshagamos de ellos para no tener que darles de comer. Iré a echarles un vistazo más tarde. Mientras tanto, y hablando de comer, ¿podría solicitar que se me diera una comida… o los gusanos y espinos que constituyan el menú de hoy?

Nocheztli sonrió.

—Seríamos tan tontos como los hombres blancos si hiciéramos pasar hambre y debilitásemos a nuestro jefe y señor. Tengo reservadas unas piezas de ciervo ahumado.

—Te doy las gracias. Y mientras me doy un festín con esas viandas, mándame a quienquiera que sea el oficial que has nombrado líder de esas mujeres purepes.

—Tienen su propio líder, una mujer. Se negaron a que les diese órdenes ningún hombre.

Tendría que haberlo supuesto. El líder era la misma mujer con cara de cóyotl que tenía el inapropiado nombre de Mariposa. Para anticiparme a que se pusiera mandona conmigo, la felicité por seguir con vida y por los numerosos éxitos en los saqueos que había encabezado contra los blancos de Nueva Galicia, y le agradecí que hubiera respetado las comunidades de Utopía, tal como yo le había pedido. Mariposa se enorgulleció al ser alabada de aquella manera y pareció aún más agradecida cuando dije:

—Quiero armar a tu valiente contingente de mujeres guerreras con una arma especial que será sólo vuestra. Además, es una arma que quienes mejor pueden fabricarla son las mujeres, cuyos dedos son más delicados, ágiles y precisos que los de ningún hombre.

—Sólo tienes que mandarnos, Tenamaxtzin.

—Es una arma que inventé yo mismo, aunque los españoles tienen algo parecido; lo llaman granada.

Les expliqué cómo envolver con arcilla pólvora prensada e insertar en ella un

poquietl delgado a modo de mecha para luego cocerlo todo al sol a fin de que se endureciera.

—Luego, cuando entremos en combate, mi señora Mariposa y lleve consigo varias de esas granadas. Que cada una de tus mujeres vaya fumando un poqufetl siempre que se presente la oportunidad, prendedle fuego a la mecha de una granada y arrojadla contra el enemigo o, mejor aún, dentro de sus casas, puestos avanzados o fortalezas. Veréis cómo se produce un daño espectacular.

—Suena delicioso, mi señor. Nos pondremos a fabricarlas ahora mismo.

Cuando acabé de roer la carne de ciervo, de beber un poco de octli y de fumarme yo mismo un poquietl, mandé que llevasen ante mi a aquellos dos blancos «raros».

Pues bien, resultó que no eran españoles ni defectuosos, aunque me costó un rato de malentendidos averiguarlo. Uno de los hombres era bastante mayor que yo, y el otro un poco más joven. Ambos eran tan blancos y tan peludos como los españoles, pero, como los demás esclavos que había entonces en nuestro campamento, iban descalzos y vestidos con harapos. Evidentemente, de algún modo, los habían puesto al corriente de que yo era el jefe de todas las personas que estaban congregadas allí, así que se acercaron a mi con respeto. Como había dicho Nocheztli, hablaban un español muy imperfecto, pero nos las arreglamos para entendernos la mayor parte de las veces. Sin embargo, salpicaban su conversación con palabras que sólo espero aproximar aquí, porque de verdad que sonaban como el cotorreo de un ganso.

Me presenté en un español lo bastante simple como para que me entendiera incluso un retrasado.

—Vuestra gente española me llama Juan Británico. ¿Qué sois vosotros…?

Pero el más viejo me interrumpió.

—¿John British?

Y ambos se quedaron mirándome con los ojos abiertos de par en par, y luego se pusieron a graznar con excitación el uno con el otro. Solamente alcancé a captar que aquella palabra, «british», la repetían varias veces.

—Por favor —les pedí—, hablad en español si sabéis.

Y así lo hicieron, en gran parte, de entonces en adelante. Pero para relatar aquella conversación tengo que hacer que parezca que hablaban con mucha más fluidez de lo que lo hacían, y también yo hago todo lo que puedo con tal de pronunciar las frecuentes palabras de ganso.

—Te pido perdón, John British —comenzó a decir el mayor de los dos—. Le decía a Miles, aquí presente, que, voto a bríos, por fin tenemos una racha de… una racha de lo que nosotros llamamos suerte… una racha de buena suerte. Tú debes de ser un náufrago, como nosotros. Pero Miles ha dicho, y yo también… por Dios, capitán, que no pareces ser british.

—Sea eso lo que sea, no lo soy —le contesté—. Soy azteca… vosotros diríais

indio… y mi verdadero nombre es Téotl Tenamaxtli. —Ambos hombres me miraron con caras tan inexpresivas como pueden serlo las caras de los hombres blancos—. Nadie más que los españoles me llama por el nombre cristiano de Juan Británico.

Cruzaron entre ellos más graznidos y siseos, y la palabra «christian» se oyó varias veces. El mayor de los dos se dirigió de nuevo a mi.

—Bueno, por lo menos eres un indio cristiano, capitán. Pero ¿acaso eres uno de esos dichosos y puñeteros papistas? ¿O perteneces a la buena Iglesia de Inglaterra del Libro del Obispo?

—¡No soy cristiano de ninguna clase! —le respondí con brusquedad—. Y soy yo quien hace aquí las preguntas. ¿Quiénes sois vosotros?

Me lo dijo, y entonces fui yo quien puso la expresión en blanco. Los nombres lo mismo hubieran podido ser de yaquis que de gansos. Pero desde luego no eran españoles.

—Mira —me dijo—. Sé escribir. —Se puso a buscar a su alrededor una piedra afilada mientras decía—: Soy un artista marinero de barco, eso soy. Lo que los españoles llaman un navegador. Miles sólo es un ignorante. —Con la piedra comenzó a escribir en la tierra, a mis pies, que es por lo que puedo dar exactamente los nombres aquí—. JOB HORTOP… ése soy yo… y MILES PHILIPS… que es él.

Había hablado de barcos y del mar, así que le pregunté:

—¿Estáis al servicio del rey Carlos?

—¿El rey Carlos? —bramaron a la vez. Y el más joven añadió con indignación:

—Nosotros servimos al buen rey Henry de Inglaterra, benditas sean sus pelotas de latón. ¡Y por eso, maldita sea, es por lo que estamos donde estamos!

—Perdónale, John British —dijo el mayor—. Los marineros vulgares no tienen modales.

—He oído hablar de Inglaterra —les comenté al recordar lo que el padre Vasco me dijera en una ocasión—. ¿Conocéis acaso a don Tomás Moro? —Otra vez la expresión de sus caras mostraba que se habían quedado en blanco—. ¿O su libro acerca de Utopía?

El artista marinero suspiró y dijo:

—Pido otra vez tu perdón, capitán. Sé leer y escribir un poco. Pero nunca he leído libros.

Yo también suspiré y les pregunté:

—Por favor, decidme sólo cómo es que estáis aquí.

—Sí, sí, señor. Verás, lo que ocurrió es que embarcamos en un buque mercante de Hawkins que partía de Brístol y que navegaba bajo bandera genovesa para llevar un cargamento de ébano, ya sabes a qué me refiero, en la travesía intermedia desde Guinea hasta Hispaniola. Bien, llegamos hasta la isla de la Tortuga. Una tormenta nos hizo naufragar contra los arrecifes, y Miles y yo fuimos los únicos de la tripulación

blanca que llegamos vivos a la costa, adonde nos lanzó el mar, junto con numerosos seres de color ébano. Los condenados piratas de Jack Napes nos convirtieron en esclavos, lo mismo que hicieron con los negros. Desde entonces hemos ido pasando de mano en mano… Hispaniola, Cuba… y finalmente acabamos recogiendo estopa en un muelle de Veracruz. Cuando un puñado de esclavos negros se escapó, nos vinimos con ellos. No teníamos dónde ir, pero los negros se enteraron de que algunos rebeldes se estaban congregando en estas montañas. De manera que aquí estamos, capitán. Maldita sea, si nos aceptas, nosotros nos rebelaremos contra los puñeteros españoles. Y contentos estaremos, Miles y yo, de matar a cualquier Jack Napes hijo de puta que tú nos señales. Sólo tienes que darnos un alfanje a cada uno.

Todo aquello no tenía demasiado sentido para mi, excepto la última parte, a la que respondí:

—Si lo que quieres decir es que deseáis luchar a nuestro lado, muy bien. Se os darán armas. Pero puesto que yo soy la única persona en este ejército que puede, aunque sea con mucho trabajo, entenderos y hacer que vosotros me entendáis…

—Te pido perdón otra vez, John British. Una buena cantidad de los esclavos de allí… negros, indios y también mestizos… hablan el español mejor que nosotros. Hay una mocita mestiza que hasta lo sabe leer y escribir.

—Gracias por decírmelo. Puede serme útil cuando quiera enviar alguna declaración de asedio a alguna ciudad española, o dictar las condiciones de rendición. Mientras tanto, puesto que yo soy el único de los que mandan este ejército que puede hablar con vosotros, sugiero que, cuando entremos en combate, los dos permanezcáis cerca de mí. Además, como a mi lengua le resulta difícil pronunciar vuestros nombres, y en la batalla quizá tenga necesidad de pronunciarlos con urgencia, os llamaré Uno y Dos.

—Cosas peores nos han llamado —intervino Dos—. Y por favor, señor, ¿podemos llamarte capitán John? Nos hace sentirnos en casa, por así decir.

28

—Ese hombre, Coronado… pasó por donde estaba yo… hace seis días…

El corredor jadeó al tiempo que hundía con cansancio ante mí las rodillas y los codos en tierra; el cuerpo le daba sacudidas en su esfuerzo por buscar algo de aliento y chorreaba sudor.

—Entonces, ¿por qué has tardado tanto en venir a informarme? —le exigí con enfado.

—Querías… la cuenta… mi señor —dijo sin dejar de jadear—. Cuatro días contando… dos días corriendo…

—Por Huitzli —murmuré, ahora con benevolencia; y le palmeé a aquel hombre el hombro húmedo y tembloroso—. Descansa, hombre, antes de seguir hablando. Nocheztli, envía a buscar agua y algo de comida para este guerrero. Ha cumplido arduamente con su deber durante seis días y sus noches.

El hombre bebió agradecido, pero, como era un experimentado corredor veloz, bebió sólo un poco al principio y luego mordió con voracidad la fibrosa carne de ciervo. En cuanto pudo hablar coherentemente y sin que los jadeos le obligaran a interrumpirse, dijo:

—Primero venía ese hombre, Coronado, y junto a él otro hombre con atuendo negro sacerdotal, ambos montados en hermosos caballos blancos. Tras ellos venían muchos soldados montados, de cuatro en cuatro cuando el camino era lo suficientemente ancho, con más frecuencia de dos en dos, porque Coronado eligió un sendero no muy transitado, y por lo tanto no muy despejado. Cada jinete, excepto el que iba de negro, llevaba el yelmo de metal y la armadura de metal y cuero completa, y cada hombre portaba un palo de trueno y una espada de acero. Todo hombre montado llevaba de las riendas además detrás de él uno o dos caballos. Luego venían más soldados, igualmente con armadura, pero éstos a pie, con palos de trueno y lanzas largas de hoja ancha. Aquí, mi señor, tienes la cuenta de todos esos soldados.

Me entrego tres o cuatro hojas de parra de un fajo que había traído; en ellas había marcas blancas producidas con una ramita con punta. Me complació ver que el corredor sabía contar como es debido: puntos que representaban las unidades, banderitas para las veintenas, arbolitos para los centenares. Le entregué a Nocheztli las hojas y le pedí:

—Súmame el total.

El corredor continuó contando que la columna era muy larga y populosa y que avanzaba a paso de marcha, por lo que tardó cuatro días en pasar junto a su escondite. Aunque se detenían cada noche y levantaban un tosco campamento, él no se había atrevido a dormir por miedo a que le pasara inadvertido alguien o cualquier cosa que Coronado hubiera ordenado que avanzase en secreto y a oscuras. A intervalos durante

su relato, el corredor me fue entregando más hojas:

—La cuenta de los caballos para montar, mi señor…

O:

—La cuenta de los caballos y de otros animales que llevaban fardos.

Y también:

—La cuenta de los hombres sin armadura, algunos blancos, otros negros, otros indios, que conducían a los animales o llevaban ellos mismos fardos…

Y finalmente:

—La cuenta de las bestias con cuernos llamadas ganado, que iban al final de la columna.

Yo a mi vez le fui pasando las hojas con las cuentas a Nocheztli, y luego dije:

—Corredor veloz, lo has hecho extraordinariamente bien. ¿Cómo te llamas y cuál es tu rango?

—Me llamo Pozonali, mi señor, y solamente soy recluta yaoquizqui.

—Ya no. De ahora en adelante eres iyac. Ahora vete, iyac Pozonali, y come, bebe y duerme hasta que te hartes. Luego cógete una mujer, cualquier purepe o una esclava, a tu elección, y dile que obedeces una orden mía. Te mereces el mejor refrigerio que podamos ofrecerte.

Nocheztli había estado pasando las hojas de parra y murmurando para sus adentros. Luego dijo:

—Si la cuenta está bien hecha, Tenamaxtzin, y avalo la buena fama que tiene Pozonali de ser fiable en sus cálculos, esto desafía la credibilidad. Aquí tienes los totales, según mis cálculos. Además de Coronado y el fraile, dos centenares y cincuenta soldados montados, con seis centenares más veinte caballos de montar. Otros setenta y cuatro cientos de soldados de a pie. Diez centenares completos de animales de carga. Otros diez centenares de esos hombres sin armadura: esclavos, porteadores, pastores, cocineros o lo que quiera que sean. Y cuatro centenares más cuarenta de ganado. Envidio a los españoles toda esa carne fresca que tienen en pie —concluyó con cierto pesar.

—Podemos dar por supuesto que Coronado se ha llevado con él sólo a los oficiales más experimentados y a los hombres mejor entrenados de todos los que disponía, y los mejores caballos, e incluso los esclavos más fuertes y más leales —le comenté—. También los arcabuces más nuevos y mejor hechos, las espadas y lanzas del acero más sólido y mejor afilado. Y la mayoría de esos bultos estarán llenos de pólvora y plomo. Ello significa que ha dejado Nueva Galicia, y quizá este extremo occidental de Nueva España, guarnecida sólo con los desechos y basura de la soldadesca, todos ellos probablemente mal provistos de armas y de municiones, y probablemente también todos ellos a disgusto, puesto que están bajo el mando de oficiales que Coronado consideró ineptos para su expedición. —Medio para mí

mismo, añadí—: El fruto está maduro.

Todavía pesaroso, Nocheztli dijo:

—Incluso un fruto resultaría sabroso en estos momentos. Me eché a reír.

—Estoy de acuerdo. Tengo tanta hambre como tú. No nos demoraremos más. Si la cola de esa larga procesión ya se encuentra a dos días de camino hacia el norte, y nosotros nos dirigimos hacia el sur, no hay mucha probabilidad de que Coronado reciba noticia de nuestro avance. Corre la voz por los campamentos. Nos pondremos en marcha mañana al alba. Envía ahora mismo por delante a los cazadores y a los que buscan comida para que podamos tener la esperanza de gozar de una comida decente mañana por la noche. Además haz que tus caballeros y los demás oficiales dirigentes se presenten ante mi para recibir instrucciones.

Cuando aquellos hombres, y la única oficial femenina, Mariposa, se hubieron congregado, les comuniqué:

—Nuestro primer objetivo será una ciudad llamada Tonalá, que se encuentra al sureste de aquí. Tengo información de que está creciendo de prisa, pues atrae a muchos colonos españoles, y que se planea construir allí una catedral.

—Discúlpame, Tenamaxtzin —me interrumpió uno de los oficiales—, ¿qué es una catedral?

—Un templo tremendamente grande de la religión de los hombres blancos. Esos templos se erigen sólo en lugares que se espera se conviertan en grandes ciudades. De modo que creo que tienen intención de que la ciudad de Tonalá sustituya a Compostela como capital de los españoles de Nueva Galicia. Haremos todo lo posible por hacerlos desistir de esa intención… destruyendo, arrasando, eliminando Tonalá.

Los oficiales asintieron y se sonrieron unos a otros con gozosa anticipación.

—Cuando nos aproximemos a esa ciudad —continué diciendo—, nuestro ejército hará un alto mientras los exploradores se introducen sigilosamente en la ciudad. Cuando vuelvan para informarme, decidiré la disposición de nuestras fuerzas para el asalto. Mientras tanto, también quiero que nos precedan exploradores en el camino hacia allí. Diez de ellos, hombres aztecas acostumbrados a estar alerta, diseminados en abanico por delante de nuestra columna. Si divisan cualquier clase de asentamiento o vivienda en el camino, aunque sólo sea la cabaña de un ermitaño, me lo deben decir de inmediato. Id ahora. Aseguraos de que todos comprendan estas órdenes.

Una vez que nuestra columna se puso en camino y estuvo en marcha detrás de mí, no sé cuántos días tardaríamos en pasar por un punto concreto. Eramos casi ocho veces las personas que Coronado guiaba, pero no teníamos caballos, mulas ni rebaños de ganado. Sólo contábamos con aquellos dos caballos sin silla que Nochezfli había rescatado de la emboscada que había tenido lugar tiempo atrás a las afueras de Compostela. El y yo los montábamos cuando abandonamos el campamento de

Chicomóztotl y tomamos un sendero tortuoso en dirección al sureste que nos llevaba lentamente hacia abajo, desde las montañas hasta las tierras bajas. Y tengo que decir que, cada vez que miraba atrás hacia la larga y tortuosa comitiva erizada de armas que nos seguía, no podía evitar sentirme con orgullo yo mismo como un conquistador.

Con gran alivio, y mayor regocijo, por parte de todos, los cazadores y los que buscaban en vanguardia nos proporcionaron una comida bastante consistente la primera noche de marcha, y durante los días sucesivos víveres cada vez más sabrosos y nutritivos. Además, con gran alivio para mi trasero y el de Nocheztli, por fin conseguimos dos sillas de montar. Uno de nuestros exploradores que iban de avanzadilla vino un día corriendo para informar de que había un puesto avanzado del ejército español a sólo una larga carrera camino adelante. Era, igual que el puesto que nos habíamos encontrado en cierta ocasión De Puntillas y yo, una barraca en la que había dos soldados y un corral con cuatro caballos, dos de ellos ensillados.

Detuve la comitiva y Nocheztli convocó a seis guerreros armados con maquáhuime para que se presentasen ante nosotros. Y a éstos les dije:

—No quiero malgastar pólvora y plomo en un obstáculo tan trivial. Si vosotros seis no podéis acercaros furtivamente a ese puesto y despachar a esos hombres blancos al instante, no merecéis llevar espadas. Id y haced exactamente eso. Sin embargo, tened cuidado con una cosa: intentad no romper ni mancharles de sangre la ropa que llevan puesta.

Los hombres hicieron el gesto de besar la tierra y salieron disparados por entre la maleza. Al cabo de poco tiempo regresaron, todos ellos con sonrisas radiantes de felicidad y dos sosteniendo en alto, sujetándolas por el pelo, las cabezas de los soldados españoles, que goteaban sangre por los muñones barbudos del cuello.

—Lo hicimos de la manera más limpia, mi señor —dijo uno—. Sólo el suelo se manchó de sangre.

Así que avanzamos hasta la barraca de vigilancia, donde encontramos, además de los cuatro caballos, dos arcabuces más, pólvora y bolas para los mismos, dos cuchillos de acero y dos espadas también de acero. Encargué a dos hombres que quitasen de los cuerpos de los soldados las armaduras y el resto del atuendo, que estaba sin tacha excepto por la suciedad, arraigada profundamente, y el sudor incrustado que era de esperar en los sucios españoles. Felicité a los seis guerreros que habían matado a los soldados y a los exploradores que los habían encontrado, y les dije a esos exploradores que siguieran por delante de nosotros igual que antes. Luego ordené llamar a nuestros dos hombres blancos, Uno y Dos, para que se presentasen ante mí.

—Tengo unos presentes para vosotros —les dije—. No sólo mejores ropas que esos andrajos que lleváis puestos, sino también yelmos de acero, armaduras y botas

sólidas.

—Por Dios, capitán John, te estamos muy agradecidos —me indicó Uno—. Viajar a pie ya resulta bastante duro para nuestras viejas piernas acostumbradas a la mar, no digamos ya tener que hacerlo descalzos.

Tomé aquel idioma de ganso como una queja por tener que ir caminando y añadí:

—Si sabéis montar a caballo, ya no será necesario que caminéis más.

—Si fuimos capaces de cabalgar sobre los restos del naufragio hasta los arrecifes de la isla de la Tortuga —intervino Dos—, yo diría que podemos montar cualquier cosa.

—¿Me permitirías preguntarte, capitán, cómo es que nos equipas a nosotros con tanto lujo en lugar de hacerlo con alguno de tus compañeros importantes? —preguntó Uno.

—Porque, cuando lleguemos a Tonalá, vosotros dos vais a ser mis topos.

—¿Topos, capitán?

—Ya os lo explicaré cuando llegue el momento. Ahora, mientras los demás seguimos avanzando, vosotros poneos esos uniformes, sujetaos las espadas, subios a los caballos que dejo para vosotros y dadnos alcance en cuanto podáis.

—Sí, sí, señor.

De manera que Nocheztli y yo de nuevo teníamos sillas cómodas, y los dos caballos de repuesto los utilicé como animales de carga para aliviar a varios de mis guerreros de la pesada carga que transportaban. El siguiente acontecimiento de cierta notoriedad ocurrió unos días más tarde, y esta vez mis exploradores aztecas no me previnieron de ello. Nocheztli y yo cabalgábamos por una sierra baja y nos encontramos mirando a unas cabañas de barro apiñadas en la orilla de una charca bastante grande. Cuatro de nuestros exploradores se encontraban allí bebiendo el agua que les daban los aldeanos y fumando sociablemente poquieltin en su compañía. Levanté una mano para detener la columna que avanzaba detrás de mí y le pedí a Nocheztli:

—Convoca a todos tus caballeros y oficiales jefes y reunios conmigo allí.

Vio la expresión de mi cara y sin decir palabra volvió hasta el lugar donde se encontraba la comitiva mientras yo bajaba cabalgando hasta el pequeño poblado.

Me incliné desde el caballo y le pregunté a uno de los exploradores:

—¿Quiénes son estas personas?

La expresión y el tono que utilicé lo hicieron tartamudear ligeramente.

—Sólo… sólo son simples pescadores, Tenamaxtzin.

Y le hizo señas al más anciano de los hombres presentes para que se acercase.

El viejo aldeano se me acercó con cautela, temeroso de mi caballo, y se dirigió a mí con tanto respeto como si hubiera sido un español montado a caballo. Hablaba la lengua de los kuanáhuatas, que es una lengua lo bastante parecida al náhuatl como

para que yo pudiera entenderla.

—Mi señor, como estaba diciéndole a tu guerrero aquí presente, vivimos de pescar en esta charca. Sólo somos unas cuantas familias, y hacemos lo mismo que han hecho nuestros antepasados desde la época anterior al tiempo.

—¿Por qué vosotros? ¿Por qué aquí?

—En esta charca vive un pescado blanco pequeño y delicioso que no puede encontrarse en otras aguas. Hasta hace muy poco, ha sido la mercancía con la que comerciábamos con los otros poblados kuanáhuatas. —Hizo un gesto vago con la mano hacia el este—. Pero ahora hay hombres blancos… al sur, en Tonalá. Ellos también aprecian este pescado único, y podemos cambiarlo por ricas mercancías como nunca antes hemos…

Se interrumpió y miró algún punto detrás de mí mientras Nocheztli y sus oficiales se detenían, maquáhuime en mano, en un amenazador círculo alrededor del grupo de cabañas. Los demás habitantes del poblado se apretujaron unos contra otros, y los hombres rodearon con el brazo en un gesto protector a las mujeres y a los niños. Hablé por encima del hombro:

—Caballero Nocheztli, da la orden de matar a estos cuatro exploradores.

—¿Qué? Tenamaxtzin, son cuatro de nuestros mejores…

Pero se interrumpió cuando volví la mirada hacia él y, obedeciendo, les hizo un gesto con la cabeza a los oficiales más cercanos. Antes de que los asombrados e incrédulos exploradores pudieran moverse o emitir un sonido de protesta, ya los habían decapitado. El viejo y los aldeanos miraron con horror los cuerpos que habían caído al suelo, donde se contorsionaban, y las cabezas separadas, cuyos ojos parpadeaban como sin dar todavía crédito a su sino.

—No habrá más hombres blancos para que comerciéis con ellos —le dije al viejo —. Marchamos contra Tonalá para aseguramos de que así sea. Cualquiera de vosotros que desee venir con nosotros y ayudarnos a masacrar a esos hombres blancos, puede hacerlo y es bienvenido. Y a todo el que no lo haga se le dará muerte aquí mismo, en el sitio donde estéis.

—Mi señor —me suplicó el viejo—. Nosotros no tenemos nada en contra de los hombres blancos. Han estado comerciando con nosotros de un modo justo. Desde que llegaron aquí, hemos prosperado más que…

—Ya he oído ese argumento demasiadas veces antes —le interrumpí—. Lo diré sólo una vez más. No habrá hombres blancos, sean comerciantes justos o cualquier otra cosa. Ya habéis visto lo que he hecho con mis propios hombres, con estos que se tomaron mis palabras demasiado a la ligera. Aquellos de vosotros que vayáis a venir, venid ahora.

El viejo se volvió hacia su gente y extendió los brazos en un gesto de impotencia. Varios hombres y algunos muchachos, junto con dos o tres de las mujeres más

robustas, una de las cuales llevaba de la mano a su niño, se adelantaron e hicieron el gesto de besar la tierra ante mí.

El viejo movió con tristeza la cabeza y dijo:

—Aunque yo no fuera demasiado anciano para pelear e incluso para caminar a paso de marcha, no me avendría a abandonar este lugar, que es el de mis padres y el de los padres de mis padres. Haz conmigo lo que quieras.

Lo que hice fue cortarle la cabeza con mi propia espada de acero. Al ver aquello los demás hombres y los muchachos de la aldea se apresuraron a adelantarse y a hacer el gesto tialqualiztli. Lo mismo hicieron la mayoría de las mujeres y de las muchachas jóvenes. Sólo otras tres o cuatro hembras, que tenían en brazos a bebés o niños pequeños agarrados con fuerza a las faldas permanecieron donde estaban.

—Tenamaxtzin —dijo la oficial Mariposa de cara de coyote con una solicitud que nunca me hubiera esperado de ella—, esto son mujeres y niñitos inocentes.

—Tú ya has matado a otros exactamente iguales a éstos —le recordé.

—¡Pero aquellos eran españoles!

—Estas mujeres pueden hablar. Estos niños pueden señalar. No quiero dejar testigos con vida. —Le arrojé a ella mi espada de repuesto, una maquáhuitl de filo de obsidiana que colgaba de una correa del pomo de la silla de montar, porque ella sólo llevaba un arcabuz—. Toma. Hazte idea de que son españoles.

Y así lo hizo, pero con torpeza, porque obviamente era reacia a hacerlo. De ahí que sus víctimas sufrieran más de lo que habían sufrido los hombres; las mujeres se agazaparon al recibir los golpes que Mariposa asestaba, por lo que ésta se vio obligada a golpearlas más veces de lo que hubiera sido necesario. Cuando Mariposa hubo terminado, la sangre copiosamente derramada había chorreado desde la orilla y teñía el agua de rojo en el borde de la charca. A los aldeanos que se habían rendido a mí —que gemían todos, se arrancaban los cabellos y se rasgaban los mantos— se los condujo como si fueran un rebaño y fueron colocados entre nuestro contingente de esclavos. Ordené que se los vigilase estrechamente, no fuera a ser que intentaran escapar.

Habíamos recorrido una distancia considerable desde aquel lugar antes de que Nocheztli reuniese el valor suficiente para volver a hablarme. Por fin se aclaró la garganta con nerviosismo y me comentó:

—Esas personas eran de nuestra propia raza, Tenamaxtzin. Los exploradores eran hombres de nuestra propia ciudad.

—Los habría matado aunque hubieran sido mis propios hermanos. Te concedo que ha sido a costa de cuatro buenos guerreros, pero te prometo que, de hoy en adelante, ni un solo hombre de nuestro ejército se comportará nunca de forma negligente con respecto a mis órdenes, como hicieron esos cuatro.

—Eso es cierto —admitió Nocheztli—. Sin embargo, esos kuanáhuatas a los que

ordenaste matar… ni se te habían opuesto ni te habían enojado…

—En el fondo estaban tan confabulados con los españoles y dependían tanto de ellos como Yeyac. Así que les he dado a elegir lo mismo que a los guerreros de Yeyac: unirse a nosotros o morir. Y ellos han elegido. Mira, Nocheztli, tú no te has beneficiado de las enseñanzas cristianas como hice yo en mis tiempos más jóvenes. A los sacerdotes les gustaba contarnos cuentos de los anales de su religión. En particular los divertía relatar las ocurrencias y dichos de un pequeño dios que tienen que se llama Jesucristo. Recuerdo bien uno de esos dichos de ese dios: «Aquel que no está conmigo, está contra mí».

—Y tú no deseabas dejar ningún testigo de nuestro paso, eso ya lo comprendo, Tenamaxtzin. Sin embargo, debes saber que con el tiempo, inevitablemente, los españoles van a tener noticia de nuestro ejército y de nuestras intenciones.

—Ayyo, ya lo creo que sí. Y quiero que sea así. Tengo planeado amenazarlos y hacerles sufrir con ello. Pero quiero que los hombres blancos sepan sólo lo suficiente como para mantenerlos en la incertidumbre, en la aprensión, en el terror. No deseo que sepan cuántos somos, cuál es la fuerza de nuestro armamento, cuál es nuestra posición en ningún momento ni el rumbo de nuestra marcha. Quiero que los hombres blancos se sobresalten y se asusten cada vez que oigan un ruido inesperado, que retrocedan ante la vista de cualquier cosa que no les resulte familiar, que se vuelvan desconfiados de cada extraño que vean, que les entren calambres en el cuello de tanto volverse a mirar por encima del hombro. Que nos consideren espíritus malignos, incontables, imposibles de hallar, y que consideren que es probable que ataquemos por aquí, por allá, por cualquier parte. No debe haber testigos que puedan contarles algo diferente.

Unos cuantos días después, uno de nuestros exploradores se acercó trotando desde el horizonte por el sur para decirme que la ciudad de Tonalá estaba ya al alcance, aproximadamente a cuatro largas carreras de distancia. Me explicó que sus compañeros exploradores estaban en aquellos momentos rodeando con cautela las afueras de la ciudad para determinar la extensión de la misma. Lo único que pudo decirme, a partir de sus propias y breves observaciones, fue que Tonalá parecía constar en su mayor parte de construcciones recién hechas y que no había tubos de trueno visibles guardando su perímetro.

Detuve la columna y di órdenes para que los contingentes se esparcieran en campamentos separados, como habían hecho en Chicomóztotl, y para que se preparasen para permanecer acampados un tiempo mayor que una sola noche. También mandé llamar a Uno y a Dos y les dije:

—Tengo otro regalo para vosotros, señores. Nocheztli y yo vamos a prestaros nuestros caballos, que están ensillados, durante algún tiempo.

—Bendito seas, capitán John —habló Dos mientras dejaba escapar un suspiro de

todo corazón—. Del infierno, Hulí y Halifax, líbranos, Señor.

—Miles fanfarroneó diciendo que podríamos montar cualquier cosa —apuntó Uno—, pero, válgame Dios, no contábamos con cabalgar en la silla alemana. Nos duelen tanto las nalgas que parece que nos hubieran azotado y nos hubieran pasado por debajo de la quilla durante todo el camino hasta aquí.

No pedí explicaciones de aquel parloteo de ganso, sino que me limité a darles instrucciones.

—La ciudad de Tonalá está por allí. Este explorador os guiará hasta ella. Seréis mis topos a caballo. Otros exploradores están rodeando la ciudad, pero yo quiero que sondeéis el interior. No entréis hasta que anochezca, pero tratad de aparentar que sois altivos soldados españoles y rondad por allí lo máximo posible. Traedme, lo mejor que podáis, una descripción del lugar: un cálculo de su población, tanto blanca como de otras razas, y, sobre todo, un cálculo bien hecho de los soldados que hay allí.

—Pero ¿y si nos desafían, John British? —me preguntó Uno—. Apenas si podemos pronunciar una palabra, y mucho menos un santo y seña. —Se tocó la espada, que llevaba envainada al cinto—. ¿Les hacemos probar nuestro acero?

—No. Si alguien se dirige a vosotros, simplemente guiñad el ojo de forma impúdica y llevaos un dedo a los labios. Como os estaréis moviendo sin hacer ruido y en la oscuridad, supondrán que os dirigís clandestinamente a ver a vuestra maátime.

—¿Nuestra qué?

—Un burdel para soldados. Una casa de putas baratas.

—¡A la orden, señor! —dijo Dos con entusiasmo—. ¿Y podemos hacer cosquillas a los conejitos mientras estamos allí?

—No. No tenéis que pelear ni ir de putas. Tan sólo debéis entrar en la ciudad, dar una vuelta por ella y luego regresar aquí. Ya tendréis tiempo de blandir vuestro acero al asaltar el lugar, y cuando la hayamos tomado dispondréis de hembras de sobra para que retocéis con ellas.

Por la información que trajeron los exploradores, incluidos Uno y Dos, quienes dijeron que su presencia allí y el hecho de merodear no habían suscitado comentario alguno, me hice una representación mental de Tonalá. Era más o menos del mismo tamaño que Compostela, y más o menos igual de poblada. Sin embargo, al contrario que Compostela, no había crecido alrededor de un asentamiento nativo ya existente, sino que al parecer había sido fundada por españoles recién llegados allí. Así que, salvo por las acostumbradas barracas de las afueras para albergar a los criados y a los esclavos, habían construido residencias consistentes de adobe y madera. También había, igual que en Compostela, dos macizas estructuras de piedra: una iglesia pequeña, todavía no agrandada para ser la catedral del obispo, y un palacio modesto para los despachos de gobierno y barracones para los soldados.

—Sólo soldados suficientes para mantener la paz —me comunicó Uno—.

Repartidores, bedeles, alguaciles y otros por el estilo. Llevan arcabuces y alabardas, sí, pero en realidad no son hombres de combate. Miles y yo sólo vimos a tres, además de nosotros, que fueran a caballo. Nada de artillería por ninguna parte. Yo diría que la ciudad cree que está tan adentrada en Nueva España que no corre riesgo de que la asedien.

—Puede que haya cuatro mil personas en total —me indicó Dos—. La mitad de ellos españoles; vaya, con aspecto gordo, grasiento y gandul.

—Y la otra mitad son sus esclavos y criados —añadió Uno—. Muy mezclados: indios, negros y mestizos.

—Gracias, señores —les dije—. Ahora volveré a quedarme con los dos caballos ensillados. Confío en que cuando asaltemos la ciudad tendréis la suficiente iniciativa para procuraros vuestras propias sillas.

Luego me senté y me quedé cavilando durante un rato antes de mandar llamar a Nocheztli para decirle:

—Sólo necesitaremos una pequeña parte de nuestras fuerzas para tomar Tonalá. Primero, creo yo, nuestros guerreros yaquis, porque su salvajismo en estado puro ser lo más aterrador para los blancos. Además emplearemos todos nuestros hombres equipados con arcabuces, y todas las mujeres purepes armadas con granadas, y un contingente de nuestros mejores guerreros aztecas. El resto de nuestras fuerzas, la mayor parte, permanecerán acampadas aquí, invisibles para la gente de la ciudad.

—Y aquellos que ataquemos, Tenamaxtzin, ¿lo haremos juntos?

—No, no. En cualquier ataque hay que enviar por delante a las mujeres; que lleven las granadas y fumen sus poquieltin, y que rodeen a escondidas la ciudad a una distancia prudencial para así poder acechar al otro extremo de la misma, bien ocultas. El asalto empezará cuando yo dé la orden, y luego sólo atacarán los yaquis, desde este lado de la ciudad; avanzarán abiertamente sobre la ciudad y harán tanto ruido como puedan, un ruido capaz de helar la sangre. Eso atraerá a los soldados españoles hacia esta parte de la ciudad, pues creerán que los está atacando alguna tribu pequeña con el pecho desnudo y armada con cañas a la cual se puede hacer frente con facilidad. Cuando los soldados acudan corriendo, nuestros yaquis se retirarán, como si huyeran presas del susto y la consternación. Mientras tanto, haz que todos los guerreros con palos de trueno se desplieguen en línea, también a este lado de la ciudad, y que se agachen para quedar ocultos. En cuanto los yaquis en su huída hayan pasado por donde ellos se encuentran y vean con claridad a los españoles, han de levantarse, apuntar y descargar las armas. Eso abatirá a tantos soldados que los yaquis podrán darse de nuevo media vuelta y acabar con los supervivientes. Al mismo tiempo, cuando las mujeres purepes oigan el ruido de los truenos, entrarán corriendo en la ciudad desde aquel extremo más alejado y comenzarán a lanzar las granadas dentro de todas las moradas y edificios. Nuestra fuerza de guerreros aztecas, guiados

por ti, por mí mismo y por nuestros dos hombres montados, seguirán a los yaquis al interior de la ciudad y allí matarán a su antojo a los hombres blancos residentes. ¿Qué te parece este plan, caballero Nocheztli?

—Ingenioso, mi señor. Eminentemente práctico. Y divertido.

—¿Crees que tú y tus suboficiales podréis comunicar esas instrucciones de modo que todo el mundo comprenda cuál es su papel? ¿Incluso los yaquis?

—Creo que sí, Tenamaxtzin. El plan no es muy complicado. Pero puede que tardemos un buen rato en hacer las gesticulaciones necesarias y en dibujar los diagramas en la tierra.

—No hay prisa. La ciudad parece estar muy tranquila en lo referente a su seguridad. De manera que, a fin de darte tiempo para que puedas impartir esas instrucciones, no llevaremos a cabo el asalto hasta el amanecer de pasado mañana. Ahora, dos instrucciones más, Nocheztli, o mejor dicho, dos restricciones. Naturalmente, será inevitable alguna muerte innecesaria producida al azar. Pero en la medida de lo posible, quiero que nuestros guerreros sólo maten hombres blancos; deseo que respeten la vida a las hembras blancas y a los esclavos, varones y hembras, cualquiera que sea su color.

Nocheztli pareció algo sorprendido.

—¿Vas a dejar testigos vivos esta vez, mi señor?

—A las mujeres blancas las dejaremos con vida sólo el tiempo suficiente para que nuestros guerreros hagan libre uso de ellas. Es la acostumbrada recompensa para los vencedores. Esas mujeres a lo mejor no sobrevivirán a tal sufrimiento, pero toda aquella que sobreviva será después piadosamente ejecutada. En cuanto a los esclavos, aquellos que elijan unirse a nuestras filas podrán hacerlo. Los demás pueden quedarse y heredar las ruinas de Tonalá, me da lo mismo.

—Pero, Tenamaxtzin, en cuanto nos hayamos marchado de nuevo podrán disgregarse por toda Nueva España, y los que sean leales a sus antiguos amos podrán dar el grito de aviso a los demás españoles.

—Déjalos. No pueden dar un informe exacto de nuestro número y fuerza. Tuve que matar a aquellos pescadores de Kuanáhuata porque, a causa del descuido de nuestros propios exploradores, habían visto nuestras fuerzas. Nadie aquí en Tonalá habrá visto más que unos cuantos de nosotros.

—Eso es cierto. ¿Tienes algo más que ordenar, mi señor?

—Sí, una cosa más. Diles a las mujeres purepes que no malgasten sus granadas en los dos edificios de piedra de la ciudad, la iglesia y el palacio. Allí las granadas no pueden causar excesivos daños. Además, tengo un buen motivo para querer llevar a cabo yo personalmente la toma de esos dos edificios. Y ahora vete. Comienza los preparativos.

El asalto inicial a Tonalá fue tal como yo lo había planeado, excepto por un breve

impedimento, que yo mismo debí haber previsto y haber tomado precauciones al respecto. Nocheztli, Uno, Dos y yo estábamos sentados en nuestras monturas en un pequeño promontorio desde el que había una buena vista de la ciudad; observábamos cómo los guerreros yaquis hormigueaban por las afueras del barrio de los esclavos con las primeras luces del alba mientras proferían estridentes e inhumanos gritos de guerra y agitaban con ferocidad los bastones de guerra y las lanzas de tres puntas. Como yo había ordenado, causaban más ruido que estragos, pues sólo mataron (como supe después) a unos cuantos esclavos que se despertaron sobresaltados y, valiente pero temerariamente, trataron de defender a sus familias y se interpusieron de forma deliberada en el camino de los yaquis.

Como yo había previsto, los soldados españoles acudieron corriendo, algunos cabalgando al galope, desde el palacio de su guarnición y desde sus diferentes puestos para converger en el escenario de la acción. Algunos de ellos todavía se estaban poniendo con dificultad la armadura mientras acudían, pero todos iban armados. Y cumpliendo mis órdenes, los yaquis se vinieron abajo ante ellos y se retiraron al terreno abierto que había en este lado de la ciudad. Pero andaban con afectación hacia atrás al huir, de cara a los soldados, con gritos de desafío, agitando las armas en actitud amenazadora. Tal despliegue de descaro les costó la vida a algunos, porque los españoles, aunque habían sido cogidos desprevenidos y sin preparar, al fin y al cabo eran soldados. Formaron líneas, se arrodillaron, apuntaron cuidadosamente con sus arcabuces y los descargaron con la suficiente exactitud como para abatir a varios yaquis antes de que los demás dejasen de hacer posturas, dieran media vuelta y echaran a correr hacia la seguridad que proporciona la distancia. Eso dejó el campo despejado para mis arcabuceros, y los vimos a todos, que eran noventa y cuatro, salir de sus escondites, apuntar y, a la orden del caballero que los mandaba, descargar las armas simultáneamente.

Aquello fue muy efectivo. Un buen número de los soldados de a pie cayeron y otros cuantos fueron abatidos de las sillas de los caballos. Incluso a la distancia a la que nos encontrábamos, vi el remolineo confuso de los atónitos españoles que habían sobrevivido a aquella tormenta de plomo. Sin embargo, entonces fue cuando se produjo el impedimento de que he hablado. Mis arcabuceros habían empleado sus armas con tanta eficiencia como hubieran podido hacerlo los soldados españoles… pero lo habían hecho todos a la vez. Y ahora, también todos a la vez, tenían que volver a cargar las armas. Como yo bien sabía, y hubiera debido tenerlo en cuenta, ese proceso requiere algún tiempo, incluso para los hombres más aptos y expertos.

Los españoles no habían disparado todos sus arcabuces a la vez, sino esporádicamente, a medida que lo permitían los blancos y las oportunidades, y de ahí que la mayoría tuviera las armas cargadas aún. Mientras mis arcabuceros permanecían de pie, desarmados, apretando la pólvora y las bolitas de plomo dentro

de los tubos de los palos de trueno, preparando las cazoletas, rebobinando los cerrojos de las ruedas y amartillando las garras de gato, los españoles recuperaron la compostura y la disciplina suficientes para reanudar aquellos disparos esporádicos pero mortales. A muchos de mis arcabuceros los alcanzaron, y casi todos los demás se agacharon o cayeron de plano en el suelo, posiciones en las cuales el proceso de recargar las armas tuvo más impedimentos, motivo por el que se demoró aún más.

Lancé una maldición en voz alta en varios idiomas y le ladré a Nocheztli:

—¡Envía allí de nuevo a los yaquis! El hizo un amplio gesto con el brazo y los yaquis, que habían estado vigilantes, esperándolo, se lanzaron de nuevo y adelantaron a nuestra línea de arcabuceros, que ahora estaban desconcertados. Como habían visto caer a sus compañeros durante el primer ataque, los yaquis esta vez iban realmente con sed de venganza, y ni siquiera desperdiciaban aliento en proferir gritos de guerra. Unos cuantos más cayeron bajo el plomo español según avanzaban, pero todavía quedaron muchos para mezclarse con los españoles, acuchillarlos y aporrearlos con saña. Yo estaba a punto de dar la orden de que nosotros cuatro, los que íbamos a caballo, atacásemos, con nuestros aztecas detrás de nosotros, cuando Uno alargó la mano desde su caballo para cogerme por el hombro y me dijo:

—Perdona, John British, si tengo la presunción de darte un pequeño consejo.

—¡Por Huitzli, hombre! —le contesté con un gruñido—. Este no es momento para…

—Ser mejor que lo haga ahora, capitán, mientras tenga vida para hablar y tú para oírme —me contradijo él.

—¡Adelante, entonces! ¡Dilo!

—Yo… servidor no distingue un extremo del arcabuz del otro, pero he transportado a bordo de la marina de su majestad soldados una o dos veces y los ha visto en acción. Lo que quiero decir es que no todos disparan a la vez, como han hecho tus hombres. Forman en tres filas paralelas. La primera fila dispara, y luego retrocede mientras la segunda fila apunta. Cuando la tercera fila ha disparado, la primera ha vuelto a cargar las armas y está dispuesta para disparar de nuevo.

Había palabras de ganso en aquel discurso, pero comprendí con presteza el sentido del mismo y dije:

—Humildemente te pido perdón yo a ti, señor Uno. Perdóname por haberte hablado con brusquedad. El consejo es sólido y bienvenido, y lo seguiré siempre desde el día de hoy. Beso la tierra para jurarlo. Y ahora, señores, Nocheztli… —Agité el brazo con el que sostenía la espada para poner a la carrera a los aztecas—. ¡Si caéis, caed hacia adelante!

29

El aspecto mas memorable de cualquier batalla, y después de haber experimentado ahora ya muchas de ellas puedo decirlo con autoridad, es la conmoción y la confusión que causan. Pero de ésta, mi primer combate importante con el enemigo, tengo unos cuantos recuerdos más claros.

Mientras los cuatro jinetes cruzábamos con estruendo el campo abierto y nos adentrábamos en la refriega, sólo unas cuantas bolas de plomo extraviadas pasaron volando inofensivas junto a nosotros, porque los soldados españoles estaban muy ocupados con los yaquis que había entre ellos. Luego, cuando nosotros, los nuevos atacantes, también llegamos junto a ellos, recuerdo vivamente los sonidos de aquel encuentro, aunque no tanto el estruendo del choque de las armas como el clamor de voces. Nocheztli y yo, y todos los aztecas que nos seguían, íbamos lanzando los tradicionales gritos de guerra de diversos animales salvajes. Pero los españoles gritaban el nombre de su santo de la guerra, «¡Por Santiago!», y vi sorprendido que al parecer nuestros dos hombres blancos, Uno y Dos, hacían lo mismo. Rugían lo que a mí me sonaba como algo parecido a «¡For Harry and Saint George!», aunque yo nunca había oído hablar, ni siquiera en mis días de escolarización cristiana, de ningún santo llamado Harry o George.

Desde dentro de la ciudad se oían otros sonidos a lo lejos, algunos cortantes como el estallido de un trueno, otros meros golpes apagados; eran los estallidos de las granadas de arcilla que estaban empleando nuestras mujeres guerreras. Sin duda, a los oficiales españoles les hubiera gustado sacar a algunos de sus hombres del combate de esta parte de la ciudad y enviarlos a enfrentarse a aquellos truenos inexplicables. Pero perdieron toda esperanza de hacerlo porque, allí mismo, sus hombres ya eran superados en número y luchaban denodadamente para salvar sus vidas. Ni la lucha ni sus vidas duraron mucho.

Si existen seres como los santos Harry y George, éstos prestaron a sus seguidores una fuerza en el brazo mayor que la que Santiago les proporcionó a los suyos. Uno y Dos, aunque un poco inseguros a causa de las sillas y de los estribos, asestaban tajos a diestro y siniestro desde lo alto de sus monturas de manera tan incansable, inmisericorde y mortal como lo hacíamos Nocheztli y yo. Los cuatro golpeábamos a los soldados en la garganta y en el rostro, los únicos lugares vulnerables que quedaban entre los yelmos y las corazas de acero, y lo mismo hacían nuestros guerreros aztecas, que blandían maquáhuime de obsidiana. A pesar de todo los guerreros yaquis no tenían que ser tan precisos al apuntar. En aquel combate cuerpo a cuerpo habían dejado caer al suelo las lanzas largas, que eran muy difíciles de manejar, y agitaban de una forma indiscriminada los bastones de guerra. Un golpe en la cabeza de un oponente hendía el yelmo lo suficiente como para que el cráneo

cediese bajo el mismo. Un golpe al cuerpo de un oponente igualmente hendía la coraza, de manera que el que la llevaba moría a causa de las fracturas de huesos y órganos aplastados o, lo que producía mayor sufrimiento, asfixiados, con el pecho incapaz de expandirse para respirar.

Durante todo aquel torbellino, otras personas maniobraban entre nosotros o corrían a nuestro alrededor, presas del pánico, esforzándose por salir de la zona del conflicto; y también se podían ver muchos otros, más lejos, que igualmente huían de la ciudad y se adentraban en campo abierto. Ninguno de ellos llevaba armadura ni uniforme, y la mayoría iban vestidos a duras penas, pues habían saltado directamente de los jergones en los que estaban pasando la noche. Eran los habitantes esclavos de aquel barrio que nosotros habíamos elegido para atacar, o al menos lo eran la mayoría de ellos. El tumulto, naturalmente, había despertado a toda la ciudad de Tonalá, de modo que, entre los fugitivos, había bastantes hombres, mujeres y niños españoles, también mal vestidos, que obviamente y sin vergüenza alguna esperaban que se los confundiera con los esclavos y se los dejase marchar libremente. Pero pocos de ellos lograron escapar. Nosotros, los intrusos, permitimos el paso a los que eran de nuestro mismo color o más oscuros, pero a toda persona de piel blanca, de cualquier sexo o edad, que se pusiera a nuestro alcance le cortábamos la cabeza al instante, la acuchillábamos o la golpeábamos hasta morir. Muy a mi pesar, dos caballos de los españoles también resultaron muertos, aunque no era ese nuestro propósito, y otros cuatro o cinco vagaban nerviosos por allí sin jinete, con los ojos desorbitados, los orificios nasales muy abiertos y tratando de expulsar por ellos los olores a sangre y a humo de pólvora.

Cuando el último oficial, soldado o fingido esclavo estuvo tendido en el suelo muerto o agonizando, mis tres camaradas montados se adentraron en las calles de la ciudad seguidos de los guerreros aztecas, que aullaban sin parar detrás de ellos. Permanecí en el escenario de aquel primer combate durante un breve espacio de tiempo, y en parte lo hice para contar nuestras bajas. Eran en realidad muy pocas si las comparábamos con las pérdidas españolas. Y los esclavos de nuestra compañía que habían sido destacados como sanitarios no tardarían mucho en llegar, bien para vendar las heridas de los guerreros a los que se pudiera reanimar o para hundir una hoja de cuchillo que pusiera fin a sus penas en el cuerpo de aquellos que se encontraban más allá de la ayuda que pudiera prestarles cualquier tícitl.

Pero lo que me retuvo principalmente en el escenario fue que los yaquis también se habían quedado, y todos y cada uno de aquellos hombres estaba serrando con vigor en la cabeza de un cadáver español, utilizando para ello el cuchillo que el soldado solía llevar al cinto cuando todavía estaba vivo. Cuando un guerrero había cortado un círculo en la piel alrededor de la cabeza, desde la nuca, pasando por encima de las orejas y de las cejas hasta llegar otra vez a la parte de atrás, a la nuca, sólo tenía que

dar un súbito y fuerte tirón y el cabello, el cuero cabelludo y la piel de la frente se rasgaban y se desprendían, dejando al cadáver coronado con sólo un amasijo en carne viva que rezumaba sangre. Luego, los yaquis se precipitaban hacia otro cadáver y repetían la misma operación. Sin embargo, había algunos de los españoles que habían caído al suelo que todavía no estaban muertos. Y éstos gritaban, gemían o se convulsionaban cuando se producía el tirón, y en estos casos la pulpa desnuda de la cabeza sangraba profusamente.

Al tiempo que lanzaba maldiciones con vehemencia hice avanzar a mi caballo por entre aquella carnicería, apaleando a los guerreros yaquis con la parte plana de mi espada, señalando con ella en dirección a la ciudad y gritándoles órdenes. Los guerreros yaquis se echaron atrás y comenzaron a gruñir en aquel feo lenguaje suyo; supuse que tenían la costumbre de recoger las cabelleras del enemigo mientras los cadáveres estaban todavía calientes, pues así resultaban fáciles de desprender. Pero hice todo lo que pude para darles a entender, mediante gestos, que más adelante habría muchas cabelleras más, las suficientes para adornar la falda de cada yaqui; lancé algunas maldiciones más y los apremié mediante gestos a que avanzasen. Así lo hicieron, todavía gruñendo, aunque al principio avanzaban con lentitud, pero luego echaron a correr como si de pronto se les hubiera ocurrido que otros de nuestro ejército pudieran estar ya recogiendo las cabelleras de mejor calidad de la gente de la ciudad.

No me fue difícil seguir a los hombres que me habían precedido, porque parecía que habían ido sembrando estragos por todas partes. Cualquier calle por la que yo fuese, cualquier cruce por el que girase, por todas partes yacían cadáveres, a medio vestir, ensangrentados, atravesados, acuchillados o completamente mutilados, despatarrados sobre los guijarros de las calles o tendidos en el umbral de sus propios hogares. Los residentes de algunas de aquellas casas no habían tenido tiempo de escapar, pero yo adivinaba que había cuerpos dentro por la abundante sangre que se veía fluir por las puertas abiertas. Sólo en una ocasión me tropecé con una persona blanca con vida en aquellas calles asoladas. Se trataba de un hombre que no llevaba puesto nada más que la ropa interior; sangraba por una herida que tenía en el cuello y que no había logrado matarle, y se me acercó corriendo, voceando como enloquecido. Sostenía en las manos, sujetas por el pelo, tres cabezas cercenadas: una era de mujer, las otras dos se veían más pequeñas. No parecía posible que esperase que yo pudiera entender su español, pero lo que voceaba, una y otra vez, era:

—¡Estas cosas eran mi mujer y mis hijos!

No dije nada en respuesta, sino que piadosamente utilicé mi espada para enviarlo a reunirse con ellos en el otro mundo cristiano, cualquiera que fuese, adonde habían ido.

Al rato alcancé a los guerreros de a pie, yaquis y aztecas entremezclados, que

entraban y salían a toda prisa de las casas o perseguían a los que huían por calles y callejones. Me complació ver que obedecían mis instrucciones, o por lo menos tanto como yo esperaba que hicieran. A aquellos habitantes de Tonalá que tenían la piel del mismo color que nosotros, o más oscura, se los dejaba en paz. Los yaquis ya no perdían el tiempo en cortar cabelleras, sino que dejaban tirados los cadáveres mientras iban a matar más. Sin embargo, mis instrucciones, aunque sólo fuera en un aspecto, no se estaban teniendo en cuenta, y era en una cuestión que no me preocupaba demasiado. Yo había ordenado que se dejase con vida a las mujeres blancas durante algún tiempo, pero los guerreros conservaban, y las conducían en manada delante de ellos, sólo a las mujeres y a las muchachas más lindas. Estas, desde luego, eran fáciles de distinguir, porque pocas habían llevado encima alguna ropa, y ahora las habían desnudado del todo. Así que a las de carnes fláccidas, a las flacas u obesas, a las mujeres viejas y arrugadas y a aquellas niñas que eran demasiado jóvenes para tener el sexo definido se las estaba masacrando junto con sus padres, sus maridos, sus hermanos y sus hijos.

A mis hombres ya no les sobraba aliento para lanzar gritos de guerra, sino que hacían aquella selección y la matanza consiguiente en silencio. Desde luego las víctimas no permanecían calladas. Toda mujer blanca viva suplicaba en voz alta, rezaba, gritaba, maldecía o lloraba; y lo mismo hacían los hombres, las viejas y los niños, en la medida que podían. Los mismos sonidos de desesperación se oían procedentes de todas direcciones… y también llegaban otros ruidos: el de las puertas al astillarse mientras se las forzaba; el de algún ocasional estallido de un arcabuz propiedad del amo de alguna casa cuando descargaba su único e inútil proyectil; el de los continuos golpes y estallidos al azar, ahora ya no lejanos, de las granadas de nuestras mujeres purepes, y el que producía alguna persona, heroicamente alocada, que se había puesto a tañir la campana de la iglesia de la ciudad en un intento frenético, patético y tardío de dar la alarma. Volví mi caballo en la dirección de donde procedía el sonido de aquella campana, pues sabía que tenía que provenir del centro de la ciudad. A lo largo del camino hacia allí vi, además de a mis guerreros, que trabajaban enérgicamente, y a sus víctimas, muchas casas, tiendas de comerciantes y talleres que anteriormente habían sido edificios bien construidos e incluso hermosos, pero que ahora no eran más que ruinas; estaban irreparablemente hechos añicos o totalmente arrasados, y se veía bien a las claras que aquello había sido obra de las granadas de nuestras mujeres. En estos lugares había aún más cadáveres que se hacían visibles entre los escombros, pero estaban tan destrozados y hechos jirones que difícilmente podrían proporcionar cabelleras intactas para los yaquis. Me encontraba contemplando una casa muy hermosa que había justo delante de mi, con toda seguridad la morada de algún alto dignatario español, y preguntándome por qué no habría sido demolida, cuando oí un apremiante grito de aviso en la lengua poré:

—¡Ten cuidado, mi señor!

Detuve bruscamente mi caballo.

Un instante después aquella casa se abombó ante mí como los mofletes de un músico que toca una de esas flautas de jarra llamadas «aguas de gorjeo», pero no hizo un sonido tan dulce. El ruido que produjo se pareció más al del tambor llamado «tambor que arranca el corazón». Tuve un violento sobresalto, mi caballo se espantó y estuve a punto de caerme. La casa quedó envuelta en una tormentosa nube de humo, y aunque estaba construida de forma demasiado sólida como para volar en pedazos, las puertas, postigos, pedazos de muebles y otros contenidos inidentificables salieron disparados en esquirlas como los relámpagos salen de esa nube tormentosa. Quiso la casualidad que a mi caballo y a mí sólo nos alcanzase un fragmento a cada uno, y no nos hicieron daño, pues se trataba de pedazos de carne de alguna persona. Cuando dejaron de caer cosas alrededor, la mujer emergió del cercano callejón donde se había puesto a cubierto. Se trataba de Mariposa, que venía transportando un saco de cuero lacio y fumándose un poquietl.

—Veo que haces un trabajo excelente —le dije—. Gracias por el aviso.

—Eran mis dos últimas granadas —repuso Mariposa mientras agitaba la bolsa para demostrármelo.

De la bolsa cayó un puñado de poquieltin enrollados en junco. Me dio uno, lo encendí con el de ella y estuvimos fumando como compañeros mientras se ponía junto a mi caballo y continuábamos juntos el camino sin prisas.

—Hemos hecho lo que ordenaste, Tenamaxtzin —me explicó—. Empleamos las granadas sólo en los edificios, y hemos tratado de elegir los más grandes para destruirlos. Sólo dos veces hemos tenido que malgastar las armas en matar a individuos. Dos soldados que iban a caballo. No quedó gran cosa de ellos.

—Es una lástima —le comenté—. Quiero llevarme todos los caballos que podamos.

—Pues lo siento, Tenamaxtzin. No lo pude evitar. Se echaron sobre nosotras de repente, justo cuando dos de mis guerreras estaban a punto de arrojar granadas encendidas por la ventana de una casa; los dos soldados agitaban en el aire las espadas y gritaban… supongo que decían que nos rindiéramos. Pero nosotras no lo hicimos, claro está.

—Desde luego —convine—. Aunque yo no pretendía regañarte, Mariposa.

La campana de la iglesia continuó su inútil repique hasta que Mariposa y yo llegamos a la plaza abierta que se encontraba enfrente de esa iglesia y del palacio contiguo, y sólo entonces el tañer cesó con brusquedad. Mis arcabuceros habían llegado detrás de nosotros hasta el interior de la ciudad para acabar a tiros con cualquiera que en su huida quedara fuera del alcance de nuestros guerreros de a pie, y uno de aquellos hombres envió, muy limpiamente, una bola hacia arriba y le acertó al

campanero de la pequeña torre que se alzaba en lo alto de la iglesia. El español, que era un sacerdote vestido de negro o un fraile, salió lanzado fuera del campanario, rebotó en el tejado inclinado y cuando chocó contra los guijarros de la plaza ya estaba muerto.

—Por lo que alcanzo a saber —dijo el caballero Nocheztli mientras colocaba su caballo salpicado de sangre junto al mío—, pronto sólo quedarán tres hombres blancos todavía vivos en Tonalá. Están allí, en la iglesia; son tres hombres desarmados. Eché un vistazo dentro y los vi, pero te los dejé a ti, mi señor, como ordenaste.

Sus caballeros y oficiales empezaron a agruparse a nuestro alrededor en espera de órdenes, y la plaza se estaba llenando rápidamente de otras personas. Todo guerrero que no estuviera ocupado en otra cosa y en otro lugar se dedicaba ahora a conducir a las mujeres y muchachas blancas dentro de aquel espacio abierto, y se apresuraba a reclamar el favor que es la común celebración tradicional de los soldados tras una victoria. Es decir, los hombres estaban violando violentamente a las hembras. Puesto que había más hombres que mujeres y muchachas, y puesto que muchos hombres no tenían suficiente paciencia para aguardar su turno, en algunos casos dos o tres guerreros utilizaban simultáneamente los distintos orificios de una sola hembra. No hay que decir que aquellas mujeres y muchachas no paraban de gritar, suplicar y protestar, y lo hacían a grandes voces. Pero estoy seguro de que aquellas víctimas hacían un ruido mucho más horroroso y horrible que el que se haya oído nunca en ninguna escena semejante. Y eso era porque las mujeres blancas, al tener todas abundante y lustroso cabello largo, hacían que los yaquis se sintieran más libidinosos de poseer sus cabelleras que de poseer cualquier otra parte de ellas. Cada uno de los yaquis que había arrastrado hasta allí a una mujer española la tiraba al suelo y le arrancaba la parte superior de la cabeza antes de arrojarse sobre su cuerpo desnudo para ultrajarla. Otros yaquis, los que no habían llevado consigo cautivas propias, correteaban por la plaza y cortaban las cabelleras de mujeres y muchachas que estaban tumbadas en el suelo mientras otro hombre… o dos, o tres, las violaban.

A mí mismo me resultaba casi imposible mirar a aquellas hembras con la cabeza pelada, redonda, roja y pulposa, por muy lindas, bien formadas y deseables que fueran en otros aspectos. Ni siquiera con los ojos cerrados habría sido capaz de copular con una de ellas, porque no hubiera habido manera de eliminar el igualmente repelente hedor que desprendían. El olor de la sangre de las cabezas desgarradas ya era bastante rancio, pero muchas de aquellas criaturas además estaban vaciando las vejigas y los intestinos de tanto terror como sentían, y otras vomitaban a causa de lo que les habían introducido en la garganta.

—Agradezco a Cuticauri, el dios de la guerra, que las purepechas no nos dejemos crecer el pelo —comentó Mariposa, que estaba al lado de mi estribo.

—¡Pues ojalá lo hicierais para poder dejaros calvas a todas, perras! —gruñó Nocheztli.

—¿Qué es esto? —pregunté sorprendido, porque de ordinario él era afable por naturaleza—. ¿Por qué vituperas a nuestras meritorias mujeres guerreras?

—¿No te lo ha contado ésta, Tenamaxtzin? ¿No te ha contado lo de aquellos dos soldados a quienes mataron de una manera tan incompetente?

Mariposa y yo lo miramos perplejos.

—A dos soldados blancos, sí —puntualicé—, que las sorprendieron mientras ellas cumplían muy eficazmente con su deber.

—Nuestros dos soldados blancos, Tenamaxtzin. Los hombres a quienes tú llamabas señor Uno y señor Dos.

—Yya ayya —murmuré con verdadera tristeza.

—¿Eran nuestros aliados? —quiso saber Mariposa—. ¿Cómo íbamos a saberlo nosotras? Iban montados. Llevaban armadura y tenían barba. Agitaban la espada. Y voceaban.

—¡Pues estarían dando gritos de ánimo, mujer torpe! —le gritó Nocheztli—. ¿Es que acaso no viste que los caballos estaban desensillados?

Mariposa adoptó una expresión de pesar, pero se encogió de hombros.

—Atacamos al amanecer. No había muchas personas que fueran vestidas.

—Iban cabalgando delante de mi, así que me tropecé con sus restos justo después de que los hiciesen volar en pedazos —me explicó Nocheztli con tristeza—. Ni siquiera pude distinguir a un hombre del otro. Realmente habría sido difícil decir si los fragmentos eran de ellos o de los caballos.

—Tranquilo, Nocheztli —le dije mientras suspiraba—. Los echaremos de menos, pero seguro que bajas como ésas se han de producir en cualquier guerra. Esperemos sólo que Uno y Dos estén ahora en su cielo cristiano, si es ahí donde deseaban estar, con su Harry y su George. Y ahora volvamos al asunto de nuestra guerra. Da órdenes de que los hombres, en cuanto hayan terminado de satisfacerse con las mujeres capturadas, se desplieguen en abanico por la ciudad y la saqueen. Que rescaten todo lo que pueda sernos de utilidad: armas, pólvora, plomo, armaduras, caballos, ropa, mantas, cualquier cosa que pueda transportarse. Cuando hayan acabado de vaciar las ruinas y los edificios supervivientes, que se ocupen de prender fuego a la ciudad. No ha de quedar nada de Tonalá más que la iglesia y el palacio.

Nocheztli desmontó, se metió entre sus oficiales y les fue comunicando aquellas órdenes; después se dio la vuelta hacia mí y me preguntó:

—¿Por qué, mi señor, vas a salvar estos edificios?

—Por una parte, porque no creo que ardan fácilmente —le contesté mientras desmontaba a mi vez—. Y no podríamos hacer granadas suficientes para derribarlos. Pero principalmente los dejo para cierto amigo español, un hombre blanco cristiano

que es realmente bueno. Si sobrevive a esta guerra, tendrá algo alrededor de lo cual construir de nuevo. Ya me ha comunicado que este lugar tendrá un nuevo nombre. Y ahora, ven, vamos a echar un vistazo en el interior del palacio.

El piso inferior de aquel edificio de piedra había sido el barracón de los soldados, y como era de prever se encontraba todo en desorden, puesto que sus habitantes habían salido en desbandada poco rato antes. Subimos las escaleras y nos encontramos en una madriguera de habitaciones pequeñas, amuebladas con mesas y sillas; algunas habitaciones estaban llenas de libros, otras estaban repletas de mapas colocados en estantes o de documentos apilados. En una de ellas había una mesa sobre la cual se encontraba un fajo grueso de papel español, un tintero, un afilador de plumas y un jarro lleno de plumas de ganso. Al lado había una pluma manchada de tinta y un papel, que sólo estaba escrito hasta la mitad, que el escriba que hubiera estado trabajando allí el día anterior había dejado así. Me quedé observando aquellas cosas durante unos instantes y después le dije a Nocheztli:

—Me dijiste que entre nuestro contingente de esclavos hay cierta muchacha que sabe leer y escribir en la lengua española. Una mora o una mestiza, no me acuerdo. Vuelve ahora mismo al galope a nuestro campamento, busca a esa muchacha y tráela aquí lo más de prisa que puedas. Además, envía a algunos de nuestros hombres para que busquen cualquier cosa útil en las viviendas de los soldados de aquí abajo. Yo os esperaré aquí a ti y a la muchacha después de que haya visitado la iglesia de aquí al lado.

La iglesia de Tonalá era tan modesta de tamaño y mobiliario como la que ocupaba por entonces el obispo Quiroga en Compostela. Uno de los tres hombres que había en ella era un sacerdote, decentemente vestido con el habitual atuendo negro; los otros dos tenían aspecto de comerciantes, gordinflones, ridículamente vestidos con camisones y con la poca ropa que habían tenido tiempo de echarse encima. Los dos se apartaron de mí y recularon acobardados hasta dar contra la barandilla del altar, pero el sacerdote se adelantó con osadía empujando hacia mí una cruz de madera tallada y balbuceando algo en esa lengua de la Iglesia que yo había oído en las pocas misas a las que había asistido en otro tiempo.

—Ni siquiera otros españoles pueden entender ese tonto guirigay, padre —le dije con brusquedad—. Háblame en alguna lengua que se entienda.

—¡Muy bien, renegado pagano! —me contestó el sacerdote con enojo—. Sólo estaba suplicándote, en el nombre y en el lenguaje del Señor, que te vayas de estos recintos sagrados.

—¿Renegado? —repetí—. Pareces suponer que soy el esclavo huido de algún hombre blanco. Y no es así. Y estos recintos son míos, están construidos en la tierra de mi pueblo. Yo estoy aquí para reclamarlos.

—¡Esto es propiedad de la Santa Madre Iglesia! ¿Quién te crees que eres?

—Sé quién soy. Pero tu Santa Madre Iglesia me puso el nombre de Juan Británico.

—¡Dios mío! —exclamó el sacerdote, horrorizado—. ¡Entonces eres un apóstata! ¡Un hereje! ¡Peor que un pagano!

—Mucho peor —le indiqué con complacencia—. ¿Quiénes son esos dos hombres?

—El alcalde de Tonalá, don José Osado Algarve de Sierra, y el corregidor, don Manuel Adolfo del Monte.

—Entonces son los dos ciudadanos más importantes de la ciudad. ¿Qué están haciendo aquí?

—La casa de Dios sirve de asilo. Es un refugio sagrado, e inviolable. Sería un verdadero sacrilegio que se les hiciera daño aquí.

—¿Por eso se encogen de miedo detrás de tus faldas, padre, y abandonan a su gente a los extraños en medio de la tormenta? ¿Incluso a sus seres queridos, quizá? Sea como sea, yo no comparto vuestras supersticiones.

Di la vuelta alrededor de él y con mi espada apuñalé a cada uno de los hombres en el corazón.

—¡Esos señores eran altos y valiosos funcionarios de su majestad el rey Carlos! —exclamó el sacerdote.

—No me lo creo. Ninguna persona con majestad habría podido sentirse orgulloso de ellos.

—¡Te lo suplico de nuevo, monstruo! ¡Márchate inmediatamente de esta iglesia de Dios! ¡Saca a esos salvajes de esta parroquia de Dios!

—Lo haré —convine afablemente mientras me daba la vuelta para mirar por la puerta—. En cuanto se cansen de ella.

El sacerdote se reunió conmigo a la puerta y dijo, esta vez en tono suplicante:

—En el nombre de Dios, hombre, algunas de esas pobres hembras de ahí no son más que niñas. Algunas son monjas vírgenes. Las esposas de Cristo.

—Pues en breve se reunirán con su esposo. Espero que él se muestre tolerante con los deterioros que encuentre en sus esposas. Ven conmigo, padre. Deseo que veas algo menos doloroso que esta visión.

Lo acompañé fuera de la iglesia y allí encontré, entre algunos otros de mis hombres que no estaban ocupados de momento, al fiable iyac Pozonali.

—Pongo a este hombre bajo tu custodia, iyac —le dije—. No creo que pretenda hacer nada indebido. Limítate a mantenerte a su lado para impedir que sufra algún daño por parte de ninguno de los nuestros.

Luego los conduje a los dos al interior del palacio, subí con ellos a aquella habitación de escribir, señalé al documento parcialmente escrito y le ordené al sacerdote:

—Léemelo, si sabes hacerlo.

—Por supuesto que sé. No es más que un saludo respetuoso. Dice: «Al muy ilustre señor don Antonio de Mendoza, virrey y gobernador de su majestad en esta Nueva España, presidente de la Audiencia y de la Cancillería Real…». Eso es todo. Evidentemente el alcalde estaba a punto de dictarle al escriba algún informe o petición para enviársela al virrey.

—Gracias. Con eso basta.

—¿Y ahora vas a matarme a mí también?

—No. Y debes estar agradecido por ello a otro padre a quien conocí. Ya le he dado instrucciones a este guerrero para que sea tu acompañante y protector.

—Entonces, ¿puedo marcharme? Hay algunos ritos que se han de otorgar a mis numerosos parroquianos que han tenido la desgracia de abandonarnos, y poca compasión puedo darles.

—Vaya con Dios, padre —me despedí sin la menor intención irónica.

Le hice señas a Pozonali para que se fuera con él. Luego, simplemente, me quedé de pie y estuve contemplando desde la ventana de aquella habitación lo que seguía ocurriendo abajo, en la plaza. Algunos fuegos empezaban a brotar en lugares más distantes de la ciudad y esperé a que Nocheztli regresara con la muchacha esclava que sabía leer y escribir.

No era más que una niña, y desde luego no era mora, porque su piel tenía un color cobrizo algo más oscuro que el mío y era demasiado bonita para tener mucha sangre negra en las venas. Pero obviamente era una hembra mestiza de alguna clase, porque ésas tienen el cuerpo muy desarrollado a una edad muy temprana, y así lo tenía la muchacha. Supuse que debía de ser una de esas mezclas más complejas de las que Alonso de Molina me había hablado en una ocasión (pardo, cuarterón o lo que fuera), y que eso explicaba que hubiera recibido cierta educación. La primera prueba a la que la sometí fue hablarle en español.

—Me han dicho que eres capaz de leer la escritura de los españoles.

La muchacha me entendió y respondió con respeto:

—Sí, mi señor.

—Entonces léeme esto.

Le señalé el documento que había sobre la mesa.

Sin tener que estudiarlo ni descifrarlo trabajosamente, leyó de inmediato y de forma fluida:

—«Al muy ilustrísimo señor don Antonio de Mendoza, visorrey é gobernador por su majestad en esta Nueva España, presidente de la Audiencia y de la Chancellería Real…». Aquí termina el escrito, mi señor. Si se me permite decirlo, el escriba no era muy ducho en ortografía.

—Y también me han contado que además sabes escribir en esa lengua.

—Si, mi señor.

—Pues deseo que escribas algo para mí. Pero usa otro papel diferente.

—Desde luego, mi señor. Pero concédeme un momento para prepararme. Los materiales están secos.

—Mientras esperamos, Nocheztli —le dije a éste—, ve a buscar a ese sacerdote de la iglesia. Está ahí fuera, en algún lugar entre la multitud, en compañía de nuestro iyac Pozonali. Tráeme aquí al sacerdote.

Mientras tanto la muchacha había colocado la pluma manchada del escriba a un lado, había sacado una nueva del tarro y había utilizado el afilador de plumas para hacerle punta con habilidad; escupió con delicadeza dentro del tintero, lo removió con la pluma nueva y por último dijo:

—Estoy preparada, mi señor. ¿Qué quieres que escriba?

Miré por la ventana y me quedé meditando brevemente. El día estaba ya oscureciendo, los fuegos eran más numerosos y las llamas alcanzaban mayor altura; toda Tonalá estaría pronto en llamas. Me volví hacia la muchacha y le dicté sólo unas cuantas palabras; lo hice con la suficiente lentitud para que ella hubiera terminado de escribir casi al mismo tiempo que yo dejaba de hablar. Me acerqué y me incliné por encima de su hombro, colocando el papel del escriba y el de ella uno al lado del otro. Naturalmente, yo no entendía nada de ninguno de los dos, pero pude distinguir que la escritura de la muchacha era más clara y más rotunda que las líneas de araña del escriba.

—¿Te lo leo otra vez, mi señor? —me preguntó tímidamente la muchacha.

—No. Aquí está el sacerdote. Que lo lea él. —Señalé el papel—. Padre, ¿puedes leer también esta escritura?

—Claro que puedo —repitió él, en esta ocasión con impaciencia—. Pero tiene poco sentido. Lo único que dice es: «Todavía puedo verlo arder».

—Gracias, padre. Eso es lo que tenía que decir. Muy bien, muchacha. Ahora coge ese documento inacabado y añade estas palabras al mismo: «No he hecho más que empezar». Luego escribe mi nombre, Juan Británico. Y después añade mi verdadero nombre. ¿Sabes también hacer las palabras en imágenes de náhuatl?

—No, mi señor, lo siento.

—Pues entonces ponlo en la escritura española lo mejor que puedas. Téotl-Tenamaxtzin.

La muchacha así lo hizo, aunque no con tanta rapidez, pues tuvo mucho cuidado de hacerlo todo lo correcto y comprensible que pudo. Cuando hubo terminado sopló sobre el papel para secarlo antes de dármelo. Se lo entregué al sacerdote y le pregunté.

—¿Todavía puedes leerlo?

El papel le temblaba entre los dedos y la voz le sonaba poco firme.

—Al muy ilustre… etcétera, etcétera. No he hecho más que empezar. Firmado, Juan Británico. Luego ese otro nombre espantoso. Puedo distinguirlo, si, pero no sé pronunciarlo bien.

Hizo ademán de devolvérmelo, pero le dije:

—Quédate con el papel, padre. Era para el virrey. Y sigue siéndolo. Si encuentras a algún hombre blanco vivo que pueda servir de mensajero, cuando lo encuentres haz que le entregue esto al muy ilustre Mendoza, en la Ciudad de México. Hasta entonces limítate simplemente a enseñárselo a los demás españoles que vengan hacia aquí.

El sacerdote salió, con el papel aún temblándole en la mano, y Pozonali se fue con él. A Nocheztli le comenté:

—Ayuda a la muchacha a recoger y a atar este papel y los materiales de escribir para guardarlos a salvo. Les voy a dar otro uso. Y a ti también, niña. Eres lista y obediente y lo has hecho extraordinariamente bien hoy aquí. ¿Cómo te llamas?

—Verónica —dijiste tú.

30

Cuando abandonamos Tonalá la ciudad era un desierto humeante y en rescoldos, despoblada excepto por el sacerdote y los pocos esclavos que habían elegido quedarse, y sólo los dos edificios de piedra quedaban en pie y de una pieza. Cuando nos marchamos, nuestros guerreros tenían un aspecto muy llamativo, por no decir ridículo. Los yaquis iban tan profusamente engalanados con faldas de cabelleras que cada hombre parecía ir caminando sumergido hasta la cintura entre un montículo de cabello humano ensangrentado. Las mujeres purepes se habían apropiado de los vestidos más finos, sedas, terciopelos y brocados, de las difuntas señoras españolas, de manera que (aunque algunas por ignorancia se habían puesto los vestidos con la parte de delante hacia atrás) componían un enjambre de llamativo colorido. Muchos de los arcabuceros y de los guerreros aztecas llevaban ahora corazas de acero encima de la armadura de algodón acolchado. Desdeñaron hacerse con las botas altas del enemigo o con los cascos de acero, pero el pillaje también había alcanzado el guardarropa de las mujeres españolas, por lo que ahora llevaban en la cabeza lujosos gorros adornados con plumas y elaboradas mantillas de encaje. Todos nuestros hombres y mujeres llevaban además balas y bultos fruto del saqueo: toda clase de cosas, desde jamones, quesos y bolsas de monedas hasta esas armas que Uno había llamado alabardas, que son una combinación de lanza, gancho y hacha. Nuestros sanitarios iban detrás para apoyar a aquellos de nuestros hombres que habían resultado heridos de menos gravedad, y doce o catorce hombres conducían por las riendas a los caballos capturados, con riendas y ensillados, sobre los cuales cabalgaban o iban colocados los heridos que no podían caminar.

Cuando llegamos de regreso a nuestro campamento, se condujo a aquellos guerreros heridos a nuestros ticiltin, que eran varios porque la mayoría de las tribus que componían nuestro ejército habían llevado consigo por lo menos un médico nativo. Incluso los yaquis lo habían hecho así, pero como sus tíciltin lo único que hubieran podido hacer para socorrer a los heridos habría sido poco más que cánticos enmascarados, brincos y traqueteos de carraca, ordené que las bajas yaquis fueran también atendidas por los médicos más ilustrados de otras tribus. Como habían hecho antes y harían siempre, los yaquis se pusieron a gruñir con enojo por mi falta de respeto a sus sagradas tradiciones, pero como insistí con firmeza tuvieron que ceder.

Esta no fue la única disensión que yo descubriría cuando mis fuerzas se congregaron de nuevo. Los hombres y las mujeres que habían participado en la toma de Tonalá quisieron quedarse para si con todo el botín que habían recogido allí, y se mostraron muy enfurruñados cuando ordené que los bienes se distribuyeran, de la forma más equitativa posible, entre todo el ejército y también los esclavos. Pero ese reparto forzoso no satisfizo al resto de la tropa que no había participado en la toma de

la ciudad. Aunque estaban al corriente desde el principio de los motivos que yo tenía para emplear en aquella batalla sólo una parte de las fuerzas de que disponía, parecía que ahora nos echaran en cara el éxito obtenido. Mascullaban malhumorados que yo había sido injusto al dejarlos atrás, y que había mostrado una preferencia indebida hacia mis «favoritos». Puedo jurar que incluso dejaron entrever que sentían envidia de las heridas que los guerreros «favorecidos» habían traído a su regreso, y eso no había manera de que yo pudiera repartirlo entre todos. Hice lo que pude con tal de apaciguar a los descontentos: les prometí que habría muchas más batallas y victorias como aquélla, que, con el tiempo, todos los contingentes acabarían por tener la oportunidad de adquirir gloria, botín y heridas… e incluso de morir de alguna manera que complaciera a los dioses. Pero exactamente igual que yo había aprendido mucho tiempo atrás que ser Uey-Tecutli no era oficio fácil, ahora estaba aprendiendo que ser el líder de un ejército vasto y conglomerado no era más fácil.

Decreté que todos permaneceríamos en nuestro campamento actual mientras yo meditaba a dónde llevar el ejército y dónde utilizarlo a continuación. Tenía varias razones para querer permanecer durante algún tiempo donde estábamos. Una era dejar que las mujeres purepes fabricasen otra provisión considerable de granadas de arcilla, porque habían resultado muy efectivas en Tonalá. Y como ahora teníamos un apreciable número de caballos, quería que hubiese más hombres que aprendieran a montarlos. Además, como habíamos perdido a muchos de nuestros mejores arcabuceros, en parte por culpa mía, quería que los demás tuvieran la oportunidad de practicar con nuestro arsenal de esas armas, ahora bastante numeroso, y de aprender a utilizarlas del modo en que el difunto Uno me había recomendado.

Así que delegué en el caballero Nocheztli la mayoría de las responsabilidades rutinarias del mando, lo que me alivió de tener que vérmelas con las pequeñas quejas, peticiones, querellas y demás exasperaciones por el estilo y me permitió utilizar mi tiempo y poner mi atención en aquellas cosas que sólo yo podía supervisar y ordenar en persona. La más importante de todas era un proyecto que yo deseaba comenzar mientras todavía estuviéramos cómodamente acampados. Por eso es por lo que un día te mandé llamar, Verónica.

Cuando estuviste de pie ante mí, con expresión alerta y atenta pero recatada, con las manos detrás de la espalda, te dije lo que les había dicho a muchos otros antes:

—Tengo intención de quitarles de nuevo este Unico Mundo a esos indeseados conquistadores y opresores españoles que lo ocupan ahora. —Hiciste un gesto de asentimiento y yo continué hablando—: Triunfemos o fracasemos en este empeño, puede ser que en algún momento en el futuro los historiadores del Unico Mundo se alegren de disponer de un relato verdadero de los acontecimientos de la guerra de Tenamaxtzin. Tú sabes escribir y dispones de los materiales para hacerlo. Me gustaría empezar a poner por escrito lo que puede que sea el único registro de esta rebelión

que exista en el futuro. ¿Crees que puedes hacerlo?

—Haré lo que esté en mi mano, mi señor.

—Ahora bien, tú sólo presenciaste la conclusión de la batalla de Tonalá. Te relataré las circunstancias e incidentes que condujeron a ella. Esto lo podemos hacer tú y yo sin prisas mientras estemos acampados aquí, lo que nos permitirá, a mí poner en orden en mi cabeza la secuencia de los hechos, a ti acostumbrarte a escribir a mi dictado y a ambos revisar y enmendar cualquier error que pueda cometerse.

—Tengo la suerte de poseer una memoria retentiva, mi señor. Creo que no cometeremos muchos errores.

—Esperemos que no. No obstante, no siempre nos permitiremos el lujo de sentarnos juntos mientras yo hablo y tú escuchas. Este ejército tiene incontables largas carreras que recorrer, incontables enemigos a los que enfrentarse, incontables batallas que librar. Yo desearía tenerlos todos ellos registrados por escrito: las marchas, los enemigos, las batallas, los resultados. Como tengo que encabezar la marcha, encontrar a los enemigos y moverme en la primera línea de todas las batallas, está claro que no puedo permanecer siempre describiéndote lo que ocurre. Mucho de ello tendrás que verlo con tus propios ojos.

—También poseo buena vista, mi señor.

—Elegiré un caballo para ti, te enseñaré a montarlo y te tendré siempre a mi lado… excepto en el fragor de la batalla, en ese momento permanecerás a una distancia segura. De ese modo verás muchas cosas sólo desde lejos. Debes tratar de comprender lo que estás viendo y luego tratar de relatarlo de manera coherente. Rara vez tendrás largos intervalos para sentarte con pluma y papel. Rara vez tendrás siquiera dónde sentarte. Así que debes idear alguna manera de hacer anotaciones rápidas, en el momento o a la carrera, que más tarde puedas redactar cuando, como ahora, estemos acampados durante algún tiempo.

—Puedo hacer eso, mi señor. En realidad…

—Déjame terminar, muchacha. Estaba a punto de sugerir que utilices un método que emplean desde hace mucho tiempo los mercaderes pochtecas viajantes para llevar sus cuentas. Se cogen hojas de parra silvestre y…

—Y se araña en ellas con una ramita afilada. Las marcas blancas son tan duraderas como la tinta en el papel. Perdona, mi señor, ya lo sabía. En realidad es lo que he estado haciendo, aquí y ahora, mientras tú hablabas.

Sacaste las manos de detrás de la espalda y en ellas sostenías algunas hojas de parra y una ramita. Las hojas tenían distintos arañazos diminutos que habías hecho sin siquiera mirar lo que hacías.

Bastante asombrado, te pregunté:

—¿Puedes descifrar esas marcas? ¿Puedes repetir algunas de las palabras que he pronunciado?

—Las marcas, mi señor, son sólo para refrescarme la memoria. Nadie más podría interpretarlas. Y no pretendo haber conservado todas tus palabras, pero…

—Demuéstramelo, muchacha. Léeme algo de la conversación que estamos manteniendo. —Alargué la mano e indiqué una de las hojas al azar—. ¿Qué se dijo ahí?

Sólo te llevó un momento de estudio.

—«En algún momento en el futuro, los historiadores del Unico Mundo se alegrarán de disponer…».

—¡Por Huitzli! —exclamé—. Esto es algo maravilloso. Tú eres algo maravilloso. Sólo he conocido otro escriba en mi vida, un clérigo español. Él no era ni mucho menos tan diestro como tú, y eso que era un hombre que se acercaba a la mediana edad. ¿Cuántos años tienes, Verónica?

—Creo que tengo diez u once años, mi señor. Pero no estoy segura.

—¿De verdad? Por la madurez de tus formas, y aún más por el refinamiento que se pone de manifiesto en tu manera de hablar, habría creído que eras tres o cuatro años mayor. ¿Cómo es que estás tan bien educada a tan temprana edad?

—Mi madre fue a la escuela de la Iglesia y se crió en un convento. Ella se ocupó de enseñarme desde mis primeros años. Y justo antes de morir, me colocó a mí en ese mismo convento de monjas.

—Eso explica tu nombre, entonces. Pero si tu madre era una esclava, no pudo ser una criada mora común y corriente.

—Era mulata, mi señor —me explicaste sin ningún apuro—. A ella le desagradaba hablar mucho de sus progenitores… o de los míos. Pero los niños, desde luego, pueden adivinar gran parte de lo que no se dice. Deduje que su madre debió de ser una negra y su padre un español próspero de posición bastante elevada, y así pudo pagar para mandar a su hija bastarda a la escuela. En lo que se refiere a mi propio padre, mi madre se mostró tan reservada que nunca he podido hacer conjeturas.

—Sólo he visto tu cara —le dije—. Déjame ver el resto de ti. Desnúdate para que te vea, Verónica.

Tardaste muy poco en hacerlo, porque sólo llevabas puesta una túnica de estilo español muy fina, casi gastada, que te llegaba por el tobillo.

—Una vez me describieron todas las distinciones y grados de los linajes mezclados —le expliqué—. Pero no tengo experiencia en juzgarlo a simple vista; sólo conocí a una muchacha que era, creo, producto de una madre blanca y de un padre negro. En cuanto a ti, Verónica, yo diría que la sangre mora de tu abuela sólo se muestra en tus pechos ya brotados, en los pezones oscuros y en el ya incipiente penacho de vello ymaxtli que tienes ahí abajo. La sangre española de tu abuelo, diría yo, explica esos delicados y hermosos rasgos faciales que tienes. Sin embargo, no se te ven las axilas ni las piernas llenas de pelo, de modo que la sangre blanca española

de tu abuelo debió de diluirse después. Y además eres tan limpia y hueles tan bien como cualquier hembra de mi propia raza. Se ve en seguida que tu desconocido padre aportó más y lo mejor de la mezcla a tu naturaleza.

—Por si te importa saberlo, mi señor —dijiste con descaro—, sea yo lo que sea, continúo siendo virgen. Todavía no me ha violado ningún hombre y todavía no me he sentido tentada a retozar con ninguno.

Hice una pausa para considerar aquel comentario tan directo (pues habías dicho «tentada», habías dicho «todavía no») mientras saboreaba lo que estaba mirando. Y aquí confesaré con sinceridad una cosa. Ya entonces, a aquella tierna edad, Verónica, estabas tan femeninamente dotada, eras fisicamente tan bella y atractiva, además de ser muy inteligente y cultivada para tu edad, que fuiste para mi una auténtica tentación. Hubiera podido pedirte que te convirtieras en algo más que mi compañera y mi escriba. Pero esa idea sólo me pasó fugazmente por la cabeza, porque todavía recordaba el voto que había hecho en memoria de Ixínatsi. En realidad, aunque yo habría gozado con una intimidad mutua, no me atreví a tentarte ni a conquistarte para ello porque habría corrido el riesgo de enamorarme de ti. Y amar genuinamente a una mujer era lo que yo había jurado no volver a hacer nunca.

Y, también es verdad, bien estuvo que no lo hiciera, en vista de lo que más tarde se reveló entre nosotros.

Y, no obstante, también es verdad que inevitablemente, sin escapatoria, llegué a amarte con toda ternura.

En aquel momento, sin embargo, lo único que se me ocurrió decir fue:

—Vuelve a vestirte y ven conmigo. Aligeraremos a las mujeres purepes de algunas de las prendas que cogieron de los guardarropas de Tonalá. Mereces el más hermoso de los atuendos femeninos, Verónica. Y necesitarás más ropa además de ésa, y también algo de ropa interior si has de cabalgar en un caballo junto al mío.

No todas nuestras conquistas se llevaron a cabo con tanta facilidad como la de Tonalá. Mientras permanecimos acampados, mantuve a mis exploradores y a mis corredores veloces circulando en todas direcciones por los alrededores y, a partir de sus informes, decidí hacer que nuestro siguiente ataque a los españoles fuera un ataque doble: dos ataques simultáneos pero en dos lugares separados y muy distantes. Ello, ciertamente, serviría para hacer que los españoles tuvieran aún más miedo de que fuéramos muy numerosos, muy poderosos en fuerzas y en armas, fieros en nuestra determinación, capaces de atacar en cualquier parte… y que no se pensaran que se trataba sólo de un enojado levantamiento de unos cuantos miembros de tribus descontentas, sino de una auténtica insurrección extendida por todo el territorio contra los hombres blancos que nos estaban usurpando la tierra.

Algunos de los exploradores me informaron de que, a cierta distancia al sureste de nuestro campamento, se abría una vasta extensión de ricas estancias de cultivo y

ranchos cuyos propietarios habían construido sus residencias muy agrupadas, unas cerca de las otras, por conveniencia, vecindad y protección mutua, en el centro de aquella extensión de terreno. Otros exploradores me informaron de que, al suroeste de nosotros, estaba situado un puesto de comercio español en una encrucijada de caminos, que tenía negocios florecientes con mercaderes viajantes y con terratenientes locales, pero que estaba muy fortificado y vigilado por una considerable fuerza de soldados españoles de a pie.

Esos fueron los dos lugares que decidí atacar a continuación y al mismo tiempo, con el caballero Nocheztli al mando del ataque a la comunidad de estancias y yo al frente del ataque al puesto comercial. Y ahora les daría a algunos de nuestros guerreros que previamente no se habían manchado de sangre, y por ello sentían cierta envidia, su oportunidad de pelear, de saquear, de ganar la gloria y de alcanzar una muerte que complaciera a los dioses. De manera que a Nocheztli le asigné a los coras y a los huicholes y a todos nuestros jinetes, entre ellos a Verónica, para que fuera la cronista de esa batalla. Conmigo me llevé a los rarámuris y a los otomíes y a los hábiles arcabuceros. Dejamos atrás a los que habían participado en la toma de Tonalá… lo cual hizo que los yaquis, tal como era su costumbre, comenzasen a murmurar y estuviesen a punto de organizar un motín. Nocheztli y yo calculamos cuidadosamente el tiempo que emplearíamos en desplazarnos hasta allí para así poder establecer el día en el cual llevaríamos a cabo los asedios, separados y simultáneos, y también el día de nuestro reencuentro posterior, ya victoriosos, en el campamento que teníamos en aquel momento. Y luego marcharíamos cada uno en una dirección divergente.

Como he dicho, no toda la guerra que llevé a cabo transcurrió suavemente. En un principio dio la impresión de que mi ataque al puesto comercial no era probable que tuviera un resultado que pudiera llamarse victorioso.

El lugar consistía en su mayor parte en cabañas y barracas de los obreros y esclavos españoles. Pero éstas estaban rodeando el puesto en sí, que se asentaba seguro dentro de una empalizada de troncos pesados y unidos muy juntos, todos puntiagudos en la parte superior; tenía una puerta maciza, cerrada fuertemente y atrancada por dentro. Por unas ranuras estrechas en la pared de troncos asomaban los tubos de trueno. Cuando nuestras fuerzas avanzaron, rugiendo y bramando, y echaron a correr a campo abierto por uno de los lados del puesto, yo confiaba en que sólo tendríamos que esquivar las pesadas bolas de hierro que yo ya había visto anteriormente arrojar por los tubos de trueno. Pero a éstos los habían cargado en esta ocasión con fragmentos de metal, piedras, clavos, cristales rotos y cosas así. Y cuando comenzaron a disparar no hubo manera de esquivar la rociada letal que arrojaron, y gran cantidad de nuestros guerreros que iban en primera línea de ataque cayeron horriblemente mutilados, descuartizados, muertos, hechos pedazos.

Felizmente para nosotros, un tubo de trueno se tarda aún más en cargar que un palo de trueno. Antes de que los soldados españoles pudieran conseguirlo, nosotros los guerreros supervivientes nos habíamos acercado a la pared de la fortaleza, un lugar al que no podían apuntar los tubos de trueno. Mis rarámuris, haciendo honor a su nombre que significa Veloces de Pies, se encaramaron con facilidad como hormigas por los troncos de corteza tosca y, pasando por encima de ellos, se introdujeron en la fortaleza. Mientras algunos de aquellos entablaron combate inmediatamente con los defensores españoles, otros corrieron a desatrancar la puerta para permitirnos la entrada al resto de nosotros.

Sin embargo, los soldados no eran nada cobardes ni estaban tan desanimados como para rendirse de inmediato. Varios de ellos, formados en filas a cierta distancia, nos rechazaron con arcabuces. Pero mis propios arcabuceros, ahora versados en el debido empleo de esa arma, actuaron con igual exactitud y eficiencia mortal. Mientras tanto el resto de nosotros, armados con lanzas, espadas y maquáhuime, peleamos contra los demás soldados a corta distancia y luego cuerpo a cuerpo. No fue aquélla una batalla breve; los valientes soldados estaban dispuestos a luchar hasta morir. Y al final todos fueron a la muerte.

También murió un número lamentable de mis propios hombres, tanto fuera como dentro de la empalizada. Ya que en aquella marcha no habíamos llevado sanitarios para que atendieran a los heridos, y puesto que allí no había caballos en los que transportarlos, sólo pude dar instrucciones para que otorgasen una muerte rápida y piadosa a los caídos que seguían con vida pero que estaban demasiado malheridos para hacer el camino de regreso.

Aquella conquista nos había salido cara, pero aun así había sido provechosa. Aquel puesto comercial albergaba un tesoro de bienes útiles y valiosos: pólvora y bolas de plomo, arcabuces, espadas y cuchillos, mantas y túnicas, muchos alimentos buenos ahumados o salados, incluso jarras de octli y chápari y vinos españoles. Así que, con mi permiso, los supervivientes celebramos la victoria hasta que estuvimos bien borrachos, y cuando nos marchamos a la mañana siguiente no nos teníamos en pie. Como ya había hecho antes, invité a las familias esclavas del lugar a que vinieran con nosotros, y la mayoría lo hicieron; llevaron los bultos, bolsas y jarras del saqueo. Al regresar de nuevo a nuestro campamento más allá de las ruinas de Tonalá, me alegré cuando Nocheztli me dijo que la suya había sido una expedición mucho menos difícil que la mía. La comunidad de estancias no estaba vigilada por soldados entrenados, sino sólo por los propios esclavos vigilantes de los propietarios, esclavos que, naturalmente, no estaban armados con arcabuces ni ansiosos por repeler el ataque. Así que Nocheztli no había perdido ni un solo hombre y sus fuerzas habían matado, violado y saqueado casi a su antojo. Además habían regresado con grandes provisiones de alimentos, bolsas de maíz, tejidos y ropa española aprovechable. Y lo

mejor de todo, habían traído de aquellos ranchos gran cantidad de caballos y un rebaño de ganado casi tan numeroso como el que Coronado se había llevado consigo al norte. Ya no tendríamos que buscar comida, ni siquiera cazar. Ahora disponíamos de comida suficiente para sostener a todo nuestro ejército durante mucho tiempo.

—Y aquí tienes, mi señor —me dijo Nocheztli—. Un regalo personal mío para ti. He cogido esto de la cama de uno de los nobles españoles. —Me entregó un par de hermosas sábanas de lustrosa seda pulcramente dobladas y que sólo estaban algo manchadas de sangre—. Yo creo que el Uey-Tecutli de los aztecas no tendría que dormir en el suelo desnudo o en un jergón de paja como cualquier guerrero común.

—Te lo agradezco mucho, amigo mío —le dije sinceramente; y luego me eché a reír—. Aunque me temo que quizá me inclines a la misma autocomplacencia e indolencia que la de cualquier noble español.

Había más buenas noticias aguardándome en el campamento. Algunos de mis corredores veloces habían ido a explorar a tierras verdaderamente lejanas, y ahora habían regresado para decirme que la guerra que yo estaba librando la seguían ya otros además de mi propio ejército.

—Tenamaxtzin, la noticia de tu insurrección se ha extendido de nación en nación y de tribu en tribu, y muchos están ansiosos por emular tus acciones en nombre del Unico Mundo. Por todo el camino de aquí hacia la costa del mar Oriental, bandas de guerreros están haciendo incursiones, ataques y retiradas rápidos contra asentamientos, granjas y propiedades españoles. El pueblo de los Perros chichimecas, el pueblo de los Perros Salvajes teochichimecas e incluso el pueblo de los Perros Rabiosos zacachichimecas, todos ellos están llevando a cabo esas correrías y ataques sorpresa contra los hombres blancos. Incluso los huaxtecas de las tierras costeras, que son tristemente famosos desde hace tanto tiempo por su holgazanería, llevaron a cabo un ataque contra la ciudad porteña que los españoles llaman Vera Cruz. Desde luego, con sus armas primitivas, los huaxtecas no pudieron hacer allí demasiado daño, pero sí causaron alarma y temor entre los residentes.

Me complació mucho oír aquellas cosas. Era cierto que los pueblos mencionados por los exploradores estaban pobremente armados, e igual de pobremente organizados en aquellos levantamientos. Pero me estaban ayudando a mantener a los hombres blancos intranquilos, aprensivos, quizá en vela durante la noche. Toda Nueva España ya estaría enterada de aquellos ataques esporádicos y de los míos, más devastadores. Nueva España, creía yo y esperaba que así fuera, debía de estar poniéndose cada vez más nerviosa y ansiosa acerca de la continuidad de su propia existencia.

Bien, los huaxtecas y demás podían ingeniárselas para realizar aquellos súbitos ataques y luego escapar casi con impunidad. Pero yo ahora estaba al mando de lo que era prácticamente una ciudad viajante: guerreros, esclavos, mujeres, familias enteras,

muchos caballos y un rebaño de ganado, lo que, como mínimo, resultaba difícil de manejar y de mover de un campo de batalla a otro. Decidí que necesitábamos un lugar permanente donde asentarnos, un lugar que se pudiera defender con cierta facilidad desde donde yo pudiera conducir o enviar ya fueran pequeñas fuerzas o fuerzas formidables en cualquier dirección, y también tener un refugio seguro al que poder regresar. Así que convoqué a varios de mis caballeros, quienes, yo lo sabía, habían viajado mucho por aquellas partes del Unico Mundo, y les pedí consejo. Un caballero llamado Pixqui dijo:

—Yo conozco el lugar perfecto, mi señor. Nuestro último objetivo es un asalto sobre la Ciudad de México, al sureste de aquí, y el lugar en el que estoy pensando queda aproximadamente a medio camino de allí. Las montañas llamadas Miztóatlan, Donde Acechan Los Cuguares. Los pocos hombres blancos que las han visto alguna vez las llaman en su lengua las montañas Mixton. Son montañas escarpadas, accidentadas y entrelazadas con estrechos barrancos. Allí podemos encontrar un valle lo bastante cómodo para albergar todo nuestro amplio ejército. Incluso cuando los españoles sepan que estamos en aquel lugar, cosa que sin duda harán, lo pasarán mal para llegar hasta nosotros a menos que aprendan a volar. Si se ponen vigías en lo alto de los riscos alrededor de nuestro valle, podrán divisar cualquier ejército enemigo que se aproxime. Y puesto que tal ejército habría de abrirse camino por entre esos estrechos barrancos casi en fila de a uno, bastaría un puñado de arcabuceros para detenerlos, y mientras tanto el resto de nuestros guerreros podrían arrojar una lluvia de flechas, lanzas y piedras sobre ellos desde arriba.

—Excelente —acepté—. Parece algo impenetrable. Gracias, caballero Pixqui. Id, pues, de un lado al otro del campamento y difundid la orden de que se preparen para marchar. Partiremos al alba hacia las montañas Miztóatlan. Y que uno de vosotros vaya a buscar a esa muchacha esclava llamada Verónica, mi escriba, y haga que se presente ante mí.

Fue el iyac Pozonali quien te trajo hasta mí aquel fatídico día. Hacía ya algún tiempo que me había fijado en que él estaba a menudo en tu compañía y que te contemplaba con miradas llenas de deseo. Ese tipo de cosas no se me escapa, pues yo mismo he estado enamorado con frecuencia. Yo sabía que el iyac era un joven admirable, e incluso antes de la revelación que se transparentó entre nosotros aquel día, Verónica, difícilmente habría podido sentirme celoso si resultaba que Pozonali encontraba también favor ante tus ojos.

Sea como fuere, tú ya habías escrito el relato del asalto de Nocheztli a las estancias, puesto que habías estado presente allí, así que a continuación me puse a dictarte el relato de mi mucho más difícil asalto al puesto comercial, y tú fuiste escribiendo todas las palabras, concluyendo con la decisión que habíamos tomado de partir hacia las Miztóatlan. Una vez que hube terminado dijiste en un murmullo:

—Estoy muy contenta, mi señor, de oír que piensas atacar pronto la Ciudad de México. Espero que la arrases por completo, como hiciste con Tonalá.

—Yo también. Pero ¿por qué deseas que sea así?

—Porque eso arrasará también el convento de monjas donde viví después de morir mi madre.

—¿Ese convento estaba en la Ciudad de México? Nunca me habías dicho dónde estaba situado. Sólo conozco un convento de monjas allí. Estaba cerca del Mesón de San José, donde en otro tiempo viví yo mismo.

—Ese es, mi señor.

Una sospecha en cierto modo turbadora pero no de consternación estaba empezando a apoderarse de mi.

—¿Y tienes alguna queja contra esas monjas, niña? Muchas veces he estado tentado de preguntártelo. ¿Por qué te escapaste de aquel convento y te convertiste en una vagabunda sin hogar, vagando hasta acabar por encontrar finalmente refugio entre nuestro contingente de esclavos?

—Porque las monjas fueron muy crueles, primero con mi madre y luego conmigo.

—Explícamelo.

—Después de asistir a la escuela de la Iglesia, cuando mi madre tuvo instrucción religiosa suficiente en esa religión y hubo alcanzado la edad requerida, se confirmó como cristiana e inmediatamente tomó lo que ellos llaman «órdenes sagradas», se convirtió en la esposa de Cristo, como dicen ellos, y empezó a residir en el convento como monja novicia. Sin embargo, pocos meses después se descubrió que estaba preñada. La despojaron del hábito, la azotaron con saña y se la expulsó con deshonra. Como he dicho, ella nunca, nunca, le dijo a nadie, ni siquiera a mí, quién la dejó preñada. —Y luego añadiste con amargura—: Dudo de que fuera su esposo Cristo.

Me quedé meditando un rato y luego le pregunté:

—¿Acaso tu madre se llamaba Rebeca?

—Sí —contestaste tú, atónita—. ¿Cómo podías tú saber eso, mi señor?

—Yo también asistí durante un breve tiempo a esa escuela de la Iglesia, así que conozco un poco su historia. Pero abandoné la ciudad por aquel entonces, de modo que nunca me enteré de la historia completa. Y dime, después de la expulsión de Rebeca, ¿qué fue de ella?

—Como llevaba dentro de ella un hijo bastado, yo diría que le dio vergüenza volver a su casa con su madre y su padre, su patrón blanco. Durante un tiempo se ganó la vida a duras penas haciendo pequeños trabajos de vez en cuando por los mercados; vivía literalmente en las calles. Yo nací en un lecho de harapos en cualquier callejón de alguna parte. Supongo que tengo suerte de haber sobrevivido a la experiencia.

—¿Y luego?

—Luego ya tenía dos bocas que alimentar. Me ruboriza decirlo, mi señor, pero mi madre se dedicó a lo que vosotros llamáis en vuestra lengua «hacer la calle». Y como era mulata… bien, ya te lo puedes imaginar; difícilmente solicitaban sus servicios ricos nobles españoles o ni siquiera prósperos mercaderes pochtecas. Sólo se acercaban a ella recaderos de los mercados, esclavos moros y otros hombres por el estilo. Los entretenía en sórdidas posadas e incluso en callejones traseros, en la calle. Al final, cuando yo no debía de tener más que cuatro años, recuerdo haber tenido que mirar como ella hacía esas cosas.

—Al final. ¿Cuál fue el final?

—Otra vez me ruborizo, mi señor. A causa de alguno de sus servicios en las calles mi madre contrajo el nanaua, la enfermedad más vergonzosa y revulsiva. Cuando comprendió que se estaba muriendo volvió al convento llevándome de la mano. Bajo las reglas de aquella orden cristiana, las monjas no podían negarse a acogerme. Pero naturalmente conocían mi historia, así que todos me despreciaron, y no me quedó esperanza alguna de que me concedieran un noviciado. Simplemente me utilizaron como criada, como esclava, como sirvienta. De todos los trabajos que había que hacer, yo era la que siempre hacía los más rastreros, pero por lo menos me dieron cama y alimento.

—¿Y educación?

—Como te he dicho, mi madre me había impartido muchos de los conocimientos que ella había adquirido anteriormente. Y yo tengo cierta facilidad para ser observadora y estar atenta. Así que, incluso mientras trabajaba tan duramente, yo siempre observaba, escuchaba y absorbía lo que las monjas estaban enseñando a sus novicias y a otras niñas respetables que residían allí. Cuando por fin decidí que ya había aprendido todo lo que ellas, aunque maliciosamente, podían enseñarme allí… y cuando los trabajos serviles y las palizas se hicieron intolerables… entonces me escapé.

—Eres una niña extraordinaria, Verónica. Me alegro muchísimo de que sobrevivieras a tus vagabundeos y de que por fin llegaras hasta… hasta nosotros.

Me quedé meditando un poco más. ¿Cómo decir esto de la mejor manera posible?

—Por la poca amistad que tuve con Rebeca, mi compañera de escuela, creo que fue su madre quien te dio tu sangre blanca, y su padre habría sido un moro, no un patrón español. Pero eso no importa. Lo que importa es que tu padre, fuera quien fuese, estoy seguro de que fue un indio, un mexícatl o un aztécatl. Por tanto tienes tres sangres en tus venas, Verónica. Supongo que esa combinación es lo que explica tu belleza tan poco común. Y ahora, fíjate, pues el resto sólo puedo suponerlo por los pocos indicios que dejó caer Rebeca. No obstante, si estoy en lo cierto, tu abuelo paterno fue un alto noble de los mexicas, un hombre valiente, sabio y verdaderamente

noble en todos los aspectos. Un hombre que desafió a los conquistadores españoles hasta el mismísimo final de su vida. La contribución que él aportó a tu naturaleza explicaría tu inteligencia poco común, y en especial tu asombrosa facilidad con las palabras y la escritura. Si tengo razón, ese abuelo tuyo era un mexícatl llamado Mixtli; por decirlo con más propiedad, Mixtzin: señor Mixtzin.

31

El avance de nuestro ejército a través del campo ahora era todavía más lento que antes, porque teníamos que conducir al estúpido, testarudo y recalcitrante ganado que caminaba a paso de tortuga. Como mis guerreros se iban volviendo comprensiblemente impacientes, pues yo había hecho que pasaran de ser guerreros a meros escoltas y pastores, detuve el ejército sólo una vez a lo largo del trayecto para darles oportunidad de derramar sangre, rapiñar y saquear.

Eso fue en una aldea llamada Nót Tahí, que antes había sido la aldea principal del pueblo otoml y que ahora se había convertido en una ciudad de tamaño considerable, poblada casi enteramente por españoles, los cuales le habían dado el nombre de Zelalla, y sus habituales séquitos de sirvientes y esclavos. La dejamos toda quemada, en ruinas y tan arrasada como Tonalá, y la mayoría de los desperfectos los causaron las granadas de las mujeres purepes. Y cuando la abandonamos estaba también totalmente despoblada, despoblada de todo excepto de cadáveres. Cadáveres sin cabello cortesía de los yaquis.

Me congratula informar de que mis guerreros partieron de Zelalla con mucha más dignidad y mucha menos rimbombancia que cuando lo hicieron de Tonalá: es decir, sin engalanarse y adornarse con faldas, gorros, mantillas españolas y otras cosas por el estilo. En realidad, ya hacía algún tiempo que habían ido avergonzándose, incluso las mujeres y los moros más ignorantes, de todos aquellos perifollos, chucherías y corazas de acero. Además del creciente apuro y vergüenza que suponía llevar puestos aquellos atavíos impropios de guerreros, encontraron que aquellas ropas eran un peligroso estorbo en la batalla y que resultaban incómodamente pesadas incluso para la marcha, sobre todo cuando estaban empapadas por la lluvia. Así que, pieza a pieza, todos habían ido desprendiéndose a lo largo del camino de aquellas prendas y adornos de los hombres blancos, habían acabado por deshacerse de todo excepto de las prendas cálidas de lana que podían utilizarse como mantas y mantos, por lo que de nuevo volvíamos a tener el aspecto de verdadero ejército indio que éramos.

Con el tiempo, un tiempo que se hizo largo como un tormento, llegamos de hecho a aquellas montañas Donde Acechan Los Cuguares, y eran exactamente tal como las había descrito el caballero Pixqui. Con él al frente, nos abrimos tortuosamente camino por entre un laberinto de aquellos barrancos estrechos, algunos de los cuales sólo tenían anchura suficiente para que pasasen los hombres a caballo (o una vaca), uno detrás de otro. Y por fin fuimos a parar a un valle no muy ancho pero sí bastante largo y bien provisto de agua, un valle lo bastante espacioso para que acampásemos todos cómodamente, e incluso lo suficientemente verde como para proporcionar pastos a nuestros animales.

Una vez que nos hubimos instalado y hubimos disfrutado de un gratificante

descanso durante dos o tres días, convoqué ante mi presencia al iyac Pozonali y a mi querida escriba Verónica y les dije:

—Tengo una misión para vosotros dos. No creo que sea una misión arriesgada, aunque llevará consigo un arduo viaje. —Sonreí—. Sin embargo, he pensado también que no os importar hacer un largo viaje juntos en íntima compañía. —Tú te ruborizaste, Verónica, y también Pozonali. Continué hablando—: Es cierto que todo el mundo en la Ciudad de México, desde el virrey Mendoza hasta el último esclavo de los mercados, está al corriente de nuestra insurrección y de nuestros saqueos. Pero me gustaría saber cuántas cosas conocen de nosotros y qué medidas están tomando para defender la ciudad de nuestros ataques o para salir a encontrarnos y luchar a campo abierto. Lo que quiero que hagáis es lo siguiente: id a caballo lo más rápidamente que os sea posible y lo más al sureste que podáis, deteniéndoos sólo cuando comprendáis que os estáis acercando demasiado, hasta el punto de resultar peligroso, a cualquier puesto de vigilancia español. Según mis cálculos eso sucederá probablemente en la parte oriental de Michoacán, donde limita con las tierras mexicas. Dejad los caballos al cuidado de cualquier nativo hospitalario que pueda atenderlos. Desde allí continuad a pie y vestid con atuendos toscos de campesinos. Llevad con vosotros bolsas de alguna clase de mercancía que se pueda vender en los mercados: fruta, verdura, cualquier cosa que podáis procuraros. Puede que encontréis la ciudad sólidamente rodeada, pero seguro que permiten la entrada y salida de mercancías y bienes. Y creo que los guardias difícilmente sospecharán de un joven granjero campesino y… ¿cómo diríamos…?, pongamos que su primita, que se dirigen al mercado. —Los dos volvisteis a ruborizaros. Seguí adelante—: Y sobre todo, Verónica, no hables en español. No hables nada de nada. Confío en que tú, Pozonali, puedas convencer a cualquier guardia para que te deje pasar o a cualquier otro que te pregunte algo a base de parlotear en náhuatl, de decir las pocas palabras de español que sabes y de gesticular como un torpe patán.

—Entraremos en la ciudad, Tenamaxtzin, beso la tierra para jurarlo —me aseguró él—. ¿Tienes órdenes especificas para nosotros, una vez que estemos allí?

—Sobre todo quiero que los dos abráis bien los ojos y los oídos. Tú, iyac, has demostrado ser un militar competente. Por lo tanto no deberías tener problemas en reconocer cualquier defensa que la ciudad esté preparando para protegerse o cualesquiera otros preparativos que esté haciendo con vistas a una ofensiva contra nuestras fuerzas. Mientras tanto id por las calles y los mercados y entablad conversación con la gente corriente. Deseo conocer qué estado de ánimo tienen, y cuál es su disposición y su opinión acerca de nuestra insurrección, porque sé por experiencia que algunos, quizá muchos, se pondrán de parte de los españoles de los que ahora dependen. Y también hay un hombre aztécatl, un orfebre, ya anciano, que has de ir a visitar personalmente. —Le di las señas—. Fue el primer aliado que tuve

en esta campaña, así que quiero advertirle de lo que se avecina. Puede ser que desee esconder el oro que tenga o incluso abandonar la ciudad y llevárselo. Y, por supuesto, dale mis más cariñosos saludos.

—Todo se hará como dices, Tenamaxtzín. ¿Y Verónica? ¿Tengo que permanecer cerca de ella para protegerla?

—No hará falta, creo yo. Verónica, tú eres una muchacha llena de recursos. Sencillamente quiero que te acerques a cualquier grupo de dos o más españoles que estén conversando, donde puedas oír lo que digan, en las calles, en los mercados, donde sea, y escuches, sobre todo si van de uniforme o parecen personas importantes del tipo que sea. Será muy difícil que sospechen que puedes entender lo que dicen, y a lo mejor incluso lleguen a tus oídos más cosas que las que el iyac Pozonali recoja acerca de las respuestas que los españoles piensan dar a nuestro planeado asalto.

—Sí, mi señor.

—Además tengo instrucciones específicas para ti. En toda la ciudad no hay más que un solo hombre blanco a quien, se lo debo, tengo que darle el mismo aviso que Pozonali le dará al orfebre. Se llama Alonso de Molina, recuérdalo, y es un alto cargo en la catedral.

—Sé dónde está, mi señor.

—No vayas a darle el aviso a él directamente. Al fin y al cabo es español. Quizá se apoderase de ti y te retuviera como rehén. Y con toda certeza así lo haría si supiera que eres mi… mi escriba personal. Así que escribe el aviso en un pedazo de papel, dóblalo, pon el nombre de Alonso en la parte de fuera y, sin hablar, sólo con gestos, entrégaselo a cualquier clérigo humilde que encuentres holgazaneando por la catedral. Luego márchate de allí lo más aprisa que puedas. Y mantente alejada.

—Si, mi señor. ¿Algo más?

—Sólo esto. Es la orden más importante que puedo daros a ambos. Cuando os parezca que os habéis enterado de todo lo que podéis, salid de la ciudad, volved a salvo a donde estén vuestros caballos y regresad aquí. Los dos. Si tú, iyac, osases volver aquí sin Verónica… bueno…

—Regresaremos a salvo, Tenamaxtzin, beso la tierra para jurarlo. Y si acaeciera algún mal imprevisto y solamente regresase uno de nosotros, será Verónica. ¡Y para jurar eso, beso la tierra cuatrocientas veces!

Cuando se hubieron ido, el resto de nosotros nos dimos a la buena vida en nuestro nuevo entorno. Ciertamente vivíamos bien. Había carne de vaca más que suficiente para comer, desde luego, pero de todos modos nuestros cazadores recorrían el valle sólo para proporcionar variedad: ciervos, conejos, codornices, patos y otras piezas de caza. Incluso mataron dos o tres cuguares de los que daban nombre a aquellas montañas, aunque la carne de cuguar es dura de masticar y no muy sabrosa. Nuestros pescadores encontraron que en las aguas de los torrentes de las montañas abundaba

un pez cuyo nombre desconozco que constituía un delicioso cambio en nuestra alimentación, que consistía mayormente de carne. Los que se encargaban de buscar alimentos encontraron toda clase de frutas, verduras, raíces y cosas por el estilo. Las tinajas de octli, chápari y vinos españoles que habíamos saqueado se reservaban para mis caballeros y para mí, pero ahora sólo bebíamos de ellas de vez en cuando. Lo que nos faltaba era algo que fuese dulce, como los cocos de mi tierra. En realidad creo que gran parte de nuestra gente, en particular las numerosas familias de esclavos que habíamos liberado y habían venido con nosotros, habrían estado contentos de quedarse a vivir en aquel valle el resto de sus vidas. Y probablemente hubieran podido hacerlo sin que los hombres blancos los molestasen, incluso sin que los hombres blancos supieran de su existencia, hasta el fin de los tiempos.

No quiero decir que lo único que hiciéramos allí fuese el vago y vegetar. Aunque por la noche yo dormía entre sábanas de seda y bajo una manta de lana fina españoles, lo que me hacía sentirme como un marqués o un virrey español, estaba ocupado todo el día. Mantenía a mis exploradores patrullando por el campo más allá de las montañas y los obligaba a mantenerme informado constantemente. Yo caminaba majestuosamente por el valle, como una especie de general que pasase revista, porque les había ordenado a Nocheztli y a los demás caballeros que enseñasen a otros muchos de nuestros guerreros a montar los numerosos caballos que habíamos adquirido y a emplear como es debido los nuevos arcabuces, muy numerosos, por cierto. Cuando uno de mis exploradores llegó para informarme de que, no muy lejos al oeste de nuestras montañas, había un puesto comercial español en una encrucijada de caminos parecido al que anteriormente habíamos derrotado, decidí intentar un experimento. Cogí un grupo mediano de guerreros sobaipuris, porque ellos todavía no habían tenido el placer de participar en ninguna de nuestras batallas y también porque habían adquirido un verdadero dominio tanto en montar a caballo como en el empleo de los arcabuces, le pedí al caballero Pixqui que me acompañase y nos pusimos a cabalgar hacia el oeste, en dirección al puesto comercial.

Yo no tenía intención de librar una verdadera batalla, sino de fingirla solamente. Galopamos al tiempo que aullábamos, ululábamos y descargábamos nuestros arcabuces, y finalmente salimos de los bosques al terreno abierto que se extendía ante el puesto, que estaba rodeado por una empalizada. Y, como la vez anterior, de las troneras de aquella empalizada, los tubos de trueno escupieron una rociada de fragmentos letales, pero yo tuve buen cuidado de que todos estuviéramos fuera de su alcance, y sólo uno de nuestros hombres sufrió una herida de poca importancia en el hombro. Permanecimos allí fuera haciendo danzar a nuestros caballos adelante y atrás, lanzando nuestros amenazadores gritos de guerra y haciendo extravagantes gestos de amenaza, hasta que se abrió la puerta de la fortaleza y una tropa de soldados

montados salió al galope. Luego, fingiéndonos intimidados, dimos todos media vuelta y volvimos al galope por el mismo camino por el que habíamos venido. Los soldados nos persiguieron, y me aseguré de sacarles siempre cierta ventaja, pero sin que nos perdieran de vista ni un instante. Los guiamos todo el camino de regreso hasta el barranco por el que habíamos salido de nuestro valle.

Procurando todavía que los soldados no nos perdieran de vista en aquellos laberintos, les hicimos picar el anzuelo y pasaron por un corte muy estrecho donde yo había apostado arcabuceros a ambos lados. Justo como había predicho el caballero Pixqui, las primeras descargas de aquellos arcabuces abatieron a suficientes soldados y caballos como para bloquear el paso a los que iban detrás. Y éstos, arremolinados en desorden, cayeron abatidos en poco tiempo por lanzas, flechas y cantos lanzados por otros guerreros que yo había apostado más arriba, en las alturas. Los sobaipuris estuvieron contentos de confiscar las armas de todos aquellos españoles muertos y los caballos supervivientes. Pero a mí me complació sobre todo comprobar que nuestro escondite era verdaderamente invulnerable. Podríamos resistir allí para siempre, si hacía falta, contra cualquier fuerza que se enviara para atacarnos.

Llegó el día en que varios de mis exploradores vinieron a decirme, con verdadero júbilo, que habían descubierto un blanco nuevo y más importante para que lo atacásemos.

—A unos tres días al este de aquí, Tenamaxtzin, un pueblo casi tan grande como una ciudad. Hubiéramos podido no saber nunca de su existencia de no ser porque divisamos a un soldado montado y lo seguimos. Uno de nosotros que entiende un poco de español se metió a escondidas en la ciudad detrás de él y se enteró de que es una ciudad rica, bien edificada, a la que los hombres blancos llaman Aguascalientes.

—Manantiales Calientes —dije.

—Sí, mi señor. De hecho es un lugar al que los hombres y mujeres blancos vienen para tomar baños curativos y para recreos de otros tipos. Hombres y mujeres españoles ricos. Así que puedes imaginar el botín que podemos sacar de ella. Por no hablar de mujeres blancas limpias, para variar. Debo informar, sin embargo, que la ciudad está muy fortificada, defendida por muchos hombres y bien armada. No hay manera de que podamos tomarla sin emplear todos nuestros guerreros, tanto montados como de a pie.

Llamé a Nocheztli y le repetí aquel informe.

—Prepara nuestras fuerzas. Nos pondremos en marcha de hoy en dos días. Esta vez quiero que participen todos; incluso, pues sin duda los vamos a necesitar a todos, nuestros tíciltin, y también los sanitarios. Este será el asalto más ambicioso y audaz de todos los que hemos llevado a cabo hasta ahora, de manera que constituirá una práctica perfecta para nuestro posterior ataque a la Ciudad de México.

Precisamente al día siguiente, y por casualidad, Pozonali y Verónica regresaron,

juntos y a salvo; y aunque muy fatigados por su larga y difícil cabalgada, acudieron inmediatamente a informarme. Tan excitados estaban que empezaron a hablar a la vez en idiomas distintos, en náhuatl y en español.

—El orfebre te agradece el aviso, Tenamaxtzin, y te envía afectuosos saludos para corresponder…

—Ya eres famoso en la Ciudad de México, mi señor. Yo diría que famoso y temido…

—Esperad, esperad —les dije mientras me reía—. Que primero hable Verónica.

—Lo que yo traigo son buenas noticias, mi señor. Para empezar, entregué tu mensaje en la catedral y, como tú suponías, cuando tu amigo Alonso lo recibió, muchos grupos de soldados empezaron a peinar la ciudad para encontrar al mensajero que lo había llevado. Pero no pudieron descubrirme, desde luego, pues no podían distinguirme de tantas otras muchachas iguales que yo. Y, como ordenaste, escuché muchas conversaciones. Los españoles, aunque por qué medios no lo sé, ya tienen conocimiento de que nuestro ejército está acampado aquí, en las Mixtóapan. Así que llaman a nuestra insurrección «la guerra de Mixtonxs». Y me causa regocijo informarte de que gran parte de Nueva España tiene pánico. Familias enteras de la Ciudad de México y de todos los demás lugares se apiñan en los puertos de mar, en Vera Cruz, en Tampico, en Campeche y en todos los demás, y exigen pasajes de regreso a Vieja España en cualquier clase de buque que vaya allí, en galeones, carabelas, barcos de avituallamiento… Muchos dicen temerosamente que es la reconquista del Unico Mundo. Parece, mi señor, que estás logrando tu propósito de perseguir a los intrusos, por lo menos a los blancos, y echarlos de nuestras tierras.

—Pero no a todos ellos —dijo el iyac Pozonali frunciendo el entrecejo—. A pesar de que Coronado se ha llevado a muchos soldados de Nueva España en la expedición al norte, el virrey Mendoza tiene todavía fuerzas considerables en la Ciudad de México, unos cientos de soldados montados y de a pie, y el propio Mendoza se ha puesto personalmente al mando. Además, como tú esperabas, Tenamaxtzin, muchos de sus mexicas domesticados se han alistado para pelear a su lado. Y lo mismo han hecho otros pueblos traicioneros: los totonacas, los tezcaltecas y los acolhuas, que hace mucho tiempo ayudaron al conquistador Cortés en el derrocamiento de Moctezuma. Por primera vez en la historia, Mendoza permitirá que esos hombres monten a caballo y lleven palos de trueno, y ahora mismo está muy ocupado entrenándolos para ello.

—Nuestro propio pueblo —comenté con tristeza— dispuesto en contra nuestra.

—La ciudad mantendrá una fuerza defensiva suficiente —continuó diciendo Pozonali—. Tubos de trueno y esas cosas. Pero por lo que he oído, calculo que el virrey Mendoza planea una marcha ofensiva para sacarnos de aquí y destruirnos antes siquiera de que lleguemos a acercarnos a la Ciudad de México.

—Bien, buena suerte para Mendoza —dije yo bruscamente—. Por muchos que sean sus hombres, por bien armados que estén, serán aniquilados antes de que lleguen hasta este lugar. Lo he comprobado mediante un experimento; el caballero Pixqui tenía razón cuando dijo que estas montañas son inexpugnables. Mientras tanto, le daré al virrey más pruebas de nuestro poder y de nuestra determinación. Mañana marcharemos hacia el este: todos los guerreros, todos los jinetes, todos los arcabuceros, todas las granaderas purepes, hasta el último de nosotros que sea capaz de empuñar una arma. Marcharemos contra una ciudad llamada Manantiales Calientes. Y cuando la hayamos tomado, el virrey Mendoza quizá decida esconder la Ciudad de México. Y ahora, vosotros dos id a tomad algo de alimento y a descansar. Sé que tú, iyac, querrás estar en el meollo de la batalla. Y yo te querré cerca de mí, Verónica, para hacer la crónica de ésta, la más épica de todas nuestras batallas hasta el momento.

32

De la batalla final de la guerra de Mixton, de nuestra derrota y del fin de la guerra de Mixton, sólo hablaré brevemente, porque ocurrió por mi propia culpa y estoy avergonzado de ello. De nuevo, como había hecho con otros enemigos e incluso con alguna de las mujeres de mi vida, infravaloré la astucia de mi oponente. Y ahora estoy pagando mi error yaciendo aquí y muriéndome lentamente… o curándome lentamente, no sé cuál de las dos cosas, y no me importa mucho.

Mi ejército podría estar todavía aquí, en Mixtóapan, entero, seguro, sano, fuerte y listo para entrar en batalla de nuevo, si yo no los hubiera sacado de este valle. Igual que nosotros antes habíamos hecho picar el anzuelo a los soldados del puesto comercial español atrayéndolos hasta aquí para tenderles una emboscada, de la misma forma nos hicieron picar el anzuelo a nosotros haciendo que saliéramos de nuestro seguro refugio. Fue obra del virrey Mendoza. El, como sabía que éramos invencibles, casi intocables, en estas montañas, ideó la manera de engañarnos y sacarnos de ellas ofreciéndonos, en cierto sentido, Aguascalientes. No culpo de ello a los exploradores que encontraron esa ciudad, pues están muertos, igual que tantos otros, pero no tengo duda alguna de que aquel jinete español al que siguieron a esa ciudad estaba representando un papel en el plan de Mendoza.

Me llevé a mi ejército entero y dejé en el valle sólo a los esclavos y a los varones demasiado viejos o demasiado jóvenes para batallar. Fue una marcha de tres días hasta Manantiales Calientes e, incluso antes de que avistásemos la ciudad, empecé a sospechar que algo no andaba del todo bien. Encontramos barracas de puestos de guardia, pero no había ningún soldado en ellas. Cuando nos aproximamos a la ciudad, ningún tubo de trueno resonó al disparar. Cuando envié a mis exploradores de avanzada para que se adentrasen furtiva y cautelosamente en la propia ciudad, no se oyó el traqueteo de los arcabuces, y los exploradores volvieron desconcertados y encogiéndose de hombros para informarme de que no parecía haber una sola persona en la ciudad.

Era una trampa. Me di la vuelta en la silla del caballo para gritar:

—¡Retirada!

Pero ya era demasiado tarde. Ahora sí traquetearon los arcabuces a todo nuestro alrededor. Estábamos rodeados por los soldados de Mendoza y sus aliados indios.

Oh, nos defendimos luchando, desde luego. La batalla duró todo el día, y murieron muchos cientos en ambos bandos. Como ya he comentado, las batallas son una conmoción y una confusión, y algunas muertes se produjeron de manera curiosa. Mis caballeros Nocheztli y Pixqui fueron ambos perforados por balas descargadas por nuestros propios arcabuceros, que emplearon sus armas de un modo demasiado temerario. En el otro bando, Pedro de Alvarado, uno de los primeros conquistadores

del Unico Mundo y el único también que seguía haciendo de conquistador activo, murió al caer de su caballo y pisotearlo el caballo de otro español.

Como ambos ejércitos, el de Mendoza y el mío, estaban bastante igualados en número y armamento, tuvo que ser una batalla enconada, y venció el más valiente, el más fuerte y el más inteligente. Pero lo que hizo que la perdiéramos nosotros fue lo siguiente. Mis hombres pelearon valerosamente con todos los soldados blancos que se cruzaron en su camino, pero hubo muchos de los nuestros, demasiados (excepto los yaquis), que no se vieron capaces de matar a hombres de su misma raza, los mexicas, los texcaltecas y demás, que luchaban del lado de Mendoza. Y por el contrario, esos traidores a nuestra raza, buscando naturalmente ganarse el favor de los amos españoles, no vacilaron en matarnos a nosotros. Yo mismo recibí una flecha en el costado derecho y estoy seguro de que no procedía de ningún español. Por lo que yo sé, procedía de algún desconocido pariente mío.

Uno de nuestros tíciltin de campaña me arrancó la flecha, cosa que ya fue bastante dolorosa, y luego empapó la herida abierta con el corrosivo xocóyatl, tan doloroso que me hizo gritar en voz alta de una forma bastante poco varonil. El ticitl no pudo hacer nada más por mí porque unos instantes después caía abatido por una bala de arcabuz.

Cuando por fin cayó la noche, nuestros ejércitos, o lo que quedaba de ellos, dejaron de luchar, y el resto de nosotros, los que teníamos caballos, nos retiramos de forma apresurada hacia el oeste. Pozonali, uno de los pocos supervivientes a quien yo conocía por su nombre, encontró a Verónica en lo alto de la colina desde donde ella había estado contemplando la carnicería y la trajo con nosotros mientras corríamos de regreso al refugio de nuestras montañas. Yo apenas podía tenerme en la silla, tan espantoso era el dolor que tenía en el costado, así que no estaba en condiciones de preocuparme de si nos perseguían en la noche.

Si así fue, los perseguidores no llegaron a darnos alcance. Tres días después, días de terrible dolor para mi, y yo no era el peor de los heridos, llegamos de nuevo a Miztóapan, nos abrimos paso por entre el laberinto de barrancos (perdiéndonos a menudo, puesto que no teníamos al experto caballero Pixqui para guiarnos) y por fin, debilitados por la sed, el hambre, la fatiga y la pérdida de sangre, volvimos a encontrar nuestro valle.

Ni siquiera he tratado de contar los supervivientes de la batalla de Manantiales Calientes, aunque probablemente podría hacerlo sin siquiera garabatear las banderitas y puntos de números. Varios de los que lograron llegar hasta aquí han muerto a causa de las heridas, pues no hay tíciltin para atenderlos. Todos nuestros ticiltin, como otros cientos de cientos de los nuestros, yacen muertos allá, en Manantiales Calientes. Un tícitl yaqui que sigue vivo y aún está con nosotros se ofreció generosamente a venir para danzar y cantar ante mi, pero antes preferiría yo condenarme a Mictían que

someterme a esa clase de médico. Así que mi herida se ha ido infectando poco a poco, se ha vuelto verde y ha comenzado a rezumar pus. Ardo de fiebre, luego tirito de frío y entro y salgo del delirio, como me ocurrió en aquella ocasión en la acali en el mar Occidental.

Verónica me ha atendido fielmente y con ternura lo mejor que ha podido; me ha aplicado en la herida compresas calientes, diversas savias de árboles y jugos de cactus que los viejos del campamento recomiendan como curativos, pero no parece que esas cosas hagan ningún bien visible.

Durante uno de mis períodos de lucidez, me preguntaste, Verónica:

—¿Qué hacemos ahora, mi señor?

Tratando de parecer valiente y optimista, dije:

—Nos quedaremos aquí lamiéndonos las heridas. Poco más podemos hacer, y por lo menos aquí estamos a salvo de ataques enemigos. Ni siquiera puedo planear otras acciones hasta que esté curado de esta maldita herida. Luego ya veremos. Mientras tanto, he estado pensando que tu crónica de lo que los españoles llaman la guerra de Mixton empezó cuando devastamos Tonalá. Se me ocurre que los futuros historiadores del Unico Mundo quizá se beneficien si yo relato y tú escribes hechos anteriores que expliquen cómo empezó todo esto. ¿Sería poner a prueba tu paciencia, querida Verónica, si te contase prácticamente toda mi vida?

—Desde luego que no, mi señor. No sólo estoy aquí para servirte, sino que me interesaría muchísimo… poder oír la historia de tu vida.

Me quedé meditando durante un rato. ¿Cómo empezar por el principio? Luego sonreí tanto como fui capaz y continué:

—Me parece, Verónica, que ya te dicté, hace mucho, la frase que abre esta crónica.

—Yo también lo creo así, mi señor. La guardé y todavía la tengo aquí.

Te pusiste a revolver entre tus papeles, sacaste uno y lo leíste en voz alta.

—«Todavía puedo verlo arder».

—Sí —convine; y suspiré—. Querida niña inteligente, procedamos a partir de ahí.

Y durante no sé cuántos días sucesivos, aunque a veces yo deliraba o me quedaba mudo a causa del dolor, te relaté todo lo que hasta ahora has escrito. Finalmente te dije:

—Te he dicho todo lo que puedo recordar, incluso conversaciones y cosas sin importancia. Sin embargo, supongo que es un relato con los huesos desnudos.

—No, mi querido señor. Sin que tú lo supieras, siempre, desde que estamos juntos, he ido tomando notas de los más insignificantes comentarios que hacías y de mis propias observaciones de ti, de tu carácter y de tu naturaleza. Porque, a decir verdad, yo te amaba, mi señor, incluso antes de saber que eras mi padre. Con tu permiso, me gustaría intercalar esas observaciones mías en la crónica. Eso añadirá

carne a los huesos desnudos.

—Cómo no, querida mía. Tú eres la cronista y sabes muy bien lo que haces. De cualquier modo, ahora sabes todo lo que hay que saber, y todo lo que cualquier historiador necesitará saber. —Hice una pausa y luego continué diciendo—: También sabes que tienes una prima cercana en Aztlán. Si alguna vez llego a recuperarme de esta fiebre y de esta debilidad, te llevaré allí, y Améyatzin te dará una cálida bienvenida. A Pozonali y a ti. Espero de veras, querida niña, que te cases con ese muchacho. Los dioses le han conservado la vida en esta última batalla, y de verdad creo que se la salvaron precisamente para ti. —La cabeza se me iba y yo empezaba a divagar, pero añadí—: Después de Aztlán quizá podamos ir más adelante… a las Islas de las Mujeres. Allí fui feliz…

—Te está entrando sueño, señor padre. Y has gastado mucha energía hablando durante todos estos días. Creo que ahora deberías descansar.

—Sí. Déjame decir sólo una cosa más; y, por favor, ponía al final de tu crónica. La guerra de Mixton está perdida, y justamente. Nunca debí empezarla. Desde el día de la ejecución de tu abuelo Mixtli les he guardado rencor y me he resistido a que haya extranjeros entre nosotros. Pero a lo largo de mi vida he conocido y admirado a muchos de esos extranjeros: al blanco Alonso, al negro Esteban, al padre Quiroga, a Rebeca, tu madre mulata, y finalmente a ti, querida hija, en quien se mezclan tantas sangres diferentes. Ahora me doy cuenta… y lo acepto, incluso estoy orgulloso, de que tu preciosa cara, Verónica, es la nueva cara del Unico Mundo. A ti y a tus hijos e hijas y al Unico Mundo, os deseo todas las cosas buenas.

Mi padre murió aquella noche mientras dormía. Yo estaba al lado de su jergón y le puse la sábana de seda por encima del rostro. Está en paz, espero que en la gloria, en el más allá que alguno de sus dioses tiene para los guerreros. Lo que ha de ser del resto de nosotros, no lo sé.

VERONICA TENAMAXTZIN DE POZONALI

(Estilo: escrito a mano con elegante caligrafía femenina).